Novelas

Enrique Bernardo Núñez

Edición Crítica

Alejandro Bruzual

1

Obras Reunidas

CELARG
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS Y DEL CARIBE RÓMULO GALLEGOS



Novelas

OBRAS REUNIDAS



Enrique Bernardo Núñez

Novelas

Después de Ayacucho
Cubagua
La galera de Tiberio

Enrique Bernardo Núñez

Edición crítica
Alejandro Bruzual

OBRAS REUNIDAS

1

CELARG CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS Y DEL CARIBE RÓMULO GALLEGOS

CELARG
CENTRO DE ESTUDIOS
LATINOAMERICANOS Y DEL CARIBE
RÓMULO GALLEGOS

Enrique Bernardo Núñez
Obras reunidas
Novelas

© Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos
y del Caribe Rómulo Gallegos (Celarg)

© Edición crítica a cargo de Alejandro Bruzual

Primera edición, 2026

© Foto del autor:
Cortesía Biblioteca Nacional de Venezuela, Archivo Audiovisual,
División de Obras Planas. Foto: Juan Avilán

Producción editorial, diseño y diagramación:
José Gregorio Vásquez

Diseño de portada:
Alejandro Calzadilla

Corrección y revisión de textos:
Mirian Colón, Yhoiner Parras,
Pablo Ruggeri y Mauricio Vilas

Hecho el Depósito de Ley:
Depósito Legal: DC2026001938
ISBN Obra completa: 978-980-399-093-0
ISBN Volumen: 978-980-399-095-4

Celarg, Casa Rómulo Gallegos,
Altamira, Caracas
República Bolivariana de Venezuela
Noviembre, 2026

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

ÍNDICE

Presentación	9
Introducción	13
Nota editorial	23
Después de Ayacucho	27
Cubagua	223
La Galera de Tiberio	315
Notas	429

PRESENTACIÓN

La publicación de las *Obras reunidas* de Enrique Bernardo Núñez recupera para el pueblo, para el campo académico y para la historia, el trabajo de uno de los escritores sobre los que se fundamenta la renovación de la literatura en la Venezuela de finales de los años veinte, conjuntamente con Rómulo Gallegos y Arturo Uslar Pietri. Sus innovaciones conceptuales y estéticas se adelantaron a estilos más tarde en boga, como *el realismo mágico, la nueva novela histórica* y el neorrealismo. Y en sus ensayos se encuentran categorías de pensamiento propias, propicias para nuevas lecturas del tiempo presente.

Narrador, ensayista, historiador, periodista, primer cronista oficial de la ciudad de Caracas y miembro de número de la Academia Nacional de la Historia, Núñez construyó una obra que aporta elementos para comprender el país que fuimos y el país que somos. Su esfuerzo intelectual le ha valido un reconocimiento nacional que es ya unánime. Pero la mayor parte de su creación ha estado fuera del alcance del público, en parte por haber quedado dispersa en diarios y otras fuentes similares, y en parte porque muchas de sus ediciones fueron muy precarias y no profesionales. Esto también ha impedido que pueda trascender nuestras fronteras.

La edición crítica que ahora presentamos, realizada por el doctor Alejandro Bruzual, investigador de nuestra institución, reúne una amplia y cuidadosa selección e incluye un exhaustivo estudio biobibliográfico que aborda una nueva lectura de su obra,

con el fin de ubicar cada texto en el marco de producción intelectual de su época y establecer un diálogo con la dispareja recensión crítica que ha recibido. Cada volumen incluye presentaciones y notas críticas que dan cuenta de las particularidades de los textos, de la forma como fueron leídos, de su contexto, de las decisiones del autor, entre otros aspectos.

Reeditar la obra de nuestros clásicos es para el Celarg un compromiso central. No solo porque ofrece la ocasión de renovar su lectura, sino porque representa un aporte fundamental al pensamiento y la comprensión de Venezuela y de Nuestra América toda.

INTRODUCCIÓN

Abordar de manera conjunta estas novelas nos permite entender la escritura de Enrique Bernardo Núñez como un catálogo consistente y un trabajo narrativo labrado sin pausa, desde finales de la segunda década del siglo xx hasta 1938. Primero, publicó *Sol interior*, en 1918, una novela que rápidamente repudió, emprendiendo junto con ella diversos proyectos que quedaron incompletos. Luego, concluyó las tres obras aquí incluidas, si bien corrigió y reescribió las dos últimas de manera obsesiva durante toda su vida, no tanto tras la búsqueda de una perfección formal o artística, sino más bien acosado por una voluntad de precisión conceptual.

El sentido de estas obras está sujeto a peculiares vínculos con la historia. A pesar de lo que insinúa el título de *Después de Ayacucho* (1920), se centra en la Guerra Federal (1859-1863), y se enfoca en la constitución del héroe problemático de la novela, pero también el de la historia, ofreciendo una velada crítica a la dictadura de entonces, la de Juan Vicente Gómez en el momento central de su mando. El protagonista, Miguel Franco, es un pícaro caribeño que se hace militar a pesar de sus falsos méritos y su oportunismo ideológico, o quizás precisamente por ellos. De origen muy humilde, una aspiración igualitaria se revela como una gran farsa que permite al personaje ascender gracias a la violencia y la mentira en una sociedad que, no obstante, se muestra inamovible, racista, clasista y debilitada en sus relaciones intraestamentales. La novela refleja el fin definitivo de la armazón

colonial, que persistía todavía en la joven república, hasta que la nueva confrontación civil buscó darle sentido a las promesas incumplidas de la Independencia. Así, pone en cuestionamiento sus resultados históricos, si bien la condición trunca de la trama no permite conclusiones definitivas. En efecto, el autor proyectaba un segundo volumen, que pensaba titular *El caudillo*, pero que no llevó adelante debido a críticas negativas, o más bien comentarios que percibió como tales. Muy probablemente destruyó lo que había avanzado, y no se conserva nada de ella en sus archivos.

Su siguiente novela, *Cubagua* (1931), se convirtió en el más precoz y duro análisis del proyecto rentista explotador que se iniciaba en Venezuela, ya a finales de los años veinte, momento mismo de su escritura. Una ecuación oracular plantea que la explotación petrolera, sobre la cual se funda la Venezuela moderna, dependiente del capital internacional y de las decisiones de empresas extranjeras, repetiría el fracaso de la experiencia colonial de Cubagua. Aprovechando al cronista de Indias fray Pedro de Aguado, recrea en uno de sus capítulos la dinámica trágica de la Nueva Cádiz en torno al aprovechamiento de las perlas, que en apenas un par de décadas agotó el recurso –el mayor ingreso de la corona española, hasta entonces– y destruyó una ciudad que había sido construida para durar siglos, sucumbiendo casi todos los pobladores indígenas esclavizados. Así, es el relato de una ruina que permanecía y permanece todavía como ruina. Su análisis psicosocial es de un pesimismo poco frecuente en nuestra narrativa: campea la irresponsabilidad fraudulenta de una oligarquía socioeconómica antinacionalista, un gobierno corrupto y abusivos empresarios extranjeros; a lo que se suman también clases populares que se muestran propensas a la corrupción, al desacato de la legalidad y a la desesperanza como colectivo. Sin embargo, incluye dos personajes-conceptos, propiamente transculturados, que ofrecen salida a los conflictos de la trama, una posibilidad de resolución que no queda escrita. Uno es la india Nila Cálice, sinécdoque de rebeldía y de un precocísimo feminismo en una Venezuela patriarcal y machista. El otro es fray Dionisio de la Soledad, que actúa como mediador respetuoso de las dos culturas enfrentadas. Sobrevive a su propia muerte para ser testigo de los siglos que van desde la malograda fundación de la nación al inicio de la era petrolera venezolana.

El andamiaje histórico de *La galera de Tiberio* (1938) es de mayor complejidad, en cuanto incluye una historia imperial del futuro, que reinterpreta los días romanos en clave casi macartista (lo que no había comenzado todavía en Estados Unidos). La trama principal desarrolla el encuentro de internacionalistas latinoamericanos en la Panamá del Canal, a principios de los años treinta, cruzando aspiraciones políticas rebeldes y luchas en contra de las dictaduras continentales, con diplomáticos decadentes (Núñez, por muy poco tiempo y durante la misma escritura, fue parte de la legación venezolana en el país de Istmo) y toda una subalternidad inquieta y depauperada, que caracterizó los días posteriores a la gran crisis de 1929.

Son obras que manejan distintas narrativas de la historia. Una acción ficticia dentro de sucesos acontecidos y personajes ciertos durante la Guerra Larga, en *Después de Ayacucho*; un *flashback* en paralelo con el presente, que reactualiza hechos provenientes de la crónica de Indias, en el primer asentamiento de lo que iba a ser Venezuela, en *Cubagua*; y una proyección fantástica hacia un futuro distópico, con trazas de un pasado romano sobre el cual se plantea una dinámica de dominación internacional, en *La galera de Tiberio*. Todas sirven para una suerte de diagnóstico psicosocial de la pulsión autodestructiva y la corrupción constante que recorre la vida del país, y la de personajes que escenifican derivas de provecho individual que se imponen por encima del destino mismo de la nación.

Como novelas, pueden ser leídas desde diversas atalayas críticas, y han sido vistas como adelantos de algunos de los clichés más exitosos de la narrativa continental posterior, en particular la *nueva novela histórica latinoamericana*. Incluso, las dos últimas, se han inscrito como precursoras de otras corrientes. *Cubagua* presenta elementos determinantes de lo que se ha llamado *realismo mágico*, pero también puede ser leída como una novela de la producción, del petróleo –notoriamente escasa en la literatura nacional– y de las perlas. También ha sido alabada como una novela de iniciación, una «narrativa poética». Más recientemente, se han propuesto interpretaciones poscoloniales, con elementos que pueden ser considerados propios de una novela conservacionista *avant la lettre*, y hasta claros rasgos propiamente feministas. En cuanto a *La galera de Tiberio*, puede ser calificada como una

novela social de vanguardia, anclada en preocupaciones políticas de los primeros años treinta, pero profundamente moderna por su apertura e inestabilidad narrativas; los vínculos entre arte, vida del autor y realidad social; la complejidad de sus puntos de vista y de sus narradores, su estructura artificializada como montaje, y la articulación de narraciones de diversas fuentes orales y escritas. Por otra parte, se adelantó a técnicas y recursos que definirían el manejo de la realidad en el neorrealismo cinematográfico y en la narrativa testimonial latinoamericana muy posterior. Vale la pena recalcar que, casi al mismo momento de su escritura y anticipando en treinta años a *Cien años de soledad*, incluye en su acción la matanza bananera colombiana de 1928. A diferencia de la obra monumental de Gabriel García Márquez, el autor implícito y representado de la novela de Núñez hace que de esta tragedia se desprenda su propuesta estética, para denunciar los vínculos entre literatura de arte y violencia del Estado. En este sentido, es quizás la primera declarada concreción de «literatura imperfecta», voluntariamente instrumentada como una propuesta discutida en términos metaliterarios en la trama, lo que por sí solo debería darle un lugar en las letras continentales.

Las decisiones de estilo difieren grandemente en estas tres obras. En *Después de Ayacucho* utilizó un lenguaje arcaizante, que no aparece en otros escritos de la misma época, lleno de enclíticos y giros que dificultan innecesariamente la tarea de los lectores. Abundan los guiños cervantinos, creando una artificiosa relación entre el narrador y lo narrado, que distancia al autor de la dudosa moral de su protagonista, poniendo en cuestionamiento constante sus acciones y revelando su carácter verdadero. En cambio y más bien, *Cubagua* se caracteriza por la sobriedad y el manejo de lo no dicho, una forja artística en la que el nivel micro de la escritura –la imagen, la metáfora, la adjetivación, incluso la violación de ciertas concordancias– a menudo sintetiza la coexistencia de los dos planos temporales de la trama (comienzos de los siglos XVI y XX) y resume su disposición formal. Y el tiempo es el elemento fundamental de esta breve novela, que gracias al lenguaje y la ascesis verbal logra encapsularse en las distintas opciones que muestra la constitución estética de sus personajes, haciendo que la acción se desenvuelva como una permanencia del pasado en el presente. Finalmente y como ya se adelantó, en tanto rechazo a

la literatura artística, *La galera de Tiberio* apela a la multiplicidad de textos y escrituras, con estilos y sentidos diferentes, diversos narradores, representados o no, y a una cadena de alter-egos que pone en contacto al autor con el protagonista, inspirado en el internacionalista venezolano Pío Tamayo. Núñez nunca había estado ni volvería a estar tan cerca de posiciones políticas así de evidentes, y en parte consecuencia de ello, su propia vida lo llevaría a proletarizarse, en términos literales, cuando la falta de trabajo lo convirtió en un humilde telefonista de la Compañía de Aguas de Caracas.

La poca atención recibida por estas novelas ejerció una influencia determinante en su evolución intelectual, y en mucho marcó su carácter y su actitud ante el campo literario, así como también ante el ejercicio de la historia, ámbito del que formaría parte como un atípico y controvertido académico. De las obras aquí incluidas, Núñez solo le dedicó atención editorial a *Cubagua*, la que publicó cuatro veces, y una vez seriada en la revista capitalina *Élite*. Nada hizo luego de la primera edición de *Después de Ayacucho*, y tardó seis años en imprimir *La galera de Tiberio*, y al recibirla, la destruyó de inmediato, lanzándola al río Hudson en Nueva York. Finalmente, renunció a su destino como narrador y se convirtió en una suerte de consciencia del acontecer social y político venezolano a través de la prensa diaria. En todo caso, su indiscutible proyecto literario es de personalidad y potencia propias, sin parangón que lo explique en la literatura nacional. No obstante estas tres novelas fueron concreciones cumplidas, que por mucho tiempo resultaron inexpugnables, habría sido necesario nuevas obras que hicieran evidentes sus apuestas e intuiciones ante el lector medio.

Núñez no corrió con la suerte de otros vanguardistas latinoamericanos coetáneos suyos, que fueron tempranamente rescatados, lo que solo ha comenzado para él en años recientes. Hasta su muerte, prácticamente no fue leído sino como periodista o historiador. Todavía, aunque importantes críticos han abordado su obra, se siguen repitiendo los aciertos de las primeras lecturas, como la temprana del poeta Fernando Paz Castillo o la del crítico Domingo Miliani, en los años setenta. La historiografía literaria venezolana todavía problematiza su participación en la generación artística del 18 y su aporte a la renovación de la siguiente década.

Si se ha apelado a nuevas herramientas exegéticas para entender su escritura, la mayoría de los trabajos se ha dedicado a *Cubagua*, quedando todavía por descubrir el resto de su narrativa. Quizás el mismo autor fuera en parte responsable de esto, renuente a la vida social del escritor profesional, al agasajo mutuo que priva en el mundo literario, siempre inclinado a rechazar reconocimientos oficiales, e incluso dispuesto a renunciar a proyectos de escritura ante la más mínima intuición de ser cuestionado. De su paso por la Academia Nacional de la Historia, por la Cancillería, por las salas de redacción de casi todos los periódicos de la época y durante cuatro décadas, recogió su malestar con escritura brillante e ideas personales, preocupado siempre sinceramente por el destino del país, llegando a la muerte desencantado e insatisfecho.

Durante treinta años se dedicó a corregir y reescribir *Cubagua* y *La galera de Tiberio*, logrando la mayor potencialidad estética y conceptual de la primera a finales de los cuarenta, para luego deshacerla en términos autorales hasta la fecha de su muerte. La segunda se convirtió en un misterio luego de su naufragio –una forma extrema de desautorizarla–, el cual no puede ya resolverse. Por desgracia, su versión final se perdió, en un intento de reedición, y lo que dejó corregido sobre uno de los ejemplares supervivientes –sin pistas definitivas o suficientes de su voluntad– no fue sino el rastro de otro naufragio, esta vez literario.

Habrá que convenir que, a más de sesenta años de su muerte, su narrativa no tuvo ni ha tenido herederos. Si la osadía de su escritura pudo deslumbrar a los lectores coetáneos –como aducía Miliani–, y otras obras mucho menos logradas coparon la atención de la crítica y de los lectores, pasaron muchos años antes que esa ceguera cambiara de signo. Lo sucedieron nuevos y valiosos escritores, y aunque algo o mucho conocieron de su obra, no lo convocaron a la renovación de las letras nacionales, ni los críticos ni los historiadores de la literatura supieron inscribirlo en el marco mayor del continente, donde le corresponde estar, así fuera apelando al rastro genial que dejan los «raros», los «atípicos», los «*outsiders*», como Ángel Rama y otros estudiosos latinoamericanos han advertido.

Con esta edición de sus novelas, buscamos animar el diálogo tenso del cual surgieron, pudiendo reordenar con más generosidad y justicia nuestra historia literaria. Volver a Núñez,

y en particular al Núñez narrador, donde se centra todo lo que fue, es reactivar las preocupaciones por una expresión propia, a la vez que un autocuestionamiento cultural y social que permita, finalmente, confrontar quiénes hemos sido y quizás avanzar hacia lo que realmente somos.

Estas *Obras reunidas* satisfacen la ilusión de relanzar al mundo la labor intelectual de Núñez con esfuerzo totalmente venezolano y desde Venezuela, por demás, ajeno a cualquier intervención de inteligencia artificial. Contamos con la cooperación de la Sección de Libros Raros, Manuscritos y Archivos Documentales de la Biblioteca Nacional de Venezuela, que custodia buena parte de los materiales supervivientes del autor. Damos cuenta del constante apoyo recibido de la editorial La Castalia. Reconocemos la colaboración de alumnos y tesistas de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, así como de pasantes editoriales en el Centro de Estudios Latinoamericanos y del Caribe Rómulo Gallegos (Celarg), institución donde desarrollamos este estudio durante más de década y media, y ahora concretamos en ella su publicación. Agradecemos la solidaridad inicial de Máximo Sacchini. Y de manera especial, queremos recordar a la hija del escritor, Carmen Elena Núñez, quien nos ofreció su amistad durante muchos años, poniendo a nuestra disposición sus archivos personales y sus recuerdos, convencida de que un día llegaríamos a cumplir con este proyecto: el de darle a Enrique Bernardo Núñez la dignidad editorial y la difusión que su apasionado esfuerzo venezolanista merecía.

Nota editorial

Presentamos la narrativa completa de Enrique Bernardo Núñez, que se compone de este primer volumen con sus novelas y el siguiente, dedicado a sus relatos. Advertimos, sin embargo, la exclusión de su primera obra, *Sol interior,* de 1918, respetando la voluntad expresa del autor, de que no formara parte de su catálogo definitivo.

No se encontró ningún material de apoyo paratextual para el trabajo con *Después de Ayacucho*, hasta donde se ha podido investigar en los archivos de Enrique Bernardo Núñez, ni siquiera versiones previas, borradores, correcciones posteriores a su edición o algún otro material referente a ella, a no ser una hoja suelta. Al parecer, la versión mecanografiada, y quizás corregida, se perdió. Por tanto, el texto-base que utilizamos es el único existente: el de su edición de 1920, publicada por cuenta propia en la Tipografía Vargas, de Caracas, que salió con numerosísimas erratas, ahora corregidas sin advertirlo al «nuevo lector».

Es este el único caso, en el proceso de revisión crítica de sus obras, en que intervenimos los signos de puntuación, al sospechar la indebida participación del primer editor, lo que quizás fue parte de su desagrado también con esta novela. Se agregaron poquísimas comas para evitar anfibologías y errores de lectura. Se cambió por comas algún punto y coma, a todas luces excesivo. Se reunieron párrafos, a veces de una sola oración. Conservamos la ortografía del original, e incluso agregamos algunas tildes en desuso para darle coherencia. Pensamos que esto contribuye con

la voluntad de estilo del autor, que en *Después de Ayacucho* tiene intención arcaizante y paródica.

Con respecto a *Cubagua*, realizó cuatro ediciones en vida (1931, 1935, 1949 y 1959), que muestran diferencias, y que fueron haciéndose más complejas hasta la tercera, mientras que la cuarta, en Lima, fue desautorizada por el mismo Núñez, porque los editores no habían aceptado unas abundantísimas correcciones que, ciertamente, afectaban la calidad estética y la profundidad conceptual alcanzadas en su versión anterior. Por tanto, se utiliza como texto-base la publicada por el Ministerio de Educación Nacional, en 1949, con apenas algunas correcciones, basadas en el cotejo de todas las versiones finales que hemos conocido, variantes holográficas o mecanografiadas, y se atienden los errores obvios de esa misma edición. Como en otras ocasiones, hemos agregado un capítulo final alternativo, que proviene de la versión que dejó inédita el autor al momento de su muerte, en 1964.

El caso de *La galera de Tiberio* es más complejo, dado que la única versión que publicó el autor, en Brujas, en 1938, fue la que destruyó, lanzándola al río Hudson, en Nueva York, por razones no del todo claras. Las correcciones posteriores, sobre uno de los pocos ejemplares supervivientes, no muestran una versión final ni definitiva, porque muchas de las variantes no tienen anclaje en el texto, y todo indica que estaban destinadas a ser la base sobre la cual escribiría la versión definitiva, quizás la que debía acompañar a la misma edición peruana de la novela anterior, y que tampoco fue aceptada. La incorporación de esas correcciones incompletas, hechas por una comisión de la Universidad Central de Venezuela, en 1967, con la decisión expresa de respetar la «voluntad final del autor», produjo una versión casi apócrifa, que sacrificaba, entre otras cosas, buena parte del contenido político de la novela, el cual, precisamente, le daba su sentido más profundo. Por desgracia, esta versión fue luego reeditada por Biblioteca Ayacucho, en 1986, lo que tuvo como consecuencia el que la novela no haya sido considerada por la crítica latinoamericana.

Aquí restituimos la primera versión, atendiendo los errores obvios de la edición belga, y para fijar el texto, cotejamos mucho del material manuscrito y mecanografiado de sus archivos,

así como extractos publicados en prensa con posterioridad al naufragio.

En las tres novelas se resolvieron las inconsistencias en el uso de las comillas, los paréntesis y las mayúsculas; se regularizaron los énfasis en cursivas, se corrigió la ortografía de onomásticos, toponimias y palabras extranjeras, dejando algunas de estas en cursivas, no obstante estar ya incorporadas al léxico cotidiano de nuestra lengua, respetando la intención del autor de marcarlas como extranjerismos que caracterizaban el momento o la acción. En contados casos, se unificaron los nombres de algunos personajes menores que presentaban alguna variación. En particular en *Después de Ayacucho*, se reubicaron los guiones de diálogos, aplicándolos además a todos los incisos del narrador. Se mantienen todas las notas al pie de esta edición tal cual aparecieron las originales del autor, a veces actuando como comentarista o incluso señalándose como editor (ficcional) de su propio texto, lo que puede prestarse a confusión.

En los tres casos, las habíamos publicado con anterioridad, de manera independiente. Nos hemos servido de ellas, ahora remozadas y revisadas, para armar esta nueva propuesta editorial. Abordamos estas obras reunidas luego solo de haber concluido un extenso trabajo crítico sobre el autor y su obra, incluido también en esta colección. Gracias a esto podemos reducir la introducción de cada volumen, ya extenso de por sí, y más bien fortalecer las notas críticas, con miras a convocar una lectura más profunda.

A. B.
Caracas, 2026

DESPUÉS DE AYACUCHO

Al doctor Elías Rodríguez,
dedica estas páginas
en testimonio de franca amistad y cordial estimación.

Su amigo,
E.B.N.

NOTA
(1920)

En la edición de este libro se han deslizado algunos errores que el lector se servirá disculpar: omisiones que en el primer momento pasaron desapercibidas, errores de corrección, palabras truncas.

Peor es una fe de erratas que nadie lee, por lo cual de ella se hace gracia a quien haya de leer este libro. Pero lo que no puede pasarse en silencio, y sirva esto de excusa galante a cierta dama que figura en el relato de esta historia, es que se ha callado su nombre al presentarla, no obstante el cuidado que pusieron los compañeros en la impresión y composición de este libro. Es doña Amelia Toro, quien en el Capítulo I del Libro VI aparece como doña Amelia a secas. Desde entonces, el espíritu quisquilloso de doña Amelia, dama belicosa si las hubo, no deja en paz al autor, y es por ello que para aplacarla se vale de este ardid editorial.

Ignora el autor cómo van a recibirse estas páginas y la parte de vida de Miguel Franco que ellas cuentan; mas si tal vida y relato despiertan algún interés y fuera curioso el público del final que tan insigne personaje hubo, no tiene más que aguardar, pues ya se ocupa su autor de reunir los datos para que nada se olvide de todo lo que el héroe hizo en aventuras y altos hechos, y ofrecerlos en la segunda parte de esta historia.

E.B.N.

PREFACIO

Imposible te parecerá, lector amigo, que otra novela salida de mi entendimiento llegue a tus manos, cuando precisamente la crítica le prohíbe cultivar su arte. Yo mismo no llego a explicarlo, y sólo se me alcanza que esto encierra un nuevo fracaso de la crítica, de esa crítica en que muy altos y graves pensadores hacen de pontífices.

Sin embargo, ganas tengo de comenzar este prefacio con una humilde expresión de súplica; pero no acierto con una que sea lo bastante, y temo, además –tan inútil la creo–, que en ella no pongan reparo. ¿Qué, pues, queréis? Contrición perfecta me alejó un tiempo de tales extravíos. Empeño inútil. El destino, único disponedor de las cosas malas y buenas, indújome nuevamente al pecado, y heme aquí de la noche a la mañana, no en posesión de una fortuna, ni de un ascenso, sino enredado otra vez en las malsanas inquietudes de la culpa.

¡Nunca! –díjeme– semejante fuero del pensamiento me está vedado, no soy un novelista. ¿Qué hacer entonces? No podía condenar mis originales a encierro perpetuo y para publicarlos. ¿Cómo ocultar la intención de la novela? ¿Cómo disculpar ese atentado contra los dictados de la estética y los atributos innegables de mis detractores, que a la vista de mi primer intento novelador cerraron los ojos con desconsolado gesto? ¿Cómo rehuir, en fin, sus iras vengadoras, sus juicios inapelables, sus temibles requisitorias intelectuales?

Fue inútil el divagar de la imaginación. Y ante la montaña de papel que el desorden de las cuartillas levantaba, medí la inutilidad de mis propósitos. Por lo que vine a la cuenta de que en siendo míos nada importaba que fuesen malos, y que, para curar mi alma de pasiones inéditas, no tenía más remedio que publicarlos; pues estaba en lo cierto de no encontrar reposo ni sosiego hasta que no llegaran hasta ti en este flamante volumen.

A ti te la ofrezco, lector amable, por quien vencí añejos temores, olvidado de gestos iracundos, juicios agrios e ironías crueles, y velada con un título que más pudiera calificarla de otro género.

¿Y qué dirás tú y el docto crítico y el censor iracundo, si yo les comunicara un secreto? Fuera el asombro grande y mayor la admiración si supieran que tengo planeadas otras novelas que se han de llamar «La dicha humilde» y «El nuevo ideal», y que me prometo continuar la presente en otra titulada «El caudillo».[1]

Y por lo que respecta a la opinión con que pueda ser recibida, se me ocurre decir, que es más fácil criticar y motejar de malo un esfuerzo que pasarse las noches trabajando, en un renunciamiento de todo regalo, en una labor nunca compensada, cuando para llevarla a cabo, fue preciso tomar en usufructo la vida en beneficio de esta pasión de escribir; desdeñar la realidad amenazante, y hacerse de todas las virtudes de fuerza y voluntad que requiere el anhelo de abrevar en la imaginación y en el Arte un poco de esperanza y otro de olvido.

Leídos estos párrafos –si es que los leen mis detractores y jueces–, éntrense ahora conmigo por otras veredas para aclarar ciertas dudas y determinar las intenciones de esta obra. Refiere, desnuda de pormenores, parte de la vida de Miguel Franco. Y porque ella discurrió en un tiempo en que aquí se mantenía otra epopeya no menos esforzada que la de la Independencia, gesta fecunda en nobles utopías y duros desengaños, en la cual quebróse a menudo la espada ociosa a la vuelta del Cuzco, llaméla así.

Esto, y la circunstancia de haber tomado parte el protagonista de la obra en muchos de los tales sucesos y turbulencias, fue otra razón suficiente a bautizarla con el nombre fuerte y nostalgioso: *Después de Ayacucho*.

Si están «borrosos» los personajes y en vez de gente más parecieren «muñecos de cartón» –que tales son las denominaciones y términos usados por la mayoría de nuestros críticos en sus profundos juicios–, culpa es del ingenio del autor, bastante escaso por cierto, y en manera alguna resultado de la poca acción de aquéllos.

Está en fragmentos, porque la historia fue recogida de labios de los viejos, que a menudo son indolentes al referirse a su época, en anécdotas y comentarios dispersos.[2] Tal una conseja se olvida y queda para memoria una palabra o una canción.

En cuanto al ambiente, más difícil fue formarlo, porque si los contemporáneos tuvieron una época forjada en hierro como una panoplia antigua, muy pocos se cuidaron de los hechos particulares; de narrar los rasgos que pintaran a lo vivo pasiones y costumbres. Vivieron su tiempo hablando de Grecia y Roma; comparando sus hechos y varones con los nuestros; enamorados abuelos de aquellas madres eternas; amor fatal, porque en sus obras maestras y admirables, andaban muy lejos de la fiel realidad, como apartándose de ella, como temiéndola, semejantes a locos divinos que tomaron un pilar de barro por un capitel de mármol. Es así, que hablar de la vida, penetrar en el alma y en el rincón de una casa venezolana de hace cincuenta años, es más difícil que conocer la gloria del Renacimiento o entrarse en la penumbra medioeval con erudiciones pasmosas de que disponemos, en la mano.

Lo nuestro quedó en recuerdos inéditos, salvo escasas reminiscencias, crónicas y relatos debidos al esfuerzo de unos pocos, para narrarlos alguna vez a los que tuvieron la fortuna de oírlos en tertulias y corrillos. Son esos recuerdos pasmosos y grandes. No parezcan, pues, inverosímiles cuando resalten al fondo en el discurso de la obra. Yo me atrevo a ofrecer algunos en este libro; pálido intento de reconstrucción; pero dispensárame de ellos el hecho de que, en su forma desprovista de encantos y donaires, adivinárase la recia armadura; el ambiente de ayer y el temple de las almas de antaño, entre las cuales discurre Miguel Franco con su ánimo increíble e invicta mocedad.[3]

Surgirá en medio a las torpezas del estilo la época recia y turbulenta, cimera de hierro, flor agostada, como en la rústica camaza surge el milagro de encaje con que la bruñe y enriquece

en la orilla la leche del ordeño. Así te entusiasmen y sirvan de provechoso ejemplo, lector amigo, las hazañas de Miguel Franco.

Enrique Bernardo Núñez
El Valle, en la fiesta de la Asunción de María
a 15 de agosto de 1920

LIBRO I

LA CASA DE LOS MONTENEGRO

Capítulo I

Encuéntrase por primera vez a Miguel Franco, héroe de esta historia

Tierra parda, fragosa y fértil la de aquel rincón de Aragua, jardín cercado de tomillares, granero de rubio caudal, huerto abrumado por los racimos que siempre suspenden la fruta en sazón, regalo de los ojos, amor de los pájaros, celo de abejas, tierna heredad que mana leche y miel.

Hermana de la estirpe morena, ingenua y sensual, hijo tuyo es el héroe de esta historia. Tú le amamantaste en el seno de tus montañas ubérrimas, donde fue pastor y labriego; en ellas probó del vino que acendran tus cañas, comió del pan dorado en el regazo de tus bohíos, adquirió fuerzas y aprendió a tirar la soga, a blandir las armas, a ser astuto en el acecho y esforzado en la aventura de recio cabalgar.

Sigamos, pues, los primeros pasos de Miguel Franco en aquel rincón de Aragua.

Débil claridad rasgaba rústicos detalles y lejanas perspectivas. Poco a poco revelaba la curva desigual de los picachos esbeltos, las colinas y las lomas grises y adormiladas entre las nubes. Rosas bermejas florecían junto a las estrellas congojosas,

cerca de los claros azules, en el cielo mate blanco, levemente irisado, y tras la cerrazón surgían los vapores del alba, lentos, luminosos y tenues.

Miguel Franco, el hijo de Rosa, a quien llamaban «Cara brava», tal vez no por serlo mucho sino a causa de sus ojos tuertos y cuerpo giboso, bajaba de la montaña. Miguel Franco tenía entonces ocho años. Tomó el camino estrecho y semioscuro en el cual sonaba con grave mansedumbre el agua de los cauces. Espesa neblina cubría las hondonadas. Nacía el paisaje. A trechos, en los ranchos, comenzaban a encenderse lozanas candilejas. Ya despertaban las avecicas, ya tornaba el rumor de las alas, ya se erguía la yerba, la que mezcla su aroma con los vahos de la tierra.

Miguel llegó al potrero. Y no bien hubo traspuesto la empalizada, volvióse rubio el campo. Tierna luz caía en lo más alto de las cumbres ceñidoras. Contornos de lapislázuli, torrecillas de piedra rosa, torcales de jaspe dibujábanse firmes bajo el oro impalpable vertido hasta en los ribazos y majadas sombrosas, y el agua, ufana de su brillo, resbalaba en los columpios de amapolas, en las espigas trémulas, en las arboledas enfiladas.

Ordeñaban las vacas. En los cobertizos se echaban algunas reses; otras bramaban cerca de las laderas. Miguel ató los becerros, ordenó el rebaño y cerró el tranquero. Lentamente pasó la vacada. Miguel siguió por el sendero que orillaban retamas y romeros. En la tierra húmeda quedaban las huellas de las reses. Olía a bosta. El sendero desembocó ante un caserón afincado al pie del cerro; un caserón muy viejo que tenía aspecto de baluarte y convento.

Era el solar de don Gaspar Montenegro, señor del tiempo de la Colonia, cuya singular historia, ideas intransigentes y extrañas costumbres se olvidaron en la revuelta contra España e indiferencia de las gentes de la comarca.

Iba Miguel tarareando. Sus pies pisaban la *yerba del diablo*, ésa que se adormece al contacto y luego vuelve a erguir sus ramazones floridas. Los ojos del granuja espiaban el caserón. De un recodo le llamaron. Volvióse y se halló frente a un hombre alto y barbudo, cabello entrecano y piel curtida, el cual montaba un jaco no muy bizarro. Miguel saludó:

—Buen día, señor Rodríguez.

El llamado Rodríguez respondió el saludo haciéndole cargos de ciertos destrozos causados por un toro en un tablón

entero. Turbóse Franco, y advirtiéndolo Rodríguez le dio ánimo y consejos con graciosas palabras.

En esto ya estaban lejos las vacas, y Miguel corrió tras ellas. Rodríguez picó espuelas. Dejaron a un lado el poblacho con su plazuela y su iglesia, cuya torre más parecía un palomar. Atravesaron un puente. Miguel sesgó hacia el monte para dirigir el pastoreo y Rodríguez fuése derecho a la casona erigida en el flanco del cerro. Desmontóse. Subió una escalinata de troncos gastados que conducía a un patio. Un gran patio de tierra donde ya los esclavos hacían su labor. Quiénes rastrillaban café, quiénes extendían los frutos volteando las cestas de naranjas, los sacos de verdes racimos, mientras otros torcían largas hojas de tabaco.

Detúvose Rodríguez frente al corredor tupido de madreselvas y púsose a examinar la tarea de los esclavos. En tanto, con la mirada acariciaba el paisaje por el cual desfilaban las yuntas de bueyes y los labradores. Perdíanse por las eras gañanes y medianeros; pasaban las carretas cargadas de yerba recién cortada; iban las mozas por los callejones, hacia el río, salvando atajos, y las hoces encendían un vivo destello sobre el monte que aún empapaba la lluvia del alba.

Algunos esclavos atados por la cintura realizaban trabajos de bestias; otros cantaban inclinados en la faena, sus belfos estaban rojos, sus frentes mojadas de sudor; sus carnes lustradas, negras, callosas. No obstante, algo tenían en los ojos de aquella hora sonriente.

Capítulo II

Don Gaspar

Entró luego Rodríguez en la casa de puertas labradas, atravesó el patio ajardinado con su pozo cubierto de limo. Veíanse allí las rejas anchas de torneados balaustres, los muebles pesados, severos y recios; los candiles de cobre en los corredores muy nobles, muy vastos, con sus losas moradas, sus zócalos altos y su ambiente andaluz.

Reinaba allí el sosiego, fruto de la abundancia y la hidalguía del amo y la frescura que llegaba de la huerta cultivada en los declives. Penetró en una estancia amueblada con viejos y esmaltados arcones. Un alto lecho levantábase en el centro, y de los muros pendía uno que otro retrato de gente antigua, ya confusos, ya desvaídos los colores por el tiempo. La luz penetraba por claraboyas abiertas entre las vigas del techo y se extendía en el aposento con mimos de abuela.

Luego pasó a otra galería de paredes encaladas, ennoblecidas por los armarios llenos de libros y pergaminos. En un rincón se desangraba un Cristo, enmarcado en un retablo de labores churriguerescas, quemadas y deslucidas. De una de las vigas colgaba un fanal de vidrio, y completaban el mobiliario sillones de patas de león, mesas de roble y esculpidos atriles.

Allí estaban dos viejos. El uno narigudo y rugoso, de anchas cejas grises, cuerpo enjuto, labios delgados y pálidos, escuchaba al otro, cura del lugar, que hablaba moviendo la cabeza. Eran don Gaspar Montenegro y don Sebastián Alfonzo y fuera curioso

escuchar este diálogo de los dos viejos que a su modo y opinión arreglaban el mundo.

Avanzó Rodríguez, y entonces se oyó la voz de don Gaspar, que tenía el mismo timbre de una campanilla rota. Saludáronse ceremoniosamente y luego entraron en pormenores de siembras y cosechas, de los cuales se ocuparon largo tiempo.

El recién llegado era Antonio Rodríguez, un soldado de la Independencia que se había fugado de mozo en compañía del único hijo de aquel viejo, Pedro Montenegro, para hacer la campaña del Sur. Murió el hijo en Ayacucho; volvió el soldado, y de su regreso, sólo quedaba la bandera que sostuvo en sus manos, al morir defendiéndola, el mancebo de aquella casa de quien la República se había enamorado.[4] Bandera que Bolívar dispuso remitir a su padre desde Lima, no obstante la tenacidad realista de Montenegro, quien la guardaba como una reliquia en un cuadro donde podía leerse la inscripción bordada con oro en el centro azul: «Batallón Caracas».

Fue un golpe terrible para don Gaspar, pero el odio que el viejo realista sentía por la República amenguóse un poco pensando que en ella también tenía héroes su raza.

Desde su vuelta, Antonio Rodríguez servía a don Gaspar, que vivía allí aislado después de que los acontecimientos le precipitaron primero en la guerra y luego en el destierro. Montenegro se dio siempre maña para conservar sus bienes, que eran haciendas en aquel lugar de Aragua, y aunque mucho mermara su fortuna, era todavía opulento.

El mayordomo refería sus aventuras de la guerra en compañía del hijodalgo y eran éstas deleite de todos en aquella casa. Entonces pasaban ante los ojos entornados de don Gaspar las historias de las antiguas campañas donde su nombre ganó un galardón.

Rodríguez, pues, le dio cuenta de que la caña estaba lista para la molienda; que el maíz era abundante en las mazorcas; que habían nacido en el hato seis becerros y que una esclava había parido la noche anterior.[5] Díjole también que la venta de los racimos había producido seis onzas, con las cuales comprara tres yuntas, y que la nueva plantación de café la habían destruido las plagas.

Don Gaspar aprobó todas estas cuentas del exsoldado y el cura alabó la probidad y el celo de tan gran mayordomo, que para que nada le faltara era también un héroe de clásicas empresas. No pudo decir más don Sebastián, porque afuera se oyeron unas voces.

Capítulo III

Los nietos. La negra Pancha

Era que entraban los nietos de don Gaspar, nietos por una hija de éste, muerta ya. Llamábanse Ignacio y Teresa. Iban acompañados de una mulata[6] que les servía de aya, de esas mujeres de aquel tiempo que parecían pertenecer a las familias, tan fieles a ellas, que aun a sus mismos miembros ganaban en fidelidad y adhesión.

Ignacio y Teresa besaron las manos del abuelo y también las del cura. Eran estos nietos hijos de cierto Mariscal de los Reales Ejércitos, casado con Teresa, hija de don Gaspar, quien servía de padre a los huerfanitos. Porque según decía iba a formarlos a semejanza suya y a la de su esposa que en opinión de don Gaspar y el cura fue la más santa mujer que hubo en el mundo; la más santa en el lugarón gallego de donde procedía su muy rancia estirpe, la cual contaba los escudos por centenares lo mismo que las uniones ilustres. Remontábase así su origen, según don Gaspar, infatigable en aclarar estas procedencias, hasta cierto rey de Escandinavia, pasando antes por las barbas del mismo Alfonso de Castilla; esto, según los referidos entronques de familia conservados en archivos polvorientos.

Hasta en el apellido las sílabas decían el origen cuasi real en testimonio fehaciente de tales deducciones. Ilustres eran también los Montenegro por su heredada riqueza; vastos olivares que poseían primero en la puebla de su origen, cambiados luego por las encomiendas de indios y las haciendas de caña, y por los

muchos esclavos que a despecho de la fe cristiana de aquella casa y de la Independencia, se alineaban sumisos a su voz.[7]

Por último, doña Petronila, que éste era el nombre de la amada difunta, había sido, en su tiempo, dechado de perfección y austeridad. A su paso se descubrían los soberbios y desdeñosos mantuanos, los escribanos de la Real Audiencia, los empingorotados canónigos de la catedral, y en medio de tanta gloria es fama que crujían las sayas de doña Petronila y que su presencia se acartonaba de majestad.

Recordando en férvido culto estas grandezas vivía don Gaspar en su hacienda, alejado del mundo y ajeno a cuanto en él pasaba. Así, pues, a la vista de sus nietos que eran de muy tierna edad, don Gaspar se irguió en su asiento y según su costumbre, para inculcarles lo que él llamaba «orgullo de casta», disertó un tiempo sobre prosapias e hidalguías, y lo que ellos representaban en el mundo.

Confirmación del discurso fue la entrada de otra negra vestida apenas con un mandil blanco, la cual llevaba en los brazos un recién nacido. Se arrodilló la sierva y lo presentó al amo como un don. Se supo que era hombre. Todos alabaron a la criatura y la sierva humillada pidió le concediesen el agua del bautismo, ceremonia que el cura dispuso para la tarde. Don Gaspar dispuso que le llamaran Pedro, como su hijo, por lo que la negra conmovida se postró de nuevo y dio las gracias por la merced que le otorgaban.

Aprovechó Montenegro esta escena y explicó a sus nietos técnicamente lo que eran los negros, en cuáles castas se dividían y cómo sus descendientes, aprovechándose del desquiciamiento social usurpaban las funciones que por derecho divino y humano correspondían a los blancos. Terminado que hubo ordenó a Pancha que se llevara a los pequeños, los que salieron después de besar la mano en compañía de la esclava.

Rodríguez se atrevió entonces a replicar a don Gaspar en sus teorías hablando del nuevo siglo y de la República, lo que pareció incomodar a don Gaspar y lamentar el cura. Adivinándolo Rodríguez se despidió. Al salir, el reloj de una cómoda abrumada de pintados ramilletes dio las doce. Doce veces un cuco asomó la cabeza en su guarida de metal y dejó oír su canto unicorde.

En el patio jugaban los nietos vigilados por Pancha, sentada bajo un granado. Un muchacho subido a un árbol tumbaba las frutas. Era Miguel Franco. Pancha saludó a Rodríguez y éste respondió:

—Mira, Pancha, cuida de que estos muchachos, sobre todo Ignacio, no salgan unos animales de soberbia.

—¿Qué decís tú, muchacho? —respondió la mulata—. ¡Soberbia!

—Nada. Eso no más.

Rodríguez continuó su camino sin hacer caso de Pancha. Al llegar al patio delantero, Rodríguez vio a los negros echados a la sombra que dormían la siesta. Montó en el jaco que comía yerbas y al trote tomó el camino del pueblo.

Capítulo IV

La choza

Miguel Franco vivía casi en la cima del cerro, donde estaba su casa, una choza de bahareque construida por su padre años atrás.

Después de pastorear las vacas y correr como un paje por la casona en compañía de Ignacio y Teresa, Miguel trepaba la cumbre, deteniéndose a recoger los pedruscos y a escuchar el viento desencadenado entre los árboles. Su más grato placer era jugar en la huerta del caserón y subirse a los altos cedros o a los torcidos naranjos a coger nidos para Teresa. Otras veces se proveía de leña en la montaña por encargo de su madre, la india Rosa, de quien heredara la piel color de madera; pero el cabello lacio, encrespado en la punta, lo tenía de su padre, el zambo Rafael, que era labriego y poseía un maizal en Madre Vieja.[8]

Eran los suyos instintos voluptuosos a despecho de su rusticidad y pocos años. En las siestas calurosas, cuando el campo reverbera y el follaje luce blanco bajo el cielo clarísimo, mientras recolectaba bejucos y ramas de verde leña, su inclinación a las cosas blandas y muelles le inducía a meter los pies en el agua tibia de las quebradas, y muchas veces el atardecer le sorprendió en ese deleite cuando el agua tornábase fría. La cual llevaba también al hogar lo mismo que el salario, y de noche, rendido ya, se acuclillaba miedoso en un rincón en espera de Rafael, que llegaba ebrio y rugía en el catre lo mismo que el viento.

Por esta circunstancia prendía su madre una luz en la puerta, para que Rafael no se cayera al subir, y aquella luz encendida

vista desde el pueblo parecía una estrella enorme caída entre los matorrales. Choza rica en belleza. Su amplio pajón resaltaba entre los bucares, redondo como un nido; el sol la miraba coronada de palomas y las nubes la ocultaban con albo ceñidor.

En la tarde de ese día, Miguel se dilató más que de costumbre. Halló a su madre con los brazos en jarras, desgreñada la cabeza, violenta la mirada. Tampoco Rafael había llegado. Estaba colérica, y aunque Miguel le aseguraba que le había perseguido un tigre, descargó en el muchacho su ira y no le dejó hasta saltarle la sangre.

Capítulo V

La revolución

Fue en aquellos mismos días, otra mañana. Dirigiéndose a la hacienda Montenegro oyó hacia el lado del pueblo varios disparos. Temeroso, se ocultó en el monte. Hizo un rodeo, y a rastras, rompiendo zarzas y marañas, desgarradas las escasas ropas y las carnes con las espinosas ramas, llegó a casa de su amo.

Estaba muy pálido y Pancha le llevó a la cocina. Hacían café. Bajo la campana renegrida se arrebolaba la llama del hogar. Andaban afanosas las mujeres. Las aves picoteaban el grano disperso. Dos mozas pilaban maíz. De las tapias al patio las palomas tejían el vuelo. Sentadas en filas, las esclavas esperaban su ración.

Se oyó una descarga. Las mujeres comenzaron a persignarse. Miguel contó que había oído otros tiros.

—Parece que es guerra —dijo.

En tal incertidumbre llegó un peón. Refirió que habían matado al comisario del pueblo y que éste se hallaba en manos de la revolución. La oían las esclavas boquiabiertas. El peón se puso a amolar su machete en las piedras.

—Ya me pagó la que me debía —afirmó.

Volvieron a santiguarse. Todas murmuraron:

—Ave María, de los muertos no se habla.

—Descanse en paz su ánima.

—Que gloria halle.

Miguel se había metido tras unos haces de leña.

Así estaban cuando se presentó don Gaspar envuelto en una bata. Cubría su cabeza un gorro negro bordado de oro. Mechones de cabello gris asomaban en su frente, y a pesar de ello, del cuerpo enjuto y las mejillas hundidas, su erguido talante, sus ademanes firmes andaban diciendo que era su vejez algo prematura, más debida a la desgracia que a los años. Iba a informarse de lo que sucedía.

Calláronse todos. El peón se levantó y con el sombrero en la mano impuso a don Gaspar de la revuelta. Al oírlo exclamó:

—Fiesta tenemos, fiesta de republicanos y libertos.

Se rió con sequedad. Varios aldabonazos resonaron en la puerta de la cocina. Pancha salió, porque la llamaba Ignacio. Don Gaspar, impresionado con aquellos toques violentos, regresó a su cuarto por el patio, donde los macizos y arbolillos goteaban agua sobre las lajas rebosadas de humedad.

Volvieron a llamar. Un esclavo corrió a abrir y asomóse primero en el postigo. Dentro resonó una voz imperiosa:

—Abre, negro, y dile a tu amo que aquí está el coronel Saldaña, el jefe de la revolución.

No se convenció el esclavo y fue con la nueva donde el amo, quien a poco salió muy erguido.

Capítulo VI

Antítesis

Ante él surgió un hombre armado de espada, la cual pendía de una banda terciada en el hombro. Llevaba además un trabuco que bien armonizaba con su catadura y una escolta de cuatro hombres.

Don Gaspar se encaró con él:

—¿Y usted, quién es?

—Ya lo dijo mi ayudante o se lo mandó a decir, soy el coronel Saldaña. Me alcé ayer. El godo Vargas ha caído y este pueblo está en mis manos. Y...

—Pues yo no sé nada de esto —interrumpió don Gaspar—, ni tengo para qué. No soy político.[9]

—Eso no es, viejo, lo que quiero.

—¡Eh! —dijo Montenegro—. ¡Aquí en mi casa!

—Con calma —respondió el revolucionario, mientras jugaba con el trabuco como si fuera un bastón—. Esta casa es desde ahora mi cuartel. Si usted quiere quedarse, tendré mucho gusto; de lo contrario, se puede ir.

Estaba don Gaspar mirándole con los ojos llenos de ira, todo él tembloroso, no digamos que de miedo; mas sí por su menguada impotencia. Ante él se paseaba el guerrillero, barriendo el suelo con la espada, agitando el trabuco y los ojos hundidos bajo las cejas anchas y gruesas. Dieron las ocho. En la puerta se agolpaba la servidumbre y otra parte permanecía en el suelo. Toda ella observaba con su mirar estúpido de brutos, inconscientes y

beodos. La escolta de Saldaña montaba la guardia, atenta a su jefe.

De repente interrumpió el paseo, clavó los ojos en don Gaspar y cumplidamente le dijo:

—¿Usted no es el viejo Montenegro? ¡Ah! ¡Es el mismo de los españoles! Podía muy bien pagarme ahora la cretinada que me hizo con ellos. Entonces era usted más joven y yo andaba con el general Rangel. ¿Se acuerda usted? De mi valor no tengo pa qué hablale.[10]

Montenegro se puso lívido. Su rostro parecía plasmado en cera. Hizo un esfuerzo para responder:

—Cuando no se puede matar a un bárbaro, es preferible morir a sus manos.

Saldaña, que volvía a pasear, se detuvo de nuevo. Algunos creyeron que lo iba a matar; pero la sorpresa fue grande al ver a Saldaña que, sin hacerle caso, entraba en la casa seguido de los suyos. Don Gaspar fue tras él. En el camino le sorprendió el cura que llegaba sin aliento. Lo habían lanzado de su casa y había visto reclutar los hombres que arrastraban amarrados como animales. Don Gaspar, más repuesto, le invitó a desayunarse. Entraron en lo que llamaban la biblioteca. Sentóse don Gaspar abatido frente al cura lleno de miedo y entonces se acordó de Antonio Rodríguez.

Hizo llamar al peón que dio la noticia, y le ordenó buscarlo, pero éste respondió:

—Cuando yo subía, el coronel Rodríguez iba en carrera hacia el monte, en el caballo rucio.

Oyéronse en ese instante voces y disputas en el corredor y don Gaspar inmutado salió a la puerta, donde pudo ver que la chusma armada invadía su casa. Entonces Montenegro dijo que le llevaran a sus nietos. Los cuales llegaron a poco a refugiarse junto a él. Allí estaba, pues, la familia Montenegro y también el cura del pueblo, Pancha y Miguel Franco. En el resto de la casa mandaba Saldaña y nadie sabía qué decirle.

El día transcurrió así en el temor y la incertidumbre. La gente de Saldaña saqueaba la casa correctamente. Las onzas que don Gaspar guardaba fueron las primeras que excitaron la codicia de los huéspedes. A mediodía, mientras almorzaba Saldaña, pudo solazarse con el botín hacinado en los corredores.

El guerrillero iba y venía sin fatigarse. Estaba muy ocupado en organizar la defensa. En el pueblo se construían las trincheras con enormes cedros derribados aquel día. Los esclavos más robustos fueron arrastrados a las armas y éstos sirvieron de mucho para la tala de los árboles. Asimismo se degollaron tres vacas y Saldaña ordenó que averiguaran cuántas había para llevárselas luego.

Sabía ya Saldaña que estaba perseguido y consideraba seguro el triunfo en aquel sitio. A las seis tuvo certeza de que las fuerzas del gobierno constantes de unos doscientos hombres se acercaban a sus posiciones, y entonces redobló sus cuidados.

A esa hora el cura rezó la oración ante la familia arrodillada. Luego cenaron. Fue silenciosa, pero abundante la colación. Miguel Franco encendió las bujías. El cura, según costumbre, comenzó a guiar el rosario. La llegada de Saldaña le interrumpió. Venía a cumplimentar a sus huéspedes. Don Gaspar y el cura se pusieron de pies y Saldaña les estrechó las manos, lo que era el colmo de la cortesía tratándose de tal hombre. Don Gaspar, para no ser menos, le ofreció asiento.

Hablaba bien el guerrillero. Estaba alterado por el ron. Su rostro curtido y viril, poblado de barbas, su enmarañada melena, daban a su figura, reflejada en la pared por la luz de las bujías, fantásticas proporciones. A Ignacio le tendió los brazos:

—Ven pa enseñarte a hacer la guerra. Mírame bien.

Y como reparara en la enteca conformación del muchacho, que se acercaba receloso, dijo:

—Mírame bien, lagartijo, larva de godos. Malo y todo me bato hace treinta años. Es decir, me he mojado bien, ¡entiendes! Y no se me ha pagado nunca. Pero yo lo tomaré por mi cuenta.

A esto ya había sentado a Ignacio en sus rodillas. El cura dejó caer el rosario, ocioso en sus manos. Teresa comenzó a llorar. Saldaña prosiguió:

—¿Qué crees tú, que toda la vida serás rico? Todo eso pasa. Sé más bien militar.

Le confirmó en los cachetes y sentenciosamente dijo:

—El dinero en esta tierra se acaba pronto.

—¡Ave María Purísima! —exclamó Pancha—. Éste es el demonio.

—Sí. Yo soy el diablo —afirmó Saldaña riéndose—, por eso gano siempre.

El cura santiguó, don Gaspar pestañeaba nerviosamente y Saldaña, reparando en Miguel Franco, atrincherado hasta entonces detrás de don Gaspar, se dirigió a él:

—A ti también te lo digo. Tú, que eres un chancletudo, debes dedicarte a la guerra; porque la espada da lo que no da la cuna. Yo crecí entre la pólvora y si tú quieres ser hombre, si no quieres ser un sirviente toda la vida, debes hacer lo mismo que yo.[11]

La mirada de Saldaña brillaba en la penumbra como la de un gato. Esto aumentaba el miedo de los presentes. Como hiciere un movimiento para soltar a Ignacio quien se apresuró a ponerse fuera de su alcance, sonó su espada, ahora desnuda, al chocar contra los brazos del asiento. Él sólo hablaba.

—Esta mano —y la extendió—, ha hecho muchas cosas. Quemó. Quemen ustedes siempre que es el mejor modo de ganar en la guerra. Al fuego no resiste nadie. Huyen. El fuego es como el hambre, derrota siempre. Yo soy de los que pelean con la silla de montar en la cabeza, caballo en pelo y nunca he podido resistir, ni nadie puede, cuando el enemigo quema la sabana.[12] ¿No es verdad, don Gaspar?

Don Gaspar fue a responder, pero no pudo. Afortunadamente, Saldaña no reparó en ello, entregado como estaba a su discurso.

—Por eso me adelanto yo siempre —continuó—, y si ustedes no matan a tiempo, pues los matarán.

Se rió. Sus dientes resaltaron blanquísimos entre la negrura de la barba que le ocultaba la boca. Los circunstantes estaban suspensos, sobre todo Franco, que nunca más debía olvidar aquella escena. Saldaña levantó de nuevo la mano y prosiguió:

—Al general Ceballos castigué con estas manos por una mala partida que me hizo el malandrín. Vieran ustedes cómo la esposa y las hijas fueron deshonradas y quemada su casa. Él huyó cobardemente, e hizo bien, porque si lo cojo, hijos más engendrara nunca.

A estas palabras el terror cundió entre los presentes, a excepción de Franco, quien permanecía poco menos que inconsciente. Todos volvían los ojos hacia el Cristo alumbrado con una

lamparilla de aceite. Saldaña, sin hacer caso, continuó su involuntaria lección de guerra.

—No pueden imaginarse —dijo al tomar una actitud que no dejaba de ser gallarda— lo que se gana en una carga a la bayoneta.

Echó mano a la espada como si de cierto ordenara el ataque. Su voz parecía llenar la estancia con lumbraredas de incendio y fantasmas de bárbaras historias, y no parecía aquella escena de un rincón de Aragua.

Iba a proseguir, pero le interrumpió la llegada de un ayudante. Saldaña inquirió:

—¿Qué hay?

—Usted dijo que le avisaran para revisar las trincheras.

—¡Ah! Sí. Ya voy.

Se puso de pies y tambaleó un instante. Luego salió sin despedirse. Al volver la espalda, cuando todos respiraban tranquilos como salidos de un gran peligro, Ignacio preguntó:

—¿Quién es ese hombre, abuelo?

—Míralo bien, hijo —respondió el viejo levantándose—, es un bandido.

Capítulo VII

A la luz de las velas

Sentóse Montenegro. En la estancia vacilaba la luz de las bujías protegidas por grandes pantallas de cristal. El grupo resaltaba con líneas vigorosas. Don Gaspar preguntó:

—¿Qué hora es, Pancha?

—Son las diez, mi amo.

Siguió un breve silencio, que parecía una interrogación. Habló el sacerdote. Su voz tenía el acento de una resignada amargura.

—Invoquemos la asistencia de Dios.

—Espere —respondió don Gaspar. Y volviéndose a los nietos:

—Hijos míos, no confundáis nunca la crueldad con el valor, ni éste con el crimen, que a lo que a mí parece, en esto vamos desde hace largo tiempo.

—Así es, don Gaspar —dijo el cura—, ha dicho usted una gran verdad.

—No puedo resignarme a que este hombre haya insultado mis canas y hablado así de mal talante en esta casa, solar de los Montenegro españoles.

—Cálmese, don Gaspar, que así son las cosas de este mundo.

—Pues sí, hijos míos —reanudó conteniéndose don Gaspar—, tengo más de cincuenta años y desde los quince no veo más que guerra en estos lugares.

—Recemos —repitió el cura agitando el rosario, que de nuevo comenzó a guiar.

Las avemarías cayeron en la estancia rezongadas y lentas. Don Gaspar parecía atender más a la afrenta recibida que a la mística plegaria. Arqueaba las cejas, su nariz parecía alargarse, y a medida que transcurría el tiempo, su boca se contraía más y más en una protesta irritada, sorda, entera.

El rosario terminó. El cura dio las buenas noches y se recostó del espaldar de su silla. Teresa, Pancha y Miguel Franco se habían rendido al sueño. Y como don Gaspar viera que Ignacio luchaba por vencerlo, le dijo:

—Duérmete también, bribonzuelo. Dios te bendiga.

Sólo Montenegro pasó la noche en vela. Entre sus huéspedes se hallaba también el sacristán de la iglesia, escapado por milagro de la recluta, y que se había refugiado en la cocina. Llegó un esclavo joven. Don Gaspar le interrogó:

—¿No se ha sabido de Antonio Rodríguez?

—No, mi amo. Lo vieron esta mañana ganá el monte a caballo. Dicen que iba a formá parte de las tropas del gobierno.

Don Gaspar volvió al silencio que sólo interrumpía la respiración de sus compañeros y los ronquidos del cura. La noche se deslizaba lenta y cautelosamente. Más de tres veces el esclavo repuso las bujías, y desde su sitio, Montenegro contemplaba el patio en sombras y el constante parpadeo de los luceros. Velaba el abuelo el sueño de los nietos y no se atrevía a moverse. A media noche supo que el pueblo estaba amenazado por las tropas del gobierno y que la torre del templo iba a constituir el centro de la defensa.

Los gallos anunciaron la madrugada. Distantes y prolongados se oían sus cantos como voces de centinelas alertas. A las cinco estalló en los cobres de las cornetas la voz de la cohorte apostada en los cerros, y luego respondió la torre.

Entraba la luz azulosa. Don Gaspar sacudió la cabeza y restregóse los ojos somnolientos. Lentamente, las bujías iban tornándose blancas.

Capítulo VIII

El combate

Amaneció. Pancha recogió a los niños asombrados y el cura salió a celebrar la misa. Don Gaspar se puso un traje blanco, peinó su hermosa cabeza, pulió su rostro, y así, bien pulcro fuése al oratorio donde ya el cura comenzaba el sacrificio.

Estaba Montenegro arrodillado junto a sus nietos, asistidos de Pancha. Detrás de ellos la esclavitud y Miguel Franco con los pantalones rotos, los pies desnudos y llenos de tierra, cruzaba los brazos o se llevaba las manos a la escasa melena. Amos y criados inclinaban la frente. Se golpeaban el pecho. Un coro de rezos elevábase.[13]

Al terminar la misa, don Gaspar tomó el desayuno en compañía del cura, con gran reverencia y altivez. Parecía un señor antes de ajustarse las armas para ir al torneo. La leche se desbordaba en toscos jarros de arcilla. El pan formaba una torre junto a las frituras numerosas y el café negro teñía las tazas de loza blanca.

—En mi cuarto tengo un trabuco como el de ese vagabundo, don Sebastián —dijo Montenegro sonriéndose—, y me están dando ganas de irlo a buscar para descargarlo sobre ese facineroso.

Don Sebastián sonrióse también.

—Este don Gaspar —afirmó discretamente—, no desdice de su raza.

Se oyeron los primeros tiros.

—Ya comienza la jornada, padre.

—Dios tenga piedad de tanto desgraciado —respondió el padre, mientras devoraba una tostada.

Don Gaspar, como si nada oyese y con olímpico desdén, volvió a hablar:

—Tengo ahí un manuscrito extraordinario.[14] Luego voy a enseñárselo. Creía tenerlo en Caracas, en poder de mi hermana Marianita, pero lo he encontrado ayer.

En ese momento redoblaron los tiros y aumentóse la alarma. Entonces Montenegro invitó al cura a subir a la azotea, una especie de mirador cuya escalera no se usaba desde hacía muchos años.

—Pienso divertirme hoy. Tengo un asiento famoso.

Siguióle el cura y también los nietos, Pancha y Miguel Franco.

Eran las siete de la mañana. Sobre el panorama se dilataba una nube. En los cerros podía verse el airoso abalar de las banderas entre las guerrillas dispersas que hacían fuego. La torre de la iglesia, semejante a un palomar, alcanzaba a verse coronada de soldados. Ante aquel espectáculo, el cura no podía consolarse:

—Van a quemarla, don Gaspar —decía juntando las manos como si requiriera de la protección de Montenegro—. La lámpara de plata maciza que regaló su padre, el altar dorado traído de Sevilla por doña Petronila, para el Santuario. ¡Todo va a desparecer en esta lucha atroz!

Pero don Gaspar no se conmovía. Seguramente que el orgullo podía en él más que los recuerdos. Ya no podía acometer como en otros tiempos para salvar la capilla, reliquia de su familia. Estaba estático, mientras Miguel Franco asustado, buscaba amparo en las faldas de Pancha. Ignacio extendió las manos ansiosamente.

—Abuelo, yo quiero ir allá.

Montenegro clavó en él la mirada y una sonrisa le alegró el rostro sombrío y sarcástico.

—Abuelo, ¿son esos los hombres que mataron a mi tío Pedro? —interrogó Ignacio.

—No —dijo don Gaspar secamente.

En tanto aumentaba el fuego. Ante ellos, en el fondo verde del cerro, los grupos resaltaban como una mancha movediza. Silbaban las balas.

—¡Mira, mira —dijo Teresa—, cayó el de la bandera!

Efectivamente, los espectadores lograron ver la gallarda escena en todo su plástico relieve. Cayó el soldado y otro suspendió de nuevo el pabellón de tres colores.

—Dios —dijo con emoción Montenegro— me ha dado vida para ver cómo murió mi hijo. ¡Pero qué distinto!

Avanzaban los grupos en columnas; se veía la torre envuelta en humo; resonaba el tiroteo. A lo lejos, por la fila del cerro repercutía la música de los clarines. Se escuchaban las descargas con ruidos distintos; pero no la algazara del combate ni el grito de los heridos que rodaban cerro abajo.

Don Gaspar tenía los ojos llenos de lágrimas y el cura movía los labios silenciosos sin apartar los ojos de su torre humilde y chata, coronada de soldados. Vista así, hundida entre los montes, era como una rosa de montaña nacida entre las abras.

Se movían los matorrales chamuscados por los fogonazos que hacía estallar el enemigo oculto en ellos; veíase la briosa resistencia del fuerte, se adivinaba el tumulto, se oían los tambores, y el largo redoble latía con marcial regocijo por toda la montaña. Entonces los que atacaban avanzaban con más rapidez, con paso de asalto. Una bala zumbó sobre las cabezas. Pancha dio un grito:

—¡Misericordia, Señor!

—Llévate a los niños —dijo el cura.

Ignacio y Teresa se resistieron. Del grupo, el único que aparecía aislado, como ensimismado en el espectáculo, era don Gaspar. Al ver el giro que tomaba el combate, exclamó:

—La cabeza de Saldaña no está segura.

Así era en efecto. Habían pasado ya dos horas de incertidumbre y angustia. Estaba el día gris, y aquel espectáculo militar, aquellas banderas flotantes, aquellos hombres envueltos en rojas cobijas daban un tono singular al paisaje velado por la lluvia ligera.

Las guerrillas se habían ocultado completamente y la torre despejada estaba sin hombres. Sobre una colina aparecieron varios jinetes. Abajo, en la zanja que se hacía entre los cerros y el pueblo, podía asegurarse que la resistencia era todavía fuerte. Allí las descargas repercutían más sonoras y el encuentro era a brazo partido. Los circunstantes se inclinaron entonces para contemplar mejor la lucha que un sol pálido, apenas visible, iluminaba.

Volaban los cuervos. En largas bandas negras cruzaban el espacio o describían círculos o permanecían inmóviles, meciéndose en la taciturna claridad de la mañana. De pronto, el collado cesó de retumbar. Don Gaspar lo notó el primero, abandonó su actitud y volviéndose, dijo al cura:

—Hemos cambiado de huésped.

Capítulo IX

Refiere otro importante suceso de la vida de Miguel Franco

A mediodía llegó Antonio Rodríguez y dio detalles. Había combatido con las tropas legales y estaba herido en un brazo.

—No me hirieron en toda la campaña del Sur y quizás pierda aquí mi brazo —dijo a don Gaspar, quien se hallaba impaciente por saber la suerte de Saldaña.

Rodríguez le informó con exactitud. Saldaña sin pertrechos tuvo que rendirse, abandonado también por muchos de los suyos. No pagaba bien. Le cogieron combatiendo bravamente a la salida del pueblo. Rodríguez dijo que ellos habían perdido cerca de treinta hombres. El vencedor era un coronel Alcántara quien a poco se presentó ante don Gaspar con pretexto de saludarle. En verdad, iba a pedir hospedaje, y el nuevo jefe durmió en la misma cama que Saldaña la noche anterior.

Fue aquella noche de regocijos en el pueblo. Las mujeres de las haciendas holgaron grandemente con los muchos soldados que por allí pululaban. Ruidos de zambra sucedían al combate y no había más que un vencido triste: Saldaña, porque desde la prisión veía a sus soldados confraternizar con el enemigo. Se colgaban chinchorros en los árboles de la plaza, se clavaban estacas, se prendían hogueras e iban las mozas al son de las guitarras y maracas a libar a la bodega con los soldados. Luego, las parejas se alejaban enlazadas, en la noche, donde las estrellas eran como los collares de lentejuelas y medallas que lucen en sus pechos las gitanas. Corría el aguardiente. Tanto se bebió, que don Tiburcio González, dueño de una bodega y con fama de muy honorable,

añoraba siempre, años después, aquella noche en que tan buenas ganancias lograra.

Los gritos de la orgía podían distinguirse desde la casa de Montenegro sumida en silencio y en la que don Gaspar manifestaba a Alcántara y a Rodríguez su indignación. Según los primeros cálculos, aquella ocurrencia le costaba, entre las vacas y los esclavos que le mataron, alrededor de cien onzas.

Al otro día, Alcántara se despidió muy correcto, dio las gracias a don Gaspar y abandonó el pueblo con su tropa. Miguel Franco, al saber libre el camino, corrió a su rancho. Dos días eran que no veía a su madre. Subió a prisa la cuesta y halló la casa sin puertas y desmantelada. Llamó y su voz repercutió largamente en la montaña. No veía a nadie.

Miguel comenzó a llorar ante la choza abandonada. Durante un tiempo dio gritos. Su voz se perdía en la sierra, sola como él en el mundo. Al fin volvió a bajar la cuesta, fijos los ojos en el caserón y en aquel camino largo que le había dejado huérfano.

De nuevo se presentó ante don Gaspar. Muy compungido le refirió su orfandad. Oyóle Montenegro sonriéndose y sin responderle nada llamó a Pancha:

—Pancha, aloja por ahí a este muchacho y cuídalo tú, que lo han abandonado.[15]

Por esto creció Franco en la casa de los Montenegro.

Durante muchos días se mantuvieron en pie los comentarios de la escaramuza, que en los anales del pueblo quedó como una gran batalla. Se dijo que Saldaña, fusilado en el camino, penaba en el pueblo, por lo que el cura rezó una misa en intención de su descanso, y como eran días de cosecha y acudían muchos labradores a la hacienda, éste fue el tema principal de aquel tiempo.

LIBRO II

ALMA BÁRBARA

Capítulo I

Teresa

Miguel Franco creció en edad aunque no en sabiduría en la casa de los Montenegro. Ya viejo, cuando era un ciudadano cargado de recompensas y honores por su vida benemérita, lo refería siempre.

En los años siguientes a lo que hemos referido, no le ocurrió suceso digno de mención. La guerra hubo de buscarle en su constante ronda por aquellos lugares y siempre halló manera de escapar. Su vida se arraigaba en aquella tierra, que veía sin penetrar más allá del horizonte y en su alma adormecida no existía siquiera el recuerdo de la madre, que le abandonó, según después se supo, para seguir a Rafael que iba reclutado. Pero el destino reservaba otro rumbo a la vida de Franco, y para torcerlo, para arrastrarlo a él sembró una luz en su conciencia que día tras día fue limpiándola de sombras: Teresa.

Empezóse a notar que la tenía por suya. Y así era, en efecto, pues en sus primitivos sentimientos la creía tan suya como la tierra en que naciera. Semejante predilección más comenzó a parecer amor que simple devoción de siervo. Por lo que don Gaspar sin aparente interés lo retiró de su servicio, no sin antes buscarle trabajo en la finca de un vecino, don Casimiro Lozano, tenido como uno de los viejos más ricachos del país.

Tal fue la primera desazón que perturbó el ánimo de Miguel Franco en su naciente mocedad. Cómo odió a don Gaspar desde entonces; cómo se sublevó su corazón sólo pueden decirlo los montes que recogieron aquel dolor tan silencioso como ellos.

Sin explicárselo odiaba todo; sin precisar lo que sentía, que era opresión.

¿Y quién lo diría? La moza mantuana no sintió menos la ausencia de Miguel, cuya amistad estaba vinculada a su vida de modo fatal, porque era el amigo que le llevaba los nidos y las mejores frutas del pomar, que le llenaba el zurrón con la miel primeriza, que la suspendía en su hombro para pasarla sobre el río u orillar la aceña de la huerta, y la enseñaba a pescar.

Para entonces Teresa se espigaba en una real moza. Era dulce su rostro, negros sus ojos y castaño el cabello, lo que daba a su belleza un sello moreno, y los labios se le abrían más sensuales que castos en la faz encendida. Era la musa criolla; la musa de los poemas que evocan ducales siluetas en el áspero marco del mediodía; los poemas románticos que ciñen con encajes las manos de las mestizas de sangre noble.[16] ¡Rosas de Castilla trasplantadas al indio solar!

Era septiembre. Quince años tenía Teresa. Las lluvias habían remozado la tierra caliente, estaba el cafeto en flor y el primer viento de verano sacudía las arboledas.

Capítulo II

Los escrúpulos de don Gaspar

Dos años hacía que Miguel vivía en *Las Guamas*, hacienda vecina a la Montenegro. El cura don Sebastián Alfonzo había muerto y el lugar estaba sin pastor. Miguel Franco hacía quesos, Ignacio cursaba Letras en Caracas y don Gaspar pensaba ya en el porvenir de su nieta.

Era su vida muy activa. Inspeccionaba los fundos, vigilaba la molienda, atendía en persona al ganado y a pesar de sus achaques su cuerpo enteco le permitía ser ágil; por lo demás estaba siempre erguido, siempre altivo, siempre impertinente. Rodríguez le acompañaba en estas faenas y con él trataba, al vigilar sus dominios, sobre la grave cuestión del porvenir de Teresa. No hallaba un partido conveniente.

—Tiene una buena dote —decía—, pero la gente de mi tiempo se acabó. Una Montenegro no puede casarse así como así.

—Pero don Gaspar —le contestaba Rodríguez—, casas hay hoy de gente patricia que tienen tantos próceres como la suya. La República las ha ennoblecido más, les ha dado glorias que no tenían.

—No tanto, no tanto —contestaba don Gaspar—, no hay en todo el país una casa como la mía. Y aun en la misma España, pocas le igualan en limpieza de sangre.

—¿Y qué va a hacer usted ahora con tantos blasones? —le decía Rodríguez disimulando la sorna.

—Pues guardármelos. A mí solo me bastan para saber quién soy. Y a propósito, Rodríguez, vi en ese papel que trajo el correo,

en el *Diario de Avisos*, que venden en Caracas, no sé quién, un esclavo de veinte años. Escribe allá e infórmate.

Con éstas o parecidas salidas terminaba siempre don Gaspar sus conversaciones con Rodríguez. A veces quedábase a dormir en una casa que poseía en el linde de sus campos y entonces Miguel Franco hablaba con Teresa por una empalizada.

Sin darse cuenta fueron novios. La mano callosa de Miguel oprimía las linajudas y finas de Teresa, a la luz de las estrellas, en el propio solar de los Montenegro. Sentía la doncella atracción invencible hacia aquel mozo fornido que la amaba. Confundían sus alientos, se tocaban sus labios y las palabras trémulas, se acogían al silencio como las orquídeas al tronco de los árboles: así florecían ellas.

Entonces fue cuando Miguel comenzó a pensar en llegar a ser militar para casarse con Teresa. Él le prometió que en la primera ocasión iría a la guerra y así concertaron sus amores.[17]

Una noche se atrevió a besarla. Ella dio un grito y turbada apoyó la frente en el hombro de Miguel. Estaba muy oscuro, el grito lo escuchó un peón que dormía en su hamaca junto a aquel sitio. Inclinóse para ver mejor y pudo distinguir la esbelta silueta de una mujer que huía.

Al día siguiente lo refirió a sus compañeros. Lo cual provocó muchos comentarios.

—¿Con quién será? —se preguntaban.

Uno de ellos comentó la noticia brutalmente:

—Esta vez como que don Gaspar no tendrá más nietas que sean princesas.

Comenzó a propagarse la nueva. El rumor llegó a oídos de Miguel y lo puso temeroso; más porque allí andaban algunas mozas que lo amaban. Ente ellas la más decidida, Lucía, quien no se recataba de quererlo, una muchacha pulposa y morena, de ésas cuya tosca y fiera ternura sabe los hondos secretos del canto al inclinarse en la jornada.

Principió a susurrarse el nombre del amador. Se hizo público. Cuando Miguel pasaba todos suspendían la faena o se detenían a verle. Le odiaban. Lucía fue un día hacia el lugar donde trabajaba a interpelarle:

—Ya sé, sinvergüenza, quién es tu novia. Contá con ella.

Indignado, Miguel le echó en cara su atrevimiento:

—Vuélvemelo a decir y te hago echar de aquí, puta.

—¿Puta yo? No, Miguel. Yo soy honrá. Quien puede salir eres tú si lo llega a saber don Gaspar. No te creas. ¿Ricos? Ya verás si te quiere esa mujer. Me voy a reí.

—Vete, Lucía. Ésa es calurnia. Todavía no me he fijao en mujer.

Lucía se marchó llorando.

Así llegó el rumor a oídos del amo, el viejo que aún requebraba a las mujeres y tenía más de tres queridas en sus dominios. Decían que las hijas de los peones eran para él, y luego las casaba. Fama tenía de ser avaro y guardar muchas riquezas enterradas. Indignóse Lozano con este atrevimiento de su criado, más por envidia que por celo del honor ajeno, y prometió decirlo a don Gaspar en la primera oportunidad, quien a las mismas horas andaba dándole vueltas en el cerebro al insoluble problema de la raza.

Estas contrariedades hicieron que Miguel dejara de hablar con Teresa. El amor se transformó en desesperación. Miguel se volvía taciturno y descuidaba el trabajo, por lo que en cierta ocasión, el amo, que ya le tenía ojeriza, le dio de azotes, azotes que Miguel soportó sin rebelarse.

Capítulo III

Obsesión de sangre

Miguel frecuentó entonces la bodega donde se reunían los peones y gañanes por la noche. Acudían también las mozas a estas reuniones que casi siempre terminaban en juergas; juergas que favorecía el amo abriéndole cuentas a sus siervos para que se gastaran todos los jornales y así atarlos con las deudas. De ese modo, según los cálculos de don Casimiro, el trabajo de los obreros le salía gratis y sumamente ventajoso.[18]

Miguel se reconcilió también con Lucía, arrepentido de haberla maltratado tan duramente, aunque a la verdad temeroso de su venganza. Pensaba que así le perdonarían su fortuna, que así olvidarían su dicha. Nunca faltaba ahora a las juntas celebradas en el portal de la bodega, a aquellas juntas que parecían cenáculos de soldados reunidos al amor de la hoguera para concertar alguna acción de epopeya.

Y eran los labriegos más ancianos, endurecidos en la guerra y bajo el sol de los campos, quienes distraían las reuniones con sus remembranzas viriles, mientras chupaban tabaco y bebían el aguardiente irisado como una perla cuyo oriente tuviera destellos de llama. Oían los más jóvenes en silencio y acariciaban a las mozas o templaban las guitarras o afilaban las armas.

Todos soñaban con batallas y carnicerías. Muchos habían conocido a Boves; muchos habían asistido con Ribas al sitio de La Victoria; muchos eran esclavos libertos de la guerra. Aquella noche, cuando llegó Miguel Franco, era más numerosa la reunión. Hablaban como de costumbre:

—La guerra es buena, es más buena que la paz —decía uno de ojos verdes y pelo rubio—, se gana más dinero, y los ricos no se lo cogen todo.

—Así como dice Pancho es la verdad —respondió otro—. Me acuerdo que en la guerra nunca me faltaron diez onzas en la faja, buena hembra y caballo, y nunca comí mejor.

—Y eso que no estuvieron ustedes en la Independencia —afirmó otro más viejo—. De allí salieron soldados más ricos que los que eran sus amos y los negocios abundaban a puños. Esos son los reales de don Casimiro, y yo no espero sino otra guerra pa acabá con él, que me robó mi hija. Por sinvergüenzas estamos aquí.

—Así lo estaban diciendo en el corte el otro día —dijo un mocetón de aspecto alegre.

Otro muy orgulloso de su pechera, tan blanca como las barbas que le nevaban el rostro, terció para decir que en la guerra se cometían muchos crímenes:

—En la fila de Madre Vieja, mataron a un hombre que iba huyendo con dos mulas cargadas de plata, en la última revolución. Lo mataron y no se ocuparon de enterrarlo y los zamuros se lo comieron. No se pudo averiguar nada, porque parece que un chivato era el asesino.

—Sí. Yo he visto allá una cruz sobre unas piedras —refirió Miguel Franco.

Pero ya otro de piel cararosa y belfo pálido, mientras restregaba la navaja contra el suelo, decía cómo había él cortado cabezas de españoles en la Guerra a Muerte:

—Ahí sí se mató. —Y con tal acento dijo, que a todos pareció mirar el caer de las cabezas con las bocas crispadas y los ojos llenos de sangre.

—Eso es nada —afirmó uno que no se podía distinguir por estar hundido en la penumbra—, yo vi ahorcar a diez hombres y los vi podrirse colgados. Yo fui de Boves, y el condenao mandaba a tirar los huesos en los caminos para que los viera el enemigo, y las cabezas las ponía en una jaula, mesmamente que una cabeza de cerdo.

—Entonces se peleaba más duro. Ahora se matan tres patiquines y dicen que ha corrido sangre.

—Lo mismo que eran hombres; eran más hombres.

Las mujeres se horrorizaron. Se tapaban la cara. Se abrazaban a los hombres con aspavientos.

En estas conversaciones pasaban las noches. Parecían haberse olvidado de Franco, que siempre estaba con Lucía. Pero supieron otras cosas. Franco les traicionaba. Quería engañarlos. Y la ojeriza que tenían por él se convirtió en odio. Concertaron vengarse. Alguien debía provocarlo y Lucía, instrumento de ellos, le caería encima.

Esa noche le recibieron con burlas.

—Ahí viene el novio de la niña Teresa.

—Si don Gaspar supiera quién es el novio de la hija.

Miguel se detuvo. Temblaba de miedo y rabia. Trataba de descubrir los rostros, pero estaban en sombras. Habían apagado el candil. Brillaban en la oscuridad las chispas rojas de los cigarros. Se oían algunas risas grotescas y éstas tenían el efecto de fustazos. Otro le dijo que se lavara bien las manos porque hedía a queso.

Miguel dejó escapar su odio. Se sintió superior a la chusma que le insultaba. Con asombro de todos les gritó que sí era verdad, y que él mismo se lo diría a don Gaspar. Era lo que deseaban. La asamblea tuvo una explosión de ira. Se levantaron muchos. Miguel iba a salir, cuando Lucía, loca de celos, surgió de la sombra navaja en mano. La india, despeinada y ebria, mordiéndose los labios, quería acribillarlo. Franco aterrado quiso huir. Formóse un círculo. De brazos cruzados los hombres presenciaban la persecución y las mujeres abrazadas con ellos sonreían impávidas. Y mientras Miguel trataba de esquivar los golpes, azuzaban a la hembra furiosa:

—¡Mátalo! ¡Mátalo!

Lucía, enardecida con las voces, le atacaba enfurecida. Miguel daba gritos y el alboroto crecía por instantes.

Al ruido acudió don Casimiro calzando las espuelas y las alpargatas, en el cinto la pistola y un látigo en la mano. Su único esclavo le seguía con un candil. Tras el amo armado, a aquella escasa luz su rostro idiota parecía la faz de un ídolo salvaje. Conmovióse el círculo. Cesó por encanto la jacarandana. Don Casimiro ultrajó a sus siervos; agitó el látigo, desafió a todos. Los hombres desfilaban sumisos, silenciosos, con la frente humillada. Iban sentándose en los pretiles. El candil alumbraba sus caras resignadas y los insultos del amo caían sobre ellos. Yacían los

machetes y los puñales inútiles. Franco, desgarrada la cara por los arañazos de Lucía, sentóse en un rincón. Castañeteaban sus dientes.

Sólo la hembra estaba de pie altanera y rabiosa, oculta la navaja en el seno. Don Casimiro avanzó a pegarle. Lucía dio un salto. Rápidamente el esclavo se interpuso entre ellos. El amo descargó su ira sobre el negro. Un alarido estremeció la escena que otra vez quedó a oscuras. El esclavo se arrastraba en la tierra y con gemidos lastimeros imploraba el perdón. Resonaban los latigazos. Lucía había huido. Al fin se fatigó don Casimiro. De nuevo hizo luz.

Huellas de sangre marcaban el lugar del suplicio, donde el negro estaba desmayado. Hombres y mujeres huían en tumulto amparados por la noche. El monte era un terciopelo sembrado de abejas de oro. En el cielo color de jacinto desplegábanse nubes lácteas. Escuchábanse las voces perdidas entre los matorrales. Manchas de neblina como encajes caían sobre la ocre esbeltez de los picachos.

Capítulo IV

Habla Miguel con Pancha y ésta con Teresa

Semejante afrenta acabó de sublevar el alma de Miguel y ya no frecuentó más la tertulia de *Las Guamas*. Su imaginación forjaba de continuo revoluciones y pendencias; soñaba con ser general y pasearse por *Las Guamas* saciando rencores; ardía en su alma el odio, y la conciencia de su pequeñez alimentaba en ella la llama abrasadora.

No pudo hablar con Pancha hasta tres días después. Cuando tuvo la suerte de hallarla se fue a ella lleno de ansiedad. Pidió informes de Teresa. La negra escandalizada le dijo que allá no se podía vivir desde que don Gaspar supo sus amores.

—Se van pa Caracas.

—¿Se lo dijo Lozano?

—El mismo —respondió la negra.

—Maldito viejo —rugió Miguel.

—Ave María Purísima, Miguel. Rezá pa que se te quiten esas tentaciones. ¿Por qué no te casas con Lucía, que te quiere y tiene unas matas de café?

—¡Lucía! ¡Lucía! ¡Dile a Teresa que me iba matando, que estoy vivo de milagro!

—¡Jesús, Jesús! ¡Qué horror!... ¡Pobrecito!... ¿Con que Lucía te quiso matar?

Miguel se abrazó a la vieja. Le dijo ternezas. Le suplicó. Compungióse Pancha y se dejó convencer.

—Tú también eres un cristiano. Pero si supieras cómo se puso don Gaspar; cómo le habló a Teresa.

Miguel, sin soltar a Pancha, devoraba sus palabras.

—Dijo que iba a pagarle a un peón pa que te matara. Asimismo lo dijo, mijito, y te aconsejo que te cuides mucho.

A Miguel le iban dando miedo las advertencias de Pancha. Era muy de noche y él vivía lejos. Con voz temblorosa preguntó:

—¿Tú qué crees, Pancha, que Teresa me quiere?

Pancha vio a todos lados para responder:

—Pa tu desgracia y la de ella sí te quiere. Pero déjame ir. Es muy tarde. Cuando no sea imprudencia hablaré contigo.

No valieron las intentonas de Miguel para retener a Pancha. La vieja se alejó después de bendecirlo. Miguel veía su lento haldear en el camino donde los grillos agitaban incesantes sus crótalos nocturnos. A prisa tomó el camino del rancho en que vivía.

Al mismo tiempo Pancha llegaba al caserón. Teresa la esperaba sin dormir. Estaba en su cuarto, sentada en el lecho, al descuido, con las ropas de noche, que le cubrían con recato los encantos del cuerpo. Se insinuaban apenas los túrgidos pezones bajo la camisa abrochada hasta el cuello, donde ondulaban los castaños y sedosos bucles, y el talle aparecía tal cual era: esbelto, flexible, voluptuoso. Contemplaba el retrato de su madre, puesto encima de una cómoda, alumbrado con una bujía, único mueble y adorno de la alcoba, además de la Virgen colgada sobre el lecho.

Pancha se sentó en la cama. Teresa la abrumó a preguntas. Oyó lo que pasaba. Sus ojos negrísimos se agrandaban a medida que el aya fiel le decía las nuevas. Ojos rasgados, velados por largas pestañas, ojos que la sombra violeta de las ojeras tornaba lánguidos y ardientes. Las lágrimas inundaron su rostro. Pancha la consolaba mimándola. Movía el aya la cabeza.

—¡Quién va a decir, cuando uno los ve pequeños, lo que les espera!

—Tengo sed —decía Teresa.

—¿Tú quieres agua?

—No. Tengo sed de sus labios. Quisiera que ellos refrescaran mis ojos. ¡Me arden, Pancha!

La vieja se llevó las manos a la cabeza.

—¡Qué gracia, santo Dios! Cálmate, hija, mira que puede oírnos don Gaspar... Mañana veré a Miguel y le diré todo lo que quieras.

La doncella se echó sobre la cama. Largo rato el sollozo escuchóse en la alcoba. Poco a poco se fue calmando consolada por Pancha, que la acariciaba en las rodillas. El aya imaginó un recurso para distraerla.

—Aprende a hilar —le dijo—. ¿Tú quieres?

Sacó de la cómoda una rueca fina y pulida, incrustada de nácar, que aún tenía una madeja.

—Es la de tu madre. Es la labor que hacía la víspera de su muerte, que la muy santa siempre andaba haciendo algo.

Teresa la tomó en sus manos. Veíala con curiosidad y amor. La besó.

—Blanco como esta madeja —díjole Pancha, que era muy aficionada a decir cosas poéticas– es el sueño de las muchachas. La rueca es para las mujeres como el cigarro a los hombres... Con ella se sueña siempre... Así podrás pensá en amores al disimulo de importunos... y esconderás con más sigilo tus sonrojos...

—Ya que tan bien lo dices, enséñame, pues.

Pancha colocó los dedos de la doncella en el instrumento.

—Será tu madeja un deleite, reina mía, y el algodón guardará tus confidencias...

—Pero, yo quiero guardar ésta, que era de mi madre. Consígueme otra mañana.

—Bueno, sí, mañana te la consigo.

Teresa abandonó la rueca y acostóse en el regazo de Pancha.

—Quiero —le dijo— que me cuentes un cuento, más bien, para dormirme. Aquel de una reina que hila.

—¿Cuál?

—Aquel que tú siempre me contabas. El de la rueca de cristal.

Pancha recordó un instante. Después comenzó la leyenda:

—Hace muchos años, la reina de un país lejano, tenía en su palacio una rueca de cristal, la cual tenía una virtud, porque era regalo de un hada que fue su madrina... Pero, ¿qué es, Teresilla? ¿Te has dormido?

En eso estaba la doncella. El aya la puso cuidadosamente en la cama y la cubrió con las mantas. Se acercó a la cómoda donde la gastada bujía agonizaba, la apagó, y luego púsose a orar. Era media noche.

Capítulo V

Descubre Miguel Franco que él también es rico

Miguel Franco se volvió más huraño. La amenaza de don Gaspar que Pancha le había comunicado no lo dejaba vivir. A todo temía, en todo miraba una acechanza. Diríase un genio que medita empresas audaces.

Su amor se transformó en rabioso delirio. ¡Ay de las bestias que gobernaba! Quiso también presumir. Lavaba él mismo sus ropas; disimulaba sus remiendos; usaba la cobija a modo de capa cruzada con arrogancia, y en una cándida evocación, sin suponerlo siquiera, revivía la fábula lírica, inclinándose de continuo sobre el agua para contemplar su rostro indiano y sus cabellos aceitados.

Con tal ánimo regresaba un día al atardecer. Se obscurecían las perspectivas. Las copas más altas desfallecían como extenuadas; se inclinaban silenciosas y estremecidas al soplo acariciador del primer beso nocturno.

Iba Miguel en dirección de su rancho, cuando vio a la muriente claridad un hombre cuya figura le era bien conocida. Observó con más atención y pudo distinguir la barba corta y gris, el pañuelo rojo atado en la cabeza cubierta por un gran sombrero. Parecía entregado a una difícil labor. Cavaba al pie de un cují de ancho ramaje. No cabía duda, era don Casimiro.

A Franco le acudieron a la imaginación los entierros fabulosos atribuidos a la sordidez del amo y una súbita alegría le surgió de las entrañas. Aquello estaba en sus manos. Hizo un movimiento imprudente, tal vez impulsado por algún deseo. Fue

una delación. Don Casimiro se volvió bruscamente, y airado le preguntó qué hacía allí.

—Busco a un becerro —respondió Franco con voz temblorosa.

—¡Un becerro!

Don Casimiro, dominado por la ira, celoso de su dinero, los ojos abiertos, espantosamente abiertos, iba sobre Miguel. Parecía guiado por una idea infernal. Miguel Franco echó a correr por el sendero blanco como una nube tirada a cordel entre los espesares y Lozano de pie, impotente para seguirle le envolvió en una imprecación.

—¡Mañana te irás de aquí, gran bellaco!

Capítulo VI

Refiere la primera hazaña de Miguel Franco

¡Oh Fortuna omnipotente que a algunos guías y proteges hasta en las menores circunstancias! ¡Diosa implacable, mujer que siempre eligió sus amantes, madre loca que a unos dedica sus favores y a otros deja menos que huérfanos! ¿Qué te movió, deidad funesta, a enamorarte de Miguel Franco?

Así como a ciertos grandes hombres les fue conmutada la pena del destierro por los mismos a quienes más interesaba, también, por una inexplicable negligencia de don Casimiro, Franco no fue lanzado de *Las Guamas*. En vano esperó la ejecución de la sentencia.

Otra noticia aumentó su zozobra; don Gaspar se ausentaba para Caracas en el mes de enero llevándose a Teresa. Sin embargo, abrigaba una esperanza: el tesoro que la tierra le daba con pródiga y maternal solicitud.[19] Trazóse un plan y en todos esos días no hizo más que madurarlo con paciente voluntad.

El día de Navidad, iba Miguel al acaso por los caminos de *Las Guamas*, cuando le salió al paso una cabalgata. Eran don Gaspar y sus nietos. Ignacio, que había ido a pasar las vacaciones en su casa, demostraba en su aspecto, algo petulante, todo lo que sabía y lo que se imaginaba ser. Iba al lado de Teresa, la que no se cuidaba más que de lucir la extrema gallardía de su cuerpo y la bizarra desenvoltura con que guiaba su bello alazán.

Miguel se apartó a un lado del camino, y Teresa, al pasar junto a él, le dio un golpecito en el hombro con la fusta.

—¡Adiós, Miguel!

Miguel respondió sin descubrirse. El incidente indignó a don Gaspar y asombró a Ignacio. ¿Por qué ese mulato irrespetuoso no se descubría ante una dama que se dignaba a saludarlo? Teresa, sin turbarse, explicó a su hermano que ése era Miguel Franco, el que jugaba con ellos cuando eran niños. Esto le valió a Franco una sonrisa de Ignacio y un gruñido de don Gaspar. No tuvo más consecuencia el incidente y todos continuaron el camino, lo cual dejó a Teresa admirada de la cordura incomprensible de su abuelo.

Miguel seguía con los ojos el cortejo que se alejaba bajo el sol de aquella mañana riente y cancionera. En el sosiego umbroso de las alamedas parecía esconderse el genio del paisaje. Movíanse las cañas que orillaban el camino con el retozo de los pájaros; centelleaban los pedruscos, y en el cielo, la luz ardía como encendida sobre un extraño metal azul y diáfano. Temblaban las macetas en la copa de los samanes; ondeaban las espigas al compás del agua murmurante en las cañadas; confundíanse las mariposas con las florecitas blancas y rubias de los tréboles y todo era sencillo como el alma de Dios.

Seguía, pues, Miguel con los ojos a Teresa, y su mirada inyectada decía a las claras el odio que le subía del corazón. Y ya iba a perderla de vista al doblar el recodo que estrechaba el zarzal, cuando sintió a su espalda ruido inaudito. Al pronto se imaginó una celada y gran zozobra paralizó sus miembros.

Una nube de polvo ocultaba el camino. Se oían voces distintas, y no hubiera Miguel sacudido sus nervios a no vibrar en el extremo opuesto un grito de mujer que le hizo el efecto de una sacudida. Del polvo surgió un toro bramando, varios hombres le perseguían arrojando en vano los cordeles. Alborotóse el paisaje; se espantaron los pájaros con los gritos de los hombres y las embestidas de la fiera; un toro negro que irrumpía desenfrenado en el camino.

Miguel quiso huir. Un sudor frío le inundó el cuerpo. Pero Teresa estaba allí, viéndole, desde el recodo estrechado por el zarzal. Nunca se lo pudo explicar. Con ánimo decidido se hizo a un lado del camino, afirmó el corazón, tendió los brazos con gesto sereno, y si alguien hubiera estado cerca habría visto que se hinchaban sus músculos, se dilataba el tórax, se le enrojecía el rostro al paso de la fiera rebelde, negra, rabiosa, y asiendo la

cola, afianzándose en ella ante los circunstantes suspensos, una cola desnuda y enmoñada en la punta, la embrazó con formidable empeño, la detuvo, forcejeó un instante y la bestia rodó por tierra...

Miguel se irguió en el camino y su estatura parecía crecer en la caricia luminosa del día. Sus músculos desnudos, su frente sudorosa, su pecho jadeante le nimbaban con la varonil serenidad de una escultura bárbara animada por un soplo de vida. A sus pies yacía la fiera humillada y cuando ya ésta repuesta del tropiezo pugnaba por levantarse los perseguidores le ponían las sogas y le ataban la boca bruñida de baba.

Los espectadores prorrumpieron en aplausos, excepción hecha de don Gaspar. El viejo manifestó que nunca condescendería en estropearse las manos para glorificar a un plebeyo que nada nuevo hacía, pues era lo de su oficio y costumbre. Pero Ignacio, sin reparar en tales balandronadas, apeándose del caballo, fue a abrazarle, tendiéndole después el bolso del dinero. Miguel, más altanero esta vez con el mancebo que con la bestia, rechazó la dádiva lleno de dignidad y entonces Ignacio se la arrojó a los peones.

A esto ya don Gaspar había proseguido su camino, no sin antes obligar a Teresa a que le siguiera y no dejando a Ignacio otro tiempo sino el que puso en alcanzarlos. Quedáronse los peones, y apenas perdieron de vista al hijodalgo, celebraron juntos el dinero inesperado. Miguel Franco olvidó sus orgullos. Hizo muecas, dio saltos, arrojó el sombrero al aire. Uno arrastraba a la fiera ya dócil, bien sujeta con la soga, y los otros rodeaban a Miguel; estrechaban sus cuerpos vestidos de harapos; contaban las monedas enardecidos con el oro y los cantares que a lo lejos dejaban oír sus sones vagabundos.

Capítulo VII

Huye Miguel Franco de la aldea nativa

Pasaron unos días. La hazaña de Miguel Franco despertó sorpresa y admiración en toda la región; nadie puso en duda su valor y hasta el mismo don Casimiro, rendido a la fama de su criado, evitaba tropezarse con él. Franco no cabía de orgullo. En los corrillos y villancicos de Pascua, más de una copla fue improvisada en su honor y Pancha le entregó un mensaje escrito de Teresa. Leyóselo la negra, pues él no sabía; papel que Miguel cosió luego en su saco.

Pero bien pronto la gloria hubo de trocarse en intensa amargura. Una noche, Pancha le comunicó que al siguiente día don Gaspar y sus nietos salían para Caracas.

—La pobrecita —le dijo— tiene los ojos maltratados de llorar.

Con asombro de Pancha, Miguel la escuchó serenamente.

—¿Se van? Pues yo también me voy.

La vieja no lo quería creer. Miguel se exaltó. Con habla torpe prorrumpió en injurias y amenazas. Juró robar a Teresa y ocultarla en el monte. Ante el peligro que imaginaba ser cierto, Pancha juntó las manos suplicantes. Imploraba con lágrimas, creyendo ya perdida a Teresa. Miguel no hizo caso. Impasible vio alejarse a la negra con la frente escondida en el paño que le cubría la espalda.

Al quedarse solo, Franco dio rienda suelta a sus sentimientos. Instintivamente presentía las consecuencias de aquel viaje. Podía perder a Teresa allá en la ciudad, donde iba a encontrar muchos

hombres apuestos y blancos como Ignacio. Una sensación desconocida lo estremeció. Creía que se le desgarraban las entrañas. Sentóse en una piedra. Irritados los ojos, secos los cuarteados labios como llanura sedienta y abrasada en el estío.

Muy temprano, Franco sintió el pesado coche de los Montenegro rodar en el camino. Lo oyó sin sobresalto y en todo el día no asomó en su rostro síntoma alguno de turbación. Realizó la jornada silenciosamente. En la tarde bajó a la bodega, comió la negra mezcolanza que servían a los peones y después sentóse en la puerta. Con el machete en las rodillas, impasible el rostro de bruto resignado, y en humilde actitud, ¿quién podía suponer su meditada audacia?

El sol ocultaba su enorme disco áureo tras la línea sinuosa de los cerros y apenas un reflejo incierto caía sobre la cumbre montañosa. Franco tenía puesto en él los ojos. Los otros peones comenzaron a entrar. Uno le invitó:

—Espérame pa que juguemos una partida.

—Ahora más tardecita. Voy y vuelvo.

Entonces, eran cerca de las seis, Miguel se levantó, tomó el machete, tercióse en el hombro la cobija e internóse en un gamelotal. Una mujer le vio desde la cocina situada frente al patio que daba al campo.

Luchando con la acerada maleza, Miguel llegó al cují misterioso. Un gesto resuelto asomaba en su semblante. Clavó la hoja de acero y el golpe resonó en el campo ya soñoliento. Estaba la tierra dura. Miguel se agachó. Hollaba con furia. Se hinchaban sus músculos recios, lucientes, nudosos. Fuente escasa era su frente, pero fuente al fin que agua humana daba a la tierra. De pronto se detuvo. ¿Y si allí no había nada?

Ya estaba oscuro. Y en el cielo pálido, de una palidez traslúcida, el viento arrastraba nubes grises y negras como alas de pájaros. Clavó el arma con más fuerza. Cedió la tierra. Y un sonido hueco, casi sonoro, le suspendió mientras la hoja se clavaba en un objeto más duro que la tierra. Redobló el esfuerzo que abría ya una grieta larga y profunda como una boca desdentada y al fin se hundió el filo.

En ese instante deslumbró un relámpago y se oyó el retumbo del trueno. Comenzó a llover. Caían gruesas gotas de agua que resonaban en el monte como lluvia de arena. A aquella

luz Miguel percibió el metal dorado, metido entre paños nuevos en la rota botijuela. Sintió alegría. Ni un remordimiento. Su conciencia simplista no se explicaba por qué sentía suyo aquello, tan suyo como la tierra en que naciera y el pan ganado en la servidumbre.

La lluvia arreciaba. Los relámpagos descubrían su rostro empapado y jadeante. Pero la alegría se cambiaba en terror. Cárdenas luces agrietaban el cielo. Los árboles se retorcían bajo el viento que devastaba el gamelotal. A ratos, los chispazos estallaban lívidos entre las cortinas de agua.

Con prisa metió Miguel las manos entre las hendiduras y los puñados de monedas doradas y blancas abrumaron sus manos y las sorprendieron con sonidos ignorados. Llenó los bolsillos, la faja y hasta el ruedo del sombrero. Cuando no le cupo más y comenzó a sentirse pesado concluyó la faena, abandonó el machete y sin ocuparse siquiera en disimular el hueco abierto, tomó el camino azotado por la lluvia.

La noche devoraba los campos, las sabanas, la montaña cuyo seno despabilan los relámpagos. Así podía descubrirse la figura del mozo embozado en la chamarra. Sus pies chapoteaban en el camino anegado, se atascaban en los barrizales y apenas podía marchar. Caminaba a tientas. Aun desde la senda alcanzaba a ver la casa de *Las Guamas* que un farol destacaba; luz empañada como una turbia pupila abierta en la oscuridad.

Media hora anduvo así, sobresaltándose con el menor ruido. Hasta los animales que se deslizaban en el monte le causaban desazón. Al cabo sintió más agua bajo sus plantas. Un mugido bien familiar le sorprendió. Era el río crecido. Miguel se detuvo. Ante aquel obstáculo debió desfallecer su corazón.

Desgarrábanse los árboles y el torrente crecía azotado y revuelto. El agua arrastraba los despojos de la montaña en un recio tumulto alumbrado a ratos por las teas del cielo, y las melenas del monte chamuscadas e inmóviles parecían cobijar, en el pavor de la noche, la trágica fuga de una hamadríade. La seguían enjambres de cocuyos. Unos constelaban el espasmo del agua, las deshechas orillas, las grutas formadas por las ramas; otros se detenían en las cañas oscilantes, y era cintillo de estrellas, junco luminoso, la palma doblegada sobre el río.

Miguel Franco vaciló unos minutos, y aquí es fuerza exclamar lleno de confianza en el porvenir: ¡Salve, oh, héroe del desierto! ¡Levanta el corazón, tiende los brazos, desprecia la adversidad con que el destino te prueba para hacer más gloriosos sus designios! ¡Sé grande, sé fuerte, sé magnánimo en esta prueba decisiva![20]

Dignas son estas palabras del tiempo que Miguel tardó en arrojarse a la corriente. Al fin lo hizo, animoso y valiente. Desapareció un instante. Después subió a flor de agua.

Refiriendo él mismo ese episodio mucho tiempo después, cuando ya su vida era una reliquia del patriotismo, decía que, huyendo esa noche para alistarse en el servicio de las armas, cosa que el godo de su amo no le permitía, había estado a punto de ahogarse por no saber nadar:

—Por la boca y los ojos me entraba mucha agua y sentí las angustias de la muerte. No me podía agarrar y las leñas y los palos me aporreaban el cuerpo. Casualmente el agua misma me ayudó a salvar empujándome, y así gané tierra.

Ganó tierra, es verdad, pero no pudo levantarse, sus fuerzas le abandonaban y a poco perdió el conocimiento.

Capítulo VIII

Prosigue el anterior

Allí le sorprendió el alba. Una hora clara y blanca como ternura de mujer. El aire reanimó sus ateridos miembros. Se puso de pies y maquinalmente palpóse los bolsillos. No estaban tan llenos como la víspera. Entonces se dio cuenta de que había perdido el sombrero. Tanteó la faja y el tesoro de ella estaba intacto. Avizoró rápidamente el sitio en que se hallaba. Cerca de allí se elevaba una columna de humo. Hacia ella encaminó sus pasos. Sin cobija ni sombrero, pegada a su piel la franela, los pantalones arremangados, descalzo, lleno de lodo todo el cuerpo, Miguel Franco bien parecía un presidiario en fuga.

Una casa de tejas le salió al paso, una especie de venta[21] y posada, paradero de viajantes y arrieros. Su presencia despertó general sorpresa. Pidió café, y mientras se lo traían refirió una historia extraña: venía de Valencia y en la noche unos ladrones lo habían asaltado. Dijo que iba a poner el denuncio. Las mujeres de la casa le compadecieron y le dieron ropa. Se informó si podía alquilar una bestia y le respondieron que más arriba estaba Santa Cruz, donde podía encontrar. Con esto se despidió y confortado con la caliente bebida siguió hacia el pueblo.

Si Miguel Franco hubiera visto dos leguas a su espalda habría contemplado gozoso la persecución de su persona, los emisarios de don Casimiro que a pie y a caballo le buscaban. El viejo ofrecía una suma por su captura y en todo aquel campo desde la fila que divide a *Las Guamas* con el Pao Zárate y la hacienda Montenegro, iban los esbirros a todo galope mientras otros exploraban la sierra,

se subían al tope de los samanes y cortaban el gamelotal pensando que allí se ocultaba.

Pero si Franco no lo veía se lo imaginaba. Él no tenía otro apuro que alejarse pronto. En Santa Cruz alquiló una yegua torda, se desayunó con abundancia y ya con el rostro alegre reanudó la jornada. A las nueve entró en La Victoria, cuyos tejados y casas estaban como nuevos lavados por la lluvia. Allí se detuvo el tiempo preciso para comprar una cobija.

En todo el trayecto la creciente había causado estragos y las gentes de los campos se agrupaban en la orilla del río que arrastraba animales muertos y utensilios domésticos. Aquel acudir de gente molestó a Miguel; pero como no le conocían más que en *Las Guamas* y sus alrededores, su presencia no producía más inquietud que la que él mismo llevaba consigo. Era un viajero cualquiera, en su yegua torda, aparejada rústicamente; un hombre de alpargatas, sombrero de cogollo, puñal en la cintura y vestido viejo de dril. Algunos le preguntaban cómo había dejado eso atrás. Él respondía cualquier cosa y espoleaba la cabalgadura.

A la vista de Miguel aparecía el paisaje húmedo y tierno, devastado a veces; las empalizadas floridas de las vegas; los tablones de caña y las majadas purpurosas. Otras veces salían a su encuentro las sabanas ardientes, que atravesaba con prisa mayor, y a todo lo largo la montaña verdinegra sucediéndose siempre, en cuyas abras desnudas el agua centellea como dardo de plata y bruñe el tono oscuro y la forma riscosa de aquellas atalayas.

Al pasar por Tejerías Miguel fue sorprendido por algo inesperado. Allí se acampaban algunas tropas. Y aunque siempre clamara por la guerra se sobresaltó con el temor de que lo reclutaran. En los cerros veía los grupos de soldados y la bandera flotante. No quiso detenerse. Toda aquella tarde galopó sin tregua. Nuevas tropas le salían al paso y no se explicaba aquel aparato de guerra. En una ranchería decidió pasar la noche. Allí contó el dinero. De todo lo que pudo lograr sólo tenía quinientos pesos. Lo demás lo había perdido en el paso del río.

Muy temprano continuó el camino. A las once estaba en Los Teques. Sangraban los costados de la yegua y de continuo el jinete escuchaba pronósticos alarmantes sobre la resistencia de la bestia. En Los Teques halló más tropas. Franco empezaba a fatigarse, pareciéndole que nunca llegaría a Caracas. Por estas

razones se detuvo en aquel sitio. Allí encontró a las gentes intrigadas con el movimiento militar. Nadie acertaba a explicárselo.

Por fin decidió continuar el camino lentamente. Anduvo toda la noche. Al amanecer estaba en Antímano. Se apeó para lavarse la cara en el río, con lo cual se remozó. Y ya iba a montar de nuevo cuando una voz lo alertó:

—¡Epa, amigo!

Miguel se quedó petrificado. Ante él estaba un sargento huesudo y alto armado de una espada que más parecía un alfanje.

—¿A dónde va? —le interrogó.

—Yo... voy pa Caracas.

—Poco a poco... Apéese pa registralo, a ver qué trae.

Miguel Franco obedeció. Conducido a un puesto cercano sometieron su persona a un examen. Miguel perdía el color por momentos y su temor aumentó cuando las manos del otro tentaron su caudal. La zozobra no duró mucho. Lo declararon libre. Y ya con el pie en el estribo se disponía a dar las gracias. Pero el sargento le detuvo:

—Mi amigo, lo siento mucho; pero su bestia queda embargá.

Miguel se inclinó en señal de acatamiento, aflojó las riendas que ya empuñaba, abandonó el estribo y entregó la yegua miserable. Sargento y soldados se reían de verle tan compungido, como diciéndole adiós a la yegua. Sin una protesta inquirió si no le necesitaban más y al saber que así era se alejó en silencio.

El camino le parecía más largo, penoso, interminable. El sol estaba alto y quemaba sus espaldas. Aquí y allá se extendían tierras labradas. Lentos iban los arados; lentos los labriegos arrojaban el grano en los surcos hondos trazados en curvas.

Miguel sin detenerse avanzaba siempre. Al desembocar de un atajo, avistó una cumbre azul erguida entre círculos de montes, deshecha sobre ellos la corona de neblinas. Clarísima montaña. La cresta visible tenía la semejanza de una ola levantada en la llanura del cielo. El viajero sintió un deslumbramiento. Aquello era distinto a los montes de su tierra. Divisó luego las techumbres apretujadas y desiguales y la torre enjalbegada, tosca, de dombo rojo modelado como nido de cigüeñas, y las escasas cúpulas misérrimas alzadas entre ruinas...

Franco interrogó a unos carreteros que pasaban junto a él:

—Compañeros ¿es aquélla Caracas?

—La misma —le respondieron sin mirarle siquiera.

Entonces devoró con los ojos los muros de la ciudad anhelada que antes imaginaba tan imposible y distante, la ciudad donde estaba Teresa, la ciudad soñada, entrevista apenas, y en su devoción aldeana la sintió suya, más suya a medida que se acercaba a ella guiado por aquella cumbre esculpida y transparente engastada a esa hora en el más puro oro de tíbar.

LIBRO III

EL VEINTE Y CUATRO DE ENERO

Capítulo I

La facción

—¡Ciudadanos, a las armas! Temblad tiranos godos que la espada del pueblo está sobre vuestras cabezas. ¡Brilló al fin el sol de la libertad en esta tierra heroica que ha asombrado al mundo!... ¡Es lo que digo en nombre de la justicia, a ti pueblo digno igual al de la Revolución francesa! ¡Pueblo de Bolívar, de Sucre, de Miranda y de tantos otros que son estrellas de primera magnitud en el cielo de la América![22]

Una aclamación delirante, un grito que más pareció un rugido salió de todos los pechos, y el orador, subido a una silla desde la cual arengaba a la multitud apiñada en una esquina de la calle del Triunfo, cesó en sus contorsiones, dio fin a sus gritos y quiso abandonar la improvisada tribuna, lo que no permitió el auditorio pues lo arrebató en triunfo. A la luz de un farol podía verse al orador en hombros, tratando de librarse como es de rigor en tales casos con sonrisas alambicadas y gestos suplicantes.

El cortejo se detuvo frente a la posada de «El Vapor», la misma donde se hospedaba desde la tarde Miguel Franco y en la cual el orador, después que echó pie a tierra, entró solemnemente entre vítores.

No sin antes experimentar las veleidades de la turba. En efecto, unos gritos, si bien sofocados un tanto, llegaron hasta él.

—¡Ese orador tiene los pantalones rotos!

—¡Esa levita es prestada!

Se oyeron también agudos silbidos. La multitud era injusta. Si algo era calumnia, si algo no tenían derecho a enrostrarle era

sin duda la propiedad de la levita. Era muy suya; en sus espaldas, asistiendo a procesiones y juntas públicas había envejecido, y por nada del mundo se hubiera desprendido de ella. Era su prenda más cara.

No hizo caso. Se rió despreciativamente y continuó adelante. En las mesas vociferaban los parroquianos, que se aumentaron con el séquito del civista. Otros bebían parados junto al mostrador improvisado en cocina. El orador anduvo un rato entre ellos y como no le hicieran caso reparó en Miguel, que comía solo en la mesa más apartada. Se fue derecho a él.

Miguel Franco a pesar de ser un forastero campesino que apenas tenía unas horas en la ciudad comenzaba a familiarizarse con aquellos usos tan extraños a él y en sus ademanes y procedimientos manifestaba que era dueño de una gran intuición o precocidad ciudadana. Miguel Franco no parecía un hombre que había sido peón hasta la noche anterior. No era tampoco que pareciese un señor, pero sí un sujeto de ciertas ínfulas, un propietario rústico. Se había erguido, caminaba con tiesura y se esmeraba en hablar claro, pronunciando correctamente las palabras tal como las oía de niño en la casa de los Montenegro de labios de sus antiguos amos. Además usaba con amanerada naturalidad de los cumplidos más vulgares y a no ser por sus alpargatas y su sombrero de campo, otra cosa pareciera.

El orador era alto y enjuto de cuerpo, de color muy oscuro, ojos pequeños y rebeldes canas que en vano quería hacer sedosas a fuerza de aceite y que sólo lograba dejar en el cuello manchas bastante pronunciadas. Miraba por sobre las antiparras de marcos forrados en tela, y en toda su persona, vestida como ya lo vimos con una levita que fue negra, había tal gravedad, que cualquiera podía medir su importancia y la que él mismo se atribuía.

Sentóse ante Franco, ladeóse un poco y comenzó a lanzarle miradas, unas de soslayo, otras de frente, admirado sin duda con el apetito del huésped. A poco le interpeló:

—Usted no me conoce, yo soy de los que dicen su nombre y todos saben de quién se trata.

Por muy precoz que fuera Franco turbóse un poco con aquella salida.

—¡Ah! ¡Sí! —respondió—. Me es muy honroso conocerle.

El sujeto había apoyado las manos en la mesa. Estaba de frente.

—¿Como que está muy bueno ese arroz?

—Sí. Buenazo. ¿Usted quiere? —le preguntó Franco con naturalidad.

—Yo no le estoy pidiendo, joven, he preguntado nada más.

Franco trató de excusarse.

—Señor, usted perdone...

—Sin embargo, no tendría inconveniente... Yo ahora estoy mal porque mis enemigos me han hundido, y como le he servido mucho a este país no me voy a rebajar abandonando mi partido y mis amigos para ser comerciante. Yo tengo —agregó después de una pausa— una alta idea del decoro personal.

Miguel tardó en responderle, porque mascaba un gran bocado. Ya libre respondióle con mucho respeto:

—Y tratándose de usted más.

—Muchas gracias —dijo sonriéndose—. Yo vivo ahora de mi prestigio. Quien más, quien menos nadie me niega, no una limosna, sino lo que se me debe: lo que no me dan estos gobiernos godos que son la peor calamidad de la tierra. De modo que si usted quiere puedo acompañarlo.

Terminaba las palabras con una risita insistente. Se esforzaba en ser amable. Encantado Miguel llamó:

—¡Sírvanle al señor!

Después, como si hallara mal su llaneza se volvió al desconocido:

—Es para mí un placer.

—Pero usted —repuso el otro—, está recién llegado seguramente... Y no tengo el honor...

Ambos se pusieron en pie simultáneamente, uno con presteza, el otro con lentitud.

Se estrecharon las manos y dijeron sus nombres:

—Rafael Pantoja.

—Miguel Franco.

En eso ya habían traído los platos de Pantoja, que comenzó a devorarlos. No habló hasta el segundo. Entonces puso al tanto a su anfitrión de los acontecimientos, instruyéndole en muchas cosas. Estaban como aislados en la gran efervescencia que reinaba en la posada que tenía el aspecto de una sala de agitadores.

—Usted también debe ser liberal.

—¿Liberal? —respondió Franco sin disimular su extrañeza.

—Sí, amigo del pueblo.

—¡Ah! Sí, como no...

—Amigo de Monagas.

—¿De Monagas?

—Hombre, del Presidente. No sabe usted que manda Monagas y que los godos quieren tumbarlo...[23]

—Sí... ¡Ah, sí!... Monagas... Liberales... Sí... Ya sé...

—Usted tiene que ponerse al tanto de esas cosas —dijo Pantoja, comprendiendo la ignorancia de Miguel—. Ya se las enseñaré. Mañana voy a presentarle a un hombre, todo un hombre, a Marcos Gadea —y bajando la voz—, de la confianza del general.

—Cuánto se lo agradecería, señor Pantoja. Como que he tenido suerte en conocerle a usted.

Pantoja se sonrió con orgullo. Sabía que de protegido se transformaba en protector del mancebo. Aprovechó aquella manifestación para repetir un plato de menestrón que elogió bastante. Al traérselo llevó adelante sus ofrecimientos:

—Mañana voy también a llevarle al Congreso para que vea algo bueno. A mi entender o no se reúnen o no queda un godo vivo...

Se detuvo. Un alboroto se oía en la calle. Todos corrieron a la puerta. Miguel se levantó también. El político refunfuñando tuvo que dejar el menestrón. Pasaba un gentío con músicas, antorchas y banderolas blancas con letreros, otros hacían disparos al aire. Gritaban. Miguel preguntó qué decían aquellos letreros. Pantoja se suspendió las gafas y tardó un rato en responder.

—Es una manifestación gobiernista. Los letreros dicen: «Viva el gobierno», «Abajo el Congreso». Volvámonos.

Fueron juntos. El estrépito de la calle acallaba todo ruido en la posada. Las antorchas de los manifestantes arrojaban luz en la sala y Miguel estaba deslumbrado. Se sentía transportado. Creíase otro hombre. Estaba muy orgulloso de haber conocido a Pantoja y a medida que hablaba lo respetaba más. Inquirió algo sobre aquellos sucesos.

Pantoja le habló de godos y liberales, mezclando términos incomprensibles para Miguel. Le habló de fusiones políticas, de

partidos, de la acusación del Presidente, de lo que era el Congreso. Se acaloró. Agitaba los puños. Parecía que aún peroraba ante el público. Miguel estaba estático, lleno de veneración por aquel hombre, el cual terminó su discurso puesto de pies.

—Llaman a la milicia en los cuarteles —dijo—. Tengo que irme.

Quedaron en hallarse el día siguiente. Pantoja se despidió con aire protector. Miguel lo acompañó hasta la puerta y allí pudo darse cuenta una vez más de la agitación de la ciudad. Grupos armados pululaban por las calles. Rondas continuas inspeccionaban la ciudad. Reclutaban ciudadanos y en los cuarteles convocaban la milicia a tambor batiente.

Cuando Pantoja le dejó libre fue a recogerse. Estaba impaciente porque amaneciera para darse a la busca de Teresa, la cual le interesaba más que todas las cuestiones políticas. Sin embargo, las escenas y emociones del día le iluminaban el alma. Una decisión extraña presidía sus pensamientos emanada sin duda de la conciencia súbitamente despierta, que ya podía fijar aquel rencor, aquel odio, aquel orgullo, aquella ansia inexplicable que antes le turbaba.

Capítulo II

Caracas

Muy temprano salió a la calle. Cambió en una tienda su sombrero de paja por otro grande de fieltro. Lo que no pudo cambiar por el momento fueron las alpargatas. No había allí calzados.

Hacía frío. Los grupos de facha dudosa aún pululaban por las calles invadidas de nieblas. Caminaba azorado. Lo que más inquieto le tenía era la actitud poco pacífica de la turba. Veía a todos lados. Examinaba con atención las calles y sobre todo las casas, que interrogaba con los ojos. Hombres de capa y viejas embozadas se dirigían a los templos. Las campanas llamaban a misa. Alguna vez cruzaban ante Miguel señoras de mantilla, con los ojos bajos, arrastrando sus colas de seda, seguidas de una negra que llevaba la alfombra pequeña y primorosa como una alcatifa.

Comenzaban a abrirse los comercios. El forastero se entretenía con las grandes muestras de los almacenes y los avisos colgados de una a otra acera. Los portones estaban cerrados. Algún lechero golpeaba en ellos con los aldabones o hacía sonar sus cantimploras. Pasaban cargadores de frutas traídas de Galipán entre hojas empapadas con el rocío de las cumbres...

Sí. Era aquella Caracas. Al pisar sus calles Miguel Franco sentía una emoción desconocida, inexplicable, nueva; de sueño realizado, de amor satisfecho. Estaba en la ciudad deseada y creía sentir en ella el aliento de Teresa y el calor de sus brazos. Aún tenía sus casonas blasonadas, sus balcones con azulejos, sus patios

árabes coronados de rojos ladrillos, donde, como en un verso de Garcilaso, la luz apartaba las penumbras del jardín español.

Aún llegaba hasta los extramuros el imperio de las montañas del Ávila; el Ávila que amó Humboldt; cruzado por antiguos caminos de lajas que lapidaron a una raza; en ellos Martín Maillefer puso al galope el caballo de Álvaro e hizo caer de labios del mancebo la salutación enardecida a la tierra de su Palmira.[24] Monte hermoso como la Giralda y deleitoso como el moro ajarafe;[25] joya heráldica, dominada por la silla de «doble pico»; asiento del cielo, símbolo firme de la esperanza; la noche diadema su cima de constelaciones; la luz esculpe en sus peñascos continuos milagros de encantamiento y bajan por sus cauces de roca viva las aguas que prestan su voz a la ninfa del Anauco.[26] A esa hora, la cumbre aparecía rota por la nublada que se extendía luminosa y semiazul.

Miguel pasó por el convento de las monjas Concepciones sin reparar siquiera en la mole grisácea y adusta del edificio. El torno medioeval estaba entreabierto. En las gradas de ladrillos sentábanse algunos mendigos; enseñaban sus lepras o sus pupilas inertes. Por encima de los muros altos y erizados de vidrio asomaba el follaje de los árboles; árboles seculares que cubrían la calle estrecha y torcida, olorosa a incienso, silenciosa, impregnada del ambiente conventual. Las casas vecinas parecían otras tantas residencias de monjas.

Miguel se encontró así en la Plaza Central, muy animada por ser la hora del mercado. Lo que a Miguel le llamó más la atención fue la gran cantidad de burros que allí había, escuchando pacientemente las discusiones de los mercaderes y clientes. Hileras de barracas se elevaban en el cuadrilátero, atiborradas de legumbres que también se amontonaban por el suelo.

No lo admiró tanto la catedral con sus puertas ennegrecidas y su torre patinosa como el vocerío de la plaza. Allí preguntó por la casa de don Gaspar Montenegro. Un negro le dio las señas:

—De aquí dos cuadras, derecho, tercera casa, a mano izquierda.

Dio las gracias y siguió en esta dirección. A esto la ciudad comenzaba a animarse. El sol se entraba ya por las calles deshecho el cendal de las neblinas. En el límite de la calzada, el monte aparecía como una valla; divisábanse sus colinas donde se alzaban cruces, y el oro se diluía en un matiz violeta y fascinante.

En la esquina se detuvo. Esperó a que pasaran unas mujeres y no sin temor avanzó hasta pararse en la puerta gris y heráldica. Era inmensa la casa con grandes ventanas; los alféizares eran de azulejos, llenos de polvo, como que hacía tiempo ningún codo de mujer se apoyaba en ellos. Miguel espiaba el zaguán. Fuera, un atrio toscamente esculpido, lucía por remate el escudo de armas de los Montenegro. Sus detalles apenas podían distinguirse a causa de los complicados cuarteles. Sólo las lanzas de arriba destacadas entre las plumas de un penacho definíanse bien y alcanzaban a romper las telarañas que velaban el blasón. Bajo éste, en el frontis, se leía esculpida también en barro con caracteres torcidos la siguiente inscripción:

St. María de la Concepción
patrona de esta casa
año de MDCVIII

El zaguán de un ancho desmesurado estaba enlosado de huesos lucientes como un mosaico blanco.

Y como estaba abierta una hoja del portón fuertemente claveteado, Miguel entreveía de la calle el dulce ambiente que allí reinaba. Percibíase allí olor de cosa antigua como humedad perfumada; ambiente entre sombrío y alegre. Ofrendaba el patio la ternura de sus rosas, a los corpiños; las mismas rosas que engalanaron a las abuelas de dos siglos; a los jarrones donde su desmayo era lenta oración de monjas pálidas; a los muebles de caoba, muebles centenarios, blasón remoto del ambiente hidalgo. Extendían allí sus ramas los arrayanes familiares, los granados enanos cimbreados por los frutos y la ceiba añosa que plantara el primer Montenegro de aquella mansión. Crecía el musgo entre las lajas y se inclinaban los jazmines que perfumaban el altar de la Virgen, y en el centro del patio, el estanque rebosado con agua del Anauco erguía su fuente clara que arrastraba en el borboteo una hoja de flor, un secreto del bosque, un rumor de hojarasca cuyo acento perduraba sobre el agua. Recogía las noches del Ávila y sus cortejos de estrellas, las nubes veloces y el encanto de los colibríes al zambullirse en el cristal dormido al beso azul del cielo. Un pino negro sombreaba el estanque y suspendía

en la copa un fanal de hierro oxidado que muchas noches debió alumbrar aquel pozo.

Franco se ensimismaba estúpidamente y si hubiera examinado detalles y no acechara solamente el rastro de Teresa, habría visto también los frisos labrados sobre los arcos del corredor, los pilares oblongos, enjalbegados, de labores churriguerescas; la reja entreabierta al fondo, la escasa espesura movida por el viento. Habría contemplado la ronda de una mariposa azul como flor de agnocasto y los muros almenados de rojas panelas que sin duda rodeaban otros patios interiores; muros blancos alegrados por la yedra o los macizos de claveles rastreros que juntaban sus colores como en los patios de Granada y Sevilla, los rincones de Toledo y las rejas de Córdoba...

Pero Miguel Franco de pies en la acera bañada de sol no reparaba en estas sugestiones poéticas, ni podía hacerlo. Veía tan sólo un patio lleno de matas donde había una pila de agua. Y como reparara en que alguien le observaba desde una celosía de enfrente, temió que le tomaran por un ladrón y resignóse a proseguir.

Difícil es decir el estado de su ánimo. Miguel Franco no era amigo de referir sus tristezas ni sus fracasos, mucho menos si éstos tocaban de cerca a su amor propio. En los sucesos de aquel día relativos a esta verídica historia, Franco no hizo mención nunca sino de los siguientes en los cuales arranca de verdad su vida política, su gloria de patriota, su origen de hombre público.

Prosiguió pues su camino y tal vez iba cabizbajo, estudiando el modo de hablar con su Teresa. Anduvo unas calles más y cruzando aquí, siguiendo allá, vino a encontrarse de nuevo en la plaza, esta vez más agitada y bullanguera. En una barraca compró una vera y con las manos atrás comenzó a pasearse. Alcanzó a ver a Pantoja rodeado de varios individuos y como se acordara de su promesa del día anterior sintió una grande alegría. El tribuno de la víspera hablaba con grave ademán, pero se detuvo al ver a Franco.

—¡Ah, joven! venga acá.

Y volviéndose hacia el grupo se despidió:

—Después hablaremos.

Tomó a Miguel por el brazo y se lo llevó aparte.

—Caramba, si usted supiera que se me ha olvidado su nombre.

—Miguel Franco, servidor.

—Ah, pues, Franco... —pasaron ante la capilla de la universidad en dirección a San Francisco. Se detuvieron en la plaza formada por los dos conventos situados frente a frente, el de los Capuchinos custodiado por un piquete y el de las Concepciones. Los edificios destacaban vigorosamente sus moles ennegrecidas y sus cornisas tapizadas de helechos. Eran cerca de las doce.

Había muchos curiosos apostados en las grandes enladrilladas del convento de las Concepciones.

—Éste es el Congreso —dijo Pantoja con acento solemne—. ¡Aquí es donde piensan sepultar hoy para siempre los Derechos del Hombre!

Franco le miraba al pronunciar estas palabras y le pareció que Pantoja era un gigante.

—¿Usted cree que los sepultarán? —preguntó ansiosamente.

Pantoja se sonrió de un modo indefinible.

—No, mi amigo, todo lo contrario, ellos serán los sepultados.

Comenzaban a entrar los miembros del Congreso, con andar majestuoso, metidos entre sus enormes corbatines, sus cuellos amplios, sus levitas ajustadas al talle sobre las cuales lucían las insignias de representantes y senadores, sus grandes sombreros de copa y sus pantalones entrabillados a los pies. Entraban con mucha prosopopeya sin hacer caso de las chirigotas y amenazas que escuchaban.

La turba prorrumpía en silbidos agudos cuando divisaban a uno; les chuleaban familiarmente; les arrojaban frutas podridas. A uno le tumbaron el sombrero con el hueso de un aguacate; lo recogió en silencio y limpiándolo con el pañuelo siguió adelante. A otro le estrellaron un tomate en el corbatín y tampoco hizo caso; a otros los interpelaban y apenas respondían.

Miguel se impresionaba y Pantoja los iba nombrando:

—Ese gordo que lleva la levita manchada es el licenciado Juan Vicente González, un godo furibundo, periodista.[27] Éste, míralo bien, es Santos Michelena, anda buscando lo que no se le ha perdido;[28] es diplomático de la escuela vieja; yo hubiera

arreglado mejor que él tanto asunto si no fuera porque en este país los hombres como yo pasan desapercibidos...

Se detuvo. A cada instante aumentaba la gente. Arrastró a Miguel hasta un matapalo que alzaba su copa en el centro de los dos edificios para hablar mejor.

—Aquellos dos que vienen allá —continuó, poniendo la mano en el hombro de Miguel— con paraguas abiertos y conversando, son Palacios, el Presidente de la Cámara...

—¿Cuál? —preguntó Miguel, curioso por conocer el del título.

—Aquél, hombre. El que tiene una cara dispareja como si le faltara una quijada.

—Ajá, ya lo vi.

—El otro es Julián García. Este último que mira al pueblo con ojos provocadores es el señor Rojas; ese cura gordo que viene arrimado a la pared es Quintero...

No pudo proseguir. Una gritería le obligó a suspender su revista. Pasaba una negra con vestido encarnado de gran cola, descote y sombrero montado sobre el moño, empuñaba un quitasol del mismo color que el vestido. La negra comenzó a decir atrocidades; pero bien pronto se declaró en derrota. Aumentaba la multitud frente a la guardia rígida estacionada en la puerta y armada con diversas armas. Miguel opinó:

—Señor Pantoja, es mejor irnos a almorzar.

—Esto es, pero ligero y aquí cerca, porque la sesión comienza temprano.

—Sí, ligero —repitió Franco maquinalmente, y cogidos del brazo se alejaron.

Capítulo III

La gran jornada

Media hora antes, en el almuerzo, Pantoja hablaba de sus aptitudes.

—¿Y cómo le pareció, señor Franco, mi discurso de anoche?... ¿No estaba usted ahí?

—Cómo no. Y se me hincharon las manos de aplaudir. Yo me alegro, señor Pantoja, de tener amistad con un hombre como usted.

—Imagínese —repuso Pantoja sonriéndose con humildad—, que el doctor Luque me dice que hablé como un Lamartine.

—¡La Martín!

—No. Lamartine, el gran poeta y orador francés, hombre —afirmó Pantoja con énfasis y disgusto a la vez.

Miguel se alelaba. Comprendiendo Pantoja en el terreno de admiración e ignorancia en que estaba Miguel decidióse a marcarle otro rumbo.

—¿Y qué le trae por aquí, señor Franco? Quiero decir, ¿qué ha motivado su viaje?... negocios... política...

Miguel no sabía qué responder. Pero a su mente acudió una grande idea.

—¿Yo? Quiero ser militar.

—¡Ah! ¡Famoso! —respondió Pantoja—. Excelente idea. ¡Ah! Pero ahí viene Gadea.

Volvióse Franco y vio a un tipo en el centro de la sala. Era un hombre trigueño, afeitado, de mediana estatura. Los ojos

de lince, la fisonomía entre burlona y seria, de esas fisonomías que asumen aspectos distintos, que ya parecen de gente honrada, ya la de un tunante, cínico, despreocupado. El saco entreabierto dejaba ver una faja ancha llena de balas; caminaba como la gente de mar, como los hombres que han pasado la vida a caballo, es decir, con las piernas abiertas. Pantoja poniéndose las manos en la boca gritó:

—¡Gadea!

—¿Qué hay, Pantoja? Respondió acercándose.

—¡Qué dice ese grande hombre, esa columna del partido!

Gadea, sonriéndose puso una mano en el hombro de Pantoja, quien lo miraba con su sonrisita de siempre.

—¿Y qué hay, Rafael? le dijo Gadea familiarmente.

—¿Pues qué más quieres? Este día solemne para los verdaderos republicanos –respondió con énfasis. Luego agregó gesticulando parsimoniosamente:

—Hoy es un día de regocijos en el Olimpo... ¡La obra de los libertadores va a completarse sellando el pacto de libertad que proclamaron con su sangre en Carabobo, Junín y Ayacucho!

Gadea oía riéndose este arrebato del tribuno. Volviéndose hacia Franco, que escuchaba con admiración, dijo señalándole con la cabeza:

—¡Qué hombre éste!

—Y a propósito, Gadea, te presento un liberal muy doctrinario... El señor Franco...

—Tanto gusto.

—Tú puedes presentarle al general.

—Vamos a ver. Pero es preciso irnos. Es la una y media.

—¿No tomas nada?

—Sí. Un palo pa entoname.

—¡A ver! ¡Sirvan aquí! —ordenó Pantoja.

Tomaron. Al levantarse le dijo Pantoja a Franco:

—Paga tú esto.

Luego se dirigieron al Congreso. Eran las dos. La plazuela estaba invadida por la muchedumbre. Franco sintió un estremecimiento. Nunca había visto tanta gente ni sospechado siquiera aquel solemne espectáculo. Los tres se abrían paso a empujones. En esto Pantoja le dijo por lo bajo a Franco:

—Préstame acá cinco pesos. Es para lo que pueda ocurrir.

Franco subyugado se los dio. Bajo el sol de enero los grupos discutían acaloradamente. Miguel quedó separado de sus compañeros por los vaivenes. La verdad era que Pantoja se adelantaba mucho. Al momento, cuando Gadea volvió a unírsele, alcanzaron a ver a Pantoja, muy lejos, que trataba de salirse del círculo. En un instante ya no vieron sino su sombrero de copa que sobresalía unos dedos sobre el nivel de la turba.

Llegaron cerca de la puerta. Franco no podía disimular el sofoco. Se hizo un revuelo. Un rumor sordo y vasto como de mar encrespado corrió por la plazuela.

—Es el ministro con el mensaje.

—Entró con un hijo del Presidente —oyeron decir.

Otra cosa llamó la atención de Miguel Franco: la cucarda amarilla que algunos ostentaban en la solapa. Preguntó qué significaba aquello y Gadea le respondió:

—Esos son los liberales, los amigos del pueblo.

Miguel veía a todos lados tratando de ver a Pantoja. Sentía inquietud por la ausencia del viejo. Le preguntó a Gadea:

—Y el señor Pantoja, ¿a dónde habrá ido?

—Pantoja se fue —contestó riéndose Gadea.

Pero esta explicación se ahogó en un grito espantoso.

—Han muerto al ministro.

—¡Mueran!

—¡Abajo!

Miguel sintió frío, algo así como si un escozor le mordiera el estómago. En su aturdimiento no reparaba en verse atropellado a empellones. A poco se repuso. Perdió el temor. Dejó de ser Miguel Franco; ya no era sino una parte de la conciencia colectiva, un átomo de la cólera y la fuerza popular. Ante él un sujeto trataba de cerrar la puerta y sin explicarse nada oyó gritar:

—¡Smith, Smith, cuídate!

El murmullo crecía. Se apretujaban los hombres contra los muros entre vociferaciones delirantes. La muchedumbre quería aplastar la guardia y la puerta cerrada sufría tremendas sacudidas. Se oyó un tiro. Miguel desenvainó el puñal. Estaba pálido. La multitud en su vaivén era como una incesante marejada. Franco la siguió. El humo y el polvo se espesaban en el aire. En ondas concéntricas, pausadas, locas, arremetía el pueblo.

Puñal en mano, airado, ágil, con saltos de fiera Miguel avanzaba contra la puerta vacilante donde la guardia resistía. Sintió que alguien le asía por el brazo. Uno le quería arrebatar el puñal ansioso tal vez de sangre, de venganza, de odio. Franco quiso resistir. En la algazara del motín trabóse un combate. Pronto estuvieron aislados. El hombre lo agarró por el cuello. Sus rostros feroces estaban rojos, contraídos, sudorosos. Miguel se deshizo con una sacudida. Volvieron a encontrarse; Franco quería clavarle, el otro le agarró la muñeca, se la dobló, lo hizo soltar el arma. Cuando quiso volver por ello fue arrastrado. Fuera de sí se abalanzó contra el primer guardia y le arrebató la bayoneta. Ya no era posible resistir. La guardia cedía. Franco se vio rodeado por cien manos que se le ofrecían. Detrás escuchó exclamaciones y elogios:

—¡Palo de indio!

—¡Viva el de la bayoneta!

—¡Pa lante..., pa lante..., pa colgalos!

Franco pudo ver entonces cómo los señores majestuosos y graves que viera entrar unas horas antes se arrojaban por las ventanas. A su vista la chusma prorrumpió en insultos, el tumulto crecía por instantes y la sangre extendía ya en las losas un largo hilo escarlata.

Por la puerta entreabierta salían algunos congresantes. Franco, tembloroso, con la bayoneta enrojecida en la punta se agitaba en busca de otra víctima.[29] Miguel, arrastrado al acaso por la muchedumbre, iba de un lado a otro y sus músculos fuertes eran como amenazas desnudas. En esto, un hombre se le puso delante; un hombre gordo, de voz atiplada y gangosa; el mismo que Pantoja le señalara en la mañana, gritaba:

—¡Miserables, asesinos, cretinos!

Pero a cada insulto lanzado a la turba retrocedía y esquivaba la arremetida.

—¿Quién es ese godo cobarde? —gritó alguien.

—¡Canalla maldita, ralea de presidiarios, que tu misma gloria destruyes! –continuaba el otro enrostrando ultrajes a la turba.

Miguel se le fue encima.

—¡Párate, godo del caraj...!

—¡Párate, tragalibros! —gritaban otros.

La confusión aumentaba, se entrechocaban las armas y se arremolinaba el gentío. Caían unos, se batían otros, maldecían aquéllos y aquéstos lloraban. Revuelo de puñales y trabucos, descargas y maldiciones se confundían en un rugido singular que suspendía. Voces de muerte, voces iracundas se alzaban en la calle donde parecía que el genio de la tempestad echaba a rodar sus carros de fuego y espantaba con el piafar de sus cuadrigas eternas.

Miguel sentía el frenesí a que se entregaba la muchedumbre. Golpeaban las puertas con hachas; pasaban sobre los cadáveres; prendían estopas. Los portones cerrábanse con estrépito, era otro ruido descargado sobre la ciudad. En la plaza se oía el canto de las monjas concepciones que oraban en la capilla. De pronto se oyó un toque lejano de generala, y después otro, y otro...

La multitud despertó. Franco cubierto de polvo, manchado de sangre, con los ojos extraviados arrojó la bayoneta y salió del tumulto que se apaciguaba. Comenzaba a despejarse la escena. La turba huía en tropeles por las bocacalles. Recogían los muertos, los levantaban en hombros para alejarlos. Por el centro de la avenida empujaban los cañones custodiados por la fuerza pública. Después se oyeron las cornetas en la extremidad de la plazuela...

Miguel trató de huir. Un galope le hizo volver los ojos. Hacia allí venía un hombre alto, adusto, de continente marcial, escoltado de oficiales. Miraba a todas partes con interés, pero así y todo una impasible serenidad le plasmaba el rostro. Toda la majestad de la República parecía descansar en su persona.

Franco sintió que le tocaban por el brazo. Era Gadea.

—Vente.

Y llegándose ante el personaje que se había detenido y daba órdenes con imperioso gesto se descubrió ante él.

—¿Qué hay, Gadea?

—Mi general... este motín que no se ha podido evitar...

—Ya lo sé...

—General, si usted me lo permite —repuso Gadea—, voy a presentarle a un muchacho que se ha portado... ayudándome a combatir la revuelta...

El general, que ya iba a seguir, se detuvo y vio a Franco detenidamente.

—Llévale por casa, Gadea, ¡eh! esta noche —y prosiguió su marcha. Ante ellos desfiló la escolta. Miguel sentía sed.

—Gadea, vámonos. Quiero beber aunque sea agua.

Esto lo decía con el júbilo en los ojos. Aún se detuvieron a mirar y vieron cómo salía del Congreso otra fila de señores a quienes el general se dirigía con respeto.

—Sigamos —dijo Gadea—. Esos son los senadores que se han escapado de milagro.

En la esquina, un viejo de gran barba, vestido con un chaquetín militar raído y sin botones, movía desoladamente la cabeza.

—Esto va mal, muy mal —decía con acento profético.

—¿Qué dice este viejo? —preguntó Miguel.

—Nada. ¿No ves que es un pobre diablo?

Siguieron. Junto a ellos pasaban amotinados y transeúntes. Algunos granujas corrían hacia donde veían los uniformes y los sables de la guardia. Gadea se detuvo en uno de los portales de la plaza distinguido por el siguiente anuncio: «Cantina Boliviana». Gadea invitó a Franco.

—Entremos aquí.

Ya caía la tarde. Desde aquella puerta se divisaba la línea pura del Ávila recortada en la opalescente serenidad de la hora que florecía como simbólica vara de nardo; vibraba en las torres el son de las campanas que daban al aire sus voces de anunciación.

Capítulo IV

Miguel Franco y Marcos Gadea

Estaban sentados en una mesa cerca de la puerta y desde allí vieron pasar una camilla conducida por hombres del pueblo.

—¿Quién va ahí? —preguntó Gadea.

—Es don Santos Michelena que va herido —le respondieron.

Tomaban cañas. Con ellas vino la intimidad que fue afirmándose, acercándolos en breves minutos hasta llegar a los secretos. En Miguel Franco se operaba una evolución extraordinaria, y a medida que los acontecimientos se le brindaban favorables cierta sabiduría práctica se adueñaba de su espíritu y le enriquecía de experiencia.

—No puedes quejarte, Franco —le decía su compañero—. Llegaste ayer y ya conoces al general Monagas, al Presidente de la República.

—Sí, tengo suerte. Falta que consiga lo que quiero.

—¿Qué es?

—Deseo ser militar.

—¡Ah! Eso no es difícil.

—Imagínate chico —dijo con misterio y ocultando la cara en la copa que descargó vacía sobre la mesa—, tengo... unos amores con una... hija de godo.

—¡Ajá!

Franco se internó entonces en una larga plática sobre sus amores. Por la primera vez podía hablar libremente de ellos y en todo el relato Gadea no hizo más que aplaudir y reírse.

—Espléndido —dijo al fin—. Hoy es 24 de enero... Te aseguro que si te portas bien con el general tienes lo que quieres... Ése es un hombre muy liberal, chico.

—Sí, pero caraj, es hijo de godo que me quié matá. Hubiera querío hallale ahorita en la tremolina ésa pa afusilalo.

Franco con la caña volvía a hablar como en Aragua. Continuó:

—¡Yo militar me caso con la hija, o si no, caraj, se la robo o estrangulo al viejo!

—Cúchira, compadre... Gadea fue a tomar y no encontró nada. Gritó al mozo:

—Mira, trae otra botella. —Se frotaba las manos. Tarareaba un vals y se acompañaba con la copa.

—Con que así es... ¿Y cómo se llama tu viejo?

—Don Gaspar Montenegro.

—¡Ah! Sí. Yo lo he oído nombrar... Caraj... es un viejo rico... Ahorcar a este viejo o casarse con la hija es un negocio rebueno...

—Sí, sí... —respondió Franco mientras sus ojos achispados veían de un modo singular—. Pero más que eso me gusta Teresa... Teresa, Teresa... Si la vieras, chico... En toíta Aragua no hay una mujé como ella... Y me quiere, vale, lo mismo que yo a ella... Le voy a manchá la sangre al viejo ése.[30]

Gadea prorrumpió en una carcajada; pero como los parroquianos comenzaban a invadir la cantina bajaron la voz. Después de un silencio Gadea cruzó la pierna, llenó la copa e inclinándose habló así:

—Tú puedes, es decir, yo puedo, depende de lo que te diga el general, conseguirte un puesto en el ejército...

Miguel se inclinó. Oía espabilando rápidamente. Gadea prosiguió:

—Por ejemplo. El de pagador... Das de baja cuarenta o cincuenta soldados, o le pagas a media a los demás... y claro, partes conmigo. ¿Aceptas?

—¡Pas, que si acepto!

—Pues ahí veremos, más tu sueldo que te queda libre.

—Sí, sí...

—Con este golpe —continuó Gadea—, el gobierno se afinca bien... Y el general busca hombres que le sirvan fielmente... Todo depende de ti...

—Y de ti, Gadea...

Gadea se puso de pies.

—Bebamos y vámonos que es tarde, y no hay que nos esperen.

Luego, como si reparara en Miguel por primera vez le dijo:

—Lo mejor es que te compres unos zapatos. Ahora mismo. Así no es bueno que te vea el general.

Miguel se ruborizó. Ciertamente no había pensado en ello.

—Vamos, vamos a comprarlos, Gadea.

—¡Espérate!

Se quitó el sombrero, dio algunos pases y barrió con él las botellas y las copas de la mesa, las que se hicieron añicos con estrépito. Al ruido todo el mundo volvió la cara. Gadea continuaba sacudiendo el sombrero. Se reía. Franco estaba demudado.

—¡Cuánto vale esto! —gritó Gadea, con voz incomprensible.

El amo corrió del mostrador con la gorra en la mano.

—Nada, coronel Gadea, nada. Usted sabe que somos sus amigos...

—¡Ah! Yo creía —respondió Gadea—. Vámonos, Franco, que nos espera el general.

Se apoyó en el hombro de Franco y salieron. La calle estaba a oscuras, llena de grupos que discutían acaloradamente en las esquinas. Gadea se detuvo ante uno de ellos.

—¿Qué hora es? —preguntó con voz alterada.

Le contestaron a coro:

—Las siete, coronel. Tenga usted buenas noches.

—Las gracias. A las órdenes. ¿Dónde vives tú, Franco?

—¿Yo? En la posada de «El Vapor».

—Vamos primero allá.

—¡Vamos!

Capítulo V

La audiencia

Se dirigieron a San Pablo. Es preciso decir que antes de ponerse en camino ambos consumieron gran cantidad de café en «El Vapor», bebida que templó sus ánimos. Miguel Franco andaba ahora con alguna dificultad a causa de los botines que calzaba por indicaciones de Gadea. Nunca se había puesto unos por lo cual sentíase en un tormento, pero Miguel heroico hasta allí, incapaz de confesar semejante estreno, devoraba en silencio el dolor de sus juanetes, las mordeduras implacables que devoraban sus pies. Trataba de andar derecho, ahogaba la tortura apoyándose en un bastón para disimular la cojera, mordiéndose el labio inferior, y achicando los ojos.

A medida que se internaban en el barrio acentuábase la soledad. Las casas estaban cerradas. Alguno que otro ciudadano con el rostro embozado pasaba a prisa junto a ellos, hacía resonar la calle con sus pisadas, la calle donde no había otra luz que la de las lámparas de aceite encendidas de trecho en trecho ante los nichos. Las casas con sus grandes ventanas, sus grandes portones y el adorno extravagante de sus fachadas revelábanse a esa luz indecisa como enormes y fantásticos portales de una ciudad en ruinas. A veces salía de algún postigo entreabierto el reflejo de una discreta bujía. El cielo visto como al través de una angosta grieta formada por los aleros y balcones de madera que casi bovedaban la calle sembraba también vagos destellos, inconstantes pinceladas luminosas sobre la noble ciudad adormecida en sus recuerdos... La calma que sigue a las batallas reinaba sobre ella. Dormían las

calles y el tierno silencio roto a veces por ruidos lejanos hacía levantar los ojos para contemplar por entre aquella vetusta rendija el velo de la noche. Las nubes de estrellas desatadas como una argentina claridad en el fondo nocturno albeaban serenas, estremecidas por soplos misteriosos, destacaban sus romerías de matices infinitos, tejían sus arabescos parpadeantes, y los fuegos celestes desprendidos del mirífico tapiz arrastraban consigo, invitaban a hundir los ojos en sus curvas ágiles, a beber la poesía nochariega[31] vertida dulcemente en su copa de sueño. Se olvidaba así el lóbrego ambiente de la calle golpeada, azotada por rachas frías que se entraban como alientos desesperados haciendo gemir los huecos de las puertas.

Pasaron ante el templo; sus muros blanqueaban en la sombra, sus muros gruesos, chatos, seculares, su campanario que dominaba la inmensa rotonda rodeada de casas, sus puertas enormes, sus capiteles descalabrados y esbeltos; toda una masa de piedra apenas entrevista, silenciosa y sugerente como una ruina. En el rincón de la plaza aparecía la casa presidencial custodiada por la guardia, abiertos sus ventanales iluminados.

Miguel se detuvo.

—Oye, ¿nos dejarán entrar?

—¡Phs! No hable, vale.

Gadea se acercó para saludar al jefe de la guardia. Algunos soldados fumaban y las brasas de sus cigarros resaltaban en la sombra.

—Franco, vente —dijo Gadea.

Al entrar Franco se imaginó que abandonaba el mundo, golpeó el suelo para ver si estaba dormido; hasta olvidó el dolor de sus pies atormentados. Llegaron al corredor alumbrado por cientos de bujías. En la casa predominaba un ambiente de animación inusitada. Era evidente que había tertulia y que algún fausto suceso era celebrado. Dentro se escuchaban rumores de cristales entrechocados. Los salones vomitaban luz sobre los corredores que circundaban el jardín, un jardín presidencial, pequeño, con pretensiones palaciegas. Se percibían risas ahogadas por los cortinones pesados y rojos de las puertas. Gadea dio su nombre al edecán de guardia a quien saludó familiarmente.

En tanto, Franco estaba sorprendido, estático, trémulo de emoción. En verdad que los palacios y el aparato del mando le

seducían por propia inclinación. Estaba junto a Gadea indiferente.

En esto una voz firme, dominante, desdeñosa, surgió sobre todas las demás. Franco y Gadea oyeron claramente sus palabras:

—La Constitución sirve para todo...[32]

—¿Como que es el general? —preguntó Franco.

—Sí. El mismo.

—¿Y quién es esa señora que nombra?

—Un papel —afirmó Gadea— que inventan los congresantes para engañar al gobierno.

—Entonces la mataron hoy —dijo Franco riéndose.

—Mesmamente.

Volvieron a reírse. El edecán que hacía las veces de ujier volvió y les dijo:

—Gadea, dice el general que te esperes.

Pero como se habían acercado, alcanzaron a ver al Presidente hundido en un sofá rojo presidiendo la reunión de pierna cruzada. Parecía muy satisfecho. Les alcanzó a ver y les dijo:

—Gadea, espérame un momento ahí.

Gadea se inclinó y acercándose en el oído de Franco le amonestó así:

—Pórtate bien, cuidado si te ve cara de cobarde... Dile que tú deseas contarte entre sus servidores, que para ti sería una honra...

En estos conciertos estaban cuando salió Monagas. Con el severo traje negro resaltaba su gallardo talante, sus maneras presidenciales, su faz aquilina. Estaba muy amable.

—Ah, Gadea —dijo esforzándose en su amabilidad—. Yo quiero enviar a este muchacho a una comisión... Pues que tú dices que es muy bueno, debe resultar en lo que quiero...

Gadea hizo una reverencia.

—Yo que se lo digo, Excelencia.

Su Excelencia miraba profundamente a Franco y éste le veía a su vez con asombro, pero sin pestañear. Esta circunstancia contribuyó sin duda a que el Presidente formara buena opinión de Franco. Así dio por terminado su examen y dirigióse otra vez a Gadea.

—Voy a mandarlo al Llano; pero antes hay que ir a Aragua.

Franco apullaba[33] el sombrero entre las manos. Estaba sumido en una adoración. Sus ojos se habían vuelto melancólicos, lo mismo que si viera a Teresa.

—Precisamente —respondió Gadea—, él es de allá y conoce aquello bastante.

—Bien, pues, alístalo para que salga pasado mañana. Veremos cómo se porta.

Franco que hasta allí guardara silencio dijo recalcando y con un aplomo sorprendente:

—No tengo más deseos, general, que contarme entre sus servidores. Yo soy un partidario..., un liberal del general Monagas.

Su Excelencia se sonrió, se arregló la hopalanda, le volvió a mirar sin responderle y luego dijo a Gadea:

—Vuelve pues mañana para decirte lo que hay que hacer. Tú le darás instrucciones.

Enseguida les estrechó la mano sonriendo con gentileza.

Gadea salió reculando aunque Monagas ya les había dado la espalda, y Franco, que miraba a todas partes, se enredó en una alfombra y estuvo a punto de caerse. Cuando salieron eran las diez. De brazo se perdieron en la calleja. Franco interrogó a su maestro:

—¿Cómo me he portado, chico?

—Muy bien. Has caído muy simpático... O yo me equivoco o tendremos el puesto de pagador.

Franco estrechó con fuerza el brazo de Gadea en un arranque mudo de gratitud.

—Lo que tengo es una sed brava —dijo Gadea.

—Yo lo mismo.

Pero como todo estaba cerrado no pudieron aplacarla. Gadea acompañó a Miguel hasta la posada de «El Vapor». Allí se despidieron. Miguel era presa de una gran emoción, sentíase dueño del mundo, de Teresa. Deseos indefinibles le invadían. Pero era demasiado. Tantas fatigas rendían ya su fortaleza. Lo primero que hizo fue quitarse los botines. Los arrojó lejos. Suspiró al verse libre de ellos. Después se echó en la cama y la esperanza le cerró los ojos aquella noche.

Capítulo VI

Otra vez Aragua

Pasaron tres días, durante los cuales Miguel Franco preparó su viaje sin dejar por un momento de recibir instrucciones de Gadea; éste le entregó además dinero y pliegos cerrados. En este tiempo hizo lo posible por saber de Teresa sin lograrlo. Horas enteras se pasó en la esquina espiando la calle. La casa de Teresa era algo inaccesible, hermética, defendida por la soledad. Sus moradores parecían invisibles. Sobre todo desde el anochecer Miguel rondaba la casa de su amada. Gadea comenzaba a burlarse de los amores de Franco y los calificaba de imaginarios. Esto desesperaba a Miguel, quien hasta muy tarde pasaba ante la casona, muda e implacable prisión de su amor. Se detenía ante sus rejas, acariciaba los balaustres herrumbrosos y húmedos. La última noche Miguel vio una sombra blanca en la hoja de una ventana; eran reflejos de la luna menguante.

Miguel supo de otro encanto ciudadano: las serenatas de media noche bajo los balcones cerrados. Gemían las canciones de los trovadores noctámbulos, y los punteos de la guitarra sonaban lejos como el alma del sereno. Llegaban hasta él las endechas y Miguel suspiraba porque parecían improvisadas para sus labios. Pasaba la trova susurrante, moría entre arpegios, y otra vez se alzaba llevada en alas del viento que sembraba sus notas como lágrimas; los acentos lánguidos, sollozantes, impregnados de nostalgia... Tal vez, pensaba, Teresa oiría desde su lecho aquella ternura exultante y cálida de amores. Mas, como Franco tenía órdenes precisas, se resignó a partir.

No pudo tampoco hallar a Pantoja, el tribuno había desaparecido. Gadea le dijo que no pensara más en él porque Pantoja era un hablador, sablista de oficio, muy útil sí, en eso de prender la mecha. Pantoja le refirió: «tira la piedra y esconde la mano». Esto produjo en Franco otra decepción: él creía de verdad que Pantoja era un gran hombre. Así es que se despidió de su protector Gadea, no sin antes ajustar de nuevo sus planes para cuando regresara, y en un caballo tomó de nuevo el camino de Aragua. Iba muy triste Franco; Caracas y el amor le habían vuelto más romántico de lo que en verdad era, no porque lo pensara sino porque sentía inquietudes; porque le asaltaban nostalgias que mal se avenían con su naturaleza y sentimientos.

Pero el destino dispuso tan bien las cosas que esa misma mañana, don Gaspar y Teresa tomaban igualmente el mismo camino en una diligencia. Don Gaspar, inquieto por el suceso del 24 y obcecado por la demagogia que a cada paso profetizaba se iba a desarrollar entre torrentes de sangre, regresaba a su hacienda, donde se creía seguro.

Estaba ya Miguel en camino cuando alcanzó a ver el pesado coche tirado por tres mulas. Puso su caballo al galope y al pasar ante el carruaje pudo ver a Teresa al lado de su abuelo, bella como una aparición. Teresa quedóse admirada al reconocerle, aunque no tanto como Franco. Saludó. Teresa se inclinó sonriente y agitó el abanico de viaje sobre su boca.

—¿Quién es? —preguntó don Gaspar.

—No sé. Tal vez un viajero que saluda.

A Miguel llegaron estas palabras y la risa de Teresa deliciosa como el agua gorjeadora. Se adelantó. A poco volvieron a encontrarse y como esto se repitiera varias veces don Gaspar llamó la atención de su nieta, distraída al parecer con el paisaje. Las palabras del viejo se distinguieron claramente.

—Evidentemente ese hombre nos sigue, nos espera, quizás nos espía.

En efecto, era que Miguel se detenía a ratos a esperar a Teresa para verla a su antojo y hacerle notar que cabalgaba a su lado. Así a veces la figura de Miguel al detenerse sobre una altura se columbraba inmóvil, como una estatua ecuestre. Ahora calzaba botas de montar, vestía de paño y un sombrero de amplias alas cubría su cabeza.

El encuentro se repitió con frecuencia. Don Gaspar impaciente interrogó al cochero, un criado negro envejecido en su servicio.

—Mateo, ¿conoces ese hombre?

El postillón que apenas podía distinguir azotó las mulas y respondió secamente:

—No señor.

Azotó una y otra vez las mulas que devoraban el camino. En Tejerías se detuvieron a cambiar el tiro. Atrás dejaban el camino asido a las montañas. Entraban ya en el corazón de Aragua. A los cerros oscuros sucedían las tierras luminosas, a los senderos estrechos las sabanas desiertas, a los negros pinares el pomposo abanico de las palmeras. La roja suntuosidad del bucare leonaba el follaje compacto de los bosques; macizos racimos se columpiaban bajo las copas, rubios racimos, en el aire perfumado con la esencia nupcial de los naranjos que entrelazaban sus guirnaldas, como en una tierna cornucopia, con los brazos de las higueras abrumadas.

El rodar del carruaje y el galope de las bestias resonaba hondamente en la floresta. Cuando pasaban por El Consejo comenzó a atardecer. El paisaje volvíase grave, dulcemente grave, como la música del *Tantum ergo*. Lejos blanqueaba el agua del río, espejo de la tarde, entre los setos sosegados. Largas rayas color de amaranto extendíanse por el cielo donde ardía una llama transparente encendida sobre los cerros riscosos, los cerros lejanos magnificados por aquella luz armoniosa como la llama de una pira fragante. En otra parte, el movimiento de las nubes que se espesaban era semejante a un rebaño de cabras que trasmontara la montaña.

Los viajeros distinguieron un campanario. No se oía nada. Los últimos vuelos cruzaban el espacio empalidecido, los aldeanos que aún trabajaban en el campo se descubrían. Franco pasó por última vez ante la diligencia y pudo ver que don Gaspar y Teresa se santiguaban. Él también detuvo la bestia, descubrióse y dejó pasar el carruaje.

Capítulo VII

En la posada

Cerca del camino estaba una ranchería donde Miguel Franco decidió pasar la noche. Después de entregar su bestia entró en ella con el ánimo radiante. En la sala de huéspedes iluminada apenas comían ya los viajeros y los había de todas clases, con esa heterogénea agrupación en que aquellos tiempos reunían estos comercios. En las paredes se leían sabias máximas escritas con torpes caracteres: «Hoy no se fía aquí, mañana sí». «Vayan entrando, vayan pagando, vayan saliendo».

Todo lo cual miraba Franco sin entenderlo mientras desdoblaba la servilleta. Los otros huéspedes lo observaban. Uno de ellos comenzó a hablarle y a poco la conversación se hizo general. Ya todos habían cenado. Franco lo hacía con furia acompañando los bocados con repetidas libaciones. Por cierto que algunos hablaban del suceso de Caracas en el día 24, lo que obligó a Miguel a escuchar atentamente. Así llegó a sus oídos algún concepto contra Monagas, pues saltó, y con grandes voces dijo que él era agente del general Monagas y que si no querían ser denunciados se callaran la boca. Tales palabras admiraron a todos y en la sala se elevó un murmullo. Alguien aseguró por lo bajo que al mozo se le había subido el licor a la cabeza; pero uno de aspecto fornido, cara chata y cabeza redonda aseguró en alta voz que él hablaba todo lo que le viniera en gana, pues era paecista y que Monagas no era sino un traidor.

Los demás guardaron silencio esperando la respuesta de Miguel, y como éste no daba señas de contestar prorrumpieron en

risas y opiniones destempladas. Franco, que se vio en un desaire, se sintió audaz, y cogiendo el vaso acabado de vaciar lo lanzó contra su adversario, quien recibió el proyectil en la cabeza. En un segundo el ofendido se le fue encima sin que Miguel tuviera tiempo de aprestarse a la defensa, y le asestó tremenda bofetada. Tambaleóse Miguel, pues estaba de pies, y rodó sobre el banco que le servía de asiento, y éste derribóse a su vez con tanto ruido que sublevó el ánimo de los circunstantes. Bien pronto cayó un palo sobre la luz mendiga que alumbraba clavada en la pared y el salón se convirtió en un campo de batalla donde quienes daban vivas a Monagas, quienes a Páez. Caían los palos en la oscuridad sin que pudieran reconocerse amigos y adversarios, y en la general zarabanda nada podía escucharse a no ser la voz del posadero implorando la paz. Durante unos momentos no se oyeron más que bofetones y patadas, vociferaciones, golpes y denuestos contra Miguel que tan mala sombra llevara a la posada, y hubiera corrido la sangre a no ser que el amo del establecimiento se sintiera iluminado por súbita idea. Con gran fuerza gritó:

—¡Señores, ahí viene el general Monagas, se acerca el ejército!

Por encanto cesó el tumulto mientras que el posadero, ingeniándose en poner el orden, encendía velas sobre el mostrador. Vueltos en sí, y viéndose de nuevo las caras, el posadero confesó su farsa, diciendo que, pues todos habían demostrado ser hombres, lo mejor era terminar la noche en paz y gracia de Dios.

Todos conservaban huellas de la lucha y Miguel ostentaba un carrillo más gordo que otro, ardía en furia; pero dominándose, pues la pelea le había evaporado el alcohol del cerebro, temeroso de nuevas complicaciones, invitó a un brindis. Con esto se convirtió en el centro de la reunión y los más, conocedores ya de la misión que desempeñaba, acercáronse a él y comenzaron a lisonjearle. El único que aún lo veía con rencor era el paecista. Miguel lo advirtió, pero como ya conocía sus puños, le tendió las manos, manifestación que el otro acogió con agrado estrechándoselas igualmente.

—Ea, señores —exclamó el posadero—, ya se acabó todo. A celebrar esto que todos son buenos amigos.

Entre los presentes se hallaba un sujeto melenudo y pálido que ostentaba perilla a lo Espronceda y el cual, desapercibido

hasta entonces, debió permanecer inmóvil o acurrucado tal vez durante la pendencia. En viéndole Miguel, preguntó en voz baja, quién era aquel esperpento, a lo cual le respondieron era un poeta que iba hasta Valencia contratado para fundar una escuela. Miróle Franco con desprecio, pero el poeta tenía un aspecto tan tímido y apocado que más bien hubo de excitar la compasión de Franco.

Habláronle entonces y él cautivó con sus palabras. Uno de los huéspedes, abogado, con ínfulas de literato y pretensiones de conocer muy bien las literaturas antiguas y modernas le interpeló preguntándole qué opinión tenía de la escuela romántica que tanto furor hacía entonces, con mengua de la clásica.

A lo que respondió el poeta con tan acertadas maneras y modos que aun a los de ruda imaginación pareció un auténtico y agudo ingenio.

—Esto de sentar principios en literatura —dijo—, es pura vanidad. Cada escuela nace más bien de la época y todas dejan obras que son monumentos, por lo que en cierto modo esas obras pasan a ser clásicas. Éstas resisten al tiempo y a las escuelas que por parecer exclusivas caducan siempre. En cuanto a los románticos, yo me imagino que son los libertadores del Arte y todas las orientaciones, todas las revoluciones de las letras que de aquí en adelante se efectúen tendrán su origen, o más bien, deberán su empuje a este movimiento. Y no por eso dejan de ser grandes los clásicos que son a mi humilde entender las fuentes excelsas del Arte y también las del idioma.

Estaban atentos los presentes a aquel discurso que sólo entendía el abogado y aparte de él un antiguo militar que ayudó a apaciguar la contienda. Pero en una pausa le interrumpió Miguel para decir que mejor era dormir que gastar el tiempo en tan fastidiosas conversaciones. Todos callaron y el poeta dobló la cabeza con humildad, y allí habría terminado la velada, a no ser que el mismo Franco, arrepentido sin duda de su violencia, preguntara por qué aquel hombre sabio estaba tan arruinado y con tan visibles muestras de maltrato en el semblante.

Respondióle el abogado –quien buscaba el modo de ponerse en gracia de Franco– que en nuestra patria era mal oficio el de poeta, pues eso no se recompensaba ni con la gloria, a no ser la póstuma, y eso no siempre. Que tal no podía hacerse sino a ratos y a modo de adorno o pasatiempo, compartiendo la afición con

diversas ocupaciones o negocios, pues el que lo contrario hacía, aunque fuera el mismísimo Dante, estaba en camino de morirse de hambre.

El poeta dijo entonces en voz muy baja y viendo a Franco con dulce mirar, que en este país podían invertirse los términos del discurso de las armas y las letras de Don Quijote; pues sólo obtenían recompensas y honores los que manejaban la espada reservándose los más humildes oficios y condiciones para los que nacen con la mala suerte de ser artistas.[34] Dicho esto el poeta volvió a bajar la cabeza y a hundir en el pecho su perilla. Sintióse picado Miguel con la respuesta del maleta[35] –que así lo calificó en su interior–, y ganas tuvo de preguntar quién era ese Don Quijote que tanto nombraban, pero no quiso parecer ignorante y la pregunta murió en sus labios. Hubo un silencio.

En el salón de paredes desnudas, ahumadas, leprosas, de techo negro, ennegrecido por los años; un salón antiguo de puertas carcomidas, cerradas con gruesas trancas, sólo se escuchaba la música nocturna de los campos. Nubes de humo ascendían hasta el caballete sostenido por vigas tan negras como el ébano, el humo de los cigarros que trazaba espesos caprichos y velaba las luces con un velo impalpable. Fue el abogado quien volvió a hablar, para preguntar al poeta, cuyo nombre no viene al caso, si podía recitar alguno de sus poemas. Respondió el citareda que con mucho gusto lo haría a no ser que no deseaba fastidiar –diciendo esto miraba a Franco–, pues él no era como todos los letrados amigos de tener forzosos admiradores y oidores de sus partos, porque él sabía demasiado que ni nadie los oía ni nunca dejaban de parecer unos portentos, que él no era amigo de exhibirse, ni mucho menos de leer sus producciones rechazadas muchas veces en los periódicos de Caracas.

Esta franca humildad sorprendió a todos; le instaron a que leyese algo y hasta el mismo Franco deseoso de aprender algunas palabras para decirle a Teresa se unió al deseo general; tanto hicieron en fin, que el poeta, sacando de su verde levitón un rollo de papeles, buscó entre ellos, y en medio de un silencio sólo estremecido por las querellas de la noche, dio lectura a unos versos titulados «El canto del ruiseñor».

En las estrofas el pájaro saludaba la sombra que protegía su canto, refería sus amores con una estrella y lamentábase de

su plumaje, el cual le hacía hermano de la noche. Por último, el ruiseñor cedía el paso a las alondras amantes del amanecer. Todo esto en eneasílabos acongojados en los cuales «donde» era siempre «do».

Todos celebraron la poesía con entusiasmo, y hasta el posadero aplaudió sobre el mostrador, llevando su admiración hasta brindar una copa, lo cual fue otra sorpresa para los presentes, que vieron en ello una lección práctica de los milagros que puede realizar la poesía.

Dijo el abogado que el poeta sería llamado con el tiempo el «Cisne de Aragua», título que gratamente resonó en los oídos del poeta; pero éste, llevado luego de su idea, después de dar las gracias, declinó el título observando que nunca en nuestra tierra se andaba a medias en eso de elogios y que la hipérbole se había erigido en culto. Estas últimas palabras lo acabaron de consagrar como un monstruo de poeta.

El abogado advirtió entonces que se descuidaba el arte nacional para cultivar los «predios exóticos»; y el poeta lo hizo callar al contestarle que, con tal que fuése bello era arte y que lo de nacional no importaba, pues esos exclusivismos eran solamente pedantes majaderías. Miguel Franco no quiso ser menos en aquella justa de ingenios y aseguró que se sentía orgulloso de estrechar la mano de tan gran «letrado», y esto lo dijo con mucho énfasis mientras se repantigaba contra la pared.

Con tales comentarios fueron a recogerse en los camastros de que el ventero podía disponer, disfrutando de la cálida delicia de aquellos campos bellos como sería bella la adolescencia de la tierra e ilustres ya por las muchas acciones de armas y hechos famosos de que fueron testigos; campos sagrados donde el polvo de los caminos agita bajo los pies del peregrino recuerdos de heroísmo y perfumes de santidad.

LIBRO IV

GLORIA DE AYER, NOSTALGIA DE HOY

Capítulo I

El héroe de esta real historia pide una cita

Muy temprano el huésped despertó a Franco, el cual ensilló su bestia y tomó el camino real dispuesto a hablar con Teresa de cualquier manera.

Era de madrugada. En la puerta el farol de la venta palidecía sin sombras ya que apartar. Comenzaban a pasar las recuas y las filas de carros en dirección a Caracas. Sonaban esquilas y colleras como si la mañana aldeana al comenzar su atavío agitara las campanitas de oro que guarnecen sus velos. Las voces de los arrieros irrumpían también distantes y duras; en el camino los carros arrastraban las luces de sus fanales colgados debajo; las luces bamboleaban con el trepidar de los carros al pasar sobre las piedras y así extendían reflejos oscilantes, indecisos, trémulos.

Miguel Franco pasaba indiferente ante aquel paisaje tan familiar a sus ojos y que tantos recuerdos debía llevarle a la memoria. En el cielo morían las últimas estrellas, caían unas tras otras como rosal devastado, y ante el viajero indiferente se dilataban sabanas amarillentas, quemadas, embrujadas todavía por la noche...

Vadeó el río. Miguel se detuvo. Divisaba la casa de *Las Guamas* y el sendero que atravesara la noche de su fuga; allá se alzaban los parrales del amo, allá uncían los arados, allá desfilaban las vacadas. Tomó otro camino, pasó bajo las arboledas empapadas; caía el agua como de un cielo de hojas sublevado apenas por nubes áureas, y caía tan fina, igual que si saltara en el juego de un surtidor. Llegaba el sol.

Ante Franco surgió el pueblucho hundido entre los cerros, más después las majadas y los bohíos olorosos como lagares y por último el caserón feo y romántico de los Montenegro. Bajó la cuesta, y al guiar el caballo por los vericuetos, se representó aquella mañana lejana en que un hombre defendía el pueblo con una guerrilla; pensaba en Saldaña. Otras escenas de su niñez acudían a su memoria y Miguel Franco sintió algo ignorado que le hizo detener en la soledad, sin comprender que ese instante le llevaba al alma una vaga pero verdadera noción de poesía.

Un momento después Miguel entraba en la calleja de su pueblo natal.

Al primero que vio fue a Antonio Rodríguez, el cual fumaba a la puerta de su casa. Cuando vio al jinete no disimuló su sorpresa.

—¡Tú aquí, Miguel!

—Sí, yo. ¿Te parece raro?

—No. Es natural.

—Fui a buscar una situación y no me ha pesado. Si supieras en lo que ando.

—Lo adivino. Oye Franco, tú debes estar loco.

—Loco o ¿cómo se llama lo contrario de loco?

—Cuerdo.

—Bueno, loco o cordinao, no me importa. Si no consigo una cosa consigo la otra.

—No te entiendo...

—Ni lo necesitas. Sirvo al mismo general Monagas y voy en una comisión.

Hacía tiempo que Franco deseaba espetar esta palabra. Rodríguez enarcó la frente, chupó su pipa e hizo un gesto desdeñoso.

—¿Eres espía? —preguntó.

—¡Espía! Soy un servidor del gobierno... Si tienes envidia.

—Caraj, Miguel, mírate en lo que dices si quieres cuidar esa jeta que se te hincha más todos los días. ¡Envidia, yo, un soldado de Colombia que vio al Libertador en Junín y a Sucre en Ayacucho...!

—Dispénsame, pues, ustedes tienen la ánima muy cosquillosa. ¿Y qué ganaste con eso?

Rodríguez guardó silencio. Después se rió. Su risa fue difícil y amarga, circunstancia que no apreció Miguel. Rodríguez exclamó:

—¡Gané mucho!

—¿Mucho? A mi poco entender como que te mantiene don Gaspar. Con eso, con esa trulla de nombres que no aflojas nunca no debe ganarse ni pa comer... Yo lo que busco es un destino militar...[36]

Refrenó el caballo impaciente y se alzó en los estribos. Dio una mirada a la cincha y volvió a encararse con Rodríguez. Éste se reía maliciosamente y seguía las volutas de humo torcidas y azules.

—Buscá real Antonio y déjate de esos orgullos —continuó Franco acentuando la voz—, si quieres te recomiendo.

—Mira Miguel, yo no ando buscando nada, lo mejor es que sigas tu camino y procura que no te vea don Casimiro... ni don Gaspar.

Franco se inmutó. Bajó la vista. Hacía como que examinaba los cascos del caballo. Pasó una zagala con una cesta de maíz al brazo.

—Adiós Miguel Franco —le dijo.

—¡Adiós! —respondió Miguel turbado aun reconociendo a la muchacha—, veo que en mi pueblo no se olvida mi cara.

—Ni se olvidará —afirmó Rodríguez.

La importuna se había alejado. Miguel buscaba el modo de herir a Rodríguez, de arrancarle de aquella despreciativa indiferencia.

—¿Y qué le vas a dejar a tu mujer y a tus hijos cuando te mueras? —preguntó—. Seguro que la medalla ésa que cargas que no vale tres cobres...

A estas palabras Rodríguez mordió nerviosamente la pipa y su mirada pareció sumirse en una meditación instantánea y profunda al mismo tiempo. No lo advirtió Miguel, pues continuó sus consejos:

—Ya sabes Antonio, voy pa el Llano. De aquí a un mes estoy en Caracas, a tus órdenes... Tú a pesar de todo eres bueno y no tienes más que esos orgullos... yo...

Iba a proseguir en sus cordiales ofrecimientos cuando Rodríguez fuera de sí, le interrumpió.

—¡Si no sigues tu camino te denuncio, ladrón, perro, que no mereces sino que te escupan la cara...!

Franco no pudo resistir aquel acento de cólera, aquella mirada amenazante de Rodríguez y sin responder nada arrió con violencia la bestia, que pronto puso buen espacio entre el jinete y su enemigo. A poco Miguel tomaba el camino de la hacienda Montenegro.

Todo el mundo en la hacienda estaba en su labor. Era el tiempo de la siembra y sobre las tierras desnudas pasaban las yuntas numerosas y hombres sin cuento arrojaban la semilla. Dejó la bestia al cuido de un muchacho y preguntó por Pancha en la puerta de campo. Pancha recibió un susto al salir.

—En mi ánima estaba que era el diablo de Miguel...

—Hazme hablar con Teresa —dijo Franco.

—¡Yo, estaré loca! ¡Santo Dios, si don Gaspar lo llega a saber!

—Qué te importa —dijo Miguel acariciándole el rostro—. Anda, tráemela.

Al decir esto Miguel entraba en la cocina. Atemorizada, la vieja le rogó que se esperara y un momento después regresaba con Teresa.

—No vengas, no vengas —decía la doncella llena de confusión.

Franco le tendió las manos.

—¡Teresa, Teresa, mi Teresa...!

Era evidente que Franco hallaba cierto deleite en pronunciar aquel nombre.

—Vete, vete, Miguel, te lo ruego por mí —balbucía Teresa.

—¿Me corres? Pues aquí me quedo —y al decir esto le cogió las manos temblorosas; la desnudaba con los ojos, veía sus brazos mórbidos, sus formas que se adivinaban deliciosas bajo la ropa ancha y austera, de una austeridad monacal; la línea del cuerpo oculta hasta el cuello rodeado de encajes que daban a su rostro la apariencia de una flor de largo tallo abierta sobre un círculo de hojas caprichosas y extrañas. Luchaba por desasirse; Miguel le oprimía las manos y no sabía qué decirle:

—Teresina, voy a hacerme rico para ti... —le dijo al fin. Teresa veía a todos lados.

—Ya vienen, Miguel, vete, vete, no me comprometas...

—¿Ahora me quieres engañar? Pues no. Al pobre Miguel no lo vas a engañar así no más. Espérate, que ya no soy el mismo.

—Si no te engaño. Es que yo soy la que sufro, Miguel.

—No te creas que te burlarás —repetía Miguel—...

—Me maltratas, Miguel...

Él no se daba cuenta de que le estrujaba las manos. Pancha iba y venía de la puerta al grupo. A ratos exclamaba:

—Basta, basta, mis hijos.[37] Dejen esas locuras.

—No, Teresina, tú eres mi amor... Por ti he jugado la vida, cuando te fuiste pensé que no te iba a volver a mirar, te he seguido hasta Caracas, he pasado las noches bajo tus ventanas mientras tú dormías y si te hubieras enamorado, gitana sabrosa —esta palabra la había aprendido con el poeta— hubiera matao al que te me quitara... Me voy, ¿sabes? Pero vuelvo... Yo quiero hablar contigo... Yo vengo esta noche... Ábreme... ¿me abres?

—No, no puedo. No, qué locura —respondió Teresa.

Se había puesto roja; las palabras de Miguel la estremecían y llenaban de confusión, sentía deseos de rechazarlas, y al mismo tiempo aquellos acentos le daban una sensación desconocida que le recorría el cuerpo incitante, que la envolvía en una turbación de placer al sentirse deseada; hubiera querido que Miguel le hablara mucho tiempo así. Por eso sus ojos estaban luminosos, eran diamantes negros.

—¿Me abres? —repitió Miguel.

—No puedo.

—Sí.

—No.

—¡No! Entonces, traidora, traidora, es que me has olvidao... ¡Ábreme!

—¡Ay, Miguel!

—Ábreme, pues.

—No.

—Sí, eso es, llora ahora... Pero me tienes que abrí, quiero hablar contigo... Si no hago un escándalo... Me quieres engañá porque no nací como tú, entonces no me querías, te estabas burlando; pero no, no creas eso...

Teresa no oyó estas últimas palabras. Se había desmayado en los brazos de Pancha.

—¡Pancha, Pancha, se muere! —exclamó Miguel desesperado.

—Vete, hijo del demonio, vete —respondió la vieja protegiendo a Teresa—. No me la veas.

—Sí, sí, me voy —respondió Miguel asustado con el ruido que podía delatarle—, pero a la noche estoy aquí. Se lo dices.

Miguel se lanzó fuera. Al salir vio entre los cerros la calleja del pueblo, sus casas chatas, sus cabañas que amenazaban ruina, y en medio de la calle alcanzó a ver a un hombre que observaba el caserón. Miguel reconoció a Antonio Rodríguez.

—Me ha visto —pensó. Se dirigió al sitio donde estaba su caballo. Luego cortó por el monte para esquivar el encuentro con Rodríguez y a poco salió otra vez al camino. A los lados triunfaba el verdor de los campos en todos sus matices; iba en una sinfonía de color desde la tierra llana y parda hasta los contornos de las lomas y montañas circundantes. Se oscurecía, se aquietaba, se hacía transparente; saltaba a veces semejante al agua de las más puras esmeraldas, se dilataba claro y múltiple, aguzaba el tono hasta volverse tornasol como una escama reluciente adherida a los alcores y vallados; ya se bruñía con el oro del sol, ya era bronceado, ya se aterciopelaba en el ramaje de los bucares sin flores, ya corría desmayado sobre la yerba donde irrumpían a veces los girasoles silvestres y la gracia de las clavellinas, flexible como un arco, cimbreado el color, ondulante, torcido por la brisa.

Capítulo II

Donde se cuenta la audacia increíble de Miguel Franco y el desenlace de su aventura amorosa aquella noche

Miguel pasó el día en un punto cercano y cuando anocheció tornó a hacer el camino de la hacienda. A la entrada amarró el caballo en un árbol y fuése derecho a la puerta trasera, la misma por donde penetrara en la mañana. Llamó. Sin duda le esperaban, porque la puerta se abrió y volvió a cerrarse tras de Franco quien se halló frente a Teresa. La doncella llevaba una bujía que temblaba en sus manos.

—¿Y Pancha? —preguntó Miguel.

—Se durmió. Yo le prometí que no vendría. Me hice la enferma.

—¿Y dónde vamos, nosotros?

—Miguel —respondió Teresa—, he venido para que veas que sí te quiero, pero vete, te lo suplico de nuevo.

—¿Para eso crees tú que vine? Mira mis manos —y se las mostró ensangrentadas—. Así me las he puesto en el monte.

—¡Por Dios, Miguel, en el cuarto de papá hay luz!

—No. Vamos al tuyo, quiero hablar contigo. —Al decir esto avanzaba hacia el corredor silencioso y largo. Teresa le seguía como subyugada. Apagó la luz. Miguel dejó que Teresa pasara primero. Iban de puntillas. Del cuarto de don Gaspar salía un reflejo amarillento y débil como un rayo de luna. Vagos murmullos, soplos acariciantes corrían por el silencio. Llegaron al aposento de Teresa. La doncella vacilaba.

—Entra —ordenó Miguel empujándola.

Pero no tuvo tiempo de más. Dos manos de hierro, dos tenazas cayeron en sus hombros. Forcejeó para desasirse y al volver la cara distinguió en la oscuridad la figura de Antonio Rodríguez y más atrás la de don Gaspar Montenegro. Pasados los primeros momentos Franco pudo hablar:

—¡Suéltame, Rodríguez, o te mato, hipócrita...!

—Silencio —dijo don Gaspar—. ¡Hay un ladrón en la casa! ¡Luz! —gritó con voz entera.

Conmovióse la casa. De las últimas habitaciones salían los esclavos en tumulto. Teresa muda de espanto encerróse en la alcoba. Miguel se debatía con Rodríguez.

—Godos, caraj..., godos todos...

Las luces llevadas por los esclavos revelaron la escena en todo su valor.

—Si fueras un caballero te mataba —dijo don Gaspar con acento de indignación terrible—, pero no ensucio mis manos ni mi casa con tu sangre...

Ya Rodríguez había sujetado a Franco y los esclavos permanecían perplejos ante su amo.

—¡Adulante! —exclamó Miguel—. ¿Cuánto te van a pagar por el denuncio?...

—A ver —interrumpió Montenegro con imperio—. Llévense a este hombre lejos de aquí, muy lejos y denle cien azotes... Para este perro es suficiente.

Los esclavos iban a cumplir la orden y Rodríguez se disponía a entregar el reo cuando se abrió la puerta de Teresa y apareció ella más trémula que la caña azotada. Su voz vibró con el timbre del más puro metal.

—Pues bien, le quiero —gritó— le quiero, y tú ni nadie se opondrán; porque huyo de aquí... ¡Ni tú, papá, ni tú Rodríguez, que nada tienes que ver conmigo!

Levantaba el brazo con gesto enérgico, movía la cabeza, y los aladares peinados con gracia incomparable movíanse también obedeciendo a la agitación de su cuerpo. Sus ojos estaban inundados de lágrimas.

Los esclavos bajaron la cabeza, la faz de Miguel resplandeció de orgullo y Rodríguez se apartó con respeto; pero la alta figura de don Gaspar perdió su equilibrio, retrocedió unos pasos y sus palabras indicaron la pesadumbre que le abrumaba.

—¡Dios mío, la nieta de mi sangre, una miserable!

—Miserable porque le amo, miserables son ustedes —gritó Teresa arrebatada—, ustedes, que me ponen en este trance... Ya pasaron esas chocheces de nobleza y tengo derecho a elegir marido...

—¡¿Una Montenegro, una Araoz, es la que habla de este modo?! ¿Qué es lo que veo? —dijo don Gaspar irguiéndose—. Yo soy un castellano y la hija de mi hija ama a un facineroso.

La voz del viejo sonaba a elegía. Pronto recobró todo su orgullo.

—Bien —dijo adelantándose—, tú le amas, pero yo puedo hacerle prender por ladrón. Amárrenlo, amarren al amante de mi hija —ordenó con crueldad.

Teresa quiso impedir la orden, pero su abuelo se interpuso.

—Atrévete —le dijo deteniéndola. Y mientras los siervos le obedecían volvióse a Rodríguez y le preguntó en tono sarcástico:

—¿No es este hombre —señalando a Franco— el que yo recogí y mantuve en esta casa, porque su madre desapareció en una noche de guerra?

—El mismo —respondió Rodríguez.

—Éste es entonces —prosiguió Montenegro sin dejar de enseñar a Franco—, el ladrón que se fugó de *Las Guamas* con unos reales de Lozano, el bandido que buscan las autoridades y a quien yo debo entregar.

—Así es, don Gaspar.

Pero Franco, que hasta entonces trataba de aparecer altanero y desdeñoso, al escuchar tales palabras perdió por completo su entereza. Sintió que se le aflojaban las piernas, que un sudor le llenaba la frente y no tuvo reparo en exclamar suplicante:

—Perdón, don Gaspar... Perdón, que yo prometo irme y no volver más.

—¡Eh! —dijo el viejo—. ¡Perdón! —Y acercando una luz a Miguel pudo ver su rostro desencajado, lívido como si estuviera a punto de expirar.

—Ni siquiera es valiente —observó volviendo a poner la luz en manos del esclavo—. Teresa, antiguamente las Montenegro se enamoraban de los héroes, de los condes feudales que volvían de las Cruzadas o de la Reconquista. Ahora para ellas es indiferente un cobarde... ¡Todo cambia, todo sucumbe, todo se acaba!

En tal momento alguien se abrió paso por entre la agolpada servidumbre y llegó hasta Teresa que sollozaba de espaldas, apoyada la frente en la pared: Pancha. Don Gaspar se detuvo para tomar aliento. Al ver que Pancha prorrumpía en lamentaciones dirigióse otra vez a Rodríguez.

—Hablo demasiado. Rodríguez, llévale al comisario para que lo prenda.

—Yo no —contestó Rodríguez—, no soy policía.[38]

—¿Pero nadie se quiere hacer cargo de este hombre? —preguntó Montenegro para disimular—. Entonces tú, Pablo, le llevas bajo tu responsabilidad. Te doy dos hombres para que vayas seguro.

El llamado Pablo ordenó a Franco que anduviera, y elegidos dos esclavos, la escolta se puso en marcha arrastrando a Franco que amarrado por la cintura no dejaba de implorar la clemencia de Montenegro.

Al mismo tiempo Pancha y las esclavas sostenían a Teresa. Don Gaspar la miraba. A su lado estaba Rodríguez. Las luces daban de lleno en el rostro del abuelo, vacilaban agitadas por el viento. Entonces levantó la mano. Las esclavas como si adivinaran su ademán cubrieron a Teresa. Pancha se arrodilló suplicante. El viejo balbuceó:

—Mal...

Rodríguez no le dejó concluir. Pasándole un brazo por los hombros le arrastró del sitio aquel cuando las mujeres se llevaban a Teresa.

Capítulo III

Presentación de credenciales

Era ya la media noche. En la soledad nocturna no alumbraba una estrella. Solamente la punta de un picacho incendiado levantaba en la intensa oscuridad su cresta roja. Contrito iba Franco entre los esbirros. Si hubiera sido amigo de analizar situaciones, de medir los abismos en que se hunden los hombres por circunstancias creadas por ellos mismos, se habría regocijado en verse de aquella suerte por disfrutar del favor de una gran dama. Pero está visto que la pupila de su alma era pequeña, era miope, era sola y no hecha a sutilezas perspicaces. Para él no había más que un peligro: iba a perder su puesto con Monagas.

Llegaron al pueblo. Pablo llamó en una casita y el toque debió causar disgusto en ella por las palabras que enseguida se escucharon. No obstante, abrieron y un sujeto medio desnudo, de baja estatura, indio y fornido, se presentó en la puerta. Tenía el entrecejo partido por hondos surcos, los ojos hundidos y oblicuos, la frente angosta como sepultada en el cráneo y el cabello entrecano.

—¿Qué hay?

—Aquí está —respondió con voz baja Pablo— el ladrón de don Casimiro, que se ha cogío ahorita en la casa de don Gaspar. Él se lo manda.

—Ah, bueno —exclamó muy complacido el hombrecillo—, paisen ustedes pa lante que este vagabundo nos ha dao mucho trabajo pa encontrarlo. Paisen, que voy a hacer un interrogatorio.

La escolta penetró en la casa cuyo interior era estrecho, sucio y destartalado. Pegados en las paredes había algunos grabados históricos. El comisario encendió un mechero, lo colocó en una mesa que debía ser antiquísima y sentóse frente a sus huéspedes.

—¿Dónde fue usted después del robo, compadre? —Es de advertir que el comisario hablaba con un vozarrón formidable que estremecía las paredes del rancho y que las pausas las llenaba con gruñidos bien capaces de atemorizar a todos los reos de aquel contorno.

—Fui a Caracas —respondió Miguel tartamudeando.

—Ajajá... ¿Y allí, qué hizo? Parrandear ¿no?

Era indudable que aquel hombre se preciaba de ser muy hábil y que tomaba a pecho su papel de autoridad.

—¿Allí?... Allí estuve...

—Los ladrones no se dan cuenta de que siempre caen en manos de la autoridad y nunca le tienen miedo a la justicia —interrumpió filosóficamente y con aire de increíble importancia aquel inflexible y rústico juez de aldea.

—Bueno, pa lante joven, qué hizo usted allí —dijo el comisario con su gruñido correspondiente y golpeando el suelo con los pies. Estaba gozoso de ver la humillación del mozo.

—Hablé con el general Monagas —respondió Franco, balbuciente.

El comisario dio una patada.

—¿Con Monagas, con el general Monagas hablaste tú? —dijo levantándose—. Está bueno. ¿Y qué te dio? ¿Real? ¡Monagas! —dijo después como si cavilara.

—No —contestó Franco sintiéndose esta vez en el colmo del suplicio—, me dio un puesto.

—¡Caraj, bellaco, me quiés engañá! ¿Qué puesto es ése?

—Una comisión...

En la cara del comisario se pintó un vivo terror y la sorpresa se apoderó de Pablo, que soltó el cabestro con que le sujetaba. Esto hizo que Franco prosperara en sus ideas. Otra lucecilla acababa en encenderse en su cerebro, sospechaba el miedo que sentía el comisario.

—¡Una comisión! —repitió éste—. ¡Una comisión! ¿Qué comisión se te puede dar a ti, a ti, un peón que robas?

—Pregúnteselo a él —respondió Franco con olímpica naturalidad—. Aquí están mis papeles.

El comisario dio un salto. Veía los sellos oficiales, los mismos que le llegaban algunas veces. Los tomó ávidamente y su acento tuvo una marcada transformación.

—Suelten al muchacho —se reía por primera vez—, ¿pa qué le traen amarrao?... Pero yo no sé leer, es decir, no veo...

Y mientras desamarraban a Miguel:

—Espérenme aquí, voy allí mismo. ¡Cuidao con la justicia!

Franco se reía ahora. El comisario iba a que le leyeran los papeles. Transcurrieron unos momentos. El reo, al verse libre de sus ataduras, exclamó:

—Ya verán lo que hago con el viejo y el sinvergüenza de Rodríguez... Todos van a pagarla caro. Hasta ustedes —gritó.

Los esclavos cayeron de rodillas.

—No, amito, no, perdón.

El comisario regresó y todos volvieron a sus puestos. Estaba muy agitado.

—Caballero —dijo a Franco—, usted dispensará lo que se ha hecho con vos. —Este vos lo asestó solemne—. No tenía conocimiento... Tengo orden de mi jefe el general Monagas, del gran jefe, del hombre más grande que Bolívar, del único en Venezuela, de facilitarle todos los medios, todos... —hizo una reverencia. Se ahogaba—. Mándeme vos y tendré mucha honra en obedecerle.

Pablo y los esclavos estaban asombrados oyendo aquello. Vuelto ya en sí Miguel, y esta vez, no confundido, sino irritado, hasta donde más podía estarlo, gritó:

—Sí, he sufrido un atropello cumpliendo mi deber... —Y luego, lleno de dignidad— lo participaré oportunamente al general Monagas...

—De mi parte no, joven, usía debe distinguir... Diga usía que yo lo he salvado.

El comisario daba a Franco los más diversos tratamientos; los mezclaba, los confundía. Uno de ellos, el más solemne, lo había aprendido de oídas en un viaje que hizo a Caracas cuando los funerales de Bolívar el año 1842.

—Así es, está bien —respondió Miguel satisfecho y altanero—; pero usted debe ejecutar mis órdenes, orden del general Monagas.

Asestó una patada que hizo retemblar los débiles muros del rancho.

—Mande, mande mi coronel.

—En la casa ésa hay una conspiración contra el general. Fui a ella para descubrirla y me han amarrado como un ladrón...

El comisario hizo un gesto desolado.

—¡Qué falta, mi coronel! Pero yo estoy dispuesto a repararla en lo que está de mi parte.

—Y no lo haga pa que vea —dijo Franco—. Son godos, y allí está un tal Rodríguez, otro perro godo que hay que prender ahora mismo, lo más tarde mañana.

El comisario se inclinó hasta el suelo.

—El general Monagas será servido y por aquí no tendrá nada que temer, que todos somos sus amigos y fieles servidores... Pero usted, joven, ¿por qué no anunció su llegada?

—Porque no me convenía... Y ahora mismo mande usted a uno de éstos —señalando a los esclavos—, para que me traigan mi caballo que está amarrado en un jabillo en la entrada de la hacienda. Tengo que irme ahora mismo.

—Van los tres, los tres, y pronto... Y si usted quiere hacerme el favor de brindar conmigo a la salud del general, y de usted, amigo Franco...

—Sí tengo ganas de beber.

Salieron los siervos de don Gaspar. El hombre sacó unas botellas de ron y sirvió a Franco.

—¿Tiene usted tabacos? —preguntó Miguel sentándose.

—Cómo no, hombre, perdone usted, no había caído en la cuenta de que ustedes los militares siempre fuman.

Miguel cruzó la pierna, apuró la copa y prendió el cigarro que el comisario le ofrecía sonriendo.

Capítulo IV

Terminan las inauditas aventuras de Miguel Franco en su pueblo natal

Miguel Franco pasó allí el resto de la noche, pues el comisario no se resignó a verle partir. Tales fueron sus ruegos que Miguel enternecido le otorgó aquella gracia.

Desde muy temprano piafaba su caballo a la puerta, regalado con abundancia.

El comisario obsequiaba a Franco excusándose:

—Se contentará usted con lo que tengo, es más mi voluntad.

Tiernas alas de pollo, doradas empanadas y café muy puro le sirvieron a Miguel, quien podía vaciar un jarro de fresca leche y hundir el cuchillo en un trozo de queso blando.

Luego dijo al comisario que procediera de una vez, pues eran gentes muy temibles. Contestó aquel que inmediatamente, y como Franco dijera que deseaba partir con el alba, el comisario hizo sus últimas protestas de fervor partidario y ordenó que aparejaran su bestia.

Clareaba el día. Una espesa cortina de niebla ocultaba las montañas. Miguel y el comisario iban juntos. A veces se juntaban sus cabalgaduras en la estrechez de los senderos. En mitad de la hacienda se despidieron. El comisario rogó a Franco que lo tuviera presente ante el general. El otro ofreció todo. Después, levantando la fusta, dijo señalando un camino blanco que serpeaba lejos:

—Allí estaré hasta que salgan.

A cada rato volvía el rostro. Salió al camino que conducía a *Las Guamas*. Desde allí se distinguía la casa de los Montenegro,

afincada al pie del cerro. Una mancha roja se extendía ante ella: el patio de labor. Esperó algún tiempo. Desde allí pudo presenciar la salida de don Gaspar y Rodríguez conducidos por el camino. Los vio montar a caballo y despedirse de la servidumbre agolpada en la puerta. La bufanda de Montenegro flotaba al viento. Todavía pudo ver más, una mujer se arrodillaba ante el viejo inflexible y estoico que volvía la espalda...

Franco azotó la bestia. Miguel Franco, el despreciado, el ladrón era ahora más poderoso que sus antiguos amos. Él los humillaba, él tenía entre las manos su honra y su vida. Iba gozoso. Al salir de una encrucijada frunció el ceño, sofrenó la bestia y una intensa palidez demudó su rostro indio. Hacia él venía don Casimiro Lozano, su antiguo señor, quien al reconocerle aprestó el paso y encarándose con el jinete le arrebató las riendas:

—Ajá, sinvergüenza. Ya te encontré. Volvé las riendas pa que me pagues mi dinero. Si no me darás tu persona, que es lo mismo; pues con esas manazas es mucho lo que podés hacé.

Franco repuesto ya de la sorpresa hincó las espuelas y el caballo estuvo a punto de arrollar al viejo cuyos ojillos amarillos por la bilis y la rabia se apagaron más al oír las palabras con que le saludaba su criado.

—Viejo cretino, déjame o te denuncio como revolucionario. Voy con partes del general Monagas.

—¡Me quieres robá y perseguí, bandido! —gritó el viejo poniéndose otra vez ante Franco.

—Suéltame, suéltame y mírate en este espejo.

Franco agitó en el aire los papeles sellados pasándolos por las narices del viejo.

—Voy precisamente buscando revolucionarios pa cumplí bien mi comisión.

—¡Alma de Satanás! —exclamó Lozano pensando seguramente en todas las cosas que podían sucederle—, el demonio te lleve, maldito, y que la pagues muy duro.

Franco se reía oyéndole. Sentíase omnipotente. Lozano agregó:

—Mira, espera a Casimiro Lozano, que algún día estará arriba.[39]

Franco saludó con el sombrero, picó espuelas y la carrera del potro levantó una polvareda que envolvió al viejo iracundo.

Iba a Villa de Cura para seguir a los Llanos, y como aún tenía que rendir una jornada de muchas leguas puso el caballo al trote, pues atravesaba uno de los más agrestes parajes de Aragua.

La soledad ofrecía allí dulce regazo bajo las copas centenarias. Aquí y allá, sobre la hojarasca y los mogotes floridos se alzaba un rumor al abatirse las frutas derribadas por los pájaros. En el límite torcido por los declives, amparado por la mancha azul de las sierras labraban la tierra; los potros sueltos sacudían las colas; los carros desuncidos daban al campo una impresión de calma gozosa. El viento hacía sonar las flautas de caña llenas de espigas, abatía los álabes ramajes, destrozaba las corolas que al morir despedían perfumes de tallo exprimido. Frente a Miguel, el horizonte de un color morado deslumbraba como si fuera un espejo...

Capítulo V

El alma en pena

Aquellos días solicitaron a Teresa muchas lágrimas vertidas a solas sobre el devocionario que las secó como otras tantas florecillas de amor. Oraba de continuo en el cuartito que servía de capilla, y cuando su abuelo volvió, gracias a una fianza que pudo conseguir, lo tuvo a milagro, y arrodillada ante el crucifijo lloró largo tiempo.

Su orgullo, ah, aquel orgullo suyo saeteado en lo más íntimo manaba gotas de sangre minuto a minuto, hora tras hora. Le avivaba el deseo de vengarse y volver ella misma por la honra como una de sus abuelas que, sintiéndose ultrajada, se vistió de luto hasta ver satisfecho el agravio.[40] Aquella abuela suya, la tenía presente. En Caracas, en el salón de familia había un retrato de ella; la nariz recta, la boca desdeñosa, la mirada altanera; rostro duro y fino, cuya dureza no suavizaba un rasgo de ternura. La frente casi desaparecía bajo la torre de pelo sedoso, castaño, casi rubio lo mismo que las cejas delgadas, apenas arqueadas sobre los ojos negros. Las orejas atravesadas por largos pendientes, tan largos como el cuello esbelto y delgado que surgía entre los blondos encajes tachonados de diamantes. En un rincón del cuadro se distinguían dos escudos cruzados, de rojas líneas y borrosos cuarteles, con divisas enlazadas. Su traje se confundía ya con el fondo donde habían desaparecido las perspectivas de una almuzala. Tenía una rosa en las manos y más parecía que la estrujaba entre los dedos flacos y ensortijados. ¿De dónde sería aquella flor? ¿Acaso de Aranjuez, o de un castillo gallego, o de San Lázaro? ¿Tendría ella el temple de esa antigua Montenegro

cuya barba hundida bajo el labio aumentaba su aspecto de mujer imperiosa?

Rondaba de noche el aposento del abuelo sin decidirse a implorarle perdón. A veces, su llanto confundíase con el gemido del viento. Estaban ya en mayo. La tierra se henchía remozada con las lluvias. Se volvían amarillas las frutas y sus senos entreabiertos chorreaban caldo dulce; lirios y campánulas, rosas y cundiamores brotaban en macizos, ocultaban los racimos maduros, trepaban las altas trojes, y colgaban sus trenzados festones... Los pastos estaban más verdes que nunca.

Don Gaspar, más huraño y solitario desde su llegada, pasábase los días entre los infolios manuscritos. No quería ver a Teresa. Ni un reproche habían soltado sus labios, se había encorvado su flaco cuerpo, había palidecido su rostro y de continuo oíasele toser.

A pesar de todo, Teresa estaba en sazón como las frutas del huerto. El dolor había enamorado sus pardos ojos que se agrandaban, y en aquella ardiente estación en que su casa volvíase más triste, pasábase las horas contemplando desde una reja el paisaje recio y dorado bajo la coyunda del sol...

¿Y el amor? ¿Habría seguido el suyo la suerte de las estrellas errantes? ¿Se habría eclipsado en su alma? ¿Habría ella de apartar sus labios sedientos de la fuente intacta?

La cuitada se deslizaba por los corredores esquivando la servidumbre que murmuraba. El rosario que rezaban los esclavos al anochecer ofrecíanlo por el alma de la niña Teresa, que sin duda penaba males sin cuento. Sólo de Pancha dejábase ver. Una vez la vio un esclavo apoyada sobre la baranda del patio. Meditaba. Su traje albeaba en la sombra. El esclavo corrió a referir la visión.

—La he visto, la he visto —y un clamor de sollozo se oyó en los aposentos de la servidumbre.

Otra noche había descendido a la huerta. Rachas tibias columpiaban. Las guirnaldas, mecían las frutas, se perfumaban en los haces de azahares... Sentóse en el borde del pozo sobre el cual pendía un pesado fanal de hierro con los vidrios rotos. Miraba las estrellas reflejarse en el agua cambiante. De pronto llegó hasta ella un prolongado murmullo sobre el cual se elevó luego una voz atiplada. Se estremeció. Rezaban por ella. La voz sola gangueaba:

—Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. Amén, Jesús.

Y el coro concluía en monótono, rezongó:

—Santa María, Madre de Dios, ruega Señora por nosotros los pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén.

Se dio cuenta entonces de la soledad que la rodeaba. Aquel murmullo, aquellas voces flacas le hicieron creer que iba a pasar la fúnebre teoría de los cuentos de ánimas. Ya brillaban los cirios, ya empezaba a verse el blanco cortejo de fantasmas. ¿No las habían visto muchos pasar a media noche por las tapias del huerto?

Sin poder moverse, enlazó las manos en sus rodillas, dobló la frente y clamó con voz sollozante:

—¡Madre mía!

Las lágrimas cayeron en los macizos crecidos alrededor del pozo, flores del amanecer dormidas entonces, y con aquel rocío tempranero entornaron sus cálices. Dio un grito. Le habían tocado la espalda.

—¿Lloras, Teresilla de mis ojos?

Volvióse y se halló con Pancha.

—¡Ah, eres tú! Dime, Pancha, ¿por qué rezan por mí?

—¡Pobrecita!... Por tu salud. Dicen que estás enferma.

—Yo creía que tú también estabas rezando y me tenías también por condenada.

—¡Tú, condenada, sol de mi vida! ¿No sabes que después de tu madre que está en la Gloria, soy la primera en quererte?... Pero decíme, muchacha ¿todavía estás enamorá...?

Teresa hizo un gesto brusco. Apoyó las manos en el borde del pozo.

—¡Pobre chiquilla! —continuó Pancha sin hacer caso de aquel ademán—. No te importe más eso, que él es quien sale perdidoso...

—¡Esa ofensa, esa humillación es la que me mata! —dijo, arreglándose los rizos.

Su voz despertaba ecos dormidos, se ahondaba misteriosa en la noche callada. Ahora soplaba un viento fresco que prolongaba en las ramas el rezo de la servidumbre.

Capítulo VI

Historia de Pancha

—Ah, Teresilla, estos pechos míos dieron de mamar a tu madre, y cuando tú naciste fui yo la que te recibió en los brazos... Pero Teresa, ¿lloras, Teresilla?

Pancha se acercó. La doncella levantó la cabeza y exclamó con infantil alborozo.

—¡Se han abierto las flores!

—Ya tú ves, creen que cae el rocío.

Ya no se oía rezar. Una luna pálida surgía de los barridos nubarrones. Sobre yerbas y caminos comenzaba a dibujarse la sombra de los árboles. La naciente claridad formaba el claroscuro en el monte rubio y negro, apaciguado y doliente. La vieja hilaba sus recuerdos al oído de Teresa envuelta en aquella melancolía que le oreaba los bucles en desorden.

—Entonces eran otros tiempos y la casa estaba siempre alegre. Me acuerdo que don Gaspar tenía cuatro galgos, y eran solemnes los días de cacería... Hubieras visto a esos señores empelucados a caballo sobre los alazanes que volaban. Las señoras más gallardas seguían también la cabalgata. ¡Y aquellos banquetes bajo las arboledas! ¡Sonaba lejos el cuerno a la llegada de los cazadores, y el heraldo de montería lo hacía sonar con un donaire![41] Cuando vino la guerra don Gaspar recibía a los oficiales del rey y las fiestas seguían, pero con la huida de tu tío todo cambió. Yo lo vi aquella mañana y a mí fue la única que me confiaron el secreto. ¡Qué guapo estaba! Pero yo no hacía sino llorar al servirle el desayuno y a ese Antonio Rodríguez...

—No sigas, Chita.

—¡Déjame Teresina que lo recuerde! —La voz de la vieja se hizo más temblona.

—¿Lloras Chita, estás llorando también?

—Lloro por mis mocedades lejanas, que aquí donde tú me ves, tenía entre todas las negras una lozanía que era regalo de quien me mirara; por eso don Gaspar me quería tanto,[42] y en las siestas..., cuando el peonaje se echaba a dormir en las bagaceras, me invitaba a pasear por este patio que entonces era un vergel...

—Tú —interrumpió Teresa—, ¿tú eras amante de...? ¿Y tú eras bonita? –agregó mirando la carne rugosa y la boca desdentada del aya.

La vieja encogióse los hombros.

—Hasta los señores me requebraban en las fiestas, enguantados y hermosos, cuando yo les servía los refrescos al regresar de la cacería o cuando dejaban las señoras después del cotillón...

—¡Ah, qué lindos eran esos tiempos! —dijo Teresa—. Cuéntame, cuéntame, que me haces olvidar.

La mulata calló un momento como si recordara.

—Yo nací en esta casa y mis padres también eran esclavos..., nací un año después que don Gaspar. Él me hizo manumisa y nunca dejó de tener predilección por mí... Yo fui la única de todas las negras que aprendí a leer y a tocar la guitarra... Una vez, me río cada vez que me acuerdo, don Gaspar mandó a azotar a Mateo, el esclavo más mozo, porque me vio sola con él...[43]

Teresa le escuchaba sonreída, a ratos miraba hacia los jazmineros que nevaban la tierra bajo la umbría. Otra vez el aya guardó silencio. Luego prosiguió la conseja:

—Después que vino la guerra hubo que emigrar. Nos fuimos a Caracas y en ese tiempo murió doña Petronila, que en la Gloria esté... ¡Pero fue la guerra tan larga! Don Gaspar no creía que sacaban a los españoles, y así tuvo tiempo Pedro de crecer y fugarse. Yo vi a tu abuela el día de sus desposorios, cuatro pajes le tenían la cola de encajes, y catorce flautas y tres violas, arpas y contrabajos tocaron los músicos en el baile que siguió hasta la noche. Pero al buen tiempo viejo sucedieron las matanzas. Don Gaspar tuvo que huir. Le quemaron una casa, la más hermosa, cuyas ruinas has visto tú en Piedra Azul, y a él lo anduvieron buscando para matarlo. Cuando volvimos ya éramos viejos. Y tu

madre ya viuda te trajo a ti y a Ignacio para que yo los criara. Un día, vimos aquí gran movimiento, unas muchedumbres que salían a los caminos y no terminaban nunca. Yo fui hasta San Mateo. ¡Qué de banderas y soldados, qué de uniformes tan lindos! Aquello sí era gloria. Pasaban los húsares de rojas casacas y los escuadrones de lanceros deslumbraban. Traían los soldados flores en las bayonetas y las músicas hacían delirar...

—¿Y qué era, Chita?

—Era el Libertador que volvía de allá de donde llaman el Perú. Parecía un rey a caballo, saludando con el sombrero que tenía una gran pluma larga..., y sonreído. ¡Qué labios tan delgados, Dios mío! Decían que la boca se la habían comido las mujeres de tanto besarlo... Y unos ojazos negros como la noche. Por cierto que me cansé de ver si divisaba a Pedro; pero nada... Desde entonces lo tuve por muerto y me guardé en el pecho esa amargura. El que volvió fue Antonio Rodríguez, y seis años tuvo que esperar para entregar a don Gaspar esa bandera y ese uniforme que están guardados ahí.

Pancha suspiró. La luna entraba en los corredores que rodeaban la huerta; en el cielo puro temblaban los luceros y sus reflejos rielaban el agua del pozo.

—Don Gaspar tose —dijo Pancha—, vámonos.

—Dame la serenera, tengo frío.

Teresa se levantó. Sobre sus hombros cayó el negro abrigo que el aya le tendía. Flotaban las puntas. Teresa parecía la imagen de la noche. Cogió una flor y la prendió en el pecho. Un cocuyo abría su luz verde en los pétalos blancos. Se alejaban por el sendero. Pancha iba apoyada en el hombro de la doncella. Volviéronse otra vez. Sobre los altos cerros miraron caer una estrella.

—¡Volvieran esos días, Pancha! —clamó Teresa—, ¡quién hubiera vivido en esos tiempos!

—No, Teresilla, vente a dormir que es muy tarde... El pasado no vuelve...

Suavemente empujó a Teresa. Don Gaspar tosía. El relente de la noche comenzaba a caer.

LIBRO V

LAS PRIMERAS ARMAS

Capítulo I

El comandante Miguel Franco

El 20 de abril de 1849, Miguel Franco entró como de costumbre en la «Cantina Boliviana». Vestía ahora el uniforme de comandante de milicias. Su mediana estatura realzaba con las presillas y alamares dorados, y el rojo dolmán, la cicatriz del cuello debida a cierta picada de bicho, contribuían a darle un aspecto marcial.

Atardecía. En la cantina encendían las mechas de las bolas de cristal llenas de aceite. Pidió un tabaco y se hizo servir ron. Luego se recostó de la pared. A poco llegó Gadea en compañía de Pantoja. Gadea llevaba un aire misterioso. Sentáronse en la misma mesa.

—Esta vez —dijo—, como que el comandante no escurrirá el bulto con las fiebres.

—¿Qué me quieres decir con eso? —interrogó Franco extrañado.

Pantoja acercó más su asiento. Se quitó el sombrero y pasóse la mano por los cabellos blancos y ásperos.

—Que te portarás mejor que en Los Araguatos[44] —contestó Gadea riéndose.

—En Los Araguatos, en Los Araguatos gané este uniforme y esta herida —dijo jactanciosamente el comandante.

—¿Te vas a volver orgulloso, Franco...? No hombre...

—Claro, los héroes tienen derecho —afirmó Pantoja.

Gadea guiñó los ojos. Levantaron las copas.

—¿Y qué les parece a ustedes el decreto de indulto? –dijo Pantoja.

—Ese Monagas es un gran hombre —contestó Gadea apoyándose de codos en la mesa.

—Grandioso —dijo Franco.

—Sublime —asentó Pantoja—. Qué lástima de Páez. ¡El paladín de la epopeya...!

—¡Lástima! —exclamó Gadea arrastrando la copa por la mesa—. ¡Hum! Mucho cuidao.

—No hombre, quiero decir, por la historia, —respondió Pantoja contrito.

—Es que se creen —interrumpió Franco con brusquedad— que porque han estado en Ayacucho tienen derecho a todo...

—No, mi amigo, si Páez no ha estado en Ayacucho —dijo Pantoja preocupado de aquel error—. Ése es el hombre de Carabobo y de tanto combate —pensó en un instante— homérico...

—¿Tú como que te estás pasando, Rafael? Estás hablando mucho de Páez...

El tribuno sacó un pañuelo y se sonó las narices. Llevóse una mano al pecho.

—¡Mi fe republicana, mi adhesión al general es y ha sido inquebrantable...!

—¡Bravo, bravo! —gritó Franco palmoteando en la mesa—. ¡Más ron!

—Está bueno, pues, no he dicho nada, señor don Pantoja.

—Yo no hablo sino por la gloria —dijo éste tranquilizado al ver el brazo de Gadea que descansaba en su hombro.

—¡La gloria! —replicó Franco—. Ahora me recuerda usted a un tal Antonio Rodríguez, que no afloja esa palabra en la sarta de mentiras que cuenta de Ayacucho también, dice él...

Pantoja escuchaba ahora con sonrisita que a menudo dejábale lucir su dentadura postiza.

—¿Y pa qué irían hasta allá, si no iban a sacar tanto? —dijo Gadea en tono despectivo.

—Eso es natural —contestó Pantoja sin dejar su tono enfático—. Como son del ejército libertador creen que tienen derecho a la gratitud nacional...

—¡Qué gratitud! —exclamó Franco—. Lo mismo hubiera hecho yo y tú y el otro.

—Sí —afirmó Gadea— los venezolanos somos todos valientes. Y a propósito —continuó dirigiéndose a Franco—, ese Rodríguez que tú denunciaste como revolucionario lo soltaron con el viejo —Franco mordió nerviosamente el tabaco— y se despegó pa la revolución.[45] Ahora está entre los prisioneros.

Los ojos de Franco relucieron. Destrozaba el tabaco.

—¿Estás seguro?

—Sí, seguro, se ha salvao con el indulto.

—Pero, bueno amigo Gadea, ¿qué nos iba usted a decir al principio referente al comandante Franco...?

—Nada, nada.

—Di, chico —suplicó Franco.

—Brindemos por el amigo Franco.

—Brindemos.

—Ya que ustedes lo quieren, pues brindemos. Brindo por mí —dijo Franco levantando la copa. Bebieron.

—Pues, comandante Franco —dijo Gadea—, lo he venido a buscar. El general lo espera a las siete.

Pantoja se frotó las manos de gusto.

—¡Ah, ah! —exclamó. Estamos en gracia.

Gadea tocaba en la mesa con los dedos y movía la cabeza. Franco arqueó el busto. En la penumbra parecía más gallardo. Luego entornó los ojos.

—Vámonos, entonces —dijo.

Pantoja se ponía el sombrero y estiraba las piernas. Cuando Gadea se despidió le dijo:

—Oiga, mi amigo —reteniéndole la mano— sepa que ninguno es más adicto que yo al general... Soy el autor de las rimas que aparecen todos los días como divisa en *El Calendariano*.

—Lo sé, lo sé.

—Óigalas:

> Huye despavorida la discordia,
> el despotismo vuela en brisas vagas;
> porque unión, libertad, leyes, concordia
> proclaman por doquiera los Monagas.

Resonó el sable de Franco. El tribuno prolongó el último verso en la melosa sonrisa.

—Bien, bien —dijo Gadea.

Volvió a resonar el sable de Franco. Los parroquianos les miraban. Salieron.

Capítulo II

Miguel Franco se lleva la mano a la espada

Su Excelencia el general Monagas se paseaba con señales de gran agitación cuando el comandante Franco fue anunciado. Volvióse bruscamente. Franco penetró en la estancia presidencial, saludó militarmente y aguardó en silencio.

Una cómoda antigua sobre la cual reposaban dos candelabros de plata; dos estantillos de libros y el retrato del general en uniforme de lancero llamaban desde el primer momento la atención. Un sillón de terciopelo rojo igual al papel que tapizaba los muros, y de ancho espaldar, figuraba también en el mobiliario. En el sillón la espada del general dejaba arrastrar la banda tricolor de brillante seda.

Bruscamente, Su Excelencia se volvió a Franco.

—Comandante Franco, necesito un hombre de confianza.

Miguel se llevó la mano al puño de su espada. Paseóse Monagas al través del aposento con la cabeza inclinada.

Era el héroe de Boca Chica, el hijo de Maturín, el lancero afortunado de las batallas fabulosas libradas contra Boves. Las jornadas de la Independencia habían pasado y del heroísmo mitológico que su acero desplegara en ellas emanaba aquel usufructo de la patria. A él le pertenecía por los títulos de su valor y de su imperio. Detúvose de nuevo.

—Dispóngase ahora mismo a partir para Ocumare. En la secretaría le darán instrucciones... Será usted el Comandante de Armas de aquella plaza y del éxito que tenga depende su porvenir.

Hizo un gesto indefinible. Franco saludó otra vez.

—Está bien, Excelencia.

Un momento después estaba de nuevo con Gadea.

Al otro día tomaba el camino del Tuy. Cuando tenía el pie en el estribo, Gadea le recordó su contrato.

—Cincuenta bajas, Franco.

—No tengas cuidado.

Salía de la alcabala cuando el toque del alba. Las afueras aparecían estériles y miserables. Ranchos de paja. Pastaban los cerdos en los basureros que la luz comenzaba a dorar. Muchachos desnudos y panzudos salían a las puertas de las casucas atraídos por el galope. Entre los brezales algunas viejas se inclinaban en busca de chamizas. A los lados del camino mendigos sentados imploraban limosnas, tendían las manos, saludaban. Más después, asomaron las granjas solitarias con sus paredes cubiertas de mugre, los trapiches abandonados y algún torreón lejano que daba al paisaje el único penacho de humo. Grupos de esclavos labraban escasas parcelas de tierra. La mañana invadía los cafetales y tablones donde las cigarras de un estío prematuro elevaban su canto sonoro.

Al presentarse en el cuartel Franco recibió los honores militares. Luego dictó medidas e hizo investigaciones, pues su antecesor era acusado de tener barruntos revolucionarios. Sin embargo, Franco se aburría lamentablemente; echaba de menos a sus amigos. Por la mañana sentábase en la puerta del cuartel con la espada en las piernas y el quepis ladeado. Después iba a la oficina del gobernador y dictaba su parte para Monagas: «ninguna novedad» y su nombre. Era muy lacónico Franco.

Las siestas eran largas, y por las tardes dirigía el ejercicio de la tropa ante las mujeres y los niños en la plazoleta, a quienes admiraba con su voz. Sonaba el tambor y las armas brillaban al sol en un mismo relámpago de plata. ¡Cuántas veces entonces acudió a su mente el recuerdo de Teresa! Comenzaba a forjar proyectos desmesurados. Soñaba con el Ministerio de Guerra. Después puso en práctica cosas más asequibles, decretó verbalmente contribuciones.

Una mañana interpeló al señor gobernador:

—¿Cuánto hay en caja?

—Mil pesos, coronel.

—Necesito quinientos.

—De ningún modo. Yo soy responsable de esa suma.

El señor gobernador era de alguna edad y frisaba su orgullo en la pulcritud de procederes y firmeza de convicciones. Nunca dejaba de referir que el Libertador le había estrechado la mano en 1827.

Ante la actitud de Franco el señor gobernador se sintió héroe romano.

—¿Me cree usted ladrón? —dijo Franco.

—De ninguna manera, pero no puedo complacerlo.

—Entonces usted verá lo que le parece mejor: la cárcel o el dinero.

—Todo menos los caudales del pueblo entregados a mi custodia —aseguró con voz firme el señor gobernador.

—Ah, ya caigo —Franco soltó una risotada—. Es usted godo.

—Si es de godo cumplir con el deber hasta la muerte yo lo soy.

Franco crispaba las manos en el puño de la espada. El vejete permanecía impávido, ni pestañeaba. Diríase que deseaba el martirio. Pero Miguel se mordió los labios y le volvió la espalda.[46]

Capítulo III

Capua

Acababa de arriarse la bandera en el cuartel cuando Miguel Franco aquel domingo montó a caballo para dar un paseo. Aquella bandera constituía su mayor cuidado pues al deterioro más pequeño ordenaba poner una nueva y cobraba los colores a precios inverosímiles. Para él ésta era una de las utilidades de la bandera.[47]

En una reja le sonrió una mujer trigueña y hermosa. Miguel la miró atentamente y ella devolvió la mirada con otra sonrisa más insinuante. Agradó esto al comandante y mandó a uno de sus asistentes a cumplimentarla y ofrecerle una visita. La moza envióle a decir que lo recibiría en la noche.

Acudió Miguel, y se impuso de que ella era amante del antiguo jefe de la guarnición. Y dispusieron que él lo substituyera, pues era natural que heredara además de su haber militar las otras cosillas no menos necesarias a todo el mundo, mucho más a un comandante de armas.

Estaba el otro esa noche en cierto negocio por las afueras mientras su mujer sonreía a Franco. Era medio zamba, pero muy buena de cuerpo, y el lunar que lucía cerca de los labios carnosos, bastaba a disimular la chateza[48] de su nariz. Vestía de bata, calzaba babuchas de cocuiza y el cabello rizoso y ungido con aceite de Isora le caía suelto en la espalda. Desde luego Franco apeteció la mujer.

—Oye, Aurora, ¿te quieres quedar conmigo?

—Pues claro —respondió ella—, pero antes hay que salí de ese hombre.

—Lo voy a mandá a prender.

—Mándalo para Caracas —le insinuó ella.

—Poco a poco, mi alma, primero hay que consultá.

Meditó un instante. Luego llamó al asistente que aguardaba en la puerta y le ordenó que fuera al cuartel a trasmitir la orden de prender a Recado.

Franco y Aurora se encontraron solos. Él la tomó en los brazos y se dirigió al lecho.

Dormía Miguel Franco en los brazos de Aurora, dormía el pueblo bajo las miríadas de estrellas y hasta los árboles mismos parecían dormir, tal era la quietud y sosiego de aquella noche cuando la patrulla enviada por Franco se tropezó con Recado en una encrucijada.

—Está preso —le gritó el jefe.

—Caraj..., en la que he caído —respondió el coronel sacando el revólver—. Yo no me rindo..., cójanme si pueden.

Cayó un soldado. El tiro repercutió en el pueblo. Los demás se abalanzaron sobre el coronel, quien hirió a otro. Luego le quitaron el arma; le amarraron.

—Ese canalla, cobarde, sí que lo es —rugió el prisionero.

—Cállese, mi coronel, que usted va preso —repitió el jefe de la ronda.

Al amanecer se presentó Franco en el cuartel donde ya su rival estaba seguro. Le dieron parte:

—Un soldado muerto y otro herido.

Franco se rascó la cabeza. Aquello le parecía grave. Ordenó encerrar a Recado y que el soldado muerto desapareciera cuanto antes bajo tres metros de tierra. Por último amenazó con azotes al que hablara del suceso. Desde entonces Franco se entregó al amor de Aurora y comenzó a enflaquecer.

Capítulo IV

Franco rinde su espada

—¿Qué hay? —preguntó Recado al cabo que le servía el rancho.

—Coronel, esta noche, dice el teniente.

—¿No se sabe de Franco?

—No, mañana debe venir a cobrar las raciones. Usted sabe que no las paga completas.

—Entonces, a las 11.

A esa hora le quitaron a Recado los grillos quien dispuso prender a Franco. Después que la guarnición presentó las armas al antiguo jefe, se dispararon dos descargas en señal de júbilo. Por las calles del pueblo se oyó un tropel. Los vecinos se asomaban a los postigos y enseguida los cerraban. Las puertas eran atrancadas.

Por instinto comprendió Franco lo que estaba sucediendo, vistióse a prisa sin hacer caso de Aurora, que sudorosa aún le suplicaba la llevase consigo. Ciñóse la faja repleta de oro que no abandonaba, y sin despegar los labios saltó por el corral y tomó el monte.

De la ciudad llegaba un rumor. Franco se orientó. Anduvo un tiempo entre zanjas y tierras quebradas. La Cruz del Sur esparcía en el cielo fulgores rosados. Unos arrieros que halló al acaso le cedieron a la fuerza una bestia: una yegua jovera,[49] andadora y flaca.

El animal se resistía a correr, se paraba, trotaba con grandes ansias, caía a veces con el vientre herido. Miguel la azotaba, la

maldecía; rendida al fin, entregó al jinete a la aventura del camino. Allí le halló el alba.

Toda la noche en el cuartel festejaron el suceso. A la voz de Recado –«Aguardiente para estos muchachos»– se encendió la alegría. El vencedor quiso celebrar la victoria de otro modo, se dirigió a casa de Aurora. Ésta permanecía en el lecho revuelto, casi desnuda. Sus pechos morenos se agitaban sacudidos por el sollozo cautivo. Al ver a Recado lanzó un grito. Luego ensayó una sonrisa. Ya Recado le había enlazado el cuello, ya la acariciaba consolándola.

—Ese Franco odioso que me perseguía, ¿lo cogiste?

—No —respondió Recado abrazándola—. Si ha huido como un cobarde.

Franco continuó la fuga a pie. Antes volvió la vista a la ciudad donde quedaba su fortuna. Pero tuvo que detenerse en Santa Lucía. Sus pies estaban hinchados, su cuerpo molido. Perdió tres días.

Ahora iba en un caballo fuerte. Había abandonado las botas traidoras que le robaban su fuerza y cabalgaba a grandes jornadas. Ya vio el Ávila, ya aparecieron a sus ojos las apretujadas techumbres, ya el camino hace un declive suave para entrar en la ciudad.

Otro galope se oye; otro jinete desemboca de pronto y se cruza con Franco. Se detienen:

—¡Gadea!

—Te iba a buscar —Gadea tiene en su semblante una gran alegría—. Estás preso, orden del general Monagas.

—¿Yo preso? —exclama Franco casi insensible y jadeante.

—Sí; ya se saben todas tus marrullerías de Ocumare. Recado escribió. Si no te hubiera hallado, yo sería el pagador. El general está resuelto a castigarte.

—Y eres tú —dijo Franco.

—Sí, vale. Al fin y al cabo no eres el único que entra en Caracas de este modo. Son muchos los chivatos que han entrado peor que tú.

—Sí, pero yo no soy chivato, hombre.

—Lo eres a tu modo. ¿Me pagaste acaso las raciones convenidas? Apéate.

Hizo un movimiento para hablar; pero obedeció enseguida. En camisa, pues se había despojado del dolmán para aliviarse del calor, negro de polvo y cabizbajo, Miguel se apeó del corcel de batalla bajo la risa sardónica de Gadea que procedió a desarmarlo.

Una hora después ingresaba en la cárcel. Tales fueron los primeros servicios que Miguel Franco prestó a la República, servicios que sus herederos, años más tarde, enumeraron ante el Congreso para obtener una pensión.[50]

LIBRO VI

ROMÁNTICAS CRINOLINAS, CHAPINES DE SEDA Y ENCAJES...

Capítulo I

Grita de nuevo el amor

Fecha memorable para Miguel Franco fue el día en que Pantoja decidió presentarle a doña Amelia.

Distinguíase doña Amelia por sus costumbres y su vida dedicada por entero a las conspiraciones y manejos políticos y a las historias galantes. A orgullo tenía doña Amelia que ninguna de estas cosas sucediera sin que ella tomara alguna parte activa. El peligro la tentaba. Lo único que la interesaba era la lucha en cualquier forma, aunque en el fondo tenía lo que llamaba sus ideícas, a saber, el orgullo de casta, la inclinación a los hombres valientes y a los devaneos amorosos fingidos en su fantasía. Doña Amelia era soltera.

Pantoja había logrado la protección de esta dama para fundar un periódico que el tribuno llamó *El Rayo*.[51] Miguel Franco había cumplido ya treinta años. Pero cuando vino a conocimiento de doña Amelia, no era el mismo mozo que un día ciñera espada para conquistar a Teresa. Su rostro antes lleno estaba anguloso, la carie[52] hacía estragos en sus dientes y cojeaba de un pie. Esto se explica porque Franco acababa de salir de la cárcel, donde había residido ocho años.[53] Un consejo de guerra lo condenó por su actuación en Ocumare. El proceso fue secreto y los informes de Recado sustentados por la opinión pública de Ocumare (los padres de familia) hicieron peso tremendo en la balanza de los jueces. La revolución de marzo[54] le liberó. Como

siempre, Franco había tenido suerte. Pantoja le saludó desde las columnas de *El Rayo* como «un mártir del deber, víctima de la tiranía y liberal digno del aprecio de sus conciudadanos».

Este número (el periódico de Pantoja salía dos veces por mes) lo conservan aún los descendientes de Franco. Doña Amelia, enternecida por la historia con que Pantoja presentara a Franco, lo tomó a su protección. Pantoja dijo de Franco cosas patéticas y refirió escenas heroicas. A doña Amelia le pareció que Franco era un héroe real de novelas, y le encareció que se preparara para los nuevos acontecimientos.

Franco respondió con una sonrisa prometedora de grandes cosas, que él siempre estaba preparado, lo cual le elevó de un modo extraordinario en el concepto y la estimación de doña Amelia.

Pantoja refirió luego a Franco crónicas extraordinarias de las cuales era heroína doña Amelia. Entre los actos más notables contábase que había asaltado a caballo con los conspiradores la guardia de San Pablo en el atentado del 49, y que luego había galopado sin que pudieran alcanzarla hasta su hacienda cerca del Ávila. Allí había escondido a varios de sus compañeros, y Pantoja agregó: «parece que entonces tenía un enredo con cierto oficialete, que le sacó dinero».

En esos días Franco estaba con su mentor cerca de la catedral. Era Jueves Santo. Pantoja hablaba como siempre de política; llevaba su levita, la cual era ya de un color decididamente verde, remendada en varias partes, y lucía su solemne y anticuado sombrero de copa; nada de esto obstaba para que el dueño de tan ilustres prendas las llevase con mucha prosopopeya. Hablando del sombrero había dicho a Franco:

—Éste lo compré casa de Fourastié hace diez años.

Pantoja denigraba de todo el mundo, no había en su opinión más que un hombre grande capaz de salvar a la República: él. Hablaba del conflicto con las potencias y del bloqueo, de la prisión de Monagas cuya cabeza iba a pedir en el próximo editorial de *El Rayo*, cuando un granuja acercándose de improviso le asestó un palo por el sombrero hundiéndoselo hasta las orejas.

Mientras Pantoja pugnaba por sacárselo Franco se desternillaba de risa y el osado se alejaba impune. Pantoja prorrumpió en maldiciones y dicterios, lo cual hizo que Franco se enseriara.

Algunos testigos de la escena se reían en las propias barbas de Pantoja, que estaba en el colmo de la indignación.

—¿Ha visto usted mayor atrevimiento señor Franco? —gritó—. A mí, un hombre como yo. ¡No soy para este medio inculto y salvaje!

—Cálmese, señor Pantoja —decía Franco conteniendo la risa—. Decía usted...

Pantoja sin hacer caso daba rienda suelta a su cólera y normalizaba la copa abollada. Unas mujeres que pasaban se santiguaron al oír las violencias de Pantoja que profanaban el día. El héroe de la acción y una turba de compañeros zafábanse de la risa a respetable distancia. En la puerta del templo aparecieron las cruces y los altos ciriales de plata. Pantoja se contuvo. Una nube de incienso elevóse en la calle. Pasaron los acólitos con sotanas rojas. La multitud estaba descubierta.

De pronto Franco se agitó visiblemente.

—¿Qué le pasa, mi amigo? —inquirió Pantoja.

—Nada... Es que...

Pantoja iba a hablar y Franco le detuvo impaciente.

—A la noche nos vemos en San Francisco —y se alejó.

Tras de las cruces iba el estandarte del Santísimo, de moaré blanco bordado en oro; gigantesco brocado que hacía inclinar al que lo conducía, un viejecito calvo que ostentaba sobre la flamante levita las llaves del Sagrario y las insignias de Caballero de Santiago.

Franco, alelado con la aparición, se acercó para verle cerca. Luego tuvo que apartarse. Venían los sacerdotes con albos sobrepellices y cubiertos de piedras preciosas, aguas puras dormidas en la seda de las estolas y capas pluviales.

Pasaban otros pendones rojos, azules, blancos con flecos y motas doradas. Miguel se agregó al cortejo. La multitud se arrodillaba. Ahora pasaba el Cristo descoyuntado en la cruz; las potencias despedían destellos murientes. Las mujeres, envueltas en mantos, suspendían a los hijos. Leprosos e inválidos; mendigos de toda clase se arrastraban junto a Él. Se oía un clamor. Sobre la multitud el Cristo abría sus brazos macerados y llenos de misericordia.

«¡Venid a mí, yo soy la fuente de la salud eterna! ¡Vosotros los afligidos, los miserables, los que lloran, sois los bienaventurados; sois los elegidos de mi reino!»

Los costados del crucifijo se encendían con el sol de la tarde; era una joya sangrienta. Sobre la abigarrada multitud restallaba en el vaivén de la marcha el sonido de las lágrimas de cristal colgadas en las briseras que rodeaban la mesa del Señor. El incienso sahumaba el trayecto. Las gentes se precipitaban a recoger los haces de manzanilla, las hojas de pesgua y angelonia que regaban los acólitos. De las ventanas iluminadas, exornadas con palmas y banderolas, arrojaban rosas de Alejandría, petunias y azaleas... En los balcones colgaban cortinas y paños de terciopelo. En todas partes asomábanse damas vestidas de luto, tocadas con mantillas de encajes. Cabrilleaban las sedas de sus sayas bordadas de lentejuelas negras. En algunas partes, blancas viejecitas tendían los brazos al Cristo agonizante.

Franco miraba ansioso a todos lados y no apartaba la vista del estandarte que abría el desfile. El cortejo se extendía a todo lo largo de la calle. Las altas capuchas de los cofrades y de los nazarenos sobresalían en la muchedumbre. Viejas encorvadas clamaban: «¡Jesús, Jesús!». Unas agitaban sus rosarios, otras humillaban los rostros. Un gemido de cristal rozaba el aire. Los ciriales doblaron la esquina. El Cristo parecía pronto a verter sobre la multitud un soplo de ternura embriagador.

«¡Pueblo mío...! ¿Qué te he hecho...? ¿Por qué lloras...? ¿Por qué estás contristado?»

Detrás iba la Virgen Dolorosa; largo el manto negro sembrado de estrellas; el pecho atravesado con siete espadas cuyos diamantes centelleaban; la faz sollozante; inclinada ante la luna de oro macizo clavada a sus pies. El palio del trono agitaba sus campanitas de plata.

Franco volvía los ojos al Cristo. Una emoción de fe y amor resplandecía en su rostro. Iba a pasar ante la casa de Teresa.

«¡Dámela, Señor...! Hazme su esclavo... ¡Déjame morir luego!»

Allí estaba. Movíanse sus labios silenciosos; entornaba los párpados; apoyaba sus manos en el alféizar donde se asomaban muchas damas. Tapices que representaban al Cordero dormido entre resplandores pendían en los muros de la casa de don Gaspar. El crucifijo llegaba a la puerta. Teresa y las damas que oraban con ella se santiguaron. De los ventanales cayó una lluvia de flores. En el extremo de la calle resonaron los acentos del Miserere.

Miguel se detuvo a contemplarla. Estaba más hermosa. Bajo las negras galas acentuábase la ternura de su rostro que ya palidecía... Estaba más alta y esbelta. Miguel Franco cruzó los brazos. Sentía ansias de gritar, de caer arrodillado ante su Virgen. Nueve años hacía que se había ocultado su estrella.

Los cirios dejaban de ser blancos y despedían áureos reflejos. En toda la calle dilatábase su vasto llamear. Las sombras caían sobre la frente desgarrada del Cristo. En el Este surgía el plenilunio. Era otra joya suscitada por el brazo del Crucificado en el cielo azul oscuro, sobre la línea pura de los cerros extáticos...

Capítulo II

Los albizuri

El verdadero apellido de Ignacio y Teresa Montenegro era Albizuri. Su padre don Francisco de Albizuri y Casa-Torre, Mariscal de los Reales Ejércitos de Su Majestad, casó con una hija de don Gaspar. Éste, contristado con la próxima extinción de su nombre, pues su único hijo había muerto adolescente en Ayacucho, rogó a Ignacio que tomara su nombre, para cuando él muriera no desapareciera del mundo. Ignacio le otorgó esa manifestación filial lo cual fue uno de los regocijos del abuelo en su vejez. Por Montenegro le conocían todos.

Don Gaspar se había instalado definitivamente en Caracas. Y como era hidalgo y rico, su amistad la frecuentaban todos los prohombres de la época, ganosos de atraerle cada quien a su partido. En el salón de don Gaspar se codeaban miembros de los distintos partidos contendores. Esta incomprensible tolerancia de Montenegro debíase a un deseo muy original en su rancio entendimiento. Montenegro quería aturdirse para olvidar.

Su casa parecía la de un alto funcionario. En el zaguán, donde siempre ardía una lámpara ante el nicho de la Virgen, se alineaban los pobres que a diario recibían limosnas. Y de noche, discurrían por los salones muchos personajes; discutían gravemente los problemas de la actualidad repantigados en grandes sillones, a la luz solemne de las bujías consumidas en arañas de cristal. Pendían éstas en los desnudos estucos de grandes rosas de oro...

Las nuevas ideas políticas de don Gaspar provenían de cierta interpelación que le había decidido. Un conservador linajudo habíale dicho:

—Usted, don Gaspar, debe ser de los nuestros... Un hombre como usted tiene el deber de no estarse indiferente en estos gravísimos momentos.

Don Gaspar se dejó convencer, tanto más que todo el mundo le tenía por conservador y de los más firmes. Puso nombre y fortuna a disposición de su partido, y con la vehemencia que siempre caracterizó sus ideas, se dio a la tarea de hacer algo por aquel partido cuyo nombre se avenía tan bien con su carácter y opiniones.[55] Pero no era tan fácil convencer a don Gaspar. El móvil principal de su nuevo credo era Ignacio, quien daba muestras de poseer los principios más radicales, calificados por el abuelo de ultra demagogia.

Por lo demás, don Gaspar vivía en 1780.[56] Su larga vida azotada por crueles desgracias era un anacronismo en aquellos tiempos. Las ideas del nieto recién graduado en Letras comenzaban a espantarle. Don Gaspar creía que el mundo iba a dislocarse y que sólo la unión estrecha de los hombres rectos podía salvarle.

Eran graciosas las discusiones de sobremesa en las cuales Ignacio fogoso y ardiente exponía sus planes para el porvenir, mientras el abuelo movía la cabeza con inquietud.

—Has heredado a tu tío Pedro —díjole una vez.

—Sí, a mi tío Pedro, que murió gloriosamente en Ayacucho.

—No habría sucedido nada de esto, nada de esto.

El día que Ignacio le habló de la repartición de las tierras, don Gaspar puso el grito en el cielo y estuvo a punto de morirse. Dos días permaneció en la cama. Estaba visto que don Gaspar no gozaría nunca de la paz doméstica. Luego dijo que iba a cortar la hidra por su base y se hizo más adepto a los godos. Aunque éstos tampoco estaban muy acreditados con él. Para don Gaspar, ellos iban en camino del arrepentimiento pues habían dado con sus actos revolucionarios la señal del desbarajuste. Creía que su situación era consecuencia de aquéllos, y no extrañaba que tuvieran un castigo y una lección, y que uno y otra lo hallarían en su propia culpa.

En aquel ambiente mustiábase Teresa. Vivía ahora bajo la dirección de su tía-abuela, doña Mariana, una viejecita hermana de don Gaspar que agostaba sus últimos días en la penumbra del oratorio y a la sombra de los templos. Pancha había muerto tres años antes en Aragua.

A los consejos de doña Mariana debía Teresa aquel proyecto de ingresar en el convento de las Concepciones, a cuya fundación contribuyera una de sus abuelas, que siempre lo protegieron. El confesor de doña Mariana, el padre Remigio, franciscano de rostro ascético y barbas de nieve, la preparaba. Por eso, rara vez se la veía en la tertulia de don Gaspar.

Su vida limitábase a cultivar flores para los altares, y como vestal celosa, a mantener la llama de aceite ante los retablos renegridos y barrocos que había en su casa. Bordaba unas veces, hilaba otras, y otras sentábase ante el viejo clavicordio, y allí la música, los sueños o sus recuerdos apresuraban su pecho, le entornaban los ojos y hacían que por su boca entreabierta se escapara el alma ingenua y tierna de los deseos. Ignacio nunca se pudo explicar aquella reclusión. Un día le dijo:

—¿Qué nombre vas a tomar en el convento?

—El de María Inmaculada.

—Pero, ¿es de verdad eso?

—Muy de verdad, Ignacio. Cuando termine de bordar este paño me acompañarás al convento.

—Oh, mi Santa Teresa —exclamó Ignacio haciéndole caricias—, si tú quisieras concederme una cosa...

Ella le miró sorprendida y riéndose encantada de oírse llamar como la doctora de su nombre:

—Te lo concedo —le dijo—, pero ¿qué misterios traes hoy, hombre de Dios?

—Te necesito, Teresa; necesito que permanezcas a mi lado para realizar un proyecto... Quizá tenga que hacer un viaje y no es bueno que papá se quede solo...

—¿Por qué no lo habías dicho antes? —preguntó Teresa.

—No sabía tus intenciones..., además es un secreto que te recomiendo guardar.

—El caso es que fray Remigio me tiene señalado el tiempo de mi preparación.

—No, no hay fray que valga... Esos conventos los vamos a echar abajo nosotros... ¿Y valgo yo menos que un cura?

Teresa le miró asustada y luego sonrió:

—Qué loco eres.

—Dime que sí, te voy a dar una sorpresa, es que necesito de ti, hermanita.

—Mañana te digo. Lo voy a pensar esta noche.

Otras cosas le dijo al oído y después de besarla se despidió. Al terminar de comer dijo a don Gaspar que cenaba en su cuarto.

—Abuelo, vas a cumplir ochenta años.

—Sí, ya llega el fin.

—Vamos a celebrar eso. ¡Hace tanto tiempo que en la casa de Montenegro no se da una fiesta! ¡Ni cuando mi grado...!

—Sí ¡hace tantos años! Pero, hijo, ¿es que quieres celebrar mi vuelta a la tierra?

—Te diré con franqueza: quiero distraer a Teresa.

Don Gaspar se inclinó. Veía poco y cuando hablaba acercaba el rostro a su interlocutor. Con voz débil preguntó:

—¿Está enferma?

—No, triste. Sabes que va a meterse a monja.

—Ah, ah; ya no me acordaba... Si tú supieras..., Teresa...

El anciano cerró los ojos y recostóse en su sillón.

—¿Qué dices? —preguntó Ignacio.

Don Gaspar como si nada oyera se inclinó de nuevo e hizo que sonreía.

—No, nada..., es que se me van las ideas... ¿Y qué clase de fiesta quieres?

Ignacio vaciló. Luego con resolución:

—Un baile, papá. —El abuelo sonrió enteramente.

—¡Ah, un baile...! Era la pasión de mis años mozos...

Meditó un instante. Ignacio estaba pendiente de sus labios. El anciano parecía recordar los días lejanos.

—Bueno, demos la fiesta.

Ignacio demostró un gran contento del que pareció contagiarse don Gaspar. Enseguida el anciano se puso a referirle al mozo los bailes y las danzas de su tiempo.

En la tarde siguiente Ignacio fue a darle la noticia a Teresa. Estaba ella sentada al piano en un aposento interior de la casa. Tocaba *La sonámbula*.[57] Cuando Ignacio dijo su sorpresa, Teresa

entusiasmada le indicó que se callara señalándole el cuarto inmediato. Fueron ambos, levantaron la cortina con prudencia y apareció doña Mariana sentada en el centro de la estancia alumbrada apenas. Pasaba en sus dedos las cuentas del rosario. Un reflejo turbaba la blancura de sus cabellos así rielados de oro. Doña Mariana levantaba los ojos hacia un crucifijo enmarcado en las hojas esculpidas en un retablo. La llama insegura divulgaba tonos rojos sobre las negras maderas y en el pálido cuerpo de la efigie. La silueta de doña Mariana vuelta de espaldas se recortaba en la sombra que invadía los rincones de la estancia.

Volvióse doña Mariana de improviso. Ignacio avanzó hasta ella.

—Me has asustado —díjole con enojo.

Saludóla Ignacio y le comunicó la noticia estupenda. Doña Mariana levantóse las gafas y advirtió la presencia de Teresa.

—¿Pero Gaspar se ha vuelto loco? Entonces habrá que llevar a Teresa cuanto antes. Teresa no puede asistir a esas cosas.

Ignacio sin hacer caso de las protestas de doña Mariana tomó por un brazo a Teresa y se alejó murmurando:

—Después discutiremos; pero sí asiste.

Capítulo III

El pasado

Por más que hiciera Ignacio nada se pudo decidir hasta obtener el permiso de fray Remigio. Éste aconsejó en favor porque así se sometería a prueba la vocación de Teresa. Aunque Ignacio había asegurado que en caso de una negativa arrastraría al fraile por las barbas y Teresa no iría a la clausura.

Comenzaron entonces los preparativos. Las invitaciones constituyeron uno de los problemas más difíciles. Don Gaspar inflexible tachaba las listas de nombres que Ignacio le presentaba. Unos eran demagogos (desde que don Gaspar se decidió por un partido había cesado su tolerancia), otros no tenían la ascendencia bastante limpia, quienes debían su riqueza a las cabezas españolas cortadas en la Guerra a Muerte, quienes habían manchado sus manos con robos en la Hacienda Pública.[58]

Muy pocos resistieron al análisis de don Gaspar. Ignacio intercedía por unos, rogaba por otros y nunca se llegaba a un acuerdo. Don Gaspar acabó por decir que de buena gana no asistiría sino él solo para sentarse ante los retratos de sus abuelos.

—Pues baila con tu sombra —repuso Ignacio.

Al fin don Gaspar aceptó una lista definitiva hecha con fragmentos de las demás y fijó el baile para el quince de agosto, día de su cumpleaños.

Teresa comenzó a revisar las galas y joyas de familia y a combinar otras nuevas. Los pesados armarios de caoba, las cómodas de palosanto, los arcones de roble y los cofres blasonados devolvieron sus tesoros donde el oro antiguo ponía tonos

muertos entre las sedas y pedrerías. Encajes amarillentos, terciopelos bordados, olas de gasa confundidas con las blondas deslucidas amontonábanse en los vastos aposentos, pues Teresa estaba deseosa de hallar en aquella riqueza algo notable, y quería inspirarse en las suntuosidades que lucieran otras Montenegro en las fiestas de la corte y en las funciones de la Colonia.

Todas guardaban un recuerdo. Éstas estuvieron en la proclamación de Carlos III llevadas por su abuela doña María Josefa; estótras iluminaron las galanterías del conde de Ségur;[59] aquéllas cautivaron a Morillo el Pacificador, el día que le fueron ofrecidas para el tesoro del Real Ejército, oferta que rechazó con hidalguía; éstas escanciaron sus colores en las bodas de diez generaciones. Don Gaspar se las hacía llevar todas y con su memoria extraordinaria y su sabiduría en todo lo que atañera a la gloria de familia enumeraba con experta seguridad los méritos de aquella exhumación preciosa:

—A las tertulias del marqués Del Toro, en Anauco, mi esposa llevaba esos ópalos; en las reuniones de San Lázaro, mi abuela lucía estos camafeos de ágata; estos corales pertenecieron a un cacique que se los regaló a mi abuelo el conquistador; en la recepción de Vasconcelos,[60] Petrona deslumbró con estas perlas; estos pectorales fueron de mi tío obispo *in partibus* de Indias; estas esmeraldas las regaló mi yerno el mariscal a mi hija Teresa el día de sus desposorios en Puerto Rico.

Ignacio y Teresa escuchaban con devota atención aquellas noticias sobre las joyas que encerraban la historia de la familia Montenegro. Teresa no descansaba. La idea de la fiesta parecía embriagarla de dicha; la fascinaba, la hacía sonreír como antaño, y el febril ajetreo tornaba a sus pálidas mejillas, a su rostro hechicero, el carmín que las penas apagaran. No cesaba de acariciar aquellas joyas historiadas, aquellas encantadas piedras sangrientas y opacas, soñadoras y crueles, de formas distintas, de engarces rameados, de cinceladuras finísimas. Veía los topacios engastados en viejos anillos, las esmeraldas redondas y extrañas palidecidas como uvas junto al múrice vivo de las piedras rojas; los largos pendientes que despedían destellos como el agua dispersa sobre la yerba; las hojas guarnecidas de diamantillos, las rameadas preseas de oro, las medallas, los macizos prendedores, relicarios de cabellos, orlados de pedrería.

Las ensayaba en su cuello, las ceñía a sus hombros, veía cómo sentaban a su carne las turquesas que llevan fortuna, los amuletos de azabaches que protegen de los maleficios, el color beato de las amatistas cautivas en plata infanzona y los jacintos, y las piedras de luna. Tantas eran las joyas atesoradas en varios siglos de opulencia, que don Gaspar contemplándolas entre las urnas revueltas exclamó:

—Todo fue salvado.

Había perlas para bordar un brocado; perlas moribundas y acongojadas; perlas muertas, y conchas irisadas, y escudos repujados en sortijas, y camafeos de piedras raras como un sello que cerrara historias de secretos misterios. Entre ellas encontró Teresa un anillo con las iniciales I.L. Su mano tembló como si la joya tuviera un poder o hechizo antiguo. Aquel anillo era seguramente de doña Inés López de Montenegro, la abuela que vistiera de luto por un agravio. Quiso arrojarlo con repugnancia; pero se detuvo indecisa, y a poco el anillo brillaba entre sus dedos.[61]

Capítulo IV

La covachuela de Pantoja

El tribuno popular tenía su oficina donde no podía menos que tenerla, quien como él preciábase de ser un insigne legista: en la calle de las Leyes Patrias, es decir, a dos cuadras del convento de las Concepciones y tres de la Plaza Mayor.

Era al parecer un cuartucho, pero si se entraba veíase una sala espaciosa seguida de otra más grande en la que estaba instalada la imprenta. Un tabique de lona forrado en papel amparaba a Pantoja de miradas indiscretas. En la puerta leíase este aviso: «*El Rayo*, periódico liberal». Dentro, cerca del tabique, sobre una mesa coja apoyaba sus manos el «defensor del pueblo», escribía o meditaba. En las paredes sucias leíanse máximas rotundas, condiciones de anuncios y grabados de periódicos. El pavimento de ladrillos estaba hecho pedazos, y dividido por dos escalones, el salón de la imprenta: una prensa pequeña y desvencijada que ostentaba muchas ligaduras y una caja de tipos. Cuando la prensa funcionaba Pantoja comenzaba a pasearse hablando del siglo del vapor y de las luces y de la imprenta que llamaba el ariete de los pueblos.

Este recinto era además habitación de Miguel Franco, quien dormía allí, doblaba los números de *El Rayo* y cuidaba el taller hasta que llegase Pantoja. Entonces el tribuno se quitaba los puños, los ponía sobre la mesa y comenzaba su labor.

Aquel día el editorial de Pantoja versaba sobre el cuidado que deben tener los gobiernos al elegir para los cargos delicados hombres verdaderamente patriotas. Como de costumbre se lo leyó

a Franco. En las pausas, Pantoja levantaba los ojos para clavarlos en su oyente. Cuando largaba alguna frase fuerte, Pantoja dejaba escapar aquella risita suya que a menudo le hacía lucir sus dientes falsos. Al terminar la lectura Pantoja se frotaba las manos de gusto.

—Vamos a ver cómo cae en la casa de gobierno mi editorial de hoy.

Todo el día llegaban contertulios. En la mañana iban poetas y en la tarde políticos, y entre lecturas de poesía y discusiones arduas, Pantoja componía un discurso para algún parroquiano que le daba en cambio diez reales o escribía una carta por cuatro o enviaba de su puño y letra y con su firma un panegírico a cualquier señor, lo que más de una vez le valió pingües resultados en comparación con sus tarifas. En cierta ocasión Pantoja llevó su saber y habilidad hasta inventar un árbol genealógico para un tendero cuya hija, prendada de un señorito que decíase muy noble, tenía la impedimenta de no saberlo. El tendero, que era rico y muy envanecido con este enlace de su hija, regaló a Pantoja una nueva levita, lo cual puso al tribuno en el colmo de sus prosperidades.

En estos oficios un tanto incompatibles con su dignidad esperaba el tribuno el momento de ser electo por el pueblo, o que el gobierno le llamara para aprovechar sus luces, o bien que se presentara un buen negocio político para lograr esto, y Franco, no menos impaciente, aguardaba ese instante para mostrar de nuevo su ánimo esforzado, ceñirse la espada y vestir el uniforme.

Ese día, ya estaba *El Rayo* en la calle con el famoso editorial y la tertulia era más numerosa cuando Pantoja fue llamado con urgencia a casa de doña Amelia Toro. Franco estaba presente y en la ausencia de Pantoja hablaron de todo lo que ocurría en la ciudad, y salió a cuento el baile que a la noche siguiente iba a darse en la casa de los Montenegro. Estos comentarios despertaron naturalmente el interés de Franco, que otra vez venía con el ánimo asaltado por la antigua pasión.

Pantoja le halló solo a mediodía y en sombría actitud, pero no reparó en ello. Traía el tribuno la cara más risueña del mundo. Golpeó con su bastón en la mesa donde Franco pensaba y acercándose a él le dijo en tono misterioso, casi al oído:

—Compañero, una gran noticia..., prepárese, que ahora sí es verdad.

—¿Qué, qué? —preguntó Franco irguiéndose malhumorado.

—Falcón va a desembarcar en La Guaira apoyado por los franceses e ingleses del bloqueo y esta noche mandamos al demonio a toda la pandilla.

—¿Y qué hay que hacer? —interrogó Franco que nada comprendía.

—Pues nada más que irse a reunir con él a La Guaira. Esta noche se van los conjurados. Se necesitan hombres... Doña Amelia te manda sus felicitaciones.

Franco ya comprendía.

—¿Y tú no vas?

—Yo, mi carácter civil y mis condiciones no me lo permiten. Ahora tú tienes ahí un porvenir, eres hombre de espada.

—Pues iré... Si esto resultara —agregó llevándose la mano al rostro como si meditara.

—No hay que ser pesimista... Ahora sí creo yo conseguir el puesto a que me dan derecho mis aptitudes... y tú...

—Bueno —le interrumpió Franco cobrando ánimo—, y ¿a dónde voy?

—Al camino de La Guaira, por la Puerta de Caracas... Te digo que estás en lista, pues doña Amelia no se olvidó de ti. En el camino te agregarás a los demás compañeros.

—A las diez de la noche estoy allí.

—Bueno, entonces nada tengo que decirte. Ahora me voy porque tengo que llenar otras comisiones... Te repito que esto sí es seguro porque está apoyado por los barcos de guerra extranjeros...[62] Mañana a estas horas quizás tengamos entrada triunfal...

Dicho esto, Pantoja tomó su gran sombrero de copa y salió de nuevo. Franco hundió la cabeza entre los brazos.

Capítulo V

El baile en la casa de los Montenegro

Entrada la noche, Miguel Franco se embozó en su cobija y salió con paso resuelto en dirección del camino de La Guaira. Apenas si se veía en la calle. La mucha niebla velaba los faroles prendidos a trechos. Del cielo color de sueño descendía aquel resplandor fugaz que ayudaba a dispersar las sombras; así dejábanse entrever las siluetas de los pocos transeúntes y los tejados chatos y negruzcos protegidos por los aleros que extendían sus adornos semejantes a largas cazapas.[63]

Subía Franco hacia el puente de la Trinidad. De un ancho portón salió un grupo de mujeres descotadas. Franco aspiró con delicia el perfume que exhalaban. Dio unos pasos más y se detuvo. Siguió con la vista a las mujeres acompañadas de un caballero y del criado que llevaba un farol. Vaciló. Vio hacia el Ávila. La sierra se recortaba negra y confusa tras del cuartel San Carlos. Nada, a no ser las pocas estrellas asomadas en la cumbre, advertíase allá donde según Pantoja le esperaba la fortuna. Al fin se encogió de hombros.

—Qué diablos —dijo.

Se devolvió. Dobló la esquina para evitar un encuentro con Pantoja. De pronto una claridad sonrió en la noche, inundó la calle. Salía la luna. De los tapiados jardines emanaban olores de resedá y damas de noche. Ruinas solitarias destacábanse aquí y allá coronadas de yedra y los altos paredones tocábanse de una blancura inefable. Una que otra sombra, una que otra luz iba errante por los corrales enmontados.

Detúvose otra vez en la esquina de los Canónigos para ganar tiempo. Dieron las nueve. En las torres comenzó a vibrar el toque de ánimas. La ciudad parecía encogerse angustiada con este clamor de bronce que le palpitaba en las entrañas. Doblaban las sonoras campanas de la catedral, las rotas y agudas de la Trinidad, las voces graves del convento de San Francisco, las afónicas de San Pablo, las argentinas de Altagracia, y las de otras iglesias y ermitas lejanas golpeaban también en los términos de la ciudad con su lento son de agonía.

Comenzaron a cerrar los portones, los tiraban con estrépito, gemían sus goznes; dilatábanse al través de las callejas las sacudidas de los aldabones y los chirridos de las viejas cerraduras como si un asalto se efectuara o como si una legión de duendes cabalgara sobre la ciudad.

Miguel siguió hasta la esquina del Abanico, luego comenzó a subir hasta la torre. En las esquinas brillaban las hornacinas; las lámparas de los nichos temblaban como turbias gotas de agua. En tanto, las largas campanadas espantaban el silencio. Se saludaban una y otra, uníanse en el eco que las abatía lejos como un llanto nocturno.

Algunos viajeros entraban a la ciudad. Las herraduras de los caballos hacían saltar chispas en el empedrado de la calle. Llegó Miguel a la plaza central y dobló la cobija. Por el centro avanzaba un cortejo con hachones que derramaban una luz rojiza sobre el grupo fantástico. Unas voces entonaban el *De Profundis*. Al resplandor de las antorchas se distinguían los rostros barbudos, las cabezas descubiertas y la caja cubierta por un paño fúnebre. Era un entierro.

Miguel apartó la vista de aquel espectáculo y continuó su marcha hacia el Oeste. Ante las ventanas iluminadas con alarde se estacionaba la multitud. Se perdió en ella. Llegó hasta los balaustres de las rejas. Por los salones discurrían las mujeres. Los abanicos tejían un vuelo pausado del seno a los labios y a la luz de los candiles ondeaban los colores.

En un sillón de terciopelo don Gaspar sonreía a sus invitados. Señores de aspecto grave le rodeaban. En el patio, en la ceiba y los pinos vetustos ardían los antiguos fanales y el follaje oscuro se bruñía de tonos cobrizos. En los corredores las negras esparcían esperma y las damas sentadas en bancos labrados como

sillares reían agitando sus abanicos de plumas. Los semblantes de las señoras parecían mandatos de austeridad y recato.

Pronto se conmovió la barra y dio paso a una litera de la cual descendió una dama de alta estatura, más alta de lo que era por el peinado que ostentaba. Luego dos negras corrieron junto a ella ofreciéndole una palangana de plata y una toalla. Mojó sus dedos, y en esta ceremonia se detuvo ante la barra asombrada, que a poco oyó nombrar a doña Carmelita Mier y Terán. Otros nombres ilustres también se escuchaban. En los salones resplandecientes crecía la animación. Ardían las arañas monumentales sujetas en los estucos por rosas doradas; sobre las cónsolas realzadas con labores de filigrana los candelabros de cristal reflejaban sus bujías en los espejos de anchos marcos... Óleos antiguos que representaban señores empelucados y damas de la Colonia pendían de los muros tapizados.

Miguel alcanzó a ver a Teresa cerca de un rincón rodeada de galanes que se inclinaban. Demostraba la coquetería de parecer turbada. Vestía un traje rosa velado de encajes. Trenzados bucles le rozaban la nuca, y los cabellos recogidos así desnudaban su frente pura, aumentaban su gracia, hacían más fino su perfil. Llevaba en el pecho dos ramitos de heliotropos y rámeos de flores menudas le sembraban el traje. Lucía largos pendientes. Las mangas vaporosas y cortas descubrían por entero el encanto de sus brazos. Del talle ajustado salían otros vuelos, luego se abombaba la falda que descendía hasta el estrado y el ruedo descubría apenas las puntas de sus blancos chapines. Ocultaba la sonrisa tras un ligero abanico también de encajes.

Alguien la tomó del brazo, la pareja abandonó el salón y se perdió en la multitud. Mordióse Franco los labios y sus manos estrujaron los balaustres. Siguió anhelante el rastro de la amada perdida en el vaivén de las gentes. Éstas tenían tal sello de gravedad y se miraban unos a otros con tal recelo, que bien se echaba de ver que los que allí estaban antes de acudir al sarao habían examinado e inquirido cuidadosamente el nombre de todos los invitados.

Ante los ojos de Franco pasaba un ostentoso desfile de mujeres luciendo castos desnudos y caprichosos peinados. Sus largas colas barrían los pulidos pavimentos. Los hombres se inclinaban con gran ceremonia. Allá divisó Franco a doña Amelia Toro. Parecía muy nerviosa. Por primera vez se acordó de la aventura

del Ávila; pero luego hubo de olvidar otra vez su compromiso, pendiente de Teresa y de la barra donde se hablaba de todo, se lanzaban piropos y estallaban risotadas.

Comenzaba un rigodón. Franco ya no pudo distinguir sino el confuso movimiento de la danza. Teresa no aparecía por ninguna parte. Un vapor ligerísimo velaba el aire y envolvía las guirnaldas que el viento de la noche mecía en los arcos del patio. Flotaban los encajes, los vuelos y ruedos de las crinolinas agobiadas de cintas y los vistosos penachos de plumas. Un fulgor perdido surgía aquí y allá de algún corpiño bordado, de alguna sortija o de los medallones prendidos en los descotes. Así miraba Franco con ojos codiciosos y torvos el baile de don Gaspar.

La barra se había reducido. Escasos grupos permanecían ante las rejas. De súbito agitáronse. Unos corrieron. Se oyeron varios gritos de alarma. Franco corrió también, corrió dos cuadras. Comenzaba a lloviznar. Jadeante, desplegó la cobija. Apenas si los ecos moribundos de la música llegaban hasta él. Un galope de caballería se escuchó en la calle, se alejó luego. Preguntó a uno que pasaba a prisa:

—¿Qué pasa, compañero?

—Parece que se han alzado en Galipán[64] —respondió el transeúnte.

—¡Un alzamiento! —repitió Franco espeluznado y haciéndose el desentendido.

El desconocido no respondió nada. Franco quiso ponerse al paso, pero el otro se metió en una casa y con brusca manera tiró el portón en las narices de Miguel.

Capítulo VI

De lo que pasó a Miguel Franco mientras se ponía a salvo

Durante varias horas vagó por las calles. ¿Qué haría? A juzgar por las apariencias el golpe había fracasado. Temía presentarse ante Pantoja porque éste descubriría su ardid. Se tropezó con varias patrullas. Franco se guarecía en las puertas, pegábase cuanto podía a la pared. A cada paso se imaginaba que iban a prenderle.

Bien embozado se decidió al fin a tentar su suerte. Se dirigió a la oficina de *El Rayo*. Amanecía. Ya las torres habían tocado el Ángelus. Al llegar a la esquina de Sociedad, Franco tuvo un encuentro que le heló la sangre. Entre dos gendarmes reconoció a Pantoja, conducido casi a empujones. El tribuno se resistía. Miguel Franco ignoraba lo que le estaba sucediendo. No sabía si andaba o si el terror le había paralizado los miembros. Estuvo a punto de romperse la cabeza con una ventana.

Pantoja decía a grandes voces:

—Haré valer mis derechos de ciudadano... Les digo que el cómplice de la revolución vive allí en mi casa; nada tengo que ver con sus opiniones; es un tal Franco que recogí por caridad...

Los corchetes le arrastraban sin parar mientes en sus denuncias y protestas.

—Ahora buscaremos al otro —prometió uno.

Al oír esta amenaza Miguel no pudo acallar un gemido. La penumbra en que estaba la calle, la mucha bruma, no valieron a ocultarle. Los gendarmes repararon en Franco.

—Es él —gritó Pantoja triunfante.

Se embozó Franco cuanto pudo y echó a correr, corrió hasta la casa de doña Amelia Toro. Pero como los polizontes no podían perseguirle a riesgo de soltar a Pantoja decidieron buscarle después.

Con la muerte en el corazón ganó Franco la casa salvadora. Entre el miedo y el terror un encono inmenso contra Pantoja le dominaba:

—¡Ah, infame, muérgano, si me cogen descubriré todas tus trampas! —exclamó al verse fuera de peligro.[65]

Acababa doña Amelia de regresar. El baile se había concluido con la noche. Permanecía en el corredor de su casa deleitada con la fresca caricia del aire y el canto de los pájaros en el ramaje del patio; estaba aún en traje de baile; pero la luz del día revelaba los deterioros causados por la agitación de la danza. El solimán al humedecerse había pintorreado su rostro que se tornaba blanco y morado. Estaba de pies. Vista así parecía el retrato de una fea duquesa colgado en la pared de un museo.

Franco no se ocupó de tocar. Precipitóse al corredor. Doña Amelia se volvió de mal humor:

—¿Es usted, Franco? —exclamó sorprendida—. ¡Bah, me río de los hombres de hoy!

—Señora —dijo Franco—, todos han caído como ratones, vengo de allá —y señaló hacia el Ávila sepultado bajo la neblina sonrosada.

—¿De modo que Falcón? —preguntó mordiéndose los labios.

—Falcón no ha desembarcao.[66] Señora, con humo no se asan jojotos.

Esta sentencia dicha con aire altanero no desagradó a doña Amelia.

—¿Pero esos miserables qué han hecho?

Franco iba a referir una porción de mentiras, a demostrar los esfuerzos de su valor en la empresa y a decir que mejor estaba libre que preso cuando fuertes pisadas resonaron en el zaguán.

—¿Quién es? —preguntó doña Amelia.

—Venimos —contestó una voz que trataba de ser amable— a registrar esta casa.

—¡A registrar mi casa!

—Sí, señora, aquí está escondido un revolucionario.

La ira de doña Amelia hizo palidecer el solimán de su rostro. Estrujó el pañuelo de batista hasta romperlo. En tanto Franco, demudado e inmóvil, le dirigía una mirada de infinita súplica. Con gesto rápido doña Amelia alzóse las faldas y señaló a Miguel un sitio entre ellas. El perseguido se apresuró a ocuparlo y bien disimulado quedó bajo la armadura de la crinolina. Era tiempo. Sin otro aviso entraron los esbirros. Saludaron cortésmente.

—Pasen ustedes, señores —dijo doña Amelia invitándoles con un ademán despreocupado—. Parece que ya no se respetan los hogares ni se hacen distingos con la gente.

Es preciso detenerse; porque nadie puede decir cómo estaba Miguel Franco en aquellos críticos momentos, ni cuál posición tenía en tan seguro escondite, ni qué olores perturbaban sus narices. A esta sazón y a falta de un verbo capaz de loar tan altos hechos, es necesario clamar una vez más en desagravio de la justicia herida y la grandeza humillada, contra las inconstancias de la Fortuna y las veleidades de la Gloria. Y meditar sobre las contingencias que sufre un grande hombre cuando trata de levantarse hasta los altos honores; cuando guiado por su sino quiere sobreponerse a la mediocre humanidad que le desconoce y le olvida. Pues no otro era a esta sazón el caso de Miguel Franco. Ayer rico, fuerte y dichoso, ayer amado de las mujeres y favorito de un soberano, y ahora, por ironía de la suerte, perseguido, proscrito, humillado, encogido el ánimo y el cuerpo ¡en el estrecho recinto de una crinolina![67]

La vista se vuelve a la escena visible por entero a los ojos mortales. Doña Amelia llena de altanería se calzaba los guantes mientras los sayones invadían la casa. Registraban las cortinas, los sofás, los armarios, el piano de cola y todo cuanto pudiera suponerse útil a un escondrijo. Hasta el lecho de doña Amelia; un lecho alto y doselado de seda floreada fue sometido a la requisa. Pero el furor de doña Amelia subió de pronto pues violaban sus secretos de tocador lo que alcanzaba a ver desde el sitio en que se hallaba por una reja abierta sobre el patio. Los intrusos se detenían asombrados ante la cantidad de afeites que había en el tocador, un mueble gigantesco, cuyo armario inferior, al ser abierto, dejó escapar un polizón[68] gris con sus tiras respectivas.

A punto estuvo doña Amelia, al advertir que uno levantaba en la punta del sable aquel secreto artefacto de coquetería, de

descubrir a Franco. Al menos esto se vio en su ademán, pero afortunadamente para el héroe, los perseguidores ya desistían de su intento.

—No está —exclamó uno.

Los sayones atravesaron el patio donde el agua temblaba olorosa y soñadora, en su lecho de piedras cubierto de rosas deshojadas. Un negro de expresión burlona y boca roja y abultada como una trompa veía con mucha insistencia el ruedo enorme que trazaba en el suelo el vestido de la señora. Doña Amelia comprendió.

—Supongo —dijo— que no querrá usted registrarme, caballero.

Doña Amelia no reparaba en que hablaba a un hombre de alpargatas y blusa de dril.

—No señora, de ninguna manera —afirmó el jefe de la cuadrilla.

El negro insistió con atrevimiento:

—Es que la señora no se mueve. Yo le rogara que diera un paso pa lantico.

—Usted me insulta —exclamó doña Amelia—. De aquí no me hará mover nadie.

El negro murmuraba:

—Con la autoridad no se burla nadie.

El jefe intervino para excusarse. Reconvino con familiaridad al celoso gendarme.

—El hombre se nos ha escapao por ahora —agregó—. Es que un tal Pantoja nos dio seguridades de que estaba aquí. Usted dispense.

Y volviéndose a sus compañeros, sin reparar en la sorpresa de doña Amelia al oír el nombre del delator.

—Vámonos.

—Buenos días, señora —dijeron los otros inclinándose.

—Adiós, caballeros.

Doña Amelia hizo un gesto de trágica en un final de tercer acto. En el zaguán resonaron las voces de los esbirros que concertaban sus pesquisas. La autoridad se alejó. Miguel Franco tardaba en salir, y sólo a instancias de doña Amelia que rompía la circunferencia inviolable, abandonó el tierno refugio. Arreglóse el pelo,

sacudióse las rodillas, por lo que se deduce estaba en actitud de orar y fue a dar gracias a su salvadora. Ésta le interrumpió:

—Está usted pálido, señor Franco. ¿Le va a dar algún desmayo?

—Escóndame, doña Amelia, sálveme—, exclamó Franco entrecortado y gimiente.

Doña Amelia tardó en responder. Hizo un mohín:

—Bueno, si me sirves la mesa.

—¿La mesa...? Como no, todo lo que usted quiera, con tal que no me cojan...

Con la novedad habían acudido las personas del servicio. Doña Amelia llamó a un sirviente y le dio algunas órdenes. Encargó le preparara la yegua para la tarde, pues iba a pasear, con los arneses de plata que eran escándalo y admiración de la ciudad.

Luego dijo a Franco:

—Váyase a la cocina y espere mis órdenes.

Franco obedeció sin tardanza. Entonces doña Amelia se dirigió a su alcoba. La luz matinal sembrada ya en los macizos del patio sus cándidos destellos de joyería.[69]

Capítulo VII

Trata de otros detalles importantes de conocer en esta grande y verídica historia

Ignacio Montenegro se levantó temprano y salió a la calle. Le precisaba ultimar sus asuntos en la ciudad; asuntos que siempre se resolvían en acaloradas disputas con sus antiguos compañeros de la Universidad. Entre éstos distinguíanse Gabriel Lugo y Ernesto Fonticelli por su estrecha amistad con Montenegro. Formaban una inseparable trilogía sustentada por la mancomunidad de ensueños que abrigaban: cataclismos y revoluciones que transformasen el mundo y lo regeneraran.

Pero aquella mañana los negocios de Ignacio debieron apremiarle de verdad. A mediodía regresó a su casa. Estaba muy agitado. Llamó a Teresa y encerróse con ella en una habitación.

—Me voy mañana —le dijo con mucho misterio—, mañana a las cinco. Cuidado que no sospeche nada el abuelo.

—No me lo digas —respondió Teresa—. Tenía ilusiones de verte partir, de imaginarte de uniforme; pero ahora que me lo dices..., mira como estoy.

Teresa mostró sus manos temblorosas. El mancebo la contemplaba dichoso. En aquel instante de calma suprema su rostro de líneas enérgicas, bigote afeitado y patillas cortas y espesas parecía iluminado por una llama interior.

—Eso no es digno de ti —repuso con viveza—. No temas... Cuando vuelva serás feliz y no irás al convento.

Atrajo contra sí a Teresa. Por la reja del cuarto entraba mucha luz. Se oyó un zumbido. Era un tucuso que revoloteaba.

—Si Pancha estuviera viva, cómo estaría, cómo recordaría ahora la fuga de tío Pedro.

—No me entristezcas, Teresa.

Ella le tomó de un brazo. Atravesaron una galería.

—¿Dónde me llevas?

Sin responderle se acercó a un armario donde colgaba un viejo uniforme comido por la polilla. Tenía salpicaduras de sangre.

—Acércate, Ignacio… Mira —dijo mostrando el uniforme—, es el que tenía Pedro al morir en Ayacucho... Como tú él también se marchó una mañana a escondidas..., y no volvió.

Ignacio sonreído se acercó a tomarlo. Teresa se opuso.

—No lo toques, no... Puede deshacerse en tus manos.

Dirigió una mirada al patio soleado. Luego dijo a llorar. Silencio. Ignacio pugnaba por disimular su emoción. Fue brusco.

—¡Pero Teresa, tú que has sido mi confidente, vienes a salir ahora con esas debilidades!

—Es que eres mi único apoyo... No te pongas bravo.

Ignacio arrepentido se puso a consolarla. Teresa acabó por tranquilizarse. Sonó una campanilla y el timbre argentino vibró largamente en la casona.

—Llaman a almorzar, Ignacio.

—Sécate los ojos, que no sepan que has llorado.

Salieron de brazo. Ya don Gaspar estaba a la mesa. Ninguno profirió palabra mientras duró el yantar. Después los hermanos continuaron su plática sigilosa. Cuando comenzó la tarde, Ignacio salió para hacer algunas visitas. Entró en la casa de doña Amelia Toro. Habían pasado varios meses desde que Franco se refugiara allí, mas ningún cambio se había efectuado en la vida del antiguo comandante de milicias. Continuaba atado en aquel duro cautiverio doméstico.

Cuando Ignacio entró barrían la casa y el joven tuvo que saltar sobre un montón de basura en la que abundaban cortezas y huesos de frutas. A éstas era muy aficionada la ilustre dama. No quiso pasar Ignacio a la sala porque la tarde era espléndida. Doña Amelia se lamentó del estado en que la hallaba. Disculpóla Ignacio. Primero hablaron de los chismes que corrían por la ciudad. Doña Amelia abanicándose se inclinaba sobre el joven.

—Qué gracioso, qué gracioso —exclamaba a cada momento.

—¿Y cómo están las cosas, Amelia? ¿Qué tiene de nuevo? —interrogó de pronto el joven.

—Ah, no me diga usted... Desde la noche de «La Galipanada» me fastidio que da gusto... ¡Ah, Ignacio, qué desengaño!

Doña Amelia adoptó una actitud desolada y movió la cabeza. Ignacio rió de buena gana.

—Y yo que la ayudé con un baile —díjole mientras jugaba con los guantes–, no se dejaron distraer... No hay que reprochárselo.

—Todo era seguro, pero ese viejo de Soublette[70] lo echó a perder todo... ¿Y hasta cuándo dará que hacer?

Ignacio continuaba riéndose.

—Pues yo sí tengo. Mañana me voy a la guerra.

—¿Cómo? ¿Qué me dice usted?

—¿Pues no sabe el alzamiento de Coro, la marcha de Zamora sobre el centro... la...?[71]

—¡Pero Ignacio! —el abanico de doña Amelia trazó un vasto círculo y sus ojos se agrandaron.

—Ah, no se lo perdono —continuó al cabo de un momento—, no le perdono que no me haya dicho nada...

—Sí, Amelia, usted me lo perdonará. ¿A qué vengo entonces? ¿Pero hemos triunfado acaso? De lejos enviaré o haré enviar a usted comisiones.

—Sí, sí, tiene razón, tiene razón—, dijo doña Amelia. Luego, suspirando exclamó:

—¡Usted tan joven, Ignacio, tan gallardo! ¡Qué lindo militar va a ser usted!

Sonrió Ignacio con el halago de la dama otoñal, miró su carne nada tersa donde no se disimulaba el artificio de los afeites. Vestía doña Amelia una bata muy descotada y sus cabellos recogidos en forma de casco le daban un aire ridículo y a la vez altanero.

—Con semejante elogio me acaba de obligar usted.

—Y a propósito Ignacio —dijo doña Amelia orgullosa de poder contribuir al punto con un servicio—, tengo ahí un joven paisano suyo que podía irse con usted...

—Me lo llevo; precisamente ando buscando soldados para presentarme dignamente.

—Pues voy a presentárselo.

Fue doña Amelia y volvió Franco. Ironía de la suerte. Franco ostentaba el mandil de criado e inclinaba la cabeza. Su rostro encendióse de vergüenza. Reconocióle Ignacio al punto y su fraternal acogida disipó el recelo de Miguel Franco.

—¿Estás dispuesto a salir? —le preguntó.

—Cómo no. Yo no me siento bien sino en campaña. Fui comandante de armas de Ocumare; estuve en Los Araguatos, que se ganó por mí. Me hirieron en esa campaña que fue muy dura.

Diciendo esto se llevó las manos al cuello para señalar la picada de bicho. Doña Amelia guiñó los ojos. Ignacio tenía el aspecto más risueño del mundo.

—Serás un paladín —le dijo.

—¿Tendré mi grado? —preguntó Franco.

—Allá veremos, pero si no lo tienes no importa, acaso llegues a general. Esta es una guerra popular...

—Es —dijo doña Amelia— de los de Galipán; yo lo salvé de la expatriación y el presidio; o mejor dicho lo guardé para la primera oportunidad.

—Es usted previsora. Pero ya sabes, Miguel, hay que huir escondido. Los caminos están muy vigilados; esta gente está temblando. Yo diré que voy a mi hacienda de Aragua y que tú eres mi criado:

Y dirigiéndose a doña Amelia:

—Voy a huir de mi casa como mi tío Pedro, cuando se marchó a la guerra de la Independencia a morir en Ayacucho...

—Es una semejanza hermosa —respondió la dama—, pero usted volverá para servir al país con su talento y aptitudes.

—Y si no, no me importa. Seré dichoso sacrificándome por mi causa.

Tales palabras enternecieron a doña Amelia.

—Es usted verdaderamente encantador —dijo con los ojos húmedos.

—Qué quiere usted... Lo inspiran a uno las mujeres —repuso Ignacio—. Y usted, Amelia sería digna de guiar un regimiento como aquellas amazonas antiguas...

—Ah, qué sueño; muchas gracias, Ignacio... Los Montenegro siempre fueron galantes...

—¿Y cuándo marchamos? —preguntó Franco.

—Mañana a las cinco. Me esperas en la alcabala de Palo Grande. Allí me tendrán dos caballos...

—Ya lo sabes —repitió doña Amelia—, mañana a las cinco. Puedes retirarte.

Obedeció Franco y en tanto que se alejaba, doña Amelia observó por lo bajo:

—Es un cobarde presuntuoso como son todos los cobardes, pero puede servir de blanco al enemigo.

Ignacio quedó sorprendido.

—¡Qué cosas tiene usted Amelia!

—¿Y Teresa cómo está? ¿Y don Gaspar?

—Teresa, que mucho me animaba, está ahora muy triste, pero mi abuelo se dispone a resistirnos. Dice que va a reunir un parque en su hacienda. Aunque ignora que me marcho mañana.

—¡Qué horror; padres contra hijos!

—Ése parece ser el drama nacional de siempre —afirmó Ignacio con gravedad.

Hubo un silencio. El abanico de doña Amelia se agitaba incesante en el ambiente amable que circundaba el patio bajo el cielo lila rizado de nubes. Ignacio se puso de pies.

—Amelia, le beso las manos. No pasará un mes sin que tenga noticias mías y entonces será usted una aliada.

La señorita Toro parecía muy conmovida. Se acercó a un rosal.

—Siquiera llévese usted una rosa.

—Gracias —Ignacio se la prendió en el ojal.

Doña Amelia le acompañó hasta la puerta.

—¿No va usted al teatro Apolo? Dan *La estrella de las montañas*, por Rodríguez Rubí.[72]

—Casualmente, pienso llevar a Teresa para distraerla.

—Entonces allí podemos vernos otra vez.

Montenegro regresó a su casa. Había olvidado unos papeles. De paso refirió a Teresa su visita y el encuentro con Franco quien se marchaba en su compañía:

—Miguel Franco, aquel que se crió con nosotros. Doña Amelia dice que es cobarde, pero, ¿no te acuerdas de su bravura ante aquel toro, un día, en la hacienda?[73]

Apenas respondió Teresa y comenzó a embromar a Ignacio con la rosa que llevaba en el ojal. Ya se volvía el joven, pero Teresa le detuvo.

—Te daré un encargo para la guerra... Yo también soy belicosa, pero me prometerás cumplirlo al pie de la letra.

—¿Cómo? —repuso extrañado—. ¿Un encargo?

—Sí. ¿Me prometes cumplirlo?

—Hombre, sí. —Ignacio encogiéndose de hombros.

—A la noche te diré entonces.

Teresa quedó sola. Sentóse ante un mueblecito esculpido, tomó un pliego y escribió unas líneas. Metió el papel en un sobrecito azul, encendió una bujía y acercó a la llama un pedazo de lacre. Tres gotas rojas cayeron en el sobre y en ellas asentó Teresa el anillo que llevaba en los dedos, el anillo de su abuela encontrado al acaso en los arcones olvidados. Luego escribió en el sobre: «Para abrirlo cuando estés muy lejos de mí».

Capítulo VIII

Del notable acuerdo a que llegaron Ignacio Montenegro, Gabriel Lugo y Ernesto Fonticelli en aquella tarde

Frente a la ventana enrejada, en los altos de una casa de huéspedes, se agrupaban los tres jóvenes. Gabriel Lugo y Ernesto Fonticelli llevaban aún vida de estudiantes, bien que hacía meses ambos estaban licenciados en Leyes.

Contemplábase de allí casi toda la ciudad y el panorama que la circunda al Este; los bosques de Anauco, las serranías dormidas bajo cendales de luz, las rientes campiñas que guardan en su plácido marco, entre el velo azul, primitiva añoranza. Viéndolas se imagina la ruidosa alegría de las fiestas bárbaras; óyense los tamboriles y las flautas que empuñan los hombres tatuados y una selva de plumas se agita en el vaivén inocente de las danzas desnudas... Percíbese un naciente parpadeo de luces dispersas. Cae la tarde; se deshace como una lluvia de violetas sobre los campos silenciosos, y el humo de los hogares nubla el matiz encantado.

Lugo se ocupaba en recoger la ropa de la única percha que había en el salón. Fonticelli encajonaba los libros. Montenegro se extasiaba en la visión del paisaje. Reparando en sus amigos exclamó:

—Ya yo hice todo eso.

Silencio. Comienza a anochecer. El cuarto va tornándose oscuro.

—Ya está esto —dice Lugo.

—Con tal que la sangre que va a derramarse no sea en vano —dice Fonticelli remachando un clavo.

—Lo será —afirmó Montenegro—. Jamás vieron los hombres programa más bello que el de Saint Thomas.[74]

—En programa no nos fijemos.

—¡Cómo! ¿Y entonces a qué vamos? —replicó Montenegro volviéndose.

—Este Fonticelli es muy pesimista —dijo Lugo avanzando hasta la reja.

—¡Ah, y sin optimismo no haremos nada! —exclamó Montenegro—. El optimismo es salvador, debemos llevarlo en nosotros mismos, y si la muerte nos detiene el paso es él, el optimismo, quien debe cerrarnos los ojos.

—¡Hombre...!

—Y además —dijo Lugo—, éste es un gran pueblo, un pueblo hecho por la libertad.

Y riéndose:

—Si supieran esos maletones en lo que andamos.

—Lo que a mí no me convence —interrumpió Fonticelli—, es precisamente eso de que ésta sea la tierra de la libertad... La tierra clásica de la libertad como dicen los tribunos pedantes.

—¿No es? ¿Y cuál es entonces? —preguntó Montenegro sorprendido—. ¿No es ésta la tierra de Bolívar, de Miranda y de tanto libertador? ¿Y Carabobo, y Junín, y Ayacucho, no fueron la obra de los venezolanos?

Gesticulando con vehemencia Montenegro se dirigía a Fonticelli quien le detuvo con una sonrisa.

—Ahí está precisamente el mal... Esos nombres, quién lo creyera, nos han hecho más daño que todas las revoluciones... Nos creemos más grandes que todos los pueblos del mundo, creemos que todo lo hemos hecho y no nos ocupamos de ser dignos de ese pasado, de afirmar nuestros destinos... No hacemos sino disipar nuestra energía en metáforas...

—Tú blasfemas —gritó Montenegro impaciente—, no he venido hoy a discutir sino a combinar nuestros planes...

—¿Blasfemo, dices? No, Montenegro... Créeme. El mal nuestro es imaginar que el pasado nos excusa de todas las bellaquerías del presente...

—Claro, la gloria nos defiende...

—¿De quién? ¿No has visto tú al extranjero humillándonos, a los venezolanos contratando con la honra nacional y amparándose con ellos para hacer la guerra civil?

—Es que tú no ves sino lo malo, Fonticelli —dijo a esta sazón Lugo que hasta entonces guardara silencio—, y tú, Montenegro, no ves más que lo bueno... No estoy de acuerdo con ninguno.

—¿Pues y con quién?

—Desesperarse es tan malo como confiar demasiado... Nosotros debemos luchar por un ideal bueno, no nos importe lo demás. ¿Y quieren ustedes saber lo que nos pasa de verdad? Es que nosotros hemos amado menos la patria que los hombres...

—Oh, qué bien lo has dicho.

—Magnífico.

—Nuestra patria estuvo siempre vinculada a un hombre y según sea éste así es la República... ¿No recuerdan el discurso de Fermín Toro en la Convención, cuando se trataba de enjuiciar a Monagas?

—Sí —respondió Montenegro—: «Colombia fue Bolívar, Venezuela fue Páez, y ojalá no hubiera otros símbolos...»[75]

—Cabalmente... y tan apegados hemos estado a eso que para muchos hablar mal de Bolívar es un crimen peor que vender la patria...

—Es verdad...; pero Bolívar no —dijo Fonticelli—, Bolívar es la patria..., a él no le debemos sino admiración y amor...

—Es el Libertador —agregó Montenegro—, no cabe su gloria en el mundo... Por él, por su obra vamos a luchar...

—Este Montenegro es un coloso —dijo Fonticelli con sorna.

No pareció que Ignacio se fijara en ella. Comenzó a hablar con mayor entusiasmo del programa de Saint Thomas:

—La Federación nos llevará a la grandeza... Aboliremos la pena de muerte, completaremos la obra de los libertadores... Seremos más libres que nunca. Derribaremos los conventos, caerá la tiranía...[76]

Se detuvo. En la calle se oía una algazara.

—¿Qué es? —preguntó Fonticelli poniéndose el saco.

—Vamos a ver... Oye...

Crecía el tumulto. El ruido de un tropel confuso arreciaba fuera...

—Espérense —dijo Lugo—. Ya que vamos a la guerra tenemos que hacer un juramento... Yo se los propongo...

—Despacha —exigió Montenegro.

—Juremos morir solamente por la patria en el ejército de Zamora... Y si no es así abandonemos la empresa...

—Sí, juremos —exclamó Fonticelli.

Se acercaron a la reja. Los tres jóvenes extendieron el brazo hacia el Ávila. La cumbre aparecía argentada y serena. Y como si ella hubiera sido el altar donde se efectuara aquel juramento solemne, sin dejar de señalarla exclamaron con voz entera:

—¡Lo juramos!

LIBRO VII

SANTA INÉS

Capítulo I

La guerra es la guerra

Tendido en pobre camastro Miguel Franco deliraba. Estremecía con sus voces las débiles paredes del rancho. A menudo rompía en alaridos; daba órdenes como si mandara una batalla; gemía o en palabras entrecortadas dejaba escapar sus confidencias. En sus pupilas dilatadas parecía retener la visión de la guerra. Sobresaltábase al menor ruido. Dos mujeres pálidas y angustiadas se acercaban a ratos y en vano querían entender sus palabras. Luego se arrodillaban sollozantes ante una imagen.

Un recio bramido llegaba lejos. Franco sacudía las sucias mantas, trataba de arrojarse al suelo, de alcanzar su espada y alargando las manos señalaba con espanto algo invisible. Creíase hallar en el asalto de Barinas; los soldados escalaban los muros incendiados y sobre las ruinas y los muertos el viento henchía el pálido estandarte de llamas. Entonces lanzaba aquellas voces temibles que sacudían las paredes de bahareque y el techo de palmas.

El bramido arreciaba con furia y el rancho parecía irse abajo. Después, con la tarde, el silencio hacía su reino en la llanura. Era todos los días. A veces la imagen de Teresa surgía en la confusión del delirio como una sombra blanca, y en minutos de lucidez recordaba, mirando el techo, todo lo que le aconteciera antes de verse de aquella suerte; desde la salida de Caracas en compañía de Montenegro hasta la acción de San Lorenzo. En la marcha sobre Guanare[77] había enfermado de un mal suficiente a mancillar y poner en ridículo la historia de un héroe. Lo habían abandonado

en aquella choza, cuyas dueñas le cuidaban. La Historia lo ha callado piadosamente. Los hombres que la hicieron ocultaron esos detalles miserables y sólo presentan a Franco en los instantes gloriosos; por eso sus compañeros de armas cuando disputaban sobre las hazañas de Franco en la campaña, al llegar a este punto, callaban e inclinaban la frente como si algo fatal les abrumara.

Sanó al fin de cuerpo. Pero estaba su rostro amarillo; sus facciones hundidas y el cuerpo pronto a flaquear. Se ataba a la cabeza un pañuelo de cuadros que ocultaba sus crecidos cabellos y no se atrevía a salir. Deseaba regresar a Caracas, volver a Aragua y escapar de la guerra; pero otra fuerza secreta le impulsaba.

Una noche escuchó a las mujeres que gritaban fuera. Salió. En el corral las dos mujeres lloraban abrazadas. Habían encontrado al hermano acribillado de heridas en un matorral. Las mujeres vieron con asombro que Franco lloraba también. Él mismo, en compañía de un pastor vecino, cavó la fosa cerca del rancho para sepultar el cadáver, y nada más se supo de aquel funeral nocturno. Al amanecer hacinaron piedras sobre la tumba y coronaron el túmulo con una cruz.

Entonces Franco habló de volver a la guerra. No querían las aldeanas dejarle partir; pero decía que sus empresas le llamaban, quería lograr la recompensa ofrecida; quería ver el triunfo de su causa, de aquella causa que le prometía riquezas y honores y ansiaba por los días generosos y prósperos en que el pueblo, y sobre todo él, recobraría sus derechos de igualdad social.[78]

En tales dudas acabó de robustecer su salud. Venció al cabo todo halago marchándose a la guerra, y fue de este modo: acertó a pasar una patrulla federal de caballería que iba hacia Barinas y como era mediodía y el rancho aquel clavado en mitad de la llanura ofrecía buena sombra detúvose a pedir de beber. Venía de capitán un zambo conocido de Franco, lo que hizo el encuentro muy agradable. Los hombres se echaron al suelo desesperados de calor y como sintiesen un grato tufillo de cierto guiso les pareció muy natural probar de él. Acostumbradas las mujeres a tales visitas y temorosas de cualquier daño, mientras los soldados vaciaban las camazas de agua, pusiéronse a aderezar las criollas viandas.

El zambo puso a Franco al corriente de los últimos sucesos del ejército, entre ellos el fusilamiento de Espinoza y sus trece

fieras.[79] Luego, al saber que Franco se les unía comenzaron a inventariar el rancho.

—Aquí hay algunas vaquitas que podemos llevarnos —afirmó el zambo reparando en ellas.

—Ya lo había pensao yo.

—Anda mal el ejército de carnes y el general nos ha dicho que la riqueza no sirve sino pa sostené a los godos.

Habían puesto una olla que rebosaba con verduras y buen caldo, y todo era alegría reparadora en la expedición. Pidió Franco más noticias y el zambo expuso:

—Han descabezao más de mil godos en estos meses; pero cuidao que andan ellos pa buscá el desquite. ¿No sabes tú que quieren hacé de nosotros jabón y peines de hueso pa vendele a los ingleses?

Alteróse Franco con semejante noticia y por sus morados labios se dilató un tinte lívido. La soldadesca prorrumpió en gritos de odio y todo era ver a las trémulas mujeres que de brazos cruzados presenciaban aquel ágape heroico.

Unos llenaban las totumas colgadas del cinto; otros extendían sus cobijas y se acostaban y el aire se enrarecía de pestilencias. Franco se puso entre ellos y con ademanes enérgicos gritó:

—Por mi madre, que yo, el comandante Franco, no dejaré godo vivo que caiga en mis manos.

Apaciguada la explosión de ira el zambo dio su orden del día:

—Andá tú, Caimán, a enlazá las bichas.

Y mientras el Caimán procedía a cumplir la orden:

—Éste es el único que se salvó de las trece fieras, y el general lo ha mandao a indultá.

Pronto las infelices dueñas comenzaron a dar muestras de gran desesperación. Las seis vacas que constituían toda su hacienda pasaban ante ellas, una a una, conducidas por Caimán. El jefe de la partida las acariciaba y de un golpe avaluaba las libras de carne que podían dar. Corrieron las infortunadas hacia Franco y abrazándose con él le suplicaron las salvase, haciéndole ver a gritos que despojándolas de las reses las dejaban sin nada.

Deslizóse Franco y cruzándose de brazos dijo con la valerosa entereza que siempre caracterizó sus actos:

—Pero, ¿qué hago yo? La guerra es la guerra.

Volviéronse entonces las cuitadas hacia el zambo.

—Siquiera déjenos una, señor.

—No pueo; primero está el ejército con sus necesidades que las mujeres con sus blandurías.

Y como insistieran exclamó:

—¡Pero qué mujeres éstas! ¡Cómo lloran! ¡Como si les hubiera muerto alguno!

Ya salían los otros entre diálogos de lo más ocurrentes, y al emprender el camino con el botín en el centro, Franco pidió prestado un caballo que también había en la casa, púsole la silla y un momento después todos galopaban en dirección a Barinas. Esto era al comenzar la tarde.

Capítulo II

Una emboscada

Delante tenían el horizonte. Avanzaban grandes jornadas. Por todas partes había ruinas. A menudo cruzaban la soledad, a gran distancia, los pastores que huían con sus rebaños. Eso era de día. Por la noche elevábanse ante ellos resplandores lejanos, cabañas convertidas en antorchas, humo encrespado que espesábase en la oscuridad como un vapor de vino. Fulguraban las armas desnudas. Nubes zumbadoras, nubes de insectos que a veces los cegaban parecían seguir el color escarlata de sus cobijas que flameaban...

Estaba la llanura inundada. Dilatábase amarillenta, a veces rojiza, leonada por los altos juncales que en ella se miraban; un cambiante reflejo hería los ojos, y aquella superficie tranquila, desolada, muerta, estallaba bajo los cascos de los caballos en coronas de espuma. Sucedía a veces que las montañas cerraban el espacio. Flores columpiadas por el viento manchaban el fondo luminoso; cerníanse todas blancas, todas morenas, rosadas o azules como prendidas de un velo. Eran columnas de garzas...

Cuando descendía el crepúsculo las nubes arrastradas en dirección a las cumbres flotaban atadas por una redecilla de luz y ondeaban como penachos de plumas en la frente de los montes llaneros.

Ya pensaban llegar al término de su viaje sin más incidente, pero al atravesar un bosque les alertaron desde una espesura.

—¿Quién vive?

—¡Patria! —respondieron los jinetes.

—¿Qué gente?

—Federación.

Una descarga respondió. Se encabritaron los caballos y mientras sacaban las espadas y aprestaban sus lanzas, pues no llevaban armas de fuego, dispersáronse las vacas. Las alanceaban y ellas huían gimiendo con las pelambres chorreadas de sangre. Oíanse carcajadas e insultos. Otra vez silbaron las balas. A Franco le derribaron el sombrero y dos de la expedición cayeron heridos. Mas Franco sin cuidarse de otra cosa que de salvarse hincó los ijares de su corcel que arrancó a galopar. Los demás le siguieron sin poder salvar el botín que guardaban y era de oír las maldiciones de aquella gente y las voces vengadoras de Franco ahogadas por los tiros que zumbaban en derredor.

Ya habían cesado de perseguirles y se hallaban fuera del monte cuando Miguel enardecido de cólera volvióse para comentar la cobardía inaudita de los que habían atacado. Continuaron la ruta sin detenerse. El galope resonaba largamente, con ecos misteriosos.

Al fin, en el horizonte, aparecieron unas murallas negruzcas. Un velo azafrán las envolvía. Atravesaron campos yermos poblados de escombros. En los patios de las quintas arruinadas crecía la hierba. Columnas solitarias, restos de viejas arcadas se alzaban aquí y allá y sobre ellas se posaban los cuervos.

Ahora se adelanta Franco. Parece conducir la expedición y no se detiene hasta que su ágil caballo pisa las calles de la ciudad federal.

Capítulo III

Barinas

Era un campamento. Los soldados envanecidos con las victorias y los despojos del saqueo, puñal en cintura y sombreros de paja llenaban la ciudad; en los zaguanes y portales enmontados colgaban sus hamacas, mecíanse en ellas al son de las charangas.

Las paredes abiertas por boquetes y agujereadas de balas. Sitios obstruidos por las ruinas humeantes. En los muros se leían estos letreros trazados con carbón: «Viva la Federación», «Viva el valiente ciudadano general Zamora». Todo era oír ruidos de sables y voces militares. Muchachos desnudos pedían pan. Mujeres harapientas con botellas de aguardiente fumaban cabos sentadas en las aceras y de noche se prostituían a los soldados en las calles tenebrosas.

Sobre los murallones paseábanse los centinelas, armas al hombro, y sus voces se cruzaban a intervalos. En el cuartel general ondeaba la bandera amarilla y se leían estas palabras: «Dios y Federación». Una muchedumbre de ciudadanos y militares le rodeaba.

En una casa de construcción española, varios oficiales consumían la frugalísima cena: una tajada de carne asada y pan de yuca. Habían discutido sobre los sucesos de la campaña. Por cierto que Ignacio Montenegro tenía unos números de *El Heraldo* y sus candentes artículos eran la causa de aquel enardecimiento. Particularmente les había apasionado las expresiones contra el general Silva[80], y Montenegro hablaba de ese gran liberal y de su heroica carrera coronada en Junín y Ayacucho.

En la sala entró Miguel Franco. Llevaba con arrogancia su sable atado por una banda amarilla que le cruzaba el pecho. Franco estrechó a todos la mano y a instancias de los presentes refirió sus aventuras. Preguntó por Lugo y Fonticelli.

—Lugo murió en La Bellaca —respondió Montenegro—. De Fonticelli no sé desde San Felipe.

Montenegro se dio con la mano en la frente.

—Vean ustedes —dijo—, tenía un encargo de mi hermana para cumplirlo al estar en campaña y ahora que veo al comandante Franco es que me acuerdo.

Sacó de su cartera el sobrecito lacrado, lo rasgó y acercó el papel a la llama del hogar. Leyó: «Véngame. Mata a Miguel Franco que trató de seducirme e hizo prender a papá, hace diez años». Tembló la esquela en manos de Montenegro y la dejó arder. Miró con indiferencia a Franco que se había sentado en un pretil; pero como todos le interrogaran sin palabras, Ignacio se encogió de hombros, prendió un cigarro y exclamó:

—¡Cosas de mujeres!

Capítulo IV

La batalla

El ejército federal abandonó Barinas, traspuso la llanura y el 4 de diciembre ocupó el pueblo de Santa Inés.[81] En seguida comenzó la construcción de trincheras desde La Palma hasta la aldea. En la montaña repercutían los martillos y se prolongaban con estrépito los ruidos que los grandes árboles hacían al caer. Franco fue designado para dirigir una sección en las talas. Desde la noche que Montenegro leyó el papel estaba inquieto y temía encontrarse con él más que en plena batalla. Su antiguo amigo le había dicho:

—Al terminar la campaña tenemos que arreglar una cuenta.

La selva resonaba con los piafidos[82] y las voces; rodaban los carros de guerra empavesados de amarillo. De La Palma al pueblo era todo un inmenso bastión. Zamora no paraba un momento.[83] Lo inspeccionaba todo, señalaba a cada uno su puesto en el próximo combate. Un clamor de entusiasmo hervía en los pechos, iluminaba los tostados rostros, inspiraba a los rudos hombres de los batallones. Había soldados de todos los puntos de la República. Veíanse los más diversos uniformes. Los corianos en gran número señalábanse por sus vestidos de lienzo amarillo y sus anchas fajas repletas de balas. Había otros vestidos de paisanos; otros con blusas militares y sombreros de paja; y los llaneros cubríanse con los garrasíes arremangados en sus velludas piernas, los orientales ostentaban sus cabezas rapadas, sus rostros curtidos por el sol; oscilaban los penachos de los indios que lucían cinturones de plumas y enseñaban sus cuerpos tatuados y oscuros. En

todas partes las cobijas colgadas en el monte o arrolladas en los hombros ponían sus colores encendidos y daban la ilusión de clámides; blanqueaban los fusiles, las lanzas y las bayonetas, los arcos y los sables erizaban los espesares. Corría un rumor. Los bridones golpeaban la tierra, sacudían el aire con sus relinchos. A veces una racha ardiente soplaba sobre el bosque y entonces la masa de hombres se agitaba. Estallaba en el aire un eco de agua: era el Santo Domingo que allí cerca se desliza bajo palmares. Ante aquel laberinto de trincheras y callejones aumentaba la confianza del ejército.

Ignacio Montenegro, siempre optimista y enardecido por el romántico lirismo de su carácter, decía a los que le rodeaban:

—Son mejores estas defensas y están construidas con más habilidad que las de San Lorenzo. Ya no tienen a su frente a un Laurencio Silva que los salve y si caen aquí será para no levantarse más. ¡Ah, qué gran movimiento realizó allí el general Silva! Nosotros mirábamos su cabeza blanca indiferente al enemigo y nos parecía un vestigio de la patria vieja. Creíamos ver en su frente los laureles de Junín y Ayacucho. El pobre Lugo, que no había muerto, y yo, estuvimos a punto de pasarnos a él; el honor nos lo impidió.

A pocos pasos de allí Miguel Franco hablaba en términos no menos dignos de estamparse con caracteres indelebles.

—¿Qué te parece esta trampa? —le interrogaron.

—Pienso —respondió— que aquí va a quedar el muerto piche.

En la tarde del 9 todos sabían la proximidad del enemigo. Al cerrar el día comenzó a escucharse el tiroteo. Las avanzadas se replegaron en orden. Después no se oyó más que el paso de los centinelas y el correr del agua. Una hoja que cae, un aullido lejano, susurros nocturnos levantan el silencio que otras veces suspira. La copa se entreabre. El viento se ha ungido en las flores de los castos tomillos, en los ingenuos aromas del mastranto, en la yerba de las sabanas, y perfuma el sueño de los que reposan por última vez. No, de los que van a reposar mañana…

Flota ya la luz del alba. Reflejos azules penetran en la montaña y el cielo se irisa de tintes puros. La noche se hace blanca. Un aliento virginal acaricia las frentes. El cuerpo de una doncella perfuma el lecho del amante cuando se extingue

la noche nupcial; así la selva violada. Cúbrense los bastiones de soldados. Relucen las armas. Compañías enteras se emboscan a los lados del sendero. En la plaza del pueblo está la caballería, el Estado Mayor, el general Falcón. Zamora se prosterna y ofrece edificar allí un templo a cambio de la victoria. Al mismo tiempo las dianas de los dos ejércitos confunden sus notas. Zamora se acerca a Falcón. Los dos generales se saludan. Pasan revista a la caballería. Una selva de lanzas fulgura, se extiende, ondea como una escama de plata. Los gallardetes amarillos cuelgan de las puntas como racimos maduros. Luego se adelanta Zamora en su blanco corcel y al salir del pueblo toma unas flores amarillas que coloca en el quepis. Era su penacho de batalla.

Cuando Montenegro le vio venir, no pudo contenerse y alzándose sobre la trinchera construida sobre un trapiche –y era ésta la más formidable de cuantas había–, exclamó:

—¡Éste es el pueblo de los grandes hechos, el pueblo que fue hasta Ayacucho y dio al Libertador!

En aquel instante la arenga produjo su efecto. Los vítores resuenan por todo el campamento. Los soldados agitan sus sombreros, sus morriones, sus banderas. Del otro lado sube un rumor, casi un mugido. Zamora sonríe a Ignacio. Las avanzadas enemigas aparecen en el callejón. Franco siente que un calofrío le recorre la médula. Al punto la montaña se estremece con la primera descarga.

—Dos raciones a que no pelo un sólo perro de godo —dícele un llanero.

Acepta Franco. Los dos se llevan el fusil a la cara.

—Apunta aquel perro godo que viene adelante.

—En mi ánima que si no lo mato me corto el pescuezo.

Los perros godos avanzan sin inmutarse metidos en sus uniformes azules. Los matan fácilmente. Dos, tres, ocho. Se oyen sus voces de ¡adelante! ¡adelante!

Los centrales comienzan a estrellarse en la primera trinchera. Toda su primera división ocupa el sendero del Trapiche. De pronto estalla el cañón y el trueno va a rozar el horizonte. Las detonaciones sacuden la montaña; se desgajan los árboles y caen los pajarillos de sus ramas. La columna de Franco retrocede. Los centrales flanquean su posición. Trepan con los rostros contraídos

asiéndose a la maleza del ribazo. Ya se alza sobre los parapetos la bandera roja.

—¡Escúpela!

—¡Puerca bandera color de ladrillo!

Pasan sobre los muertos entre sorda gritería. Mueren muchos aplastados por las ruedas de los cañones. El humo y la sangre sofocan; secan los labios trémulos. Otros se ahogan en los negros charcos que defienden las posiciones. Yacen los artilleros sobre los cañones inútiles. En los palos de las trincheras cuelgan piltrafas humanas, y los que suben beben su sangre. El último cañón avanza ahora. Aquel que viene adelante es el coronel Jelambi.[84] Levanta la espada, y cae. Es el último que paga la apuesta de Franco. Fulgura un rastro lívido, brota en la noche de la batalla, nimba la sombra creciente como un arco tejido de rayos. Lanzas y machetes resplandecen en su constante entrechocar y el redoble de los tambores, los toques de las cornetas no cesan de incitar el paso de ataque. Están frente al Trapiche. Los cuerpos mutilados ruedan por tierra, se oyen crujir los huesos de los que mueren aplastados. Las avanzadas federales retroceden. Miguel Franco volvió la cara sobrecogido de espanto. Cien fusiles le apuntan a campo raso y en vano busca un escudo. Mas su corazón prueba una sensación de heroísmo. Sobre el baluarte, el último defensor agita su bandera. Mil brazos se tienden a tomarla. Ya la insultan, ya es un trofeo enemigo. Un hombre se alza sobre el bastión, parece una sombra: es Ignacio Montenegro; acomete con furia, la arrebata y tremola de nuevo el pliegue amarillo. Dilátase el recio estampido. Trema. Se escuchan gritos de gloria. Montenegro se yergue como la figura de un relieve. Una flor de sangre se abre en su frente; fluye un hilo rojo que luego le inunda el rostro, le baña los cabellos. Montenegro se desploma. En aquel momento Franco bajaba el fusil.[85]

En la trinchera se establecen los centrales. Recogen los heridos. Siéntese un largo estertor de agonía. El cuerpo de Ignacio es conducido al pueblo por orden de Zamora. Franco, impávido, mira el trágico grupo que se aleja.

Mañana la aurora le besará en la boca, y el rocío empapará sus cabellos casi rubios; pero en sus ojos cerrados reinará la noche eterna. Así todos. Ellos vinieron desde las cumbres glaciales, de los llanos ardientes, de los valles risueños como una canción.

¡Cuántos llegaron! Fue inútil la ofrenda generosa, y el coraje, dolor sobre el troquel de plata. ¡Un soplo heroico reanimará sus cenizas, el viento las llevará a las techumbres de los hogares lejanos donde otra vez saldrán los hijos en pos de otra guerra, otro engaño, otra bandera![86] La arremetida comienza de nuevo. Las legiones centralistas se desbordan en el segundo callejón. Mil rugidos vuelcan el fuego y los arrastran más allá de las llanuras. Pugnan por tomar la nueva trinchera; escalan los tranqueros, alancean a los defensores; uno a uno muerden el polvo; humillan el rostro; expiran. Ya conquistan la posición; Franco les mira llegar, y los suyos por orden de Zamora reculan para atraerles más y más al campo de muerte. Junto a Franco estallan las balas. Salta la tierra hollada en todas partes. Franco quiere huir. Pero el humo y el fuego le extravían, y como su bisoña facultad era la menos capaz de guiarle entre aquella confusión, queriendo escapar no hizo sino enfrentarse al enemigo el cual cargaba con el mismo ímpetu que Franco sentía por huir. Dio un grito. Una bala tocándole en la mandíbula silbó en su oído. El dolor le arrancó nuevos gritos y en la general zarabanda éstos fueron tomados por expresiones de valor.[87] Franco creyéndose muerto se arrojó al suelo, pero temiendo que lo pisotearan se levantó como pudo, tenía el rostro bañado en su propia sangre. Se enfureció de nuevo, aprestó otra vez las armas. Zamora, que observaba el movimiento, imaginó que se trataba de un héroe más y preguntó su nombre. En aquel instante irrumpen sones semejantes a los de una grave salmodia. Precipítase en el bosque un ruido espantoso. Era que toda la infantería de Zamora abierta en alas aplastaba entre dos fuegos al contrario. Nada se mira ya. El humo cubre la escena y extiende una noche sobre el campo. ¿A qué seguir entre el pavor de la carnicería al héroe de esta real historia, flor de capitanes y trasunto fiel del heroísmo antiguo? Ya lleva en su frente el laurel de la guerra y su nombre está por siempre unido al de los veteranos de Santa Inés. Ahí entre aquel choque Miguel Franco se bate y cubre de gloria. ¿Qué no haría para colmarla? Referir tanta hazaña, pormenorizar su rara pujanza quizás fatigue el ánimo.

Las últimas cargas se abalanzan con fresco denuedo y en la noche naciente el fuego adquiere tonos de púrpura. Miguel Franco con el rostro vendado, jadeante y épico estaba de pies. En los callejones, en los desmantelados reductos, en los cañones desmontados se revuelcan los heridos, se hacinan los muertos. Caballos sin jinetes, con las bridas al aire, saltan desbocados sobre los miembros calientes de los héroes. Algunos hundían sus sables en los enemigos caídos junto a ellos y después expiraban; otros decapitaban a los vencidos, despojaban a los muertos, ensañándose en mutilaciones perversas; se incorporaban en supremo delirio de muerte y descargaban sus armas. Troncos informes, negros muñones palpitantes, cabezas destrozadas chorreaban sangre, enrojecían la tierra, mostraban sus muecas lívidas…

Confundíanse los lamentos y las maldiciones de uno y otro campo; se alongaba una gran agonía; sentíase su agitado estertor; el ¡ay! subía de los fosos repletos y del fúnebre charco de los tembladales. Las cornetas claman de nuevo y cesa el fuego. Sopla un aliento tierno, que agita el sudario de sombras y refresca las bocas y las frentes calenturientas. Se acerca la noche oscura. Aquellas llamas que se columpian entre los árboles, son las hogueras y fogatas del campamento enemigo. ¿No es esa luz errante, ésa que posa su blanco talante en las encrucijadas, el fantasma que aparece en la noche de las batallas? Goteado de oro se arquea el negro ataúd. Se agrieta el cielo con una luz pálida, recógense las nubes presurosas; es la luna que surge como una resucitada.

Zamora concierta sus maniobras. El enemigo se bate en retirada, con sigilo; deja sus hogueras en prenda. Óyese crujir la soledad. La caballería federal desfila entonces. Los jinetes llevan infante a la grupa. Y entre éstos va Franco. Zamora le ha escogido para que forme parte de aquellos extraños centauros de dos cabezas. La noche se ilumina con reflejos distantes. Las sombras trazan en la tierra largas siluetas. Toda la llanura aparece como un mar tranquilo bañado de luna; en ella ha desaparecido el enemigo.

Capítulo V

Continúa el anterior

Amaneció. El alba se abría como una flor quemada, una malla escarlata cruzaba el cielo manchado de tintes lívidos; deshojábase la flor, como si antes, entre ofrendas de vino hubiese caído del ara entre la sangre de las víctimas. La luz señala la ruta de los vencidos. La caballería despierta las abrumadas lejanías y en ellas flotan las jaldes banderas de la federación.

De pronto se detienen. Rubín,[88] jefe de la retaguardia enemiga, despliega sus cuerpos en batalla. Suena el paso de carga. Pero la Fortuna no abandona a Franco. Su compañero cae del caballo y helo ahí solo en su corcel gallardo. La persecución continúa.

—¡Ahora sí! —grita Franco.

En el Maporal desemboca la caballería. Prosigue el combate. Los gritos de guerra sacuden la soledad; pero ningún fantasma evocador surge del horizonte. Avanzan y cada paso es un encuentro mortal. La infantería aparece más allá. Franco pierde el caballo y se le mira vagar entre el humo pidiendo a gritos una lanza. Falcón arremete de frente. Vuelven los caballos con los bustos sangrantes y sus relinchos hienden el aire.

Ahora marchan por llanuras abrasadas. Caminan sobre la yerba agostada de los campos. Un gorro de fuego pone el sol en las cabezas. Desesperados los hombres se arrojan al suelo. Manan sangre los pies destrozados de los negros infantes. Los centrales se encierran en Barinas.

Pasaron diez días. Hedores siniestros salen de las ruinas. Esa llaga calcinada y monstruosa que se mira a la luz de la luna son los escombros ahumados de Barinas. Los centrales salen de la ciudad. Muévense las legiones en las sabanas inmensas como rebaños extraviados…

Aquel llano pajizo con una colina al fondo es el Corozo. Las falanges enemigas detienen la fuga. Tiende el tumulto en el límite encendido un velamen cenizo. El cañón retumba. Al pie de la colina la infantería centralista hinca rodilla en tierra. Rubín invita a la batalla. Saluda Falcón con el sable y se lanza con todos sus caballos sobre aquella línea inmóvil. ¿Habéis visto el manto hinchado de las viejas clámides en los cuadros heroicos? Así es la nube morada que se espesa. Dos, tres veces Falcón trata de romper la línea. Chocan sables y espadas; las cornetas tocan a degüello. Sobre la colina Rubín erguido agita su lanza, se enredan las patas de los caballos en la paja seca, se estrellan contra las bayonetas de los godos; míranse cruzar los jinetes iracundos y casi vuelan los brutos espoleados. De pronto corre un rumor. No hay parque. Los federales retroceden. Óyese en el silencio instantáneo un furioso jadeo. Ya vuelan los otros a la arremetida, ya descienden en tropel de la colina las masas contrarias. Brusco se alza un zumbido más trágico que el ruido del combate. La sabana arde. El viento arrastra las llamas iracundas. Rojas lumbraradas atraviesan el cielo entre sombras estriadas de color. De uno y otro lado se abrasan los hombres; corren vueltos teas vivas; se arrodillan otros pidiendo piedad; rugen los caballos que saltan con las crines incendiadas, y los cuervos que se acercaban huyen dando graznidos. La ceniza dispersa por el viento extiende la noche. Miguel Franco quiere huir. Corre. La llama le sigue de cerca. Roncos gritos se escuchan y Franco siente la garganta apretada; el calor le abrasa. Ya va a echarse al suelo; ya, casi inconsciente va a entregarse a la muerte; pero hacia él viene un caballo desensillado; mide la distancia, Franco salta sobre los lomos del corcel. Está salvado. Aquel jinete que huye, aquel solo jinete que se pierde es Miguel Franco.

¡Ah, la sabana es una antorcha inmensa y un trueno errabundo golpea toda la desierta extensión! Las llamas mugidoras se encrespan al Oriente, y en muchas lenguas se alonga el frenesí de agonía.

LIBRO VIII

VIVA LA FEDERACIÓN

Capítulo I

El éxodo

Desde Curbatí y el Corozo hasta Barinas repercuten los clarines del triunfo. Zamora está vencedor. Miguel Franco, ascendido a coronel en recompensa de su brillante conducta –todos los héroes fueron ascendidos–, se dirige con cien jinetes a efectuar un reconocimiento por el centro y levantar esas provincias. Zamora le ha encomendado esa misión en tanto que él atraviesa de nuevo las llanuras y marcha sobre San Carlos.

Miguel Franco está envanecido. Mira su estrella que asciende, mira su gloria y se siente altanero, capaz de los altos hechos a que su destino le llama. Ve –le han dicho una vez más–, es tuyo el laurel; tuyo el fruto de tu hazaña. ¡Sí, anda, oh, gran Miguel Franco! ¡Hijo de Rosa, la Cara Brava, y apresta tu espada tan necesaria a la República! ¡Que no te amilane el fuego, ni te aniquile la jornada; sé digno de la empresa que tu nombre será entre las generaciones venideras talismán de virtud y paradigma de valor!

Pesada era la marcha. El verano aliado de la guerra había desolado las llanuras. Ranchos quemados, bohíos destruidos, aldeas en ruinas marcaban la ruta. Yerma, la campiña se ofrecía a los ojos a veces rubia, a veces negruzca, nunca verde. La tierra estaba color avellana. En el límite, bajo el cielo encendido estallaban llamaradas ofuscantes, brotaba la alucinación de los desiertos. Eran los deseados jagüeyes aquellos claros azules; eran frescas huertas aquellas nubes que se disipaban con el día. Después, nada. Cuando acampaban era bajo los árboles desnudos

que abrían sus varillajes resecos; flores de acacias cubrían la yerba marchita y en los cauces el agua se apelmazaba en negros pantanos. Eran los teatros de la vieja epopeya…

Galopaban bajo un cielo cenizo, a ratos azul; el sol caldeaba el aire. Una mancha ignota surgía flotadora como el guiñapo de un encaje: eran árboles mustios. Mar de polvo el camino, un soplo cálido elevaba columnas que sofocaban ocultando la pampa donde la tierra estaba como en las luchas de los Titanes y los dioses.

Era enero. Los hombres tenían los ojos ardidos, crecido el cabello, la piel negra. Sin embargo Franco avanzaba sin tregua. Aquel grupo parecía surgido de la tierra. Saludaron el primer río con los sombreros; todos se arrojaron a él. Formaban contraste aquellos campos pastosos con la desolación dejada atrás. Comenzaban las verdes campiñas. Era Aragua.

A los ojos de las gentes de la expedición apareció una larga línea que cubría el horizonte. El coronel Franco dio orden de avanzar. Eran los pueblos en fuga. De cerca, Miguel Franco pudo apreciar la muchedumbre nómade que iba en busca de abrigo. Aquello era un lienzo vivo. En carretas tiradas por bueyes se agrupaban las familias aldeanas, sobre los lomos de los bueyes cestos de ropa; carros arrastrados por flacos jamelgos fustigados, llenos de baúles y envoltorios; luego caballerías en tropel, rebaños de cabras que movían sus cornamentas, vacas esqueléticas pugnando por descarriarse; grupos que volvían sus rostros cetrinos y angustiados a todas partes; mujeres con los hijos al brazo, las cabezas atadas con pañuelos de colores. La multitud iba cubriendo el paisaje, sesgaba hacia el monte, abríase en grandes masas en dirección de La Villa, Valencia y Guacara.

Pasaban en camillas y hamacas enfermos y heridos conducidos por hombres famélicos, taciturnos, resignados, tal como en los cuadros bíblicos en pos del milagro, hacia el horizonte. Unos daban voces, tapadas las frentes con vendas donde se abría siempre una rosa roja. Eran desertores, tránsfugas, víctimas de la guerra. Con ellos iban otros más miserables, inválidos, mutilados, llagosos cuyas lepras estaban llenas de pus. Rostros suplicantes, heridas cubiertas de moscas, brazos vendados. Andrajos asquerosos cubrían sus carnes negras, iban con los pies destrozados dejando un rastro hediondo. Algunos ancianos se apoyaban en los

hijos; hombres de ojos melancólicos, crueles, de miradas astutas; antiguos esclavos, indios fornidos, zambos de belfos negros, de belfos rojos, se apretujaban; formaban todos una inmensa mancha abigarrada que oscilaba entre gritos confusos, seguida por bandas de pájaros negros que trazaban semicírculos con sus vuelos.[89]

Miguel Franco, a dos pasos de su gente toda inmóvil, contemplaba aquel espectáculo de magnífico horror. En la turba se eleva un clamor; corre por toda ella y la precipita: «los federales, los federales». Pero ya Miguel Franco con mirada de águila ha medido la grandeza del botín que se le ofrece a los ojos, y rápido, con la concisión y prontitud de una maniobra, levanta la espada, da un grito y se lanza con sus hombres sobre la multitud.

Una nube de polvo se eleva en el campo donde cunde la gritería de la muchedumbre suplicante y rabiosa, y los jinetes de Franco despojan, atropellan, hieren a los dispersados fugitivos. Las mujeres saltaban de los carros, los bueyes sin yugos, empujados por los lanceros daban largos mugidos, las recuas y caballerías corrían aquí y allá mezclando sus relinchos con el siniestro alarido. Los envoltorios de ropas; los pañuelos rebosados de dinero esteraban el suelo; gritaban los hombres, se arrodillaban las mujeres; huían los más entre el vaivén de los jinetes, por entre los carros apresados y los despojos, y el retemblar de la tierra bajo el galope era entre aquel gimiente clamor, el único latido de fuerza, de vigor, de vida.

Caía la tarde. Nubes de ámbar se extendían sobre los cerros, y el paisaje se adormecía con la sombra débil como bruma ligera. Algunas llamas se levantaban sobre los montones de paja. Los soldados recogían el botín despojo de muchas aldeas. Franco ordenó que todo se condujera a un rancho abandonado alzado a la vera para repartirlo después. Así, todos reunían las bestias, arrastraban los sacos repletos hasta los corredores de las casas. Al norte, al sur, al este, la muchedumbre se alejaba.

Vigilaba Franco las maniobras de sus hombres, cuando vio a un hombre muy conocido suyo que avanzaba hacia él. Era Recado, el antiguo rival de Ocumare. Se llevó la mano a la cintura. Recado sacó la pistola. Tembló Franco y saltando del caballo se adargó tras una carreta abandonada. Disparó Recado. Los soldados de Franco entregados por entero al botín no habían reparado en la escena; pero al disparo volvieron la vista. Recado buscaba a Franco y Franco rodeaba la carreta protegiéndose

siempre. Recado se agachó a su vez. Franco, que adivinó su intención, se apoyó en las ruedas, afincóse en ellas mientras el otro hacía lo mismo, y esforzándose cuanto pudo permitirle su fuerza aquilina, la volcó sepultando a Recado. Se oyó un rugido. Los soldados, suspensos, le rodeaban y aplaudían.

La sombra se acentuaba más, pero en el tope de los cerros puntiagudos se enredaban largas marañas de luz. Aparecían en un cielo violeta las primeras estrellas y sus reflejos simulaban espectros en la oscuridad recién nacida. Se oye un galope. Varias mujeres a caballo que sin duda formaban parte del éxodo galopaban con desenvoltura, agitando los látigos. Franco, que montaba de nuevo, estuvo a punto de ser arrollado por las amazonas. Flotaban en el paisaje sus faldas de colores hinchados por el viento. Al mirar los despojos comenzaron a dar gritos y a todo correr atravesaron el campo ante la falange sorprendida. Y cuando se perdieron de vista cerraba ya la noche.

Capítulo II

El vivac

Miguel Franco hablaba en voz alta en el rancho custodiado por sus hombres. Fuera pastaban los caballos. En la puerta habían encendido una hoguera. Asaron carne y todos repusieron sus fuerzas. Como uno de ellos preguntara si recogían los heridos que habían quedado en la sabana, Franco respondió que no estaba en sus planes, pues le era preciso maniobrar ligero y eso le embarazaba sus acciones.

Con las llamas de la hoguera el campo se tornaba rojo, cruzado de sombras trémulas. Las llamas tomaron bien pronto los montones de paja y con tantas fogatas acabó de ahuyentarse la oscuridad. Alguien se acordó de la carreta. Entonces Miguel Franco se dirigió a un negro que figuraba como el más arrojado de su expedición y le dijo con laconismo enérgico:

—Acércate a la carreta y pégale fuego; ahí tienes bastante.

Se rió. Todos guardaron silencio, y pronto el negro salió de la cabaña. Silenciosa se había quedado la noche. La paja crujía a trechos y apenas se escuchaban las voces. Franco se acercó a la puerta. Los demás le siguieron deseosos de contemplar aquel espectáculo. El negro cogió del suelo un poco de paja encendida y con la antorcha levantada sobre su cabeza caminó por entre los despojos; se acercó a la carreta. El negro se confundió en la sombra. Arrojó la candileja al suelo. Vaciló un instante. Hizo un esfuerzo, levantó la carreta y acercó a Recado el haz de paja encendido. Le palpó. Estaba frío. Recado tenía partida la frente. El negro se santiguó y dijo:

—Perdóneme la Virgen; ahora si pueo, que si no lo hubiera salvao.

Puso en cruz las manos del muerto y encendió los trapos. Desde la cabaña vieron que otra hoguera levantaba su pabellón de llamas. Se iluminaron los cerros vecinos. Una sorda aclamación conmovió la noche. Ya se volvía el negro cuando sintió unos quejidos. Se acercó. Era un joven. Lo tomó en sus brazos y con él se acercó al campamento. Era un muchacho al parecer endeble; pero con cierta gallardía en el cuerpo. El negro lo presentó:

—Coronel, aquí le traigo este joven que hallé tendío.

Franco le miró con recelo.

—Ande el patiquín —respondió.

El patiquín refirió una historia, iba en el éxodo tratando de pasarse a los federales. Que lo iban a pasar por armas, y que si no lo hicieron fue por la intercesión del cura capellán de la tropa goda. Dijo también que venía de La Victoria, y que esa ciudad y todos los puntos vecinos estaban consternados con los crímenes nocturnos que se cometían, pues nadie estaba seguro y el pillaje y el saqueo habían decretado su reino en toda la provincia.

Oyóle Franco en silencio, y aunque el lenguaje y catadura del mozo le inspiraron desconfianza, ordenó que lo mantuvieran en calidad de prisionero, y se le destinó uno de los caballos del botín para que fuera cautivo entre los suyos. Aquel joven era Ernesto Fonticelli. Dicho esto, Miguel Franco se reclinó sobre los bagajes con la espada desnuda como quien está pronto y teme una sorpresa. Los soldados hicieron lo mismo, distribuidos ya los retenes y centinelas. Aprestaron las guitarras. Uno cantó aires llaneros; éstos conversaban de la guerra, al lado de sus mozas tendidas en el suelo; aquellos ensayan dormir. El prisionero se había dormido. Las fogatas ardían fuera. Se oía el cantar llanero.

Capítulo III

La rebelión

El alba se arrebola sobre la cerrazón. Las llamas dejaban de ser rojas, se extinguían azuladas, pálidas, y el humo fluctuaba en el paisaje. Ni una gota de agua. La luz volvía sin lluvia ni nieblas, desnuda y radiante. Miguel Franco montó a caballo y dio orden de continuar la ruta. Se advertía en su rostro una gran impaciencia. Tras él iba el largo convoy custodiado por sus armas, y las queridas de sus soldados a horcajadas sobre los bultos dejaban oír sus risas y canciones como si fueran a fiestas de cosechas en tiempos de paz. Después las nubes de polvo blancuzcas, grises, amarillentas se levantaban como una bandera que ondeara.

A galope tendido atravesaron varios pueblos desiertos y sin autoridades, y a mediodía pisaban tierra de Montenegro. Don Gaspar se encontraba en su finca donde pensaba entregar personalmente a los centrales el parque que reuniera. Se disponía a salir cuando oyó el ruidoso galopar. Asomóse Teresa y vio a los jinetes moverse bajo las arboledas. Miguel Franco se dirigía a su gente. Dispersóse ésta y a poco caían sobre los peones entregados al trabajo del campo y les apresaban. Con los reclutas formóse la infantería. Uno a uno llegaban sin resistencia ni asomos de protesta. Saludaban y luego inclinaban el rostro. El sol caía de plano sobre el cuadro en que se movía aquel peonaje harapiento, los caballos de Franco y los carros del botín. Miguel Franco levantó la espada y arengó a su tropa:

—Toítos son libres. Cesó la servidumbre. Estas tierras que nos robara una gente goda son ahora de nosotros; el que se oponga lo afusilo; somos soldados del ejército federal.[90]

Se alzó un clamor. Vitoreaban a Miguel Franco, quien sujetaba el brioso corcel. El son de las cornetas llenó la umbría, se dilató por el campo como antaño el cuerno de caza. Avanzan hacia la casa. Teresa reconoce a Franco. Se estremece. Coloreóse su rostro como la flor del granado. Al mismo tiempo sale don Gaspar. Teresa quiere detenerle, pero ya los primeros en llegar se abalanzan sobre él. Un momento después pasa de brazo en brazo. Ante él surge la figura de Miguel Franco amenazador y airado. Con una mano sostiene las riendas, con la otra la espada. Le rodea el peonaje. Don Gaspar le mira con firmeza, se encoge de hombros, vuelve el rostro hacia su vieja casona, pero Teresa ha desaparecido. El prócer pasea la vista por la que fue su servidumbre. Franco da órdenes en voz baja. Adivina don Gaspar. Siente flaquear su ánimo, piensa en Teresa, recuerda la historia de amor. Entonces, Franco, sacándole de sus pensamientos se acerca a él.

—Montenegro, tu nieto Ignacio murió ya.

El anciano dobló la cabeza. Sin duda que ya no le importaba morir.

Capítulo IV

La generala

En aquel instante una descarga estremeció la casa. Se encabritaron los caballos y el ancho patio retembló con el piafido. Detuviéronse sorprendidos y el caballo de Franco relinchó con tal furia que el jinete fue a tierra. Pronto se puso de pie, castigó con la espada al bruto innoble y al enderezarse en la silla gritó enardecido:

—¡Fuego!

Pero estaban heridos dos hombres y la sangre extendía ya charcos pequeños, regueros crueles. Una nube se esparcía en el aire disuelta en el oro del sol.

Don Gaspar se irguió. Estaba desdeñoso. Parecía un señor feudal sorprendido en su castillo por los gavilanes de la guerra. Hacía falta a su apostura el jubón y el gregüesco; el justillo de piedras preciosas, el frac azul y la gorguera de encajes. En torno de él bullía la soldadesca, el peonaje revuelto, y las armas desnudas desataban su brillo a la luz de aquel crepúsculo rojo.

Repuestos de la sorpresa y a la voz de Miguel los jinetes se formaron en cuadro y los peones se apoderaron del viejo arrastrándole hasta un corpulento jabillo donde le ataron. Dispararon a su vez los carabineros de Franco, y en orden, con paso seguro, el peonaje se arremolinaba, agitaba sus machetes, y rugiendo, como una encerrona de fieras, avanzaron sobre la quinta convertida en baluarte.

Los defensores hicieron fuego y los otros respondían furiosos. Miguel Franco, sorprendido por la inesperada resistencia,

se protegió bajo el muro de tierra en que se abría la escalinata. No pudo contener un movimiento. Sí, era ella. Acababa de verla entre el humo, armada de un látigo, rodeada de hombres a quienes ordenaba resistir. Silbaban las balas sobre Franco y don Gaspar sonreído había cerrado los ojos.

Era Teresa, quien al ver el vejamen que sufría su abuelo, armó a los hombres que se hallaban en la casa con los fusiles destinados a los centrales y subida con ellos a la azotea del solar les obligó a la defensa. Un antiguo mayordomo estaba a su lado. Mirábala con espanto. Teresa hacía restallar el látigo y se tapaba los oídos a las descargas. El viejo la disuadía de su intento.

—Mire, doña Teresa, que van a asesinar a don Gaspar. Pero ella, irritada, trémula de odio, con el rostro encendido parecía pronta a lanzar una patochada. Los criados le obedecían subyugados. Teresa gritó:

—Tiren, tiren sobre Franco.

Oyó Miguel la orden y alzando los ojos la vio temblorosa y pálida de ira. La lluvia de balas rebotó a su alrededor; el humo ocultaba la casa; había prendido en ella el fuego; una llama tornasolada y crepitante rizaba su gloria rubia en los aleros centenarios. Se habían detenido los asaltantes.

Por las cuestas lejanas, que un cielo bermellón amorataba, subían dos labradores con sus carretas llenas de monte. Se detuvieron a mirar.

—Están peleando en la casa de los Montenegro —dijo uno.

—Vamos más arriba pa ve mejor.

El peonaje había tomado el patio. Miguel Franco miraba a Teresa, que le apostrofaba; pero sus palabras se perdían en el

tumulto. Entonces por entre las últimas balas se adelantó el cautivo; penetró en la casa. Era Fonticelli. Sobre aquella escena el crepúsculo caía con crueldades infinitas. Había cesado el fuego. Miguel Franco hizo un ademán. Don Gaspar abrió los ojos y le miró fijamente. Se oyó otra descarga. El cuerpo del caballero se esgonzó en sus ataduras, muerto frente a la casa de sus antepasados.

Un grito lanzado en la azotea hizo volver a todos la cara. Desmontóse Miguel Franco. Subió la gradería de gastados troncos, atravesó el patio y penetró en la casa que un día asilara su infancia. Pero el peonaje obstruía la puerta. Todos pugnaban por entrar. Franco dijo a repartir machetazos. Comenzaron a huir. Ya entraban unos, ya se echaban otros sujetándose la sangre de sus heridas.

En tanto, Teresa corría desolada, resbalándose en los charcos de sangre, alzadas las manos donde la luz ardía con un destello granate, sueltos los cabellos que el viento agitaba como un jirón de luto. Al bajar las escaleras se halló con Fonticelli.

—Líbrame de Miguel Franco —gritó.

Fonticelli la toma en sus brazos. Huye el mozo ligero por entre las llamas. Teresa le guía hacia la puerta trasera. Mas la doncella se incorpora violenta.

—¡No, déjame —grita—, le amo, le amo![91]

Fonticelli palidece y no la abandona. Sale con ella al campo, reclinada en sus hombros; llena de sangre; los ojos sin luz como si el sol se los hubiera besado. La palpa. Su pecho se levanta ansioso. Está desmayada…

Capítulo V

La victoria

Entre el incendio los hombres de Franco hienden las puertas, abren los muebles; corren frenéticos por todas partes. A los ojos de Franco se ofrece una escena de saqueo e incendio. Los corredores están llenos de humo. El corazón le palpita. Unos hombres salen con una bandera desteñida, rota, llena de sangre. Es la vieja bandera de Pedro Montenegro. Se aparta. Todos buscan oro; todos se atropellan entre los derribados arcones, vociferan todos. Arrojan por las rejas muebles y cuadros. Sale como una bocanada de sangre la vieja bandera de Ayacucho. Fuera cae el trofeo. El cielo está pálido. Una estela roja se engarza en las ignotas cumbreras. La soldadesca se precipita sobre la bandera; la rasgan; toman la franja amarilla y la cuelgan en el muro.[92]

Un espasmo de victoria electriza a los federales. Los machetes levantados saludan la enseña amarilla que ondea como un celaje bárbaro y el último destello de luz enciende las armas empapadas. Franco quiere precipitarse en la escalera, pero ésta se desploma. Cunde el estrépito. Los techos se derrumban también y aparecen las columnas mutiladas. Suben las llamas. El viento esparce las cenizas. La noche cierra.

Franco estaba en el patio. Vuélvese ansioso a todas partes.

—¡Teresa, Teresa! —clama.

Silencio. Sólo responde el muro que se derrumba. Un sollozo le rompe el pecho. Por el curtido rostro ruedan dos lágrimas; le mojan la barba espesa. Al mismo tiempo una voz fuerte, sonora, gritó fuera:

—¡Viva la Federación!
Y la turba ebria repitió en un rugido:
—¡Viva![93]

FIN

CUBAGUA

A Santiago Key Ayala

I

TIERRA BELLA, ISLA DE PERLAS…

En el centro de Margarita La Asunción erige sus paredones de fábricas abandonadas hace mucho tiempo y las tapias blancas de sus corrales ornamentados de plátanos. El color es la magia de la isla. Así lo piensa Henry Stakelun, gerente de la compañía que explotaba unos yacimientos de magnesita,[94] y la misma fascinación experimentan cuantos viajeros la contemplan alguna vez. Con su ancho sombrero oscuro, vestido de kaki, botas altas, con su rifle y seguido de dos perros, Stakelun recorre los campos al azar. Las sierras y labranzas resecas no impiden el aire embalsamado que llega de huertas distantes. Margarita presenta esos contrastes.

A la entrada de La Asunción unos matapalos vierten sus copas maravillosas junto a un convento franciscano convertido en casa de gobierno. En la plazuela están el templo y el antiguo ayuntamiento donde se ve todavía un escudo de España. Frente a la plazuela hay una fuente pública, en medio de un ancho espacio cubierto de hierba. A pesar del enjalbegado obligatorio dispuesto por la ordenanza municipal las viviendas dan la impresión de que van cayéndose lentamente. Hace un siglo la ciudad fue quemada, arrasada, y desde entonces quedó tal como es hoy, señoreada por su castillo, un viejo caserón militar. Los callejones se retuercen vetustos, silenciosos, llenos de hierba. Tarde y mañana, las muchachas conducen el agua hasta los barrios más lejanos. Las campanadas caen pesadas, monótonas, marcando inútiles el tiempo. El día declina rápidamente entre sombras melancólicas.

Entonces un empleado enciende los faroles. Huye el verdor de las montañas que la circundan y los murallones del Castillo de Santa Rosa se hacen más oscuros. En Porlamar viven los capitalistas, mercaderes, propietarios de los trenes de pesca. En La Asunción, los empleados públicos envanecidos y pobres.

El juez doctor Figueiras habitaba en una de esas calles sórdidas con casuchones desiguales, próximos a desbaratarse. Vivía allí, a pesar suyo, pues en La Asunción hay también crisis de alojamiento. Le acompañaba Andrea, una mulatilla incitante y espigada que había llevado del Tuy para servir su cocina. La castidad de un viejo depende a veces de sus gustos culinarios. En el salón de gruesas vigas y paredes amarillentas, al suave balanceo de su hamaca, el juez meditaba sus asuntos. Alineados en un cajón se veían los códigos y encima del cajón un gran cuchillo. Con él dieron muerte a un mozo en el pueblo. Figueiras lo guardaba a manera de amuleto y también con el propósito de formar una colección y venderla. Todas las mañanas el juez se levantaba temprano, conversaba con el loro de Andrea, observaba el cielo siempre azul y brillante, tomaba el café y se marchaba al juzgado en una celda del viejo convento.[95] En la capilla está la imprenta oficial y bajo la escalera encierran a los borrachos que escandalizan por la noche, con excepción del secretario Benito Arias. A las once es la hora del aperitivo, el almuerzo, la siesta. La guardia de la cárcel hace el relevo. Entonces Andrea venía a tumbarse en su hamaca, junto a la del juez. Y todas las noches, hasta las diez, Figueiras se dirigía a la cantina de Jesús Quijada,[96] en donde se comentaban las noticias en torno de un racimo de bananos[97] pendiente del techo. Allí resolvía consultas de diversa índole y recitaba versos clásicos.[98]

En la misma calle que Figueiras vive el coronel Juan de la Cruz Rojas, de servicio en la isla, el cual refiere siempre sus proezas de guerra en Apure.[99] Más allá se puede leer el siguiente anuncio en una plancha de cobre:

Doctor Gregorio Almozas
Médico, cirujano y partero

A veces, en el vecindario, se oía la voz de Andrea recriminando al juez:

—¡Leónidas!

Cuando estas desavenencias ocurrían en presencia de testigos, Figueiras, disculpándose, los acompañaba hasta la calle. Después atrancaba la puerta y maldecía su destino.

Hacia el este se encuentra Paraguachí y más allá la playa del Tirano, un paisaje de rocas y alcatraces, así llamada por haber desembarcado allí el famoso Lope de Aguirre con sus marañones.[100] Desde el Perú siguió el camino de los ríos hacia el mar y se apoderó de la isla con una estratagema que revela su manera de conocer los hombres. Como los vecinos estaban alborotados y el gobernador indeciso en permitir el desembarco, Aguirre propagó el rumor de que llevaba grandes riquezas, manifestándose liberal en sus presentes y obligaciones. Dio por una vaca una copa de plata y a otro regaló un capote de grana guarnecido de oro.[101] Desde aquel momento el gobernador ambicionó, con los deseos más ardientes, apoderarse de los bergantines; pero una vez en tierra, tras muchas palabras y negociaciones, Aguirre hizo salir parte de sus hombres que con gran arcabucería y muchas lanzas y agujas prendieron al gobernador y sometieron su gente. Don Juan de Villandrado hubo de hacer el camino de La Asunción en las ancas de su propio caballo montado por Aguirre,[102] que le prodigaba los miramientos de una cortesía burlona. En una crónica antigua, reproducida en el *Heraldo de Margarita*,[103] se lee lo siguiente:

«El traidor Lope de Aguirre y los demás rebeldes que él acaudillaba, con increíble maldad de sus torvos ánimos, cometieron en la Margarita toda especie de crímenes. Después de apoderarse de la fortaleza se dirigieron con horribles blasfemias a quitar el rollo, que era de madera de guayacán, erigido en la plaza, y con mucho esfuerzo no pudieron derribarlo, lo cual se tuvo por permisión divina.[104] Raro era el día en que el monstruo no inventaba una nueva maldad.

»Mató al gobernador, al alcalde, al regidor, al alguacil mayor. Mató mujeres, ancianos, frailes, labriegos. Mató a su confesor, fraile dominico, por haberle reprobado sus infernales delitos, aconsejándole que volviese a la obediencia de Su Majestad. Este varón recibió la muerte con entera humildad mientras rezaba el *Miserere mei Deus*. En las horcas de dos desertores mandó

poner estas leyendas: "Ahorcados por leales servidores del rey de Castilla", y decía comentando el suplicio de aquellos infelices: "Veamos ahora si el rey os resucitará o dará la vida"».[105]

Pero en Margarita el Tirano Aguirre está olvidado.[106]

En Paraguachí, a la hora de vísperas, en la puerta del templo, se veía a un franciscano, hombre alto, cojo, de edad indefinible. Era el párroco, fray Dionisio de la Soledad,[107] que seguía con la mirada la puesta de sol y las rojas flores de cedro desprendidas por el viento. Singulares versiones corrían desde su llegada al pueblo. Se aseguraba haberle sorprendido de rodillas ante una cabeza momificada que ocultaba cuidadosamente. Otros hablaban de su afición a mascar cierta hierba e indicaban un diente de caimán pendiente de su camándula.[108] Gracias a él, Paraguachí tenía dos torres[109] y gracias a él, desde unas semanas antes se encontraba allí Nila Cálice,[110] hospedada en su misma casa. Con gran beatitud en el semblante, Nila tocaba el órgano. Resonaban entonces profundos gemidos o expresiones de amor incontenible, especie de ráfagas bajo las cuales oscilaban los cirios del altar. Después, vestida de hombre, montaba a caballo.[111] Se la veía a través de los valles grises, de los valles verdes, tornasolados, y en las playas deslumbradoras. La pasión de Nila era la cacería, la danza, dormir al aire libre, galopar horas y horas, lo que al fin y al cabo quiere la vida moderna.

Se murmuraba de Nila con envidia, se la deseaba. Esto ocurría en Paraguachí o en La Asunción. En los ranchos, a lo largo de los caseríos, era otra cosa. Salían a verla. Después callaban pensando que era demasiado bella y altiva. Su cuerpo tenía la prístina oscuridad del alba. Una emoción de fuerza, los rasgos puros de una raza tal como debió ser antes de que el pasado les cayese en el alma. En cada uno, al verla, la visión persistía de un modo distinto.

—Todo fraile guarda bajo el hábito el secreto de una linda moza.

—Y Etelvina Casas, ¿qué dice?

—Etelvina, como de costumbre, se ha hecho amiga suya y se han ido a bañar juntas.[112]

—¡Es pavoroso! ¡El pueblo entero debería protestar!

Otros, en cambio, garantizaban la santidad del párroco. Fray Dionisio no poseía nada. Era hombre de perfecta humildad. Durante la construcción de la torre se le vio subido en los andamios con el hábito manchado de barro, los ojos llenos de polvo. Él mismo, ayudado de los vecinos, acarreaba piedras, arena, cemento. Florecieron rosetones en la fachada y las columnillas se elevaron airosas y esbeltas. En breve la torre quedó concluida y resonó su voz de plata en la mañana, de bronce al atardecer. Después fray Dionisio quiso acometer otras empresas, pero estas quedaron interrumpidas.

Cerca de Paraguachí estaban los establecimientos de la compañía. Stakelun se hallaba bien instalado y podía ofrecer a sus huéspedes comodidades de que carecía el mismo presidente de Estado.* Desde su hamaca Stakelun contemplaba los montones de tierra blanca, las serranías también, blancas, azuladas como la orla de los nacarones. Las obras estaban abandonadas, las vagonetas inmóviles, oxidándose en las paralelas inútiles. Apenas dos empleados cuidaban las herramientas, las plantas y los perros de Mr. Stakelun.[113] En ocasiones este abandonaba su optimismo y prorrumpía iracundo contra el exgerente Joseph Johnston y su esposa, Zelma Johnston,[114] causas de aquel litigio ruinoso y eterno.[115] Nadie, en realidad, se acordaba de que allí se explotaban unas minas. El mismo Stakelun residía allí para seguir de cerca las fases del proceso e ir a La Asunción a cumplimentar las autoridades. Entonces refería, a quien quería oírle, la traición de Johnston y la codicia todavía peor de su mujer. Zelma era una vieja feroz. Se la encontró de cocinera, pero Johnston terminó por enamorarse de ella y renunciar al cargo para demandar a la compañía por daños y perjuicios. Al menos así lo había decidido Zelma.

La amistad con jueces y funcionarios era siempre para Stakelun una vislumbre de esperanza. Su casa estaba siempre abierta a los personajes de alguna importancia. El doctor Figueiras

---

* Margarita es uno de los estados de la unión venezolana.

y el coronel Rojas le visitaban con frecuencia. El doctor Almozas iba también a tomar su whisky.

—¡Ah, si la isla tuviese agua sería un paraíso! Aquí se dan excelentes uvas. Las piñas son las más ricas y la variedad de pescado es infinita. Hay para surtir al mundo de conservas. ¡Si hubiese iniciativa! En nuestro país se puede hacer todo y todo está por hacer. Pero la isla es tan fértil que no necesita agua.[116]

—Para que esa audacia llegue será preciso que pasen mil años. El progreso llegará a nosotros después de un milenio —arguyó Figueiras con una risita sarcástica.

Y el doctor Ramón Leiziaga, graduado en Harvard, ingeniero de minas al servicio del Ministerio de Fomento, comenzó a pasearse de un lado a otro:

—No basta la iniciativa. Ante todo es preciso dinero.

—Sí, todo puede hacerse y nada —añade con sorna el coronel Rojas.

Leiziaga volvió a sentarse, montó los pies sobre la mesa cargada de botellas y vasos.

—Siempre he acariciado grandes proyectos: empresas ferroviarias, compañías navieras o vastas colonizaciones en las márgenes de nuestros ríos; pero si logro una concesión de esa naturaleza, la traspaso en seguida a una compañía extranjera[117] y me marcho a Europa. Ya tengo treinta años[118] y un jefe, el doctor Camilo Zaldarriaga. Un hombre gruñón y sarcástico, un imbécil. Deseo huir de todo esto, porque hoy los años son días y aquí los días son años.[119]

—¡Je, je! Es el pensamiento de todos nosotros: irnos a Europa, pero nuestra tierra no sufrirá nunca esas palpitaciones febriles que usted desea.

Sin lentes, Figueiras adquiría cierta expresión jovial, como despojado de su sombrío atributo de juez.

—Europa ha terminado —afirma Stakelun—. Norte América es muy joven. Ustedes están naciendo ahora.

—Sí, ¿a qué preocuparse tanto? ¿No es cierto? He oído esto a menudo. El todo está en vivir. Sin embargo, a mí me parece que Suramérica quiere ser ante todo una señora muy vieja. Se ha puesto arrugas postizas y cabellos blancos. Acaso sea coquetería de joven; pero mientras tanto es preferible la selva, el silencio virgen.[120]

—Pero, ¿a cuál América se refiere usted? ¿Eh? —interrogó Almozas casi indignado—. Usted no me negará, joven, que aquí están las reservas de la humanidad futura. La ciencia...

El doctor Almozas depositó en el suelo un estuche de madera. Era un fórceps oxidado.[121]

—¿Usted emplea eso así mismo, doctor? —preguntó Stakelun.

—Sí, así mismo —repuso un poco sorprendido.

Venía de usarlo en un parto muy laborioso. Gemelos. El caso es frecuente en la isla. Almozas hacía pensar en aquella gente tan pobre y fecunda. Él mismo tenía veinticinco hijos y unas plantaciones de coco.[122] Figueiras y en general los empleados públicos, en su mayoría forasteros, se lamentaban siempre de aquella pobreza irremediable. El único que no decía nada era Rojas. Escuchaba con desdén los comentarios apenas reprimidos en presencia de los nativos. Ahora Leiziaga tenía el mismo pensamiento y el doctor Almozas continuaba hablando ante él de la fecundidad de la isla.

—La ciencia... —y concluía con un ademán torpe, solemne, en el cual abarcaba toda la enorme masa silenciosa— ...el vulgo.

Una campana sonó. Unos pasos hicieron crujir la madera del piso. El viento arrastraba arena, pétalos, palomas, el color rubio, bermejo, cálido. Hernando Casas[123] entró y se dejó caer en una silla con expresión de cansancio:

—El lunes entrego la finca —dijo, y comenzó a reírse de Almozas y de las alusiones a Zelma Johnston.

—¡Está usted contento! —observó Figueiras.

Parecía, en realidad, desembarazado de un gran peso. Casas se había dejado arruinar con una especie de voluptuosidad. Etelvina, su mujer, refería esto llorando.

—¡Es la luz! —afirmaba Almozas.

—¡Oh, no creo que la luz quite el coraje a los hombres! No, mi hijo no será así.

Etelvina odiaba a Stakelun, que no se daba por aludido. Aquel día, como siempre, fue a Las Mayas en compañía de Leiziaga. Era una casa antigua, con su alberca cubierta de musgo. Cerca corre una cañada, verdadera fortuna en la isla, con la cual en otro tiempo, los frailes franciscanos[124] hacían mover su trapiche. La estancia más rica de Margarita, propiedad hasta

hacía poco de los Casas.[125] La familia ejercía sobre aquellas tierras un dominio secular. Niños desnudos, con los ojos comidos de tracoma, llegaban en multitudes:

—¡La bendición, madrina!

Las mujeres que desandan los caminos en busca de agua y tejen al mismo tiempo llegaban también con sus cestas de frutas y bateas de pescado en la cabeza. ¡Ah, Señor! Tejen febrilmente. El tejido les hace olvidar las distancias, el sol, la vida quizás.

El nuevo propietario estaba instalando un alambique y hacía vender agua a diez centavos lata.[126] A Rojas la cedía gratis. Al doctor Almozas cobraba únicamente tres centavos. Estos detalles exasperaban a Etelvina. Cualquiera, al verla, temía verse arrastrado por ella a un abismo insondable. Bajo los árboles decrépitos, su figura se tornaba más ligera. Una palidez recorría su cuerpo. Iba partiendo los gajos más tiernos, chupando los tallos, las flores ardientes.

—Tres días apenas nos quedan en Las Mayas. Será preciso impregnarse bien de todo. Aquí he vivido, he sufrido.

—Pero, ¿cómo puede usted vivir aquí, Etelvina?

—Los pueblos son insoportables. Créame, Leiziaga, aquí estaba mejor. Siquiera veo las estrellas a mis anchas. Yo abomino esas poblaciones que tienen un poeta como una torre y su parque de pobres árboles... Escuche.

El viento pasaba en silencio. Una luz brilló dentro. Etelvina fue a tenderse en los tréboles que circundaban la alberca. Palpaba la tierra acariciándola:

—¡Serás mía a pesar de todo!

Los cabellos formaban lucientes anillos en torno a su cuello, y en sus ojos, también negros, se encendió una alegría extraña y breve.

Esa misma noche, en la tertulia de Jesús Quijada, el doctor Figueiras afirmaba:

—He conocido a este joven Leiziaga que ha venido a inspeccionar la magnesita y he tenido ocasión de tratarle. Me parece un vicioso, un irresponsable, ¿sabe?

El bachiller Bautista Aguilar, archivero y calígrafo oficial, movió la cabeza en señal de aprobación:

—Eso es lo que mandan a Margarita. No debemos hacernos más ilusiones.

—Y el secretario, ¿qué hace ahora?

—¡El secretario está borracho!

—Me alegro. Con eso no intrigará a nadie.

Entonces se hizo el silencio.

Stakelun esquivaba la modorra, el ambiente perezoso. Cazaba monos, conejos, venados, perdices. Emprendía excursiones a las islillas vecinas donde abunda el carey, las orchilas color de ébano que esmaltan el polvo milenario de conchas.[127] Trepaba las serranías hasta hartarse de sol y de cansancio. Las tierras se extienden rojas, doradas, de un rojo que devora las montañas. De pronto, en algún sendero, hay un estallido inesperado de flores. Hay lagunas, alboradas, ocasos, playas, raudales maravillosos. Las palmeras se confunden con los cardones y derraman su verdor piadoso estremecido por el soplo ardiente de los arenales. Un pedazo de tierra cortado por el tajo de algún cataclismo.

He aquí lo que el poeta J.T. Padilla R.[128] ha dicho de su isla: «Margarita es tierra de flores, tierra bella, isla de perlas.[129] Una sola perla es Margarita nacida del mar en un tierno ocaso del mes de abril. La palmera crece en sus valles, valles graciosos que sonríen al viajero».

Pero el poeta nada dice de la miseria de los labriegos, ni de sus valles áridos. Por eso Padilla y su isla se mueren de hambre.

La perla es la vida de todos.[130] Pocos días antes los trabajadores de Margarita solicitaron la apertura de la pesca antes de que el *turbio*[131] dañase los ostrales. No caía gota de agua en la isla. Las labranzas quedaban abandonadas y los que podían emigraban a los campos de petróleo o al Orinoco.

Bajo las enramadas, en largas hileras, se ven los botes recién pintados. Las orillas se extienden en curvas perfectas con su eterno festón de espuma. Aquel día, como de costumbre, Stakelun bajó al Tirano en compañía de Leiziaga y pidió un bote. Se pusieron los trajes de baño para nutrirse bien de rayos solares. Antonio

Cedeño rema lentamente. Es un hombre corpulento. Su rostro recuerda el de los ídolos esculpidos en piedra que yacen dispersos o enterrados. Toscos y deformes, pero que esconden bajo su fealdad irónica el misterio de los orígenes, la remota y deliciosa verdad.

—Cedeño, ¿no has vuelto a beber?

—Será cuando la pesca se abra.

Es la esperanza evocada siempre al atardecer o en cada hora oscura del día. Leiziaga quiere demostrar las ventajas de limitar la estación de pesca para proteger el desarrollo de los placeres,[132] pero Cedeño se encoge de hombros y deja escapar una mirada hostil.[133]

—Son cosas de la ciudad, de los extranjeros. A la ciudad van las riquezas de la isla.

—Usted también es extranjero —observa Stakelun—.[134] Extranjero es todo el que no ha nacido en la isla. Forastero. Yo conozco la tierra.

—No importa. Pueden venir todos. Nosotros siempre quedamos.

Violentamente Cedeño arrebata los remos a Leiziaga. Sus ojos penetran en el agua espejeante. La perla permanece secuestrada. En vano la luna o el rocío resbalaron en las horas pálidas, cuando la noche se extingue y las conchas se abren trémulas de deseo.[135] Sin embargo los remos no dejan señal y ellos explotan el campo donde se borra siempre el surco, igual que el viajero de hace muchos siglos cuyos pasos no dejaron huellas.[136]

—El mar siempre da pan —añade Cedeño indiferente, señalando las costas.

Hombres casi desnudos repetían gestos ancestrales. Las velas se hinchan lozanas. Con una serenidad augusta lanzaban las redes.

¿Quién ha dicho que es inútil arar en el mar? [137] Los brazos labran surcos donde la gema florece. Hincha de pan las manos como la mazorca. ¡Bendito sea el mar! El mar, como la tierra, da oro y pan.

Sobre las piedras amontonadas Leiziaga piensa: «Allá está el doctor Zaldarriaga con sus planos, sus sarcasmos y su rutina inevitable». Todos los días su jefe inmediato le pasaba planos e informes sobre los cuales iba trazando con su bella letra: oro,

petróleo, diamantes. Dentro parece fulgir el brillo pálido de los metales en que la muerte trabaja sus talismanes. Ahora, en vez de papeles, veía allí, frente a él, la costa desierta del continente. Hay espacio para ciudades colosales, para que una poesía inédita, un género de vida nueva, escale las torres y gane el cielo azul entre el humo de los navíos. Tarde o temprano, el mundo viejo iría desapareciendo, borrándose en América. Tras una pausa saludable se alzarán ciudades asiáticas, africanas, europeas, con terribles guerras de razas alimentadas por un materialismo feroz, en el cual se hallarían gérmenes de los antiguos misticismos.[138] Entonces no quedaría el recuerdo más remoto del doctor Zaldarriaga ni del doctor Almozas.

El mar es verde, diáfano. Las playas lejanas brillan como guijarros. La luz blonda, vigor de espátula en torno de las rocas, alza sus velos argentados, sus sinfonías de llamas, sobre islas y farallones. Los Testigos, Los Frailes, La Sola.

En otro tiempo existía aquí una raza distinta. Sacaban perlas, tendían sus redes, consultaban a los piaches, usaban en sus embarcaciones velas de algodón. Nacían y morían libres, felices, ignorados. Después llegaron descubridores, piratas, vendedores de esclavos.[139] Los indios descubrieron entonces entre las zarzas, junto a una caverna, morada de adivinos, una figura resplandeciente. Tenía un halo de estrellas y un pedestal de nubes.[140] El monte estaba cubierto de infinitas estrellas blancas. Piadosamente la condujeron a un valle y allí erigieron un santuario. Desde aquel día las playas y laderas de la isla manan un olor suave y deleitoso. Los piaches huyeron, se levantaron poblaciones, la tierra pasó a otras manos. Ahora un denso silencio se desprende de las cimas. Todo aquello ha pasado en un tiempo demasiado fugitivo, como el que comienza ahora.

En aquel momento Leiziaga vio cerca de él a Nila en traje de baño rojo y blanco. Tomaba las conchas más hermosas para lanzarlas en el azul infinito. El disco de nácar brillaba en el torrente de luz como la luna en el día. Leiziaga creyó haberla visto toda la vida o al menos hallar una imagen que vivía confusamente dentro de él. Barro maravilloso en el cual se funden y plasman los deseos. Las olas llegaban en tumulto, lentas grabadoras de rocas, imprimiéndose en las costas.

—Es la hija de Cálice, un lázaro —dice Stakelun—. Vive con el cura.

Leiziaga se acercó a ella:

—Justamente, pensaba en ti.

—¡En mí!

—No precisamente en ti, pero es como si hubiese hallado lo que buscaba.

—¡Ah, eso es otra cosa!

Nila se tendió en la arena. Después se sumergieron en el mar tibio, purpúreo. Los alcatraces se precipitaban sobre el cardumen. Las islillas destellaban lejanas. Los cardones descendían en apretadas filas hasta el mar. Cuando regresaron los contornos eran más nítidos, como trazados con carbón encendido.

—La humanidad quiere volver a la vida primitiva. Siente necesidad de reposo y de un poco de silencio.

—Nosotros lo tenemos. Fíjate. La vida en una gran ciudad y la de las selvas difiere únicamente en los detalles materiales y en el silencio. El instinto es el mismo. Pero el silencio está de nuestra parte.

—He estado largos años fuera y al volver me ha parecido que no conocía mi país, Nila. Se me ha revelado de un modo distinto.

—Yo también he salido; pero siempre queda algo tan arraigado en nosotros que nada puede modificar.

—Hay una alegría extraordinaria en todo eso. ¿No crees? Acaso seas tú, Nila.

—¡La alegría! ¿Conoces tú la alegría?

Leiziaga se volvió hacia Stakelun.

—Ciertamente...

—Bueno, será preciso irnos.

Ciertamente, en Nila había belleza, gracia, juventud, fuerza, altivez, todo menos alegría.

El auto de Stakelun, un coche de dos asientos con las llantas desgastadas, atravesó vertiginosamente el camino del Tirano a La Asunción. La bocina chilló en las callejuelas. Los cerdos pastaban cerca de las puertas. Unas gallinas huyeron asustadas. Un mendigo sesteaba en la plaza con desdén apacible por las cosas de este mundo. Leiziaga era más sensible a ese aire desolado o recibía una impresión distinta a la de Stakelun, cuyas pupilas

metálicas interpretaban de un modo distinto las cosas muertas. Violentamente hizo funcionar el motor.

En tanto, Nila, vestida de blanco, cubierta con un sombrero de paja, galopaba por los senderos. Su figura se diseña flexible, dorada, perseguida por los perros que ladraban entre el polvo. Veloces giraban los pueblecitos con sus portales blancos como fachadas de cementerios aldeanos, de los cuales llegaba un compás de joropo... Trochas y acordes. La música del pueblo es triste.[141] El secretario Benito Arias vio a Nila, la llamó con silbidos y lanzó su caballo en pos de ella. Se hallaron en un lugar desierto, entre cardones florecidos de rojo. De pronto Nila se volvió, velozmente pasó cerca de él y al pasar le cruzó la cara con el látigo.

A la misma hora Figueiras, en compañía de sus huéspedes, tomaba asiento en la mesa adornada de lechosas, mangos y aguacates. Gravemente apoyaba la barba en su diestra:

—Andrea ha compuesto un pescado excelente en honor de ustedes. Si la isla tuviese agua no echaríamos nada de menos. Ahora tendremos carretera de macadam de norte a sur y después vendrá la luz eléctrica. El progreso entrará a la fuerza.[142] ¡Sí, en nuestro pueblo el progreso entra siempre a la fuerza! ¡Fíjese!

Andrea en pie, a su espalda, quería intervenir en todo. A cada momento llamaba la atención del juez. Le estaba prohibido fumar. El alcohol le producía disturbios estomacales.

—Esta pobre muchacha se preocupa mucho por mí. Por eso le perdono su falta de tacto. ¡Salud, señores! —dijo apurando su vaso de ron con limonada.

—Leónidas, ¡te he prohibido beber!

—Está bien, está bien, no te importe.

Andrea dio un respingo y sacó la lengua. Entonces Figueiras se levantó, se dirigió a ella iracundo, suplicante. El loro comenzó a gritar palabras obscenas. Un mono se descolgaba por entre las ramas del patio con gestos burlones. Al tomar asiento de nuevo, Figueiras estaba imponente.

—¡Salud, señores! Pensemos en nosotros mismos.

Al final del almuerzo volvió a chillar Andrea:

—¡Mientras hablas zoquetadas la casa se vuelve un desorden!

El secretario de la jefatura se había echado en su hamaca y dormía profundamente. A poco volvió el juez con semblante preocupado:

—La muchacha del cura ha agredido al señor Arias. Esta será su última fechoría. Señores, les ruego dejarme solo. ¿Saben? Todo se arreglará. Ustedes perdonen.

Había en su rostro un dolor profundo.

No hay brisa, pero caen los jazmines encendidos y el verdor de los dátiles lejano y lánguido. Las casas parecen desiertas, y el mar presentido en el aire, un cristal líquido. Si cayese la lluvia, la tierra sería menos roja y menor también el ardor de los cuerpos. Después se oye una canción tierna y triste. Hombres de jarana preludian sus guitarras junto al viejo convento. Adultos y niños untados de grasa pasan el domingo en la plaza o sentados a las puertas de sus casas. Todo aquello se ilumina con una luz sombría, amarillosa, que desgarra los ojos.

Paraguachí aparece risueño bajo sus cedros y ceibas frondosas. En el altozano del templo se pasea un fraile cojo, absorto en su breviario. El sayal descubre las piernas descarnadas, oprimidas por gruesas botas. Parece más bien una de esas figuras carcomidas que se ven en las fachadas de los templos muy viejos. Es fray Dionisio que reza el oficio parvo.

Al verle, Leiziaga sonríe de la maliciosa intención del pueblo.

—Todos los que han pasado por aquí —dice Stakelun— han pensado en Nila.

—¿Conoces a Nila? —preguntó después a Etelvina.

—A Nila, sí; pero ella no es nada de Cálice. Es hija de Rimarima,[143] un cacique que murió asesinado hace algunos años. Fray Dionisio es su tutor.

Quizás eran fantasías de Etelvina, aficionada siempre a historias extraordinarias. Hablando del matrimonio refería siempre el caso de una amiga suya a quien su marido inoculó el bacilo de Hansen. La vio después en el lazareto. Sus bellas manos estaban mutiladas. Pero ahora, al referirse a Nila, dio muchos detalles. Cuando el asesinato de Rimarima, fray Dionisio les deparó asilo en un paraje inaccesible a los blancos. A semejanza de muchos otros, fray Dionisio, en vez de reducir al indio, se adaptó a ellos. De ahí las raras costumbres adquiridas durante

su larga morada en el Caroní. Nila fue a estudiar a Europa y a Norte América, donde siguió un curso en la Universidad de Princeton. Habló también Etelvina de las relaciones de Nila con Teófilo Ortega.

—He ahí el estoicismo de esta gente —afirma Leiziaga.

El doctor Almozas llegó a Las Mayas después de su recorrida vespertina y se puso a leer el discurso que debía pronunciar en la inauguración de un puente, en el cual loaba las virtudes de la isla heroica y procera.[144] Leyó con tanto énfasis que no pudo advertir la indiferencia de los oyentes.

El cielo tenía un resplandor de oro y al occidente caía una lluvia de perlas y rosas. El viento pasaba dulcemente, arrastrando el aroma de las huertas. En la iglesia sonaba el órgano. El mar lanzaba entre las rocas amontonadas su rumor venerable.

Tierra bella, isla de perlas...

Teófilo Ortega llegó esa tarde de Porlamar. Se fue a su casa, se lavó, comió su pescado asado con pan de maíz y en seguida marchó a casa de Nila. Vestía pantalón negro, camisa blanca, zapatos oscuros. El tatuaje en el brazo izquierdo: una serpiente entre dos puntos y en letra cursiva las letras T. O.

Nila estaba en su hamaca purpúrea, de cuadros azules. Empuñaba un enorme abanico de palma que reposaba sobre su pecho florido. Ortega entró y sentose en el suelo, absorto en ella, que sonreía a un pensamiento lejano. Sin duda estaba ausente. La luna penetró en la habitación.

—Nila, tengo que hablarte.

—Bueno, será después. Ahora, déjame.

Ortega salió sin hacer ruido. Cuando el pueblo se hubo dormido, Nila y fray Dionisio bajaron hacia el puerto.

A la misma hora, viendo la luna, la sombra de los árboles, los campos donde flota un aire de cosas inmemoriales y extinguidas, Leiziaga pensaba en Nila y escribía. «En la espuma como en la niebla y el silencio hay imágenes fugitivas. Son tan ligeras en su eternidad que apenas podemos sorprenderlas; pero en ocasiones, un sonido, una palabra u otro accidente inesperado,

provoca la revelación maravillosa en el hondo misterio de las costas y serranías».

A la mañana siguiente los Casas se fueron definitivamente. Hernando ayudó a montar a Etelvina. Después subió él con el pequeño Hernando.

—Hasta la vista —y tomó la delantera.

Etelvina contempló un momento los muros seculares de anchos aleros, los árboles dormidos en el aire cremoso. Allí había sido su alumbramiento. El último de los Casas. Esa noche, como siempre, el viento daría sus largos giros mientras la lluvia de astros cae sobre los montes y llena los arroyos, las vertientes. Esa noche, como siempre.

—Serás mía, a pesar de todo.

El mismo día Leiziaga recibió un telegrama del ministerio en el cual se le ordenaba inspeccionar la zona de perlas de Cubagua.[145]

Stakelun no se había movido de su hamaca. En torno suyo rodaban las botellas vacías.

—Le recomiendo para su inspección a Antonio Cedeño. Puede llevarse a Teófilo Ortega, que es buzo. De lo contrario, tendría que ir hasta Porlamar.[146] De aquí a Cubagua hay apenas una hora.

Stakelun se incorporó a medias. En sus ojos había un destello de curiosidad y de ironía:

—Buen viaje, y mucha suerte.

El viento zumbaba en la Cueva del Piache, en el valle de San Juan, sobre las montañas de Guatoco, El Copey y Macanao arrastrando la leyenda del Tirano Aguirre, la de los guaiqueríes, la de los piaches. Ya que nadie los recuerda.

Leiziaga pensaba cumplir la comisión en tres días y regresar en seguida a Caracas.

II

EL SECRETO DE LA TIERRA

La Tirana surgió en Cubagua, una isla decrépita de costas roídas y aplaceradas. Cardones. Los alcatraces vuelan inmóviles, en largas columnas, sobre un cielo desfalleciente. A pesar de eso, Leiziaga se arrepentía de no haber seguido las indicaciones de Cedeño: salir por la mañana a fin de no pasar la noche en Cubagua.

Caen las velas, la tarde. Los tripulantes se deslizan y maniobran con la solemnidad de un rito que celebra el nacimiento de las constelaciones.

Antonio Cedeño explica mascullando las palabras entre su gran cigarro: aquella es la Punta de Araya, el Golfo de Cariaco, Coche. Son costas que se van ocultando, serranías borrosas. Aquí en Cubagua –prosigue– hay petróleo.[147] También habla Cedeño de la ciudad que en otro tiempo hubo en la isla y señala los escombros sumergidos. Algunas ruinas y cobertizos utilizados en la pesca recuerdan todavía los primeros establecimientos.

La boca de Cedeño se hace más gruesa partiendo en dos los rasgos abultados. Pero Leiziaga no escucha más. ¿Hay petróleo? Su memoria comienza a reunir datos, noticias vagas. En Londres se suicidó un sujeto que afirmaba la existencia de una fuente de petróleo en una isla venezolana.[148] Desde Cubagua remitían a España un betún muy solicitado para usos medicinales. Los viejos duques lo pagaban a precio de oro. Cedeño muestra la cadena de discos aceitosos en torno de *La Tirana*.

El corazón de Leiziaga da un salto y su alegría es apenas comparable al disimulo de Colón cuando vio allí mismo las indias adornadas de perlas… Les arrojaron un plato de Valencia y ellas dieron todas las perlas.[149] Avanzaban en la celeste alegría de la luz, con movimientos que recordaban sus danzas. Si eran bellas lo decían sus espejos de nácar y aquel mar donde se agrupaban desnudas. Leiziaga piensa qué puede dar él tan insignificante como un plato para obtener aquello.

—*La Osa* —dice Teófilo Ortega observando los mástiles que sobresalen al otro lado del ancón desierto.

Vencidos por el día asfixiante se enjugan los torsos desnudos, y sus labios se mueven apenas.

—¿Qué hablan ahí?

Ellos se miran y le observan. Nadie ha dicho nada. Los ojos de Cedeño se repliegan irónicos. Del cigarro se desprenden pequeñas chispas. Pero cuando Leiziaga le interroga, siente la fuerza que los lanza al uno contra el otro. Es un choque de miradas alertas donde hay algo más que desdén, más que odio. Después de la cena, Leiziaga tomó la linterna, aseguró la pistola y se fue a tierra.

Los pies se hunden en el río de nácar. Rocío de mundos. De una vez podría realizar su gran sueño. En breve la isleta estaría llena de gente arrastrada por la magia del aceite. Factorías, torres, grúas enormes, taladros y depósitos grises: «Standard Oil Co. 503».[150] Las mismas estrellas se le antojan monedas de oro, monedas que fueron de algún pirata ahorcado. Los hombres que se mueven como dormidos desaparecerían. De pronto se sintió turbado creyendo oír en el espacio un rumor humano.

Por el mar se aproxima un coro de voces, ecos de las noches primitivas, a las cuales suceden pausas inmaculadas y una ráfaga de oro, un destello lejano. Ideas que nacen del mar, entre los arrecifes. Cuando ha llegado el tiempo escapan de sus lechos y emigran, girando siempre para orientarse, en grandes nubes. Conseguido el rumbo, nada puede desviarlas, ni el viento ni las montañas, y vuelan directamente a refugiarse en las viviendas humanas causando a veces terribles estragos. Como son semejantes al polvo, nunca se las podría eliminar. Se las vería a través de un rayo de luz, sujetas a quedar aplastadas en algún grueso volumen,

confundidas con los vulgares insectos que vuelan en torno de la lámpara.

Leiziaga ríe imaginando lo que pensarían de esto el doctor Camilo Zaldarriaga y el doctor Tiberio Mendoza, aquel académico asmático y sentencioso.

—¿Qué tal Cubagua, eh?

Volviose y se halló frente a fray Dionisio. Parecía más alto, más flaco, próximo a convertirse en un montón de ceniza. Sus dedos resbalaban por la barba, una barba que casi ocultaba la boca hundida.

—Estoy pensando en levantar un plano. La situación es excelente. Fácil comunicación por todos lados. El agua puede traerse en pipas, de Cumaná.[151]

—Exactamente. Hace cuatrocientos años la traían también en pipas. Exactamente. —Y añadió—: Verdad que es poco tiempo.

Ante ellos, los cardones forman un laberinto de columnas. En *La Tirana* una voz infantil canta con melancolía inconfundible:

Las tres carabelas,
las tres carabelas
que Colón tenía:
La Pinta, *La Niña*
y *La Santa María*.

Caras barbudas, meditativas, bajo los cobertizos alumbrados con tizones. Las sombras crecen hasta escaparse por el techo.

—¡Qué efecto más dramático el de la luz en esos rostros!

—Este es el valle de las lágrimas.[152]

Los cardones ocultan una vivienda, restos de alguna mansión de la Nueva Cádiz.[153] Los huecos de las ventanas son como nichos vacíos. Un cardón sobresale entre los muros, se alarga, recorta su forma como un ciprés.

En *La Tirana* Martín Malavé distraía su ocio con aquella canción pueril:

La Pinta, *La Niña*
y *La Santa María*.

Las estrellas bailan en los ojos del guaiquerí, dan vueltas y caen rápidas del horizonte. La misma luna describe parábolas y se transforma en otras lunas que giran silenciosas. Al fin acaba por dormirse y sueña que tiene un barco –un barco vale más que un caballo–, y va a sacar perlas. Su barco repasa las formas del continente.[154]

Antonio Cedeño y Teófilo Ortega observan las estrellas y también se van a tierra. Diríase que algo tienen de común como el padre al hijo. En torno de ellos los arenales silban.

Apenas un arco de las galerías quedaba en pie agrietado y pronto a derrumbarse. Por las salas sin puertas entraba únicamente el viento, salas trazadas con manía de grandeza que los nuevos habitantes cubrieron en parte de paja y zinc. Cuando alguien habla la voz llena toda la casa y vuelan los murciélagos. Aves de rapiña se posan sobre los muros llenos de agujeros y garzas blancas de cuello rojo. Cuando alguna luz se enciende un mochuelo deja ver sus ojos martirizados. El pavimento fue arrancado, reducido a polvo o voló en pedazos, un día.

—Buenas noches, Pedro Cálice.

Sentados en un taburete, a la luz de un farol viejo y amarillento, Cálice examina las cuentas que le presenta Miguel Ocampo, capitán de *La Osa*. La espesa cabellera le sepultaba en su negrura. Toda la fisonomía de la isla estaba en aquel rostro.[155]

—Aquí estamos a la orden —dice levantándose—. Tengo frutas, legumbres frescas que me traen de mis tierras de Paria. Lo que usted quiera. No tenga escrúpulos, pues no toco sino lo que he de comer. Me alegro al ver gente… En una noche así llegué por primera vez a Cubagua.

Tiene las mejillas encarnadas, las orejas gruesas, ojos lagrimosos de bordes rojizos, las manos en garra.

—Hoy es fácil curarse, Cálice.

—Prefiero acabar aquí y no en un asilo.[156]¿Sabe usted? Es horrible estar sometido a un reglamento —comentó, y quiso volver a sus cuentas. Ante él Ocampo inclina su rostro lívido, con la piel pegada a los huesos y una barba lacia y pobre.

—Cinco goletas en La Guaira, dos en Higuerote. *La Tirana* y *La Osa* en Cubagua.

Un rebaño en el mar. Leiziaga hace ademán de despedirse, pero entonces Cálice hace otras advertencias: en Cubagua el sereno produce malos sueños. Es bueno cuidarse también de las arañas. Sus picaduras causan un dolor que dura veinticuatro horas, como la de los peces tataras.[157] Ahí hay un cántaro de agua fresca.

—La casa es todavía cómoda.

—Sí, en aquellos tiempos… parece era la más cómoda —dice Cálice asomándose a la reja—; aquí había una plazoleta y enfrente una iglesia que se quemó dos veces. Los dueños no tenían que andar mucho para ir a misa.

Y, señalando las conchas amontonadas en los rincones, añadió riéndose:

—Las conchas están en el mismo lugar. ¿Vinieron Ortega y Cedeño?

Ocampo no tuvo tiempo de responder. Los ojos de Cálice se volvieron duros, secos, al ver a Teófilo Ortega.

—¿Quiere venir? —dice fray Dionisio tomando a Leiziaga por el brazo—. ¡Aquí hace mucho calor! —Pero antes era preciso conocer al dueño de la casa.

Después dijo en broma que iban a fundar otra vez la Nueva Cádiz.[158]

—Está usted cojo. ¿Se ha herido?

Refirió que, huyendo de unos indios, estuvo tres días oculto en una selva orando fervorosamente. Al verse rodeado de sus perseguidores, inclinó la cabeza y esperó en vano el golpe.[159] Cuando abrió los ojos no había nadie en torno suyo, pero en la fuga se causó una herida que le dejó cojo.

—¿Me ha dicho que piensa levantar un plano de Cubagua? Puedo mostrarle uno trazado hace tiempo, cuando Nueva Cádiz se hallaba en su mayor riqueza.[160]

—El pasado, siempre el pasado. Pero, ¿es que no se puede huir de él? Sería mejor que hablásemos ahora del petróleo.

De un gesto el fraile señaló el anillo de Leiziaga.[161] Él lo conservaba como sello de su origen y por ser recuerdo de su abuela, aquella doña Isabel de Silva que sedujo al príncipe Enrique de Prusia[162] cuando este visitó a Caracas y cuya gracia vaporosa idealizó en un retrato Arturo Michelena.[163] Los Leiziaga se hallaban en Caracas desde el siglo XVIII, en la época feliz de la

Compañía Guipuzcoana, pero sus parientes por el lado materno alcanzaban a los Aguirre Villela, Loreto de Silva, y un Hernando de la Cerda que se halló en la batalla del 15 de marzo de 1567 librada por Losada contra Guaicaipuro. Alancearon indios a millares en las guerras contra los tarmas, teques y mariches.

Fray Dionisio comenzó a hablar confusamente del pasado, de las cosas exteriores y de sus relaciones con lo que ha sido y es hace trescientos,[164] hace miles de años.

—Precisamente, he tenido algunas ideas parecidas, pero deseo librarme de ellas, sobre todo en esta islilla triste. Nadie, ni Cálice, sería capaz de amarla.

Atravesaron la antigua cuadra con eslabones rotos en los muros. En aquel tiempo los perros ladraban allí a las visiones que enrojecían sus ojos. El bohío arde mientras ellos olfatean en los arcabucos la pista del indio. En Cubagua se guardaban los perros para las expediciones como si fuesen instrumentos de labranza.

Leiziaga veía con curiosidad aquella cabeza de penitente. La voz parecía afónica, lejana, sin ser lo uno ni lo otro, como si viniese a través de una niebla.

—Tal vez no le sea grata la compañía de un fraile. Yo soy como los muchos otros que desembarcan aquí. Era dura entonces la vida de fraile. Y aún hoy… —añadió, aludiendo con un gesto a su cojera.

Penetró en una habitación aislada con ventanas cubiertas de lona. Encendió una bujía en una especie de retablo. En confusa aglomeración se veían libros, cartas geográficas, ejemplares de cerámica indígena y varios instrumentos: un sextante, un teodolito, un anteojo pequeño. El mismo asombro de los viajeros que visitaban los conventos de América en medio de soledades, como el de Caripe,[165] sintió entonces Leiziaga. Tomó un volumen, al acaso: *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme en la América Meridional* por Fco. Depons, agente del gobierno francés en Caracas, 1806.[166] «La isla de Cubagua –dice–, sin agua y sin bosques,[167] que solo la codicia pudo hacer soportable, fue la primera residencia escogida por los españoles».[168] Al margen, de puño y letra de fray Dionisio, la siguiente anotación: «Situación de Cubagua: 10,48 norte y 64,15 oeste».

Depons habla de la extinción completa de los ostrales, lo cual fue, según él, de gran beneficio para la agricultura. Fray Dionisio mueve la cabeza en una afirmación burlona:

—Los placeres no se agotaron nunca. Cuando se empobrecían de un lado, se hallaba otra zona más rica. Es el mismo sistema empleado hoy. Otras causas determinaron el abandono de Cubagua.[169]

Él siguió hablando mientras ponía cierto orden en la mesa de trabajo, cerca de la hamaca. Había en el muro una carta de los territorios de Atabapo, Río Negro y Orinoco con la nomenclatura de las tribus.[170] Más de doscientos mil kilómetros: los baniguas y los parias, los guaraúnos y otomacos; los piaroas, que entierran a sus muertos en las oquedades, y los achaguas solitarios.

—Es el imperio indígena —dice apuntando con los dedos terrosos—. Hace tiempo vivo entre ellos y los observo constantemente, pero mis observaciones serían censuradas. Ni un soplo ha tocado su alma intacta a fuerza de permanecer silenciosa. Vea este licor que destilamos ahora en las misiones. El Obispo nos ha enviado su bendición y dice que será una fuente de riqueza.

Puso contra la vela la botella llena de una esmeralda líquida en la cual se leía en caracteres mal impresos: «Elíxir de Atabapo».[171]

—¡Realmente —dice Leiziaga saboreándolo—, puede ser una fuente de riqueza!

—¿Ve usted esos ejemplares de cerámica? Son pensamientos plásticos. Cada una de esas figuras encierra la misma idea repetida mil veces hasta la saciedad. La arcilla es aquí como un papiro o una tela pintada de jeroglíficos.[172]

Señalaba las líneas, las variaciones de esas ideas modeladas en barro, la expresión delicada o monstruosa de las figuras y las hacía resonar con las falanges de sus dedos.

Después desdobló una tela descolorida. Líneas trazadas con la inseguridad de un mundo naciente. Cubagua. Nueva Cádiz. El índice recorría los cuarteles de la población marcados con cruces: Barrera, Beltrán, Portillo, el del mariscal Diego Caballero. La casa de Cálice era la misma de Pedro Barrionuevo, un hidalgo natural de Soria.[173]

Fray Dionisio se había sentado en un sillón de paja e indicó a su huésped uno de esos taburetes con espaldar, llamados tures. Leiziaga apuró otra copa de Elíxir de Atabapo. Al extremo de

la casa se oyeron voces acaloradas en una disputa. Un grito de Cálice corrió a sepultarse en los rincones:

—¡Ocampo!

Fray Dionisio continuó impasible:

—Si usted ha leído las crónicas de Cubagua, sabrá que aquí estuvo el conde milanés Luis de Lampugnano.[174] Él fue quien dibujó este plano. Lampugnano ofreció a Carlos V, para la pesca de perlas, un aparato de su invención que hacía inútil el empleo de esclavos. El emperador concedió el privilegio por cinco años, a condición de reservar la tercera parte a beneficio de la corona.[175] Lampugnano, que estaba ya arruinado, armó una expedición y se vino; pero los vecinos de Nueva Cádiz, al tener noticia de la novedad, se rebelaron contra la orden imperial. El aparato era la ruina. Ya no iban a poder emplear indios en la explotación del mar. Esta razón suprema privó en los ánimos. Reclamaron a César, quien anuló el privilegio.

Fray Dionisio se vuelve borroso en la penumbra. Sus ojos se hunden mientras habla lentamente. A veces diríase que ha muerto.

Leiziaga le ofreció un cigarrillo y acercó su vaso.

—Por cierto —continuó en tono más familiar— que este Lampugnano tiene semejanza con cierto Leiziaga. ¿No andas como él en busca de fortuna? Todos buscan oro.[176] Hay, sin embargo, una cosa que todos olvidan: el secreto de la tierra.[177]

Leiziaga se inclinó de nuevo sobre el plano de Nueva Cádiz. Después se le ocurrió un pensamiento que le hizo reír. ¿Sería él acaso el mismo Lampugnano? Cálice, Ocampo, Cedeño. Es curioso. Recordó este aviso en el camino de La Asunción a Juan Griego: «Diego Ordaz.- Detal de licores». Los mismos nombres. ¿Y si fueran, en efecto, los mismos? Se volvió a sentar, a un gesto del fraile, que hojeaba un cuaderno amarillento, un manuscrito antiguo.

Su reloj marcaba las ocho. En aquel momento le asaltó el recuerdo de las ciudades envueltas en una atmósfera sensual y luminosa. Aquel mundo le parecía infinitamente distante.

III

NUEVA CÁDIZ

Las casas eran altas, macizas, como fuertes. En las calles estallaba el tumulto de lonjas improvisadas. Él tenía la misma estatura;[178] pero la barba rubia, los ojos azules. Las expediciones cubrían las costas. Llegaban las naos cargadas de esclavos.[179] En las jornadas sin rancho, perdidos en los arcabucos, los soldados pensaban en Nueva Cádiz y desertaban en dirección a Cubagua. Había allí vino, oro, rescates. Se jugaba de día y de noche. Muchos, ricos al amanecer, empeñaban por la tarde la capa y corrían a desquitarse.[180]

Acababa de vender su última joya: un cinturón con diamantes. El yelmo, la capa carmesí, su espada, estaban en poder de los usureros, pero aún tenía consigo un tesoro que estimaba sobre todo: Diana. Unos labradores de sus campos, cerca de Milán, descubrieron las ruinas de un templo. Él mismo dirigió las excavaciones con grandes dispendios y así pudo volver a la luz la estatua que restauraron artistas florentinos. Cuantos la miraban tenían deseos de caer de rodillas, y aun cuando no podía, como antes, ofrecerle incienso y flores, ni siquiera el humilde asfódelo que le es tan grato, esparcía amor en torno de ella. Se afirmaba que padecía un maleficio, que era dado a prácticas de hechicería. Los más discretos lo veían ya en una hoguera. Sus menores actos iban a conocimiento del alcalde, mientras que en la puerta principal del ayuntamiento, donde se veían las dos águilas con el blasón y la corona rematada en cruz, se enseñaba cuidadosamente

tapado el pérfido invento. Los vecinos principales opinaban que fuese destruido.

Por centésima vez emprendía el mismo camino con el fin de obtener licencia para ausentarse de Cubagua. Allí se pesaban las perlas como granos de trigo,[181] sin horadarlas por expresa prohibición imperial. Había para bordar la noche y prenderla en los hombros de Nuestra Señora. Él daba rodeos en torno de las mesas de juego instaladas en los cruceros de las calles. Pregoneros, soldados, mercaderes, cambistas, voceaban y discutían. El aire pesaba como plomo y el reguero de nácar destellaba en la calle.

—¡Por la Santa Virgen de la Hiniesta! ¿Quién quiere ir al Meta? Las casas y jardines son de oro. ¡Hay ciudades de oro, vasijas llenas de oro![182]

—¡No! —grita un soldado muy orgulloso con atavío de calzas muy picadas y muchos papos de tafetán—,[183] ¡mejor es ir al Huyapari![184] Han encontrado oro en las sepulturas. ¡Hay un pueblo de gigantes cuyas macanas son de oro y combaten con anchos escudos de oro!

El heraldo se detiene un instante sofocado. En torno suyo crece la muchedumbre abigarrada esparciendo fuerte olor de humores. Pomposos trajes con desgarraduras y remiendos o simples ropillas de paño burdo.

—¡Se vende un esclavo sin herrar!

—¡Veinte ducados!

—¡Veinticinco!

—¡Agua!

—¡Leña!

—¡Cuánto diera por un pan fresco! ¿Eh?

—¿Pero hay oro allí? ¿No han muerto todos?

—Quizás. Yo sé dónde hay oro.

Silencio. Calabacines, ídolos, anillos, láminas delgadísimas para cubrir el sexo y los pechos; los despojos de cien provincias. También se lee en una tabla: «Aquí se hacen féretros». Se tocan las reliquias suspendidas a sus cuellos y vuelve a crecer el tumulto. Pero un rumor pasa enmudeciéndoles. Pregoneros y mercaderes se detienen pensativos y miran al mar, un mar violeta, de octubre. Signo de Escorpión.[185] Una mancha oscura a manera de mar sargozo o de un gran cardumen corta el horizonte. Los indios de Cumaná y Chichiriviche se han sublevado y avanzan sobre

Cubagua. Han destruido los conventos y muerto a los religiosos. Las huertas fueron arrasadas. El mulo de los frailes, sus naranjos, la campana, todo fue destruido.[186]

Ante ellos se alza un fantasma: la sed. El agua estaba en poder de los caribes. La gente se precipita al ayuntamiento. De pronto se abren las puertas y aparece el alcalde, Antonio Flores,[187] seguido de sus ocho regidores. Ante ellos, con inmensa arrogancia, un hombre blande su espada:

—¡Caballeros, el honor castellano, el honor, caballeros!

Él reconoce a Andrés de Villacorta[188] y se dirige al hidalgo, pero este responde:

—¡Jamás consentiré en unir mis armas a las de un hereje!

Y se oye un rugido que recorre las calles y gana el mar:

—¡Se va! ¡Se va! ¡Ah, cobardes! ¡Ah, traidores! ¡Señor, Dios mío!

Usureros, contratistas, mercaderes, huyen en desbandada hacia el puerto y asaltan la carabela pronta a salir. Se empujan, dan gritos, imprecaciones, gimen, luchan cuerpo a cuerpo. ¡Dios mío, Señor! Algunos se ahogan, otros alcanzan una piragua o comienzan a huir por la orilla en busca de un refugio. Se guarecen entre las rocas, en los manglares. La Nueva Cádiz se ha quedado sola. Del mar cubierto de piraguas se alza un clamor airado. Sus cañutos y tamboriles suenan alegremente. Los tamboriles están adornados de flores. En sus pechos, donde una heráldica bárbara agotó su ciencia, se entremezclan aves de rapiña con serpientes y cemíes.*[189] En una piragua dos manos cortadas sangran. Dos manos blancas. Una cabeza parece dormir aún en la dulzura del aire. La cabeza es la de fray Dionisio, fraile menor de la observancia.[190]

Y él, oculto entre los mangles, los ve llegar pintados de rojo, pintados de negro, con penachos resplandecientes y tatuajes misteriosos, ostentando algunos el emblema supremo del valor, la piel de tigre. También arriban mujeres agitando sus canaletes, mujeres esbeltas, floridas, que saltan corriendo de las piraguas y en la carrera sus sexos se abren impúberes, como rosas.

El crepúsculo ve caer sus magníficos manojos. Las soledades devoran aquel fruto azafranado que esperaban ansiosas. Las sombras descienden planeando sobre el mar.

---

* Demonios.

En la plaza se encienden grandes candelas y los hombres blanden sus escudos de pieles, sus grandes arcos. En un delirio los papeles del archivo, el acta de la misma mañana, los signos traidores,[191] mensajeros de muerte, vuelan hechos pavesas. Entre el humo las llamas desparraman su resplandor púrpura, de ocaso.

Pasaban rodando toneles de vino de España y saltaban sobre ellos con muecas de júbilo, vestidos con los ornamentos sagrados, arrojando los hierros que sujetaban a los esclavos. Sobre la cabeza de un gigante se inclinaba la corona de Nuestra Señora, toda de perlas ruborizadas. Enlazados de la mano danzaban, danzaban en torno de las hogueras. Sus cuerpos rojos se hacían más rojos. La sombra se enlazaba a ellos, que huían danzando.

Celebrarían la victoria con festines de muchos días. Ya las mujeres les aguardaban con flores para danzar bajo la luna. Tomarían los venados más tiernos para sacrificarlos en honor suyo. Si volviesen los hombres barbados, hediondos y feroces, aderezarían sus cráneos para beber en las fiestas y suspenderlos a la puerta de los bohíos.

De pronto se detuvieron movidos por un mismo impulso. Sus voces se alzaron a una vez saludando la aparición de la mujer blanca, bella e intrépida. La habían dejado en la pequeña explanada del ayuntamiento y hasta entonces había pasado inadvertida. Se formaron en orden, dispararon la flechería y se acercaron a ella bailando y cantando con movimientos y sones acordados. La rodearon entre grandes círculos y un instante guardaron silencio. Después bebían ofreciéndole sus libaciones.

Algunos de ellos guardaban también en sus palenques mujeres blancas a quienes nunca había dado el sol, dulce alegría del harén.[192] El arco era semejante a los suyos, y el manto, que apenas velaba uno de sus pechos, les recordaba el de algunas hembras de su raza, bellas guerreras que reinaban entre mujeres, las cuales volvían siempre victoriosas. Solo el mastín que tenía a los pies, fiero y hosco, era repulsivo, pero la llevarían consigo, y en el verde seno de los bosques, entre las orquídeas más bellas que el oro, su presencia sería igual a la de la luna.[193]

Y en aquel momento la luna llena se elevaba como un espejo de nácar.

En torno de las hogueras, en las costas de un destello irisado, se turnaban los velas. Dos días permanecieron en Cubagua,

borrachos, con su amor y sus canciones. Se arrojaban al mar para purificarse y sacar perlas. Las conchas eran su adorno predilecto.[194] Reposaban en la orilla de cara al cielo. ¡Cuán divino el encanto del lucero de plata que brotaba de la tarde en el silencio y cuán dulces las noches cálidas con sus estrellas ardientes y oscuras como sus mujeres! De nuevo podían amar libremente y a esta idea sentían como nunca cuánta nobleza hay en el hecho de vivir.

Cuando la última piragua se alejó lenta, con la lentitud de un viejo canto y él pudo salir, halló que el aparato de su invención había sido destruido. Algunos vecinos regresaban. Los indios cogidos en los arcabucos, enlazados al correr de los caballos, comprados a precio de oro, habían huido. Furiosos, exclamaban entre lamentos y lágrimas:

—¡Estafadores! ¡Hijos de perra!

—¡Lobos de Satanás!

—¡Ah, Señor Dios mío!

Estaban hambrientos, miserables. Él disimulaba su satisfacción. Su sangre hervía como si hubiese bebido la noche en un filtro. Después de todo, Diana estaba a salvo, volvía a ser libre en medio de los bosques llenos de arroyos. Sobre la isla sórdida caía un velo ceniciento. La iglesia y el ayuntamiento podían ser reconstruidos con poco trabajo. Más allá encontró a una india con el rostro cubierto por sus cabellos y las manos cruzadas sobre el pecho, sobrecogida de temor. ¿Qué les había movido a abandonarla? Pertenecía a esas mujeres que moraban a orillas del mar vendiendo sus cuerpos a los viandantes y guardaban gran cantidad de oro. En su tribu la llamaban Cuciú.* Y como una luciérnaga destelló para él aquella noche.

A poco tiempo colgaban en las naves de Gonzalo de Ocampo los jefes de la revuelta.[195] El agua de la isla estaba asegurada. Un regimiento al mando de Pedro Ortiz de Matienzo,[196] quien lo obligó a residir en Cubagua, desfilaba por Nueva Cádiz entre muchedumbre de pobladores.[197]

---

* Luciérnaga.

Cuciú[198] murió en la hoguera. Su cuerpo, amarrado sobre la pira, era un árbol de rojos botones. Aún no se había puesto el sol. Quedaba allí una masa negra. El olor de carne fue arrastrado por la brisa, llevada muy lejos, sembrada por las cenizas en el agua.[199]

Otros dijeron –y así lo refirieron durante mucho tiempo–, que Cuciú no murió en la hoguera. Un adivino la arrebató de las llamas convirtiéndola en garza, una garza roja, y confundida con las otras se cierne sobre los caños en la estación de las lluvias.

Él se empleó en oficios humildes. Improvisó una farmacia donde curaba las bubas de los conquistadores con guayacán y aceite de drago.[200] Vendía el mismo óleo que ahora ambicionaba.[201] A veces llegaban a su tienda hombres devorados por el cáncer o la ceguera. Los murciélagos y serpientes del Huyapari, las flechas envenenadas, cuando no mataban, abrían la carne para una horrible agonía. Morían rabiosos, entre convulsiones. Aplicaba a sus heridas un hierro encendido y ellos se prestaban dóciles al suplicio con la esperanza de vivir, de volver a Europa. Pero si eran curados iban de nuevo en busca de oro.[202]

Era en los mismos días en que llegó Pedro Cálice con cuatrocientos esclavos.[203] Bajo el cielo de fuego el alboroto de los navíos y de los trenes pesqueros llenaba el ambiente perezoso. Las olas reverberantes se dilataban en un espasmo. Olía a barbacoa, a ostra podrida, a cabra. Las mujeres descansaban en sus lechos flotantes, chupando frutas, los corpiños entreabiertos, adormecidos al recuerdo de sus pueblos de Castilla. Unas garzas rojas se refugiaban en los manglares.

Más tarde unos soldados traen braserillos y encienden sus hierros con una C[204] al extremo, que imprimen al azar en la carne oscura. Ellos se entregan con los ojos llenos de lágrimas o soberbios e indiferentes. Entre los curiosos se hacen apuestas. Celebran los gestos grotescos, el coraje, las actitudes dolientes, sus palabras confusas, estremecidas. Damas engalanadas se asoman a los balcones entre caballeros que lucen plumas blancas, collares de oro, y se ríen de las plumas de color que llevan los bárbaros y de sus collares jaspeados.[205]

Antonio Cedeño[206] tiene de la mano un perro negro con movimientos de ferocidad impaciente. Ocampo habla de la maestría y el coraje de algunos perros en apresar salvajes. Se

refiere a uno llamado *Leoncico*,[207] de la misma casta de *Becerrico*, el mastín más diestro de todas las Indias, tan valeroso que siempre se le daba parte del botín como a un soldado.[208]

—¡Perros como ése quisiera cien! —dice Cálice.

Pero Cedeño afirma que el suyo aventaja a todos, pues distingue al indio manso del bravo.

—¿No es verdad, *Morisco*?

Ocampo hace un guiño:

—¡Suéltalo!

Morisco salta y los del campo corren enloquecidos, refugiándose en los cardones en cuyos brazos empiezan a consumirse las estrellas vesperales. Pero uno más alto se adelanta con majestuosa osadía. Se ve al bárbaro defendiéndose de las acometidas, rechazando la fiera con los puños. El perro salta a su cuello, luchan fieramente, y, aunque herido, el indio consigue derribarlo; pero es cosa de un instante. La bestia se abalanza de nuevo acosándole a dentelladas. El indio abre los brazos, se desploma sin un grito. *Morisco*, furioso, cae sobre el hombre y luego corre hacia Cedeño con la boca llena de una masa sanguinolenta. En medio de los espectadores que habían corrido a presenciar la lucha, el indio yace con la cara pegada al suelo. Los soldados, armados de fusta, tratan de apaciguar la confusión entre los herrados.[209]

Era la hora en que los esclavos regresaban del mar, tropas de arqueros mutilados con la piel agrietada, escamosa, y las espaldas cargadas de salitre. Las campanas de Nueva Cádiz, montadas en parapetos, junto a las iglesias en fábrica, campanas que un día cayeron silenciosas al mar, tocan el Avemaría. Los cardones se alargan. Los alcatraces, en largas columnas, vuelan inmóviles a ras del mar. Los hombres se santiguan, se miran unos a otros sorprendidos de hallarse al otro extremo de la esfera. Más de un suspiro vuela hasta los nichos de oro sumergidos en penumbras consteladas de cirios: la Virgen de La Antigua, la del Recuerdo, la del Buen Aire, la del Pilar, la Virgen de la Despedida. Los ojos se van tras del horizonte. Allá está España.

—He aquí un experimento que me cuesta diez ducados y más —dice Cálice.

Pero en aquel momento ya nadie ríe.

El hambre sobrevino en Cubagua. La guerra asolaba Tierra Firme. Nueva Cádiz estaba llena de mendigos que referían sus hazañas para distraer el hambre y la inacción. Este había sido paje de la reina Isabel; aquél, caballerizo del emperador. Habían asistido a la toma de Granada y a las campañas de Italia. Venían de Flandes, de Francia. Describían las tiendas reales, las fiestas y batallas. Todos dejaban empeñadas haciendas y mayorazgos para venir al Nuevo Mundo a ganar honra. Cada quien pedía diez mil indios para remediarse.[210]

Los domingos no era raro que un fraile gritase desde el púlpito: «Allí donde parece haber sido el Paraíso, vosotros entráis, peores que lobos feroces, diezmando el rebaño del Señor y provocando su ira santa».[211] Los hombres lloraban dándose golpes de pecho; pero luego, arrepentidos de semejante flaqueza, se iban más rigurosos y hablaban contra los predicadores.

—¡Que no se hable de nuestros asuntos! —exigían antes de un sermón.

Pero los frailes gritaban más alto, y ellos, enfurecidos, abandonaban el templo. Por eso, muchas veces los dejaban entregados a la venganza de las tribus.

Y él iba en la noche, entre las casas cerradas, altas. En los templos se iban recogiendo los soldados que pedían limosna y se despiojaban unos a otros. Los ricos les daban de cenar con motivo del jubileo del Papa y ellos asistían como convidados de Su Santidad. Y en el cielo fulguraba la cauda bermeja de un cometa.[212] Brillaban las estrellas en los pozos custodiados por esclavos. Aquel resplandor en el agua negra evoca los ojos de Cuciú y la influencia de los astros en los destinos. Nunca había querido saber su horóscopo. Alguien pasa junto a él:

—¡Clareta!

Es una ramera que a veces visita su tienda. Ella se escurre apresurada en la sombra, sin hacer caso, balanceando sus formas redondas. Iba a perseguirla, pero junto a él, tras un ventanillo oye tintineo de monedas y se pone a observar por la rendija. Allí, al fondo, hay un viejo. El candil colorea su espesa barba. Remueve cuidadosamente las monedas y les da vueltas espiándose las manos. Las acaricia con deleite para guardarlas después en saquitos de terciopelo.

De un empujón hizo saltar la puerta. Después no sabe nada. Huye con una de aquellas bolsas que aprieta contra el pecho. Era una voz temblorosa que llegaba de lejos:

—¡Auxilio! ¡Asesinos!

Pasos rápidos se acercaban entre voces, ruido de puertas y armas. Sin aliento, empapado de sudor, se detuvo junto a la casa de Alonso de Aguilar y arrojó aquello, a tiempo que le rodeaban los guardias.

Ahora estaba encerrado en uno de esos antros fétidos de esclavos. Él, que en otro tiempo tenía una casa de vastas cámaras en las cuales ardían perfumes de Oriente. De noche iba con músicas y antorchas, y a la cabeza del cortejo se detenía bajo los balcones del palacio Olgiati,[213] en Milán. Laura no había partido aún al convento de clarisas. Sus cabellos eran de un dorado antiguo; su frente, pálida, y entre los anchos brocados parecía más leve. Él guardaba sus trenzas en uno de esos cofres chapeados de marfil comprados a los mercaderes genoveses. Siempre la evocaba tal como la vio el día de su despedida, en el jardín. Al fondo se perfilaban los bosquecillos, y los surtidores se elevaban sonrosados en la tarde de mayo.

Como si fuera ayer. Lampugnano cierra los ojos para vivir mejor los años pasados, imposibles. Golpes secos, acompasados, se oyen a través de los muros. Los esclavos taladran la Nueva Cádiz con las mismas conchas que antes servían de palas en sus labranzas y de espejos a sus mujeres.

Vio ante sí dos pupilas centelleantes y unas manos oscuras se posaron fraternales en las suyas. El indio sacó un cañuto, comenzó a tañerlo y la ergástula se llenó de aquella ráfaga apasionada, en la que cada uno escuchaba su propia ternura inexpresada.

—Coronada de saúco —dice—, tu cabellera, noche maravillosa, me hizo entender sus clamores. Coronada de saúco, tus ojos suplicantes se escondieron entre mis brazos y pude disipar todas sus ansias. La selva no es más misteriosa que tú ni la serpiente más cauta y ágil cuando te deslizas en mi lecho, ni más fuerte cuando te enlazas a mí. Las copiosas resinas nunca embalsamarán

como tu boca. He creído todo esto cuando he sentido tu pecho florido en mi pecho y he creído también que soy fuerte contra el enemigo. Pero ahora estás ausente, encadenada, y tu cuerpo oscuro, dulce y parpadeante, ha sido ultrajado. ¡Desenlázate de tus cadenas, Zenquerot![214] ¡Huye! Por la noche estrellada, por la tristeza y el delirio de nuestras noches, deja tus cadenas o mátate. La muerte es buena, créelo. Siempre viene, siempre viene. La llamé y mi sueño se perfumó lo mismo que cuando te iba a buscar en el bohío. Después la vi alejarse. ¡No sé quién la detuvo; pero ahora iré al samán cargado de flores y a su sombra me dormiré dulcemente, amada!

Hizo una pausa y con el cañuto en las manos permaneció unos instantes, pensativo. Los cabellos se le pegaban a la úlcera de la frente donde le habían herrado. Luego volvió a llevar el carrizo a sus labios febriles. Las modulaciones eran ahora suaves, acompasadas, motivos de una simplicidad patética que narran una dicha pura y serena. Los sonidos se hicieron al cabo más largos. Gradualmente se volvieron rápidos, coléricos. El cañuto casi estallaba bajo el aliento rebelde. Languideció. Volvió a elevarse, fue extinguiéndose y al final apenas era un murmullo, casi un gemido. Los corazones escuchaban en suspenso.

El sol al nacer penetra en el secreto de aquello cuyo nombre está olvidado. ¡Olvidada! Pero si preguntasen a los guijarros sabrían gritarlo, lo mismo que el aire que guarda todo. Riberas húmedas como miradas, masa azul de bosques, viviendas oscuras, rocío. El camino atisba su belleza florida, trémula aún de las abluciones y la plegaria matinal. Hay un temblor en las almas y en las cosas porque todo va a ser revelado. Los brazos se juntan en plena adoración mientras se aparejan las velas en los toscos navíos que parten con frutos y mensajes para los reyes de las islas y las cordilleras. Se inclinan sobre la tierra y sobre los ríos que pasan con la rapidez de las horas. La noche se acerca en el rumor del maíz mezclado a las canciones maternales y en esos bálsamos misteriosos vertidos en los caminos. El maíz, planta sagrada como el tabaco y el moriche, merece el amor de los hombres. Las auroras están cargadas de flores y las tardes dan sus estrellas. Entonces, en los patios rodeados de fosos arden las danzas, los areytos[215] en que se refiere la historia al son de flautas y atabales. Él se acerca a la amada y juntos van al bohío nuevo decorado de rojos cántaros.

Flechas, redes e idolillos. Había para las tumbas y los himeneos, para las aguas y las cosechas. Había también vino en coracinas, vino blanco como de leche, esmeralda o color escarlata. En medio del bohío colgaba el lecho de fibras y enlazados confiaban su beso al azar del tiempo. Una y otra vez desgranarían las mazorcas, una y otra vez cuajaría el racimo de mayas,* y aquel beso suyo continuaría encendido en otras bocas, del mismo modo que las rosas son iguales, diríanse las mismas odorantes rosas de hace millares de años, y las estrellas siguen brillando largo tiempo, aun cuando rueden yertas y mudas en el espacio.[216]

Lágrimas candentes corren en silencio, porque cada uno recuerda cómo los blancos, después de aherrojarles el alma, les separaron de sus mujeres.

En un principio pudo ver a quien la ausencia ahora hace más bella. Al tañido de su flauta ella venía. La misma miseria parecía entonces amable. La tierra es un lecho fragante y blando. Una noche esperó en vano. Vio ocultarse la luna. Vio caer una sombra lúgubre sobre los montes.

Los demás se acercaron al músico. Casi todos eran pretos,[217] esclavos de los araucos[218] —los señores han muerto—, de esa raza conquistadora que había trazado caminos inmensos para luchar con los caribes. Y dicen:

—¡Arimuy, tú solo puedes libertarnos! —Él responde con aire altanero y melancólico:

—El que quiera su libertad que la conquiste. Nosotros siempre hemos hecho la guerra. La guerra es oficio de hombres. Dulce es la guerra. Dulce y bella es la guerra contra el enemigo.

En efecto, Arimuy, hijo de Toronaima,[219] fue sorprendido por las tropas de Cedeño cuando disparaban sus flechas encendidas sobre el campamento de los blancos. El pueblo entonces fue asolado. Cuando entraban a saco en los bohíos, donde antes les ofrecieran vino y frutas, vieron que Arimuy se adelantaba solo, cubierto con su escudo de pieles y su recia macana. Para someterlo hubieron de rodearle asestándole golpes en la cabeza. Pero los blancos a ratos hacen justicia y admirados de su valor le dejaron libre. Arimuy se puso de nuevo al frente de los defensores de la tierra. Por la noche el campo florece con las lumbres. Surgen entre las sombras tañidos tristes. Una gritería formidable se alza

---

* Las Pléyades.

de pronto. Vuelan los tizones encendidos y aquellas señales de un rojo azulado, efímeras, recuerdan las lluvias de estrellas. La luna se ha ocultado. La luna sufre o está enojada. Es preciso desagraviarla. Pero ya sale de la penumbra su disco radiante. Entonces la noche se llena de un canto lejano, un canto de victoria. Días después Arimuy cayó en una celada. Iba al fondo de una nave con dirección a Cubagua. Arriba el centinela duerme. El indio abre la puerta de la escofeta,[220] rompe sus ataduras, se lanza al mar y gana la costa a favor de la noche. Otros se fugan en pos de él. Tropiezan con los pueblos destruidos. Los arcabucos se cubrían de soldados que acudían a su llamada. El alba es gris, turbia. La niebla unge las montañas. En la tarde el cielo se cubre de un livor pálido. En el camino encuentran a un cacique empalado, sangriento, acribillado de insectos, con el aspecto de un crucificado de piel cobriza, y parecía decirles: «Morid todos, hijos míos. Es preferible». Allí comienza la guazábara. Negros relámpagos traspasan el cielo. Los caballos vuelan en medio de la flechería y brillan las lanzas, las corazas, los escudos. Casi todos mueren. Derrotados se retiran en desorden. Se ven rodeados, vencidos. Huyen, pero tropiezan con los cardones, obligados a permanecer inmóviles, con las plantas heridas. Los blancos, en cambio, pasan impunes con sus gruesas botas sobre las malezas y espinas. Más allá se oyen los lamentos de los cautivos.

¿Y todo aquel heroísmo? Todo aquel heroísmo sirvió para ser vendido por doscientos ducados que dio Antón de Jaén.[221] Su piel se ponía verde. La víspera, durante la pesca, había echado sangre por los oídos y la boca.

Al otro día Arimuy no regresó por la tarde. Huyó, mientras trabajaba en el mar, a la Margarita y fue a unirse a unos piratas franceses mandados por Pedro Ingenio.[222] Lombardas, arcabuzazos. Las flechas de los indios llueven sobre el enemigo que ataca a Cubagua.[223] Después, nada.

Había perdido la noción del tiempo. Cuando abren la puerta puede ver las estrellas del alba y la tarde por encima de los hombres, con las espaldas cargadas de salitre, monstruos

humanos, que llegan a devorar sus raciones de ostra y cazabe. Algunos al salir se alejaban cantando:

> Hermoso día hace,
> Hermoso día hace...
> como cuando iban a fiestas, en la aurora.

Él mismo tiene el aspecto de una bestia de crin canosa. En torno suyo refieren escenas de la pesca, en el mar. Ya conoce esas lenguas bárbaras, llenas de ideas poéticas, primitivas. El légamo se va cubriendo de osamentas. Muchos eran arrastrados por las mantas feroces o destrozados por los tiburones. Si tardaban en sumergirse les forzaban ellos: perlas.[224] También perecen los blancos acosados por los dardos mortíferos, por las fieras y el hambre.[225] Es la iniciación de una lucha que no ha terminado aún, que no puede terminar.

Poco después del ataque de Arimuy a Cubagua, dirigido por Pedro Ingenio, Ortiz de Matienzo le hizo comparecer a su presencia. Había en la sala gran agitación. Diego de Ordaz[226] estaba en prisión. El gobernador de Huyapari había sido traicionado por los suyos cuando trataba de apoderarse de la fortaleza de Cumaná.[227] Una vez esta en su poder, Nueva Cádiz se habría rendido. La sed. La muerte hacía siempre señas por aquel lado. Pero los soldados de Ordaz, duramente ofendidos por él, después de entregarlo, lo reclamaban avergonzados.

En el semblante del justicia mayor flotaba una sombra amarga y con la diestra apoyada en la barba permanecía sumergido en sus designios. Frente a él había un crucifijo. En el testero, un retrato de Carlos V. Solo después de algunos minutos pareció advertir la presencia de Lampugnano. Entonces su rostro impasible pareció animarse. Comenzó a hablar con grandes circunloquios. Las palabras tenían en sus labios el brillo sonoro de las armaduras. Sí, únicamente las circunstancias explicaban el rigor empleado hacia él. Pensaba hacerle salir de la isla a escondidas. En cambio él, Matienzo,[228] esperaba una concesión; y, al decir esto, su continente se revistió de la dignidad más severa, indicando así el honor que otorgaba al hacer una exigencia. Necesitaba eliminar tres caciques cuya temeridad, además de

impedir la pacificación de la tierra, se oponía a la conversión de los naturales.[229]

—Su Majestad —Matienzo alzó ligeramente el bonete morado que cubría su cabeza— desea que los indios sean tratados como vasallos suyos y en manera alguna como esclavos.

De sus labios se escapaba una respuesta involuntaria:

—No es para los caciques, no. Podría decir a quien va destinado.

—¿A quién, pues? ¿A quién? ¿Podría saberse?

El justicia hizo esta pregunta con una calma tal que él se estremeció bajo su aliento espeso.

—Es para Diego de Ordaz.[230]

Le vio levantarse terriblemente pálido y andar por el estrado de un lado a otro, pero al volver el rostro estaba sonriente.

—¡Conde Lampugnano! —y acercándose cuanto pudo murmuró en su oído unas palabras. Por la tarde le haría salir en un patache para Puerto Rico.

En su farmacia amasó ponzoña para matar a diez caciques y reservó una para sí.

—¡El emperador lo quiere!

El mismo justicia estaba ante él. Le entregó el veneno y en seguida fue llevado a la prisión. El día era ardiente, abrumador. En las cisternas las mujeres llenaban los cántaros. Subidos a los parapetos los vendedores anunciaban sus mercancías. Unos soldados se jugaban un esclavo, y entre ellos, Clareta, cubierta de una caperuza encarnada, se reía de él y le señalaba con el dedo:

—Más pronto. ¡Anda! Estás muy feo.

Brillaban las calles esmaltadas de nácar. La noche anterior cayó una lluvia límpida sobre Cubagua. El mar tiembla, se estremece con alegría infinita.

Los esclavos disputaban, tañían sus cañutos, dormitándose en sus lechos de hojas secas. Alta noche. Marzo empieza. Arriba se oyen voces, pasos precipitados. Han traído nuevos caballos, más hierro. No quedaba duda. Ya nunca más vería la luz. Un sollozo se le escapa entre gritos. Los otros despertaban riéndose

de aquellas voces incoherentes. Veía aproximarse a una mujer, Cuciú. Él quería la Madona. Con los ojos abiertos, entre convulsiones atroces, la veía muy cerca, como cuando era niño. Los otros permanecían silenciosos, siguiendo en la oscuridad aquella agonía terrible.

Al amanecer se llevaron el cadáver, que estaba hinchado.

Días después murió Diego de Ordaz, camino de España, a donde iba en compañía de Ortiz de Matienzo para justificarse. El cuerpo envuelto en un serón fue echado al mar. Se dijo que había muerto repentinamente en castigo de sus muchos pecados.[231]

Nueva Cádiz fue sacudida por tormentas y terremotos, atacada por los piratas y los caribes. Cuando cesó el tráfico de esclavos los vecinos huyeron. No había ya quien llevase agua ni leña. La ciudad quedó abandonada y el mar sepultó sus escombros.[232] Quisieron hacer una ciudad de piedra y apenas levantaron unas ruinas. Cardones. La voz de fray Dionisio suena como un eco: *Laus Deo*.[233]

—¿Has comprendido, Leiziaga, todo lo que ha pasado aquí? ¿Interpretas ahora este silencio?[234]

Fray Dionisio se pasó el pañuelo por la frente, por aquella calvicie, remate de una cabeza que parecía desenterrada.

Pero no importa, piensa Leiziaga. Las expediciones vuelven a poblar las costas.[235] Se tiene permiso para introducir centenares de negros y taladrar a Cubagua. Indios, europeos, criollos, vendedores de toda especie se hacinan en viviendas estrechas. Traen un cine. Se elevan torres de acero. Depósitos grises y bares con anuncios luminosos. También se lee en una tabla: «Aquí se hacen féretros». Los negros llegan bajo contrato. Los muelles están llenos de tanques. Los buques rápidos con sus penachos de humo recuerdan las velas de las naos.

IV

EL CARDÓN

Leiziaga se vuelve hacia aquella roja estrellita, acaso imagen de la tierra.

—Mira esa estrella —dice fray Dionisio—. Tal vez no existe ya y la vemos. Tampoco ante una rosa se piensa en las que han abierto desde hace miles de años. Cualquiera diría que es la misma. El mismo color, la misma fragancia. Y en ese momento, ¿no es en efecto la misma? ¿Qué piensas tú?

—Hay que huir de la vida extática[236] —observa Leiziaga pensativo.

Pedro Cálice se detiene un instante frente al valle de las lágrimas listado de cardones. Un instante no más y en seguida se aleja con el ademán del que huye de sí mismo.

—Yo he estudiado el cardón y comprendo lo que pasa en Cálice. El cardón inspira un respeto casi supersticioso. Esto lo comprenden mejor los solitarios. Cierto es que el cardón traicionó a los indios,[237] lo cual no le impide ser tierno bajo su apariencia adusta. Desea cubrirse de hojas con el objeto de ofrecer un refugio a la luz. La luz que ellos aman es roja y la luz roja es la que engendró esas formas extrañas en la imaginación del aborigen. Por eso su alma se apodera silenciosa de islas y médanos. Son las viñas de las tierras áridas. Hoy se diría que parecen antenas. Y en realidad esas antenas podrían entregarnos el secreto de alguna teogonía inédita... O quizás pertenece a los signos de algún zodíaco perdido.[238]

Fray Dionisio enciende otra bujía, mete las manos en las mangas del hábito e inclina la cabeza sobre el pecho.

Ocampo se pone a cortar un cardón. Sufre de la vejiga y el cardón es medicinal según se use, afirman. La corteza es buena para la incontinencia. El corazón tiene una virtud contraria, pero antes es preciso ponerlo al sereno. Cedeño, tendido en el suelo, la cabeza apoyada en un cardón, sigue sus movimientos. La luna sobre la maleza tiene la transparencia del agua.

—Es tarde ya. A estas horas vienen los muertos del otro mundo.

Cedeño ríe indiferente.

—Dentro de unos días habrá lluvia.

—¡Escucha!

Abajo se oye un silbido. Ortega se apareció en aquel momento, apoyó la cabeza con desaliento y extendió el brazo sobre el cardón. Luego deslizó la mano con furia. La mano y el brazo se tiñeron de sangre.

—¡La vida no vale nada! ¡Nunca vale nada!

Ocampo y Cedeño cruzaron una mirada. Guardaron silencio.

—Será preciso irnos a dormir. Pero antes podremos ir a quitarle al fraile algo de aquello.

—Mañana vamos a sacar perlas —dice Ocampo levantándose.

La noche arde en su calma infinita sin otro movimiento que el de los astros y su inmenso ramaje desciende sobre el horizonte. La mano de Ortega sangraba en el sendero, hasta la casa de Cálice, hasta el aposento de fray Dionisio.

Frente a frente se observan con recelo, como si tratasen de reconocerse en un signo, y sus rostros se vuelven casi espectrales.

—Ocampo, nosotros salimos mañana de madrugada.

Pero Cedeño habla de otro asunto.

—¿Hay oro en Cubagua, padre Dionisio? Ocampo dice que el «minero» [239] que tiene usted en *La Osa* cantó esta mañana y el «minero» no canta sino donde hay oro.

—¡Cedeño, no cambias!

—No importa.

Para comprobarlo cierra los ojos y al fin parece satisfecho de ser así, tal como había sido y era.

Ortega señala hacia el mar. Cálice ha tomado un bote y permanece con la cabeza apoyada entre los remos cruzados, inmóviles. Confundidos el hombre y la piragua trazan su sombra en el agua. Al mismo tiempo ellos reconocen las siete luces de la Osa, la diadema de Orión, el ojo fulgurante del Toro.

—Vamos, Orteguilla —dice Ocampo tomando un cuenco pequeño. Elíxir de Atabapo.

Los tres desaparecieron entre las veredas de cardones.

El mar se aprieta contra las islas del contorno y acerca su boca, en donde tiembla el beso ardiente del trópico, a las cinglas del contorno, allí donde se ha deshojado la flor de los días.

El mar hace pensar en las selvas como en tierra adentro se sueña con las anchuras marinas. La selva ejerce su atracción sobre las islas, penetra con los ríos en el Caribe y allí vierte su pensamiento. La mirada de Nila cae impasible sobre las islas, en las costas llenas de signos en la noche y la noche contempla su desnudez. Nila apoya las manos en la arena, y en su escorzo, en su abandono, hay serenidad y hay también la movilidad temblorosa del agua, de la estrella. En la superficie del mar se estremece el alma de la selva verde y oscura.

Allá su nombre era repetido en voz baja, con amor supersticioso. Cuando niña, su padre, Rimarima, cacique de los tamanacos, la mostraba a las tribus, en sus largos viajes, haciéndola creer en parajes inaccesibles. Evadían los pueblos y centros mineros, temerosos siempre de las autoridades, del extranjero. No bastaba ayudarles, someterse a sus exigencias. Continuamente inventaban necesidades y auxilios onerosos. Algunos de sus bongos no regresaban nunca. Hacía siglos eran vendidos, despojados, traicionados. Rimarima, como tantos otros, fue asesinado –guerra permanente del blanco contra el indio, del indio contra el blanco– por unos explotadores de caucho a causa de rivalidades comerciales. Nila huyó en compañía de cuatro servidores fieles después de ocultar el oro y la goma que guardaban en su campamento.[240] Ella tenía

entonces catorce años. Una tarde divisaron a la orilla del río a un enemigo que se paseaba a manera de centinela, armado de un rifle. El hombre titubeó creyéndola pronta a entregarse. Nila tendió el arco. El hombre cayó traspasado, con un tatuaje rojo en el pecho. En seguida, ayudada de sus indios, ella misma le extrajo el corazón. Lo quemaron y guardaron las cenizas en un saquito, talismán único que preserva de la muerte, de la derrota y de las malas pasiones. Huyendo siempre río arriba, río abajo, divisaron a un fraile que leía en su breviario alumbrándose con un cocuyo. Aquel detalle le salvó la vida. Era fray Dionisio que recorría las regiones ignotas enseñando el Evangelio. Él amaba su raza. No los entristecía ni los oprimía. Fray Dionisio les deparó un asilo seguro y comenzó a revelarle secretos en que Rimarima había comenzado a iniciarla. Fue este un signo de reconocimiento, la señal de que podía confiarse a él. Habitaron entre ruinas desconocidas, gigantescas, en medio de soledades profundas. Pasaron días sin ver el sol. Fray Dionisio comprendía sus lenguas, sus símbolos, sus conjuros. Así conoció ella el misterio de los ríos y de las islas cubiertas de palmas. Frente a frente, en sus largas expediciones, envueltos en los vahos de la noche sofocante, fray Dionisio entornaba los ojos. Murmullos inmensos, reflejos maravillosos se filtraban a través de las selvas. En torno de Nila flotaban las canciones aprendidas en los morichales de las viejas que guardaron su niñez. Los remeros repetían palabras saludadoras que vuelven dóciles a las serpientes e influyen con la virtud de una piedra en el corazón. Palabras refulgentes y misteriosas, luciérnagas. Fray Dionisio la convenció de la necesidad de viajar. No bastaba conocer las aldeas ribereñas, los bohíos ocultos donde los hombres temen la noche. Era preciso poseer la fuerza del enemigo, conocer el misterio de la máquina.

Nila fue a Europa, a Norte América. Los profesores le parecían ridículos en su seriedad, confiados ciegamente en su ciencia que le parecía a ella una fantasía maravillosa. Sabía que no podrían explicar ciertas cosas suyas y los deslumbraba con sus perlas, sus labios pintados, sus relatos. Les hablaba de monstruos que obedecen a los piaches, milagros que alucinan con la magia de una luz perdida, y de sus antepasados en cuyos festines funerarios hacían sacrificios humanos. ¿Arenas auríferas? ¿Diamantes? No había más que los ojos de Nila.

—Su cuerpo es bello y fuerte —decían los artistas que la solicitaban.

A veces olvidaba sus proyectos:

—Nila, tú lo sabes bien. —Y ella cedía.

El blanco comenzaba a tejer en torno de ella su espesa red de artificios. Al menos la suponían incauta, fácil; pero de pronto aparecía la hija de Rimarima y de las tierras que no desatan su secreto. Camino del Orinoco salieron entomólogos, mineros, arqueólogos, aventureros, geógrafos. Muchos no volvían. Algunos compraban flechas e ídolos y publicaban a su regreso noticias sobre los tamanacos o los maroas que nunca vieron. Así alinearon centenares de objetos en las vitrinas de los museos. Uno de aquellos sabios llevó las alas de un aeroplano encontrado por los indios, en una de las cuales se veían estas letras: AKI. [241] Otro anunció el descubrimiento de ciudades sepultadas en las selvas, de oquedades llenas de huesos humanos y de papagayos que hablan lenguas extintas. Otro, en fin, habló de un fuego como aurora que coronaba los montes, refiriéndose al mismo tiempo a sonidos intensos que recorrían el cielo en las noches ardorosas.

—¡Erocomay![242] —dice a su espalda Teófilo Ortega—. ¿En qué piensas?[243]

—Pienso que inútilmente hemos andado hasta hoy, que hemos perdido el alma, la vida. Antes apenas lo presentía. Ahora ya sé, ya conozco. El hombre rara vez entiende esto, nunca lo entendería, así como tampoco que el amor sin un ideal es inútil. En la mujer se halla todo, la vida, la fuerza. El hombre se precipita a ella con un impulso ciego e ignora que él apenas es un instrumento.

—No sé, Nila. Hablas de un modo distinto. No conozco sino la costumbre —y sus manos buscaban inútilmente las de Nila, como en otro tiempo. Apenas oía las palabras que pueden comprenderse sin ser pronunciadas, las cuales nunca resignan a quien no las pide. No las advierte, porque está más bella. Sus luminosas miradas tenían una serenidad desconocida. Se desprendía de ella una fuerza salvaje y una gracia voluptuosa y cándida. Nunca había sentido tanta dulzura en su voz. Nunca la cólera, el dolor, se habían apoderado de él con esa emoción temblorosa que le hacía doblar las rodillas.

Nila se incorporó, se echó aprisa un velo sobre los hombros y fue a sentarse en una roca. Él permanecía en la orilla, silencioso. Las olas le empapaban el rostro. Se enjugaba aquel rocío salobre, igual al sudor, a las lágrimas. La risa de Nila aguijonea su ira, pero no ve su mirada compasiva. Sabe que nada puede contra ella.

—Venía a decirte cosas de nosotros.

—No es hora de pensar en el amor. Primero será preciso recuperar la vida.[244]

—¿Pero es que se puede hacer algo sin el amor? Tú lo sabes bien, Nila.

Ella posó sus miradas en las estrellas. Flores entre incienso se entornaban ligeramente. Iban poniéndose Las Pléyades.

—Ya lo ves. Ahora debo estar sola.

Saltó sobre las rocas. Cuando hubo dado unos pasos, Ortega balbuceó:

—Sin embargo, sin embargo, Nila. ¡Oye!

—¿Qué?

—Te traía algo. Es poco, pero me parece que son bellas. Las mejores que he visto. Las he ido guardando para ti.

Él sacó del pecho una bolsa y la vació en la mano. Eran perlas. Entonces Nila lo atrajo a sí, le cogió la cabeza y lo besó en la boca, larga, ardientemente, como en otro tiempo. Aquel beso fue una quemadura en sus labios. Cuando abrió los ojos, ella estaba lejos. La buscó entre los cardones. La vio, envuelta en la luna, atravesar el valle de las lágrimas. Se detuvo un instante e un hizo un signo. Una serpiente salió de entre los cardones, la siguió y desapareció por una de las ventanas, a tiempo que Nila penetraba en la casa de Cálice. Fue entonces cuando Ortega se presentó ante Cedeño y Ocampo.

—¿Y Nila? —preguntó Leiziaga después de que se alejaron.

Fray Dionisio ríe con risa mohosa y le observa largamente. Entorna los ojos en una meditación profunda, profunda, y al fin, como si hablase consigo mismo:

—Mañana el sol comienza a remontar de nuevo su camino entre las estrellas. Esta noche, gracias al fuego, formas primitivas y ocultas se hacen visibles.[245]

—¡Un religioso en prácticas de hechicería! En Nueva Cádiz la prisión perpetua, el *in pace*. [246]

Una sonrisa traspasa la cara terrosa de fray Dionisio y sus palabras forman círculos en el silencio:

—¿Conoces la antigua costumbre? Los indios trocaban sus nombres. Había el cacique don Diego, el Gil González, don Alonso y así muchos... Un indio a quien llamaban Orteguilla dio muerte a fray Dionisio.[247]

Y por primera vez Leiziaga advirtió en una silla, en uno de los ángulos del aposento, una cabeza momificada. Eran los mismos rasgos de fray Dionisio. Los cabellos de la momia se quedaron en sus manos al levantarla. La contempló unos momentos y la depuso suavemente.

Fray Dionisio apaga la bujía y se dispone a salir. Casi se confunde en la oscuridad. Es apenas una sombra. Los dos callan. Atraviesan el patio entre cabras dormidas y la casa desierta. Llega hasta ellos la racha de un perfume, acaso la misma luz azul que arde en las estancias donde antes resonaban espuelas y voces enfáticas.

En la memoria de Leiziaga repercute aquella palabra de Cedeño: extranjero. Y en realidad se siente un extraño. Camina sin ver las cosas que pasan a su alrededor. Sin embargo, las luciérnagas vuelan en torno de los cardones y su vuelo es una caricia ardiente y lánguida. De entre ellos salen mujeres desnudas. En sus cuerpos brillan ajorcas, arracadas de oro. Sus curvas son como frutas. Tienen la sonrisa de las conchas que en las profundidades se bañan de un humor rojo. Se alejan corriendo y se dispersan en las orillas plateadas. Sus plantas producen aquellos rumores furtivos.

Leiziaga, que no ve nada, se encoge de hombros;[248] y, ahondando en el silencio que llega del mar y barre los arenales, los ranchitos donde se mueven extrañas figuras, dice:

—Aquí todos parece que aguardan.

—Sí, aquí todos aguardan.

V

VOCCHI

(Entre los papeles entregados por Leiziaga al coronel Juan de la Cruz Rojas se hallaba la siguiente noticia acerca de Vocchi. Estos papeles fueron encontrados en un rincón del cuartel de policía de La Asunción, en la antigua huerta de los frailes. Después de las mujeres y el brandy, la gran afición del coronel Rojas eran los gallos. Siempre tenía algunos atados a la pared de una galería llena de excrementos. Los papeles estaban revestidos de una capa verdosa estriada de blanco, y así fue muy difícil salvar el texto. Además, la escritura, antigua y deteriorada en gran parte, hizo casi imposible su lectura).[249]

Vocchi[250] nació en Lanka, y en su adolescencia hacía el trayecto de las caravanas a través de la Mesopotamia hasta Bactra y Samarcanda. Vocchi, como los otros, ama las islas, porque las islas son predestinadas. Deseoso de conocer mundo escapó una noche mientras se dirigían a Tarsis. Durmió en los templos, en los jardines y en los campos, entre pastores que buenamente quisieron ayudarle. Duró esto varios meses. Iba a pasar a Cnossos cuando una partida de fenicios le apresó para llevarlo de protector en sus navíos. ¡Ah, la esclavitud de los dioses condenados a seguir siempre a los hombres! En el tedio de esas jornadas del mar Vocchi recordaba las mujeres que se entregaban a los extranjeros junto a los caminos y los vasos de cobre, los perfumes y los metales preciosos de las caravanas.

Una tormenta desbarató la armada, y el navío de Vocchi se vio arrastrado por la corriente. Al cabo de muchos días llegaron a un país desconocido. Había allí ciudades opulentas surcadas de canales, descollando entre palmeras y jardines. Los hombres se remontaban en máquinas y se comunicaban a grandes distancias por medio de las señales de sus torres. Vestigios de esos relatos se convirtieron después en fábulas, pues el mundo se hace y se deshace de nuevo. Las ciudades se levantan sobre las selvas y estas cubren después las ciudades, se elevan unas sobre otras constantemente o el mar forma costas nuevas. Aparecen unas ruinas o unas rocas donde se han tallado algunos signos y nadie supone cuándo fueron escritos. Son historias, historias. Hay cedros y ceibas, cardones, malezas y lianas que encubren el pasado, y hay cielo azul: deseos, lágrimas.

Esta vez Vocchi no tuvo que andar errante. Le ofrecieron un templo con altas terrazas donde los sacerdotes observaban los astros y fijaban los solsticios y equinoccios.[251] Todas las tardes una doncella tañía un salterio delante de él. Las mujeres se inclinaban trémulas a depositar sus ofrendas y eran en las gradas penumbrosas un haz de lirios vivos. Los hombres se hacían la guerra por rivalidades económicas y se sucedían los inviernos, las cosechas y las primaveras. De otros pueblos llegaban naves en busca de metales y maderas preciosas. Desde las terrazas se veían cruzar por el cielo las máquinas raudas;[252] brillaban las techumbres doradas, el cinturón de murallas y los palacios de rojos ladrillos, de piedra, de mármol.[253]

Un día el mar cubrió las ciudades florecientes. Al disiparse la noche de muchos días una calma inmensa descendió sobre las aguas. Vocchi estaba en una isla. El mar estaba sembrado de islas y escollos. Se distinguía entre la bruma la línea de una costa nueva con picachos despedazados. Montañas cónicas, triangulares, redondas. Desde la orilla veía a las divinidades siempre jóvenes de mar. Les hizo un signo, pero ellas huyeron asustadas.

Entonces vio venir una barca con muchas velas desplegadas, en la cual había un hombre escapado también de la catástrofe. Era Amalivaca.[254] En su inteligencia y en su poder reconocieron que eran hermanos. Se arriesgaron juntos hasta encontrar un gran río de muchas bocas e islas innumerables cubiertas de palmas.[255] Por todas partes abras, montañas desquiciadas, un continente mutilado en su forma y en su pensamiento. Las

palmeras recordaban a Vocchi su país natal. Cuando comenzaban a remontar la corriente observaron a unos hombres que huían. Se pusieron a perseguirlos, y al acercarse vieron que habían perdido la razón. No querían oír hablar de lo acontecido. Dos lunas más tarde encontraron rocas talladas en forma de cocodrilos, ruinas monstruosas entre las cuales algunos hombres habían construido enramadas para abrigarse. Inspiraban tanta piedad que no quisieron despertar sus recuerdos. Ellos les observaban medrosos, sin atreverse a interrogarles. Estaban a la sombra de unos moriches cargados de frutos. Amalivaca les dijo que él les había creado arrojando aquellos frutos por encima de los hombros, y a esa idea se mostraron felices, como si la palmera, símbolo de sus vidas, les diese un alma nueva capaz de librarles del pasado.

Los tiempos comenzaron de nuevo.[256] Para conmemorar su llegada grabaron en unas rocas, en medio de las aguas, las figuras del sol y de la luna, caimanes y escenas de cacería. Amalivaca les enseñó a cultivar la tierra, a fabricar armas y a utilizar las hierbas en la guerra y en la medicina. Sobrecogidos observaban la noche sin atreverse a interrogar sus secretos y escogían dioses: la sombra, el río, el silencio. Amalivaca y Vocchi engendraron hijos en las hijas de los hombres.[257] Amalivaca se ausentó encargando a Vocchi les protegiese en tanto él volvía. Vocchi era invocado a la orilla de los ríos y de los manantiales a la caída de la tarde. Por la posesión de esas fuentes a las cuales atribuían propiedades maravillosas hubo guerras implacables. Vocchi no se molestaba en enseñarles.[258] La experiencia recibida le parecía funesta. Creía además, que, abandonándoles, podrían hallarse a sí mismos, y ante el resplandor estrellado pensaba en su tiara de diamantes arrojada cuando su primera fuga en el desierto.

En tanto, había quienes guardaban el secreto de las tierras perdidas. Era un rumor vago, repetido de siglo en siglo. Algunos arribaron casualmente a ellas. Eran hombres toscos que hablaban de una tierra oculta, a la lumbre de sus aldeas, en noches de invierno. Algunos no pudieron regresar nunca. A su vez, la noticia de que existían otros hombres penetraba lentamente a través del mundo perdido. Ya los piaches lo anunciaban: vendrían barcos enormes, tal como no se habían visto en muchos siglos, y hombres desconocidos. Por todas partes consultaban los astros y los árboles.

De pronto Vocchi, arrastrado por un deseo irresistible, quiso visitar su país natal. En vano buscaba los templos donde en otro tiempo las doncellas danzaban al son de flautas melodiosas. Las viejas ciudades no existían o llevaban otros nombres. Algunas estaban olvidadas. Aquel rumor le sorprendió en el camino. Se afirmaba que ciertos navíos, buscando una ruta nueva para ir a las Indias, habían encontrado hacia Occidente unas tierras desconocidas. Bien lo decían los poetas: el mar aflojará algún día sus ataduras. El mar oculta países y hombres ignorados. Pero la incredulidad es estéril y solo las almas superiores penetran en el reino de lo maravilloso.

Cuando Vocchi regresó, ya era tarde. Los vio por primera vez a través de un bosque. Vestían horribles armaduras. Eran sucios, groseros y malvados. En vano los dueños de la tierra quisieron festejar el encuentro de los hermanos perdidos tanto tiempo. En vano. Vocchi, obligado a ocultarse, fue de asilo en asilo, entre cavernas y arcabucos. Les perseguían, porque en virtud de su naturaleza pierden todo poder al ser derribados sus altares, y los altares de Vocchi eran esas palmeras y samanes en medio de bosques milenarios.[259]

VI

EL AREYTO

—¡Ven!

Maquinalmente, Leiziaga obedeció. Se detuvieron en la cuadra. Primero una escalerilla, un sótano, antiguo dormitorio de esclavos. Un corredor abría su boca profunda, después otra. Fray Dionisio encendió un hachón. Los peldaños viscosos de humedad se empurpuraron. Unos murciélagos surgieron de las tinieblas tocándoles con su vuelo helado y silencioso. El trabajo de los nepentes había cubierto las galerías de prodigiosas talladuras verde y oro, de labores confusas que descendían de las bóvedas y recordaban rojas guirnaldas de bosques.

Leiziaga tropezó con la frente. De la techumbre pendía un ancla enorme en cuyos brazos pintados de blanco se alcanzaba a leer: *San Pedro Alcántara*.*[260] Se hallaron ante una puerta. Se vieron en aquel espejo, tan brillante, tan fina, tan blanca era la madera. En la otra galería flotaban dorados reflejos. La luna quizás penetraba allí, pero luego fueron precisándose formas extrañas: ídolos, asientos, aves de oro. Toda la plata de Paria, el oro de los Omeguas,[261] las riquezas de Guaramental,[262] Chapachauru y Quarica.[263] El oro de los reinos esfumados en la niebla de los ríos. Las perlas rebosaban en urnas de tierras derramando un brillo estelar.

---

* El navío de este nombre voló cerca de Cubagua el 24 de abril de 1815, a las nueve de la mañana. Estaba armado con 74 cañones y era el buque insignia de la expedición de D. Pablo Morillo.

Un tañido ligero llegaba hasta ellos, el rumor de una música sepultada centenares de años, nunca oída de los extranjeros. Una música que antes se escuchaba en las islas, en los umbrales, encendiendo su alegría misteriosa en el corazón. Caminaban silenciosamente. Sus pies resbalaban en la humedad. Arrimadas a los muros se veían tinajas de barro, onobis,[264] con restos humanos. Fray Dionisio apuró el paso.

—Tal día como hoy debo partir para las misiones de Oriente —dice como hablando consigo mismo.

Al fin se hallaron en un vasto espacio circular, alumbrado apenas. Y he aquí lo que vio Leiziaga: las paredes estaban cubiertas con planchas de oro y a trechos colgaban rodelas, macanas, escudos de oro. Y al fondo, envuelto en ancha túnica blanca con dibujos bermejos, los brazos sobre el pecho, las piernas cruzadas sobre unas mantas de algodón fino, tan menudo que casi desaparecía en los pliegues de su vestidura: Vocchi. Su rostro espectral se inclinaba agobiado de perlas.

Él se había apoderado del anillo de Leiziaga y observaba aquel león rampante, de gules, en campo de plata. Una sonrisa irónica se dibujaba en su rostro. Sus mismos ojos eran dos largas sonrisas.[265]

Leiziaga comenzaba a sentir indignación, disgusto. ¿No era él descendiente de conquistadores? A su alcance tenía un dorado que sobrepasaba a todos sus proyectos.[266] Oro tangible. Pero su voluntad le abandonaba y él hacía vanos esfuerzos para recobrarla. Toda su vida dependía de aquel momento. Se irguió con semblante altanero. Vocchi frunció el ceño.

—Me asombro de que hables español.

Él se incorporó a medias y Leiziaga creyó reconocer la melancolía que le velaba el rostro. Enmudeció bajo aquella mirada aguda, punzante. Tomó el polvo que le ofrecía en una concha de nácar y a imitación suya empezó a absorberlo por la nariz. Veía su anillo en el dedo de Vocchi. Hombres tatuados, con plumajes resplandecientes y mujeres con los senos dorados y adornadas de conchas se enlazaban de la mano. En medio de ellos estaba Nila.[267] Las perlas derramaban en sus trenzas, en la piel cobriza, un resplandor de vía láctea. Las salutaciones se elevaron a coro, de uno a otro extremo:

—¡Thenoca![268]

—¡Ratana!

—¡Erocomay!

Los luengos cañutos de cinco palmos y los atabales marcan un paso lento. Girando en torno de Nila daban comienzo al areyto.[269] Sus plumajes trazaban un arcoíris, Alaumoulu, penacho de Dios.[270] El colibrí se desprende de la verde selva. Era una danza religiosa, de liturgias bárbaras. Su melancolía cobraba expresión en el semblante de Vocchi, la misma melancolía de ciertos bailes y canciones. Toda su vida está impregnada de esa nostalgia, pero no sabrían explicarlo, acaso porque nunca pudieron volver a encontrarse. Nostalgia de la propia alma perdida. ¿No tiene también la Historia ese mismo carácter?

Cantaban historias de sus pasados.[271] Erocomay era bella y fuerte. Reinaba entre mujeres. Todos los años en el tiempo de la cosecha venían a reunirse con ellas los mancebos más valerosos y diestros de las otras tribus, y había danzas y juegos. Erocomay guiaba su tribu en la guerra y a las cacerías de monstruos que moraban en las cavernas y a la orilla de los ríos. Grande era su poder y su amor deseado y temido. Era como la noche que embriaga dulcemente y como el alba que es también oscura en su iniciación. Los blancos a quienes dio hospitalidad la llevaban cautiva, pero ella pudo saltar en un corcel que el jinete había dejado según costumbre, mientras buscaba oro entre las cenizas. Huían asustadas las tropas de ciervos, de dantas, ante aquel tropel que la perseguía y su manto bermejo flotaba en el bosque en el cual comenzaban a brillar un rocío de lucciolas.[272] Tal es la historia de Erocomay. Su alma es eterna y sus ojos permanecen abiertos en las selvas, en las serranías.

Vocchi tomó un cráneo y lo llenó con vino de palma. Hecha su libación los demás bebieron. Leiziaga acercó también a sus labios los bordes de aquella copa. Danzaban y a cada momento bebían. Cada uno alzaba un cráneo y este era el de un hombre blanco. Vocchi encendió después unas hojas retorcidas de tabaco. Sus ojos oscuros y tiernos se abrían a ratos y se posaban con deleite en el tumulto de la danza. De pronto las flautas desfallecieron. Ahora era el aire de una pastoral fúnebre. Los niños –refieren– han desaparecido; las doncellas también desaparecieron, y las fiestas. Creían que los astros iban también a morir, pero las resinas de los bosques se derramaban en la noche y el cielo

resplandecía como siempre. Ellos llegaban tal como les había anunciado el viajero aquel que les enseñó a venerar la cruz y con la cual señalaban los caminos para ahuyentar a los demonios.[273] Indiferentes a los hombres son las penas y las alegrías de los que han muerto. Por eso hay tanta piedad en recordarlos. Las fuentes lo saben, pues ellos aman los arroyos donde sus sombras se dibujan junto a la luciérnaga celeste. Se les ve salir de las grutas y subir a las montañas a contemplar los valles desiertos. Su sueño está poblado de imágenes que andan fugitivas hasta confundirse la una con la otra, de tal modo que no podrían distinguirse y sentados bajo las copas cargadas de flores aguardan la hora en que Maguadarado, el racimo de mayas,[274] se oculta.

En aquel tiempo pasaban hechos prodigiosos. La luna tenía siete halos trágicos. Los cemíes no acudían a la cita de los piaches. La llanura abría su ojo inmenso, amarilloso, al sentir aquel vértigo. Los barrancos estaban erizados de picas. Había hambre en la tierra. Por todas partes se escuchaban lamentos. El mar estaba rojo, rojo. Pero ahora hay otros signos. A la luz de los astros, los árboles de los caminos mudos tanto tiempo han dicho...

La danza se hizo vertiginosa. Comenzaban a tumbarse embriagados. En el delirio los cráneos rodaban por el suelo con un chasquido. Su anillo brillaba en los dedos de Vocchi como un punto de fuego. Sus ojos se cerraban. Entonces vio por última vez a fray Dionisio, que arrodillado en un rincón, muy apartado, rezaba el oficio matutino. Llamó a Nila, pero su voz volaba inútilmente.

El lucero del alba brillaba cual otra luna.

Ya Pedro Cálice trabajaba en su cuaderno de cuentas, ante una mesa en la cual se veían desperdicios de frutas, monedas y billetes de banco. Junto a él ardía un reverbero con el café montado. Al ver a Leiziaga, cerró el cuaderno marcando la página con un dedo.

—¿Ya estamos aquí? Todo el día lo esperamos ayer. La gente andaba intranquila.

—Imposible...

—Bueno, pregúntelo a su gente.

—Dígame primero. ¿Y Nila?

El rostro de Cálice se ensombreció. Su mirada se volvió turbia, lejana:

—Pero bien: ¿qué tengo yo que hacer con Nila? ¿Acaso es hija mía? No es mi hija. Se llama así por un capricho o para tener más libertad en sus andanzas. Es decir, he llegado a creer que se trata de una venganza. ¿Pero no se ha fijado en el nombre de su goleta?[275] *La Tirana*. Se llama así en honor suyo. Su verdadero nombre ya lo sabe usted. Muchas veces me ha dicho, es decir, me decía, porque ha estado ausente mucho tiempo, enseñándome ese valle: «¿Te acuerdas, Cálice?». Pero realmente yo de nada me acuerdo aquí como no sea de ella.

Vagamente Leiziaga recordó los cráneos en que había bebido. Cálice se quedó mirándolo, con sorna y después se encogió de hombros:

—Cuando se muere lentamente importa poco ver morir a los otros.

Se vieron en silencio. El mar se borraba. Un perro saltó y corrió aullando entre los breñales. Cálice continuó:

—Puede dormir en el cuarto de fray Dionisio. Él se fue ayer, se fueron. En Cubagua es preciso cuidarse del aire y de las arañas cuyas picaduras producen vivos dolores.

—¡Que vivas muchos años, Pedro Cálice!

Con paso vacilante, la cabeza aturdida, se encaminó Leiziaga a la habitación de fray Dionisio. No veía el mar y no oía los ruidos furtivos en la arena.

VII

THENOCAS

Por los mapas corre la alborada y el mar alza entre los escollos su canto eterno y triste. Leiziaga se despierta con la luz, se precipita al cántaro y bebe ansiosamente sin que disminuyan por eso su ofuscación y el ardor de su boca. Se había echado en la hamaca vestido. Había dormido dos horas. La falta del anillo acabó de recordarle la aventura de la pasada noche.[276] Ya no estaban allí los instrumentos que viera la noche anterior ni la cabeza momificada; pero los libros, los objetos indígenas, las botellas y los vasos con los fondos verdosos estaban en su sitio. De un extremo a otro recorrió la casa. Las habitaciones de Cálice estaban cerradas. En la cuadra no había señal de subterráneos. Examinó el piso de tierra mezclada con polvo de madreperlas. Sacudió los eslabones sujetos de los muros. Al cabo advirtió un pesado anillo a la altura de un hombre y lo asió con fuerza tratando de removerlo. Entonces la pared cedió obediente a un mecanismo y se abrieron ante él las catacumbas de Cubagua. Sombra, misterio, silencio. El aire espeso, húmedo, le hizo retroceder. Un ligero silbido recorrió las tinieblas, algo vago, onduloso, brillante. Unos pájaros huyeron asustados dando chirridos feroces. Instintivamente Leiziaga echó mano al anillo. El artificio funcionó sin esfuerzo. Quedó intacto el muro. Silencio, soledad, en torno suyo. Temor y alegría infinita.

No era, pues, un sueño. El mismo fragmento de losa sepulcral, apoyado en una piedra del patio, parece advertirlo. Hay allí grabado un nombre. Las letras rotas, antiguas, parecen

ocultar el secreto que sin duda aquel hombre sorprendió y se llevó consigo:

ALON DE ROJ
CAV DE ALCANT
VEEDOR DE ESTA[277]
A
MDXXXXI

Una voz conocida canta dentro:

En Los Millanes
tengo una muchacha...

Leiziaga divisa a Malavé que lleva el café con la ración de yuca, y regresa a su aposento. Las miradas del muchacho esquivan las del forastero y las preguntas inútiles. Por él supo que Cálice había salido para Coche esa madrugada. Como todos, Malavé no revela nada de lo que sabe. Se piensa que no sabrían explicarse, pero están muy lejos de eso. No hablarían nunca.

Mientras saborea el café y enciende un cigarrillo contempla a Malavé. Sabe que es un esclavo. Cedeño se lo ha dicho la tarde anterior. Ha de pagar la deuda del padre o del hermano, como todos los que forman los trenes de pesquería donde las deudas se heredan. Pero, ¿qué le importa a los demás que él sea libre o no? Lo es a pesar de todo, aun cuando él mismo lo ignora, como ignora también el amor que le liga al mar. Leiziaga considera la dulzura de esas vidas, lo cual no le había ocurrido hasta entonces. No ser nada, no esperar nada. Ser ellos solos; vivir sobre un leño o en un pedazo de tierra con el alma en silencio. Almas cargadas de amargura, de indiferencia, de dicha. Fácilmente ellos no trocarían sus vidas; y, luego, ¿no es un crimen obligarlos por el temor o la fuerza? Es preciso dejarlos con su inviolado silencio. Toda mirada, toda palabra de extranjero les produce estupor. Quizás, piensan, hay en ella algún ardid para quitarles lo único que tienen: su libertad. Su libertad en medio de su esclavitud.

Al nombre de Nila el rostro amarillo de Malavé palidece como si le hubiesen herido. Malavé no sabe nada y Leiziaga calla

bruscamente. No es preciso dar a los demás el espectáculo de su afrenta. La otra noche había sido Cedeño. Absorto se queda en las lejanías.

Cubagua vuelve a ser virgínea, pura. Tres veleros van en dirección a Paria, a Cariaco, a la tierra en flor. Las velas son rojas. Roja es la mancha que se extiende sobre Araya. Se distingue la línea de costa firme, serranías cubiertas de bruma. En los cabos orlados de perlas y rosas hay un vuelo de alcotanes. Sube, sube una garza morena, después otra. Al fin es una guirnalda que se dispersa. El día se levanta del mar y enciende las costas con un gran temblor de oro.

Selim Hobuac,[278] un sirio comerciante en perlas, había llegado a Cubagua.[279] No esperaba encontrarse allí con un funcionario, pero ya Cedeño tenía su aviso y deseaba demostrar además que entre ellos los títulos no significan nada.

—Tú, que eres de Los Robles, donde ponen alpargatas a las vacas para robarlas —dice Ortega—, podrías inventar el modo de salir bien de este negocio.

Cedeño se enfurece. Un roblero no tolera esos insultos aun cuando la fama de sus robos vaya lejos, pero no hay tiempo ahora y todos ríen de la furia de Cedeño y del ingenio bellaco de los robleros.

Hobuac declaró que él se hacía cargo de la venta si, como de costumbre, le aseguraban parte de las deudas que tenían con él, más un aumento de comisión. Sabían que el mercado estaba difícil. Después repartirían el saldo, como siempre. Los demás se indignaron, pero al ver el semblante impasible de Hobuac, que tenía el secreto de las ventas clandestinas, acabaron por resignarse.

Todo esto ocurría el día anterior, en la ausencia de Leiziaga. Ahora iban a comenzar de nuevo el trabajo. Sus cuerpos bronceados estaban ungidos de oro. Con las redecillas al pecho y la cintura se sumergían y regresaban cargados de nacarones como los guaiqueríes y los lucayos[280] hace cuatrocientos años.

Cuando Leiziaga llega, Ortega no hace un movimiento. Veía. ¿Dónde? Parecía más bien no ver. En aquel momento su mirada tenía una rara semejanza con la de Nila. Los demás

permanecieron impávidos como en espera de una orden. Un viento suave arrastraba las últimas neblinas, las últimas rosas.

Hobuac, muy sonriente, quiso explicar, mientras su nariz puntiaguda se ponía más colorada: al pasar frente a Cubagua había visto gente que le hacía señas y desembarcó por ser conocidos. De todos modos era preciso examinar los placeres y podía asegurar que estaban en condiciones espléndidas. Lo que no explicaba eran las conchas amontonadas en los botes, en las playas, en *La Tirana*.

—Se ha economizado tiempo —añadió en un tono servil.

Leiziaga no quería oír nada. A sus palabras coléricas callaron. Entonces Hobuac mostró las margaritas. La costumbre establece que se abran después de terminada la pesca. Esta vez fue preciso hacer de otro modo. Comenzaron a romper las veneras. Muchas contenían aljófar que apartaba con desdén, pero su mano diestra extrajo una perla redonda, maravillosa, que debía pesar treinta quilates y una azul y otra negra. Las había bermejas, rosadas, rubias, tirando a verde, en forma de peras, en forma de granos. Según Hobuac, solo en Ceilán[281] o en la costa de Arabia podían hallarse iguales. Ponía las gemas contra la luz e iba señalando sus defectos y perfecciones. La hermosura de las thenocas hacía pensar en Nila. Fue entonces el mayor deseo de Leiziaga poseerlas. Le atraían idénticas a un talismán de virtudes distintas.[282]

Mujeres en cuclillas abrían también las ostras con impaciencia o espiaban en la orilla, entre las piedras y los mangles. El mar es comunista.

—¡Ah, señor! —exclaman entretanto moviendo la cabeza, convencidas de la inutilidad de sus esfuerzos para vivir. La vida es salobre como el aire que impregna sus labios, como la tierra que pisan. El celaje de los nácares ilumina sus manos rudas.

—¿Cuántas horas hace que están pescando?

—Hace poco, señor.

—No sé, señor. Vine aquí esta mañana.

—¿Fue desde ayer?

—Sí, señor, creo que fue de ayer.

Leiziaga dio orden de continuar la pesca.

—Vamos, Orteguilla —dice Hobuac.

Pero una vez en el bote declara:

—La escafandra se ha roto.

Fueron inútiles las ofertas de Hobuac.

El mar brilla. Puntos luminosos dan vueltas en el anillo azul. Reman lentamente. Los botes van situándose a distancia unos de otros. Los hombres bronceados describen arcos, parábolas y van a sumergirse silenciosos. Regresan a depositar los nacarones. Sin duda tardaban mucho, se detenían demasiado a tomar aire. Un sentimiento desconocido se apoderaba de Leiziaga. Con la mano puesta en la frente para atenuar la luz observa sus maniobras. Realmente los otros tenían razón.

—¡Se necesitan diez mil indios!

Hobuac asiente complacido:

—Se necesitan diez mil indios y un látigo.

Cubagua proyecta su sombra en el mar. Los cardos vigilan. De pronto, a lo lejos, entre la llamarada azul, en el color copioso, se alzan voces y arpones. Los hombres arrojan los guatanes.[283] Uno de los botes se estremece, sacudido en un torbellino. Gira. Cedeño y Ortega se dejan arrastrar sin soltar la presa, resistiendo las terribles sacudidas, primero de un lado a otro. Después en una fuga veloz, mar adentro. El bote se hace cada vez más pequeño. Es un punto que desaparece.

Cinco horas duró la lucha. Cinco largas horas. Primero huían mar adentro, después volvían hacia la isla. Cambiaban de rumbo, hacia el continente. Ahora corrían a lo largo de la costa, sin soltar la presa. Velozmente pasaban ante ellos caseríos dormidos a la sombra de sus palmeras. Yacía la fiera en la playa desierta, con el vientre plateado al aire, convulsa y sangrienta, y muchos litros de aceite. Soplaba el alisio,[284] un alisio cargado de aromas de frutas y cantos de mar.

Ninguno, momentos después, podía referir exactamente lo ocurrido. Los demás se acercaron en silencio.

—Malavé.

—Es cosa de todos los días —afirma Hobuac viendo el rostro sombrío de Leiziaga—. Un accidente.

Según unos, había sucumbido mientras burlaba el lance; según otros, el bote había zozobrado.[285] Un hermano de Malavé había muerto de la misma manera. Iban de Coche a Margarita cuando se volcó el bote. Nadaron furiosamente, pero Fucho, más pequeño, se cansó pronto y tuvo que asirse al cuello de su hermano. Así adelantaron buen trecho, cuando Fucho dio un grito y dijo con cierta firmeza:

—¡Suéltame, sálvate tú![286]

Sin embargo, ante ellos el mar brilla y extiende sus mil brazos a las islas inermes. Una vieja recogió de la arena una franela agujereada y unos calzones mugrientos, rotos en las rodillas.

—¡Ah, Señor! —repiten las humildes mujeres entre suspiros respondiendo a pensamientos íntimos, descoloridos a fuerza de usarlos. La gente se recoge en las barcas, en los cobertizos. Las cosas, el mar mismo se inmoviliza. El sol engendra los pájaros de fuego que devoran los verdes y las aguas. Caminan los hombres descalzos, impasibles, taciturnos. Son hombres cardones.

Hobuac había perdido su sonrisa servil. Cuando se trató de partir disputaron largamente en términos agrios. Por último, Leiziaga, con la mano apoyada en la pistola, declaró que él era agente fiscal y no entregaría a nadie ninguna perla o los haría prender en Margarita. Dio unos pasos. El aposento de fray Dionisio estaba lleno de hombres que esperaban el resultado. Bruscamente cambió de idea. Les dejaría las conchas ya sacadas que tenían en las playas y en los botes. Él tomaba para sí las perlas mostradas por Hobuac que reunían varios quilates. Le miran hostiles, recelosos, pero se van marchando. Esperarían a Cedeño. Una vez solo, Leiziaga contempla las perlas con amor. No veía en ellas su valor material. Sonrientes y encantadoras, creía poseer en alguna forma la gracia luminosa de Nila.

El mismo día en la tarde. Hobuac ha partido dos horas antes. La vieja de piernas torcidas espera en la puerta del rancho con el fogón listo para el pescado. La muchacha también espera con las mejillas llenas de un placer anticipado. Regresan con la ropa lavada y la extienden sobre las tunas. Blanquean faldas andrajosas, calzones que fueron de otro color. El viento hace ondear aquellas prendas humanas sobre los restos de muros renegridos.

Pero con el sol los recuerdos importunos desaparecen. El mundo es hermoso y solo ella existe. Venus asciende hasta la luna. Tendido en la arena, Leiziaga se olvida del petróleo, de los tesoros sepultados en Cubagua, de su misma vida anterior y observa el jeroglífico que los cardones van trazando. El mar acumula en la

orilla su nieve efímera, sus flores, sus algas. La imagen de Nila sobrevive. Sus pies morenos se han hundido en aquella blancura deslumbradora. Una tarde muy remota otra mujer cruzaba el mismo mar, adorada de los hombres que le ofrecían perlas. Había tanta dulzura y piedad en su mirada como el pensamiento que descendía del cielo. La infinita esmeralda se oscurece y en ella caen gotas de aceite. Los alcatraces pasan y repasan en fila gastando las horas. Un canto indescifrable, lento y prolongado, remonta, remonta hacia el lucero de la tarde y el silencio se hace más denso entre los cardones. Tres días, quinientos años, segundos acaso que se alejan y vuelven dando tumbos en un sueño, en la luz de días inmemoriales. Espuma.

Un indio viejo se ofreció a conducirlo a Margarita. Tenía allí un falucho. Hacía poco viento. El mar se vuelve más oscuro. El viejo y un muchacho se ayudaban remando lentamente.

—Sí, el mar tiene muchos misterios.

Habla de los hupias[287] que cabalgan sobre el mar, en muchedumbres semejantes a una niebla en la cual se advierten rostros burlones, silbidos que erizan los cabellos y extravían las embarcaciones.

Y, mientras el indio habla, el último reflejo se borra del Caribe. La noche será oscura. Las islas perfilan sus curvas aterciopeladas. Los cardones caen, desaparecen. Y los tres se olvidaban. ¿No es el mar una llanura verde con sus hogares tibios y sus atardeceres maravillosos? Iban casi sin gobierno, al amor del agua.[288]

VIII

EL FARAUTE[*]

En el Castillo de Santa Rosa, en La Asunción, capital de la Margarita. El día comienza, la diana suena alegremente. Un oficial de capa prusiana se pasea por la explanada. Abajo, en torno de la colina, los caseríos surgen dispersos, míseros. La costa perfila su redondez de concha.

—Cuando truena Guacuco, maíz en el conuco —dice una voz juvenil interpretando así un presagio de lluvia. Guacuco es la playa que se divisa del castillo y se ven allí las ruinas de un fortín. Las costas de Margarita están llenas de cañones hundidos en la arena, de castillos y fortines desmoronados. Lo mismo las costas de Paria y de Cumaná y de Guayana y de las islas que trazan un arco gigantesco en el Caribe. De Este a Poniente. Es todo lo que resta de un gran imperio.

Leiziaga contempla las piedras renegridas, pátina de miradas que devoraron penas. Lleva dos días de encierro. Dos días, dos siglos. A ratos se suspende asido a los hierros en cruz de una reja, aspira ansioso el aire y contempla los valles, las sierras, el mar. Delira por un cigarrillo. Después vuelve a recogerse en sus pensamientos. Aquellos cardones recuerdan los cipreses de su casa natal, cerca del Ávila, allí donde uno de sus antepasados hizo matar a un esclavo infiel. El viento golpeaba sus bronceadas copas arrebatándoles un tañido que pasaba sobre las colinas sobresalientes y aterciopeladas como pétalos. En un instante pasan en

---

* *Faraute*: intérprete (voz empleada con frecuencia por los cronistas de Indias).

su memoria las últimas horas vividas en confusión, sin percibir apenas dónde concluye y comienza la realidad.

Cuando entró en la fonda, en Punta de Piedras, halló al doctor Tiberio Mendoza[289] que iba a curarse un fuerte ataque de asma. Estaba adormilado, con el sombrero sobre los ojos para defenderse de la luz.

A menudo procedemos contra nuestros propios deseos. Leiziaga no resistió al de referir su aventura y el académico escuchó el relato con signos de impaciencia. Su mecedora adquiría un movimiento cada vez más rápido. La tos alcanforada se ahogaba entre sus manos nudosas. ¿Qué podían decirle que ya él no supiese? Echaba de menos en aquel momento sus colecciones de artículos. Leiziaga se le aparecía como un loco o un monstruoso disparatero. Los hombres de mérito habían muerto o tenían sesenta años.[290] Pero cuando oyó hablar del ancla del *San Pedro Alcántara* y del areyto bailado en las catacumbas de Cubagua, sus labios cenicientos ensayaron una sonrisa, sus ojos y su frente parecieron ensancharse de desprecio y de lástima.

—Esas son fantasías, querido amigo. Cubagua es una isla inhabitable. Lea a Depons, a Rojas,[291] a los cronistas de Indias.[292] Venga a decirme absurdos. —Y añadió con solemnidad—: Además, además hay un alma indestructible de la raza.[293]

—¿Pero cuál es el alma de la raza? —pregunta Leiziaga—. ¿Es quizás la nostalgia, la gran tristeza del pueblo que se ignora a sí mismo o son almas superpuestas, vigilantes para que ninguna cobre imperio sobre la otra? República, burocracia, todo les deja indiferentes. El negro y el indio toman la guitarra en sus manos del mismo modo que el rifle, cantan con una tristeza pueril y viven sin conocerse o se matan entre sí. Bailes y canciones, luz, palmeras, he ahí todo el sentimiento, el alma de la raza.

Apiñada, desnuda, la gleba del mar se amontona en faluchos y goletas. El viento se lleva las canciones monótonas. Otra vez la misma expresión que le exasperaba en Ortega y en cuantos veía en el mar. Los botes cargados de frutas odorantes se balancean perezosamente. Sueñan los barcos desnudos en la arena: balandros, orejetas, tres puños. Las velas de la expedición forman una niebla en el horizonte. Una voz lejana canta:

Si vas a la Goajira
compra primero un loro,
para que cuando vuelvas
el loro te cuente todo.[294]

Mujeres ciegas por el tracoma concentran su mirada en el mar. Tejen cestas y esteras. Tejen febrilmente.[295] En el aire embalsamado las visiones nocturnas salen al paso y luego, como toda imagen salida de nosotros mismos, se aleja y desenvuelve su propia vida. La buscaba en la orilla donde las conchas se abren como flores y los veleros descansan de las travesías largas y temerarias.

—¿Conoce usted a Antonio Cedeño? —pregunta al pasar cerca de los botes donde los hombres contemplan el mar que es la eternidad para ellos.

—No, señor.

Ninguno le conoce. Tampoco a Teófilo Ortega, ni a Cálice. Al menos así lo dicen. Oyen la pregunta, ven hacia el mar y vuelven la cabeza en silencio.

—Lo siento, mi coronel, pero es la orden —dice una voz a su espalda.

Leiziaga es conducido a La Asunción. Los eriales se desenvuelven en una mancha parda, gris. Vallas rotas, de alambre. Nopales violetas. El auto se detiene en Los Millanes. Leiziaga pide agua que le ofrece una mujer descalza, cetrina, con pendientes de filigrana antigua. Agua pesada, cruda.

—¡Pobre!

Malavé es de Los Millanes. Cuando el auto prosigue Leiziaga respira aliviado. Los dos guardias se niegan a hablarle.

—Lo siento, doctor, pero es de orden superior —dice el jefe civil al entrar en la huerta de los frailes, actualmente cuartel de policía, mientras tantea los bolsillos y la cintura del preso para desarmarlo.

Muy temprano el coronel Rojas lo conduce al castillo. En el camino Leiziaga refiere otra vez su aventura. Rojas se retuerce el bigote nerviosamente y le mira con desconfianza. Es el único propietario de carros Ford para el público,[296] cuatro carros viejos, y había allí cerca tesoros para diez reinos.

—Todo el mundo lo sabe entonces —se dice Leiziaga ante la indiferencia de Rojas—. Es insensato hablar de lo que todos conocen y de lo cual nadie quiere oír hablar.

Ambos guardan silencio. El carro asciende con dificultad la colina por el camino somnoliento. Y Rojas tiene una risita ofensiva y alerta, la cual contrae todo su rostro recio y oscuro. Ortega y Cedeño, al llegar a Margarita, advirtieron a Hobuac que huyó la misma noche. Hobuac siempre sabe burlar la justicia y volverse más rico que antes.

—Indudablemente, todos lo saben —repite Leiziaga ante aquel silencio lleno de precauciones, sin reparar en la expresión de Rojas. Por encima de ellos surge una masa sombría, murallas negras, amarillosas. Ruido de voces y armas. Rojas responde al saludo de ordenanza. Una claridad turbia, cenicienta, inunda el patio, los corredores oscuros. Todo tan sencillo encerrar a un preso y ¡allá lejos el mar! Las velas se hinchan doradas, orgullosas. Rumores en los valles cálidos. Los arroyos encendidos tienen ondulaciones de plata.

En la explanada dos oficiales comentan el incidente:

—Lo mandaron a inspeccionar las perlas y se puso a robarlas en Cubagua.

—Lo ridículo es la torpeza. Para robar se requiere ante todo habilidad.

—No se sabe dónde las tiene. Una comisión ha salido para Cubagua.

Leiziaga en realidad las tenía en la fonda cuando fue detenido. Al hacer una pesquisa en su habitación no fueron halladas. Los hechos ocurrieron así: el doctor Mendoza, arrepentido de su ligereza, entró en el cuarto de Leiziaga a pedirle nuevas explicaciones. Había visto tema para un artículo y deseaba considerar de nuevo el asunto. Como advirtiese papeles en la mesa, se precipitó sobre ellos.

—¡Qué imbécil! Carece del sentido de la historia —refunfuña Mendoza apoderándose de los borradores de Leiziaga—. ¡Je, je!

Cerca de los papeles, guardadas en un frasco, estaban las perlas. Mendoza reflexionó un instante, se encogió de hombros y acabó por metérselas en el bolsillo. Después se sentó en el corredor,

arrimó una mesa, se caló las gafas y encima de las cuartillas, con su hermosa letra, puso el título: «Los fantasmas de Cubagua».

Temeroso de rectificaciones y de que se le tomase por un imaginativo, lo cual sería un eterno borrón en su fama de historiador, se limitaba a decir: «En ciertas noches, los pescadores creen ver unas sombras en las costas de la "histórica isla", afirmando que son las víctimas del *San Pedro Alcántara*». Y escribía rápidamente: «Las imaginaciones sencillas dan todavía crédito a estas reminiscencias de antiguas leyendas, frutos del oscurantismo y del error. El que esto escribe se ha referido más de una vez a un volcán submarino, el cual, se cree, arroja corrientes venenosas que matan las ostras en flor. Humboldt estudió esa región en su famoso viaje (sobre el cual hemos publicado también varios estudios), así como las capas atmosféricas y los levantamientos del antiguo océano. La tierra ilustrada por los hechos de Gonzalo de Ocampo, Fernández de Zerpa y tantos otros sobre el mar llamado por Colón el Vidente *los jardines*, por su hermosura, necesita sabios que vengan a estudiar los arcanos de la naturaleza en esta región privilegiada llamada a ser un emporio en un porvenir no muy lejano».

El doctor Mendoza almorzó con apetito. Se olvidó del asma, de su dispepsia inveterada y comió langosta, lo cual no hacía en treinta años. Aun cuando no tenía a la mano su biblioteca en el momento de escribir, el artículo «Los fantasmas de Cubagua» tuvo el mismo éxito inexplicable que alcanzaban siempre sus escritos.

Cuando Leiziaga se vio en la prisión sintió calofríos, fiebre, un malestar seguido de una tortura desconocida. Iba de un lado a otro tanteando las piedras oscurecidas, puestas con argamasa, talladas en largos días bajo soles ardientes. Las ideas surgen implacables, involuntarias. ¿Un alma española, un alma india o negra? Un tío suyo le hablaba a menudo del alma española. Él había visto a su abuela, después de proclamada la República, encenderle velas a Fernando VII. Esto le asombraba,

pues siempre había oído ese nombre acompañado de la palabra «monstruo». Para aquella mujer nunca hubo Independencia. Y el viejo, un poco burlón, desde su sillón de reumático, solía decirle: «Para muchos hoy es lo mismo. Aún hay en América fidelidad monárquica. Dígase: viene su alteza real el príncipe don Tal y todo el mundo se pone en movimiento con una especie de fervor. Salen los ocultos sentimientos, a pesar de la ascendencia caribe». Ahora el doctor Mendoza acababa de recordarle el alma de la raza. Piedras húmedas, talladas a cincel, vestigios de razas fuertes. Malavé. En el fondo de su ser se asomaba aquel rostro humilde traspasándole con sus ojos herméticos. Nila. Cubagua. Movido del mismo impulso que le hacía pensar todo en confusión, a un tiempo, se puso a trazar con la hebilla de su faja en la pátina de los muros aquel nombre: Erocomay. Y abajo la fecha: 1925.

El sol hostiga. Los valles, los cardones, las palmeras se cubren de un vapor cálido. Sobre la ciudad pasan las horas de bochorno lentas, agobiadoras. Ahí, sentado frente a él, hay un hombre pálido que sonríe plácidamente. ¿Lampugnano? ¿Es Lampugnano? Y era él mismo. La barba del intruso es rubia y la suya negra.

—Te ruego te apartes de mí. Somos uno mismo, realmente no tengo necesidad de verte.

Pero el otro continuaba indiferente. Leiziaga avanza amenazador y descarga el puño en el muro que le parecía un espejo. No había nadie. Con la cara pegada en el suelo permanece mucho tiempo sin moverse, en una angustia dolorosa que va circundándole, oprimiéndole. Él mismo no se atreve a confesar lo que hay en el fondo de todo eso.

El ordenanza entró y dejó junto a él una cesta de frutas. Tunas, dátiles entre hojas y una piña, presente de un desconocido. Entre las hojas hay un papel escrito con lápiz en una letra casi ilegible: «Siga al pie de la letra este aviso».

El crepúsculo fue brevísimo. Rápidamente las sombras se amontonaban en las colinas. Las mujeres cruzaban por los senderos con los cántaros derramándoseles en la cabeza, empapándoles los pechos, las caderas. Iban mezcladas con las viejas, muy juntas, temerosas de ser violadas. Se balanceaban graciosas y eran una alegoría del agua en las sendas y atajos. Las campanas

sonaban solemnes, rumorosas, y entre los cardones revoloteaban las tórtolas.

A esa misma hora el doctor Almozas afirmaba en casa de Stakelun:

—El mundo cree aún en leyendas y fantasmas. El progreso tiene que luchar todavía contra la ignorancia.

Y el doctor Figueiras, que tampoco sabía nada del ñopo[297] y del Elíxir de Atabapo y de que la realidad, como la luna, siempre nos muestra un solo lado, decía en la noche, en la tertulia de Jesús Quijada:

—No me equivoqué en mi juicio acerca de este señor Leiziaga. Yo soy de los que juzgo a los individuos con una sola mirada. Muy probablemente está loco.

En el corredor de su casa, el doctor Leónidas Figueiras saboreaba esa mañana el café que le servía su adorada mulata.

En el patio los pájaros invaden el oleaje de ramas que se precipita bajo los aleros. Andrea besa su papagayo en el pico murmurando frases tiernas y lo deposita en el hombro de Figueiras. Adiestrar el papagayo es una de esas funciones que siempre realiza de buen humor, pero ahora permanece indiferente, distraído. Su mirada vaga en el círculo que abarcan sus lentes y Andrea se indigna, amenaza con irse. Ha tenido otras proposiciones ventajosas, entre ellas la del secretario, el señor Arias, el único que come sesos en La Asunción, pues los encarga de antemano y el carnicero no osaría faltarle.

—¡Ya sé en qué piensas!

El doctor masca nerviosamente, signo de enfado en él. Piensa en el problema que tiene entre manos. Primeramente trabajar, una verdadera pesadilla. Luego saber si realmente Leiziaga es culpable. Por un lado ha cometido un delito al permitir que se hiciese pesca de contrabando. ¿Y la muerte de Malavé? No tardarían en llegar telegramas de Caracas pidiendo informes de lo ocurrido y allá interpretan siempre las cosas de un modo distinto. Pero la imaginación del juez toma otro rumbo. Si él pudiese obtener una de esas perlas, no solo absolvería a Leiziaga, sino que iría a dar un paseo por Europa. Al fin y al cabo, sacar unas perlas que están en el fondo del mar no es delito repugnante. Las perlas están ahí para que todo el mundo se beneficie de ellas y perjudicar el fisco es siempre agradable. Él mismo, si pudiese, iría a probar

fortuna. Nunca en su vida profesional le había tocado uno de esos asuntos que hacen la dicha de un abogado. A los sesenta años juez en Margarita con sesenta pesos mensuales,[298] mientras tantos otros se enriquecen rápidamente. Iría a Francia, Italia, a España, a olvidar un poco la edad y la pobreza. Sin embargo, ¿dónde dejaría a Andrea? Esta idea le hizo volver a la realidad y a su expresión severa de todos los días. Es necesario instruir cuanto antes el sumario. Andrea continuaba ahí frente a él, amenazándole con un abandono próximo. Un violento puñetazo en la mesa puso fin a la disputa.

A las nueve Figueiras se dirige a su despacho en el antiguo convento franciscano. A pesar de los emblemas republicanos no ha perdido su ambiente. Había allá, en otro tiempo, una Dolorosa, el pecho atravesado por siete dagas de oro, y los notables de la ciudad iban a formarle guardia los viernes santos. En la celda del Prior está el despacho presidencial. Ventanillos que dan sobre la huerta, desde los cuales se ven sierras, valles, y más allá una mancha azul: el mar. En los rincones se ven todavía las pilas de agua bendita. Estancias blancas con espadas en vez de crucifijos, empleadas por los guardias de la ronda nocturna. Por allí desfilaba la comunidad al dirigirse a la capilla. Ahora el doctor Figueiras distribuye justicia y en los claustros se oyen los gritos de los borrachos que encierran bajo la escalera.

En la calle, algunos curiosos. El jefe civil. El doctor Almozas pasa muy solemne, enlevitado, a pesar del calor. Un tipógrafo gordísimo, calvo, se asoma por la ventana de la sacristía. Figueiras se pone la mano en el auricular para oír mejor, gesto favorito suyo. Todas las preguntas se enderezan al asunto de las perlas. Lectura de la declaración de Cedeño, de la declaración de Ortega. Faltan varios testigos: Hobuac y otros de Cubagua. La mirada de Leiziaga tropieza con las de Ortega y Cedeño. Llevan gruesos botines, sombreros de cogollo, blusas abrochadas hasta el cuello. Leiziaga piensa: «La calma de Ortega es la expresión de una felicidad satisfecha, como era también la de Malavé, como la de

todos. No desean nada, porque lo tienen todo». Desea ser como ellos. No pensar siquiera en que se es dichoso.

—¡Las perlas, amigo! Todavía me atrevo a darle este título. Las perlas, ¿dónde están? Piense que de esto depende su suerte futura.

—Primeramente no he perdido mi carácter oficial. Necesito ante todo libertad bajo fianza y el derecho de nombrar un defensor.

—¿Las perlas? ¿Es esa su declaración?

—Las perlas las dejé en mi habitación del hotel. Se las habrán robado.

El juez enrojece. Su calva reluce entre mechones blancos. Brillan sus lentes airados.

—Está bien —dice, y hace una señal.

La audiencia ha terminado.

Un colibrí surge de las rojas flores que festonan los aleros y revuela en torno de la vieja fuente. Hace mucho tiempo cuenta las horas, los días y las noches con clamor ligero y sollozante.

Al pasar por el parque, frente a la plazuela, un espacio cubierto de hierba, vio en una casa la señal convenida. Sin trabajo convenció a los guardas, que se apostaron en la puerta. Leiziaga entró. Una vieja le señaló el camino a través de los corrales sembrados de plátanos: «Por ahí. Por aquí». ¡Libertad, aire! Las piernas le tiemblan un poco, pero el corazón le da brío y fuerza. ¡Qué alegre ahora el sol incendiando los barbechos, devorando la última mancha verde! Cantaban los tordos y las tiganas[299] entre los barrancos llenos de tunas y cardones. Inútilmente rodearon la casa. Hacia la tarde, dando un rodeo para evadir Paraguachí, se refugió en casa de Stakelun. Llegó por la parte de atrás, fatigado, hambriento. Anochecía. Stakelun le pone la mano en el hombro y se acerca para observarle:

—No importa, amigo. Yo comprendo la tierra. Primeramente un buen trago de whisky, ¿eh?

La comida fue alegre como nunca.

—Esta noche vendrá la gente. Ya tengo aviso. Se han apostado espías en la playa. Pero no importa. Esta noche sale una goleta. *El Faraute*.

La noche cayó densa, vibrante. Leiziaga marcha detrás de Stakelun, que le conduce por entre vericuetos y majadas. Hicieron alto en un rancho de paja abandonado, en un cerro.

—Todavía tiene tiempo. Aquí podemos reposar una hora.

Silencio, silencio vibrante. El viento murmura entre los árboles, en los arenales, cosas de otros días. Como a través de un sueño, apenas distingue las facciones angulosas de Stakelun, sus pupilas metálicas, grises. De abajo suben efluvios tibios y adormecedores. Los cerros se perfilan en una claridad de nácar. A medianoche habrá luna. Encienden cigarrillos.

—Etelvina está ahora en Porlamar. Si yo pudiese amar a Etelvina, si ella pudiese amarme, la tierra sería suya.[300] Algunas veces hemos venido aquí... con su marido.

El templo de Paraguachí está cerrado. La casa de Las Mayas está cerrada. Dos días, dos siglos.

Sentados sobre un barranco cerca de Paraguachí, Ortega y Cedeño contemplan también la noche. Tienen los ojos ardientes. El estío continúa devorando las sierras, las labranzas. Los valles se vuelven amarillos, de oro. La blancura de las playas come los ojos.

—Nosotros tenemos un asunto pendiente, Ortega. No se insulta así a un roblero y tú sabes que yo me sé jugar la vida. No me importa el presidio.

—Es cierto, Cedeño. Pero no es hora de hacernos recriminaciones. Son chanzas y nada más que chanzas. Mejor será poner atención a nuestro asunto.

—Tienes razón, es cierto. *El Faraute*[301] sale esta noche. Ahí se irá, porque es el único camino que tiene y ya está advertido. Nosotros salimos a la misma hora. Heriberto Cruz, [302] el hermano de Malavé, es el patrón.

—Así estará bien seguro. Fúmate un cigarrillo.

—Tú sabes que Segunda...

—¿Sí?

—A pesar de todo me casaré con ella. ¡Qué importa! Tiene una casa y dos vacas y así podré pasarla tranquilo.

—Hobuac ha ido a vender las perlas y lo veremos en Trinidad.

Lo que ocurrió esa misma noche en casa del juez Figueiras era frecuente. Después de una disputa, Andrea se negó a reposar a su lado, en la hamaca. Nada valieron las súplicas, las palabras más tiernas. Enfurecido al fin, el juez trató de asirla por los cabellos. Ella comenzó a huir por los aposentos hasta encerrarse en un cuarto. Figueiras golpeaba desesperadamente. Estaba en pijama con una lámpara de hoja de lata en la mano, la cual despedía un humo espeso. Los lentes se le habían caído y tropezaba al andar. Largo rato suplicó, gimió, las estrellas hacían guiños por encima de los techos y un rumor irónico se filtraba en el patio, a través del ramaje. Un murciélago pasó entre las sombras trazando círculos veloces. Una rata hizo saltar unos ladrillos. Todo fue en vano. Figueiras durmió solo aquella noche.

—Cualquier cosa que sea tu voluntad —dice Stakelun levantándose.

—Gracias —responde conmovido, abrazándole.

—Por aquí derecho, después a la izquierda; después, al camino central.

Una luna azul envolvía las serranías desnudas, los árboles, y hacía cintilar el nácar del camino infinito, desierto. Silencio vibrante. Una parte de su vida se derrumbaba sobre la otra. El mundo anterior se disipaba lejano, sin interés. El mar y la noche realizan esas liberaciones definitivas. Aceleraba el paso. Las piedras rodaban bajo sus pies. Alguien se acerca también aprisa. Leiziaga huye sin aliento. Atraviesa los caseríos desiertos. Unos perros ladran en los corrales. El mar le cierra el paso y le hace temblar de dicha. El mar se hincha y sus aguas colmadas de estrellas penetran con estruendo entre las rocas. Se quita el saco, se sienta en la arena húmeda y hunde la cabeza entre las manos. Un hombre le

mira y se aleja sin decir palabra. Su rostro se vuelve más pálido con la luna. Allí cerca alistan un velero. Es *El Faraute*.

—¡La mayor! —dice una voz recia.

Izan las velas. Leiziaga lanza un silbido y hace señas con la mano.

—¡Eh! ¿Quién es?

—¡Adelante!

Un bote le conduce. Leiziaga penetra en el velero. Iban al Orinoco. *El Faraute* es también de Pedro Cálice.

—La tierra es buena —dice el patrón—, y lo será mejor cuando se abran los trabajos. Hay mucho oro, pero el padre Dionisio dice que hay algo más que oro, y lo creo. Yo lo llevo a veces.

El Faraute se desliza en las aguas consteladas. En un recodo lejano otra goleta se dispone a partir.

—Es *La Tirana* —asegura el patrón inclinándose para observar la noche y el rostro del pasajero—. Llevan el mismo rumbo… —y sus ojos lanzaron un resplandor de odio.

Leiziaga se acuesta sobre unos sacos. Rocío de mundos. Las islas sueñan con el azul profundo que las enlaza y con sus orlas de nieve efímera.

Una luz cruza como flecha encendida el horizonte.

Ya no son voces que se alzan del mar: murmullos, clamores vagos, estremecedores, palpitantes, infinitos. Todo estaba como hace cuatrocientos años.

Habana: enero-abril 1929
Panamá: marzo-julio 1930[303]

EL FARAUTE[*]

(Final alternativo)[304]

En el Castillo de Santa Rosa, en La Asunción, capital de la Margarita. El día comienza, la diana suena alegremente. Un oficial de capa prusiana se pasea por la explanada. Abajo, en torno de la colina, los caseríos surgen dispersos, míseros. La costa perfila su redondez de concha.

—Cuando truena Guacuco, maíz en el conuco —dice una voz juvenil interpretando así un presagio de lluvia. Guacuco es la playa que se divisa del castillo y se ven allí las ruinas de un fortín. Las costas de Margarita están llenas de cañones hundidos en la arena, de castillos y fortines desmoronados. Lo mismo las costas de Paria y de Cumaná y de Guayana y de las islas que trazan un arco gigantesco en el Caribe. De Este a Poniente. Es todo lo que resta de un gran imperio.

Desde su habitación Leiziaga contempla las piedras renegridas. Lleva dos días de encierro. Dos días, dos siglos. A ratos se suspende asido a los hierros en cruz de una reja, aspira ansioso el aire y contempla los valles, las sierras, el mar. Delira por un cigarrillo. Después vuelve a recogerse en sus pensamientos. Aquellos cardones recuerdan los cipreses de su casa natal, cerca del Ávila, allí donde uno de sus antepasados hizo matar a un esclavo infiel. El viento golpeaba sus bronceadas copas arrebatándoles un tañido que pasaba sobre las colinas sobresalientes y aterciopeladas como pétalos. En un instante pasan en su memoria

---

* *Faraute*: intérprete (voz empleada con frecuencia por los cronistas de Indias).

las últimas horas vividas en confusión, sin percibir apenas dónde concluye y comienza la realidad.

Cuando entró en la fonda, en Punta de Piedras, halló al doctor Tiberio Mendoza que iba a curarse un fuerte ataque de asma. Estaba adormilado, con el sombrero sobre los ojos para defenderse de la luz.

A menudo procedemos contra nuestros propios deseos. Leiziaga no resistió al de referir su aventura y el académico escuchó el relato con signos de impaciencia. Su mecedora adquiría un movimiento cada vez más rápido. La tos alcanforada se ahogaba entre sus manos nudosas. ¿Qué podían decirle que ya él no supiese? Echaba de menos en aquel momento sus colecciones de artículos. Leiziaga se le aparecía como un loco o un monstruoso disparatero. Los hombres de mérito habían muerto o tenían sesenta años. Pero cuando oyó hablar del ancla del *San Pedro Alcántara* y del areyto bailado en las catacumbas de Cubagua, sus labios cenicientos ensayaron una sonrisa, sus ojos y su frente parecieron ensancharse de desprecio y de lástima.

—Esas son fantasías, querido amigo. Cubagua es una isla inhabitable. Lea a Depons, a Rojas, a los cronistas de Indias. Venga a decirme absurdos. —Y añadió con solemnidad—: Además, además hay un alma indestructible de la raza.

—¿Pero cuál es el alma de la raza? —pregunta Leiziaga—. ¿Es quizás la nostalgia, la gran tristeza del pueblo que se ignora a sí mismo o son almas superpuestas, vigilantes para que ninguna cobre imperio sobre la otra? República, burocracia, todo les deja indiferentes. El negro y el indio toman la guitarra en sus manos del mismo modo que el rifle, cantan con una tristeza pueril y viven sin conocerse o se matan entre sí. Bailes y canciones, luz, palmeras, he ahí todo el sentimiento, el alma de la raza.

Apiñada, desnuda, la gleba del mar se amontona en faluchos y goletas. El viento se lleva las canciones monótonas. Otra vez la misma expresión que le exasperaba en Ortega y en cuantos veía en el mar. Los botes cargados de frutas odorantes se balancean perezosamente. Sueñan los barcos desnudos en la arena: balandros, orejetas, tres puños. Las velas de la expedición forman una niebla en el horizonte. Una voz lejana canta:

Si vas a la Goajira
compra primero un loro,
para que cuando vuelvas
el loro te cuente todo.

Mujeres ciegas por el tracoma concentran su mirada en el mar. Tejen cestas y esteras. Tejen febrilmente. En el aire embalsamado las visiones nocturnas salen al paso y luego, como toda imagen salida de nosotros mismos se aleja y desenvuelve su propia vida. La buscaba en la orilla donde las conchas se abren como flores y los veleros descansan de las travesías largas y temerarias

—¿Conoce usted a Antonio Cedeño? —pregunta al pasar cerca de los botes donde los hombres contemplan el mar que es la eternidad para ellos.

—No, señor.

Ninguno le conoce. Tampoco a Teófilo Ortega, ni a Cálice. Al menos así lo dicen. Oyen la pregunta, ven hacia el mar y guardan silencio.

Leiziaga se dirige a La Asunción. A su lado se sienta el coronel Rojas. Ante ellos se desenvuelve la mancha gris de los eriales. Vallas rotas. Nopales de un color violeta. El auto se detiene en Los Millanes. Leiziaga pide agua a una mujer descalza, de rostro cetrino, con pendiente de filigrana antigua en las orejas. Agua turbia, pesada.

—¡Pobre!

Malavé es de Los Millanes. Cuando el auto prosigue Leiziaga respira aliviado. Sus acompañantes no despegan los labios. En el camino refiere otra vez su aventura. Rojas se tuerce el bigote nerviosamente y le mira con desconfianza. Es el único propietario de carros Ford en la isla.

—Todo el mundo lo sabe entonces —se dice Leiziaga ante la indiferencia de Rojas. Es insensato hablar de lo que todos conocen y de lo cual no quieren oír palabra.

El carro avanzaba con dificultad por el camino somnoliento. Y Rojas apenas disimula una risita que contrae su rostro. Ortega y Cedeño, al llegar a Margarita, advirtieron a Hobuac, que se fue la misma noche al continente. «Hobuac siempre sabe burlar la justicia», piensa Leiziaga.

—Indudablemente todos lo saben —repite Leiziaga ante aquel silencio lleno de precauciones, sin reparar en la expresión de Rojas. Por encima de ellos se perfilan las murallas del castillo. Ruidos de voces y armas. Rojas responde al saludo de ordenanza y se interna en un corredor oscuro. A lo lejos brillaba el mar. Las velas se hinchaban con un fresco viento. Rumores en la explanada, en los ranchos, en toda la capital de la isla. La cabeza de Leiziaga bullía con aquellos rumores.

—El Inspector se ha querido robar unas perlas en Cubagua.

—Nadie sabe dónde las tiene.

Se hablaba también de un contrabando. De la muerte de Malavé.

Leiziaga, en realidad, había perdido sus perlas. Los hechos ocurrieron así: el doctor Mendoza, arrepentido de su ligereza, entró en el cuarto de Leiziaga a pedirle nuevas explicaciones. Había visto tema para un artículo y deseaba considerar de nuevo el asunto. Como advirtiese papeles en la mesa, se precipitó sobre ellos.

—¡Qué imbécil! Carece del sentido de la historia —refunfuña Mendoza apoderándose de los borradores de Leiziaga—. ¡Je, je!

Cerca de los papeles, guardadas en un frasco, estaban las perlas. Mendoza reflexionó un instante, se encogió de hombros y acabó por metérselas en el bolsillo. Después se sentó en el corredor, arrimó una mesa, se caló las gafas y encima de las cuartillas, con su hermosa letra, puso el título: «Los fantasmas de Cubagua».

Temeroso de rectificaciones y de que se le tomase por un imaginativo, lo cual sería un eterno borrón en su fama de historiador, se limitaba a decir: «En ciertas noches, los pescadores creen ver unas sombras en las costas de la "histórica isla", afirmando que son las víctimas del *San Pedro Alcántara*». Y escribía rápidamente: «Las imaginaciones sencillas dan todavía crédito a estas reminiscencias de antiguas leyendas, frutos del oscurantismo y del error. El que esto escribe se ha referido más de una vez a un volcán submarino, el cual, se cree, arroja corrientes venenosas que matan las ostras en flor. Humboldt estudió esa región en su famoso viaje (sobre el cual hemos publicado también varios estudios), así como las capas atmosféricas y los levantamientos del antiguo océano. La tierra ilustrada por los hechos de Gonzalo de

Ocampo, Fernández de Zerpa y tantos otros sobre el mar llamado por Colón el Vidente *los jardines*, por su hermosura, necesita sabios que vengan a estudiar los arcanos de la naturaleza en esta región privilegiada llamada a ser un emporio en un porvenir no muy lejano».

El doctor Mendoza almorzó con apetito. Se olvidó del asma, de su dispepsia inveterada y comió langosta, lo cual no hacía en treinta años. Aun cuando no tenía a la mano su biblioteca en el momento de escribir, el artículo «Los fantasmas de Cubagua» tuvo el mismo éxito inexplicable que alcanzaban siempre sus escritos.

Cuando Leiziaga estuvo en su fonda sintió escalofríos, fiebre, un malestar seguido de una tortura desconocida. Se veía en un calabozo, en el castillo. Iba de un lado a otro tanteando las piedras oscurecidas. Las ideas surgían en su cabeza atormentada. ¿Un alma española, un alma india o negra? Un tío suyo le hablaba a menudo del alma española. Él había visto a su abuela, después de proclamada la República, encenderle velas a Fernando VII. Esto le asombraba, pues siempre había oído ese nombre acompañado de la palabra «monstruo». Para aquella mujer nunca hubo Independencia. Y el viejo, un poco burlón, desde su sillón de reumático, solía decirle: «Para muchos hoy es lo mismo. Aún hay en América fidelidad monárquica. Dígase: viene su alteza real el príncipe don Tal y todo el mundo se pone en movimiento con una especie de fervor. Salen los ocultos sentimientos, a pesar de la ascendencia caribe». Ahora el doctor Mendoza acababa de recordarle el alma de la raza. Piedras húmedas, talladas a cincel, vestigios de razas fuertes. Malavé. En el fondo de su ser se asomaba aquel rostro humilde traspasándole con sus ojos herméticos. Nila. Cubagua. Movido del mismo impulso que le hacía pensar todo en confusión, a un tiempo, se puso a trazar con la hebilla de su faja en la pátina de los muros aquel nombre: Erocomay. Y abajo la fecha: 1925.

El sol hostiga. Los valles, los cardones, las palmeras se cubren de un vapor cálido. Sobre la ciudad pasan las horas de

bochorno lentas, agobiadoras. Ahí, sentado frente a él, hay un hombre pálido que sonríe plácidamente. ¿Lampugnano? ¿Es Lampugnano? Y era él mismo. La barba del intruso es rubia y la suya negra.

—Te ruego te apartes de mí. Somos uno mismo, realmente no tengo necesidad de verte.

Pero el otro continuaba indiferente. Leiziaga avanza amenazador y descarga el puño en el muro que le parecía un espejo. No había nadie. Con la cara pegada en el suelo permanece mucho tiempo sin moverse, en una angustia dolorosa que va circundándole, oprimiéndole. Él mismo no se atreve a confesar lo que hay en el fondo de todo eso.

El ordenanza entró y dejó junto a él una cesta de frutas. Tunas, dátiles entre hojas y una piña, presente de un desconocido. Entre las hojas hay un papel escrito con lápiz en una letra casi ilegible: «Siga al pie de la letra este aviso».

El crepúsculo fue brevísimo. Rápidamente las sombras se amontonaban en las colinas. Las mujeres cruzaban por los senderos con los cántaros derramándoseles en la cabeza, empapándoles los pechos, las caderas. Iban mezcladas con las viejas, muy juntas, temerosas de ser violadas. Se balanceaban graciosas y eran una alegoría del agua en las sendas y atajos. Las campanas sonaban solemnes, rumorosas, y entre los cardones revoloteaban las tórtolas.

A esa misma hora el doctor Almozas afirmaba en casa de Stakelun:

—El mundo cree aún en leyendas y fantasmas. El progreso tiene que luchar todavía contra la ignorancia.

Y el doctor Figueiras, que tampoco sabía nada del ñopo y del Elíxir de Atabapo y de que la realidad, como la luna, siempre nos muestra un solo lado, decía en la noche, en la tertulia de Jesús Quijada:

—No me equivoqué en mi juicio acerca de este señor Leiziaga. Yo soy de los que juzgo a los individuos con una sola mirada. Muy probablemente está loco.

En el corredor de su casa, el doctor Leónidas Figueiras saboreaba esa mañana el café que le servía su adorada mulata.

En el patio los pájaros invaden el oleaje de ramas que se precipita bajo los aleros. Andrea besa su papagayo en el pico

murmurando frases tiernas y lo deposita en el hombro de Figueiras. Adiestrar el papagayo es una de esas funciones que siempre realiza de buen humor, pero ahora permanece indiferente, distraído. Su mirada vaga en el círculo que abarcan sus lentes y Andrea se indigna, amenaza con irse. Ha tenido otras proposiciones ventajosas, entre ellas la del secretario, el señor Arias, el único que come sesos en La Asunción, pues los encarga de antemano y el carnicero no osaría faltarle.

—¡Ya sé en qué piensas!

El doctor masca nerviosamente, signo de enfado en él. Piensa en el problema que tiene entre manos. Primeramente trabajar, una verdadera pesadilla. Luego saber si realmente Leiziaga es culpable. Por un lado ha cometido un delito al permitir que se hiciese pesca de contrabando. ¿Y la muerte de Malavé? No tardarían en llegar telegramas de Caracas pidiendo informes de lo ocurrido y allá interpretan siempre las cosas de un modo distinto. Pero la imaginación del juez toma otro rumbo. Si él pudiese obtener una de esas perlas, no solo absolvería a Leiziaga, sino que iría a dar un paseo por Europa. Al fin y al cabo, sacar unas perlas que están en el fondo del mar no es delito repugnante. Las perlas están ahí para que todo el mundo se beneficie de ellas y perjudicar el fisco es siempre agradable. Él mismo, si pudiese, iría a probar fortuna. Nunca en su vida profesional le había tocado uno de esos asuntos que hacen la dicha de un abogado. A los sesenta años juez en Margarita con sesenta pesos mensuales, mientras tantos otros se enriquecen rápidamente. Iría a Francia, Italia, a España, a olvidar un poco la edad y la pobreza. Sin embargo, ¿dónde dejaría a Andrea? Esta idea le hizo volver a la realidad y a su expresión severa de todos los días.

Es necesario instruir cuanto antes el sumario. Andrea continuaba ahí frente a él, amenazándole con un abandono próximo. Un violento puñetazo puso fin a la disputa.

A las nueve Figueiras se dirige a su despacho en el antiguo convento franciscano. A pesar de los emblemas republicanos no ha perdido su ambiente. Había allá, en otro tiempo, una

Dolorosa, el pecho atravesado por siete dagas de oro, y los notables de la ciudad iban a formarle guardia los viernes santos. En la celda del Prior está el despacho presidencial. Ventanillos que dan sobre la huerta, desde los cuales se ven sierras, valles, y más allá una mancha azul: el mar. En los rincones se ven todavía las pilas de agua bendita. Estancias blancas con espadas en vez de crucifijos, empleadas por los guardias de la ronda nocturna. Por allí desfilaba la comunidad al dirigirse a la capilla. Ahora el doctor Figueiras distribuye justicia y en los claustros se oyen los gritos de los borrachos que encierran bajo la escalera.

En la calle, algunos curiosos. El jefe civil. El doctor Almozas pasa muy solemne, enlevitado, a pesar del calor. Un tipógrafo gordísimo, calvo, se asoma por la ventana de la sacristía. Leiziaga veía a Figueiras inclinarse con la mano en la oreja, según costumbre para oír mejor. La calva del juez relucía entre mechones blancos. Figueiras lo interroga acerca de las perlas. Ortega y Cedeño esperaban cerca de la puerta. «La calma de Ortega –piensa Leiziaga–, es la expresión de una felicidad satisfecha. La misma expresión de Malavé, de todos». Desea ser como ellos. No pensar siquiera que se es dichoso. La voz del juez vino a sacarle de sus pensamientos.

—¡Las perlas, mi amigo! Todavía me atrevo a darle este nombre. Las perlas ¿Dónde están?

—¿Las perlas? —responde Leiziaga alelado. Deseaba referir lo ocurrido. Luego no pudo contener la risa. Figueiras estaba rojo. Brillaban sus lentes airados. Con una señal da por terminada la audiencia. Un colibrí surge de las flores que festonan los aleros y revuela en torno de la vieja fuente. Creía[305] después huir por los campos erizados de cardones, mientras unos guardias lo esperaban inútilmente no sabía dónde. Al anochecer llegaba a la casa de Stakelun. Sentía cerca los pasos de sus perseguidores.

El delirio había pasado. El doctor Almozas se inclinaba sobre él. El doctor Figueiras también preguntaba por su salud. Hablaba correctamente de la cosecha de perlas que debía ser muy buena. Multitud de veleros cubrían el mar. Stakelun le puso la mano en el hombro y se acercó para observarlo:

—No importa, amigo. Yo conozco la tierra —y le ofreció un vaso de whisky. La comida fue alegre como nunca. Leiziaga deseaba reposar dos días antes de volver a Cubagua.

Silencio, silencio vibrante. El viento murmura entre los árboles, en los arenales, cosas de otros días. Como a través de un sueño, apenas distingue las facciones angulosas de Stakelun, sus pupilas metálicas, grises. De abajo suben efluvios tibios y adormecedores. Los cerros se perfilan en una claridad de nácar. A medianoche habrá luna. Encienden cigarrillos.

—Etelvina está ahora en Porlamar. Si yo pudiese amar a Etelvina, si ella pudiese amarme, la tierra sería suya. Algunas veces hemos venido aquí... con su marido.

El templo de Paraguachí está cerrado. La casa de Las Mayas está cerrada. Dos días, dos siglos.

Ortega y Cedeño contemplan también la noche. Las voces del mar resonaban en la oscuridad. Hobuac había ido a vender las perlas. Lo verían en Trinidad. Mientras tanto alistaban *El Faraute*. El patrón, Heriberto Cruz, viene a sentarse junto a ellos. *El Faraute* es también de Pedro Cálice. Silencio vibrante.

Lo que ocurrió esa misma noche en casa del juez Figueiras era frecuente. Después de una disputa, Andrea se negó a reposar a su lado, en la hamaca. Nada valieron las súplicas, las palabras más tiernas. Enfurecido al fin, el juez trató de asirla por los cabellos. Ella comenzó a huir por los aposentos hasta encerrarse en un cuarto. Figueiras golpeaba desesperadamente. Estaba en pijama con una lámpara de hoja de lata en la mano, la cual despedía un humo espeso. Los lentes se le habían caído y tropezaba al andar. Largo rato suplicó, gimió, las estrellas hacían guiños por encima de los techos y un rumor irónico se filtraba en el patio, a través del ramaje. Un murciélago pasó entre las sombras trazando círculos veloces. Una rata hizo saltar unos ladrillos. Todo fue en vano. Figueiras durmió solo aquella noche.

Stakelun acompañó a Leiziaga hasta la orilla. Una luna azul envolvía las serranías desnudas, hacía brillar los caminos.

Stakelun tenía una expresión enigmática. Silencio vibrante. Izaban las velas.

—Vira —dice el patrón entre dientes.

El Faraute se desliza en un mar sereno. Un poco más lejos otra goleta se dispone a partir.

—Es *La Tirana* —dice el patrón inclinándose para observar al pasajero—. Llevan el mismo rumbo.

Hablaban del Orinoco.

—La tierra es buena, y lo será mejor cuando se abran los trabajos. Hay mucho oro, pero el padre Dionisio dice que hay algo más que oro, y lo creo.

Cubagua se perfila en la tarde. El viento soplaba sobre la isla muerta. La punta de Macanao descuella al occidente. Al sur se extiende la línea de Tierra Firme. La espuma del mar se alzaba sobre los montoncillos de nácar. Leiziaga se sienta en la arena y hunde la cabeza entre las manos. Resonaba en sus oídos la orden del patrón frente al mar en calma. Creía que su vida daba también un viraje. El mar y la noche realizan esas liberaciones definitivas. Alguien pasa junto a él y se aleja en dirección a la casa de Pedro Cálice. Ladraban los perros de un rancho cercano. Rocío de mundos. Las islas sueñan con el azul que las enlaza y con sus orlas de espuma.

Una luz cruza como flecha encendida el horizonte.

Ya no son voces las que se alzan del mar. Murmullos, clamores vagos, estremecedores, palpitantes, infinitos. Todo estaba como hace cuatrocientos años.

Habana: enero-abril 1929
Panamá: marzo-julio 1930

LA GALERA DE TIBERIO

CRÓNICA DEL CANAL DE PANAMÁ

A la memoria de
Miguel Enrique Carvallo

E.B.N.

EL EDITOR AL LECTOR[306]

Sobre estas páginas han caído algunos años. Las escribió Xavier Silvela en los días de 1930 y 31. Para entonces frisaba en sus treinta y cinco. Había estudiado derecho. Luego dejó las aulas por el comercio en el cual trabajaba como representante o agente viajero de una firma americana exportadora de harinas. Perdió luego su empleo y vino a menos. Silvela era un gran lector y tenía un gusto excelente en escoger sus autores. La última vez que lo vi fue en Caracas. Me dijo que se marchaba al Orinoco. La ciudad lo aburría. Todo en ella le parecía falso, mezquino y hasta idiota y pensaba hallar en la naturaleza un refugio reparador. Antes de su viaje me confió algunos de sus libros y papeles. Estos permanecieron largo tiempo en un cajón sobre el cual se fue amontonando el polvo, no obstante servir a menudo para usos domésticos. Un día me puse a examinarlos y hallé el cuaderno que ahora publico y una copia en máquina. Se trataba de un relato escrito en forma autobiográfica y titulado *La galera de Tiberio o crónica del Canal de Panamá* –yo añadiría– y de la mesa de Guanipa.[307] Un relato extraño, un poco desordenado y escrito a ratos con bastante descuido y negligencia, mezcla de hechos fantásticos y de otros más reales o menos increíbles, como dos mundos distintos y contradictorios, o mejor dicho, como si en el fondo de todo aquello el uno apareciese derivándose del otro. A pesar de sus defectos me pareció digno de que algún lector compartiese tales impresiones.[308]

La escritura era muy difícil y la misma copia en máquina estaba tan plagada de errores que en ocasiones se hacía casi ininteligible. He procurado conservar el texto original con toda fidelidad, en la creencia de que casi siempre las correcciones lejos de favorecerla quitan fuerza a la expresión, la alteran o desfiguran.[309] Además la premura con que parece escrita[310] –quizá Silvela no pensó nunca en darla a la publicidad– está más de acuerdo con su carácter de crónica. Después no he vuelto a saber de Silvela.

E.B.N.

PRIMERA PARTE*[311]

I

Nada tan plácido y absurdo a la vez como el entendimiento de los que reducen las posibilidades de la existencia –la realidad de las cosas– a hechos puramente experimentales, sin reservar nada a lo desconocido. Estos hombres han hecho el mundo tan pequeño que es innecesario hacer observaciones. Al contrario de la ciencia misma que últimamente se ha dado a comprobar verdades relegadas hace tiempo al fondo de la barbarie. Recuerdo siempre al doctor Pedro Isojo, en su colegio de Valencia, que creía infundir la inteligencia a sus discípulos hablándoles de las logias masónicas, y al profesor Testa, de Caracas, que ajeno a cuanto ocurre en el mundo, pasa los días y las noches escribiendo cosas desprovistas de sentido. Ante su mesa cubierta de paño rojo manchado de tinta, la barba apoyada en la diestra –según conviene a un filósofo–, el doctor Isojo disertaba contra las religiones y temía por momentos que un atentado acabase con su vida.[312]

Era preciso remontarse hasta la Antigüedad para hallarle paralelo y comentaba la vida de los grandes filósofos con la suya propia. Sin duda se complacía en imaginar el suplicio y el modo con que iba a referirlo la historia: en medio de sus discípulos predilectos él disertaba serenamente hasta la hora de la ejecución

* Fragmentos de *La galera de Tiberio* aparecieron en el diario *Ahora* y la revista *Élite*, de Caracas, en septiembre y noviembre de 1936.

señalada para la puesta de sol. En ocasiones el doctor Isojo interrumpía su discurso dirigiéndose a mí: «Esto no ocurrirá seguramente al señor Silvela». El señor Silvela tenía entonces trece años. Un día, no obstante, osó salir en defensa de no sé cuál diosa indígena que según la leyenda moraba en unas cavernas vecinas donde en otro tiempo los habitantes primitivos iban a rendirle culto. Después de una humillante reprimenda fui expulsado de la clase por varias semanas y entregado a la mofa del colegio. El doctor Isojo no me dirigió ya nunca la palabra y el obeso exgobernador de la ciudad, don Ignacio Zap, informado de lo ocurrido, señaló las deplorables consecuencias que semejante falta tendría en el orden social.

Cierta noche, a causa de un motín callejero, el maestro creyó llegada la hora del martirio y rodeado de sus favoritos, en el patio del colegio cuyos muros estaban cubiertos de máximas filosóficas, se dispuso a recibirlo. Los minutos pasaban angustiosos y arrepentido estaba yo a punto de estrecharle la mano, resuelto a morir también en su defensa. Él entretanto balbuceaba: «A mí me espera la suerte de los grandes filósofos». Pero ni una piedra fue arrojada a la puerta del colegio. Si hubiera sido razonable aquella habría sido la noche triste del doctor Isojo. Felizmente no se dio cuenta de la tremenda verdad: nadie pensaba en él y mucho menos en quitarle la vida. Sin duda los mismos dioses a quienes perseguía tuvieron para él esa suprema e incomparable piedad.[313]

Visitando el Canal de Panamá[314] –y sé muy bien que las cosas materiales, por grandes que sean, no deben nunca hacernos olvidar las espirituales– aquellos hombres acudían involuntariamente a mi memoria. Los veía trepados a las enormes armazones de acero que giraban negras y potentes, atormentados por el aire y el espacio que habían olvidado en sus hábitos sedentarios. Una grúa enorme servía de asidero a Testa, autor de varias recopilaciones y monografías, y esta grúa se precipitaba en una especie de dique seco cuyo fondo se hundía más y más. Testa no tardó en desaparecer.[315]

Precisamente era en febrero de 1930[316] durante las maniobras de invierno de la flota americana en la Zona del Canal,[317] y cuando don Paco de Lareda[318] y Reverón, ilustre literato, desempeñaba las funciones de ministro de Venezuela ante el gobierno de Panamá.[319] Terribles desastres en la Bolsa de Nueva York amena-

zaban dar en tierra con las más sólidas previsiones.[320] Se trataba de rechazar el ataque de una escuadra y probar la eficiencia de las fortificaciones de tierra. En los diarios numerosos *Warning*; para indicar las zonas de peligro. Desfilaban los furgones arrastrados por mulas[321] relucientes. De vez en cuando un centinela. Buques tanque procedentes del Lago de Maracaibo y de Cartagena de Indias. U.S.A. Dragas, remolcadores, fraguas. El ruido de los aviones mostraba un cielo abandonado de cuervos. Se les veía en largas filas por el camino del Fuerte Amador[322] que bordea un campo de *golf*[323]. La costa cubierta de nubes artificiales. Los judíos de Panamá esperaban ansiosos el fin de las maniobras, pues entonces los marinos irían a tierra con raciones de dos semanas y la sangre enardecida por el sol y la continencia. Un ejército de prostitutas penetraba en la ciudad. La policía arrestaba diariamente a unas cuantas. Se permitió trabajar los domingos. La flota es uno de los recursos del comercio panameño. Si la flota desapareciese o las maniobras llegaren a prolongarse el comercio se declararía en bancarrota; no podría pagar los impuestos. Los diarios dedicaban a este problema sus editoriales –sin duda el Almirantazgo debía tomarlo en cuenta– y los antiimperialistas no hallaban manera de conciliar sus tendencias con los intereses del comercio y del fisco.

Una de aquellas tardes llenas de vaticinios –precisamente el mismo día en que la flota negra destruyó teóricamente las defensas del Canal–[324] tuve el encuentro singular del cual se deriva parte de este relato o mejor dicho uno de los encuentros, pues ellos coinciden de tal modo que es imposible dejar de señalarlo, ya que los hechos y las imágenes exteriores se conciertan a veces de un modo extraño y corresponden a nuestros pensamientos. Hacía tiempo lo observaba. Caminaba delante de mí por el mismo sendero de árboles, un grasiento *overall* azul, hundido hasta las cejas un viejo fieltro de soldado. Las facciones de dios marino, orgulloso y joven. De pronto se detuvo y me enseñó su pipa con gesto desolado. Le ofrecí tabaco y él lo tomó con avidez. Sus palabras salieron lentas y llenas de humo:

—Es la galera…

Y tras un momento de silencio añadió en voz baja para recompensarme sin duda con su confidencia:

—*La galera de Tiberio*.

Le miré con desconfianza y vi un relámpago brillar en sus ojos. Al mismo tiempo divisé una especie de portaviones que se deslizaba fuera del Canal. Al parecer nada tenía de común con las famosas naves ponderadas de los antiguos, movidas por varias órdenes de remos y algunas tan grandes como la que llevó de Egipto el gran obelisco, hundida, según refiere Suetonio, al construirse el dique de Ostia en tiempos de Claudio.[325] Pero la idea de una de esas naves doradas y magníficas atravesando el Canal, orgullo del siglo xx, me dejó extático. Sabía que estaba en una de esas épocas en que el mundo cambia y las palabras del obrero me ponían ante el drama universal, intacto.

Ocurría esto en las alturas de Balboa, el *Quarry Heights*, la colina silenciosa de recodos agrestes y jardines rodeados de palmeras donde están las oficinas del Estado Mayor. Para el hombre del norte el trópico es un animal rebelde al cual es preciso enseñar hábitos disciplinados. Desde el extremo de la colina se abarca el panorama divulgado a todos los vientos y adquirido en las estaciones por los turistas de todo el mundo: las esclusas de Miraflores y Pedro Miguel más allá de los valles cubiertos de *bungalows* –de un verde litográfico–; de las armaduras de acero y las chimeneas prodigadas por las cuales se escapa y flota en vapores caliginosos el pensamiento de obreros y máquinas.

El sol iba a desaparecer tras las montañas. Diríase que el sol, en Panamá, tiene dos caras a manera de alguna divinidad asiria. Por la mañana es un chino asomado al naciente –la posición de la ciudad hace que el sol parezca nacer por la espalda–*. El Pacífico tiene los ojos oblicuos. El Atlántico –al contrario– es rubio o moreno, pero su sol es completamente blanco. Por la mañana macerado, amarillento, parece salir de uno de esos conventos budistas de las montañas asiáticas y por la tarde es un hombre blanco y saludable que juega *tennis* todos los días. Por eso la puesta del sol es mucho más tranquilizadora, pero a toda hora parece decir:

—¡Qué vía magnífica digna de César!

Animándose gradualmente el coro de plata de las cigarras surgía de los senderos escalonados; del silencio de los valles. Pronto la noche sofocante iba a surgir de las cuestas y la bahía presentaría

---

* La situación del canal es de Norte a Sur y el pasajero que va a Costa Rica ve salir el sol a su espalda. Nota de X. S.

entonces su aspecto habitual, llena de luces y orquestas. En el Cerro Sosa[326] la estación de señales indicaba el paso de un buque. Se oyó una campana. Y una visión distante se abre paso a través de los talleres y por encima de los lagos que el poniente volvía de un color escarlata como en otro tiempo enrojecía las velas de los buques piratas: los campos natales empurpurados de ciruelas. Atajos que bajan hasta el río. Y el canto de las cigarras era como ahora vivo y profundo.

Ya los *reading rooms* estaban alumbrados y las esclusas brillaban también entre la bruma. Ni un avión en el cielo. A su vez el desconocido proseguía sus observaciones. Primero, al oír una campana, sus cejas se enarcaron. Después su mirada se ensombreció.

—El Canal está cerrado hace una hora, pero a este le han dado paso. Hay mucha niebla —añadió con aire sarcástico— y los faros resultan a veces insuficientes. Los navíos parten de Cristóbal[327] cada media hora aproximadamente y así hasta las once de la noche…

En efecto, allá abajo, en Miraflores, había funcionado todo el mecanismo, tan fácil que un niño puede manejarlo. Las puertas blindadas giran lentamente. La cadena, cada uno de cuyos eslabones pesa cien libras, se tiende de una parte a otra, mientras por las compuertas escapan con estrépito las aguas del Chagres. El buque así protegido, encerrado en la esclusa, se eleva o desciende, encuentra su nivel y pasa.

Tras la isla Flamenco[328] las luces de los acorazados brillaban en un azul intenso. El buque misterioso iba, pues, a pasar junto a la flota. Se oyó el ruido de un avión. Después otro y otro. Un reflector surgió de pronto en los confines blancos de naves. Luego se entrecruzaron varios dirigidos al cielo y al mar. El desconocido movió la cabeza e hizo un signo vago. Sus facciones se borraban en la sombra. Permanecía inmóvil siguiendo con los ojos aquella cauda de los aviones la cual se movía de un lado a otro. Era preciso caminar largo rato para llegar hasta los barrios de los *restaurants y clubhouses*. Balboa y Ancón[329]. La policía observa cuidadosamente a los transeúntes. Cada hombre a pie es sospechoso de llevar un contrabando de licores o de billetes de lotería. Abajo, entre los árboles, se distinguían las salas del hospital Gorgas. Las cigarras continuaban su himno de la prima noche.

A la mañana siguiente los diarios anunciaban la caída de un avión a doce millas de Balboa. No había sido posible rescatar el cuerpo del piloto, el teniente de aviación Charles Evans.

II

Era también a la puesta del sol, en la esclusa de Pedro Miguel, justamente al terminar la lectura de un libro del coronel Dámaso Castro sobre el Canal de Panamá, obra inspirada en la justa indignación que los pueblos débiles sienten ante el poderío de los fuertes. Paralelas de cemento en las cuales habían trabajado multitudes de todo el planeta como en las pirámides de Egipto o en las torres babilónicas.[330] Esta vez la calma y la dulzura eran mayores. La flota había desaparecido misterio adentro del Pacífico. Dos cruceros se hacían señales cerca del muelle 6º y eran con el estremecimiento de los lagos bajo el alisio[331] el único indicio de vida. Las locomotoras –«mulas»– encargadas de arrastrar los buques yacían ociosas y los pabellones desde donde se pone en movimiento todo el mecanismo aparecían desiertos. La soledad en el sitio de todos los navíos y de todas las rutas casi me conmovió. Tumbado en los bordes de la esclusa, fumando su pipa, estaba el mismo personaje del *Quarry Heights*. Me acerqué al reconocerlo.

—Parece —dijo señalando la ruta— que hubieran pasado treinta siglos.[332]

Y como sus palabras respondían a mi pensamiento, me senté junto a él. Permanecíamos silenciosos.

—¿Y la galera?… ¿*La galera de Tiberio*?

Entonces sus ojos azules se oscurecieron. ¿Por qué había ido expresamente a oír aquel relato? Era un rumano, descendiente de judíos españoles expulsados en el siglo XVI, muchos de los cuales

aún hablan como en tiempos del Arcipreste. Recuerdan a esos escritores que imaginan igualarse a los del Siglo de Oro imitando su lenguaje sin tener su genio. Se llamaba Darío Alfonzo. Él conocía el secreto de los buques fantasmas que realizan sus rutas y hacen sus apariciones en los mares lejanos. Su abuelo, llamado también Darío Alfonzo, tenía acerca de esto extrañas noticias por un relojero veneciano de quien fue aprendiz y al cual sirvió largo tiempo en su juventud. Según la tradición esas embarcaciones huyen a veces de sus prisiones de lodo en el fondo del mar y el paso de una de ellas anuncia algún acontecimiento universal.[333] Ahora bien, al comienzo de las excavaciones en las tierras del Istmo, se halló un vaso de cobre lleno de medallas antiguas, entre ellas dos de bronce con la imagen de Tiberio César. Una representándolo en medio de escenas lúbricas, en Capri, la otra con los ornamentos triunfales. Las medallas estaban revestidas de una pátina verde, reluciente. Se creyó al principio en un tesoro. Por aquellos días habían visto un buque misterioso navegar durante la noche cerca de las costas, unas veces por el lado del Atlántico; otras iba a hundirse en el Pacífico. Como el hallazgo de las medallas coincidió con la aparición del buque le dieron el nombre de *La galera de Tiberio*.[334] Tal vez fue un navío arrastrado por las corrientes; tal vez se propuso navegar más allá de las tierras conocidas en aquel tiempo. Fue quizá la primera en cruzar el Canal. Este quedó abierto a la navegación en agosto de 1914. En los mismos días empezaba la Gran Guerra.[335]

Después prosiguió con la misma indolencia que le hacía vacilar, ausentarse:

—Esta es una historia que me concierne. Se trata también del anillo del emperador del mismo nombre.[336] El anillo que conservaba al morir, apretado furiosamente en su mano izquierda. Como volviese de un desmayo vio que le habían despojado de él y lo pedía entre las congojas de la muerte.[337] Creía por los astrólogos que mientras lo guardase nada podían contra él. Es un anillo antiquísimo, encontrado en un templo de Babilonia: un carbunclo[338] con la imagen del dios Serapis.[339] Se decía que preservaba contra los reveses y procuraba sueños proféticos. Aseguraba mi abuelo que uno de los manuscritos de Leonardo de Vinci era un tratado acerca de los anillos mágicos y allí se mencionaba el de Tiberio por medio de unas cifras secretas. Julio

César se apoderó de él en Egipto, fascinado por el rojo intenso, la transparencia maravillosa de la piedra y por la leyenda, según la cual, había pertenecido a Alejandro. —Y de los labios de Darío fluye una historia inverosímil, cuajada de nombres—. Carlomagno poseyó uno parecido enviado por el califa Harum Al-Raschid.[340]

—Ah, sí, recuerdo. Aquisgrán. La dama muerta. El hechizo del rey. La laguna encantada. En la boca de la dama muerta halló el arzobispo Turpín el anillo maravilloso.[341] Al punto el monarca separose del lecho fúnebre; pero entonces el hechizado fue el propio arzobispo. Petrarca oyó referir este caso. —Alfonzo proseguía—. Trajano lo llevaba en sus campañas y lo perdió poco antes de ser herido en un terremoto, en Antioquía. En muchos siglos no se supo de él. Godofredo lo usó cuando era rey de Jerusalén y por último pasó con los árabes a España. Un judío para salvarse de la hoguera lo facilitó a Fernando de Aragón, pero este aconsejado por su confesor –y sin atreverse a destruirlo– lo hizo depositar en el tesoro de la corona. Carlos v no lo olvidaba nunca en sus expediciones, pero Felipe ii, creyéndolo cosa de arte diabólica, lo hizo arrojar al mar con tanta suerte que fue rescatado y el dux de Génova pudo ofrecerlo a don Juan de Austria, cuando este se dirigía con su flota al golfo de Lepanto. Después de la muerte de don Juan, y a través de mil vicisitudes, el anillo volvió a Egipto donde más tarde lo halló Napoleón. El emperador lo llevaba el día de su coronación y en la batalla de Austerlitz, pero ya él había perdido la fe en todo como no fuera en él mismo, y esto a pesar de las voces confusas que le advertían el secreto de su destino. En uno de esos momentos de generosidad extraordinaria que le venían, se lo ofreció al zar Alejandro. Un bávaro lo robó en el Kremlin, en 1812, y sin conocer su valor lo vendió después en Londres donde corrió nuevas peripecias. Estuvo sucesivamente en poder de un ropavejero, de Rothschild y de la reina Victoria quién lo obsequió a la emperatriz Eugenia. Esta lo llevaba el 18 de noviembre[342] de 1869, en la inauguración del Canal de Suez. Cuando su yate *L'aigle* seguido de cincuenta naves se desprendió del lago de Timsah, la soberana radiante y deslumbrada se lo ofreció al conde Lesseps[343]. Un año después los Bonaparte eran destronados. Bismarck hubiera dado Alsacia y Lorena por la posesión del anillo, pero nunca tuvo conocimiento

de su existencia. Poco tiempo después, hallándose el conde Lesseps en Panamá, perdió el anillo, de lo cual se alegró, pues lo consideraba de mal agüero. Ahora lo lleva el almirante Willy en el buque insignia *Texas*. La galera lo sigue como su sombra.[344]

—Pero ¿en qué le concierne a usted esa historia, Alfonzo? —dije ya impaciente—. ¿Se puede saber?

Y con la despreocupación de la gente moderna declaró sencillamente:

—El anillo estaba en mi casa. Mi padre vino al Istmo, con cuatro hijos, en tiempo de Lesseps, y lo halló, guardándolo con el mayor sigilo. Mi hermano mayor fue el único que regresó. Yo lo traje para venderlo y se lo ofrecí al gobierno americano que lo compró hace unos meses. Realmente, hubiera podido sacar mayor partido, pero estaba necesitado, y el todo está en la categoría del agente. Un obrero como yo no podía esperar mucho. Temía que se me deportase como indeseable y ahora espero trabajo en la flota. El negocio requería el mayor secreto. Sin embargo, me sorprendió cuando me ofrecieron cuatro mil dólares. —Y alzando los hombros con gesto imponderable—:

—¡Cuatro mil dólares por el imperio del mundo!

Después, como si adivinase otra pregunta, añadió:

—Los he perdido en la Bolsa.

Me levanté en silencio y no volví a ver por entonces a Darío Alfonzo.[345]

Esa misma noche el *hall* del Hotel Central[346] decorado con palmas estaba en silencio. Huelga de viajeros de los cuatro puntos cardinales. Los botones dormitaban esperando inútilmente una orden. La vieja Miss Clayton, profesora de idiomas, con peinado del siglo pasado, aguardaba según costumbre las diez para irse a descansar y volver al día siguiente a repetir: «la moderna pedagogía enseña», y a competir con Livia Escobar, profesora graduada. Miss Clayton tenía en su clase alumnas que aspiraban a saber gramática para escribir novelas.[347] A su lado dos muchachas, también residentes fijas, recluidas contra su voluntad aquella noche, porque sus maridos, empleados en las minas

de Darién,[348] estaban en la ciudad con licencia. Me inclinaba agobiado en la mecedora, buscando en vano un círculo en blanco del pensamiento, cuando distinguí las barbas rizadas y la calva de Herr August Camphausen, profesor alemán, procedente de San Francisco, según el registro de viajeros.

—Será preciso, pues, que hablemos.

Herr Camphausen seguía sonriente el humo de su tabaco y repetía mi nombre espaciando las letras:

—Señor Silvela… Señor Silvela…

Hablábamos de los filósofos alemanes de ayer y hoy; de Hegel y de Fichte; de Spengler y de Keyserling. En breve nuestra conversación pasaba, o mejor dicho, volaba de un asunto y de una época o civilización a otra completamente distinta. El comentario del más simple suceso contemporáneo nos arrastraba a diez siglos de distancia. Estábamos en Napoleón y de pronto nos hallábamos en el monte Alvernia con San Francisco de Asís, esas dos personas tan distintas y un solo genio verdadero. Para Napoleón la expresión natural era la guerra y para San Francisco la pobreza. Íbamos del Vaticano al Yucay, palacio predilecto de los incas. Nos reíamos de la civilización occidental y de aquel horrible fraile Valverde[349] y de su ridícula pretensión de convencer al soberano de un país de que había nacido para ser vasallo del rey de Castilla. Herr Camphausen se había ido animando. Volvía de Asia después de estudiar durante doce años los dialectos sumerios. Hablaba y escribía tanto como su propia lengua el español y el francés. Tenía cincuenta y ocho años, según me dijo para completar con este dato su bosquejo autobiográfico. En una pausa declaró con negligencia:

—Actualmente trabajo en una historia.[350]

—¿Alguna época quizás de esas remotas civilizaciones que viene de estudiar?

Y Herr Camphausen con acento desdeñoso:

—A mí poco me gusta escribir de cosas pasadas.[351] La Historia tiene el inconveniente de que nunca se desarrolla de acuerdo con nuestros deseos. Lo mismo que acontece con nuestra vida. Da lástima, por ejemplo, que un Bruto mate a César, el cual valía más que todos los principios. Además –y usted ni nadie podrá negarlo– a pesar de la medicina, de las máquinas, de la electricidad, de todos los recursos de que hoy dispone, el

hombre es siempre el mismo. Hoy como ayer mueren jóvenes y hay ancianos como hace diez mil años.[352]

Hizo una pausa. Sus bigotes amarillentos caían como dos cuernos invertidos y sus ojos azules, más bien grises, parecían seguir tras de sus pensamientos:

—¿No lo ha notado usted? —prosiguió arrastrado por un ansia incontenible de exponer sus ideas—. Los grandes siglos son cesaristas. Las edades de oro se desarrollan siempre en torno de hombres que hacen del poder su medio de expresión. Cuando los leguleyos dominan todo se vuelve estúpido.[353] Los hombres no han podido observar aún el vacío de estos tiempos en que únicamente se puede contemplar las grandes épocas a través de su propia desorientación. Son tiempos parásitos que viven del pasado.

—¡Cómo! —dije. Pensaba al oír esta teoría que Camphausen era un terrible reaccionario—. ¿Este siglo maravilloso nada dice a usted? ¿Lo considera tan inferior que lo condena a vivir del pasado y sobre todo de un pasado que ya se comienza a incluir en la barbarie? —Y comencé una defensa a la cual me creía obligado. Ensalcé la época en que a pesar del materialismo el hombre parece ver claro, como nunca, en lo que está fuera del dominio de sus sentidos. Aludí a la misión que iba a realizar América, y la América española. Hablé de los gérmenes depositados en las almas y de los ciclos, de las épocas, del ritmo cósmico, etc. En fin, hice un esfuerzo para traer a la memoria reminiscencias de lecturas y hablar así de acuerdo con las ideas y las palabras en boga –temeroso de ser observado–, pues cada época tiene su vocabulario y su guía de pensar. Desdichadamente, mientras hablaba, ideas opuestas me salían al paso, como me ha ocurrido casi siempre. Me pareció que a pesar de todo el materialismo prevalecía, especialmente en las repúblicas suramericanas, mezclado en gran parte con una ineptitud y una confusión monstruosas. Un desasosiego inmenso se apoderó de mí y terminé por callarme. Herr Camphausen con mirada irónica y asombrado de aquel silencio repentino me observaba, y viendo que esperaba en vano el fin de mi réplica continuó—:

—Mi historia se desenvuelve en la presente centuria y en las venideras.

Entonces me acordé de Darío Alfonzo. El anillo o talismán, la galera, los relatos absurdos que le había oído. Camphausen fue a su cuarto y volvió con un grueso mamotreto.

—Este es el tomo II —dijo—. El primero está dedicado a las costumbres e ideas de este siglo, a su ambiente. Una parte al deporte y otra a la crisis económica cuyos síntomas advertí hace tiempo y anuncié en trabajos divulgados por la prensa alemana desde 1920. La crisis apocalíptica. ¿Recuerda usted?: «Y los mercaderes de la tierra lloran y se lamentan sobre ella, porque ninguno compra más sus mercaderías» (San Juan. *Apocalipsis* XVIII: 11).[354]

Lentamente volvía las hojas de distintas clases de papel con escritura densa, llena de notas, de tachaduras, de llamadas, a ratos ilegible. Al fin acertó a elegir un fragmento. Lo trascribo conforme a los apuntes que tomé aquella misma noche.[355] Una repetición demasiado fiel. Una fantasía de la historia, de escasa novedad. Según Camphausen el hecho fundamental del siglo XX fue el de las nuevas ideas económicas arrollando las viejas culturas,[356] las cuales fueron suplantadas por una técnica colosal, mecánica, surgida de aquellas mismas y en la cual el hombre para salvarse libró uno de los combates más dramáticos con su destino.[357]

«Todavía a mediados de la centuria algunos gobiernos continuaban existiendo según las fórmulas del siglo XIX, como meros organismos recaudadores de impuestos y encargados de ocultar a las masas el verdadero estado del mundo, más por explotarlas que por temor a ellas. En Sur América,[358] por ejemplo, apenas se les permitía nombrar ministros plenipotenciarios, declarar los días de fiesta y de duelo y hasta llevar a cabo una revolución para reemplazar unos burócratas con otros.[359] Los empréstitos en realidad tenían la misma forma de los tributos y los viajes de buena voluntad equivalían a una declaración de vasallaje. Los presidentes de república lo efectuaban por lo general antes de encargarse, a fin de cultivar las buenas relaciones de sus países y muchas veces los candidatos derrotados en unas elecciones acudían a Washington en solicitud de protección y aun como acusadores, recordando aquellos pupilos de Roma en la antigüedad. De Washington partían los grandes caminos a todo el continente y este se hallaba enlazado además por toda clase de comunicaciones posibles. Verdaderos ejércitos penetraban en las selvas. Catalogaron las plantas, crearon nuevas especies y empren-

dieron la explotación de la tierra. La humanidad pudo al fin gozar de sus recursos. Toda la tierra fue rodeada por una misma línea de aviación. Las cosas tenían el mismo precio en Filipinas que en Bogotá. Había un oleoducto y una misma moneda. Había un poder único compartido entre dos o tres naciones. El sueño tantas veces acariciado se realizaba, puesto que de las conferencias y arreglos entre esos poderes resultaban las leyes y reglamentos que regían la voluntad de los hombres. Los Estados Unidos de América quisieron emplearlos en obras dignas de un gran siglo. Construyeron sobre el Atlántico una plataforma y pronto fue posible ir de un continente a otro con un contrabando de licores, un equipo de *golf* y una cabaretista.[*360] Había en medio del océano fondas, jardines, templos, hospitales y casinos flotantes. Solo dos entidades permanecían inaccesibles a ese poder secreto, compartido y misterioso: el Papa y… España.[**361]

»El presidente Picker[362] se proclamó Director Supremo de la Unión en la cual entraban todas las repúblicas que aún conservaban alguna autonomía. El parlamento subsistió, pero como un cuerpo pasivo encargado de sancionar los actos del Director[363] quien tomaba sus decisiones de acuerdo con el Consejo Supremo. Muchas veces la suerte de una nación se decidía en una combinación de Bolsa.

»Después de abrumadora tarea Picker jugaba *golf*, inspeccionaba los baños públicos y se comunicaba con ciudades donde apenas empezaba el alba. Cada ciudad en América tenía un *stadium*[364] y un capitolio de mármol semejante al de Washington ante el cual se hallaba la reproducción en oro y plata de una galera, como las proas cartaginesas que adornaban la tribuna del foro romano. Esta galera solo podía compararse por su magnitud con el carro que remataba la Mole Adriana. Muchos siglos después los arqueólogos discutían apasionadamente acerca de la significación de esa galera».[365]

Sin duda yo palidecí entonces.

—La galera —me dijo Camphausen—, ahora yo conozco su verdadero sentido, pero no lo digo para dar trabajo a los histo-

---

* La ley Volstead fue abolida en 1933. (N. del E.)

** Los acontecimientos posteriores demuestran el error de herr Camphausen. (N. del E.)

riadores[366] y también para evitárselo a la crítica racionalista. Es un buque que sigue como una sombra al *Texas*. ¿Qué puede ocultarse a un historiador? ¡Ah!... ¿Eh? En los partes secretos se la designa con el nombre de la galera de Tiberio. Lleva en la popa una luz roja y solo se la divisa desde el anochecer.

—Aún le falta decir —dije sin poder contenerme— lo del anillo mágico; el escarbuclo o piedra color de fuego. ¿Sabe usted? El anillo que Leonardo de Vinci señala con tres letras desconocidas.

Entonces Camphausen fue el sorprendido, pero recobrándose en breves segundos:

—¿Y usted sabe que esas cifras son precisamente las letras que el emperador Tiberio Claudio Druso,[367] sobrino de Tiberio Nerón, añadió al alfabeto y las cuales cayeron en desuso después de su reinado? Las conocían las cornejas y los vencejos que anidaban en las cornisas de los arcos de triunfo y se leían también en algunas inscripciones sepulcrales de aquel tiempo.[368] ¿Eh?

En aquel momento dieron las diez. Camphausen se detuvo esperando la última campanada. Los bancos de la Plaza Central se habían ido quedando desiertos.

—Lo lleva ahora el almirante Willy. ¿No es eso? —y me acerqué cuanto pude porque él bajaba la voz.

—Lo llevaba. Ese anillo ha sido robado. Andan en juego intereses decisivos. Fíjese que se trata del imperio del mundo. Presumo sin embargo que volverá al *Texas*, de lo contrario se derrumbaría mi historia universal… o habría que modificarla. ¿No acontece a menudo lo mismo con la realidad? ¿No se rectifica la idea que teníamos de un hecho ocurrido hace tiempo?

Hubo otra pausa y después continuó su lectura.

«El *stadium* más grande era el de Nueva York donde se podían congregar centenares de miles de espectadores a presenciar los pugilatos internacionales o mejor dicho interregionales. Eran multitudes ateas que practicaban el robo y el asesinato como medio de satisfacer sus necesidades. A Picker se le ocurrió un día destinar a los comunistas a estos pugilatos.[369] Celebráronse conferencias con ese objeto y se llegó a un acuerdo, pues como decían los juristas: "Gracias al Derecho la humanidad tiene una noción de justicia exacta que permite hacerla idéntica en todas las latitudes". Un sesudo periodista caraqueño escribía con tal motivo: "Ningún

pueblo puede vivir aislado". El Pontífice protestó, pero el último acto de Picker fue la terrible persecución contra los comunistas que infestaban el imperio.[370] Las delaciones se efectuaban dentro del mismo hogar. Viose entonces que muchos magnates entregaron a sus hijos y estos a sus padres. Las manifestaciones fueron disueltas. Multitudes fueron ejecutadas en masa o enviadas a regiones mortíferas.[371] Historiadores posteriores quisieron desmentir estos hechos. Según ellos eran obras de oscuros panfletistas que deseaban deshonrar una época ilustre. Picker murió a los ochenta y dos años, asesinado según unos, según otros en una caída mientras volaba sobre su jardín en un pequeño aparato.[372] Era corpulento, adusto, al decir de los contemporáneos, cuyo juicio, bueno es recordarlo, es casi siempre falso. Era poco dado a los placeres y muy tacaño. También afirman otros que dos años antes de su muerte cegó repentinamente.

»Le sucedió Otranto[373] quien deseoso de cultivar mejores relaciones hizo un viaje de buena voluntad alrededor del mundo. Para esa época las instituciones políticas según lo entendían las repúblicas burguesas herederas del siglo XIX estaban muy desacreditadas. Había dos tendencias definidas: cesaristas o comunistas, o cesaristas con nombres distintos. Iba el buque de Otranto escoltado por *destroyers*,[374] submarinos y portaviones. Escuadrillas de estos últimos evolucionaban sobre el yate al acercarse a tierra. De cada estación los periodistas enviaban largos despachos a sus diarios: "Otranto comió sobre cubierta". "Otranto fue al templo confundido con la multitud y obsequió frutas a los niños". "Otranto pronunció un discurso. Afirmó que el orden es necesario a la sociedad". Llevaba un palacio portátil para instalarse donde quisiese. Este palacio, de dos plantas, según el historiador Paterson, testigo ocular, era muy sencillo: todo blanco con un salón para las audiencias y cámaras espaciosas para la servidumbre. Ocupaba un área de cinco mil metros cuadrados. Los gobiernos se disputaban el honor de brindarle hospitalidad, a pesar de los gastos, y para ello no vacilaban en contratar empréstitos onerosos y en desafiar interpelaciones absurdas. Otranto tenía la expresión augusta que confiere el ejercicio del poder. Otranto murió joven, durante aquel viaje, mientras se hallaba en una isla del Pacífico, entregado a los deleites. Fue un período tranquilo comparado con el precedente.

»Su sucesor, Castries,[375] amaba extraordinariamente los deportes, sobre todo el pugilato. Él mismo no desdeñó boxear en público y ganó el campeonato mundial por lo cual mereció el nombre de *The Big President*. Castries renovó la persecución contra los comunistas. Estos celebraban sus asambleas en las minas abandonadas, cerca de las ciudades. Se reconocían firmando con letras minúsculas y trazando en el aire la figura de una hoz. En la antigua América española el idioma se había transformado y el castellano puro solo era conocido de los eruditos en universidades y academias; en disertaciones acerca del pasado. Cierto es que los gobiernos y periodistas habían clamado largo tiempo por la conservación del idioma materno como instrumento del alma nacional, pero casi siempre tales manifestaciones se hacían en inglés o en una especie de papiamento donde podían hallarse residuos de todas las lenguas y dialectos. Los hijos de tenderos, zapateros, agiotistas y fabricantes de bebidas gaseosas desdeñaban hablar el español, particularmente las mujeres educadas en los Estados del Norte o en Inglaterra. En el año 2100 Mrs. Flight Stone, esposa de un miembro del Consejo del Petróleo, ofreció un premio de cinco mil dólares a la mejor composición en español sobre el romanticismo americano del siglo XIX. Ganó el premio Mr. Flip, pastor evangelista y profesor de hidráulica en Lansing (Michigan), quien aseguró después en una conferencia que la vida de los países suramericanos en el siglo XIX y primeras décadas del XX era inferior mental y físicamente a la de los pobladores primitivos. En cambio el inglés se enriqueció con numerosas palabras españolas. Se vio el valor plástico y el espíritu de la lengua como instrumento de cultura humana. Algunas palabras eran de una delicia o de un encanto tanto mayor cuanto que estaban olvidadas.

»Castries hizo restaurar muchos monumentos de arte antiguo. Otros fueron trasladados a América y pueblos enteros, abadías, catedrales, castillos, palacios, emprendieron el viaje con la última piedra de sus calles, catalogadas debidamente.[376] Los eruditos explicaban su historia a las multitudes recordando siempre que la fe y la vida que habían inspirado obras semejantes eran testimonio de superstición y de barbarie.

»Sin embargo, por la noche se reunían los comunistas. Las mujeres se contaban en gran número en estas asambleas celebradas

en los sótanos de las ciudades o en los bosques vecinos. La hija del director de museos (G. D. U. M.)[377] Natalie Eaton y Virgine Clarence, esposa del potentado John Hump, fueron reducidas a prisión y desaparecieron misteriosamente. Casi al mismo tiempo sus estatuas adornaron las ciudades y fueron destruidas por las autoridades; pero se dio el nombre de Natalie a una flor y un cometa desconocido que apareció en aquellas noches recibió el nombre de La Bella Hump.

»Ardieron templos, bibliotecas, museos y otros edificios. No pasaba día sin que se ejecutaran actos de terrorismo. En regiones enteras desaparecieron los campanarios coronados de cruces e imágenes. Desaparecieron reliquias venerables de los siglos de fe. Anunciaciones y Descendimientos; Crucifixiones, Místicos Desposorios, tallas y vitrales maravillosos, estatuas sepulcrales, oros refulgentes de altar se amontonaban, eran consumidos, rotos, esparcidos en ceniza junto con la ceniza de las bibliotecas; porque decían que todo lo que fuere la antigua fe, la antigua cultura y la vieja historia, debía desaparecer sin dejar vestigio en el alma humana.

»Y entonces ocurrió un suceso extraño comentado y explotado por muchos escritores y artistas de aquella centuria. Y fue que estando Castries contemplando desde una azotea el cometa de roja cabellera vio que alguien junto a él también contemplaba la noche en silencio. Castries le reconoció al punto. Quiso hablarle, pero nunca pudo explicarse cuándo y cómo dejó de verlo, tan turbado estaba, o si aquella visión era efecto de su cabeza cargada de sueño. Algunos autores posteriores omiten esta circunstancia, pero ninguno de los contemporáneos lo calla y aun cuando la multitud era atea permaneció aquella noche con cierta emoción traspasada de angustia. Desde entonces, en la cámara de Castries se veía la cabeza de un Cristo contemporáneo de Giotto, entre dos bujías que derramaban sobre la cabeza marmórea una luz purpurina. Era un Cristo despedazado aquel día. Lo había encontrado en la terraza, durante su paseo nocturno, arrojado allí como un trofeo. De aquí nació la leyenda del cristianismo de Castries; de un César cartujo que, como los reyes medioevales, andaba descalzo y hacía penitencia en las estancias de su palacio, de un esplendor solitario.[378] También se habló de alucinaciones, de una enfermedad misteriosa estudiada por médicos internistas.

Castries murió a poco, a los 34 años de su edad y 3 de reinado. Pasaron cincuenta años de una paz augusta. Huelgas y sublevaciones fueron ahogadas en sangre. Los juristas aseguraban que el Derecho regía las relaciones de los pueblos».

Herr Camphausen se detuvo y me interrogó con la mirada. El tabaco olvidado se había consumido y la ceniza rodó por entre su chaleco desabrochado.

Consideré un instante al monstruo universitario armado de furor profético. No podría decir las ideas que entonces cruzaron por mi mente. Sentía cierta maligna complacencia, especialmente por algunas de las observaciones que matizaban el relato de Camphausen. No obstante creí necesario decir algo en contra de todo aquello. Es muy rara esa reacción de nuestra conciencia; esa necesidad que experimentamos de contradecir lo que nos parece excesivamente verdadero. Le manifesté, pues, que era injusto con América, nuestra América, repetí con orgullo para imitar a sus pensadores más elevados.[379] Dije que si algo fabuloso acontecería en nuestra edad sería precisamente que el alma de América, su verdadera alma, rompería la prisión en que se hallaba para recobrar su juventud y con ella su fuerza creadora, y le hice ver los presagios anunciantes de tal acontecimiento. Hasta hoy –afirmé– lo único verdaderamente nuestro es el silencio. Es usted cruel con nosotros –añadí–. Sin embargo, nos deja una esperanza. Usted dice que España permanecía inaccesible a ese poder. Fíjese que digo permanecía como si realmente hubiera ya transcurrido su historia, y así nada tiene de particular que haya un resurgimiento y este muy bien puede partir de América; de la América española. ¿Y entonces? Sí. ¿Entonces? Sin duda usted recuerda que en un tiempo estuvo en boga la creencia –llevada y traída por los historiadores de estas Indias– de que el imperio de España se extendía a ellas en una antigüedad remotísima. Se cita a Héspero entre sus reyes…[380] Así no importa que ese movimiento se inicie aquí o allá; el centro estaría siempre dentro de sus límites naturales.

Él cerró los ojos para meditar con sonrisa indefinible. Hizo un signo con la mano para pedirme paciencia y hojeando lentamente el manuscrito pasó a leerme otro fragmento:

«Pero todo aquello aparecía remoto, infinitamente remoto. Hacia fines de aquella centuria[381] el hombre cayó en cuenta una vez más de que se había engañado. La falsa noción del progreso

precipitó su ruina.[382] Esta catástrofe terrible en países de constitución antigua, lo fue mayor en los pueblos de Sur América deseosos de ser a toda costa otras tantas repúblicas francesas. La manía de enseñar a todo el mundo a la fuerza, sin distinguir capacidades, con programas hechos por individuos que solo se preocupaban de ser mencionados en los diarios, creó generaciones de hombres incapaces; una neurosis y miopía colectivas que hizo inútil la misma instrucción y el progreso. He aquí cómo escribe un autor de aquel tiempo: "Se habla de la Inquisición y compadecemos a los que vivieron entonces. Nos olvidamos del progreso de hierro que agarrota a la humanidad; del nacionalismo, las tarifas aduaneras, la policía internacional ante la cual un hombre es menos que una fiera. Se persigue a todo el que osa pensar de un modo distinto. Al dogma religioso ha sucedido el de la historia política. En otro tiempo el hombre se dejaba guiar por una luz celeste. Hoy se toman torpes apetitos por luminarias. La verdad es que suele haber contrastes, pero la humanidad se inclina cada día más a los que le muestran el rabo de la bestia".

»Sin embargo, el hambre aumentaba sobre la tierra. Regiones enteras eran abandonadas. Marchaban sobre las ciudades hordas hambrientas. Y como la cultura no había podido arrebatar al hombre sus instintos, entre ellos el de conservación, estalló de pronto uno de esos cataclismos sociales tan violento y brutal que todo se derrumbó en breve tiempo con ruido terrible».

Yo oí con delicioso placer estos párrafos y a la idea de que toda esa organización falsa, odiosa y decrépita iba a desaparecer, mi alma se alegró de tal manera como si viese de nuevo la campiña húmeda bajo el sol naciente, extendida cerca de mi casa paterna.

«Cayó entonces sobre el mundo –continuó Herr Camphausen– uno de esos períodos tenebrosos en que no brilla ninguna luz espiritual. Muchos conocimientos escaparon de la mano del hombre. A esto contribuyó mucho la pérdida de los libros. El papel era un elemento demasiado frágil. El papel y el alambre. Tampoco nadie leía ya. Los monjes quisieron prestar el mismo servicio que en el siglo VI, pero como eran perseguidos, y se veían obligados a buscar refugio en retiros inaccesibles, disueltas sus órdenes y huyendo siempre, no pudieron guardar muchos libros e instrumentos. Concluyeron por sucumbir a su vez ante la intolerancia atea. Algunas obras de las cuales se

envanecía la cultura anterior vinieron a ser ininteligibles. Verdad es que el mundo cobró horror a las tareas intelectuales. La vida transcurría entre pelear y cultivar la tierra. Entonces, como sucede cada vez que la barbarie se desencadena sobre la tierra, los sacerdotes escondieron las palabras y los vasos sagrados. Los ocultaron como semillas guardadas en vasos y lámparas bajo las losas del altar. Crecían las selvas donde antes había hermosas ciudades. Nacían ciudades con un sentido nuevo de la vida. Bajo las selvas quedaron sepultados los hacinamientos de cemento armado, alambre y papel.

»El hombre comenzó de nuevo su lucha por volver a los antiguos descubrimientos, aun cuando tomaron en su mente formas distintas. Los arqueólogos, por ejemplo, tardaron mucho tiempo en descubrir que en ciertas láminas negras halladas entre las ruinas se encontraban grabadas palabras, sonidos. Las enormes masas de acero del Canal de Panamá, espantosos esqueletos cubiertos de orín, reaparecieron un día, pero se vio que mientras el Canal, orgullo del siglo xx no existía, las pirámides de Egipto continuaban en pie, tal como estaban cuando sus cámaras y galerías fueron selladas por los sacerdotes.[383] Entre tanto los hombres confundidos en las eras, sin otras preocupaciones que la satisfacción de sus instintos, vivían la vida primitiva. Las noches traían a sus ojos idéntica dulzura. El hombre y la tierra recobraron su juventud».[384]

Mientras él leía, yo miraba frente a mí, por sobre el espaldar del asiento, un asiento verde, de mimbre, a una mujer de fascinadora belleza. Pocos momentos antes había hecho su entrada en el *hall*. Como se hallaba de espaldas, apenas distinguía sus brazos y el fulgor rubio de sus cabellos. Ella volviose un instante y pude contemplar su soberbio perfil.

—He ahí una mujer que muy bien puede encarnar su historia. Me recuerda a La Bella Hump de quien habla usted, aun cuando no tiene los cabellos rojos. ¿No es verdad que parece han pasado treinta siglos? Usted dirá que es una visión apocalíptica.

—¡Ah! Y haría usted muy bien en conocerla. Voy a presentarlo. Es Miss Alice Ayres.[385]

III

«Tampoco nadie leía ya». Esta frase de Camphausen silba como flecha. Es decir, nadie leyó durante siglos. Períodos de tiempo semejantes a esos espacios que separan los universos, según afirman los astrónomos. ¿Cuántos libros quedarían entonces? Y recuerdo los veinte volúmenes del profesor Testa, de Caracas; el esfuerzo de Vicente Casas que se quedó ciego descifrando papeles viejos relativos a personajes insignificantes y aquellos poetas diplomáticos que hablan de las tardes vestidas de crinolina.[386] Ahora, mientras el sol penetra alegremente en mi cuarto, se siente uno libre de esa pesadilla nocturna; se adquiere la certidumbre de que todo lo que afirma Herr Camphausen es falso, de que él, como tantos otros, quiere hacer víctimas a los demás de sus extravíos mentales. Hay un placer inmenso en disfrutar de la luz y en oír el agua de la bañera, mientras la negra jamaicana va y viene en sus menesteres cotidianos. Y siento desvío, un gran desvío, por Herr Camphausen que allí, en el cuarto vecino, expectora y se suena ruidosamente.

Sin embargo los diarios anuncian nuevos derrumbamientos de Bolsa. Acaso en este momento ocurre otro desastre. Por encima de la multitud se alza el ídolo vacilando en su pedestal. El oro y el progreso, tal como lo deificaron las generaciones anteriores, caen en pedazos mientras se acelera el péndulo, un péndulo gigantesco, que va de oriente a occidente, de Basilea a Nueva York.[387] En los parques acampan los sin trabajo. Estamos en febrero y los diarios aseguran que en septiembre o en octubre

se dará comienzo a varias obras. Ya tienen los hambrientos para esperar. De otras ciudades llegan noticias semejantes: saqueos de almacenes, huelgas, motines, incendios. Y la frase: «Nadie leía ya» se apodera de mí y parece seguirme y escurrirse entre mis pasos y correr a lo largo de las avenidas y por las callejuelas de la ciudad antigua, en medio de zahúrdas donde se aprieta una multitud de toda la tierra.

Recibí aviso de que Pablo Revilla deseaba verme. Bajé en seguida. Revilla y yo hemos sido amigos largo tiempo y el recuerdo de esa amistad se enlaza al de otros días. Además hemos compartido muchas veces inquietudes semejantes. Hacía tiempo no veía a Revilla. Le hallé cambiado, muy distinto de aquel otro Revilla que conocí años atrás, cuando estudiábamos en la universidad y nos paseábamos por los claustros sombreados de acacias floridas. El tiempo había impreso en su rostro un sello de tristeza inconfundible. Revilla esperaba en la puerta. La venerable Miss Clayton permanecía en su sitio, con su eterno vestido negro, más solitaria que nunca. El vestíbulo estaba desierto. La cantina estaba desierta. Cruzamos la Plaza Central frente a la mole adusta de la Catedral con sus siglos españoles oteando por encima de las torres. Grupos que toman el fresco y hablan de política, en medio de los cuales blanquea la testa de don Miguel Heredia, ensayista clásico. La Avenida Central resplandece con sus bazares orientales hasta los populosos barrios de Calidonia, Calcuta, Hong Kong, El Cairo.[388] Rutas asiáticas proyectan sus mágicas alucinaciones. Asia y Occidente. Revilla habla de la humanidad que iba a nacer de aquella mezcla, una humanidad sin más ideal que sus instintos.[389]

—A propósito. Toda esta humanidad —le digo— me parece bajo un signo rojo.[390] Y le refiero un relato de Herr Camphausen. El navío fantasma que ha cruzado el Canal de Panamá y la venta y el robo del anillo maravilloso. Mis cavilaciones de aquel día. Revilla sonríe y después de un momento de silencio:

—Esta inquietud por el futuro es parecida a la que experimentamos ante las ruinas: en el fondo es una inquietud por

nosotros mismos. Nos damos cuenta entonces de que nuestra vida es como rocío suspendido en la rama de un árbol.[391]

Ante esta imagen poética de Revilla guardé silencio. Una noche ardiente se filtraba por las calles. Instintivamente nuestras miradas se volvían interrogadoras hacia los astros. La noche izaba visiones de Oriente. América desea el Asia. En el fondo del alma de América Asia se mira y sonríe.[392] Nos aventuramos por callejuelas sórdidas. Patios vetustos tendidos de ropa. Muchachas que han acudido al anuncio de la flota. Chilenas, argentinas, cubanas.[393] Fumaderos y garitos clandestinos. Anuncios luminosos. La Alhambra. En la puerta se lee: *Trabajo. Arte. Propietarios: Esposos Crutino. Manager Joseph Tongui*. En la sala casi desierta baila una muchacha. Rostro fino y dorado. Del pañuelo verde que ciñe su cabeza se escapan sedosos rizos negros y recuerdan por contraste el casco de oro de Miss Ayres.[394] Todo su cuerpo vibra. Pero hay en su desnudez un desamparo que solo ella, sin quererlo tal vez, sabe expresar bien. La bailarina alza los ojos hacia un cielo invisible; levanta los brazos cargados de anillos y su vocecita flaca articula apenas las palabras. En sus manos las castañuelas bordan un tema desconocido en aquel sitio. Con aire aburrido las otras muchachas miran pasar la noche sin clientes. Pupilas extrañamente inmóviles, humedecidas en el último éxtasis de la cocaína.

—He aquí una imagen que muy bien podría desprenderse de un jardín de Babilonia o de un palacio maya. ¿No es así?[395]

Los ojos de Revilla se ensombrecen y quedan fijos largo tiempo. Luego hace otras observaciones peregrinas acerca de la bailarina que le recuerda –dice– una palmera. Pero una palmera lleva consigo su paisaje –añade–; levanta en los brazos su horizonte.

Pienso que Revilla es de la llanura. Las castañuelas callaron de pronto. Revilla hizo un signo y ella vino a sentarse con nosotros.

—¿Eres cubana?

—No. ¿Por qué?

—Lo digo por el aviso en la puerta.[396]

—Yo soy venezolana.

—¿Tú eres venezolana? ¿Cómo has venido aquí? Entonces puedes muy bien ser nuestro camarada.[397]

Ella ríe y saluda. Sus ojos tienen un destello rápido. Parece más bien una niña. Está allí como pudiera estar en cualquier otra parte.

—Verán. Me llamo Ernestina Rojas.

Rápidamente, mientras enciende un cigarrillo, nos cuenta su historia y lo hace como si leyera en un breve libro. Hacía apenas un mes que se había casado con un extranjero; pero luego resultó que su marido pertenecía a una banda de estafadores. En Caracas, su madre la persuadió a efectuar aquel matrimonio casi contra su voluntad. Se embarcaron en La Guaira y al llegar a Colón fueron detenidos. A poco Ernestina quedó en libertad. Una compatriota le indicó aquel refugio. Es un gran servicio, porque no tenía la licencia indispensable. De este modo ha podido permanecer libre, a diferencia de las otras que viven en el mismo edificio, en habitaciones alineadas como celdas. Allí entran bajo contrato. Luego, como contraen deudas y reciben adelantos, no pueden salir. La cocaína y el alcohol hacen lo demás.[398] Así encontró Ernestina el *cabaret* en su canastilla de bodas. Pero no hay en ella asomo de amargura. Acepta el destino tal como se presenta. Únicamente desea volver a su tierra.

—Reconquistar la tierra cuando se sale de ella es difícil —dice Revilla—. A veces se consigue, pero al precio de muchas desventuras.

En los ojos de Ernestina tiemblan pequeñas gotas, pero en seguida sonríe. No es nada. El humo del cigarrillo.[399]

El salón se había ido animando. Marinos, beodos, burócratas, diplomáticos. La atmósfera apestaba de humo y menta. En la sala hizo irrupción un grupo: Luis Argote, Miguel Segurola, Félix Palma, Cayetano Hernández, venezolanos. Después llegan Teodorico Garibaldo y Nelson Guillén, peruanos; Napoleón Patiño y Pericles Rivadioso, ecuatorianos. Los nombres anuncian reminiscencias de lecturas de los padres. Preferencias diversas. Todos eran emigrados.[400]

—Nuestra compatriota Ernestina Rojas —dice Revilla.

Discuten en voz alta y hablan de la revolución. Para Revilla esta sería tan ineficaz como cualquiera otra de los anteriores movimientos armados si no se acompaña de una voluntad generosa y creadora. Además es preciso estudiar y hacer estudiar como se estudian las capas de un terreno donde va a construirse una obra de ingeniería. En cambio para Argote todo era muy sencillo: bastaba entrar a sangre y fuego y sentarse después a gobernar. Entonces empezaría una era de felicidad sin límites.

—Será preciso consultar al doctor Wendano —dice Revilla irónicamente.[401]

Argote cobra una expresión amenazadora, pero Félix Palma[402] interviene. Habla de una revolución en conjunto; de un movimiento simultáneo en toda América. En Palma la cabeza parece haberse desarrollado a costa del cuerpo. Es todo libros, pero en sus ojos brilla una voluntad resuelta. Revilla lo observa con simpatía, casi con ternura. Palma está próximo a partir para la frontera donde el general Robles, el general Cayetano Robles, prepara una invasión al territorio de Venezuela.[403] Todo estaba ya listo. Solo faltaban unas armas que debían llegar a Barranquilla, vía Panamá, para ser enviadas al Arauca. Inútilmente Revilla trata de disuadirlo.

—Robles es como todos —le dice—. Pero ¿no es una desgracia que pongas tus ideales al servicio de Robles que solo piensa en sus negocios? Cogerá el ganado, sarrapia, caucho y lo irá a vender al Brasil y se irá luego a cualquier parte a vivir unos meses. Él te despreciará en el fondo o prescindirá de ti cuando encuentre quien lo interprete mejor, o te dejará sacrificar.[404]

—Tú puedes decir eso —replica Palma— porque ya fuiste. Estás, como quien dice, de regreso. Pero es preciso pasar por esa prueba. Aun cuando sea inútil, es preciso ir.

—Sí, ¡es preciso ir! —repiten los otros.

Y lo peor es que Palma hace sus preparativos como quien sabe que no ha de volver y se adelanta a un destino inevitable.

—¡Nosotros somos seis, diez mil! —grita Argote—. Podríamos tomar uno de esos cruceros que están ahí, de huelga. Iríamos a cualquier sitio de la costa. El que no quiera ir sea declarado traidor y cobarde.

El *manager*, un hombrecito calvo, de *smoking*, apareció y dijo algo en inglés.

—Este hombre tiene aspecto académico y sabe seleccionar meretrices. No lo digo por ti —añade Argote dirigiéndose a Ernestina.

Una tropa de blondas mujeres desfila ante los espectadores. Una vieja canta un cuplé y sonríe tristemente bajo los afeites.

—Qué espectáculo más tonto —observa Guillén.

—Es un espectáculo para palurdos y ancianos.

—Una modesta trata de blancas.

—Compañero Argote —inquiere Garibaldo—. ¿Hay muchas ciudades en esas regiones donde amenaza el general Robles?

—Sí, hay varias ciudades importantes.

—Pero si esas son soledades, el desierto —replica Revilla.

—Pues bueno, hay ciudades. Lo importante es decir que las hay.

—No existe sino la llanura y la palmera —dice Revilla mirando a Ernestina.

Guillén y los otros apenas podían entender una aventura semejante. Para ellos un cambio de esa naturaleza estaba a base de propaganda o de hechos lógicamente encadenados.

—Sin embargo, entre nosotros es lo clásico —explica Segurola—. Entre nosotros no existe un hombre con una gran melena que cometa un atentado en cumplimiento de una orden o por su propio impulso;[405] pero sí es corriente que un hombre monte a caballo y conquiste el mundo.[406]

—Es lo clásico; pero esos hombres acaban con lo clásico.

Ante ellos la tierra se extendía verde, tentadora, copiosa de palmeras. Los ojos de Ernestina esplendían. La tierra estaba en ellos. Una aurora surgía allá, en horizontes infinitos. Un individuo llamó a Ernestina.

—¡Esa mujer está con nosotros! —dice Argote.

En aquel momento un hombre grueso, afeitado, de ademanes ceremoniosos se acercó desde una mesa vecina.

—¿Son ustedes de Venezuela? Yo desearía inquirir algunos datos. Precisamente esta tarde hablaba de eso. Pretendo ir, pero no sé si puedo encontrar algunas dificultades.

—¿Tiene usted alguna causa pendiente?

—No. Absolutamente. Pero tengo una hermana casada con un sobrino del general Pote residente hace muchos años en Nueva York.[407] ¿Conocen ustedes al general Pote? Seguramente habrán oído hablar de él. Fue ministro, creo que de obras públicas.

Argote manda a servir cerveza y extiende ante el intruso una historia de castillos sombríos y suplicios, interminable.

—Yo creo que usted puede ir —interrumpe Revilla—. Un hermano del sobrino del general Pote.[408] Puede ir, puede ir, sin que su presencia ponga en peligro al orden público.

El hombre saludó extrañado. Argote lanzaba miradas llenas de recriminaciones.

—Me habían dicho…

—Oiga. ¿Cómo se llama usted?

—José Suñol. Soy catalán.

—¿Es usted agente viajero?

—No. ¿Por qué?

—Vaya y dígale a nuestros amigos que nos escriban con agentes viajeros. Los agentes viajeros son nuestros grandes medios de comunicación.[409]

El hombre se alejó amoscado.

—¡No haces más que gritar traiciones! —exclamó Argote increpando a Revilla—. Pero ¡te haré lanzar del partido! ¡No tendrás ninguna parte! ¡Ninguna! —gritó cada vez más exaltado.

Y Revilla:

—Yo no pertenezco a ningún partido.

En el grupo irrumpe un muchacho, Remigio López Franco. Acababa de abandonar Venezuela para no volver, según afirmaba, aun cuando los ojos se le nublan al solo recuerdo. Ver otra vez La Guaira, el Ávila, la costa en la noche. Goza de su destierro como de un ideal realizado. Indignado porque un policía lo llamó extranjero.

—¡Cómo! Un venezolano extranjero en Panamá. ¿Y el Libertador?

El mismo Argote no deja de sonreír ante aquella candorosa exclamación.

Aquella noche Revilla acompañó a Ernestina hasta su casa, en Chorrillo.[410] Subió la escalera alumbrada con un bombillo rojo y sentose en la cama. A los pies estaba el equipaje de Ernestina: una maleta con dos vestidos. Su pasaporte estaba en poder de la policía. Ernestina, los brazos sobre el pecho, permanecía en pie, como en espera de una orden.

—¿Qué te pasa? —preguntó riendo.

Pablo hizo un gesto desolado. Todo aquello le parecía extremadamente lamentable, casi grotesco. La voz de Ernestina pareció despertarle. La miró, tal vez a pesar suyo, como ninguno la había mirado hasta entonces y se alejó bruscamente. Caminó largo rato. Se encontró ante las antiguas bóvedas. Lienzos de viejas murallas. Trepó los escalones hasta la rampa convertida en

paseo, donde antaño se podrían las cureñas al sol y al agua, y sentose en un banco. La noche avanzaba y pronto sería la aurora. Surgía ante él un mar de azul leve. Con la frente oreada por el aire helado veía amanecer. Solo en el corazón de Pablo Revilla desde hacía tiempo no había aurora.

Pablo Revilla apenas tenía unas semanas en Panamá y dos años de vagar por repúblicas americanas. En 1927 las ideas revolucionarias habían ganado mucho terreno sin que las autoridades se dieran cuenta exacta gracias a su desprecio por la letra escrita. Su odio no les había curado de ese desdén que los recluía en una profunda ignorancia de cuanto pasaba a su alrededor. La nube se deshizo al fin. *Sachka Yegulev*[411] había venido a ser un evangelio y estaba en las manos de todos los hombres de veinte a treinta años. Era todavía la revolución un poco retardataria, independiente del movimiento que se ha propagado después.[412] Gracias a su talento y a sus lecturas, Pablo Revilla se había librado de admirar a esos Zola y Maupassant tropicales que en 1914 paseaban su gloriola[413] agresiva por las parroquias suburbanas del continente.[414] En 1928 tomó parte en la huelga estudiantil,[415] acompañó a los suyos en la prisión y cantó canciones burlescas en el castillo de Puerto Cabello. A la salida se batió en el asalto de un cuartel.[416] Tuvo la fortuna de huir y ganar la isla de Curazao, y allí consiguió pasaporte para Colombia. Durante el movimiento se mantuvo en un orgulloso aislamiento, ajeno a todo cuanto fuese clica o tratase de explotar su entusiasmo. Sabía que en torno a sus ideas estaban en juego intereses personales que nada tenían que ver con la defensa de los oprimidos. Esto lo puso a recaudo de sorpresas aun cuando le ocasionó muchos disgustos. Tenía entonces treinta y dos años. La huelga de Santa Marta[417] estalló poco después de su arribo a Barranquilla.[418] En seguida se trasladó a la zona bananera.[419] Su alma hirvió de cólera y de gozo. Octubre y noviembre de 1928. Los incendios estallaban en las plantaciones. Se fusilaba a los huelguistas por la espalda.[420] Ardían los bosques, las viviendas. Todo como en *Sachka Yegulev*. Caía la noche. Soplaba un viento húmedo que penetraba en los

corazones. La noche avanzaba como la muerte. Amontonados en las estaciones, a las puertas de las viviendas, dormían los obreros con las mujeres y los niños. De pronto, en el silencio, un toque de corneta, ruido de pasos y ametralladoras. A veces los huelguistas desarmaban compañías enteras. Pablo arengaba a los de su grupo. Agitaba sobre ellos una especie de gorra negra. Era la señal. Su voz era clara e imperiosa. No debían ceder. «Es preciso ir al sacrificio» –repetía siempre–. «De sacrificios está compuesta la historia de la humanidad». Dos veces estuvo a punto de caer en manos de las tropas. Ocurría, en ocasiones, que los mismos soldados se unían a ellos. Un teniente que se negó a dar la orden de fuego fue condenado por cobardía. Hacia el alba pasaban los convoyes llenos de muertos y eran enterrados en grandes zanjas abiertas rápidamente. Después se hizo preciso quemarlos, rociar los cadáveres con gasolina. A cada paso, en aquellas marchas penosas, encontraban cadáveres que parecían verlos aún, los ojos muy abiertos. Fue un día, en los comienzos de noviembre,[421] cuando Pablo cayó herido. Como se afirmaba que ya la huelga estaba vencida, y no había cuartel, trataban de ganar la sierra, salir a la Goajira. Al atardecer se detuvieron cerca de un bosque. Un grito se alzó entre ellos. Una especie de rugido. Estaban cercados. La descarga los envolvió de humo. La primera en caer fue una mujer. Todos pudieron verla en aquel momento. Alzaba un niño entre los brazos pretendiendo cubrirse con él. Rápidamente Pablo se echó a tierra. Después solo sintió la oscuridad y el vacío en torno suyo. Unos soldados se alejaban. Estaba salvado. Los furgones no llegaban hasta la madrugada. Quedaba allí una masa hedionda, de la cual salían gritos, lamentos. Algunos se alzaban también penosamente, se arrastraban un trecho pidiendo auxilio, agua. De improviso vieron que algo distinto de la noche venía hacía ellos. Del silencio del bosque se desprendía un fulgor rojo. Querían incinerarlos vivos. Ya Pablo no podía agitar su gorra, porque su pequeña banda yacía por tierra. Los pocos salvados se pusieron a abrir un cortafuego. Por fortuna el viento cambió. Entonces Pablo se dio cuenta de que él también estaba herido. Un dolor agudo le abrasaba el pecho. Arrastrándose en aquella claridad siniestra, pudo llegar a un bohío donde un indio le dio asilo. Toda la noche, mientras el fuego devoraba los bosques lejanos, y se oían voces y trompetas y lamentos, vio aquel rostro impasible

inclinado sobre él. Estaba sentado en el suelo, fumando. Bajo sus párpados entornados creyó ver cierta llama interna que lo iluminaba. Mientras el bosque se convertía en cenizas, la carne del indio se volvía como una lámpara de barro y Pablo lo contemplaba con respeto casi supersticioso. El indio comenzó a curarle. Su rostro era impenetrable. Le fue imposible oírle una palabra acerca de los sucesos que venían desarrollándose. Parecía indiferente a cuanto le rodeaba, pero en sus ojos brillaba la inteligencia. El silencio del indio era un estado de alma.[422] Un estado de alma que duraba siglos. Allí permaneció Pablo veinte días. Entonces supo que el jefe de operaciones[423] estaba escribiendo el relato de los sucesos de la huelga y se holgaba tanto del mérito literario de su obra que había resuelto editarlo en folleto cuyo precio sería de un peso el ejemplar. Estos y otros pormenores daban las noticias transmitidas de Bogotá. Encerrado en su habitación con una máquina de escribir, el jefe de operaciones estaba satisfecho de su estilo. Esta preocupación le hacía trazar arabescos sobre aquellos recuerdos y le hacía olvidar todo, hasta la sangre vertida.[424]

Burlando la vigilancia, o porque las autoridades le creyesen ajeno a los sucesos, pudo Pablo volver a Curazao. Desde entonces tuvo conciencia clara de su destino. En Cuba le negaron pasaporte para México. No tenía el depósito exigido por las autoridades de aquel país. En La Habana encontró Revilla a otros desterrados –ante todo desterrados de sí mismos–, entre ellos a Jaime Lobo, un muchacho macilento con ojos de alucinado llevando siempre dos o tres panfletos bajo el brazo. Sus manos temblaban de un modo extraño. Una noche paseaban juntos por los malecones. Pablo discutía como siempre. Había ido adquiriendo un sentido menos local de las cosas, y a veces, al expresar sus ideas, dejaba a Lobo suspenso en cavilaciones. Como en Curazao y en Barranquilla y en Santa Marta ya veía una sola multitud –no de este ni de aquel país–, y le parecía necesario enseñar un camino a toda aquella masa dispersa, ignorante de su propio destino. Pero Lobo no comprendía bien y Pablo había cesado ya de hablar. Ante ellos el castillo de La Cabaña perfilaba sus murallas españolas.[425]

—¿Ves ese buque? —dijo de pronto Lobo—. Es una tumba flotante. Hay allí un calabozo donde meten algunos presos, ciertos presos… Pero una parte de ese calabozo está sin fondo. El preso tanteando cae…[426]

—Y pensar en todos los que murieron allí por la libertad.

—Y los que morirán —replicó Lobo con cierta firmeza.

A Revilla le gustaba mostrarse ausente de las resoluciones decisivas. Así creía valorarse.

—¿Tú crees?

—Igual que en nuestro país. Como ese buque aquel castillo[427] tiene el nombre de Libertador.

Separáronse en silencio, cerca del monumento a las víctimas del *Maine*. A los pocos días supo Revilla que Jaime Lobo estaba detenido en La Cabaña a causa de uno de esos panfletos que él escribía, imaginando cambiar la faz del mundo, y no eran nada en el fondo: injurias. Visitó al ministro, pero este lo recibió en la puerta, sin dejarlo entrar. Estaba en bata, una bata morada a cuadros negros, la cabeza envuelta en un vendaje blanco. Corrían extraños rumores. Se decía que el ministro padecía un mal terrible. Le dejó helado aquella mueca babosa de su rostro, rasgado por una risita siniestra. No sabía nada. Ni siquiera conocía a Jaime Lobo. También llamó la atención de Revilla la residencia del ministro. Había oído decir que vivía en una mansión espléndida y lo hallaba en un pobre entresuelo subarrendado a los inquilinos del piso alto. Una noche, en sueños, poco después de su entrevista con el ministro, Revilla oyó un grito. «La voz de Lobo», pensó despertándose sobresaltado. Lo imaginaba en el buque, cayendo en su tumba silenciosa.[428]

Una suscripción de varios compatriotas permitió a Revilla salir para Panamá. Allí se organizaba una asociación «con ideales», se aseguraba. Su jefe era el doctor Homero Wendano, especialista en sífilis y vías urinarias, un tipo lívido con pretensiones literarias.[429] Wendano recibió amablemente a Revilla. Leyóle unos artículos suyos sobre arte… Él mismo, antes de la lectura, encomiaba sus méritos y después se detenía en cada párrafo para solicitar el juicio del interlocutor.

—Está muy bien —repetía Pablo urgido a cada paso y por complacerle. Pero Wendano se precipitó de improviso, más pálido que de ordinario.

—¿Qué encuentra usted de bueno, Revilla? ¿Cuál frase le gusta más? ¡Dígalo Revilla! —exclamó en una exaltación creciente, agitando las cuartillas sobre su gorra de cirujano.

Revilla asombrado retrocedió instintivamente creyendo que Wendano estaba loco. Luego ahogó unas ganas espantosas de reírse y trató de serenarse. Al fin más tranquilo respondió:

—¡Todo!

Después hablaron del partido que se organizaba. Wendano manifestó que él no podía tratar con todos debido a sus principios y a su condición social. Él pertenecía a la buena sociedad, a la gente decente –afirmaba–. ¿Sabe usted? Yo estoy casado con una Mollejo y las Mollejo pertenecen a las más ínclitas familias del Istmo. Aquel hombre parecía más bien casado con un apellido que con una mujer. Revilla consideró esto el colmo del servilismo y se fue haciendo asco de semejante revolucionario. Wendano no perdonó nunca que Revilla no se manifestase bastante entusiasmado ante la mesalianza[430] de una Mollejo con un Wendano.

También conoció Revilla a Carlos Bache R., ecuatoriano.

—Yo soy un libertario, ¿sabe? —decía mientras le estrechaba efusivamente la mano—. Yo simpatizo con todos los revolucionarios. Soy amigo de Wendano. Es un talento. Será ministro.[431]

Bache era cronista social del *Sur América*, un diario con siete páginas en inglés y dos escasas en español.

—¡He capitaneado una huelga de diez mil hombres! —continuó diciendo.

En el *Sur América* Bache adulaba a todo el que fuera capaz de hacerle una invitación. En ocasiones caía en arrebatos casi místicos ante uno de esos personajes. La experiencia comenzaba a fatigar a Revilla. Examinaba los tipos y los comparaba. Pronto le disgustaron definitivamente aquellos revolucionarios que hacían de su rebeldía una actitud; pero no tenían inconveniente en alabar de modo indigno a los miles de explotadores y tiranos minúsculos que había a su alrededor. Era una manera cómoda de ser revolucionario.[432]

Revilla pensaba fundar un diario, dar clases y conferencias. Sus recursos escaseaban. América era vasta, pero América estaba en la indigencia, al borde del desastre, a pesar de sus diplomáticos, de sus condecoraciones, de sus capitolios y de sus odas. América estaba sobre todo desorientada, perdida en un mundo de ficciones. Revilla pensaba escribir: «América tiene necesidad de nuevas orientaciones; de espíritus sinceros y rectos. Sus direc-

tores son con frecuencia gente ególatra y es preciso aniquilar la egolatría. Cada país sueña tener su arco de triunfo sobre el cual poner el nombre del vecino. Las pobres masas crucificadas no saben adónde ir con estos borlados frenéticos que las mantienen en la miseria. Sus dineros sirven para construir capitolios gigantescos como si cada patria fuera la cabeza de un imperio,[433] o van a parar a manos de burócratas que las desprecian, y sus escritores no se resignan a simplificar las cosas sino que quieren demostrar al pobre paria nuestro –el cual habita de sur a norte– que cada doctor ha nacido para su propia felicidad. De ahí las matanzas inútiles de que está llena nuestra historia oscura».

Este lenguaje no satisfacía a sus compañeros de emigración. Oíanle impacientes, con desagrado. Ellos eran revolucionarios personalistas. Concretaban su odio en alguien, sin ir más allá, sin explicárselo de otra manera. Pronto Revilla no fue para Wendano y Bache sino un vendido, un espía.

De todo esto había quedado a Revilla, ansioso de comprender la realidad de su época, un enorme cansancio. Su actividad inicial se había convertido en una especie de indiferencia. Había ido renunciando a la acción y vuelto a encontrar su ironía sangrante. Los únicos personajes dignos de aprecio hallados en su emigración eran el indio a quien le debía la vida y quizá, por su infortunio, Jaime Lobo. El aspecto de su tiempo le había hecho olvidar el problema nacional en sí, el cual le parecía un poco doméstico, rudimentario, frente al mundo. La misma idea de cuando paseaba con Jaime Lobo por el malecón de La Habana.[434]

IV

Al día siguiente de nuestra presentación acompañé a Miss Ayres a Panamá la Vieja, la ciudad destruida a mediados del siglo XVII, quemada por los propios españoles, cuando estaba a punto de caer en manos del pirata Enrique Morgan,[435] a quien el rey Carlos II hizo caballero. Había en Miss Ayres una exuberancia de selva –energía de razas antiguas nutridas en la matanza–, en busca siempre de una tierra de promisión y ardiendo en su sangre sin memoria del pasado.[436] Miss Ayres enfoca su cámara: la torre cuya vista hizo estremecer de alegría a los vencedores, cuando la contemplaron de lejos.[437] Después la conduzco a través de la antigua ciudad dormida en su tumba de piedra y lodo. Ciudad de traficantes en hombres y en géneros que se vio sorprendida en medio de su opulencia. Morgan tiene cierto aire vengador. Llega como la justicia, cuando nadie la espera o la pretenden incierta y lejana. Por el mar se escaparon en profundas naos los últimos tesoros. Miss Ayres admira con curiosidad infantil los pozos abiertos para recoger agua de lluvia –albercas de aguas negras donde los vecinos arrojaron sus perlas y esmeraldas–, y los muros de las capillas por donde trepan lagartos y el verde suntuoso y funeral de los matorrales. Por encima evoluciona una escuadrilla de aviones. Cielo de tarde plomiza. Nos sentamos al pie de la torre[438] y contemplo a Miss Ayres en los ojos, ojos violetas inundados de oro, y me parece ver asomado, allá, al fondo, un Morgan que sonríe. Me atrae y rechaza a la vez aquel rostro de una expresión a la vez fría y adorable.

—De noche —le digo, pues que ella desea saber noticias—, pasa por entre las ruinas una procesión salmodiando antiguas preces. Delante van los prelados con sus mitras y cayados de oro. Siguen los canónigos con largas capas, los frailes mercedarios, franciscanos y los frailes de San Juan de Dios; los indios con arcas llenas de perlas cogidas a las hijas de los caciques; los soldados armados de partesanas y los gobernadores con sus pajes; mercaderes, acémilas cargadas de seda y oro; esclavos decapitados al enterrar algún tesoro y mastines feroces adiestrados en la caza de hombres, y hermosas mujeres que arrastran sus mortajas. Entre ellas va una novia muerta la misma noche de sus bodas a quien sepultaron en un sótano con su traje nupcial y un pomito de esencias en las manos. La infortunada busca a su amante entre la multitud y cree que un día vendrá a libertarla de la muerte para irse juntos a realizar su sueño de amor. Sale precisamente la procesión del pie de la torre con cirios encendidos, desciende por la calle del Obispo y se detiene ante el convento de la Merced donde un fraile dice misa ante la comunidad reunida en el mismo orden que guardaba en el coro. Privilegio este de los mercedarios por haber sido los últimos en abandonar la destruida ciudad. Apenas se ven brillar las antorchas. A esa hora suenan las campanas en lo alto de la torre y se ve a Morgan errante por las ruinas con los brazos cruzados y un terrible desdén en los ojos.

Miramos. Y la torre que veía llegar los galeones del Perú, a cuyos pies se mezclaban los rumores del norte y del sur, mira aún por los huecos profundos de donde se desprenden los murciélagos que hacen su ronda por las ruinas. Una luna blanca apunta sus cuernecillos vueltos hacia oriente.

—Vea —le digo, señalando a un soldado rubio que conduce por la orilla sus gordas mulas relucientes—. No se ha ido todavía y le sonríe a usted. Ni se irá.[439]

El mar entonces parece reflejarse en sus ojos. A punto estaba de creer que había tomado en serio mi relato. Tenía Miss Ayres el proyecto de emprender una explotación comercial; una tienda de antigüedades. ¡Una tienda de antigüedades! Sí, apenas le faltaba el nombre. Se empeñó en que la ayudase a encontrar uno de gran efecto. «¿Un nombre que diga muchas cosas a la vez, arcaico y moderno?». Esto es. Vacilé y al fin, como si así estuviera dispuesto, le dije:

—¡La Galera de Tiberio!

Sus ojos tuvieron un destello rápido. Se levantó invitándome a regresar. La noche se espesaba sobre la torre. El silencio y la noche. Se constelaban las ruinas de un fulgor fugitivo de esmeraldas. Mientras Miss Ayres pone en marcha su coche le enseño la palabra «Welcome» en las puertas de la cantina instalada frente a la torre.

—¿Sabe usted cómo se llamaba el navío en que Morgan partió de Jamaica para Inglaterra al año siguiente de la destrucción de Panamá? Se llamaba *Welcome*.

La Galera de Tiberio ostentó sus magníficas muestras luminosas en la Avenida Central. Ídolos, huacas, collares de amuletos, pieles de caimán. Decoraba las vidrieras una pequeña galera trabajada en nácar y plata. Pájaros embalsamados de plumajes maravillosos, en aros de cristal. Símbolos para historiar letras en la obra de Camphausen.[440] Artículos para turistas y marineros.*

Y en realidad pronto la tienda comenzó a darme una impresión semejante al relato de Camphausen. Era una demostración de lo que sería dentro de algunas centurias una tienda de antigüedades con sus fonógrafos, sus máquinas de escribir, refrigeradoras y linternas de mano.[441] Y sentí una inquietud vaga, pero cierta, de que todo lo que hoy constituye nuestra vida se escapaba, perdía su sentido, transformándose en una capa de polvo sobre unos cuantos objetos en las salas desoladas de algún museo o en las vitrinas de una tienda de antigüedades. En cambio, un sonido tan leve como el canto de un pájaro continuaría resonando idéntico allá en bosques y selvas.[442] La misma mariposa tendría más resistencia que la estructura de los aviones y estos, tal vez, serían borrados del cielo como un pensamiento que a veces está en nosotros y desaparece para no volver a encontrarlo. En aquellos días dos aviones desaparecieron misteriosa-

* En el parque del indio Urraca oía a menudo el canto de un pájaro singularmente puro y cristalino. Los pocos a quienes interrogué no supieron decirme su nombre. A falta de este le llamo pájaro cativo.— Xavier Silvela.

mente. Un navío desconocido fue observado cerca de la escuadra del Atlántico y al mismo tiempo en otro extremo, en el Pacífico. He aquí los despachos aparecidos en los diarios:

Honolulú, febrero 6.- Torpederos americanos se dirigen a 1.63 latitud oeste y 30 longitud norte, en las inmediaciones de la costa nordeste de Hawái donde ha sido visto un buque de procedencia desconocida. En un principio se creyó que era el vapor británico *Asiatic Prince*, el cual se había perdido; pero se confirma que este buque se halla sano y salvo en el océano Índico. (*United Press*).

Nueva York, febrero 8.- Mientras la flota americana del Atlántico se dirigía a Cristóbal para cruzar el Canal de Panamá, se constató la presencia de un buque que seguía obstinadamente la misma ruta de la escuadra y el cual desapareció a trescientas millas de la costa. Se observa que su forma no es la misma de los barcos que actualmente atraviesan los mares. (*United Press*).

Vi a Miss Ayres y le rogué:

—¡Por Dios! ¡Quite usted ese nombre! Es algo terrible. Fue una ligereza de mi parte decírselo a usted.

Por primera vez vi nublarse su rostro. El nombre era de un efecto mágico. Miss Ayres dio orden de construir algunas antigüedades para los turistas e hizo instalar en la puerta principal una máquina de pesar. A veces adquiría preciosidades, pero estas eran embaladas cuidadosamente y remitidas a Nueva York.[443] Los bazares chinos e hindúes abarrotados de porcelanas y sedas apenas podían competir con ella. Corrieron rumores de contrabando. Bajo la influencia de los anunciadores, el *Sur América* abrió una campaña, en la cual se traslucía el caso de Miss Ayres, en pro de los principios republicanos, de la ética comercial, del nacio-

nalismo económico y de la necesidad de adoptar medidas para defender el comercio de importación contra abusos que representaban antecedentes peligrosos. Se registraron algunas quiebras. La gracia de Miss Ayres se derramaba como áureo polvillo sobre antigüedades fabricadas o auténticas y sobre los mil objetos procedentes del Cairo o de Shanghái.[444] Vistosos tapices cubrían las paredes. Crecía en ellos la palmera o la flor de loto. Tendían las palmeras sus frutos estremecidos por los ardores del desierto. De día Miss Ayres permanecía en la trastienda oculta por un ancho tapiz egipcio donde un rey recibía ofrendas de flores y pájaros, entregada a sus facturas, correspondencia y libros de contabilidad. De noche, en la terraza del *club*, ostentaba sus espléndidas toaletas,[445] sus collares antiguos, sus magníficas espaldas, en compañía de amigos rubicundos que se embriagaban ceremoniosamente. Miss Ayres se aficionó grandemente a la civilización de los incas.

—¿Ve usted esas gaviotas? —díjome una vez pensativa—. Deben tener sus tradiciones. Acaso saben el día en que el último inca va a volver resucitado por su padre el Sol. —Y otro día mostrome un brazalete de antiguas piedras de las amazonas, verdes como esmeraldas, tallado en forma de serpiente con adornos de flores. Piedras cada vez más raras a las cuales se atribuían virtudes curativas. Los anillos y los bordes de los pétalos eran de oro.

—Es una joya de los incas —y hacía notar mientras acariciaba las hermosas piedras, el alma del artista que las trabajó con amor y sabiduría.

Y comenzó a trazar proyectos para emprender exploraciones en la isla Gorgona de la cual había oído hablar a un marinero. Le refirió este que desembarcando un día en la isla tuvo ocasión de presenciar hechos que no se creerían. En primer término existe la creencia de que nadie puede entrar allí. Un temblor se apodera del cuerpo y se sienten azotes en el rostro. Al mismo tiempo se escucha un ruido como si una ciudad entera cayese derribada. «A través de la lluvia densa vi –dijo el marinero– unas sombras que huían». Durante mucho tiempo se creyó que allí, donde Pizarro esperó largos días la llegada de un socorro, se habían asilado los dioses indios y también que mucho de los tesoros imperiales fueron transportados a esas islas después de la derrota.[446]

Una noche, estando con Herr Camphausen en el Miramar, vi a Miss Ayres en compañía de Darío Alfonzo. Junto a ellos unos diplomáticos suramericanos esperaban la luz del día para ir a servir en la cama los intereses de sus respectivos países. Con lo que se gastaba en mantenerlos ociosos podía cada una de esas patrias pobres y rudimentarias construir por lo menos una escuela o un camino.[447]

La fiesta, como todas, se desarrollaba en las terrazas. Las mismas luces; las chaquetas blancas de los oficiales muy tiesos con la inscripción «Audacia» en las presillas; los mismos mantones; la misma charla pueril, insípida. Danzones y tangos.[448] Miss Ayres ostentaba un pesado collar de oro antiguo y una diadema de perlas mortecinas cuya gloria se remontaba a los tiempos de Morgan: rocío en el oro de sus cabellos. Don Paco de Lareda iba refiriendo historias eróticas de las cuales era el protagonista, aventuras vividas en distintas ciudades. En tal ciudad una muchacha había ido a visitarlo en la noche víspera de su boda, cuando ya él estaba recogido. En tal otra, dos damas hermosísimas se manifestaron dispuestas a abandonar sus hogares y le imploraban las recibiese a su lado. A una de ellas apaleó en la calle, cierta noche, cuando regresaban a su casa, en medio de una acalorada disputa motivada por los celos. Un panadero que pasaba al acaso, pues eran ya las horas del amanecer, exclamó indignado: «¡Qué bruto!». «¿Oyes lo que dice ese hombre?» –exclamó la dama entre indignada y llorosa, y en cuyas lágrimas temblaba cierta alegría por aquella prueba de entera sumisión a su amado. Y él bajando el bastón: «Tiene razón, pues… Ninguna persona decente duerme de noche», añadió apurando su copa en medio de un coro de risas.[449]

Después don Paco habla de la crisis. Considera al dolor como un bien, pues hace más grato el placer, y manifiesta su desdén y repugnancia por las masas humanas. Que la humanidad sufra crisis o no es cosa que debe dejar indiferente a los espíritus superiores. La esclavitud –afirma– fue la obra de los hombres inteligentes y estos solo deben inquietarse por conseguir los goces y bienes terrenos, en una palabra, el placer.

Don Paco habla gozando con deleite el éxito momentáneo que sus expresiones le aseguraban entre sus interlocutores. Levanta la copa y bebe insaciable. En aquel momento penetró en la terraza un compatriota y colega de don Paco que se dirigía a

una de las capitales del sur. Era un viejo casi baldado, ventrudo, de piernas cortas, con la cabeza alargada hacia el occipucio. Llevaba un frac antiguo, de faldones cortos, prenda salida sin duda de las manos de un sastre en algún villorrio lejano.

—Es otro de nuestros diplomáticos —digo a Camphausen. Y como le viese interrogador añado—: En Venezuela se comienza a ser persona a los ochenta años.

Don Paco hizo un movimiento para ocultarse de su colega a tiempo que Miss Ayres llamaba a un camarero, y como al volver la espalda se encontrase con ella:

—¿No es verdad? —preguntó con amable sonrisa—. ¡Ah! ¿Pero usted habla español? ¡Al fin! —Sus ojos recorrían libidinosos los blancos hombros de Miss Ayres.

Lejos las luces parpadeaban en torno a la vieja muralla. La ciudad se dibujaba en la noche con su ardiente rumor. Murmullo de humanidad que se esconde. Allá lejos la multitud se apretujaba en viviendas inmundas. Un dolor de exhibición prohibida, pues los desheredados no tenemos derecho a la ternura, ni nadie es capaz de comprenderlo. Una mirada hosca o la indiferencia es nuestro consuelo.[450] El fondo de la terraza es el mar oscuro y aquel dolor va adquiriendo plenitud en la noche profunda, haciéndose monstruoso con sus mil formas; intangible e invisible. La voz de don Paco se alzaba de nuevo:

—¿Vendrá usted con nosotros? Irán otros amigos.

Pero Miss Ayres saludaba encantadora y se disponía a bailar con Darío Alfonzo. Don Paco quiso seguirla inútilmente. Los danzantes se interpusieron y él quedó perdido en aquel torbellino.

—Parece que el Istmo da vueltas —decía tratando de salirse—. ¿Hacia dónde sale el sol? ¡Ah! Sí. Es por allí. Este aire me hace mal. —Sus compañeros le siguieron ayudándolo a subir al auto.

Las notas del *jazz-band* poblaban la terraza y parecían retorcerse, romper con estrépito los comentarios de don Paco y hacer contorsiones burlescas sobre el largo occipucio de su colega; sobre las obras de Testa y de Miguel Heredia. Darío oprimía con fuerte abrazo y quemaba con sus labios el rostro de Miss Ayres, que se abandonaba y entornaba los ojos danzando más bien en un éxtasis voluptuoso. Se habían detenido junto a la balaustrada que

rodea la terraza sobre el mar, y ante ellos caía la noche, una noche densa y profunda, cargada de emanaciones eléctricas, sin estrellas. Interrogué a Herr Camphausen con la mirada:

—Yo los he puesto en contacto —aseguró con gravedad afectada—. Hace poco tiempo estuvo en La Galera de Tiberio donde compró, por cierto, un pájaro embalsamado. Y a propósito, tenía que felicitar a usted por esa idea. Es un nombre magnífico para un establecimiento de ese género. Ahora, como según convinimos, el famoso escarbuclo ha desaparecido, debemos establecer nuevas conjeturas. Solo así podremos ser buenos historiadores. Es el mismo Alfonzo quien lo ha robado para entregárselo a un inglés, una noche, mientras los oficiales de a bordo asistían a una fiesta en la residencia del gobernador de la Zona. El almirante lo guardaba en su cámara sin mayores precauciones. El anillo estaba sobre una mesa como si fuese cualquier otro anillo. Muy bien Alfonzo podía ser arrestado; pero pondría sobre aviso a su dueño actual, y todo debe hacerse con el mayor sigilo. En cambio, Alice que tiene muy buena madera de espía —Camphausen guiñó los ojos—, se ha ofrecido a recuperarlo. Darío sabe por instinto que en esta lucha será vencido. Observe sus ademanes casi brutales que quizá causen el mejor efecto en Miss Ayres. Sabe que está vencido de antemano, pues ella hará de él un simple instrumento. Por otra parte, carece de escrúpulos. En el fondo ama la aventura y para él no hay en todo esto sino el deseo de poner en práctica su inclinación y su mala fe.

Iba a felicitarlo, pero volviose Miss Ayres en aquel momento y al verla tan radiosa no pude menos que disculpar su ambición de inclinar la cabeza, adorada como una diosa, desde un navío suyo y poseer un mar con sus islas y las ciudades de sus costas, y sus grutas, y sus perlas.

—Usted, profesor, que es tan sabio, muy bien podría disertar ahora sobre la belleza. Vea a Miss Ayres. Se comprende en seguida que su poder viene de lejos, de un misterio insondable. En todo tiempo ha salido una mujer para hacer la historia y en pos de ella ha ocurrido siempre algo fatal. Si usted, profesor, llegara a enamorarse de Miss Ayres…

Pero Herr Camphausen no me dejó concluir. Me dio las más amables disculpas y me rogó lo acompañara hasta el hotel. Hacía días venía sintiéndose mal y quejábase ahora de un

malestar repentino. Al día siguiente debía ingresar en el hospital para someterse a un examen.

—Hace días he debido partir y no sé por qué estoy aún aquí. He pensado tomar algunas notas —añadió tristemente.[451]

A la misma hora don Paco de Lareda hallábase en su casa con algunos de sus colegas ante unas botellas de champaña. Habían hecho venir algunas mujeres del Kelly.[452] Les enviaron cuatro francesas con nombres españoles que se hacían pasar por suramericanas. Don Paco puso en la victrola la misa de *Réquiem*, de Beethoven.[453] Las mujeres apretujadas contra los hombres lanzaban pequeños gritos.

—Hace falta una botella de falerno —afirmó don Paco con voz doctoral.

Apagó la luz eléctrica y encendió unas bujías color rosa, en candelabros de cobre.

Todo esto daba a los presentes idea de un espíritu muy refinado. El bogotano Jacobo Daza repetía como un estribillo:

—Muy gentil, muy gentil.

Don Paco iba de un lado a otro y bebía sin cesar. Junto a su copa reposaba el libro *Motivos de la raza* escrito por el licenciado Inocencio Lameda y en el cual había amontonado el autor sus observaciones microscópicas de veinte años de estudio. Una de las cabaretistas, engalanada con el nombre de Lola, porque amaba los nombres españoles, se precipitó de repente sobre el libro, y sin dar tiempo a impedirlo, rasgó una hoja para servirse de ella como servilleta.

—¡Por favor, mira que ese es nuestro Montaigne! —decía don Paco tendiendo las manos en un gesto cómico de fingida súplica para amparar el libro.

—¿Montaigne qué? —preguntó Castrebil.

—¡Ah, *le petit* Montaigne, *le petit* Montaigne! —exclamó Lola tirando el libro. Había mutilado precisamente la dedicatoria donde Lameda con su magnífica letra había escrito: «Al muy ilustre escritor don Paco de Lareda.- Respetuosamente.- Homenaje.-» Apenas quedaba un rasgo de la firma y rúbrica de

Lameda. Después no se vio nada. El viento volvía las páginas como un epitafio cubierto de hojas secas. Los demás bebían ajenos a la tragedia del libro. Fumaban en sus largas pipas de marfil.

Comenzó entonces Castrebil a tratar su tema favorito acerca de la competencia en la «carrera». Para Castrebil aquella se hallaba precisamente en haber servido en Oriente y Occidente, ocultando cuidadosamente que antes había estado en la consular. Refería, según costumbre, sus recuerdos de Constantinopla, un verano antes de la guerra. Decía esto por humillar a los otros que solo habían servido en Sur América y extendía el nombre y el número de sus condecoraciones europeas y suramericanas. Sin poder contenerse, y como ocurría siempre, Carlos Rusián, encargado de negocios, le interrumpió:

—Yo podía servir a mi país en Europa si no fuera por la injusticia de mi jefe que siempre se ha opuesto a mi ascenso a una legación de primera.

—¡Ah, la injusticia!

—¡No hablen de injusticias! —replicó don Paco—. ¿Qué dicen ustedes de mí? —don Paco aspiraba al Vaticano. Según él los cardenales tendrían una triste idea de Venezuela a causa de sus ministros—. Yo me encargaría de modificar esa triste opinión de sus eminencias… Sin embargo, un ministro recién llegado a Caracas llama al jefe de nuestra cancillería «varón esclarecido». Sin duda aspira a una condecoración.

El disco de la misma misa de *Réquiem* había terminado. El viento hacía oscilar la llama de las bujías. Los labios de las mujeres, húmedos de champaña, aburridas de aquella conversación, estaban cubiertos de una niebla.

—¿Qué hacemos, pues?

—¿Y eso lo pregunta usted? Ahora verán. —Don Paco echó incienso en un pebetero de cobre. Después dio unos pasos y comenzó a desnudarse. El criado le trajo una bata oscura con ramazones violetas.

—Parece que el Istmo da vueltas. Ahora verán un cuerpo terso y juvenil.[454] ¿Han visto ustedes esta noche, en el *club*, a una mujer deliciosa?

—¡Es Miss Ayres!

—¡Ah! ¿Miss Ayres? Por eso pensaba que el aire me hacía mal. En realidad el genio del aire es benéfico; pero ese aire lo deja

a uno sin aire. ¡Sirvan más *whisky*! Pero, ¿no es esa la dueña de La Galera de Tiberio? ¡Ah! ¡Tiberio sí supo vivir bien!

Resonaron las risas de Castrebil y de Daza. Caminaba don Paco apoyado entre dos cabaretistas. Las hizo desnudar y meterse con él en el baño lleno de agua tibia. Sobresalía su cabeza lívida entre el abrazo de las dos muchachas. Y luego, con voz cavernosa, mientras sus manos removían al agua suavemente:

—¿No saben ustedes que Reveur huyó la otra noche en que lo llevé a la casa de Magda? —Se hizo servir otra copa y por centésima vez refería su aventura, cuando una muchacha fue a entregársele la víspera de su boda. Una luz color amarillo descendía del techo.

—Parece un decapitado —dijo Daza retrocediendo.

Una de las muchachas sentose en las piernas de Castrebil que rehuía el rostro, muy adobado. La otra se estrechó fuertemente contra Rusián.

De pronto Lola dio un grito y apoyó la cabeza en el borde de la bañera que se manchó de sangre.

—Don Paco te lo pagará, te lo pagará bien —decía Daza para consolarla.

—Un diente postizo —añadió la compañera de Castrebil en voz baja.

Don Paco salió trabajosamente, sentose en su bufete próximo al baño, se sujetó la bata que el criado le echó sobre los hombros, tomó la pluma para firmar un cheque mientras contraía en una mueca su cara fáustica, y se quedó dormido.

Era ya de día.

V

Félix Palma partió en la primera semana de marzo. Luis Argote vendía automóviles en espera de una orden del general Robles para trasladarse también a la frontera. Pablo Revilla entró a trabajar en La Galera de Tiberio. El doctor Wendano solicitó formalmente del comité de Nueva York el nombramiento de ministro plenipotenciario para el caso de que triunfase el movimiento. El comité respondió que se tendrían en cuenta sus patrióticos servicios. A la vez se le exigía una nueva contribución en dinero. Wendano ofreció girar mil dólares en varias partidas, pues nunca –decía– consideraba suficiente todo sacrificio.

A veces la nostalgia se insinuaba. En cada uno se manifestaba el sentimiento de la tierra: la llanura o la montaña. Recordaban todo lo que les era familiar, hasta el color de los meses. Había sobre todo un hombre que tenía además de su experiencia el dolor de una ausencia sin límites. Ante sus ojos las líneas del puerto de La Guaira esfumándose en la niebla. Tarde de enero. Brillaban las luces y circulaban los vehículos llenos de gente que volvía del trabajo. Todo aquello daba una impresión de paz, de sosiego, del cual él, Pablo Revilla, estaba excluido. Sentíase desarraigado a pesar suyo. Un dolor desconocido que lo sublevaba. La aventura comenzaba con el lucero vespertino visto a través de sus lágrimas. De pronto decía:

—Es preciso no ser sentimental. Broma. Hediondez. No se debe escribir. No se debe escribir mientras no se hayan cumplido deberes esenciales para consigo mismo y para con los demás.

Y en el *cabaret* o en los bancos del parque Santa Ana emigrados de distintos países de América –provincias todas de un mismo imperio–, trataban de hallar un sentido a sus vidas, vidas truncas, fallidas, sin saberlo.

—¡Si pudiéramos hacer algo grande!

—¡Hombre! Eso de que nos dejen.

—¿Han leído ustedes el *Buda viviente* de Paul Morand?[455] En cada una de esas tiendas se creería hallar uno —dice Pericles Radivioso.

—Sin embargo —responde Napoleón Patiño—, acaso no podamos ser un Renaud d'Ecouen o Cohén[456] llegado a tiempo para ver el entierro de la última moneda de oro y su hijo mayor «el sentido moral». ¿No dice así?

Y Nelson Guillén después de una pausa:

—En cambio sí sentimos venir algo nuevo, de lo cual apenas si seremos espectadores. Tenemos todavía algo del siglo XIX —nosotros los hombres de treinta años— y el XX es intolerante. Habrá que apresurarse.

Y Manuel Segurola:

—Todos los siglos lo son igualmente.

Veían en el fondo de sus vasos como si tratasen de leer allí el porvenir.

—Huir, despojarse, y más que todo, olvidarse de lo que uno es o ha sido. El tiempo actual pide eso. Los que vienen atrás no necesitan hacer ese esfuerzo liberador y serán más felices. Irán con su tiempo —afirma Teodorico Garibaldo.

—Será preciso evadirse, evadirnos de nosotros mismos —añade Revilla.

Aparecían a veces personajes diversos, verdaderos sobrevivientes, gente excéntrica que hacía más pintoresca aquella sociedad ambulante: el general Leoncio Barriga, representativo de las revoluciones del siglo pasado, hombre que llevaba cuenta de sus miserias y de los años pasados en el destierro, los cuales, según él, debía pagarle algún día el pueblo venezolano.[457] El excampeón de baile Fernando Islas, vendedor de pájaros. Día y noche cruza la Avenida Central llevando en alto una rama desnuda para exhibir

su industria. Se sienta en la acera y allí ve pasar las horas muertas. Los mismos pájaros permanecen alelados, el tornasol de sus alas inmóvil. Don José Campos, periodista viejo, ausente por más de treinta años de su país. Cree vivir aún en aquel tiempo. Recuerda los antecedentes familiares de la gente de su parroquia. Historias olvidadas. De pronto dice con las manos entre los bolsillos lustrosos y raídos:

—Cuando yo sea ministro. —Luego tose y escupe.

El obeso Pedro Goritz, dueño del bar Independencia, cruzó un día el parque Santa Ana en compañía de una muchacha.

—Es otra compatriota —explicó después a Pablo Revilla y a Luis Argote—. Se llama Conchita Torres. Le pasó un desastre y la trajeron a Panamá. Desea irse a Nueva York.

Conchita vivía con su madre y un hermano en la calle 2. Pablo Revilla, Luis Argote y Cayetano Hernández fueron a verla. Penetraron en un cuarto casi oscuro, alumbrado con una bujía de esperma. Dos mujeres se alzaron en la penumbra. Doña Andrómaca, mujer gruesa, de tez cenicienta, y Conchita, una muchacha nerviosa y pálida. Se amontonaban allí los objetos más diversos: la mesa, todavía con los platos de la cena, baúles, camas, herramientas. Al fondo de la habitación, sobre un colchón colocado entre dos sillas estaba un niño dormido. Andrómaca acercó la vela para mostrárselos y ante la presencia del niño callaron. Le habían puesto Raúl. Conchita les dijo el nombre del padre, un joven de familia distinguida, y señaló un lunar en la barba del recién nacido, exactamente el mismo lunar del padre. Podía servir para identificarlo. Habían salido de Caracas por aquello; por no sufrir la malicia de los conocidos. El niño había nacido en Panamá. El hermano estaba en Costa Rica. Era carpintero. No había encontrado trabajo en Panamá. Las dos mujeres estaban desamparadas. Aquellas herramientas, aquel cuarto lleno de trastos donde se oía el vagido de un niño, era una etapa en un camino de sufrimiento y de abandono. Andrómaca había dejado la bujía y permanecía silenciosa, las manos sobre el

vientre abultado. Argote tomó el niño y comenzó a mecerlo entre sus brazos. Conchita lloraba lo que consideraba su infortunio.

—¿Por qué, Conchita? Ahora es que puedes conseguir un buen marido. Eso ya no tiene importancia.

—Es bello su hijo —decía Revilla—. Mañana será un hombre útil. Cuídelo. Que sea de este o aquel origen. ¿Qué más da?

Conchita oía indiferente. Para ella lo más pesado del mundo era tener un hijo. Luego explicó sus proyectos. Debía irse. Tenía que irse. No podía permanecer así en la miseria.

—No te faltará nada. Aquí todos somos una familia.

—Uno de estos días te vendré a buscar, Conchita. Te presentaré a otros compatriotas —dijo Argote al despedirse.

—He aquí las dificultades de no tener una organización eficiente —afirmaba Cayetano Hernández—. Pero, ¿en qué clase podremos clasificar a Conchita? Si fuera una obrera y si en nuestro país existiera la clase obrera con su moral definida, esta muchacha podría tener sus derechos y esperar una sanción de los que la han lanzado a la miseria.

Se alejaban por la Avenida Central. Las estrellas de la media noche temblaban sobre sus palabras.

Uno de aquellos días, a fines de marzo, me llamó Miss Ayres, con urgencia:

—¿Sabe usted? Nuestro amigo Camphausen.

Había sufrido una hemorragia cerebral y se hallaba en el hospital. Allí le encontré, en la celda 279 con una bolsa de hielo en la cabeza, los bigotes caídos, la mirada turbia, ansiosa. Podría decir que deseaba comunicarme algo. Los médicos aseguraban que se hallaba mejor, pero en la tarde se debilitó de pronto. Sus ojos, muy abiertos, trataban sin duda de ver. Dieron las seis. Por el largo corredor de celdas entraba la sombra; los crepúsculos del hospital llenos de silencios dolientes. Los enfermos se observan con desconfianza: «Yo estoy mejor y tú quizá morirás esta noche». Derribados en sus sillas rodantes o en sus lechos, con la mirada en la pared o en la reja, a través de la cual se ven brillar los primeros

luceros, cuentan las horas. Bajo las lucientes sábanas vientres hidrópicos, rostros afilados. Inmóviles sienten llegar la noche.

Busqué con los ojos un crucifijo. En aquella hora una *nurse* se inclinó sobre el lecho de Herr Camphausen. Miss Ayres llegó poco después, al regreso de su partida de *golf*.

—¡He hecho un esfuerzo, un verdadero esfuerzo! El hospital me enferma. ¡Ooooh! —Y se fue.

Con ella entraba en la celda una onda cálida, saturada de vida.

El cónsul alemán no estaba, pero había dejado sus órdenes. Trajeron una caja forrada de cuero negra, parecida a la funda de un violonchelo. Herr Camphausen era pequeño.

—Los más altos quedan siempre más pequeños —observa la *nurse*.

Dos negros tomaron la caja y se alejaron por el corredor en sombras. Yo les seguía creyendo asistir al entierro de la historia universal. Tan pronto me alegraba en secreto, pues me parecía estar libre de lo que me había revelado, tan pronto sentía una compasión sincera. ¡Pobre Herr Camphausen! Iba con más temor de lo que pasaba en torno mío que de todo aquello que ahora se agitaba involuntariamente en mi alma, evocado en nuestras conversaciones pocos días antes. Recordaba las cajas de libros y manuscritos que aguardaban en Balboa.

Al fin llegamos. Trasladaron el cadáver a una plataforma y desapareció luego en un agujero. Bajaron una plancha de cobre. Se oyó un rumor, un rumor que avanzaba desde adentro. La plancha se enrojeció. Los dos negros aguardaban silenciosos, con los brazos cruzados. Fui a esperar abajo. Tal vez podía encontrar a Miss Ayres, a un amigo cualquiera. En torno del monumento a Balboa se amontonaban las hojas secas del verano. El resplandor azul del mar se mezclaba al resplandor de los astros. Poco después pasaron ante mí los dos negros. Llevaban una cajita, todo lo que quedaba de Herr Camphausen. Advertí en los labios un sabor amargo, a ceniza. Quizá las ideas.

INTERMEDIO

El mismo destino junta en la tienda de antigüedades las cosas más viles a las más íntimas; las más queridas o sagradas. Pero ninguna tiene tanta relación con el tiempo como esos pájaros embalsamados y cubiertos de polvo[458] que decoran ángulos y vitrinas en el establecimiento de Miss Ayres, pues mientras el hombre avanza en su destino, como avanzan el sol y su sistema hacia aquel punto misterioso y refulgente, su canto –que participa del éxtasis y del fulgor de la estrella y tiene la celeste frescura del rocío y el secreto íntimo de la luz del trópico– continúa resonando idéntico allá en la verde celosía de los bosques y hace sangrar, herido, el arcado de la selva. Son tres notas que nunca han variado las cuales se elevan en pleno día con la claridad de los luceros sobre el golfo velado de noche. Ahora, frente al Pacífico todo azul de verano, de un esplendor triste que describe costas áridas, amarillas tierras búdicas, viejos países del sol, mientras pienso en Miss Ayres como si esta fuese también una creación de Camphausen, creo que su canto, el cual ha llegado hasta mí con el primer celaje del día, está animado de poder inmortal y traspasa los siglos a miles de años de luz. Cuando todo muere, aquel signo de vida breve y luminoso, aquel gorjeo extasiado, continúa posándose estremecido sobre las horas pasadas y sobre el presentimiento de las horas más lejanas y desconocidas, eterno como el amor, como las masas de soles que ruedan en el espacio –gérmenes de universos nuevos– o la pálida

muerte que hiela el corazón del hombre. Áureo gemido o canto nupcial.

Y así como el marino lleva un día a su barco lo que fue urna de acento melodioso para exhibir el iris de su plumaje en la reja de la amada, bajo cielos blancos y lejanos, y luego deshecho por el tiempo es arrojado inútil, así he querido a mi vez traerte a ti, amiga,[459] cuyos pensamientos turban los deseos, cuyos pechos se hinchan bermejos y febriles bajo el ardiente beso, la imagen del cantor sacrificado para dibujarlo en el recuerdo de aquellas horas vanas en que subían a tus labios dulces palabras y cuyo aroma disipose un día, pobres horas mustias –antes tan bellas y floridas, no obstante de un colorido eterno– que tú dedicaste al olvido.

SEGUNDA PARTE

I

Con la ida del verano comenzaron los días pardos y grises con sus largas emigraciones de aves que oscurecen el mar y las cuales veo desde mi balcón en las mañanas muy tiernas, doradas y húmedas de niebla. La crisis aumenta. Todos saben que si enderezan sus pasos a otro país serán tratados como enemigos públicos. Los gobiernos nacionalistas en olor de ideas avanzadas lanzaban severos edictos en tal sentido. Ojos desconfiados siguen los pasos a través de los barrios distinguidos. Obreros fugados huyendo del hambre, escondidos en las embarcaciones, devueltos a sus puertos de origen, tirados en los muelles, durmiendo al aire libre, encarcelados. Toda la vergüenza, el dolor y el cinismo del hampa revuelta en busca de un refugio. Está prohibida la vagancia.[460] Se habla y escribe de «nuestras probables industrias», de «las tierras sin explotar», de «la unión interamericana». Igual manía, iguales mentiras y miedo en todas partes. También se habla de estatuas, archivos, capitolios, victorias patrióticas. Abril tuvo su último esplendor. Moría abril entre el humo de los cigarrillos consumidos en las tertulias ociosas y con el rostro lavado por las lluvias tempranas.

Bache R. agotaba su vocabulario servil en la sección «Sociales» del *Sur América*. Luis Argote anunciaba diariamente una catástrofe. El doctor Wendano publicaba un libro de artículos en cuyas páginas intercalaba los saludos de la prensa con motivo de sus desposorios con la señorita Luisa Mollejo. Era en mayo. En agosto –decían– habrá posibilidades de trabajo.

El curazoleño Horacio Castrillón tuvo un lance con el doctor Wendano. Castrillón alegaba también sus méritos genealógicos. Su hermano Ovidio se había casado con una hija del exministro doctor Angueras Ribia, uno de los personajes más acaudalados del régimen venezolano. E irguiendo su cabeza cubierta de roja peluca que le daba cierto aire bufonesco, tuvo la ocurrencia de poner en tela de juicio el claro linaje de Wendano. Llevado de su odio repetía lo que este le dictaba.

—¡Wendano! ¡Wendano! —decía en todos los grupos— no sabe quién es su padre.

Al principio Wendano prefirió guardar silencio, más luego, desesperado ante la insistencia de Castrillón, pensó que debía castigar el ultraje y con su hermoso bastón labrado dio un breve golpe en la cabeza de su enemigo desgarrándole la roja peluca con la cual protegía su imaginación y sus cálculos comerciales.

—Admiro —decía Revilla al hablar de la catástrofe económica— las ilusiones en que viven estos países. Los conozco casi todos y cada uno vive en un mundo de ficciones.

—Es el optimismo —explica Nelson Guillén— ¿No lo recomiendan tanto nuestros escritores?

Ellos mismos estuvieron a punto de ser expulsados. Se afirmaba que los extranjeros arrebataban el pan a los nacionales, pero al saberse que Revilla y Argote eran enemigos del gobierno de Venezuela los dejaron tranquilos. Además el doctor Wendano intervino en favor de ellos. Argote repetía su frase favorita:

—¡Yo y los mártires de la libertad del mundo entero!

Casi siempre se reunían en La Alhambra. Argote redactaba partes de batallas y trazaba planes administrativos. Declaraba su clerofobia. Ante todo era preciso derribar las iglesias. Solo así se progresaría. Una noche Ernestina se acercó a la mesa de los emigrados y después de hacerse servir una menta les manifestó que no podía seguir trabajando porque carecía de la licencia necesaria. Necesitaba de una ayuda. Argote, cruzándose de brazos, entre brutal y compasivo:

—Tú eres demasiado inocente para este género de negocios.

Cerca de ellos se reunían los diplomáticos: Roberto Castrebil a quien Garibaldo llamaba representante del tirano Chía,[461] Carlos Rusián, Jacobo Daza y Juan Luque. Don Paco de

Lareda organizaba un baile para festejar a su esposa doña Refugio de Lasprilla y a su hija Fredesvinda que llegaban en aquellos días.

Era precisamente la tragedia de don Paco. Doña Refugio era una mujer monumental, de nalgas colosales, rubicunda y áspera. Tenía dos voces: una suave en público y otra gruesa y terrible en privado. Castrebil había dicho:

—Es un baúl camarote.

Las dos damas alborotaban la casa desde temprano y entonces don Paco se veía en el caso de gritar:

—¡Silencio!

Le interrumpían la cotidiana labor de reconocer su firma en los vales suscritos durante la noche en el *cabaret*: —Esta no es mi firma, esta sí—. Se entablaba una larga discusión. Por último el *manager* Joseph Tongui adoptó el sistema de recargar todos los precios para don Paco. Lo que perdía en uno lo recuperaba en otro. Fredesvinda se iniciaba en la vida diplomática con su amiga íntima Lulú Castro y descarga su mal humor sobre la servidumbre: un chofer, el portero y la cocinera. A lo largo de la Avenida Central un sedán gris crujía bajo el peso de las dos damas tiesas y silenciosas. Desde el primer momento, doña Refugio declaró una guerra terrible a los solicitantes. Fernando Islas salió herido. Había metido la cabeza por una de las rejas del jardín en busca de don Paco y doña Refugio, al verle, corrió iracunda, y tan violentamente bajó el cristal que rompió la nariz del vendedor de pájaros.

Aquella noche Argote observó la ausencia de don Paco en el *cabaret*.

—Falta el nuestro.

—Estará en otra parte. Vendrá más tarde.

Garibaldo anunció la próxima caída del tirano Chía y un orden de cosas completamente nuevo.

—Viene ahora Bergamota, uno de nuestros grandes escritores —añadió Garibaldo—. Viene de Nueva York donde reside hace tiempo.

Y Argote comenzó un discurso sobre la justicia revolucionaria que iban a llevar a Venezuela:

—A este Castrebil será preciso ahorcar como a todos esos bellacos.

—Yo creo que nada se gana con eso —observó Revilla—. Será preciso ante todo definir cómo debe implantarse esa justicia.

Argote se indignó:

—Tú, siempre lo he pensado, no eres de los nuestros. Tendremos también que juzgarte por traidor.

—Me río de tus amenazas, Argote. ¿Quieres que te diga la verdad? Tú no sabes nada; no sirves para nada.

Argote agarró la botella de cerveza que estaba a su lado y la arrojó contra Revilla, pero este evadió el golpe y la botella fue a estrellarse más allá, precisamente cerca de la mesa de los diplomáticos. El hombrecito calvo y ceremonioso se subió aterrado a una silla y después se precipitó en solicitud de la policía gritando que gente indeseable interrumpía el trabajo en aquel lugar de esparcimiento. Acudió un policía de color, y como Argote tratase de resistir, gritó a su vez:

—¡Aquí no están en Venezuela!

En aquel momento un hombre alto, de cabeza gris, la estatura aumentada por la dimensión de los tacones e imitando el paso de los elegantes de 1880[462] atravesó la sala. El *manager* frotándose las manos corrió a su encuentro y lo condujo a su asiento de costumbre haciéndole reverencias. Juan Luque aplaudió y los demás le imitaron y se pusieron de pies para recibir a don Paco de Lareda.

—Pronto —decía Cayetano Hernández[463] mientras los conducían al juzgado nocturno— vendrá Bergamota. Bergamota se parece mucho a nuestro Manapocos. ¿No han leído ustedes las obras de Leandro César Manapocos? Entonces podremos abrir una buena campaña de prensa. Será preciso solidarizarnos. Yo sería partidario de hacer venir a ambos para que dictaran una serie de conferencias.

Como carecía de la licencia necesaria para trabajar en los *cabarets*, Ernestina fue llevada al hospital y matriculada después entre las meretrices. En su puerta se alineaban marinos, soldados y oficiales esperando turno. Ernestina se dormía con el alba.

Un día Revilla le dijo:

—El hijo de Conchita está como abandonado. Su madre no hace caso de él. Es preciso cuidarlo.

Allí la encontraba Revilla. Al principio Ernestina fue poco. Después se quedaba durante el día. El cariño de ambos creció

como si el niño fuera suyo, nutrido de su propia ternura. El doctor Wendano prestó sus cuidados al pequeño. Hicieron una colecta para comprarle una cuna. El valor de esta no pudo cubrirse y fue necesario aplazar el proyecto. Estos cuidados tenían su recompensa. El niño comenzaba a conocerlos y les sonreía. Se estaba en lo más riguroso de la estación. Llovía siempre. Las paredes se cubrían de humedad. El moho corroía las ropas. Conchita estaba casi siempre ausente. Se la veía en compañía de Goritz, de Luis Argote o de Horacio Castrillón. Una de aquellas tardes los ojos de Ernestina y Pablo se encontraron. Era la primera vez que ocurría de aquella manera, pero esta mirada fue rápida. Hubiérase dicho que se avergonzaban de ella. No se atrevían a pronunciar palabra. Ernestina veía a Pablo muy distante –el único con quien nunca ahora hubiera consentido– y Pablo no advertía que Ernestina le era indispensable. El rumor de la lluvia se filtraba muy adentro. La lluvia describía paisajes monótonos, existencias áridas. ¿Y las palmeras y la luz y los ojos de Ernestina? En la imaginación de Pablo se desenvolvía un poema, uno de aquellos poemas que luego rechazaba mofándose de sí mismo, por parecerles ridículos. Por medio del pequeño Raúl, Ernestina se liberaba. Muchas veces a esta le ocurría pensar que también podía tener un niño así, pero a nadie hubiera confiado su secreto, avergonzada a la sola idea de que llegasen a sospechar en ella ese deseo de una dicha pura y sencilla. Y cuando el niño pasaba de las manos de Ernestina a las de Conchita podían verse sus destinos trocados y Revilla creía realizado su poema.

Andrómaca consideraba una obligación explicar a sus conocidos:

—Ernestina no es de nuestra clase. La toleramos por necesidad —y le fue muy satisfactorio anunciarles que Fredesvinda, la hija del ministro, había solicitado a Conchita para que le hiciese unos trabajos.

Ante Ernestina se extendía el barrio de prostitutas. Ante su puerta se alineaban oficiales, marinos, soldados. No, no bebía. Sentía repugnancia por el alcohol. Cuando se hundía en la calle de bombillos rojos sentía horror, sentía horror porque creía aún llevar al niño en sus brazos. Sí –pensaba– lo mejor era sufrir. En ella se había ido abriendo paso aquella idea. Lo mejor era sufrir. Pedirle a Dios que nos libre del sufrimiento es casi una blasfemia.

¿Qué podía sucederle ahora a ella? El dolor había penetrado en ella. Había sido acuchillada, vencida por el dolor. Es necesario ese cauterio para entender la vida. Por eso Ernestina reía siempre y parecía hallarse bien en todas partes. Lo mismo en su habitación que en la de Andrómaca. Una noche se hallaba en compañía de un marino beodo. El hombre la contemplaba a través de la niebla que el alcohol ponía en sus ojos azules. Se arrojó sobre ella y la golpeó. Ernestina sintió una cólera salvaje. Abrazados lucharon fuertemente y rodaron por la tierra. Ernestina se incorporó y armada de un candelero de cobre golpeó, golpeó hasta que el hombre aflojó sus brazos. Quiso levantarse, pero se desplomó y quedo inmóvil. Brotaba sangre de su frente, Ernestina creyó que lo había matado y lo contemplaba llena de espanto. Después el marino comenzó a gritar y a revolcarse. Habían roto la puerta. Habían irrumpido en el cuarto con gran tumulto. Entonces se acordó de que estaba desnuda.

Ernestina fue condenada a tres meses de cárcel. Gracias a las gestiones de Revilla y de su abogado Andrés Iglesias, a quien interesó vivamente en su suerte, esta condena se redujo a dos semanas. Era en junio.

—Su amigo Pablo es un *dreamer* —me dijo Miss Ayres.

—Pero, ¿no lo es usted también, Alice? ¿No sueña usted con el amor y la riqueza? ¿No adora usted el éxito?

Revilla hacía el catálogo del almacén. Los sábados recibía su salario de diez dólares y trabajaba ocho horas diarias. Recordó su época de alumno de la Escuela de Bellas Artes y pintaba motivos para decoraciones y antigüedades. Los empleados no veían a Miss Ayres sino cuando hacía su entrada en el establecimiento un cliente de importancia. Después de la muerte de Camphausen permanecía largas horas abstraída y solitaria.

Bruscamente Revilla fue despedido y remplazado por Maggie Rowe, una rubia pecosa y regordeta, de cabellos rojos.

II

Doña Refugio Lasprilla de Lareda y Reverón y su hija Fredesvinda de Lareda y Lasprilla habían llegado de Nueva York. Esto traía desolado a don Paco que hacía años vivía solo y detestaba profundamente a doña Refugio. De repente don Paco veía desvanecerse su proyecto de formarse un retiro tranquilo para vivir con su sirviente. Esto en el momento preciso en que sentíase envejecer y acentuarse su bronquitis crónica. Fredesvinda con sus treinta años permanecía soltera a pesar de todos sus esfuerzos. El sedán gris crujía bajo el peso de doña Refugio durante días enteros. El abultado seno de doña Refugio sobresalía junto a la silueta fina y desdeñosa de Fredesvinda. Pero al volver rompían su adusto silencio, vociferaban y discutían los precios de los comestibles, de las telas y modistas. Todo era un horror de caro. Todo se oponía a la pasión de doña Refugio por el ahorro.

—¡Es preciso guardar! —gritaba a cada momento. Su mirada en ese momento hacia resplandecer sus lentes. Fredesvinda, en cambio, sentíase arrastrada por su ansia incontenible de placer. Si hubieran podido conocerse sus pensamientos, lo que dejaban inédito sus ojos y su sonrisa, se habría llegado a comprender que el corazón de Fredesvinda permanecía ignorado por el amor, a pesar de sus noviazgos; permanecía sin amor y palpitaba al calor de una gran ambición que su inútil doncellez trocaba en tristeza. El sueño de Fredesvinda se poblaba de imágenes que a fuerza de ser claras permanecían flotantes y confusas. Antonio Tejada,

empleado de una agencia de cauchos y accesorios de automóviles, lo entrevió y se apresuró a mostrárselo, hacérselo vivir de modo real, inolvidable. Y fue el comienzo durante aquella fiesta memorable con que don Paco quiso festejar el retorno de su esposa y de su hija.

Bache R. ofreció las columnas del *Sur América* a don Paco y Fredesvinda. Rápidamente se había conquistado un puesto en el corazón de don Paco. Bache empleó sus frases, sus fórmulas más pulidas, más eficaces. Una sobre todo tuvo un éxito inmenso: Fredesvinda parecía desprendida de un tapiz de Versalles. Y durante aquellos días, víspera de la fiesta, la sección del *Sur América* dedicada a la vida social habló diariamente de los Lareda, padre e hija.

Toda la semana se trabajó afanosamente. Desde temprano, al regreso de la Zona, donde los artículos eran más baratos por el privilegio de los diplomáticos de comprar en sus establecimientos, doña Refugio tenía los robustos brazos metidos en una montaña de masa. De vez en cuando inspeccionaba los guisos Claudina, la mujer del veterinario Gaspar Buch, muy solícita, pronta a prestar su ayuda. Claudina entraba así en la vida diplomática. Los Lareda tenían motivos especiales para intimar con los Buch: estos mantenían relaciones con poderosos personajes de Venezuela a quienes enviaban costosos regalos. Los Lareda deseaban que en esas cartas se hiciera de ellos gratas referencias. La casa era pequeña. Algunos tapetes a modo de tapices cubrían las blancas paredes. Se hicieron las invitaciones por teléfono. Esto provocó algunos incidentes. El decano Reveur se hizo dar largas explicaciones y pensaba convocar al cuerpo diplomático. Era preciso repetir todo. El decano se quejaba de sordera. Al fin, iluminado por una inspiración súbita, don Paco ordenó decirle: fiesta íntima. Con esto se aplacó. La noche llegó negra y calurosa. El saloncito estaba abarrotado: ceniceros, floreros, imitaciones de terracota pasadas de moda, trabajadas en Caracas en la avenida del Cementerio hacia los comienzos del siglo. Un creyón de don Paco, una victrola 1927. Junto al salón estaba el despacho, el famoso despacho con su diván de cuero y su escritorio de acero donde don Paco examinaba los vales de sus compras, el mismo despacho donde convocaba a sus colegas para sus misas nocturnas. En el comedor resplandecía el servicio de electroplata procedente

de los *ten-cents* de Nueva York. Fredesvinda gritaba siempre por las mañanas: ¡Limpien la plata!

Decíase que era una heredera. En torno suyo flotaba una atmósfera complaciente. Bache pensaba organizar el concurso de «los ojos más bellos» para otorgar el premio a Fredesvinda. Estos concursos eran calificados de «labores culturales» por el revolucionario Bache.

Don Paco llegó y encontró todo bien. Se asomó a la ventana y contempló la noche a través de los relámpagos que iluminaban el Pacífico.

—¿Han invitado a la señora Rosalén? ¿A Miss Ayres?

En el pequeño salón se hallaban reunidas unas dos docenas de señoras maduras y abultadas. Entre ellas descollaba la señora Buch, esposa del veterinario Gaspar Buch.

—Esta señora tiene en la boca un quilo de oro —dijo en voz baja Juan Luque. Y la señora Reveur permanecía inmóvil, con el rostro vuelto hacia la puerta, para no ver de frente a la Buch. Su actitud determinó en seguida la de otras damas. Miss Ayres llegó luciendo sus níveas espaldas, la garganta ceñida por un collar de turquesas. Doña Refugio metida en un enorme vestido de tul negro anunció:

—Todos los obsequios son obra mía.[464]

Roberto Castrebil se precipitó ante ella a ofrecerle sus respetos, y secándose el sudor de las manos y humedeciéndose a menudo los labios con la lengua, inclinado sobre doña Refugio, refería precipitadamente anécdotas de su vida a orillas del Bósforo y en París y Viena, y hablaba de su villa a orillas de otro río, llena de flores, y de sus vajillas antiguas. Doña Refugio sudaba y aparentaba sonreír. Luchaba con el sueño que traidoramente se apoderaba de ella antes de lo acostumbrado.

A la misma hora, con las piernas descolgadas por la muralla, Darío Alfonzo contemplaba la noche. Espiaba la noche con ojos taciturnos.

—¿Cree usted que se puede matar amando? —preguntó Miss Ayres al oído de don Paco, envolviéndolo con su mirada azul de estío.

—¡Claro! Es lo más natural. Todos los dramas pasionales, o por lo menos casi todos, son obra del amor.

Y Jacobo Daza decía a Castrebil mientras encendía un cigarrillo y salía al vestíbulo a tomar un poco el fresco:

—¡Qué raro! ¿Ha visto usted las turquesas de Miss Ayres? Parecen rojas. Bailando con ella, he creído ver unas gotas de sangre en su cuello.

Las muchachas se habían refugiado en el corredor delantero y don Paco rodeado de sus colegas, con un vaso de *whisky* en una mano y debajo del brazo el tomo de sus obras completas, citaba de memoria los elogios que la prensa de varios países le había dedicado y los cuales guardaba en un precioso libro de recortes, entre estos un soneto de Juan Barragán de la Fuente. Carlos Bache quiso copiarlo para su reproducción en el *Sur América* y se lo hacía repetir palabra por palabra:

Vertió su vino en cálices egregios.
Diéronle amor las musas, sin medida;
pétalo a pétalo su flor de sortilegios,
de pentélico friso desprendida.

En el pecho la heráldica venera.
El aire noble, a la infanzona usanza;
la mano en la tizona, tesonera,
pronto a esgrimirla en duelo, sin tardanza.

¡Oh príncipe! ¡Oh artista que labras tu leyenda
con orgullo y primor del *quattrocento*!
en el altar de la Belleza ofrenda;

sabio y galante, rival de Paracelso;
es oro en crisol tu pensamiento;
¡digna tu testa del laurel excelso!

—¿Cómo se llama el autor? —preguntó Bache.

—Juan Barragán de la Fuente.

—¿Juan qué?

—Barragán de la Fuente —repitió don Paco en voz baja y con expresión respetuosa, casi solemne. Desde un ángulo el retrato de don Paco miraba a don Paco.

En el salón doña Refugio relataba las andanzas de su marido:

—Ojos que te vieron, paloma turca.

Trazaban una curva con el abanico y sus ojos se humedecían pensando en las infidelidades de don Paco, porque desde sus primeros días de casada las advirtió con las criadas y en el bautizo de Fredesvinda, durante el almuerzo, mientras se inclinaba para recoger la servilleta, lo sorprendió a él y a su prima Julia Lasprilla con las piernas enlazadas. Doña Refugio perdió el conocimiento y así permaneció un día entero. Aquella noche parecía más gorda, las manos muy coloradas, dichosa de haber cocinado aquel día. Los invitados se apretujaban en el comedor desbordante de ensaladas y pastas. Había un tufo de sudor y de *whisky*.

—Vayan comiendo, vayan bebiendo y vayan saliendo —decía don Paco mientras abría el tomo de sus obras completas: dos traducciones del francés y un trabajo de historia patria. Junto a él resaltaba el lívido rostro del doctor Homero Wendano.

El ministro Reveur penetró en el salón y su paso tardo denunciaba la edad del decano a pesar de sus cabellos negros. Era la suya una quijada corta y pronunciada, de una sonrisa que trataba de ser amable, proa de una cólera permanente disuelta en la piel. Acababa de saber por los diarios de la tarde que el gobierno había elevado el arancel para las curtiembres de su país y ya redondeaba párrafos muy convincentes para su nota acerca de la injusticia e inutilidad de esa medida. Precisamente, el ministro de relaciones estaba allí, al fondo, hundido en dulce bienestar, cerca de una mesa llena de rosas y de las cual emergía una luz suave.

Este fue el momento que escogió Tejada. Fredesvinda se quejaba del mal servicio, de la lluvia, del calor, de la carestía de los alquileres, de todo el mundo. Subieron juntos a la terraza donde podían hablar y ver la noche. Fredesvinda alta, flexible, pálida, lánguida, hacía pensar en una buena dote. Tejada no tuvo necesidad de hablar. Se enlazaron confiadamente el uno al otro mientras la orquesta preludiaba un danzón. Arriba, en el cielo negro, se presentía el nacimiento de un lucero.

El ministro Reveur saludaba. A su encuentro vino la señora Bache, colega de su marido, redactora de sociales en el diario *La Voz*.

—Encantado.

—¿Y Clarucha? —Era el diminutivo de la señora Reveur.

—Aunque se encuentra aquí está indispuesta y he venido a buscarla. Mañana hay una comida en la legación.

—¡Ah, tres noticias!

Los danzantes los envolvieron y quedaron apartados un instante. La señora Bache tomaba a prisa sus notas: «Su Excelencia el muy culto y popular ministro que disfruta de tanta simpatía, admiración y cariño en esta sociedad… Sus fiestas son únicas, exquisitas».

Pero Reveur estaba sepultado bajo el peso de aquella noticia de los aranceles. Se había detenido ante el ministro de relaciones que permanecía indiferente, absorto, sordo a las insinuaciones. Era un fracaso inevitable. Entonces surgió una sombra cerca de él: Crisanto González, agregado a la legación. Reveur decía siempre: «Mi secretario», «mi agregado», con la desesperación del secretario Juan Luque. En aquel momento, el agregado se moría de pesar. Comprendía la honda tragedia que vivía el ministro:

—Es preciso poner un cable ahora —le dijo con voz apagada, casi tenebrosa.

La señora Rosalén, clara y matinal, propuso jugar *bridge.* No había cartas. El caso no estaba previsto. Don Paco se inclinó, le ofreció organizar una partida. Ella misma podía hacer las invitaciones. La señora Reveur manifestó el deseo de ver a su marido y el doctor Wendano se encargó de conducirla. Miss Ayres entonces abandonó la fiesta, a pesar de los ruegos de don Paco:

—¡Un instante más, un instante más! No hemos podido hablar —le suplicaba reteniéndola por las manos que estrechaba con fervor y delicia.

Miss Ayres tomó su pequeño auto y se deslizó por las avenidas solitarias de Bella Vista. Solamente las luces del club Miramar permanecían encendidas. Las notas de un vals se perdían en la noche.

Bache R. se retiró hacia las tres para escribir la reseña, según manifestó, aun cuando la tenía en forma desde la víspera. En la puerta, don Paco, sin soltar el tomo de sus obras completas y su vaso de *whisky*, repetía incesantemente:

—La gente decente no duerme de noche. ¿Quién ha dicho que la noche se hizo para dormir?

Cuando los últimos invitados se despidieron don Paco quiso tomar aire, hizo salir el sedán y montó con Jacobo Daza y Juan Luque. En un ángulo del salón estaba doña Refugio, la cabeza desplomada sobre el pecho, en las manos su hermoso abanico de plumas. Don Paco al salir se quedó mirándola y mientras se ponía la bufanda dijo pensativo:

—¡Pero qué fea está mi mujer esta noche! ¿Y qué haremos con ella?

Doña Refugio levantó sonriendo la cabeza y pesadamente volvió a hundirla en su sueño.

El último en dejar la fiesta fue Antonio Tejada.

Don Paco ordenó seguir a Panamá la Vieja. Amanecía. Espesos vapores envolvían la torre cubierta de musgo. De los ancianos copeyes caían gruesas gotas. Rocío. Pasaban autos con cabaretistas y gente del club Unión, y a lo lejos se oía un aire de rumba:

Manisero me voy…
Me voy… me vooooy!...[465]

Don Paco hablaba de perlas disueltas en vino, de un falerno comprado hace tiempo y el cual resultó luego un simple *vermouth.* Con el sol la torre descubría su secreto. En torno de ella giraba el drama de dos razas ante otras dos que habían conservado su actitud resignada de espectadoras y esclavas. Se habían dejado apartar sumisas y perduraban en ellas la tristeza y el dolor de la derrota.[466] Dos ojos azules centelleaban en la espesura. Reflejo de lanzas doradas que señalan uno de los capítulos iniciales de la lucha. Morgan había concluido por vencer a don Juan Pérez de Guzmán, gobernador de Panamá en el mes de enero de 1671. A través de los siglos había empleado medios distintos y allí sonreía con los brazos cruzados, en los dedos el talismán terrible.[467] Lo sucedido eran apenas peripecias de la gran lucha.

Un grupo había penetrado en el recinto de la torre. Un grito agudo, afilado, partió como una saeta vibrante. Con la cabeza apoyada en una piedra estaba el cadáver de un hombre rubio. Tenía el rostro ensangrentado y con la mano derecha sostenía una pistola. Una luz densa y lúgubre penetraba en la torre. Había allí un olor de humedad, de silencio y de siglos. El alba era turbia.

Comienzo de un día gris, de invierno, de calmas abrasadoras. Don Paco se había resistido a entrar y de pies en la puerta de la cantina, apoyado en su bastón, escuchaba atentamente los detalles del caso. De lejos dominaba su alta figura, el rostro leonino, demacrado por el alcohol y la vigilia. Al fin, abandonando su silencio, preguntó con la mayor seriedad del mundo:

—Pero, en realidad, ¿está muerto?

III

Aquel día se hablaba de dos cosas: del baile de don Paco minuciosamente reseñado por Bache (don Paco de Lareda y Reverón, nuestro huésped ilustre y su encantadora hija Fredesvinda, etc., etc.) y del cadáver encontrado en la torre de Panamá la Vieja. Se hacían diversas conjeturas. De las diligencias practicadas para identificarlo resultó que el occiso era súbdito inglés, de nombre Francis Lowe, de veintinueve años, de profesión desconocida y con pocos días de residencia en Panamá. Los diarios de oposición publicaron una copiosa información gráfica y trajeron a cuento rumores tendenciosos publicados días antes en relación con ciertos trabajos secretos de la compañía inglesa de minas que operaba en el Darién. Prometieron además sensacionales revelaciones. El periodista Juan Callejas afirmó en su columna del *Sur América* que se trataba sencillamente de un crimen político. Por esta acusación recibió Callejas muchas felicitaciones. Sin embargo, excepción hecha de la herida y de una desgarradura en el dedo anular izquierdo, el cadáver no presentaba signo alguno de violencia ni lo habían despojado de su dinero. Un chofer de plaza lo identificó como el de un pasajero que esa noche, poco después de las once, se hizo conducir a Panamá la Vieja desde la Avenida Central y una vez allí lo despidió con dos dólares de propina. Se ordenó la detención de varios sospechosos. La policía cumplió esta orden reduciendo a prisión a vagabundos y gente sin oficio; hambrientos que dormían en las plazas públicas. La legación inglesa mantuvo la más discreta reserva.

Pasaron los días. Se dio libertad a los sospechosos. El cadáver fue enterrado secretamente. Otro asunto solicitaba la atención pública: la llegada de Silvestre Bergamota, escritor panfletista y compatriota de Castrebil. Los diarios le dirigieron pomposos saludos: «Alta cumbre de la intelectualidad americana, etc.» En seguida Bergamota anunció una conferencia. El ministro de instrucción, a pesar de las protestas de Castrebil, fue a visitarlo. En la cantina del Hotel Central se veía a un hombre gordo, atezado, enfático, de ancho sombrero y miradas algo duras: era Bergamota. Por iniciativa de Bache y Callejas los intelectuales le ofrecieron un banquete. El doctor Wendano le envió su libro cuyo elogio hizo Bergamota en carta pública después de visitar la clínica donde se informó de los trabajos de Wendano, incluso de sus auxilios monetarios y de sus aspiraciones políticas. Bergamota propuso fundar «un partido de acción conjunta interamericana». «Este partido –aseguraba– viene a renovar la alianza de los hombres de vanguardia frente a las deformes y cavernarias tendencias de los déspotas tropicales».

Castrebil comenzó a pasar días angustiosos. Agasajó con una comida al ministro de relaciones y trabajó ardientemente por obtener la expulsión de Bergamota. Se cambiaron discursos muy cordiales. No obstante las promesas de Bache en el sentido de valerse de su influencia con Bergamota a fin de que este no hiciese alusiones personales, Bergamota publicó un artículo en el cual después de llamar a Castrebil exvendedor de carbón, lacayo y cazador de dotes de vieja, aseguraba que la caída del tirano Chía estaba próxima y entonces comenzaría una época de justicia y bienestar para su país y el mundo entero.

A la conferencia dictada en el Instituto asistió, aunque de incógnito, todo el cuerpo diplomático, con excepción de Castrebil. Después de la conferencia, en la cual oyó ovaciones furiosas, más de cinco mil personas intentaron desfilar ante la legación de Chía dando mueras a Castrebil y a su gobierno. La legación estaba fuertemente custodiada por un piquete de policía montada lo mismo que la de Venezuela a la cual, según el programa, debían dirigirse después los manifestantes. La manifestación fue disuelta al llegar a la plaza Santa Ana. Por esto no pudieron pronunciar sus discursos el doctor Wendano y Nelson Guillén que la encabezaban junto con Garibaldo, Cayetano Hernández y Manuel

Segurola. Todos los emigrados organizaron una suscripción para rendir homenaje «al ilustre escritor y panfletario».

Don Paco, al saber las actividades de sus compatriotas en el sentido de provocar a Bergamota en contra suya, se había fingido enfermo. Bache le informaba extensamente de todo. Con el pañuelo lleno de moco extendido en el espaldar de la silla don Paco preguntaba a Bache:

—¿Qué significa eso de ideas avanzadas? ¿Dónde están esas legiones? ¡En vez de dedicarse a vivir bien! ¿No le parece?

Con el vaso de *whisky* en la mano, Bache se desternillaba de risa. El cuerpo diplomático adoptó la más fría reserva, particularmente Reveur, quien temía las mismas provocaciones. Ante la indignación de Castrebil que al verse abandonado mordía su pañuelo, lleno de ira y despecho, sus colegas permanecían impasibles, graves, sonrientes, correctos. Las publicaciones de Bergamota acerca de las actividades de Castrebil antes de ingresar en la carrera diplomática produjeron un efecto desastroso. Pablo Revilla decía ante los contertulios de la plaza Central:

—Todo se lo podrían perdonar menos el haber trabajado en oficios humildes. En eso estamos aún como en el siglo XVI. Y lo más curioso es que a casi todos ellos les ha ocurrido lo mismo.

Fue en esos momentos aflictivos cuando Castrebil visitó a don Paco con la mira de encontrar apoyo en sus consejos y amistad. Don Paco lo recibió hacia las seis de la tarde, en pijama de rayas y con una barba de tres días. Habló de sus obras completas, de su bronquitis, de las mujeres nuevas llegadas a los *cabarets*. Castrebil oía sonriendo echado hacia atrás, devotamente. Al fin, y en un descuido de don Paco, sacó del bolsillo la nota que pensaba dirigir al ministro de relaciones. Quería consultarle. Don Paco quizá podía darle un aviso fundado en su amistad y en su experiencia. Don Paco tomó una larga boquilla de marfil y encendió un cigarrillo. Miraba al techo hacia donde ascendían sus largas espirales de humo. Castrebil con voz trémula comenzó a leer: «Señor Ministro: Tengo el honor de dirigirme a V. E....». La última luz del día se filtraba a través de los vidrios cerrados de la habitación que servía como despacho a don Paco. De su boca oscura, sin dientes,[468] el humo salía lentamente. La luz ardió en el globo sonrosado. Cuando Castrebil terminó la lectura de su nota, en la cual a vuelta de varios párrafos insinuaba la conveniencia

de que no continuasen ciertas manifestaciones susceptibles de menoscabar, siquiera fuera en ciertos sectores de la opinión, la buena inteligencia que reinaba y había reinado siempre entre los dos países y que a la postre resultaban desdorosas para una nación amiga, don Paco se extendió en largas consideraciones sobre la envidia que en sujetos como Bergamota producía el hecho de que otros llevasen buena vida, vistiesen bien y no tuvieran necesidad de dinero. Y habló también de la tolerancia con que debían verse esos sujetos arrastrados a tales excesos por su condición y bajos instintos. Bergamota tiene que odiar a Chía –continuó con voz reposada–. Este es un hombre decente que usa sombrero de copa, ama las mujeres y las carreras de caballo, y Bergamota sabe muy bien que él no puede entrar a un salón ni sabe hablar a una mujer bonita. De ahí que se desate en improperios contra todo el mundo. En Venezuela hay muchos Bergamota –añadió– y otros tantos andan por el exterior.

Castrebil oyó esto encantado. Por un momento olvidó sus amarguras; pero ante todo quería oír la opinión concreta de don Paco a quien llamó hombre de talento y de raros prestigios en el cuerpo diplomático. Don Paco continuaba fumando. Pidió *whisky* y extendiose en el sofá. El criado trajo una botella con dos copas y varias botellas de soda. Luego habló de Miss Ayres y de sus aventuras galantes en las capitales de Sur América y de sus mujeres. Pero ninguna –afirmó– de las que he conocido es tan bella como Miss Ayres. Se vació la botella de *whisky*. La pipa de marfil humeaba largamente. Castrebil vio su reloj pulsera. Todo era afectado en Castrebil. Del sedán descendieron doña Refugio y Fredesvinda. Dieron las ocho. Castrebil rendido se levantó. Don Paco lo acompañó hasta la puerta.

—¡La nota está magnífica! —dijo al fin don Paco sonriendo.

Y a la misma hora, en el despacho de su clínica, el doctor Wendano leía la carta en la cual Bergamota solicitaba en calidad de préstamo la cantidad de cien dólares, contribución que solicitaba para la «obra común». Y el doctor Wendano, más pálido que de costumbre y sacudido por un temblor nervioso, leía aquellos párrafos donde Bergamota le llamaba: «Querido colega y hermano en ideales».

Aconsejado por Daza, Castrebil no envió la nota e insinuó una acción conjunta del cuerpo diplomático ante la cancillería a fin de hacer callar a Bergamota. Este continuaba recibiendo agasajos, Carlos Rusián le ofreció una comida íntima con el único propósito de oír a Bergamota injuriar a Castrebil y ridiculizarlo. Bache R., sin atreverse a dejar del todo sus deberes de cronista social, y pensando que ante todo él también era un revolucionario, había trabado amistad íntima con el «insigne huésped». Al conocer el proyecto de acción diplomática ante la cancillería, Reveur, el decano, se había declarado enfermo. «Sepan los señores diplomáticos –escribía Juan Callejas, columnista del *Sur América*– que en nuestro país rigen todavía los derechos que suponen la libertad de pensar». Bergamota paseaba la ciudad escoltado por Argote, Cayetano Hernández y Napoleón Patiño, quien se titulaba secretario particular de Bergamota, jefe del nuevo partido agro-social, etc. A las once, en la cantina del Hotel Central, se le veía rodeado de admiradores sorbiendo lentamente su *whisky*, y por la tarde en la puerta de la oficina de Horacio Castrillón, frente a la plaza Santa Ana.

Castrebil, para demostrar su celo a la cancillería de su país, publicó entonces una rectificación a las aseveraciones de Bergamota, las cuales calificaba todas de falsedades inauditas. Y decía: «El pueblo sano, el pueblo que trabaja, las fuerzas vivas rechazarán enérgicamente calumnias semejantes. El presidente Chía es un gran hombre y sus enemigos unos miserables. Las aseveraciones publicadas en estos días por un escritor desconocido carecen de importancia y están muy lejos de perjudicar a mi gobierno sólidamente establecido, gobierno emanado de la voluntad popular. El presidente Chía quien goza de la confianza del país mantiene el orden. Además ningún otro país de América dispone de un crédito más firme y mayores reservas de oro». (Estas declaraciones las hacían por turno Reveur, Daza, Rusián, Castrovido,[469] etc. Don Paco las hacía verbalmente para no comprometerse).

Contestó Cayetano Hernández «en nombre de los pueblos libres de América» manifestando que lo hacía sin atender a las indicaciones del ilustre Bergamota desdeñoso de semejantes provocaciones. «La púrpura de los déspotas –terminaba– será pronto destrozada en todo el ámbito de América y la justicia más

sangrienta cicatrizará las úlceras abiertas en los pueblos por la tiranía».

Bergamota estaba organizando su propaganda con miras a una campaña electoral futura y había prometido su ayuda a Wendano en el caso de llegar al poder. Esto valió a Bergamota el apoyo incondicional de Wendano cuyas entradas en esos días le permitían algunas erogaciones. Pero Wendano exigía un ataque formal contra el gobierno de Venezuela. Hasta entonces Bergamota se había contentado con ciertas vagas alusiones. Urgido al fin prometió hacerlo. Manapocos también se lo exigía en una elocuente carta y le prometía ir a reunírsele en breve.

Fue entonces cuando Bache prestó un servicio invalorable a don Paco. Él y Bergamota iban juntos por la Avenida Central. Don Paco, camino del *cabaret*, se había detenido y contemplaba la exhibición de una vidriera en La Galera de Tiberio.

—¡Don Paco! —gritó Bache con emoción.

—¿Qué hay, pues?

Entraron juntos al Metropole. El salón estaba desierto. Don Paco pidió una cena fría rociada con cerveza, y después una botella de *whisky*. Habló de la falta de tacto de Castrebil, de la vida, de las mujeres. Con el vestido blanco resaltaba el aceitunado rostro de don Paco.

—¿Se nos va usted entonces? —preguntó dirigiéndose a Bergamota—. ¿No cree usted que puede acompañarnos unos días más? Los espíritus como el suyo deben estar siempre con nosotros.

Rápidamente vaciaron la botella y don Paco pidió otra.

—Yo también en otras épocas —continuó— fui panfletario y todavía amo las rebeldías. Pero, ¿qué quiere usted, amigo mío? Envejece uno esperando la hora de la rebelión y no llega y nos sorprenden los años en una actitud muy distinta.

—La rebelión es una cosa relativa —afirmó entonces Bergamota—. Se nace rebelde y se sigue siéndolo a través de la vida, muchas veces hasta en contradicción con la actitud que hemos adoptado. Pero es un deber señalar la ruta, sobre todo cuando nos hemos ido a situar en los puestos de avanzada.

Don Paco se llevaba a la boca una tajada de jamón y se apresuró a ofrecer la bandeja a Bergamota. Bache le dio un codazo. Determinaron irse a La Sabana donde se hallaban lugares

más discretos. Don Paco ordenó al chofer conducirlos a La Gruta Azul.[470] Hacia la madrugada Bergamota hizo un signo a Bache y este se tanteó los bolsillos del chaleco. Don Paco alargó por debajo de la mesa un billete de diez dólares y tropezó con las manos de Bergamota que le apretó fuertemente las suyas. Los ojos de Bergamota expresaban en aquel momento cierta blanda ternura.

Entretanto Castrebil, solemne como nunca, se dispuso a celebrar la fiesta de su patria. Banderas. Visita del ministro de Relaciones Exteriores. A las once y media la colonia, a las cinco el cuerpo diplomático. Todos los colegas estaban presentes. El retrato de Chía resplandeciente de luces en medio de un trofeo. Castrebil repartía sonrisas y apretones de mano, se inclinaba y hacía profundas reverencias, cuando vio cerca de él a un hombre encogido, de grandes zapatones. Amedrentado, sin hallar qué hacer, permanecía inmóvil y apretujaba el sombrero y le daba vueltas entre las manos. Era un agricultor, compatriota de Castrebil, con el aspecto de los que abandonan la clínica y llevan en las facciones demacradas las huellas del carácter recio y de las torturas recientes. El hombre tendió la mano y Castrebil con las suyas entre los bolsillos, irreprochable, enfático, manifestó que la hora de recibir a los «nacionales» había pasado. El hombre volviose seguido por una curiosidad desdeñosa. Sonreíase don Paco mientras agitaba con la punta del dedo meñique su copa de champaña. El rústico se detuvo en el vestíbulo a escuchar el himno nacional. Aquellas notas le representaban sus tierras, sus años de labor, sus hijos, la infancia lejana, el pasado y también lo que no comprendía. Y tenía los ojos húmedos. Hasta él llegaba un rumor de cristal y de fiesta. Un portero le hizo salir hasta la calle.

Aquella noche Castrebil comunicaba a Chía los detalles de la celebración. «Se habían exteriorizado –afirmaba en su despacho– las simpatías y la admiración sin límites que rodeaban su nombre».

Pero esta vez Bergamota fue oportuno. Los diarios anunciaron casi simultáneamente el descenso de la moneda, la quiebra de los bancos y después la rebelión de un ejército en el

imperio de Chía. El péndulo gigantesco oscilaba de Oriente a Occidente. Se derrumbaban las grandes combinaciones internacionales; los *trusts* gigantescos se hundían con estrépito y destrozaban el corazón de los Castrebil. El más sorprendido por los acontecimientos fue el propio Bergamota. Castrebil se apresuró a desmentir las noticias obra de facciosos y enemigos del orden. A mediodía llegaba un cable anunciando la renuncia de Chía y el advenimiento del coronel Monjaloto. El nuevo tirano fue aclamado con gran júbilo. Los diarios que el día anterior hablaban tan altamente de «la labor de Castrebil» y de S. E. el general Chía, saludaban la rebelión de Monjaloto.[471] Con la misma pluma que escribió la reseña de la recepción de Castrebil, Carlos Bache R. trazaba párrafos exaltados: «La victoria de Monjaloto es la necesaria consecuencia de la actitud que nosotros, las mentes libres, sustentamos siempre para honor del continente».

Y unos días más tarde, Castrebil, después de realizar a bajos precios su auto y sus muebles, subía a un vapor de la Grace en los muelles de Balboa. La señora Castrebil llevaba un ramo de rosas y al subir la escala del buque se detuvo y pudieron verse sus ojos llenos de lágrimas. Pañuelos. Amigos que se apretujan y tienden las manos. Reveur se abstuvo de concurrir al muelle. De repente Castrebil perdió su solemnidad y mordió el pañuelo con desesperación. Un baúl suyo, precisamente el baúl de las condecoraciones, había caído al mar. La gran cruz de Fusagasugá, el sol del reino de la Manigua, la estrella del Palenque y la más preciada entre todas, la gran cruz de la orden de Capricornio; todas las medallas, todas las placas que constelaban su uniforme yacían por siempre en el fondo del mar. Ronca sonó la sirena. Suspendieron las escalas. En el mismo vapor viajaba Bergamota. Nelson Guillén y Teodorico Garibaldo habían salido en otro buque.

Cubriose aún el muelle con niebla de pañuelos. Don Paco invitó a Daza y a Rusián a tomar su *whisky*, pero Rosalén se empeñó en llevárselos a su residencia de la Exposición[472] acabada de construir.

—¡El pobre Castrebil! —exclamó Daza mientras el auto cruzaba Balboa hacia Panamá. La ciudad apareció extendida sobre el golfo, frente a las islas perdidas en su azul de tintes purpúreos. Y los tres murmuraron:

—¡El pobre!

IV

Agosto. Invierno fuerte. Inesperadamente las noches se hacen claras y ardientes. La Galera de Tiberio cerró sus puertas después de rematar las existencias. Una de aquellas noches me llamó Miss Ayres. Salía al día siguiente en el *Órbita* para Nueva York, vía La Habana. Deseaba la acompañase a dar una vuelta. Estaba cansada. Padecía insomnios. Alice guio hacia Panamá la Vieja. Cruzamos la ciudad y la carretera que conduce a las Sabanas. Un olor a tierra húmeda nos daba en el rostro. Yo veía arder en sus dedos una piedra color de fuego, de un rojo fúlgido. Miss Ayres se detuvo frente al mar, cerca del antiguo apostadero de naves. Después quiso penetrar en la torre. Un murciélago salió a nuestro encuentro cortando la noche con su vuelo silencioso. De pronto Miss Ayres se detuvo y dobló su bella cabeza con un movimiento de abandono repentino y extraño en ella. Traté de sostenerla y retiré la mano llena de lágrimas. Dio unos pasos y se apoyó contra el muro. La noche penetraba en la torre y la envolvía. Arriba podían verse las constelaciones. Entonces comenzó a balbucir un relato, y no sé por qué me pareció muy natural oírlo de sus labios. Había sido ella, es decir, había sido Darío Alfonzo por orden suya, la misma noche del baile de don Paco. Batía una fuerte marejada y el viento se llevaba las palabras. Chillaban los murciélagos en los maderos carcomidos de los ventanales hoscos y mudos. Alfonzo acechaba en la oscuridad y mientras ellos juntaban sus labios ocurrió lo inevitable. Un placer, una voluptuosidad desconocida la rendía.

Quería impedirlo, pero –Miss Ayres no quería olvidar nada– era ya tarde. No podía articular palabra. El contorno de las cosas se desvanecía. Fuertemente estrechada contra su pecho creía precipitarse con él en un abismo insondable que los atraía para hacer inseparable aquel abrazo. La idea de que él ya no sería, de que aquel minuto de ella sola se detenía, se volvía eterno, la asaltaba con el poder de un goce inexpresable. El placer y el dolor paralizaron sus palabras. Jorge Francis Lowe había sido su amigo de las últimas noches. Lo que comenzó por un juego del azar, por una simple peripecia en la lucha, alcanzaba de pronto el signo, el sabor acre, la tortura y la violencia de una pasión. Lowe era del país de Gales y se marchaba pronto. Había allá una aldea de nombre shakespeareano con un lago y un castillo donde le aguardaba su prometida. Fueron inútiles los ruegos de Miss Ayres. Aún podrían estarse juntos unos días. Podía ir a Florida. Realizar un viaje aéreo. Aquella noche iban a despedirse y Alice quiso que esa última entrevista fuese precisamente en el mismo sitio donde habían pasado horas felices; donde le oía cantar a menudo aires de su país natal. Francis tenía una bella voz. Me obligó a seguirla entre los escombros. Buscó en la oscuridad y la vi inclinarse sobre una piedra e imprimir en ella sus labios. De pronto se contuvo. Vaciló al levantarse y la sentí más pálida. El ardiente anillo fulgía en sus dedos y contrastaba con la mirada azul de Miss Ayres. Allí cerca estaba alguien. Pero no era Francis.

—No es preciso creer en fantasmas —murmuré—. Pero Miss Ayres no quería levantarse y yo me sentía contagiado de aquel terror súbito. Al fin pude arrancarla de aquel sitio. La compadecía sinceramente. Ya dentro del auto y pasados los primeros momentos me atreví a decirle:

—¡Hermosa piedra lleva usted esta noche, Alice!

—¡Ah! —dijo volviendo en sí con una sonrisa en la cual se advertían sus lágrimas recientes—. Es un anillo muy antiguo y tiene una rara leyenda. Era de Francis. Se lo quité esa misma noche. Era un hombre fuerte, Francis, ¿sabe? Se lo vi por primera vez en la terraza del club Unión una noche de baile. Fue precisamente don Paco quien me hizo notar el destello de la piedra, y hacia el amanecer, cuando los camareros se disponían a conducirlo a su auto, me confesó que Francis había querido confiárselo

en depósito. Pero don Paco no aceptó. Desde entonces el anillo fue para mí una obsesión.

—¡Ah, si hubiera sido a mí! —exclamé mientras cruzábamos el Puente del Rey.

Ella me miró como sorprendida que yo abrigase semejante deseo. Luego se encogió de hombros y encendió un cigarrillo. Continuamos en silencio. Miss Ayres tenía dos almas,[473] y yo –ella lo sabía– era incapaz de revelar su secreto.

—Temo mucho, Alice –dije al fin–, que ese anillo habrá de correr aún otras aventuras. Presiento que va a estar largo tiempo en poder de algún desconocido, alguien que empezamos a conocer ahora. ¿No cree usted?[474]

Pero en aquel momento el auto se detenía ante la puerta de Miss Ayres y quitando las llaves decía apresuradamente:

—Hablaremos mañana, Silvela. Es tarde. Me duele la cabeza.

Aquella misma noche acaeció el dramático suceso de Darío Alfonzo.

El chino Li Foo, propietario de una tienda de abarrotes en la Avenida «A» encendía su pipa y tendíase a descansar con la ventana abierta por la cual podía contemplar la noche y también lo que ocurría en el cuarto de enfrente, habitado desde hacía poco por el inquilino Darío Alfonzo. Cada noche Li Foo agradecía a Dios de todo corazón haberle deparado aquel día, pues su raza era odiada y perseguida, y su experiencia le confirmaba en la idea de que cuanto se le hace a un chino es fácilmente disculpable. Li Foo había llegado al Istmo metido en una caja desde Shanghái, gracias al dinero remitido por un hermano, mediante un crecido interés. Diez años le había servido sin tener otra voluntad que la de su acreedor. Después obtuvo un nuevo crédito para fundar aquel establecimiento donde trabajaba desde hacía cinco años, sometido a todas las privaciones hasta pagar el último centavo. Así había conquistado Li Foo su derecho a la vida sin olvidar nunca su Asia donde su alma había sido arrojada para tomar forma en la simiente humana. Y por la noche trataba de no recordar sus

inquietudes, pues cada día aumentaba la persecución contra él y los suyos. Hasta él llegaba el tumulto de la barriada populosa y las canciones que las victrolas de las cantinas arrojaban a la calle. Hacía calor y las estrellas tenían un resplandor rojizo.

A esa hora Darío Alfonzo subía trabajosamente la escalera de su habitación situada encima de la tienda de abarrotes del chino Li Foo. Una bruma de alcohol se interponía en sus ojos y el mundo exterior reunía en su cerebro imágenes dispersas. Escenas de bajos fondos, entre marinos beodos y meretrices. Y aún creía ver un alba turbia, comienzo de un día gris, sobre la torre cubierta de vegetación como un túmulo en ruinas. La vieja torre cubría el cuerpo del inglés Francis Lowe asesinado por él, descendiente de judíos españoles. Durante varios días se vio a Darío Alfonzo errar por los *grounds*, seguido de lejos por los guardias, tratando inútilmente de ver a Miss Ayres, y aun se arriesgó a franquear los límites de la Zona de donde había sido expulsado días antes. Desprendíanse de los jardines un olor de resedá, heliotropos y damas de noche. Cierto mensajero le manifestó que era inútil volver y entregándole una cantidad de dinero les hizo ciertas alusiones a los hombres de cabeza rapada, vestidos de azul que trabajaban en la Zona bajo un sol abrasador y la vigilancia de los guardas con bayoneta calada. El odio y la muerte penetraban en el corazón de Darío y sentíase doblemente despojado y traicionado, aun cuando de antemano sabía muy bien que el final de todo sería aquello. La luz filtrábase por la madera carcomida de la ventana y en sus manos humeaba el kanyac que enardecía y enervaba su espíritu. Volvían a flotar en torno suyo visiones dulces y halagadoras. El kanyac exalta y después enloquece. En una mesa veíase el dinero recibido de Miss Ayres, y cuando su mirada tropezaba con los billetes, Darío Alfonzo sentíase empujado en el vacío.

La vida lleva consigo la muerte. La vida elige a veces para sus fines burlescos y trágicos la imagen más encantadora. Darío Alfonzo podía conocer esto ahora tan bien como mucho antes, cuando voces oscuras surgidas de su conciencia se lo advertían. Un tango mezclaba su aire sentimental a los ruidos de la calle; su congoja de ausencias y cielos estrellados. Darío Alfonzo tomó una cuerda de su hamaca, la sujetó en una viga del techo, arrimó una silla y se pasó el lazo por el cuello. Y aún pudo pensar en su amada, porque en ocasiones ni la muerte es capaz de libertar el recuerdo de una mujer querida.

Y el chino Li Foo veía sonriente los preparativos de Alfonzo. Lo vio quitarse el saco, subir a la silla y estremecerse con una horrible mueca. Levantose y se puso en cuclillas. Su rostro amarillo reía en la oscuridad donde se percibía el reflejo de su pipa que derramaba en su cuerpo aquel sueño pródigo en deleites. Sus párpados se entornaban y se abrían pesadamente. Creía elevarse de la tierra y flotar en el espacio como un ser etéreo que tuviere poder para gobernar los astros. El hombre colgado se balanceaba en el cuarto de enfrente como un monstruo que él, Li Foo, hubiese muerto para gozar a sus anchas de las delicias de un país encantado y remoto. La expresión feroz y la sonrisa que después se esparció por su semblante reflejaron perfectamente estas emociones.[475]

Los diarios refirieron la muerte de Darío Alfonzo como el final necesario y el drama cotidiano en la vida de un «desocupado».

Pablo Revilla volvía por la tarde al cuarto de Conchita Torres. Allí estaba Ernestina. Conchita regresaba muy tarde, pues trabajaba en casa de don Paco, a la orden de Fredesvinda. Andrómaca, la madre de Conchita Torres, siempre afligida y gimoteando salía a su encuentro, lamentándose de la vida. Después insistía en la amistad de Conchita y Fredesvinda. Tampoco dejaba nunca de exponer al mismo tiempo que los Lareda eran paupérrimos.

—En vida de mi esposo —refería Andrómaca con la mano en la mejilla y en tono compungido—, cuando no teníamos cocinera, encargábamos la comida a doña Refugio. Por supuesto, ahora nos ayuda y es muy natural.

Ernestina y Pablo pasaban la tarde junto al pequeño Raúl. Entraba el crepúsculo y teñía las cosas de un color triste y vago. A esa hora se precisan mejor las imágenes pasadas. En los primeros días separábanse en silencio, sin atreverse a la menor palabra y Ernestina franqueaba un límite que señalaba una vida distinta y la separaba de aquel hombre. Luego Pablo suprimió aquel instante cuando hizo entrar a Ernestina como empleada de una venta de soda y después en un comercio de ferretería. Pablo le comunicó este proyecto en momentos en que ella zurcía las pobres ropas del

pequeño Raúl. El cuarto se poblaba de sombras y así las palabras parecían pronunciadas en secreto. Una dulce alegría invadía el corazón de Ernestina y una dulce gratitud, pero la sombra se volvía más espesa y no dejaba ver la expresión de su rostro. Pablo se empleaba en los más diversos menesteres. Pintaba fachadas, cobraba recibos de imprenta, escribía propagandas de cine. En ocasiones tuvo de ayudante a Remigio López Franco.

—¡Eh, compañero! —Y desde arriba, trepado a un andamio, Revilla cantaba:

> En mi corazón se rompe
> la ola de aquella tarde,
> cuando vi partir el lucero
> y oscurecerse mi pena.

López Franco soltaba una carcajada:
—Mejor es que cantes:

> Allá arriba, en aquel cerro
> tengo una mata de ají...[476]

Con las cejas y pestañas llenas de cal, en las manos el perol de pintura y la brocha, López Franco subía la escalera.

—¡Je, hace un fresco magno! Quisiera ver aquí al doctor Mansueto, nuestro inolvidable profesor de derecho canónico.

Daban las doce. Sonaban las campanas coloniales en la iglesia de Santa Ana. Merendaban en un almorzadero vecino. Seguían el movimiento de la fonda pringosa. Obreros en mangas de camisa de pies ante los mostradores. Mujeres grasientas sofocadas por el calor de los anafres. Mulatas recién bañadas en las terrazas vecinas. Olor de pescado y aceite. Desde su mesa Franco y Revilla contemplan la calle que comienza a perder su soledad al golpe de una. Hay un vacío horrible en todo eso que vive y es indiferente a las preocupaciones de un desterrado.

—¡Qué calor! Y ahora tener que trabajar —exclama López Franco echado hacia atrás con la cabeza apoyada entre las manos.

—Pero hombre ¿y eso lo dice un revolucionario? —contesta Revilla riéndose, para darle ánimo. Y ante ellos surgía de pronto

con su cara paliducha el vendedor de pájaros Fernando Islas. No había comido en todo el día.

Ahora, muchas veces, Ernestina y Pablo iban juntos por los malecones a disfrutar de las tardes y las noches cálidas. Caminaba en silencio, pues a esa hora su pensamiento se posaba sobre el mundo y en el destino del hombre, temas amados y predilectos de su corazón. El mar arrojaba a sus pies la perezosa intimidad de la tarde. A esa hora la tierra se ofrece en todo su encanto y Pablo trazaba en su imaginación planes vastos que solo podían realizarse allá en las inmensas soledades con la colaboración y la voluntad de miles de hombres. Muchas veces sorprendíase de hallarse con Ernestina ante la puerta de su casa. Ernestina respetaba aquel silencio. Era también el momento de su ternura y de su dicha y deseaba que aquel silencio no concluyese nunca. Su intuición, abriéndose paso, le había hecho revelaciones deslumbradoras. Sabía ahora que para amar es preciso ante todo ser digno de ello. Luego Pablo seguía hasta su habitación, un cuarto de tablas, en Calidonia. Cuando Ernestina se veía sola, creía encontrar su pasado involuntario. El día en que el pequeño Raúl comenzó a conocerlos fue de felicidad para ellos.

Conchita llegaba siempre tarde. Entonces Andrómaca refería los cuidados de Ernestina, lo cual indignaba a Conchita. Veía en todo eso un reproche, una reprensión intolerable y prorrumpía en injurias contra Ernestina y Pablo. Pablo y Ernestina vivían en concubinato descarado. Andrómaca en vano trataba de calmarla, pero entonces la ira de Conchita se volvía contra ella, llamándola indecente y alcahueta. Al principio Fredesvinda la utilizó en trabajos diversos. Después, como también se atrajese el afecto de Antonio Tejada, llegó a ser su confidente. La acompañaba a sus compras y hacía las costuras que le encomendaba doña Refugio. Don Paco interrumpía a veces su lectura para fijar su atención en Conchita que cosía en el comedor. Conchita tenía veinte años y atraía fuertemente la atención de don Paco. Un día no pudo contenerse más. Tosió y luego pidió agua. Conchita vino en su ayuda.

—Conchita, es usted muy buena y también muy bella. A mí me gusta mucho y podríamos ser muy buenos amigos sin que nadie se enterase.

Don Paco decía esto tembloroso y en voz baja. Acababa de encender un cigarrillo y lo ajustaba a su boquilla de ámbar recién

comprada. Conchita sentose a su lado y don Paco pudo rodear su talle, palpar sus pechos y besarla a su antojo en la nuca y en las mejillas. Los ojos de Conchita lo rodeaban de luz. Arriba oíanse los pasos de doña Refugio que iba de un lado a otro y esta idea de la proximidad de su esposa daba mayor encanto a su aventura. Don Paco y Conchita se abandonaban confiadamente. De pronto un grito, una especie de rugido cayó sobre ellos; una voz ronca y fiera descendía y se elevaba al mismo tiempo en frases entrecortadas. Doña Refugio aparecía en lo alto de la escalera, amenazadora y terrible. Después comenzó a bajar los peldaños. Rápidamente Conchita se empezó a alisar los cabellos, sacó su estuche de pintura, tomó el sombrero y salió. Don Paco, de pies, esperaba con la boquilla y el libro entre las manos –una voluminosa colección de Walter Scott–, severo, imponente. A medida que salvaba los escalones, segura de su triunfo, doña Refugio gritaba más alto y sus velludas mejillas se volvían más rojas. Su ira era tanto más dolorosa cuanto que aquella escena le recordaba de un modo patente todas las infidelidades de don Paco.

—¿Qué hay pues? —gritó al fin don Paco con autoridad—. ¡Silencio!

En aquel momento entraba Fredesvinda acompañada de Lulú Castro:

—¿Qué sucede? —preguntó dirigiendo una mirada ansiosa en torno suyo.

—Llegan ustedes a tiempo —manifestó don Paco sonriendo—. No sucede nada. Que mi mujer ha tenido un disgusto con la cocinera.

Lentamente doña Refugio pasó de la escalera a la cocina.

Conchita no pudo resistir aquel desastre que la privaba de una valiosa amistad. La presencia de su madre y del pequeño Raúl le era insoportable, deseaba vivir su vida, ser libre, sin que nada la inquietase. Una tarde doña Andrómaca recibió a Pablo Revilla alborotada y llorosa. Luego repitió la escena ante Ernestina. Conchita había partido para La Habana. Antes de salir besó al pequeño Raúl recomendándolo mucho a ella y a sus amigos. Llevaba algún dinero y una recomendación de don Paco para las autoridades de inmigración.

V

Por la reja de cristales que da hacia la Avenida de la Exposición entra un sol de cinco de la tarde. La señora Rosalén recibe. Mes claro de noviembre con un Pacífico desvaído en el que se inicia el verano. Pronto los árboles estarán amarillos y por las plazoletas blancas de enfermeras y lectoras, las hojas rodarán como yertas en la gran luz del trópico. Don Paco asiste con Fredesvinda y doña Refugio. Pequeñas mesas donde sirven té y pastas. Es preciso recordar en todo las costumbres de los climas fríos. Vuelan aviones sobre Balboa. 1930 languidece.

El reloj, un reloj dorado sostenido por cuatro columnas, dio la hora. El sonido argentino y acompasado hizo callar a todos.

—Noviembre. Ya este año se acaba. Los años corren ahora más de prisa —dice suspirando mientras se abanica la señora Rosalén. Tiene en la frente un mechón gris y los ojos acariciadores, aureolados todavía con la magia de la juventud lejana.

—A medida que envejecemos los años se hacen más cortos —dice otra dama de cabellos blancos. Y un silencio espeso se interpone con aquella evocación inoportuna.

La señora Rosalén recuerda sus tardes en el Japón y su amistad con el emperador entonces príncipe heredero. Los espléndidos jarrones que adornan el salón son de las fábricas de Kioto, un presente de Su Alteza. Se habla de viajes, hoteles y fiestas suntuosas; pero doña Refugio se lamenta de la carestía de la vida y en los labios de las damas asoma un desdén curioso e imperceptible. Los cristales se tiñen de rojo. Lentamente las

sombras invaden el salón y se encienden las luces tamizadas con pantallas color malva de grandes flores y pájaros. Comenzaron a instalar las mesas de *bridge*.

Don Paco entonces siguió a la señora Rosalén por la terraza. Una estrellita ardía en un cielo radiante. Los claros ojos de la señora Rosalén devoraban aquel punto pálido.

—Ya veo, señora, que usted gusta de los astros, pero, ¿ha pensado alguna vez en esos análisis que los sabios hacen de esos astros? Los astros son bellos como son las mujeres, usted, por ejemplo, y a nadie se le ocurre examinar en esa forma a una mujer. Al menos yo no podría.

—Ya se ve, don Paco, que usted es un hombre de talento –repuso irónica la señora Rosalén al mismo tiempo que lo miraba con sus ojos serenos y una sonrisa provocadora–. Pero ¿dónde aprendió usted esas cosas?

La brisa alborotaba sus cabellos tachonados por un mechón gris. Era la hora propicia en que las almas se buscan y los recuerdos tratan de revivir y vuelven a hundirse en las penumbras de la conciencia. Desde la terraza se contemplaba el mar, un mar ceniciento, orlado de espuma. La ciudad se extendía sobre el golfo y la masa oscura, el tope de las construcciones —chimeneas, terrazas, techumbres—, aparecía bañada de luz zodiacal. Don Paco habló de las tardes de Río de Janeiro, del amor que a veces apareció en su camino, y en su mente surgió un pensamiento, un deseo incontenible. Sentíase arrastrado por una fuerza superior a él. La señora Resalén estaba muy cerca y se abandonaba a la emoción de la hora. Era una mujer exquisita, adorable, en pleno otoño. Había un olor de nardos, de miosotis, de rosales floridos. Don Paco creyó llegado el momento de experimentar el efecto de sus frases. Vio en torno suyo y pasó el brazo por la cintura de la señora Rosalén. Ella se estremeció como si aquel contacto la despertase de un sueño. Cruzó la terraza seguida de don Paco y tocó un timbre. Un negro rígido, con chaqueta blanca, apareció ante ellos.

—Lleve al señor. Entréguele su sombrero que quiere salir.

Había una mezcla de indignación y desdén en el rostro de la señora Rosalén. Don Paco bajó a prisa las escaleras y atravesó el jardín. Once años dividían su vida bohemia y aquella tarde. Ansioso de aire, de calma, subió a su auto dejando a doña

Refugio y a Fredesvinda que andaba del brazo de Antonio Tejada. Don Paco bajó por Balboa saboreando su amarga derrota, distrayéndose a ratos, fumando siempre en su boquilla de marfil, vestido de blanco, el pelo gris circundando su lívida frente. El auto desembocó en los muelles. Submarinos que duermen sobre un mar negro rayado de luces. Acorazados con racimos humanos. Entre los rostros blancos, rostros morenos de ojos oblicuos. Asia. Toca la banda del *California*. La tripulación forma un anfiteatro de seis gradas. Se pasa una película: escenas de Chicago y Nueva York.[477] Bandidos héroes y héroes bandidos con poderes secretos para burlar cacerías de polizontes, redadas de hombres en selvas de piedra. Hombres artificiales. Hombres músculos. Acuden las rubias mujeres para ayudar a los muchachos de la flota a pasar la velada alegremente. Cabelleras de fuego o de oros tiernos. Ojos violetas, de cristal, color de ámbar. Muchachas de la colonia que sienten el orgullo de la patria poderosa. Mujeres intrépidas, luminosas, cuyo encanto crece en la noche del trópico. Aman ante todo el valor, la abnegación y la capacidad en el hombre. Don Paco hace detener su auto para participar del espectáculo y olvidar sus recientes fracasos. Pensaba que su estrella se oscurecía para siempre. Dos muchachas de mórbidas espaldas, una de negro, una de rojo, se dirigen a un piano colocado en el centro. Cantan aires de Cuba y de Hawái, de las islas que se ofrecen al viajero deseosas de ser gratas como en los ritos de antiguas prostituciones. El viento consume las bujías rosadas que arden sobre el piano. La noche tibia, de estrellas muy abiertas, sin luna. Cantó un marinero acompañándose de una trompeta una vieja balada. Arriba la constelación de noviembre sonríe irónica. Un reflector cruza la noche y un avión se lanza a un reconocimiento.

Recuerdos. Allá en el fondo oscuro duermen las islas que nunca visitó el hombre. Tierra cerrada. Lluvia. Refugios inaccesibles. No supo don Paco cuánto tiempo pasó allí. Fumó muchos cigarrillos. El aire del mar tonificaba sus nervios cansados. Dio una larga recorrida y de regreso se detuvo en el Kelly donde bebió hasta la madrugada. Habló de arte, de arte viejo, apolillado, hecho por hombres sedentarios de hace cincuenta años y de versos decrépitos de la misma época, mientras otros de hace muchas centurias conservan su misma fuerza y gloria juvenil. Para don Paco la vida se había detenido en tiempos de Rousseau. La

máquina del mundo no funcionaba ya. Era preciso desmontarla. Envejecía como él, inútil.

En tanto Fredesvinda acompañada de doña Refugio y Tejada visitaban los *clubhouses*, tomaban refrescos, se lanzaban por los caminos, rendidos, silenciosos. Y a la misma hora el exrevolucionario Manuel Pozas, indignado porque don Paco le había negado un auxilio monetario, refería en un paradero de la Avenida Central los tiempos en que don Paco bebía en su compañía en las tabernas de los alrededores del mercado, en las ventas de la Pastora arriba, en las rancherías de Quebrada Honda. Tiempos idos en que él, Pozas, era periodista en Caracas. Entonces las ideas de don Paco eran idénticas a las que exponía en ese momento en el Kelly. Había pasado el tiempo, sus cabellos se habían vuelto blancos, y a semejanza de casi todos sus contemporáneos, sus ideas no cambiaban. Tampoco Pozas advertía este fenómeno. Creía que don Paco le pertenecía en cierto modo. Su propósito era vengarse de él, por creerse despojado de algo suyo, ante el grupo de hampones que le escuchaban indiferentes. Para ellos todo esto era un espectáculo como cualquier otro.

A mediados de octubre, pocos días después de la partida de Conchita Torres, se publicaron las primeras noticias de la invasión de Robles a territorio de Venezuela. Se anunció la toma de la ciudad del Corozo, situada a pocos kilómetros de la ciudad de Caracas, según los despachos de Barranquilla. El doctor Wendano subió a bordo de un crucero americano e hizo ante un almirante declaraciones concluyentes sobre la revolución venezolana. Estas declaraciones fueron transmitidas por la *United Press*. La fotografía del doctor Wendano apareció en todos los diarios. Pronto el general Robles entraría en Caracas. Avanzaba su caballería a través de las llanuras. Las ciudades lo recibían alborozadas. El coronel Luis Argote –afirmaban las noticias– se había distinguido brillantemente en todas las acciones de guerra. Sobre el territorio de Venezuela se levantaba un resplandor de incendio. Un mensaje de Leandro César Manapocos anunciaba a los pueblos oprimidos que la hora estaba próxima. Wendano

se apresuró a escribir a Nueva York recordando al comité sus ofrecimientos. Debía ser nombrado ministro en Argentina para desarrollar «una campaña intelectual» y publicar su libro *Ideas sobre el arte*, y además cumplir la palabra dada a su esposa.

Por la mañana Pablo Revilla sentábase en la Plaza Central a leer los panfletos y cartas recibidas. No tenía trabajo. En los diarios –como en una pantalla– desfilan las multitudes que esperan y se oye el rumor de sus pasos. El gran péndulo oscila de oriente a occidente. Dan las doce. A esa hora los presidentes de las repúblicas suramericanas que se sacrifican por la patria celebran consejo o regresan de alguna ceremonia. Los escritores hacen propagandas nacionalistas y los diarios se alborozan publicando las listas de platos criollos que se consumen en la mesa de Palacio. Gran progreso. La crisis aumenta. Los revolucionarios vociferan. En las torres suenan las viejas campanas coloniales. Pablo corrige ahora pruebas en la revista literaria *Voces* del abogado Andrés Iglesias. Por la tarde se detiene en casa del pequeño Raúl. Después de la partida de Conchita, Ernestina vivía con Andrómaca en el cuarto de la calle 2. Por la noche Pablo anota sus observaciones. Una mesa y una cama componen todo el mobiliario de su habitación. La lluvia cae lentamente. Pablo escribe: «El pequeño Raúl es una imagen viva del pueblo de Venezuela. Como él es inerme, inconsciente, duerme, llora, sonríe y tiende sus brazos a la vida. Esta imagen del niño es tan conmovedora porque se piensa siempre en que será un hombre. Y como a un niño hay que amar al pueblo, comprenderlo y tratarlo con un respeto casi sagrado. Hay que imprimirle ideas indelebles de dignidad, justicia, sinceridad y nobleza espiritual. El pueblo, como el niño, es el futuro».[478] Y en el silencio de la noche se balancea el rumor de la lluvia.

En los primeros días de noviembre Cayetano Hernández recibió una carta de Barranquilla, fechada en Pozo Bajo. Era de Argote y anunciaba la muerte de Félix Palma. Murió cuando efectuaban el primer ataque al pasar la frontera, en el asalto de una ranchería. Los hombres del hato perteneciente al comisario del lugar conocían las incursiones de Robles y estaban preparados para defender su ganado. Había ya oscurecido. Félix Palma estaba impaciente por meterse pampa adentro. Lo hallaron al amanecer, tendido en tierra, con los brazos cruzados sobre el pecho.

VI

A fines de noviembre regresó Luis Argote en compañía de Cayetano Robles. Después de unas declaraciones formidables atribuyendo a la escasez de elementos de guerra el fracaso de la invasión, Robles prosiguió viaje a Nueva York.[479] Llevaba para la venta un lote de sarrapia, cueros, pieles, balatá y cacao, despojos de su incursión por los Llanos. El *Sur América* recomendó a Robles a la admiración de sus lectores como a un hombre a quien los ideales del continente debían grandes servicios. El rostro de Luis Argote expresaba tristeza, desencanto, pero su abatimiento se transformaba en cólera que trataba de ahogar en alcohol. En sus ojos enrojecidos parecía arder aún el sol de las pampas. El sol y la fiebre. Recordaba aquella incursión por la calma cenicienta de las llanuras. Atravesaban pueblos abandonados. Una tarde, a causa de un acceso de fiebre, fue preciso dejarlo. Los otros debían continuar para hacer un reconocimiento. Robles le entregó doscientos bolívares y prosiguió adelante. Permaneció dos días abandonado en medio de las soledades. Se le agotó la ración de agua. La sed y la soledad se le metían en el corazón. A ratos escuchaba un tropel de caballería. Robles era experto en incursiones de este género. Argote creía verse ya en poder del enemigo. Caminó todo el día. Pajonales manchados de horizontes. Ante él se alzaba un esplendor de Orinoco. Hacia el oscurecer vio brillar un caño. Esta vez no era espejismo. Todo el día había estado viendo sombras planear sobre lagos inmensos. Bebió hasta saciarse. Las estrellas brillaban en el fondo y él creía beberse aquel resplandor

azulado. Un rancho le indicó la proximidad de un hato donde le dieron asilo. El dueño estaba sentado a la puerta de su vivienda. No tenía nada. No cultivaba nada. Apenas guardaba unas vacas para sostenerse. El hombre explicó: no se atrevía a nada porque todos los años esperaba una tempestad, una tempestad de fuego y acero que destruiría sus bienes y haría inútiles sus esfuerzos. Había envejecido, tenía la barba blanca. Pero esperaba siempre. Un día Argote pudo reunirse con Robles que pernoctó allí, de retirada. Cielos y llanuras abrasadoras. Cólera y angustia. Al fin Argote dio rienda suelta a una y otra:

—¡Robles es un miserable, un bandido! —gritó descargando un puñetazo sobre la mesa en que bebía cerveza.

Wendano trataba inútilmente de sosegarle, hablándole de la causa común. Pero Argote gritaba más alto:

—¡Todos son unos traidores, cobardes y espías! ¡Hemos sido vendidos una vez más!

Remigio López Franco recibió un giro de su casa. Veinte dólares. El precio de muchos días y muchas noches de trabajo para los suyos.

Noticia de la Associated Press.- La aviadora norteamericana Alice Ayres emprende el vuelo de Vancouver a Honolulú.[480] La misma noticia indicaba los récords de altura, duración y velocidad alcanzadas por Miss Ayres y el premio de dos mil dólares ofrecido por el aéreo club de San Francisco.

Sobre las torres suenan las viejas campanas coloniales.[481] Las ciudades españolas de América con sus catedrales pobladas de estatuas –abades, obispos, misioneros– pasan bajo el sol. Hay rumores de huelga. Los sin trabajo carecen de recursos para pagar los alquileres y los propietarios amenazan con echarlos a la calle. El *Sur América* se convirtió en vocero de los inquilinos sin otra culpa que la de estar con los brazos cruzados a la fuerza. Patios

sin luz, casas insalubres, apartamentos confortables, agradables residencias se pusieron de acuerdo. No era posible pagar. A fines de noviembre estalló la huelga de inquilinos.[482] El prosista Nicolás Heredia –nombrado secretario de instrucción pública– trataba en vano de hacer creer a la gente que debían leer sus escritos históricos y vivir cien años atrás, recordando hechos pasados de importancia local. Una manifestación iba a efectuarse en la Avenida Central. Los grupos afluyeron a la plaza Santa Ana metida en su marco de cantinas y de cines, y custodiada por un templo y el *cabaret* Metropole. Horacio Castrillón sentose en su puerta con aire de reto haciendo comprender que tenía conocimiento de que iba a ser agredido. Pero nadie hacía caso de él. Bajo el gran sol la multitud se agitaba enardecida por los editoriales del *Sur América*. Un rumor inquietante se prolongaba por las avenidas. En el límite de la Zona se alineaba un batallón de infantería.[483] Pablo Revilla estaba en la plaza de Santa Ana. Nunca pudo explicarse cómo se halló subido a un banco. Alguien lo empujó y su voz hendió el clamor de la muchedumbre. Tenía los cabellos derribados sobre la frente. El enorme saco negro, lustroso de viejo, le caía sobre los pantalones y se agitaba con sus ademanes como una bandera. Pronto la multitud sintió que toda su voz y su alma se hallaban expresadas en la voz de Revilla. En aquel momento alguien se abrió paso a empujones y vino a situarse junto a él. Revilla reconoció a Luis Argote. «Compañeros y hermanos en sufrimiento: nosotros somos una fuerza dispersa y se nos mantiene divididos para sujetarnos mejor. Si estuviéramos unidos, podríamos luchar en iguales condiciones con la iniquidad y la injusticia. Nosotros, hombres americanos de esta o aquella región, somos una misma cosa. Yo no me siento extranjero entre vosotros y...». Un grito horrible subió las gradas y elevose sobre la fachada del viejo templo. Sonó un clarín. La policía montada rodeó la plaza. La muchedumbre retrocedió, se retorció y fragmentose. Los sables estallaban sobre las cabezas. Un guarda corpulento se abalanzó sobre Revilla, pero Argote se interpuso. Lucharon cuerpo a cuerpo. De un cabezazo Argote derribó al policía y enarboló el sable encendido de sol. Entonces Revilla descendió del banco.

—Gracias, compañero —dijo tendiendo la mano a Luis Argote.

Después no vio nada. Una tempestad de voces y sables relucientes, una muchedumbre en fuga lo arrastró muy lejos. Castrillón había cerrado sus puertas. Revilla se encontró solo. Un gran silencio se hizo en torno suyo. Bajaba por la avenida Cuatro de Julio cuando fue detenido. El patio de la cárcel estaba lleno de gente. Allí encontró Revilla a Luis Argote y a Fernando Islas. Islas llevando adelante su rama seca, centelleante de pájaros sin vuelo, como un estandarte irisado, capitaneaba un grupo. Todos sus pájaros murieron aplastados.

Poco después de media noche don Paco de Lareda, como de costumbre, llegó al Kelly. Ya se encontraba reunida la peña diplomática: Daza, Luque, Rusián, y aquella noche, por una excepción, el decano Reveur. Don Paco estaba triste. Tenía la voz y los ojos apagados. Pidió un *whisky*. Recordó a Castrebil. Lamentó una vez más la caída de Chía. Monjaloto era un hombre rudo, sin elegancia. Rusián aseguró que Castrebil no era propio para el servicio en el exterior el cual requería condiciones especiales que solo ellos tenían. Reveur llevó la conversación hacia los sucesos del día. Con fina sonrisa alabó la conducta enérgica del gobierno. La ciudad estaba tranquila. Era sin duda un síntoma de normalidad el hecho de que la vida nocturna trascurriese igual. Las tropas americanas –creyó necesario insistir en ello– no habían pasado la línea.

—Síntomas alarmantes estos —añadió tratando de dar a sus palabras una importancia excepcional— que nos advierten el peligro, el avance de las ideas comunistas. —Y citó el caso de la huelga de Santa Marta con el propósito de mortificar a Daza. Él, Reveur, estaba entonces en Bogotá.

Con un gesto de imperturbable desdén Daza aseguró que su país se había deshecho de unas cuantas docenas de negros al ordenar el fusilamiento de los huelguistas y por lo tanto la tal huelga le había resultado muy favorable.[484] Reveur insistió algo incomodado, como le ocurría cada vez que hallaba a su paso una objeción. Don Paco se había ido animando. Bruscamente cortó

el atildado discurso del decano Reveur para decir en un tono de cómica altisonancia:

—Yo también me asocio a la huelga. ¡Asociémonos todos si nuestros gobiernos no convienen en construir los edificios de sus legaciones! ¡Se abusa de nosotros!

Daza observó que Reveur no pagaba alquileres. Era precisamente el único de los presentes cuyo gobierno disponía de edificio propio para su legación. Don Paco continuó cada vez más excitado:

—¡La huelga, la huelga universal, menos la de los *cabarets*, por supuesto! —repetía trazando con la copa un vasto círculo.

Reveur aterrado se despidió.

Don Paco llegó a su casa poco después de Fredesvinda, hacia las siete de la mañana. Como de ordinario los que solicitaron al ministro fueron despachados con la notificación de: «Don Paco está dormido». Doña Refugio estaba muy alterada aquella mañana. Las constantes molestias de los que pretendían interrumpir el sueño de don Paco y sobre todo la huelga de inquilinos la tenían muy nerviosa. Hubiérase dicho que esta última la afectaba personalmente. De un modo vago, doña Refugio veía allá, en las profundidades de su ser, un atentado de incalculables consecuencias en todo cuanto fuese hostil al dinero. Ella soñaba con tener un día muchas casas e inquilinos seguros, en capacidad de pagar con la mayor exactitud sus alquileres. De haber podido, habría estrangulado a toda aquella turba insolente.

Inútilmente Remigio López Franco trató de ver a don Paco para hablarle de la prisión de Revilla, Argote y Fernando Islas, y si era posible interesarlo a favor de aquellos, pero a las seis de la tarde don Paco dormía aún. Doña Refugio entregada por completo al cuidado de sus plantas y a la canastilla de bodas de Fredesvinda cuyo enlace con Antonio Tejada era inminente, repetía inflexible su consigna: «Nada tienen que venir a buscar aquí ustedes».

En una de sus tentativas, López Franco oyó gritar a Fredesvinda:

—¡Cometen sus necedades y después vienen a molestarlo a uno!

Noticias de la A. P.- La aviadora norteamericana Alice Ayres que emprendió el vuelo sobre el Pacífico aterrizó en Honolulú a las 14 hs. 25 ms. con toda felicidad.

A mediodía me dirijo a visitar a Revilla. A la entrada, en medio de un grupo, estaban Ernestina Rojas, López Franco y Cayetano Hernández. Este último se hallaba en Penonomé y no pudo asistir a la reunión de Santa Ana.

—No llegué a tiempo —me dice.

Hace algunas semanas no he visto a Revilla. Lo encuentro cambiado como si por su rostro hubieran pasado muchos años, pero una voluntad acerada brilla en sus ojos. Me recibe como siempre afectuosamente. Hablamos bajo la vigilancia de un guarda. En noviembre, allá en Venezuela, florecen los araguaneyes. Los caminos están morados de flores de pascua. Recordamos la tierra lejana de la cual Panamá es como un pedazo.

Luis Argote estaba incomunicado. Participó a Revilla las gestiones en favor suyo y la actitud de don Paco. Revilla se encoge de hombros.

—Es —dice— el representativo de dos o tres generaciones que podrían agruparse bajo el título de «don Paco o la indiferencia». Y recuerda la coletilla de las tesis universitarias: «Los suscritos, delegados, etcétera, aprueban la presente tesis sin hacerse solidarios de las ideas emitidas en ella». Y bajo esta salvedad —añade— se vive en nuestro país.

Revilla se levantó y miró por la reja:

—A propósito —dijo volviéndose—, tengo aquí una página que he escrito hace poco tiempo y me la ha sugerido una hora como esta viendo el azul intenso de la bahía.

Junto a la cárcel se ven los cementerios, después la ciudad y más allá el mar, un mar cruzado de gaviotas. Las olas llenas de sol estallan en la playa nimbada de plata. La tarde va a caer lejana y dichosa. Revilla comienza a leer:

«En la hora meridiana, mientras esperaba el almuerzo en una fonda de chinos, vi a un anciano frente a mí. Estaba vestido

de negro, con el traje muy raído, manchado de caspa. Después de contemplarme me dijo:

»—Ahora no sería preciso que el diablo nos arrastrase por los aires, como sucedió a Fausto, para ver el mundo.[485] Bastaría sencillamente con tomar un avión. Nuestros mecanismos son menos eficaces, pero están al alcance de todos.

»—Sí, pero el diablo no cobraría en moneda contante por llevarnos en una nube.

»El anciano se encogió de hombros y su mirada cayó sobre mí.

»—No importa. ¿Quieres?

»Había en sus ojos cansados el reflejo de una meditación profunda. Salimos. Detuvo un auto y me invitó a subir. Seguimos hacia Balboa. Un avión estaba pronto a salir. La nave se deslizó levantando torbellinos de espuma, comenzó a remontarse y pronto volábamos sobre el Canal. La tierra surgía con sus montañas, selvas, ríos, esclusas, con los contornos de un mapa en relieve. Éramos los únicos pasajeros. No se veía el piloto. El anciano permanecía en silencio. Le pregunté su nombre.

»—Llámame, si quieres, Apolonio.[486]

»A nuestros ojos apareció el mar. Atrás dejamos el Istmo. Horizontes cerrados de blanco. ¡Qué bella es la luz y cuán dichosos somos los mortales en contemplarla! A nuestros oídos llegaba un rumor impreciso que el anciano indicaba con una señal y el cual se oía a pesar del motor. Acaso el viento. Pero Apolonio se dispuso a revelarme el secreto de aquellas ondas viajeras que cruzaban el continente. De las pirámides de Quetzalcóatl hasta las llanuras de Venezuela. De ellas parecía desprenderse algo inmemorial cargado de secretos y advertencias, como en la luz que cae en los Llanos hacia el atardecer o esos pensamientos confiados a las piedras hasta hoy indescifrables. Un diálogo entablado entre la cordillera, las islas y el mar, entre las selvas y el mar en calma y de un azul profundo. Muchedumbres que han descendido silenciosas y nombres grabados en el silencio de los abismos. Suenan las viejas campanas en la hora de la siesta, la víspera de los días festivos. El viento corre del mar tierra adentro. El espacio es como un espejo cóncavo. Nació ante nosotros el lucero. Nos guio largo rato entre nubes moradas de fulgores rojizos. Se veían las luces de un buque. Ahora se habían disipado las voces del espacio. Con

la noche comenzó a surgir el resplandor de las ciudades. Nos asaltó un silencio y apenas veía el rostro del anciano. Solo veía su mirada irónica. Constelaciones surgiendo del naciente. Hacia el amanecer comenzó a verse la costa ceñida de serranías. De un lado la tierra, del otro el mar. Divisamos una ciudad extendida sobre un valle. Veía el rostro del anciano. Tenía una expresión burlona.

»—Esa es la ciudad necrófora, venturosa por excelencia, donde los hombres hablan sin pensar y dan la impresión de que van huyendo de sí mismos.

»Y en aquel momento mis ojos reconocieron con amor la montaña y el valle maravilloso. Apolonio me dio un anteojo y recorrí extasiado aquel cerco de colinas aterciopeladas, de junio. Descendimos sobre el valle. La ciudad volvía al cielo azul su ardor primaveral. Cruzamos las calles estrechas, largas, en medio de construcciones mezquinas. Trataba de ocultarme a los transeúntes. Era inútil. Había envejecido en horas. Penetramos en edificios con espaciosos claustros y paredes cubiertas de emblemas pesados y ridículos. Subimos escaleras alfombradas. Atravesamos salas en penumbra. Por todas partes multitud de funcionarios con los pañuelos perfumados, hablaban entre sí, observándose de soslayo, riéndose. Se inclinaban con ese aprecio que los hombres ofrecen cuando temen algo o desean algún beneficio. Repantigados en sus sillones, escuchaban, fingiendo indiferencia, las confidencias de los empleados de gabinete. En un salón de muebles isabelinos estaba el licenciado Inocencio Lameda. Los lentes cabalgándole en la nariz, la boca ruborizada de una institutriz inglesa. Tenía en las manos una lista de condecoraciones y ocultaba terribles pasiones bajo su aspecto pacato.

»Subimos y bajamos escaleras. El espectáculo resultaba monótono. En otra antesala unos empleados hablaban del "Doctor". Debía ser algún poderoso personaje. Decían que era día de pedirle, pues el Doctor tenía sus días faustos e infaustos. Días de conceder y de negar. Aquel día era viernes. Día de buen agüero. El Doctor estaba en su gabinete Luis XVI. Corregía las pruebas de un trabajo suyo para la *Revista de Jurisprudencia* y trataba de darles a sus palabras un tono grave y mesurado según corresponde a un austero jurista obligado por azares de la vida a

ser ministro. Examinaba cuidadosamente las cuartillas en busca de algún galicismo traidoramente deslizado en su pluma barroca.

»En aquellos salones colgados de pesados cortinones, los intelectuales funcionarios trataban de los problemas nacionales. Redactaban reglamentos administrativos calcados en los reglamentos extranjeros, escribían discursos académicos, disquisiciones inocuas, genealogías, todo con estilo artificioso y atildado. Por todas partes, vitrinas con fárragos de leyes y reglamentos, una vasta fantasía jurídica. Me asfixiaba en aquel ambiente y corrí hacia el aire, hacia la multitud, hacia la vida. Apolonio me seguía con gran trabajo y fue cerca ya del avión que volvime y contemplé su rostro triste. Escuchábamos el sonido languideciente de una campana. La ciudad desapareció a nuestros ojos. De un lado, la llanura y, de la otra parte, el mar flanqueado de cerros. Los ríos se perdieron en la oscuridad. Volvía a oírse aquel rumor extraño que me sorprendió cuando cruzábamos el mar. Vimos florecer los astros.

»Otra vez volvimos a descender, ahora en un campo atalayado de cardones. Eran las tierras de los cumanagotos y de los píritus, de los caciques Guaramental y Arcupón,[487] del Neverí y del Unare. Los cardones, cargados de frutas secas, tenían la gracia de un cirio pascual. Caseríos en ruinas. Los habitantes salían a las puertas devorándonos con la mirada. Gentes de rostros terrosos que esperan la muerte desde el fondo de sus ranchos, sin desear nada. Aldeas que van desplomándose en torno de las iglesias abandonadas, llenas de humedad y donde las imágenes de los antiguos patronos se han ido quedando solitarias, sin luces ni votos. Revolotean los murciélagos en torno de las lámparas extintas. Las campanas consagradas a la Virgen permanecen mudas. Parece que en aquellos caseríos dejó de haber vida hace siglos. De pronto asoma en el arcabuco la ciénaga verde, con ojos de fiera en acecho. Atravesamos a pie gargantas, desfiladeros, siempre vigilados de cardones. Apolonio penetra en uno de aquellos ranchos a la vera del camino donde ladran unos perros. En el patio descansan unos arrieros que conducen a la ciudad inmediata frutos de la cumbre. Una tórtola canta entre los cardones. Una mujer vestida de negro, descalza, escribe sobre sus rodillas en un pliego de papel florete lo que le va dictando un hombre sentado en un asiento de cuero, muy bajo, frente a ella.

Son fórmulas médicas: "eso para dormir, lo otro para el mal de las piernas; esto otro para la cabeza. Con eso se le quita". La mujer escribe muy despacio.

»En el patio se ven unos frascos llenos de orina, pues con el sol las aguas cobran el color que revela el mal del paciente. Estamos en el consultorio de Santos Pesado, curioso alienista. Observo que Apolonio ha perdido su sonrisa habitual y se sumerge en sus meditaciones. Su blanca melena se matiza en aquel momento de reflejos dorados y su mirada se concentra en la expresión sarcástica de Santos Pesado. Del otro lado del rancho, sentados en el suelo, se hallan varios pacientes. Algunos están coronados de hierba, otros arrojan al suelo aquel adorno extraño o se lo ponen a modo de collar, en el cuello. Un vigilante se precipita para volverlos a su sitio. Deben estarse quietos y mantenerlos en la cabeza. Aquellas hierbas ejercen su acción salutífera en los cerebros debilitados y restablecen el equilibrio en el sistema nervioso. Pesado me observa con curiosidad y después detiene su mirada en Apolonio. La mujer de luto continúa escribiendo. Había caminado diez leguas para consultarle sobre los males de su hombre enfermo. Al examinar las "aguas", Pesado había diagnosticado exactamente el mal: paludismo y hambre. Bajo esas dos tenazas, los miembros se retuercen o hinchan con deformidades monstruosas que agarrotan, brotan úlceras, y los ojos se dilatan supurados, calenturientos, acosados por las moscas. Aquellos ojos queman, se ven brillar al fondo del rancho, el cuerpo casi amortajado en andrajos, en el chinchorro. El hombre ganó la fiebre en la montaña mientras talaba árboles para quemar la tierra y sembrarla y después abandonarla. Tierra quemada, tierra sembrada y abandonada. Desdeñaba al pasar el agua verde, fangosa, dormida entre la vegetación, agua redonda que centellea en la espesura como ojo de fiera en acecho. Sus fuerzas languidecieron rápidamente. Después no fue posible ir al trabajo. El hombre así permanece cautivo, impotente, y una resignación suave y dulce se le asoma al rostro. Pesado conoce exactamente las fases del mal. El cuerpo se hincha, la carne hidrópica vierte humor tumefacto; la víctima se tiende a morir. Cuesta arriba o en los valles sedientos los dos monstruos se apoderan del hombre, lo derriban y aplican sobre él sus ventosas hasta dejarlo sin sangre. Por eso, Pesado ha recetado siempre lo mismo, sabe que un mismo

remedio es eficaz en todos los casos y que la muerte, con todo, es inevitable. Otros pacientes vienen a nuestro encuentro, nos miran y permanecen en ruedo con los brazos cruzados. Descuella entre ellos un viejo de tez bronceada, los pies descalzos, cubierto con un sombrero de paja. Pesado se dirige a él:

»—¡Adelante, general!

»Cuando un loco se escapa, el general que conoce hasta el último refugio de la montaña, que sabe el rastro y las inclinaciones del prófugo, sale en su busca y no vuelve hasta después de encontrarlo. Tiene sobre ellos influencia decisiva. Pesado lo presenta:

»—El general Ambrosio Sifontes.

»Permanece en silencio, con los ojos bajos. Sifontes ha estado preso mucho tiempo. Fue por una equivocación. Creyeron que estaba complicado en un alzamiento, pero cuando se puso en claro el asunto habían pasado ocho años.[488] Sifontes habla con tal conformidad, refiere el caso, como si se tratase de otro hombre. Apenas se mueven sus párpados.

»—¿No lee usted en el porvenir, Pesado? —preguntó.

»—¿No, señor, no leo. Eso no alcanza a mí. Pero el de Guanipa sí sabe, ese sí lee, ese sí enseña; lo que aprendió él y lo que aprendió de los otros, de los pasados.

»Pesado interroga con los ojos a Apolonio. Su rostro es siempre sarcástico.

»Comparo aquel cuadro con el de la ciudad y no puedo evitar la observación que me sale al paso. Todavía Pesado guiñó los ojos diciendo:

»—Eso lo sabrá usted mejor que yo.

»Había un divorcio, un abismo inmenso, entre la realidad y los intelectuales de Caracas que temían la verdad y le ponían maquillaje y afeites ridículos para ocultarla. La ciudad le daba la espalda al desierto, se suicidaba, se ligaban las arterias para que no circulase la sangre.* Un reloj de sol marcaba la hora meridiana, pero ninguna campana hacía vibrar el aire azul.

»Y tras la ceja de un monte surgió ante nosotros un mar de luz. Una onda de oro corría sobre las encrespadas llanuras y la mancha verde –tan verde como el mar– se amontonaba en oleajes hasta fundirse con el horizonte. Caminamos largo

* Estas páginas están escritas en 1931-32. (N. del E.)

tiempo entre barracas. Caras idiotas, alcoholizadas, pintadas de onoto, nos observaban. Llevaban el pelo cortado sobre las orejas. Una especie de falda azul turquí, sucia y andrajosa, caía sobre sus rodillas. Estábamos en Cachama, en un rincón de la mesa de Guanipa, residencia de Tamanaico, jefe de una tribu de antigua nación Caribe.[489] Corrieron hacia nosotros armados de flechas y arpones. Tamanaico quería vernos. Nos hallamos ante un hombre agobiado de ancianidad que nos tendía las manos temblorosas. Apenas veía ya y por sus ojos oscurecidos corría un humor blanco. Tamanaico nos ofreció hospitalidad. Carne de iguana, yuca y cazabe componían su mesa. Un grupo de indios bailó acompañándose de sus instrumentos primitivos. Era un aire simple y triste. En sus movimientos acompasados entornaban los ojos y la rudeza de sus rostros se suavizaba con aquel hechizo propio de su alma encadenada. Cobraban una expresión dulce y soñadora. La tierra se empapaba de aquella melodía como de un riachuelo surgente al pie de los morichales. Parecía ablandarse roja y olorosa. Germinaban en ella los sonidos como la hierba fina o las lucecitas encendidas a la puerta de los ranchos. Por el rostro de Tamanaico se dilataba una sonrisa. No supimos cuánto tiempo duró aquello. Ahora anochecía sobre la mesa de Guanipa. Un sol rojo manchaba jirones de sabanas. Las llanuras se volvían transparentes. Se esfumaban en el silencio. Tamanaico iba refiriéndonos la agonía de la tribu, resto miserable de la gran nación caribe. Apenas distinguíamos su rostro.

»—Nos quitaron —dice— las escopetas de caza. Pasamos meses sin comer carne para no pagar los derechos de consumo, pues la ley de papel sellado nos ahoga, y los alambres de nuestras sementeras están en tal estado que ya no es posible defenderlas. El ganado extraño nos consume la yuca, única cosa de que nos alimentamos en estos campos desiertos. ¡Comemos sin sal!

»Tendía las manos suplicantes. Y al decir esto los ojos de Tamanaico se llenaron de lágrimas y su expresión se volvió de tal modo dolorosa que apartamos la vista para quitarle el pesar de que su miseria fuera un espectáculo para nosotros.

»Era la misma noche en que el presidente del estado Arcupón, doctor Juan Antonio Costilla,[490] dirigía a los jefes civiles una de sus famosas e instructivas circulares sobre la gloria, el progreso y el orden, y las cuales indicaban también con acentos

profundos la urgente necesidad de mayor consumo de papel sellado. Corría un airecillo sutil que revolvía los papeles en la mesa donde escribía Costilla y producía en la enramada del patio un silbido ligero y extraño.

»Yo no tenía sueño. Prefería aspirar el aire fresco de la noche. Entonces pude palpar cómo la tierra y los demás cuerpos que en ella viven son sensibles a las emanaciones de los astros. Caminaba en silencio. Me sentía desligado del suelo. Me creía envuelto en aquel resplandor azulado y rojizo que brillaba en las alturas. Apolonio me condujo hasta un rancho solitario donde ardía una luz, la única que se mantenía encendida. Colgaban de las paredes pieles de caimán, de jaguar y de serpiente. Un murciélago pendía del techo y una lechuza acechaba desde una horqueta. Cerca de un brasero un indio en cuclillas extendía las manos y recitaba unas fórmulas después de soplar sobre los tizones. En torno suyo redomas de barro con esencias y pastas extraídas de animales y plantas misteriosas. El taero negro[491] donde se restriega el mato para volverse invulnerable al dardo de la serpiente y la flor de aguacero, de aroma mortal, a la cual no se acercan los pájaros. Corazón de orquídea negra, de aéreo esplendor, y cenizas de corazón de águila y de tallos de palmeras que dan agua y pan en el desierto. Y hojas de manzanillo cuya sombra produce delirios. Antenas de arañas monas que matan durante el sueño, espían y descienden silenciosas sobre sus víctimas. Uñas de gavilán. Rabos de escorpión. Córneas de boa extraídas durante la luna llena y las cuales adquieren la dureza del cristal gracias a cierto zumo de hierbas. Amuletos para el amor; para la vida y para la muerte.

»El piache se inclinó sobre el brasero y repitió su conjuro. Golpeó la tierra, escuchó y después dirigió la mirada al horizonte. Era la hora en que el crucero está recto y la tortuga sale a poner sus huevos a orillas de los ríos. El ojo del zorro brilla en la pampa como una gran luz y los murciélagos abandonan sus refugios en las rocas para dar su vuelo nocturnal. La noche penetraba en mi ser. Me incliné y comenzamos a hojear el libro de silencio. Al fondo brillaban las constelaciones. Casi no hablaba el piache, pero distinguía sus palabras en el estremecimiento de sus labios. Los siglos pasaban rápidos, describiendo parábolas, y la vida cerníase sobre ellos y los regía. La vida era una mirada siempre abierta y vigilante. No se habían cerrado nunca aquellos ojos en

la eternidad. Una mirada, una fuerza misma suspendida sobre el abismo. La vida se oculta y renace como el día. Del Nilo a Guanipa abarcaban los mismos ojos, la misma fuerza. No otro era el secreto de la Esfinge. No otro era el misterio de la mesa de Guanipa, cerca del Orinoco. Creía oír el tumulto de la muchedumbre. Creía oír sus pasos. Se levantaban ciudades. Rasgaban el secreto de la tierra.[492] Oía ruido de herramientas y alegres canciones. Y ya nadie se acordaba del dolor pasado. Cuando me incorporé era el alba. Volví el libro y la última página era el horizonte».

Aquí Pablo Revilla concluyó su lectura. Nos miramos en silencio.

—Precisamente, yo también he escrito algo, no ahora sino hace tiempo, pero viene al caso. —Y leí:

Cirene

No es aquella Cirene[493] que pidió una constitución a Platón, el cual no quiso dársela juzgándola demasiado corrompida. Junto a ella otra ciudad existió en siglos remotos, si bien Platón le hubiera dado la misma respuesta, ciudad que desapareció asolada por la sequía y los terremotos. Del mismo origen dórico, los nuevos cireneses veneraban su recuerdo y hasta ella hacían remontar el esplendor de sus rosas y de sus razas de caballos. Los cireneses eran felices. Vivían entregados al culto de sí mismos y al de sus héroes que habían dilatado su fama en guerras con los estados vecinos. Hubo, sin embargo, uno entre ellos al cual proclamaron el hombre más grande de la tierra. A divulgar esa gloria dirigieron sus esfuerzos. Diéronse, pues, a ser historiadores y a vivir en el pasado remoto. Esculpieron aquel nombre en columnas, arcos, templos y al pie de una montaña erigieron un panteón rematado por una torre llena de símbolos. La vida en Cirene giraba en torno de aquella torre bajo la cual –afirmaban– se guardaban las cenizas del héroe en una urna de oro. Sus jardines, sus caminos, sus plazas y montañas florecían de lápidas y estelas conmemorativas. Concluyeron al fin por hacer de su héroe un dios a quien rendían el culto más ferviente. Los oscuros tiranos que se sucedieron en Cirene permitían este culto y lo favorecían. Encontraban así un medio seguro de hacerse perdonar sus latro-

cinios. Para los cireneses era tolerable la pérdida de sus derechos, de sus bienes, de la vida misma, todo menos ceder un grano de incienso de sus altares. Los extranjeros hallaron en ese culto una mina inagotable. En ocasiones, los tributos se consumieron íntegros en pagar odas, tragedias, estatuas y panegíricos del héroe. Oradores, historiadores, cómicos y músicos llegaron con el nombre de embajadores espirituales a sacar el oro de Cirene. Pretendían además los cireneses que los otros pueblos adoptasen el mismo culto y los embajadores no tenían pena en hacerlo cuando se hallaban en Cirene para ganarse así las simpatías del gobierno y del pueblo. Hubo épocas de hambre en que el pueblo se consolaba leyendo aquella literatura estéril. Pasaban los años. La nación no prosperaba, pero las ciudades estaban satisfechas. La fama del héroe era proclamada en los juegos, en las conferencias y solemnidades de todo el mundo. Vino a ser el estudio de su vida el único afán de los meritorios cireneses y todo el que escribiese acerca de ella, particularmente los extranjeros, era considerado sabio. Surgían polémicas. Aquel aseguraba que el héroe había desaparecido de la tierra en una nube resplandeciente, este que se había arrojado al cráter de un volcán para dirigirse a las moradas de los inmortales envueltos en una veste fúlgida. Y aquellos en quienes residía la ciencia histórica, la ciencia de Cirene, desempeñaban los más altos cargos. Era el único camino para ascender en Cirene. La acción de los hombres debía retroceder hacia el límite del tiempo en que vivió el héroe cirenés. Fuera de él todo caía en oscuro silencio.

El horizonte mental de los cireneses fue estrechándose cada día. Y también la vida se hacía más y más difícil. Vivían, sí, el historiador Sosastres, autor de cuatro volúmenes sobre la epopeya cirenesa; el venerable Filón, muy entendido en todo lo que pertenecía al gran cirenés; el historiador Diógenes, notable por su barba gris, quien poseía datos para llenar cincuenta volúmenes; el rico y avaro Cleón, que ganaba sumas colosales por recopilar cartas del genio; el pintor Glauco, cuyos lienzos decoraban el templo de los inmortales; el alambicado Péntalo, fundador de la escuela cirenesa, etcétera, etcétera. El criterio cirenés era inmutable. Corrían los otros pueblos hacia el porvenir, ocurrían en el mundo las mayores transformaciones sin que Cirene se diese por aludida. Cirene contemplaba a su héroe. Escribía libros

voluminosos guardados luego cuidadosamente en las bibliotecas. La misión de Cirene era permanecer inmóvil, vuelta hacia aquel resplandor que divisaba a su espalda como un astro sin ocaso. Y si en el mundo se oía alguna vez la voz de Cirene era para gritar aquel nombre eterno.

Y llegó un día en que Cirene, el jardín y la perla de la tierra, desapareció. Largos siglos pasaron. Cirene parecía muerta con su gran hombre. Pero un ladrillo encontrado por unos labriegos llamó la atención de los arqueólogos hacia aquel sitio. El ladrillo tenía una inscripción. Las primeras excavaciones condujeron al descubrimiento de varios cráneos. Estos cráneos fueron motivo de disputas interminables. Tenían en el frontal o en el occipucio un vago diseño de figura humana y eran reducidísimos comparados con los de otros contemporáneos. A fuerza de sagacidad y paciencia se halló el motivo de tan sorprendente anormalidad. El diseño tenía extraña semejanza con la efigie del héroe cirenés grabada en las monedas y medallas. Como era la única idea posible, la obsesión, fue apareciendo aquel perfil en el cráneo de los desdichados cireneses.

Nos miramos un instante y guardamos silencio.

VII

El *Nelson* de la escuadra inglesa anclaba en Balboa. Visita de cortesía. Demostración del poderío inglés –dicen los otros–. El gigantesco navío cruzó difícilmente las esclusas. En las torres del acorazado iba sentado el genio de Shakespeare y al ver la masa flotante sobre las ondas saltonas podía creerse que bajo los relucientes cañones viajaban también Trafalgar y la Cámara de los Comunes. Almirantes blancos en los verdes ancones. Bache R. se disponía a reseñar las fiestas de a bordo y con la mano en la opulenta barbilla hablaba de «las líricas naves que traen su mensaje cordial». Desde su celda de la Cárcel Modelo Pablo Revilla contemplaba la llegada del verano, las hojas arrastradas por las avenidas y los túmulos de los cementerios vecinos: el de los franceses cubiertos de inscripciones románticas, el de los chinos sin adorno —líneas rectas, cuadros de césped—, el criollo de ostentosos panteones. Verano de Balboa: luz, hojas secas, árboles de plata. A los ojos de Revilla el panorama se matizaba de recuerdos.

Se suspendió la incomunicación a varios detenidos, entre ellos a Luis Argote. En la cárcel privaba un régimen bastante liberal. Los presos podían reunirse a ciertas horas. Formaban grupos diversos divididos por amistades, complacencias y odios. Unos esperaban turno para ir a la colonia penal de Coiba. Otros cumplían condenas leves o iban a ser expulsados.

Los venezolanos perdieron toda esperanza en una intervención de don Paco. Doña Refugio aseguró rotundamente

que era inútil ir a molestarla. Un auxilio inesperado sobrevino: el kanyac.* Con esto se abreviaron diligencias y días de cárcel. El kanyac penetraba en la prisión cuando los detenidos iban al juzgado o recibían permiso para efectuar sus diligencias. El reo Miguel Aguirre introdujo de una sola vez tres paquetes comprados en la calle 24 oeste, de acuerdo con el agente Juan Macías, encargado de conducirlo. La intolerancia de un funcionario al negar permiso de salida a uno de los reos produjo la sublevación que modificó por muchos meses el régimen de la Cárcel Modelo y a la par con la huelga de inquilinos hizo creer a los gobiernos de la América española que el comunismo hacía progresos y amenazaba destruirlos a todos. El kanyac trabajaba en secreto. El kanyac coloreaba los rostros, dilataba los ojos, ensanchaba los corazones, les infundía valor, los hacía capaces de rebelarse. Todo fue preparado rápidamente. Ni Revilla ni Argote tomaron parte en los sucesos que luego se desarrollaron. Fernando Islas esperaba su libertad para irse a Venezuela. La sola idea del regreso lo alborozaba, lo hacía saltar con alegría infantil. Tan sencilla la idea: regresar, y no se le había ocurrido antes. Él nada representaba. Podía ir y venir sin que nadie reparase en él. Y aquel día la libertad llegó. Muy temprano fue llamado al despacho del director. No había cargos en contra suya. Islas se despidió de Revilla y de Argote y bajó al patio.

—Buena suerte —le dijeron—. Te acuerdas de nosotros.

Fue a la hora de ir al refectorio cuando estalló el movimiento. Aguirre y Macías, arrestados desde el día anterior, se arrojaron sobre dos vigilantes y los desarmaron. Los reclusos se precipitaron en desorden a la escalera. Uno de los guardias pereció cuando intentaba resistir. Gente alocada, frenética, que gritaba y buscaba una salida. Al estallar el tumulto Fernando Islas esperaba en el corredor, cerca de la oficina, su boleta de libertad. Cuando los presos invadieron el patio quiso apartarse, pero viendo inútiles sus intimaciones la guardia de la puerta hizo fuego. Islas se halló entre unos y otros. Una bala le penetró en la garganta. Con el

* Kanyac: Yerba que fuma el bajo pueblo y la cual produce efectos semejantes a los del opio, la cocaína y la morfina. En Asia se mezcla con opio y miel para formar el hash. (De un examen de laboratorio). Nota de Xavier Silvela.

rostro pegado a la reja de su celda, Revilla le vio caer. La policía montada llegó y se apoderó del edificio. Solo algunos rebeldes habían desaparecido. Los cadáveres fueron llegando al Hospital de Santo Tomás. Nada más se registró en aquella jornada gris y calurosa. En una sombra espesa brilló por encima de los cementerios el lucero vespertino.

—Será preciso pensar en nosotros —dijo Revilla a Luis Argote.

Al día siguiente fueron conducidos a la alcaldía para notificarles que su expulsión estaba acordada y debían salir del país en un plazo de cuarenta y ocho horas.[494] Revilla tenía su plan en el cual ninguno quiso acompañarlo: irse a una región deshabitada de Venezuela, la costa de Paria, por ejemplo, o al extremo opuesto, en la Goajira, y fundar allí un pueblo, una ciudad. Pasar miserias y vegetar en el extranjero no tenía objeto cuando tan vastos territorios se ofrecían al esfuerzo humano. Él conocía la tierra profunda, el desierto, y amaba aquellas soledades. Argote prefirió irse a Barranquilla, donde tenía amigos y podía esperar a otro Robles. Cayetano Hernández y López Franco salían para La Habana. Pero Revilla necesitaba un compañero. Solo no sentíase capaz de acometer la mayor empresa de su vida. Necesitaba algo más que voluntad. Y pensó en Ernestina. Estaba con Andrómaca y el pequeño Raúl cuando entró Pablo. Sin poder contenerse Ernestina le echó los brazos al cuello.

—¿Qué haces, Ernestina? —Ella se apartó bruscamente por temor de que vieran sus lágrimas.

Juntos podían conquistar una región entera y labrar la tierra. El capitán de un barco petrolero le había ofrecido llevarlo.[495] Revilla tenía un día para abandonar el país y estaba acostumbrado a dejar todos los sitios, aun aquellos donde por haber sufrido se comprenden mejor y hasta llegan a compenetrarse más con nosotros mismos. La tierra en que se sufre es inolvidable.

Era ya de noche y brillaban las luces en la Avenida Central y en la bahía llena de azul, cuando Revilla fue a buscarla. Las muestras luminosas giraban en las fachadas de almacenes y *cabarets.* El Cecilia, el Kelly, el Metropole. Más allá Calidonia, el barrio negro, perdíase en una línea de luces, resplandeciente y populoso.

Ernestina pasó cerca de la cesta donde dormía el pequeño Raúl. Revilla se detuvo:

—No, él también.

Ernestina obedeció. Tomó al niño y lo envolvió. Andrómaca dormía profundamente en su asiento anonadada por el calor y la pereza.

Cable de la A.P. publicado aquella misma tarde: Honolulú, enero 10.- La aviadora norteamericana Alice Ayres que recientemente realizó el vuelo sobre el Pacífico, se casó aquí hoy con el vicealmirante Irving Friday.

El *Atabapo* salía a las diez. Desde cubierta tripulantes y pasajeros contemplaban al *Nelson*[496] acodado a los muelles. Los sones de la orquesta poblaban la noche. Se danzaba a bordo. Revilla distinguió a don Paco entre la multitud. Con una mano sostenía su copa, en la otra su boquilla de ámbar. Sonó a lo lejos una campana y siguió después el silencio. Después las voces de los prácticos y el ruido de los cables que arrastraban el buque por el laberinto de dársenas. Una lluvia de signos rojos –mástiles, torres, boyas y faros– se derramaba en la noche. El mar se coloreaba de aquel fulgor rojizo. De pies Revilla observaba junto a Ernestina mientras el niño dormía acariciado por aquellos halos. Aquella noche era la primera de su amor y de su destino.

En Trinidad fue preciso ir al consulado. Allí se tropezaron con los últimos inconvenientes burocráticos. El cónsul no conocía a Revilla. Después de un examen minucioso se negó a visarles el pasaporte. Tampoco era necesario. Se embarcaron en una goleta que debía dejarlos de paso en un lugar de pescadores, casi desierto, en la costa de Paria,[497] mientras continuaba hacia la Margarita. La soledad escapa a la burocracia, al formulismo y vigilancia de leyes y funcionarios. La soledad es hospitalaria.

Así la tierra verde, atalayada de serranías, se ofreció desierta. Revilla la palpó con sus manos y sintió en ella la vida y el porvenir de su raza.[498] Aquella soledad era al mismo tiempo el libro en que

iba a escribir la historia de su pensamiento y de su acción y aquel libro tardaría siglos en quedar concluido.[499]

Panamá, febrero 1931[500]
Barcelona (Venezuela), 1932

NOTAS

DESPUÉS DE AYACUCHO

I

1 No se sabe nada de estas novelas anunciadas, ni quedaron rastros en sus archivos, al menos, en lo que hemos revisado hasta ahora, por lo que se intuye que, si las comenzó, el mismo autor pudo haber destruido todo vestigio de ellas a raíz de las críticas recibidas, no obstante siempre incluyera *Después de Ayacucho* en el catálogo de sus obras.

2 En algunos apuntes biográficos, conservados entre sus papeles, Núñez aseguraba que había oído de sus mayores, en particular de sus abuelos y de su muy cercana tía abuela Belén Martínez de Piñero, relatos de los tiempos de la guerra, la que ellos mismos habían sufrido, perdiendo tierras y bienes familiares, ubicados precisamente en los estados centrales.

3 Ya aquí y desde aquí se puede percibir el tono paródico y en muchos momentos quijotesco de esta obra. Así, el prólogo termina inmiscuyéndose en la trama, anticipando no solo su estilo e intención irónica, sino mostrando una tensión entre el autor implícito y su misma obra, que pudiera relacionarse, con muchos años de antelación, con la crisis textual en que se transforma la escritura de *La galera de Tiberio.* Véase Alejandro Bruzual, «Crisis textual como propuesta narrativa en *La galera de Tiberio* de Enrique Bernardo Núñez», Documentos de trabajo Nº 14, Caracas, Celarg, 2017.

4 Este párrafo aporta dos aspectos que condicionan la lectura de la trama. Uno, el que haya sido Rodríguez, hombre de pueblo y ahora mayordomo, quien sobreviviera a las batallas de la Independencia, y no Pedro Montenegro, el «hijodalgo» miembro de la hegemonía. Y

dos, que el narrador advierta que la República se enamoró de él, lo que se consuma con su muerte, y no lo contrario, que él le diera su vida a la patria.

5 Interesa que el narrador, para resumir la injusta situación económica del momento, que es la previa inmediata a la Guerra Federal, plantee una sucesión de productos de la hacienda, agrícolas y vacunos, incluyendo a un nuevo niño esclavo, que contribuye a la riqueza mantuana.

6 Aunque más adelante se entienda que Pancha es manumisa, mantiene un vínculo con la familia casi de esclava. Se presenta aquí como mulata, por haber sido «producto» del ejercicio del derecho de pernada de los amos blancos, por no decir, directamente, de la violencia sexual impuesta por la práctica esclavista. No obstante, en otros momentos de la trama es caracterizada como «negra», incluso en el título de uno de los capítulos.

7 Aquí se resume la línea de poder que Montenegro representa, continuidad de la hegemonía desde la Conquista, como se aclarará más adelante.

8 Es decir, en términos de la distribución de las castas coloniales, que aún persistía, Miguel Franco era un zambo.

9 Luce intencional esta suerte de anacronismo. Si don Gaspar no es político, su larga estirpe, que la novela radicaliza como la identidad criollo-española, lo hace encarnar el privilegio sin cuestionamiento previo y sin asumir conciencia culpable de ello. La guerra emplazará esta perspectiva como el hecho político mismo: la persistencia de la desigualdad y la asimetría como catalizador del conflicto.

10 A partir de aquí se hace evidente una intención de transcribir el habla popular, si bien no es del todo consistente, ni realmente se sostienen sus decisiones de cómo captarla a lo largo de la escritura. Se presenta como un rasgo distintivo de los estamentos populares de proveniencia rural, que contrasta con el habla de los miembros de la hegemonía. Es de este modo, y dentro de la propia reflexión de la trama, como se comenta más adelante y hasta se caricaturiza, que el propio protagonista intentará controlar el modo de expresarse como parte de su deseo de mímesis y ascenso. Más allá de la ausencia de comillas y de apóstrofes, este recurso lleva la novela hacia sus precedentes criollistas, si bien sin el carácter de «investigación» ni de captura de lo propio-exótico de sus antecesores. Es decir, queda como un elemento de color lingüístico y un rasgo autoconsciente del protagonista.

11 Esto funciona como un oráculo, pero es la dinámica misma del siglo XIX venezolano: la movilidad social se impone por la violencia, si bien, como también señala la novela, con una significativa contribución de la corrupción, que muchas veces le viene aparejada.

12 Más allá de las connotaciones históricas, resalta la relación con *Pobre negro*, la novela histórica de Rómulo Gallegos, de 1937, también

centrada en la Guerra Federal. El personaje principal, un mulato llamado Pedro Miguel, enamorado de su prima, Luisana Alcorta, se suma a las filas liberales para resolver su conflicto amoroso, también bajo su influencia, pero en circunstancias que lo hacen ver como su destino natural, ya que forma parte de los estamentos surgidos de la esclavitud. En él se centra simbólicamente la guerra, que se da entre sus dos sangres. Por otra parte, mientras otros negros alzados se dedican al saqueo, la violación y el robo, Pedro Miguel ya convertido en líder ordena grandes incendios.

13 Pudiera agregarse al sarcasmo del narrador que «eran todos iguales ante el Señor».

14 Esta referencia a un manuscrito de don Gaspar queda sin consecuencias, ya que solo se vuelve a nombrar una vez más, sin cobrar sentido en la trama.

15 Como luego se sabrá, cuando joven, Pancha había sido violada y luego fue amante de don Gaspar por un tiempo, gracias a lo cual aprende a leer y tocar guitarra. Ya con el propietario viudo y con la entrega del niño abandonado a Pancha, con el fin de criarlo en su situación de orfandad, en la misma casa patriarcal, se conforma un conjunto familiar aberrado, alegórico del mundo social de la época: el padre blanco-amo, la madre-aya-esclava mulata/negra y manumisa, el niño zambo-siervo. Más tarde, la tensa relación entre don Gaspar y Miguel Franco cobra resolución edípica con el asesinato del anciano, a raíz del cual se abre la posibilidad de la relación incestuosa, en este caso, con su «hermana» Teresa.

II

16 No debe pasarse por alto esta expresión que problematiza mestizaje y sangre noble, lo que quizás tenga que ver con la idea que atormenta a don Gaspar, poco más adelante: «el insoluble problema de la raza».

17 Esta aspiración es el hecho central con el cual se ha justificado una supuesta influencia, o una reescritura en clave paródica, de su coetánea *En este país…!*, como ha insistido la crítica desde que lo propuso Dillwyn F. Ratcliff (*La prosa de ficción en Venezuela*, Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1966, p. 123). Sin embargo, más bien parece una constante nada singular en la realidad venezolana del siglo XIX, con el inevitable ajuste estamental provocado por las guerras reiteradas, las revoluciones y las revueltas. Si bien todavía muy lejos de la posibilidad de una carrera militar regulada, el ascenso de grados militares era todavía arbitrario, como se ve en la novela, y más bien producto de hechos muchas veces casuales, que podían ser al menos una aspiración real de las clases populares, y un camino más fácil que el de la acumulación económica, casi negada. Una vez en la cima, el «ser

general» le abriría las puertas de la sociedad, y podrían resolverse relaciones amorosas asimétricas, como la de Paulo Guarimba y Josefina Macapo en la novela de Urbaneja Achelpohl, o la de Miguel y Teresa en esta.

18 Es decir, a la explotación esclava se sumaba el «engaño comercial» que capturaba el mísero salario de los obreros libres.

19 No se puede tomar este «fruto de la tierra» sino como un sarcasmo, propio de la intención paródica de la novela.

20 El tono elegíaco, también recurrente como recurso burlesco, es indicio fundamental para entender el punto de vista irónico del autor. Se juega no solo con el sentido de los actos canallescos y pícaros del personaje, sino también con las manipulaciones que haría el propio Franco en el futuro de la postrama. La posible recepción que tendría la lectura histórica de esto, revela la construcción paródica del héroe federal sobre la traición, el robo y la corrupción, su debilidad psicológica y moral como personaje.

21 Hasta donde sabemos, nunca se ha utilizado en Venezuela el término «venta» para designar albergues de paso, sin embargo, en un texto desconocido de Núñez, se refiere a ella como «huellas españolas en la soledad de los caminos indianos». Sin embargo, entendemos su uso en la novela como otro guiño quijotesco, evidente en los títulos capitulares. Franco sería, así, un Quijote sin moral en un mundo trabucado, en el que el falso heroísmo se torna historia.

III

22 Paráfrasis bastante libre del himno de la Federación, cuyo coro dice: «¡Oligarcas, temblad! / ¡Viva la libertad!».

23 José Tadeo Monagas fue presidente de 1847 a 1851, y de 1855 a 1858, ambos períodos representados aquí y, por tanto, se obvia el gobierno que tuvo lugar entre ellos de su hermano José Gregorio Monagas (cuando queda abolida la esclavitud). Es significativo para la lectura, aunque no está comentado en el texto, que los Monagas fueron próceres de la Independencia, y que participaron en dos batallas decisivas, las inicial y final contra José Tomás Boves, en Cachipo (1813) y la de Urica (1814). Boves es un fantasma detrás de la narración, del personaje y, tal vez, de la misma Guerra Federal.

24 Pierre-Daniel Martín Maillefer (1798-1877), autor francés que llegó a Venezuela hacia 1826, escribió el poema *Los novios de Caracas*, en 1829. El texto fue traducido y presentado por el escritor y diplomático Santiago Key-Ayala, amigo cercano de Núñez y a quien le dedicaría *Cubagua*. Fue publicado en Caracas, en 1917, en los talleres de *El Universal*.

25 Llama la atención la cantidad de vocablos de origen árabe-hispano utilizados por Núñez en esta novela, quizás buscando recrear un

ambiente lingüístico picaresco-andaluz, incluyendo algún diminutivo característico de esta zona, al lado de venezolanismos y coloquialismos varios, y hasta palabras ya entonces desusadas. Hay, además, cierto abuso intencional de los enclíticos de pronombre personal, todo lo que le da a la prosa un intencional carácter envejecido. Más allá de cómo se recibió esto, habría que reconocer que lo maneja como una paleta verbal propia, que expresa también la intención de la obra, el carácter artificioso de la historia. Parte de la crítica ha considerado, sin embargo, que es un lenguaje lleno de «inseguridades», como Osvaldo Larrazábal Henríquez (*Enrique Bernardo Núñez*, Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1969, p. 24) o «pobre y muchas veces ingenuo», como opinaba Alexis Márquez Rodríguez («Enrique Bernardo Núñez», en *Historia y ficción en la novela venezolana*, Caracas: Monte-Ávila, 1990, p. 172). Mientras que Orlando Araujo hablaba de la «escasa calidad narrativa» de la novela, «a pesar de los placeres (y tal vez por ellos) de la prosa» (*Narrativa venezolana contemporánea*, Caracas: Tiempo Nuevo, 1972, p. 47), para luego afirmar que se presentan «inconsecuencias lingüísticas, tributo excesivo al modernismo». «Prólogo» a Enrique Bernardo Núñez, *Cacao*, Caracas: Banco Central de Venezuela, 1972, p. 54.

26 Precisamente en 1928, el autor publicó un breve texto narrativo titulado «La ninfa del Anauco», que sufrió también los embates de la crítica, y que espera una mejor lectura.

27 En una inteligente defensa de Antonio Leocadio Guzmán, Núñez lo contrapone a Juan Vicente González: «El destino de estos hombres es más semejante de lo que parece a primera vista. Ambos hijos de realistas, desean afirmarse en la posesión de la patria que les ha cabido en suerte. […] Guzmán era enemigo del espíritu colonial; deseaba la renovación de la sociedad, confiaba en el advenimiento del pueblo como una fuerza nueva. Quería sacarlo de su letargo para convertirlo, como él decía, "en un pueblo pensante y activo". González, por el contrario, detestaba su tiempo. Soñaba con una República aristocrática. Respiraba con delectación el aire del pasado». *La estatua de* «*El Venezolano*» *Guzmán, o el destino frustrado* y *El 24 de enero*, Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, 1963, pp. 18-19 [*Obras reunidas: Prólogos y textos en estilo tardío*].

28 Como lo hará con Smith, de pasada más abajo, el narrador adelanta los hechos con una trágica advertencia oracular.

29 Los eventos dan pistas bastante precisas del momento histórico que se desenvuelve en la novela. Aquí se lleva a cabo el conflicto entre el Congreso Nacional y el presidente José Tadeo Monagas, a quien intentaban juzgar por su comportamiento anticonstitucional. Se escenifica una revuelta popular en contra del Congreso, manipulada por el mismo

Monagas, en 1848, como se precisa a continuación. Núñez escribió un ensayo sobre estos hechos, cuyo título es la misma fecha «24 de enero», en ocasión de conmemorarse su centenario. Fue publicado en prensa, en *El Nacional*, los días 16 y del 22 al 24 de enero de 1948, y finalmente por la Universidad Central de Venezuela, Facultad de Humanidades y Educación, de 1963. Allí da cuenta de estos hechos, precisando el nombre de la víctima: «El coronel Guillermo Smith, jefe de la guardia de la Cámara, fue herido con la bayoneta que le quitó al centinela uno de los asaltantes» (p. 3), es decir, Miguel Franco en la ficción [*Obras reunidas: Prólogos y textos en estilo tardío*].

30 En muchos sentidos está planteado el mestizaje «perfecto» entre la blanca Teresa y el zambo Miguel, es decir, indio y negro, en cuanto reunirían los tres componentes básicos del encuentro étnico nacional. La mancha, irónicamente puesta en boca del mismo subalterno, sería entonces la irrupción de lo oscuro en lo blanco, acto de venganza que ratifica y asume la diferencia, y no en el sentido inverso de la tradicional violencia sexual blanca desde la Colonia, que se afirmaba como favor a las otras razas al ser "blanqueadas".

31 Aunque pudiera ser un venezolanismo de esos años, la palabra registrada en el DRAE es «nocherniega o nocharniega», hoy desusada.

32 Esta es una frase atribuida a Monagas, que define su actitud «anticonstitucional», manipuladora y tiránica, que en muchos sentidos se instaura desde aquí como una picaresca gubernamental, que va más allá del accionar conquistador del «se acata pero no se cumple», para evadir la legalidad. A fin de cuentas, se convierte en una interpretación de la ley que va en contra del sentido mismo de lo jurídico, al plantearse como paradoja: «solo se acata una interpretación arbitraria que favorece».

33 «Apullar» es otra palabra que se muestra como un venezolanismo ya en desuso, y que significa algo como «arrugar», «apretar», «revolver».

34 No obstante la opinión ofrecida aquí por el poeta, el discurso del Quijote más bien exalta la recompensa que debía merecer quien se dedicara a las armas sobre la recibida por los estudiantes y escritores: «…así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. […] Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, váguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas a estas adherentes, que, en parte, ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos a ser buen soldado le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida» (lib. I, cap. XXXVIII). Pero quizás sea intencional esta inversión interpretativa, considerando los beneficios que recibían las «armas gomecistas» al momento de la escritura de la novela, frente a las dificultades econó-

micas que sufrían y sufrirían quienes se dedicaban entonces al oficio de las letras, hablando ya Núñez por experiencia propia.

35 Venezolanismo que expresa una forma leve de «inhábil», «incapaz».

IV

36 En esta conversación se muestra una diferencia que para Núñez había entre la visión del soldado de la Independencia, que cuida su heroísmo y la leyenda instaurada por sus hazañas sin recibir recompensa alguna, y quien será soldado de la Federación, muy problemáticamente representado por Franco, que busca solo beneficios económicos.

37 Aunque puede leerse como un apelativo cariñoso y coloquial, «mis hijos» cobra sentido también por haber sido ella quien los criara a ambos, enfatizando el incesto que simboliza esa relación.

38 Resulta interesante este acto de orgullo y autoconsciencia. Rodríguez es un soldado de la Independencia convertido en mayordomo de un criollo-monárquico-godo, pero no acepta ser emplazado como «policía», que sería aquí una versión rebajada de todo heroísmo.

39 Esto refuerza la idea que resplandece en todo el texto de lo azaroso del poder, que cambia de manos de manera imprevisible, sin que intervengan verdaderas diferencias ideológicas. Así lo indica Saldaña y su heredero en la casa de Montenegro, la sucesión de caudillos en la presidencia o también Franco, quien sube y baja sucesivamente, sin llegar a la caída picaresca plena, presentándose como mera inestabilidad social. También prevalece en la definitiva destrucción de la estirpe criollo-española de los Montenegro, pero con posibilidad de integrarse como pareja fundante a la relación de Teresa con Miguel, que formarían la nueva hegemonía… y no un nuevo pueblo.

40 Este agravio, quizás de infidelidad, es otro de los motivos presentes en el texto que no terminan de cobrar significación. Si bien la abuela se llama Inés López de Montenegro, no pareciera ser la esposa de don Gaspar Montenegro, cuyo nombre no se dice, o tal vez fuera su madre o su propia abuela.

41 Es difícil imaginar esta escena en tierras aragüeñas, con señores empelucados, heraldos de montería, cuernos y galgos cazadores; pero puede ser un juego del autor implícito, inspirado en alguna pintura europea del siglo XVIII.

42 No hay que dejar pasar este énfasis, desde la perspectiva de Pancha-sirviente, quien asume el atropello sexual del amo como «amor».

43 Esta absurda e inconsecuente risa de Pancha lleva a recordar aquí un pasaje de *Las lanzas coloradas* (1931), de Arturo Uslar Pietri, en el cual el narrador califica a los esclavos de «lascivos y flojos», y los describe sonriendo cuando el amo se disponía a violar a una de sus mujeres

(Madrid: Cátedra, 1993, p. 137). En realidad, hay numerosos puntos en común entre estas dos obras, a once años de distancia, más allá de la muy diferente estética verbal. Las aspiraciones de ascenso de sus antihéroes-protagonistas gracias a la guerra, la pareja de hermanos como personajes hegemónicos en desgracia, el origen genealógico de la familia propietaria que llega hasta los primeros días de la Colonia, el tomar como escenario las haciendas de Aragua (donde estaban las de la familia Bolívar), la guerra entendida como incendio. La influencia de Núñez sobre Uslar Pietri jamás fue ni ha sido reconocida o discutida por la crítica. Por otra parte, estas novelas se diferencian en el tono paródico de Núñez, más bien desesperanzado, y el apocalíptico de Uslar Pietri, así como por sus puntos de vista ideológicos, que se tornan opuestos con el paso del tiempo. Esto se desprende de la lectura de los textos frente al presente de la escritura, que es el de la dictadura de Juan Vicente Gómez. Núñez desmonta la figura del caudillo, del héroe en la construcción histórica de la cual se benefician él y sus herederos (la dominación) y la hace producto de la pérdida de valores del colectivo. Uslar Pietri, en cambio, insinúa la necesidad del gendarme ante la anarquía, la inestabilidad social y el caos popular que la guerra –¿el posgomecismo que comienza a prepararse ya desde 1928? Nota proveniente de nuestro estudio de *Cubagua*, en *Aires de tempestad. Narrativas contaminadas en Latinoamérica*, Caracas: Celarg, 2011, p. 244.

V

44 La batalla de Los Araguatos se llevó a cabo el 10 de marzo de 1848, en el estado Apure, en la que combatieron los bandos de José Tadeo Monagas y José Antonio Páez, quien salió derrotado.

45 Nuevo énfasis en que los soldados independentistas, representados por Rodríguez, están del lado de la «revolución» y del lado de Páez, y los tres miserables personajes de Gadea, Pantoja y Franco, del lado del gobierno de Monagas, y luego de la Federación. A partir de aquí no se vuelve a nombrar a Rodríguez, como si desapareciera «dentro» de la revolución.

46 Es significativo este pasaje en que Franco, siendo ejemplo de la corrupción desatada en el período de los Monagas, no logra su cometido frente a un administrador honesto, que no cede ante las amenazas de ser calificado de «godo» –es decir, traidor a los «liberales»–, y al posible atropello de la autoridad militar envilecida. El gobernador representa una alternativa posible de honestidad en la trama, frente a la explotación legal que ejercen los hacendados como Montenegro y Lozano, y la deshonestidad «pública» e ilegal que representan Franco y Gadea.

47 No hay que pasar por alto este uso corrupto de la bandera, en una novela que la usa como *leitmotiv* y símbolo de un verdadero heroísmo.

48 Se puede tomar también «chateza» como un venezolanismo por «chatura».

49 El término usado en el mundo equino es «overo», para indicar un animal de piel con manchas irregulares en todo el cuerpo.

50 De nuevo, entre tantas otras, una prospección aberrada y evidentemente paródica, que hace que los actos deshonestos de Franco se legitimicen como proezas, que serán recompensadas por la República en un futuro fuera de la trama, y que se entiende es el presente de la escritura.

VI

51 Llama la atención el énfasis que hace Núñez sobre los periódicos en este texto. Ya ha nombrado el *Diario de Avisos*, *El Candelariano* (que desconocemos), ahora *El Rayo* y, más adelante, *El Heraldo*.

52 El autor lo usa en singular, cuando lo regularizado es el plural «caries», lo mismo que hace en otros textos con los «vientos alisios».

53 Según se desprende, Franco está en prisión entre 1850 y 1858, es decir y como ya se dijo, la trama obvia el período de José Gregorio Monagas, quien promulgó la Ley de Abolición de la Esclavitud, el 24 de marzo de 1854.

54 Esto ofrece otro índice del tiempo. La revolución de marzo, fin del gobierno de los Monagas, tuvo lugar en 1858, y fue comandada por Julián Castro.

55 El autor plasma una línea de continuidad, en realidad problemática, entre realista y conservador, que horizontaliza las luchas políticas venezolanas en dos bandos que se van renombrando. Esto pudiera ser influencia de su lectura del *Cesarismo democrático*, de Laureano Vallenilla Lanz, publicado en diciembre 1919. El capítulo «Los partidos históricos» comienza: «Nuestros partidos históricos, que nacieron con la guerra civil de la Independencia, porque desde entonces se dividió la población urbana de Venezuela en dos bandos llamados primero godos y patriotas y después de constituida la República se titularon godos y liberales, no profesaron doctrinas políticas definidas sino cuando los unos sostenían las banderas del Rey de España y los otros luchaban por obtener la independencia» (*Cesarismo democrático y otros textos*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991, p. 133). Núñez, con la experiencia acumulada hasta el inicio de la democracia posperezjimenista, llegaría a una conclusión equivalente, pero en otros términos: «Hay en realidad, dos grandes partidos que se alternan en el poder por medios violentos, según la tradición nacional, y la decisión o conveniencia del árbitro supremo. Partidos que tienen su estilo, su manera, su carácter

perfectamente definido. Los que desaparecen en estos cambios o transformaciones hacen su reaparición en la otra. Verdadera obra maestra de transformismo político». «Cambio social bajo Gómez», *El Nacional*, 28.5.1958, en *Bajo el samán*, Caracas: Ministerio de Educación, 1963, p. 135 [*Obras reunidas: Escritos finales*].

56 No entendemos la decisión de señalar esta fecha, algo arbitraria. Quizás quiera dar cuenta del nacimiento de la Capitanía General, en 1777, es decir, emplazar a don Gaspar como representante del inicio político «español» de lo que luego será propiamente Venezuela.

57 Alude al aria «Ah! non credea mirarti», de la ópera, *La sonámbula*, de Vincenzo Bellini. Esta ópera fue dirigida en Caracas por Teresa Carreño en 1887.

58 No hay que obviar esta crítica a las riquezas mal habidas de su momento, desde la visión realista-conservadora de don Gaspar, ya fueran producto de la guerra de Independencia, ya por la corrupción posterior, la violencia y las prebendas de los caudillos, a lo que habría que sumar la que él mismo representa, heredero directo de las arbitrariedades y violencias de la Colonia, sentando los tres orígenes fundamentales de la hegemonía económica del siglo XIX.

59 Louis-Philippe, conde de Ségur, visitó Caracas en 1783, y dejó escritos sus recuerdos de la ciudad en *Mémoires, Souvenirs et Anecdotes*.

60 No se puede precisar a quién se refiere, pero lo escribimos así y no «Vasconcellos», como apareció en 1920, intuyendo que pueda ser Manuel Guevara Vasconcelos, capitán general de la Provincia de Venezuela entre 1799 y 1807, y quien ejecutó la sentencia de muerte de los implicados en el levantamiento de Gual y España.

61 El anillo como emblema de una hegemonía genealógica está también presente en las próximas dos novelas de Núñez: el de Ramón Leiziaga en *Cubagua*, que viene desde la Conquista y el asesinato de Guaicaipuro, pero que termina en manos de la divinidad caribe Vocchi (el mito se apodera de la historia); y el anillo de Tiberio en *La galera de Tiberio*, símbolo del poder mundial desde Alejandro Magno, que provoca un asesinato y otros sucesos en la trama, hasta llegar a manos de Alice Ayres, una aviadora norteamericana o inglesa, personaje en espejo temporal del pirata Henry Morgan.

62 Si se considera que esta novela fue escrita antes de 1920, el énfasis en el apoyo de barcos extranjeros puede relacionarse con el golpe frío de Juan Vicente Gómez a Cipriano Castro, en diciembre de 1908, respaldado por barcos de guerra norteamericanos anclados en La Guaira.

63 No conocemos el significado de esta palabra. En diversas fuentes, incluyendo internet, se señala como un «escualo», similar a nuestro cazón, lo que no se aviene al sentido de la frase.

64 Este alzamiento fracasado fue conocido como «La Galipanada», y tuvo lugar el 17 de agosto de 1858.

65 La traición de Pantoja se suma a la anterior de Gadea para describir la madeja moral que los vincula.

66 Aunque Franco no tenía cómo saberlo, en realidad Falcón no había desembarcado porque llegó a La Guaira cuando la rebelión ya había fracasado. Es posible que Núñez utilizara la biografía de Falcón escrita por Jacinto Regino Pachano, publicada en París, en 1876.

67 Más que paródico o irónico, este pasaje es propiamente humorístico.

68 El «polizón» es una prenda interior femenina en forma de almohadita, amarrada a la cintura, que se usaba para realzar las nalgas, y que se movía al andar.

69 Nueva caída del «héroe», quien vuelve a ser emplazado en condición de sirviente, lo que algo más que circular se presenta en la trama como inevitable. Es destino de los pícaros literarios barrocos terminar ratificando una sociedad estamental y racista.

70 El general Carlos Soublette.

71 Con la toma del cuartel de Coro, el 20 de febrero de 1859, y el desembarco, dos días más tarde, de Ezequiel Zamora en la Vela, proveniente de Curazao, se dio inicio a la Guerra Federal.

72 El dramaturgo español Tomás Rodríguez Rubí.

73 Es complicada esta acusación de cobarde, que comienza a hacerla don Gaspar, luego Recado, finalmente doña Amelia (que lo ofrece como «carne de cañón» a Ignacio), y de ellos pasa a la voz del narrador. Araujo (1972) y Bohórquez (1990) van a repetirla, pero lo que quita contextura heroica al personaje, sin embargo, no son sus precarias condiciones de «macho», sino su moral, ingratitud, injusticia y corrupción, su violencia interesada y traidora.

74 Publicado el 5 de febrero, fue el primer programa de la Revolución Federal, redactado por la Junta Patriótica de Venezuela en la isla de Saint Thomas, y presentado a Zamora el 15 de octubre de 1858.

75 Esta es una referencia al discurso de Fermín Toro ante la Convención Nacional de Valencia, el 9 de julio de 1858. En él argumenta su voto a favor del general Julián Castro como presidente provisional de Venezuela, y en detrimento de todo lo que significaba la presencia de los Monagas. Solo una cita más amplia daría sentido a la discusión que se lleva a cabo en la trama, central para la cabal comprensión de la posición intelectual y política de Núñez: «Las instituciones han sido frecuentemente dictadas por el Poder, no por la voluntad nacional; la opinión pública no ha sido más que el eco de un hombre, y un nombre la bandera de los pueblos. Simbolizadas las naciones por un individuo, Colombia fue Bolívar, Venezuela fue Páez, y ojalá, señores,

que no hubiera otros símbolos. Estos ilustres caudillos, por su gloriosa carrera, por su patriotismo, por sus eminentes servicios, por sus altos merecimientos, por su martirio, serán siempre la gloria de su país. […] Por desgracia, señores, hay otro símbolo; y los Monagas han simbolizado a Venezuela durante una década de oprobio. Yo he visto la larga procesión de los Monagas ocupar por diez años nuestra triste historia; en pos de ellos seguían sus llamados militares, acuchilladores dispuestos a derramar la sangre de los venezolanos a la primera señal de su señor; he visto a los gremios industriales llamando padres a los que devoraban la sustancia de los pueblos; he visto el batallón famélico de empleados devorando las rentas nacionales; he visto los tribunales vendiéndose a sus pies la sangre del justo, y he visto los Congresos más envilecidos que los eunucos de un serrallo. […] he visto también al pueblo, señores, como un maníaco, como un maníaco arrastrado al sonido de la palabra libertad celebrando su ignominia y su humillación». *La doctrina conservadora: Fermín Toro*, Caracas: Presidencia de la República, t. I, 1960, pp. 254-255.

76 Esta idea de Ignacio Montenegro de que la Guerra Federal completaría lo que comenzó con la Independencia, marca el destino mismo del personaje como una tarea pendiente.

77 En Guanare se reunieron las tropas federalistas a mediados de noviembre de 1859. Por tanto, se puede pensar que Franco pasa unos diez días enfermo de su sospechoso mal.

VII

78 Única vez en la trama donde se habla de un ideal elevado que esté involucrado en la guerra: la igualdad social. Sin embargo, se acota como interés individualizado, una búsqueda de riqueza por Miguel Franco. Además, es evidente la cruel paradoja de que para «beneficiar» a ese pueblo se lo atropelle, y que el «héroe» traicione a las dos humildes mujeres que lo habían cuidado de manera desinteresada.

79 Se refiere a Martín Espinoza, sanguinario soldado de las filas federales, quien comandando a un millar de hombres, junto a una guardia de trece secuaces que llevaban sobrenombres de animales, robaban y mataban sin discriminación alguna, bajo el lema de «mueran los blancos y todos los que sepan leer y escribir», herederos directos de la estirpe de Boves. El mismo Zamora, luego de un juicio sumario, los mandó a fusilar por sus excesos y desafueros.

80 El general José Laurencio Silva.

81 Esta fue la conocida batalla de Santa Inés, que ganó Zamora contra las fuerzas del gobierno conservador, entre el 9 y 10 de diciembre de 1859.

82 El sustantivo correcto y aceptado, participio presente del verbo «piafar», es «piafado», pero lo dejamos como fue usado por Núñez, y se utiliza con frecuencia en Venezuela.

83 En su artículo «El alma venezolana a través de su literatura y de su historia», afirma que Zamora era «un paladín digno del romancero». *Cultura Venezolana* 91, Caracas, diciembre 1928, p. 184 [*Obras reunidas: Ensayos y polémicas*].

84 Se refiere a Antonio Jelambi.

85 Franco sigue la recomendación de Saldaña, al inicio del relato: «…si ustedes no matan a tiempo, pues los matarán».

86 El énfasis entre engaño, guerra y bandera no es despreciable para entender el sentido de esta novela, en el fondo, antibelicista.

87 El narrador juega con la percepción que tuvo la acción de Franco, pero que describe como cobarde y traidora.

88 El comandante José María Rubín.

VIII

89 Esta escena evoca las sanguinarias acciones de Boves, y pudiera ilustrar la idea de Vallenilla Lanz, al resumir «lo popular» vinculándolo meramente con la violencia: «Las masas populares que habían sido realistas con Boves y patriotas con Páez durante la guerra de Independencia, fueron después liberales con Guzmán y Zamora el 46, y federales con el mismo Zamora, con Falcón y con Sotillo el 59» (*Cesarismo democrático*, ob. cit., p. 140). Sin embargo, hay que acotar aquí que la columna que huye está conformada por pueblo, indígenas, negros y «antiguos esclavos», es decir, gente pobre y no propietarios en desgracia. Franco y su hueste atacan de manera despiadada a un pueblo desarmado, en una violencia intraestamental que toma como excusa la guerra.

90 En realidad, no se entiende esta «liberación» de los peones. En todo caso, el llamado del protagonista es al alzamiento o a la apropiación de las tierras.

91 Esta inconstancia en Teresa ha sido vista por Araujo como una «falla en la textura de los sentimientos, en la autenticidad de la conducta», afirmando que va «de la heroicidad al misticismo, de este a la frivolidad, y de la frivolidad nuevamente al coraje (La Generala) para concluir en melodrama» (*Narrativa venezolana contemporánea*, ob. cit., p. 52). Sin embargo, lo interpretamos más bien como una situación coherente de una mujer enamorada de su enemigo (de clase, familia, moral): desea matarlo, pero también lo ama. De este modo, el conflicto de la guerra civil se ubica al interior del personaje, como sentimientos enfrentados que no logran anularse.

92 Para cerrar la trama, una visión resignifica los colores de la bandera de la Independencia. Los soldados de Franco buscan entre las ruinas el amarillo del oro, mientras el azul del cielo empalidece (por el humo quizás de los disparos), y la bandera de Ayacucho sale como una bocanada roja de sangre (color de los centralistas), que se suma al rojo de las llamas de los incendios que suben hasta los techos. Así se desgarra y reduce la bandera tricolor en la amarilla de la Federación: una sola franja que ondea sobre las ruinas.

93 De manera elíptica, el llamado de Teresa que hace Franco es respondido por los soldados con un «Viva la Federación». Es decir, se da un desplazamiento de lo personal (la pareja) a lo social (la guerra), y cuya conclusión queda como enigma irresuelto hasta una segunda parte, la novela que se llamaría «El caudillo», que nunca se publicó.

CUBAGUA

I

94 José Salazar Meneses describe el uso e interés comercial de las minas de magnesita en Margarita, y cómo la Corporación Venezolana de Fomento contrató a una firma canadiense para su evaluación y explotación. Cuenta que a principios de la década de 1920 llegó a la isla un joven ingeniero norteamericano, de escasos veinte años, llamado Henry Shoemaker: «Se integra a la tierra, se hace de mujeres, de hijos y de amigos. Es un hombre entre hombres y un ganador entre gente que quiere exprimirle a la vida como al licor, la alegría y el júbilo en cada gota que se trasiega [...]. Shoemaker se aficionó a los pleitos, después del interminable que se le hizo por la posesión de las minas de magnesita. Disputó a las compañías petroleras el derecho de las concesiones. Peleó con Gómez y con el imperialismo. En la Corte pronunció un discurso donde habló en 1926 de la distorsión que estaba haciendo en la vida de los países americanos, el capitalismo del norte». Como es evidente, Shoemaker es el modelo de Stakelun, y en parte del mismo Leiziaga. «Shoemaker y la aventura de la magnesita», Caracas, *El Nacional*, 14.4.1968.

95 Años más tarde, en una nota de prensa de 1959, Núñez describió este lugar, recordando su estancia en La Asunción, en 1925: «Una capilla de la iglesia franciscana me servía de oficina. Un aire caliente y mohoso se respiraba en esta capilla. La prensa donde se tiraba el periódico estaba en el presbiterio del altar mayor. En la capilla había un altar roto, de ladrillos, que hice refaccionar para poner libros y papeles, y en el suelo, contra la pared una lápida sepulcral, también rota. Allí leía la crónica

de fray Pedro de Aguado, hallada por azar entre los pocos libros del colegio de La Asunción, en la cual se narra la historia de Cubagua. Nombres, personas, cosas, ruinas, soledades, venían a ser como un eco del tiempo pasado». «Algo sobre *Cubagua*», en *Bajo el samán*, ob. cit., p. 106 [*Obras reunidas: Escritos finales*].

96 Quijada era, en efecto, dueño de un establecimiento en Margarita, y le escribe una carta a Núñez, un par de años más tarde, en relación con una pequeña deuda que había dejado «durante su grata estadía por esta Isla».

97 No se ha estudiado todavía la posible presencia de variantes dialectales del vocabulario provenientes de los tres países en donde Núñez escribió su novela. Un ejemplo de ello es el uso de «bananos» o «bananas», que ya aparece en uno de los pretextos, en lugar del venezolanismo «cambur».

98 Jesús Manuel Subero afirma que «sobre ese mostrador escribió Enrique Bernardo los primeros apuntes de su libro sobre Margarita», sin dar fuente o mayores detalles sobre ello. «Algunos personajes de la novela *Cubagua*». *El Universal*, Caracas, s.f.

99 Difícilmente pudiera estarse hablando de las contiendas ocurridas en ese estado durante la Guerra Federal ni de las de Guzmán Blanco, pues Rojas es un militar activo. Quizás, entonces, sea una alusión a su participación en contra de alguno de los tantos levantamientos armados que buscaban derrocar el gobierno de Juan Vicente Gómez. Entre ellas, en San Fernando de Apure, pero en 1922, se llevó a cabo uno liderado por Rafael Arévalo Cedeño.

100 De todos los personajes históricos que se presentan en la novela, Lope de Aguirre es el más célebre. Conocido como «El tirano Aguirre» fue el más temido de los conquistadores que se rebelaron en contra del imperio español, muriendo asesinado en El Tocuyo (actual estado Lara), luego de dar muerte a su hija con sus propias manos. Esta debe ser la primera inclusión del terrible personaje en la literatura venezolana, prefigurando a *El camino de El Dorado* (1947), de Arturo Uslar Pietri, y *El príncipe de la libertad* (1979), de Miguel Otero Silva. Sin embargo, es probable que Núñez conociera el capítulo dedicado a Aguirre en *Las inquietudes de Shanti Andía* (1911), de Pío Baroja, como también el breve ensayo que sobre él había escrito Miguel de Unamuno (1920).

101 Los primeros días de Cubagua y Margarita aparecen en la obra de Pedro de Aguado –comentada por Núñez en nota anterior–, quien fue testigo de los hechos narrados y fuente para varios otros cronistas posteriores. En efecto, la información que da este sobre el tirano Aguirre coincide con la incluida en la novela: «Los uezinos que alli estauan hicieron luego matar dos uacas de las que mas a mano alli estauan, y se las

dieron para que comiesen. Lope de Aguirre les rrindio las gracias y en pago dellas dio a uno de los uezinos que alli estauan, llamado Gaspar Hernandez, vn capote de grana guarnecido con pasamanos de oro, solo por engañallos a el y a los demas y dalles a entender que uenian rricos y que heran muy francos, porque hiciesen la necedad que hicieron descreuir al pueblo lo que escriuieron. Dioles tanbien vna copa de plata sobre dorada; y muy contentos y alegres con la buena paga que Aguirre les auia hecho, se quedaron alli aquella noche, y luego ynuiaron vn mensajero al pueblo con cartas para el governador, que hera Don Juan de Villandrando, dondole noticia de lo que pasaua, y diciendole como hera jente que venia del Marañon y auia salido de Piru, y uenian a tomar y conprar comida por sus dineros y traian muchas rriquezas de Piru, y que a hellos les auian dado por dos uacas vn capote de grana y vna taza de plata». *Historia de Venezuela* [*Recopilación historial de Venezuela*], Madrid: Maestre, 1950, t. II, p. 359.

102 De Aguado sigue, más adelante: «Tomo Lope de Aguirre el cauallo del Gouernador, y caualgando el en la silla, conuido al Gouernador a que cabalgase en las ancas [...], el qual viendo lo poco que le aprouecaua enojarse y quel caminar a pie le cansaua, acordo de caminar a las ancas de su cauallo, yendo Lope de Aguirre en la silla». *Ibid*, t. II, pp. 364-365.

103 El periódico *Heraldo de Margarita*, que existió en la isla, fue fundado por Enrique Bernardo Núñez, por iniciativa del entonces presidente del estado Nueva Esparta, el escritor modernista Manuel Díaz Rodríguez. Su primer número salió el 17 de diciembre de 1925, y fue dirigido por Núñez durante tres meses. Según él mismo: «circularon pocos números» («Algo sobre *Cubagua*», en *Bajo el samán*, ob. cit. p. 106); pero, en realidad, sobrevivió hasta 1935, con una posición en particular oficialista. No se sabe si esta crónica apareció realmente allí, pero es posible que así haya sido y que fuera de su propia autoría, lo que constituiría un curioso gesto intertextual, que habría que calificar de *biodiégesis*, en el sentido de involucrar datos biográficos del autor como parte de la trama, involucrando el rol de Núñez como periodista e historiador dentro de la diégesis misma de la obra [*Obras reunidas: Escritos finales*].

104 Es interesante que Pedro de Aguado, al tratar la muerte de Diego de Ordaz, utilice las mismas palabras: «[P]arecio ser permision divina y justo castigo de su seueridad y arrogancia». *Historia de Venezuela*, ob. cit., t. I, p. 449.

105 Este pasaje casi literal está también tomado de Pedro de Aguado: «…y asi quando los ahorco les mando poner vnos rretulos, a cada uno el suyo, que decian: "a estos honbres an ahorcado por leales seruidores

del Rey de Castilla". Despues de ahorcados dezia en presencia de sus soldados a los muertos: "ueamos agora si el Rrey de Castilla os rresuzytara o dara la uida"». *Historia de Venezuela*, ob. cit., t. II, p. 379.

106 El uso del periódico para la crónica histórica, y su función como «dispositivo fundador» de la nación «imaginada», bajo las premisas de Benedict Anderson (*Comunidades imaginadas*. *Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1993), llevan a Carlos Morreo a postular que «el país que el periódico crea es el de una comunidad política idéntica en su presente a su pasado. Si ha habido continuidad en el tiempo, es igual de cierto que no ha habido "progreso", "desarrollo" o "cambio"». «Colonialidad, tiempo y claros de sentido en *Cubagua*», en *Cubagua ante la crítica*, Caracas: Monte Ávila, 2021, pp. 474-475, A. Bruzual, comp.

107 Este nombre puede interpretarse como un rasgo de sincretismo en la construcción ficcional del personaje, en relación al joven dios griego de la inspiración y del «delirio místico», inventor del vino y origen de la tragedia. Con no pocas similitudes con Vocchi, como más adelante se describe en la novela, Dionisio pasa por diversas experiencias viajeras, que incluyen intentos de prisión y esclavitud por parte de los hombres (Pierre Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana*, Buenos Aires: Paidós, 1982). Y este no está en relación con fray Dionisio, de quien hay documentación histórica, como se verá más adelante. «De la Soledad» evoca el claustro y la meditación, lo que hasta cierto punto lo convierte en un oxímoron.

108 Fray Dionisio funciona entre las dos culturas, no solo en lo religioso. No es fácil desarrollar la relación, pero hay algo similar en Doña Bárbara, quien mezcla «hechicerías y creencias religiosas, conjuros y oraciones […], así como sobre su pecho estaban en perfecta armonía escapularios y amuletos de los brujos indios», y precisamente colmillos de caimán (Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*, Barcelona: Araluce, 1929, p. 44). Luis Britto García recalca que en fray Dionisio: «El diente de caimán en la camándula revela el sincretismo entre el utensilio sagrado católico y el del piache indígena; la afición a "mascar cierta hierba" lo asocia a la vocación chamánica» («Enrique Bernardo Núñez, novelista, historiador, filósofo de la historia utopista», en *Cubagua ante la crítica*, ob. cit., p. 268). Por su parte, Juan Duchesne Winter aprovecha el concepto deleuzeano de «devenir» para darle no solo al fraile, sino a muchos de los personajes-espejo de la novela, una potencialidad más compleja: «relación de intercambio entre entidades que no anula la diferencia entre las mismas, sino que se sostiene gracias a esa diferencia y la multiplica. En este caso el personaje *deviene* indio, lo que no significa que pretenda "convertirse" en indio». «Del Caribe a Caribana:

la cosmografía literaria de Cubagua», en *Cubagua ante la crítica*, ob. cit., pp. 506-507.

109 En muchas de las iglesias y catedrales medievales, las dos torres representaban al sol y a la luna. La construcción de la segunda torre del templo de Paraguachí por fray Dionisio define su aceptación por el pueblo. También, habría que poner esto en relación con una referencia posterior a las inscripciones de las figuras de los dos astros realizadas por los indígenas sobre las rocas del Orinoco, conmemorando el encuentro con Amalivaca en el capítulo dedicado a Vocchi. Es decir, Núñez podría estar ilustrando sus ideas de la equivalencia de los orígenes culturales, que desarrolla en *Una ojeada al mapa de Venezuela*: «El indio que solo poseía su arco y sus flechas encontró imágenes, símbolos, tan vitales, como los que resplandecen con formas más puras en el altar de otras civilizaciones. Reconocemos en seguida la semejanza que aproxima y enlaza en sus orígenes el pensamiento humano como si en todas esas teogonías se hallaran ideas comunes que recordasen los restos esparcidos de un gran templo». Caracas: Ávila Gráfica, 1949, 2ª ed., p. 6 [*Obras reunidas: Ensayos y polémicas*].

110 El sincretismo implícito en el nombre de Nila es aún más evidente que el de fray Dionisio. Evoca, primero, la preocupación de Núñez por los grandes ríos, el Nilo, que en este caso la vincula con Vocchi, como se verá más adelante. En cuanto a su apellido, la misma ficción pone en cuestionamiento que sea hija de Pedro Cálice, quien está documentado también en las crónicas (véase infra). Asociado a este, adquiere más bien complicadas implicaciones crísticas. Cécile Bertin-Elisabeth, en cambio, aduce un vínculo directo con la India: «En efecto, en la mitología hindú, Nila es uno de los tres aspectos (Shri, Bhumi y Nila) del poder del deseo de la gran diosa Devi». «A propósito de la reescritura de los mitos en *Cubagua*», en *Cubagua ante la crítica*, ob. cit., p. 369.

111 Para dar una percepción de época, se puede recordar que Victoria, protagonista de *La trepadora* (1925), de Rómulo Gallegos, monta a caballo a horcajadas como signo también de modernidad. Caracas: Biblioteca Básica de Cultura Venezolana, s.f.

112 Curiosa insinuación homoerótica, sin asomo de crítica, en una Venezuela patriarcal. Habría que contrastarla, al menos, con la visión de Doña Bárbara como «varona» (Juan Liscano) y la intimísima de Ifigenia, ambas mujeres frustradas. Y muy diferente a la Marisela, hija de Doña Bárbara, porque, como otros personajes de Gallegos, es el componente de su sangre hegemónica lo que la salva de la barbarie en el futuro de la postrama.

113 Muchos de los personajes de *Cubagua* tienen resonancias en la literatura latinoamericana posterior, hecho curioso si se considera

que la novela no ha circulado por el continente. Las relaciones con el mundo indígena evocan al coetáneo Asturias y sus *Leyendas de Guatemala*, como también a su posterior *Hombres de maíz*, pero más especialmente al Rulfo de *Pedro Páramo*, con sus personajes en diálogo con los muertos, así como las relaciones que se han hecho entre la «bajada al infierno» de la Cubagua-isla en esta obra, con *Adán Buenosaires* (ver Ángel Vilanova, «Para una lectura crítica de *Cubagua*» y Luis Miguel Delgado Arria, «Tras-mares y tras-tierras en *Cubagua* y en *Pedro Páramo*», ambos en *Cubagua ante la crítica*, ob. cit.). Una relación casi anímica de sus personajes con la naturaleza puede vincularse a *Los ríos profundos*, de Arguedas. Cuciú, convertida en garza ante su muerte, antecede directamente al Mackandal de Carpentier, en *El reino de este mundo*, y hay no pocas conexiones con *Los pasos perdidos* (el escritor cubano vivía en París al momento de la primera edición de *Cubagua*, en 1931, y estuvo residenciado en Venezuela entre 1945 y 1959). Stakelun y los terrenos de su compañía abandonada y en litigio «ruinoso y eterno» evocan a Larsen de *El astillero*. La persistencia histórica de fray Dionisio y mucho de su permanecer a través de las épocas podrían ser parte de *Terra nostra*, así como los personajes cuya simetría se da en el tiempo y en la sintaxis narrativa se adelantan a las técnicas faulknereanas del mejor Vargas Llosa. La inestabilidad de la percepción de realidad recuerda los cuentos de Cortázar.

114 Todas las versiones anteriores a la novela que editamos en el 2012 repitieron el error de escritura de este nombre, «Jhonston» en vez de «Johnston». Si el autor no lo corrigió nunca, y se presentan inconsistencias en los manuscritos y versiones tipografiadas, hay que recalcar que en la primerísima versión y en la propia escritura manuscrita utilizó la ortografía inglesa correcta.

115 Subero, siguiendo documentación de la propia Margarita, descubre algunas de las posibles fuentes de los personajes de este primer capítulo de la novela. Para los Johnston y el litigio, cita a Luis Villalba Villalba, quien afirma: «La administración de la empresa quedó en manos de Mr. Harry O. Robinson, quien trajo como secretaria a su esposa, Ella Robinson, y de Harry Schumacher. Entre este último gerente y los esposos Robinson presentáronse situaciones asaz tirantes que se vieron en la forzosa necesidad de someter a los trámites judiciales». «Algunos personajes de la novela *Cubagua*», artículo cit.

116 Como se verá más adelante, la escasez de agua es tema frecuente en la discusión de los personajes, el desarrollo de la trama y el destino de Cubagua. No en balde, Núñez titula la novela con un sustantivo que, de manera metadiscursiva, incluye lo que no tiene. Esto, que luce algo peregrino, se explica con el mismo fray Pedro de Aguado:

«acordaron pasarse a las provinçia de Cubaagua, que en esta sazon eran muy acompañadas de gentes españolas que pasaban a ellas de Santo Domingo y de las otras yslas a hazer esclavos y gozar de la rriqueza y pesqueria de perlas que en la ysla Cubaagua, cercana aquella provinçia abia, y por eso dicha deste nonbre, se sacaba; y dexando hecho el castigo caminaron apartandose de la poblazon de Coro, y entrando y metiendose en la sierra para por alli atrabesar a Cubaagua». *Historia de Venezuela*, ob. cit., t. I, p. 231.

117 Este mecanismo de intermediación a través de privados que se enriquecían fue el medio principal de atribución de concesiones a compañías extranjeras para la explotación del petróleo, con consecuencias ruinosas para la nación desde principios de siglo, favoreciendo la actitud antinacionalista tanto de la burocracia como de los grupos sociales más poderosos.

118 Según esto, podemos deducir que Leiziaga había nacido en 1895, exactamente el mismo año de Enrique Bernardo Núñez, lo que avala ciertas relaciones de *alter ego* propuestas por algunos críticos, pero que rechazamos desde la perspectiva moral del personaje. Más bien, este dato, hasta ahora no considerado, indicaría una suerte de inculpación generacional.

119 Hay una fuerte cercanía entre este pasaje y uno de la novela panfletaria *El Cabito*, de Pío Gil, de 1909, obra que de seguro Núñez leyó y que fue antecesora de su propio *El hombre de la levita gris*, publicado por primera vez seriado en 1942. Pudiera excusarse como un diagnóstico similar de los valores éticos de esa clase social, y una misma alusión al futuro que representaba «la nueva generación». Sin embargo, no pueden soslayarse similitudes indiscutibles, considerando la importancia que dichas ideas tienen en *Cubagua*. En la obra de Pío Gil, en una fiesta en honor a Cipriano Castro, un joven de «una familia distinguida de Oriente», llegado de estudiar en Europa, expresa sus deseos, compartidos por todos: «—Qué atraso! No se puede vivir en Venezuela […] —Aquí no se puede vivir, hay que emigrar! / Yo creo lo mismo que tú –dijo una voz– y si logro ponerle la mano a una aduana, a un ministerio o a una tesorería, te prometo que me organizo, aunque se produzca un escándalo, y me largo para Europa. […] Se puede robar honradamente, es decir, sin que se note, cogiéndose nada más que los desperdicios. […] Yo así lo haré si se presenta la ocasión, y en seguida, listo, para el extranjero. En Venezuela no se puede vivir!». Caracas: Tipografía Garrido, 1951, 4ª ed., p. 158 [*Obras reunidas: Historia y discursos*].

120 Siempre hemos tenido la sospecha, si bien no lo hemos podido comprobar, de que Núñez conoció y leyó algo de la obra de José Carlos

Mariátegui, ya que tienen muchos puntos en común. Y esto pudo darse a través del Grupo de Minoristas cubanos y de su amigo Juan Marinello, a su breve paso como diplomático por La Habana, o en la politizada Panamá a la que llega meses más tarde. Por ejemplo, en referencia a la vejez de la juventud de América, el peruano afirma, en *Peruanicemos al Perú* de 1924: «¡Qué vieja, qué cansada, parece esta joven tierra sudamericana al lado de la anciana Europa!». En *Todo Mariátegui*, Lima: Empresa Editora Amauta, 1994, t. I, p. 285.

121 Esta imagen del fórceps oxidado es central para la caracterización de la hegemonía venezolana de esos años. Un instrumento que puede producir la muerte del mismo futuro que ayuda a nacer.

122 Este es otro de los contrastes explicativos que abundan en la novela y en el pensamiento del escritor sobre la historia del país, como precisará con claridad en su discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia, en 1948: «Hay un contraste permanente entre la riqueza del suelo y la pobreza de sus habitantes». «La historia de Venezuela», en *Una ojeada al mapa de Venezuela*, ob. cit., p. 215 [*Obras reunidas: Historia y discursos*].

123 Si bien no está en relación con el comportamiento del personaje, su nombre pudiera ser una combinación de Hernando (Cortés) y (Bartolomé de las) Casas, pero anunciaría un desarrollo que no se llevó a cabo.

124 No hay que obviar el cruce de motivos franciscanos: el convento convertido en casa de gobierno, fray Dionisio y el trapiche en la hacienda Las Mayas, es decir: político, religioso y económico.

125 Los Casas representan un estamento de corte oligárquico en decadencia, que da paso al ascenso de una nueva burguesía, que se articula a la burocracia estatal y a las empresas internacionales.

126 Pocos años más tarde, en *Canaima* de 1935, Rómulo Gallegos presenta una paradoja equivalente: «Eso es Guayana. Mucho río, agua como para abastecer a todo el país, y, sin embargo, tierras secas que dan tristeza» (p. 19). Y más adelante: «Guayana del hambre junto al oro». Madrid: Colección Archivos, 1997, p. 21.

127 Stakelun es un personaje misterioso y hasta contradictorio. Dos veces la trama afirma que «conoce» la tierra, lo que puede ponerse en relación con el «secreto» negado a los conquistadores. Así, no debe pasarse por alto esta información sobre sus excursiones a las «islillas» vecinas –Cubagua entre ellas–, en su actividad de caza (en las crónicas se habla de la abundancia de conejos y Humboldt señala la existencia de un «venado de Cubagua»). Quizás esté insinuando que estaba al tanto de los hechos que se desenvuelven en ellas, y gracias a esto se explique por qué ayuda finalmente a Leiziaga a fugarse de la cárcel y de Margarita.

128 Subero, retomando a Villalba Villalba, identifica a este poeta con «J.T. Arreaza Calatrava, quien era el abogado de Mr. Schumacher» y agrega que escribió un poema «en unión de Enrique Bernardo Núñez titulado *El castillo de Pampatar*». «Algunos personajes de la novela *Cubagua*», artículo cit.

129 Margarita fue llamada por Colón «Isla de las Perlas», y así lo hace Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, cuando describe la llegada del almirante y da la ubicación de la isla: «E fué adelante y descubrió la rica isla llamada Cubagua, que agora llamamos la isla de las Perlas, porque allí es la principal pesquería dellas en estas Indias. E junto con ella está otra isla muy mayor, e mandóla el almirante llamar la Margarita. La isla de Cubagua, o de las Perlas, está cuasi cincuenta leguas al poniente de la punta de las Salinas que se dijo de suso. Esta es una isla pequeña que tenia de circuito tres leguas, poco más o menos, e desde ella a la Tierra Firme hay cuatro leguas a la provincia que se dice Araya». *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, lib. III, cap. 3. Versión digital en: http://www.ems.kcl.ac.uk/content/etext/e026.html#d0e10474

130 Se pudieran pensar las relaciones entre *Cubagua* y el relato corto, poco anterior, «La perla» (*El Heraldo*, Caracas, 21.7.1927), como otros críticos han propuesto. Sin embargo, no son más que algunos rasgos temáticos en común, entre otros: el pescador pobre y la riqueza de su oficio, la dificultad de la venta de las perlas, la amenaza de los tiburones [*Obras reunidas: Relatos*].

131 Término utilizado en Venezuela para designar una alta concentración de microalgas, lo que también se conoce como «marea roja». El énfasis aparece en el original.

132 La veda de la pesca de perlas es fundamental para la comprensión de los paralelos temporales del texto, pues la sobreexplotación fue la principal causa de la ruina de Cubagua. Enrique Otte, luego de consultar las ordenanzas de la época, asegura que, tan temprano como en 1528, «se observaron signos de agotamiento, pero no se menciona hasta 1532 la posibilidad de poner estancos. No se tomaron medidas drásticas hasta 1533, cuando era demasiado tarde» (p. 34). En efecto, fueron infructuosas las vedas de ese año, para proteger la reproducción, y «es dudoso que se cumplieran. […] En 1537 la crisis se agudiza. A fines de febrero el cabildo de Nueva Cádiz informa al emperador que "ha más de un año y medio que no se sacan perlas". En 1538 se abandona toda esperanza y se descubren los placeres de Cabo de la Vela. Dos años después se abandona la pesca en Cubagua». *Las perlas del Caribe. Nueva Cádiz de Cubagua*, Caracas: Fundación John Boulton, 1977, p. 35.

133 Durante el proceso de escritura, luego de las primeras versiones, se pierde el acto cuando Leiziaga coge los remos, que es necesario para entender que Cedeño se los arrebate, un poco más adelante.

134 Cuando Stakelun afirma que Cedeño es extranjero, siendo un pescador de la zona, pudiera estar insinuando su «pasado conquistador».

135 Este pasaje se basa en la leyenda popular de que las perlas se formaban con el rocío y cambiaban de color y forma dependiendo de las condiciones atmosféricas, en particular, de los truenos. Fernández de Oviedo lo refuta diciendo que las fuentes de esto eran Plinio, Isidoro [de Sevilla] y Alberto Magno, porque él sabía por sus «ojos y experiencia» que no era así: «digo que yo tengo por imposible lo que dicen cuanto al engendrarse con el rocío, y ser turbias o claras, ni tampoco amarillas, por los truenos; porque en una mesma ostia no son todas las perlas que tiene, de una bondad e redondez, ni de una perfición de color, ni de un tamaño, sino en diferente manera algunas». *Historia general y natural de las Indias…*, ob. cit. [versión dig.], lib. XIX, cap. 8.

136 Este viajero de hace muchos siglos pudiera estar nombrando a Jesús con los pescadores, cuando caminó sobre las aguas.

137 Por más obvia que sea la cita a Bolívar, queda contrastada con una doble imagen del mar como beneficio de todos y como espacio de igualdad, lo que se radicaliza más adelante con la frase: «El mar es comunista».

138 Núñez hace aquí una suerte de historia del futuro, que retomará en *La galera de Tiberio*, y que resuena, además, en esa idea de «terribles guerras de razas alimentadas por un materialismo feroz», que se adelanta a una ya famosa tesis de Samuel Huntington del enfrentamiento de civilizaciones, pero con un sentido ideológico opuesto.

139 No debe pasarse por alto esta sucesión de referentes encadenados, algo que se repite a menudo en su escritura, poniendo como equivalentes a «descubridores, piratas, vendedores de esclavos».

140 Estos son los elementos de representación de la Virgen del Valle, patrona de Margarita, una de cuyas leyendas afirma que se apareció en la Cueva del Piache, lugar que se menciona al final de este capítulo. Otras fuentes dan cuenta de que fue llevada una imagen de la Inmaculada Concepción a Cubagua desde España, y que luego fue trasladada a Margarita. Como se verá más adelante, el autor vincula a esta Virgen con Diana cazadora, cuya efigie fue traída por Lampugnano y luego robada por los indígenas durante su rebelión, lo que hace aún más compleja la lectura sincrética del pasaje.

141 No deja de sorprender que la oración insinúe que el joropo es una música triste, cuando su expresión –además como fiesta y baile– es más bien jovial y movida.

142 Esta frase desmonta «la ideología del progreso», relacionándola a la fuerza, como una imposición dictatorial.

143 El cacique Rimarima es apenas nombrado por Fray Pedro de Aguado. *Historia de Venezuela*, ob. cit., t. I, p. 576.

144 El hecho de que el médico de la isla sea orador de orden en la inauguración de una obra civil del gobierno enfatiza, en la trama, la conformación de una hegemonía que incluye al estamento culto, las clases económicamente favorecidas y el Estado.

145 Es pertinente enfatizar la precocidad absoluta del interés de Núñez por el significado histórico de Cubagua. Otte, en su fundamental trabajo, deja en evidencia que, si bien hay unos mínimos antecedentes, «el primer estudio científico dedicado a las *Ostras y perlas en las costas venezolanas*» fue de José M. Mosqueira Manso, en 1943 (p. 564). De ahí en adelante, la inmensa mayoría de estudios históricos y arqueológicos, de alguna validez académica, se realiza solo a partir de 1950, estimulados por la «primera comisión científica» que dirigió Miguel Acosta Saignes, y las excavaciones realizadas por José María Cruxent, desde ese mismo año (*Las perlas del Caribe*, ob. cit., p. 565). Esto queda, además, ratificado en las fuentes utilizadas por el mismo Otte, si bien, por razones metodológicas, no nombra al novelista.

146 Esta recomendación resulta hoy extraña, pero hay que considerar las dificultades de comunicación terrestre dentro de la misma isla de entonces. Paraguachí y la playa El Tirano se encuentran en el flanco noreste, mientras que para ir a Cubagua convendría, más bien, salir de algún punto al suroeste de la isla o hasta de la misma Porlamar.

II

147 Según se cree, fue Fernández de Oviedo el primero en comentar la presencia de petróleo en Cubagua, en 1535, y por tanto en lo que será el territorio de Venezuela: «Tiene en la punta del Oeste una fuente o manadero de un licor, como aceite, junto a la mar, en tanta manera abundante, que corre aquel betún o licor por encima del agua de la mar, haciendo señal más de dos y de tres leguas de la isla, e aun da olor de sí este aceite. Algunos de los que lo han visto, dicen ser llamado por los naturales *stercus demonis*, e otros la llaman *petrolio*, o otros *asfalto*; y los que este postrero dictado le dan, es queriendo decir que es este licor del género de aquel lago Asfáltide de quien en conformidad muchos auctores escriben. Aqueste licor de Cubagua hallan que es utilísimo en muchas cosas e para diversas enfermedades, e de España lo envían a pedir con mucha instancia por la experiencia qué desto se tiene por los médicos e personas que lo han experimentado, a cuya relación me remito» (*Historia general y natural de las Indias*…, ob. cit. [versión dig.], lib. XIX, cap. 2). Por su parte, el conquistador, cronista y poeta Juan de Castellanos, hacia 1589, en su «Elogio de la isla de Cubagua, donde se trata la gran riqueza que allí hubo y su perdición y asolamiento», dice: «Tienen sus secas playas una fuente / al oeste do bate la marina, / de

licor aprobado y escelente / en el uso común de medicina: / el cual en todo tiempo de corriente / por cima de la mar se determina / espacio de tres leguas, con las manchas / que suelen ir patentes y bien anchas». *Elegías de varones ilustres de Indias*, Caracas: Sur América, 1982, part. 1, eleg. XIII, cap. I, p. 207.

148 A despecho de nuestras búsquedas en los periódicos de la época (1925), no encontramos quién pueda haber sido, pues se insinúa como un hecho real.

149 Se utilizan aquí algunos detalles de la descripción de Fernández de Oviedo de la llegada de Colón a Cubagua: «Entonces uno de aquellos marineros tomó un plato de barro de los de Valencia (que también llaman de Málaga), que son labrados de labores que relucen las figuras y pinturas que hay en los tales platos, y hízole pedazos, y a trueco de los cascos del plato, rescataron con los indios e india ciertos hilos de aquel aljófar grueso; e cómo les paresció bien a aquellos marineros, lleváronlo al Almirante, el cual, como entendió el negocio más profundamente, pensó de lo disimular, pero no le dió lugar el placer que hobo en verlo, e dijo: "Dígoos que estáis en la más rica tierra que hay en el mundo, y sean dadas a Dios muchas gracias por ello". E tornó a enviar la barca con otros hombres a tierra, e mandóles que rescatasen tanto aljófar o perlas cuanto cupiese en una escudilla, a trueco de otro plato hecho pedazos, como el que es dicho, y de algunos cascabeles. Y llegados, a la isla, rescataron con aquellos pescadores hasta cinco o seis marcos de perlas y aljófar, todo mezclado, de la forma que los indios lo pescan, grueso y menudo. Y tomó el Almirante aquellas perlas para las llevar él o las enviar a España a los Reyes Católicos, don Fernando e doña Isabel, de gloriosa memoria. E no se quiso detener allí por no dar ocasión que los marineros y la gente que con él iban, se cebasen en el deseo y cobdicia de las perlas, pensando de tener la cosa secreta hasta en su tiempo e cuando conviniese». *Historia general y natural de las Indias*…, ob. cit. [versión dig.], lib. XIX, cap. 1.

150 La Standard Oil Company desarrolló actividad en Venezuela entre 1921 y 1943, cuando fue vendida a su filial Creole Petroleum Corporation. No es claro el número 503.

151 Según Pedro de Aguado: «[Y] toda el agua que para el ueuer y sustento de la jente que en la isla rresidia era nezesaria, se traia de vna fuente o arroyo manantial que auia en tierra de Cumana, junto a la mar, llamado Chinchiribiche, y por alli zerca no auia otra agua de donde se sustentasen, por lo qual, y porque los naturales no les enponzoñasen el agua o se la zegasen o ensuziasen, los españoles que en la isla rresidian auian echo vna fortaleza o casa fuerte junto a la fuente o manantaial, donde tenian de hordinario jente que la guardase, por rrespeto de que

si aquella fuente les faltava, o se auia de despoblar la isla o auian de ir muy lejos por ella y con mucho trauajo...». *Historia de Venezuela*, ob. cit., t. I, p. 444.

152 Esto puede confundirse con un lugar de la isla, como se sugiere las próximas dos veces que aparece, pero su sentido simbólico queda aclarado como referencia bíblica al Salmo 84, titulado: «Anhelo por la casa de Dios», que trata sobre aguas: «Bienaventurado el hombre que tiene en ti sus fuerzas, / en cuyo corazón están tus caminos, / atravesando el valle de lágrimas lo cambian en fuente, / cuando la lluvia llena los estanques. / Irán de poder en poder; / verán a Dios en Sión».

153 La Nueva Cádiz, capital colonial de Cubagua, fue la primera ciudad de la América del Sur incorporada al reino y ratificada por el rey en 1528, con jurisdicción sobre Margarita y las costas de Cumaná. Fue construida con piedras traídas de Araya. Aldemaro Romero, Susanna Chilbert y M. G. Eisenhart, «Cubaguas's Pearl-Oyster Beds: The First Depletion of a Natural Resource Caused by Europeans in the American Continent», *Journal of Political Ecology* 6, 1999, pp. 57-78.

154 El sueño de Malavé tiene múltiples significados. Como el personaje más desasistido de toda la novela, es un subalterno múltiple: indígena, niño, pobre y esclavo. Como permanencia de la sangre guaiquerí, su sueño lo lleva a tiempos coloniales, aspirando el poder de los conquistadores que está simbolizado en un barco (y un caballo), con el que puede sacar perlas y bordear costas apenas conocidas, como si las viera en un mapa.

155 En varias oportunidades aparecen imágenes como esta, en las que se cruzan las descripciones del espacio geográfico con las de los personajes. Si bien son profundamente efectivas desde el punto de vista estético, hay casi una humanización de la naturaleza que no debe entenderse como una visión animista, sino como un recurso narrativo que permite una actuación de lo «no-humano». Por ello, la distancia y oposición a como se presenta en la obra de Gallegos.

156 Cálice queda caracterizado en la novela por la lepra, lo que pudiera aludir a la figura del poeta Cruz María Salmerón Acosta, oriundo de Manicuare, en la península de Araya. El poeta, quien se recluyó en una pequeña casa para evitar el leprocomio, era hijo de un propietario de trenes de pesca. Murió en el año 1929, en el momento exacto de escritura de la novela.

157 Esta es otra información quizás tomada de Fernández de Oviedo, a quien pudo haber leído también durante su estancia en Margarita, pues quedan rastros en unos apuntes manuscritos: «Resulta de tal picadura, que el ofendido hace muchas bascas e sufre gran trabajo, sin aflojársele ni ser mitigado por cosa alguna, sin dejar comer ni beber

ni reposar el paciente hasta el día siguiente a la propria hora que fué picado; y cuando ha cesado el dolor, queda tal el que ha padescido, que en dos ni tres días no puede volver en sí ni a su primero estado, puesto que deste mal ninguno muere. Hay un pescado o animal en la mar, que no es mayor que un dedo pulgar, y al que pica en el agua, como acaesce algunas veces picar algún indio, el que está herido hace las mismas bascas e siente tamanos e incomportables dolores como lo que se ha dicho que sienten los picados de araña que se dijo de suso, sin cesar tal pasión hasta otro dia siguiente que el agua de la mar está en el mismo ser menguante o cresciente que estaba al tiempo que picó este animal. De forma que dura aquella pasión e dolor, del un animal e del otro; veinte e cuatro horas naturales. Y el pescado que es dicho se llama totora, y es pintadillo de rayas e pecas blancas e amarillas, cada una de su color destintas». *Historia general y natural de las Indias*…, ob. cit. (versión dig.), lib. XIX, cap. 2.

158 Según el historiador Guillermo Morón, Cubagua tenía rancherías de pescadores de perlas desde 1510, y dependía de la Audiencia de Santo Domingo («Introducción al siglo XVI», *Los orígenes históricos de Venezuela*, p. 157). El cronista Pedro Simón, quien comienza a publicar su obra en 1627, afirma que la ciudad de la Nueva Cádiz fue fundada en 1523 por Jácome Castellón. Comentando la escasez de agua, afirma: «…no sólo no tiene agua pero ni aun se cria en toda ella un árbol ni yo lo vi cuando boje los años pasados, cuando mucho con las lluvias se crian unas yerbezuelas sequizas; de suerte, que toda su grandeza era la que tenía de las perlas que criaba en toda su circunferencia y bajíos. Al provecho, saca y ganancia de estas, acudían de muchísimas partes, no sólo de las Indias, pero también de España y otras partes, mucha cantidad de españoles, y se avecindaban en la ciudad. Por donde vino a ser bien copiosa de vecinos; si bien hoy no le ha quedado piedra sobre piedra, por haberle faltado estas pesquerías de perlas». *Noticias historiales de Venezuela*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1992, pp. 167-168.

159 El relato de Fernández de Oviedo del alzamiento de los indígenas de Oriente, en relación con la destrucción de las misiones, sugiere que pudo ser la fuente a partir de la cual Núñez desarrolla las características del personaje en la novela: «Este fray Dionisio que es dicho que lo mataron, así como vido quemar el monasterio, se apartó de allí, y no tuvo lugar o sentido, con su turbación, para huir con los otros frailes, y estuvo dos o tres días escondido en un carrizal, suplicando a Nuestro Señor se acordase dél y le echase donde más servido fuese. E a cabo deste tiempo salió e acordó de se ir a los indios, porque entre ellos había muchos a quien había hecho buenas obras y caridad. Y ellos le tovieron tres días sin le hacer algund mal; [...] En conclusión de sus diferentes

paresceres, unánimes los concertó el diablo, y pudo tanto la malicia de un indio llamado Ortega, que se tuvieron todos a su consejo y mataron el fraile». *Historia general y natural de las Indias*…, ob. cit. (versión dig.), lib. XIX, cap. 3.

160 Según Fernández de Oviedo: «Y ha sido tanta su riqueza, que tanto por tanto no ha habido en las Indias cosa más rica ni provechosa en lo que está poblado de los cristianos, y no tiene mas espacio o territorio de tres leguas de circunferencia (poco más o menos), y dicen muchos que lo pueden bien saber que desde el año de mil cuatrocientos noventa y seis que fué por el primer almirante don Cristóbal Colón descubierta, hasta ahora, se ha habido de provecho en esta isla tanto valor de perlas y aljófar, que han montado los quintos y derechos reales y el valor que a personas particulares ha redundado de la abundancia y grandísima cantidad de ellas (que allí se han sacado), que es grandísima la estimación y precio que esta granjería ha tenido». *Historia general y natural de las Indias: La provincia de Venezuela*. Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1986, lib. XIX-Proemio, pp. 23-24.

161 La continuidad de este anillo como símbolo marca aquí el paso del tiempo como continuidad de sangre y poder, y está relacionado con el de *La galera de Tiberio*, atribuido también al nombre de este César. Luis Duno-Gottberg lo interpreta como un «índice», en la terminología de Pierce, y señala: «Tanto Nueva Cádiz, ciudad de la que solo quedan escombros a pesar de haber sido boyante durante el siglo XVI, como el anillo de los conquistadores, son símbolos que el fraile lee sin dificultad alguna, mientras que Leiziaga opta por darles la espalda y proyectar su mirada deseante hacia un futuro de riquezas. Seducido por la promesa del capital, el ingeniero deviene ciego. Es precisamente debido a esta pulsión (y se verá más adelante que se trata de una avidez que posee todos los rasgos de un impulso erótico), que Leiziaga falla en su lectura de los símbolos como índices. En la ofuscación del deseo, es incapaz de establecer relaciones causales o de continuidad entre el fragmento y la totalidad histórica». «El relato de las ruinas y el deseo colonial. *Cubagua* de Enrique Bernardo Núñez», en *Cubagua ante la crítica,* ob. cit., pp. 454.

162 Enrique de Prusia, hermano del emperador, visitó Caracas en 1883, en los días del carnaval, según afirma Núñez en el *Calendario* de 1949, editado por él mismo en la Tipografía Vargas, en 1949 [*Obras reunidas: Valencia y la antigua Caracas*].

163 El cuadro pudiera evocar el que le hizo Michelena a Conchita Núñez López Méndez de Montemayor, en 1890, y que pudo haber sido pariente del autor.

164 No es clara la intención de este número, pero 300 años remiten a un momento cualquiera de la Colonia, hacia 1630. Otro sentido hubiera

cobrado si fueran 400, como hace en otras partes de la trama, pues llevaría a los días de existencia de la Nueva Cádiz.

165 Núñez alude la visita de Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland, en septiembre de 1799, al convento de Caripe, en el estado Monagas, donde encontraron libros que les sorprendieron: «Diríase que el progreso de las luces se siente hasta en las selvas de la América». *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, Caracas: Ministerio de Educación, 1956, t. II, p. 69, L. Alvarado, trad.

166 La redacción puede hacer que parezca confusa la fecha entre el viaje y la publicación. Según informa Pedro Grases en el estudio preliminar de la edición del libro de François Depons, residió en Venezuela entre 1801 y 1804, y la obra se publicó por primera vez en París, en 1806. *Viaje a la parte oriental de la Tierra Firme en la América Meridional*, Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1983, p. 9.

167 En efecto, no solo se carecía de agua en la isla, sino como consecuencia de esto, de vegetación y madera, materiales para la construcción y fuentes de alimento. Todo tenía que ser traído de afuera, lo que profundiza aún más el carácter metafórico de la novela.

168 Pudiera ser que Depons haya parafraseado la opinión de Fernández de Oviedo: «[N]o hay agua, los que allí viven pasan por ella a la Tierra Firme, al río que llaman Cumaná, que es a siete leguas de la Nueva Cáliz (cosa en la verdad trabajosa); mas con la ganancia, todas esas nescesidades comportan los hombres a propósito de sus intereses». *Historia general y natural de las Indias*…, ob. cit. (versión dig.), lib. XIX, cap. 1.

169 Es relevante que fray Dionisio cuestione a Depons y asegure la supervivencia de la riqueza perlífera. Sin embargo, Romero *et al* estudian el caso como el primer agotamiento de un recurso natural por sobreexplotación del continente y quizás el más acelerado en la historia mundial. Según un cálculo muy conservador, fueron más de once mil kilos de perlas, o sea, más de 56 millones de quilates, en unos treinta años, que, aseguran, correspondería a más de siete mil quinientas ostras diarias colectadas por cada uno de los setecientos indígenas esclavizados en la isla. Concluyen que era imposible que los placeres pudieran recuperarse. Artículo cit., pp. 69-70.

170 Poco se han analizado los cruces que se dan en la novela entre Cubagua y el Orinoco, la región del Caribe y la amazónica, la perla y el oro, así como el que las leyendas de Amalivaca y Vocchi fueran compartidas por los caribes y algunas tribus del bajo Orinoco. Las conexiones apuntarían no solo a la interpretación posible de una postrama, el futuro potencial de Guayana o su destrucción, cifrado en el viaje de Leiziaga, como se verá en el capítulo final, sino en el mismo sentido de

la ficción, dada la proveniencia de Nila y de fray Dionisio, y las varias referencias a tribus amazónicas, lo que pudiera ser una influencia de las lecturas de Humboldt.

171 Este elíxir tiene connotaciones productivas para el texto, más allá de su posible influencia en la alteración de la conciencia del personaje. Primero, ratifica los vínculos con las misiones, a las cuales está relacionado fray Dionisio. Luego, en su ensayo «Orinoco», publicado por primera vez en 1944, Núñez habla de un brebaje preparado por el aristócrata, pirata y escritor Walter Raleigh, preso en la Torre de Londres: «El gran jefe blanco se hallaba en prisión, en la sombría torre, dedicado a preparar su elíxir de Guayana o *Great Cordial*, y a escribir la *Historia del mundo* que no llegó a destruir, como se dice. […] El elíxir de Guayana contenía entre otros ingredientes carne de víbora, "mineral unicornio", semillas y raíces maceradas en espíritu de vino y mezcladas luego con perlas, coral rojo, cuerno de venado, ámbar gris, almizcle y otras materias. Luego entraría también su propia sangre. El famoso cordial, bueno contra todos los males, menos contra el veneno, según aseguraba Raleigh, fue aplicado a los labios del príncipe de Gales, moribundo. El príncipe murió. Creyose por lo mismo que había muerto envenenado». (*Cubagua-Orinoco*, Caracas: Ministerio de Educación, 1947, p. 123). Como se ve, aristócrata, prisión, elíxir, veneno, todo anuncia la trágica suerte de Lampugnano, que sucederá más adelante. Los vínculos entre este elíxir y el Orinoco los definió Margoth Carrillo Pimentel, por primera vez, en *El sentido de la modernidad en Cubagua*, Mérida: Solar de ensayo, Dirección de Cultura del Estado Mérida, 1995, p. 141.

172 Es evidente la influencia de Arístides Rojas en Núñez –quien escribe un primer ensayo biográfico sobre el polígrafo en 1926–, al menos en lo de pensar una historia que interprete e incorpore los restos supervivientes de las culturas primigenias (anteriores a las indígenas, que conocieron los españoles) y de la misma naturaleza, que recuerda también su posición en *Una ojeada al mapa de Venezuela* y en el discurso de incorporación ante la Academia Nacional de la Historia. En *Arístides Rojas, anticuario del Nuevo Mundo*, la versión definitiva del ensayo primero, señala: «Estas piedras perdidas en la espesura forman una guía. Son el primer libro venezolano. Rojas ha leído ese libro de piedra y comienza a decirnos parte de su contenido. Ha estudiado asimismo la cerámica, las lenguas y dialectos, formas de un mismo lenguaje, del mismo modo que el lenguaje de las flores y las formaciones geológicas. Pobre historia ha de ser la que no disponga de todas las ciencias y no pueda rastrear en las palabras el origen y las vicisitudes de los pueblos, y palpar en ellas, como en la arcilla y en la piedra, su espíritu y su pensamiento».

Caracas: Ediciones de *El Universal*, 1944, p. 15 [*Obras reunidas: Ensayos y polémicas*].

173 Fue la primera de piedra y, según Otte, la más importante, ya que se hacían allí las reuniones de la élite de Cubagua (*Las perlas del Caribe*, ob. cit., p. 254). La fuente de Núñez es Juan de Castellanos: «Allí hicieron casas suntuosas. / Fue la de Barrionuevo la primera, un escudero natural de Soria». *Elegías de varones ilustres de Indias*, ob. cit., part. 1, eleg. XIII, cap. 1, p. 209.

174 Una hermosa descripción contemporánea de este personaje se encuentra en Girolamo Benzoni (1565), la cual Núñez utilizó de seguro: «Cuando florecía la pesca de las perlas, llegó a aquella isla Don Luigi di Lampognano (pariente de aquel Lampognano que mató a Galeazzo María Sforza, duque de Milán), con una provisión imperial que lo habilitaba, sin impedimento alguno, para pescar en las vecindades de Cubagua la cantidad de perlas que él quisiese. Este hombre había salido de España con cuatro carabelas cargadas con todas las vituallas y provisiones necesarias para tal empresa, suministradas por algunos mercaderes españoles con la esperanza de ganancias. Mandó a hacer una especie de rastrillo con el cual, de cualquier parte de la mar donde lo echase, extraería fácilmente todas las ostras de perlas, o casi. Pero los españoles que residían en Cubagua, de común acuerdo, no quisieron obedecer aquella provisión, diciendo que el Emperador era muy liberal con la posesión ajena; si quería hacer alguna merced la hiciese con lo suyo; ellos habían ganado, conquistado y mantenido todo aquel país con grandísimos trabajos y peligros de su misma vida, por lo tanto era más lógico que lo disfrutasen ellos y no un forastero. Lampognano, viendo su provisión anulada, no quiso regresar a España por la vergüenza y por sus muchas deudas; poco después, debido a las tantas preocupaciones que tenía en la cabeza, perdió la cordura y todo el mundo se burlaba de él creyéndolo loco. Después de cinco años, trastornado, murió mísero en esta isla». *La historia del Nuevo Mundo*, Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1987, p. 68, M. Vannini de Gerulewicz, trad.

175 En efecto, se conserva la capitulación del Rey, datada en Burgos, el 10 de enero de 1528, que autoriza a Luis de Lampiñán a explotar las perlas con dicho aparato, por seis años y a cambio de una tercera parte de la pesca: «[H]aréis un ingenio artifiçio con que se puedan pescar las perlas en la isla de Cubagua, ques en la costa de Tierra Firme, sin que aya neçesidad de echarse en el fondo de la mar los indios y esclavos y otras personas que las sacan, con el qual dicho ingenio dizís que se pescará más cantidad de perlas y más gruesas que de la manera que agora se sacan». *Descubrimiento y conquista de Venezuela. Textos histó-*

ricos contemporáneos y documentos fundamentales, Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1962, t. II, pp. 49-50.

176 El vínculo que se establece entre Lampugnano y Leiziaga define el linaje de explotación colonial, que incluye antecesores vascos de Leiziaga, quienes formaron parte de la Compañía Guipuzcoana. Son personajes de constitución genealógica que apuntan a la permanencia dominadora, y que se encuentran presentes en las novelas anteriores, siempre en una línea única, referencial y hegemónica. Es el Guillermo Federman, que viene de buscadores de El Dorado, compañeros de los Welser, en *Sol interior*, y también el Gaspar Montenegro, de origen encomendero, ya noble en la península, en *Después de Ayacucho*.

177 De muchas maneras se ha interpretado este «secreto». No obstante, en *Una ojeada al mapa de Venezuela*, se define: «Pero hay el silencio y la soledad. Existen las serranías sobrepasándose siempre, y los horizontes. En todo esto hay imágenes. Se cree percibir cosas que existen o han existido. Algo que escapa a nuestros sentidos. En fin, eso que los conquistadores, cuando sentían turbada su alma en medio de las soledades, llamaban el secreto de la tierra. [...] Así, ese contorno que contemplamos nos ofrece algo más que los simples relieves de su aspecto físico y nos encontramos frente a una inteligencia; un pensamiento abandonado a la tierra» (pp. 4-5) [*Obras reunidas: Ensayos y polémicas*].

III

178 Este es un buen ejemplo del uso magistral de la sintaxis para enfatizar y sintetizar la propuesta formal de la novela, haciendo equivalentes las identidades de los protagonistas de los dos planos temporales. Se indica el conde milanés con el pronombre personal de tercera persona, mientras que el «mismo» es Leiziaga. El nombre del conde milanés solo aparece en tres ocasiones hacia el final del capítulo. Margoth Carrillo Pimentel asegura que esto produce «la difusión poética del sujeto, su desdoblamiento y diversidad». *El sentido de la modernidad en Cubagua*, ob. cit., pp. 28-29.

179 En efecto, Cubagua era centro de «acopio y comercialización» de los esclavos de la zona. Según Benzoni: «Todos los esclavos que los españoles capturan en esta provincia son enviados a Cubagua, pues allí residen los oficiales reales que recolectan los impuestos sobre las perlas, oro, esclavos y otras cosas. De todo se paga un quinto o sea el veinte por ciento. Los esclavos son marcados con una C en la cara o en los brazos por medio de un hierro candente; luego los gobernadores y capitanes los reparten como mejor les parece entre sus soldados, de manera que los españoles los venden o se los juegan entre sí». *La historia del Nuevo Mundo*, ob. cit., pp. 28-29.

180 Esta oración la extrae Núñez de su cuento «Bajo la noche tropical. Desde las playas de la isla encantada el Pensador oye al Infinito», que, según Larrazábal Henríquez, fue publicado en Bogotá, en *Mundo al día*, el 4 de febrero de 1928, y que apareció en Caracas con el subtítulo ligeramente modificado, en *Billiken*, el 15 de noviembre de 1940 (incluido en *La insurgente y otros relatos*, Caracas: Monte Ávila Editores, 1999, pp. 159-164, N. Tablante y Garrido, recop.). Según se desprende de un borrador mecanografiado, sin mayor desarrollo, este cuento fue la primera versión de la novela, titulado: «En Cubagua». Todo indica que pensó, inicialmente, desarrollarlo como un relato corto, y que luego lo tomó como primer capítulo de la novela, que comenzaría en Cubagua, con Leiziaga de narrador en primera persona del singular. Hay varios signos en los materiales pretextuales que avalan esto. Véase nuestra edición crítico-genética de *Cubagua*, Caracas: Celarg, 2014 [*Obras reunidas: Relatos*].

181 Cuando Pedro Simón describe la llegada de Colón a Cubagua, en 1498, yendo desde la punta de Araya, afirma: «Puso proa desde allí a la banda del Norte, donde descubrió luego aquellas famosas islas Cubagua, Cochen y la Margarita, que han sido tres alhoríes de perlas, pues se han sacado de ellas más de dos millones, aunque ya por ahora eso ha cesado» (*Noticias historiales de Venezuela*, ob. cit., p. 75). Mientras que Humboldt afirma: «A comienzos del siglo xvi conocíanse las perlas de Cubagua en Sevilla, Toledo, y en las grandes ferias de Augsburgo y de Brujas. No habiendo agua en la Nueva Cádiz, llevaban aquella del río Manzanares en la costa vecina, aunque se la tildase, no sé por cuál razón, de causar oftalmías. Todos los autores de ese tiempo hablan de la riqueza de los primeros colonos y del lujo que desplegaban: hoy se alzan sobre esta tierra inhabitada médanos de arena movediza, y apenas se encuentra el nombre de Cubagua en nuestras cartas». *Viaje a las regiones equinocciales*…, ob. cit., t. ii, p. 220.

182 Como en tantos otros momentos de la novela, hay un paralelo entre la situación histórica de explotación en Cubagua y la codicia de El Dorado. De hecho, la contraposición entre oro y libertad es uno de los temas fundamentales para el autor. En su discurso de incorporación ante la Academia Nacional de la Historia, afirmará: «Es indudable que los pueblos necesitan de una fuerza superior a la del oro. El Dorado y la Libertad son dos maneras de concebir la Historia. Tal vez ambas puedan identificarse. Tal vez la lucha que hoy se desarrolla sobre el planeta no tiene otro significado. La lucha entre el oro y el hombre. Entre el oro y la voluntad o el espíritu». En *Una ojeada al mapa de Venezuela*, ob. cit., p. 218 [*Obras reunidas: Ensayos y polémicas*].

183 Si bien pudiera ser un juego de palabras, con «picado» como «dañado por insectos», este vocablo también da cuenta de los huecos de encajes, típicos de estas ropas. La imagen proviene, también, de Oviedo, como señala en unos apuntes para la novela.

184 Aunque «Huyapari» designa al río Orinoco, también es el nombre de un pueblo. Por un *lapsus calami* Núñez lo escribió «Hupayari», que nos lleva a corregirlo aquí. Fernández de Oviedo afirma: «Este nombre Huyapari que los cristianos dan a este famoso rio, tuvo origen de los cristianos que con el piloto Juan Barrio de Quexo habían ido a descubrirle desde Cubagua, que le llamaron así [...] entended lector que donde se dijera Huyapari es Orinoco». *Historia general y natural de las Indias*…, ob. cit. (papel), lib. XXIV, cap. 3, p. 76.

185 La sustitución que hizo el autor del signo de Capricornio por el de Escorpión, a partir de la segunda edición, no responde a ninguna razón propiamente temática. No obstante, de haber habido un interés por la astrología (que se insinúa en otras partes del texto), pudiera estar aludiendo a un cambio de estaciones, pues la fecha del primero es 21 de diciembre al 19 de enero, mientras que la del segundo, 23 de octubre al 21 de noviembre. Es decir, el cambio de un signo de tierra por uno de agua, al que se le atribuye impulsividad y emotividad, interés por lo esotérico e, incluso, está caracterizado por la autodestructividad. Desde esta perspectiva, Escorpión es mucho más apropiado para la trama que las cualidades de Capricornio, que son prudencia y perseverancia.

186 Este alzamiento indígena es también un hecho histórico –descrito, entre otros, por Juan de Castellanos–, y corresponde a la destrucción de las misiones del Oriente venezolano, en 1521, donde Bartolomé de las Casas intentó poner en práctica su método pacífico de colonización.

187 «Antonio Flores, the man sent by the Spanish government to establish order and protect the natives, grossly abused his authority, and enriched himself in the pearl and slave trade. He favored his cronies and punished his enemies with imprisonment, whippings, and confiscation of property. He alienated the Margarita Guayquerís by requiring them to sell their pearls on Cubagua on his own terms. To deal with unrest, he seized two caciques (chieftains), summarily hanged the elder one, strapped the other, still a minor, to the muzzle of a cannon and blew his head off, throwing his body to the dogs». Romero *et al*, artículo cit., p. 63.

188 Por una carta del Rey, se sabe que Villacorta era «clérigo beneficiado de la iglesia de Santiago de la isla de Cubagua», y en otra, de mayo de 1535, por la cual lo autoriza a hacerles la guerra a los indios alzados en Cubagua, dándole «liçencia para ello e que a los indios que en ella capturaren los puedan tener por sus esclavos y venderlos [...] no se les pida ni lleve quinto ni otros derechos de los esclavos que se ovieren en

dicha guerra». *Descubrimiento y conquista de Venezuela*, t. II «Cubagua y la empresa de los Belzares», Caracas: Academia Nacional de la Historia 55, 1988, pp. 103 y 105.

189 En efecto, Fernández de Oviedo afirma: «[E]n esta Isla Española, cemí, como he dicho, es el mismo que nosotros llamamos diablo». *Historia general y natural de las Indias*…, ob. cit. (versión dig.), lib. v, cap. 1.

190 Aunque no pueda establecerse una clara relación entre fray Dionisio y Pedro de Aguado, este también era «fraile menor de la observancia de la horden de San Francisco», como reza el privilegio del Rey en su libro. *Historia general y natural de las Indias*…, ob. cit., t. I, p. 17.

191 Habla de la escritura, y hasta podría recordar el trágico diálogo de Cajamarca entre Atahualpa y Vicente de Valverde, nombrado más adelante.

192 En el pasaje del cacique Guaramental, Pedro de Aguado señala la presencia de indias de «estraña blancura, porque si su traje y lenguas no lo denunciaran, fueran tenidas por españolas. Preguntando si aquellas blancas mugeres heran de otra generacion alguna zircunuecina a este pueblo, dijeron que no, mas que se auian criado tan blancas por mucho encerramiento, que desque nacieron jamas les auia dado el sol, y asi como animales noturnos en sacandolas a la claridad del sol, se cubrian los ojos por no poder uer». *Historia general y natural de las Indias*…, ob. cit., t. I, p. 559.

193 La asociación de Diana con la luna le permite al autor implícito hacer una nueva combinación de simbologías grecorromana e indígena, ratificando la idea de unidad en los orígenes culturales, como ya se señaló.

194 Se debe poner en tensión este paso de las perlas a las conchas como énfasis de valor en sus adornos, y la imagen posterior de Nila lanzando estas al mar.

195 De Castellanos relata con detalle la venganza española comandada por Gonzalo de Ocampo, señalando: «Y de los principales mas de veinte / ahorcaron allí de las entenas, / para atemorizar la demás gente / de que estaban las playas todas llenas; / y echados á la mar los cuerpos muertos, / a Cubagua se fueron y á sus puertos». *Elegías de varones ilustres de Indias*, ob. cit., part. 1, eleg. XIII, cap. 2, p. 213.

196 Era entonces alcalde mayor de la Nueva Cádiz.

197 Según Otte, «en su apogeo contó con más de 1.000 habitantes». *Las perlas del Caribe*, ob. cit., p. 285.

198 En el drama *Oscéneba*, de César Rengifo, de 1958, se incluye al personaje Cuciú, sin similitud alguna con la de Núñez. La obra de Rengifo cruza la rebelión de los indígenas en Cubagua con la destrucción natural de la isla, siendo Cuciú el símbolo de renovación y futuro de los caribes en rebeldía. Es posible que Rengifo le rindiera homenaje a Núñez

tomando el nombre de su personaje, pero modificándole tanto constitución como destino. Caracas: Fundarte, 2010.

199 Es importante este cambio de concordancia de masculino a femenino. Es decir, el sujeto de la oración deja de ser «el olor de carne» y pasa a ser la misma Cuciú, quien fue «sembrada por las cenizas en el agua».

200 Núñez puede seguir a Pedro Simón en la mezcla de Lampugnano y el boticario (que era genovés y no lombardo) que prepara el veneno para asesinar a Diego de Ordaz, si bien nada se dice del suicidio del conde.

201 De nuevo, la construcción de la frase ratifica la simultaneidad de los dos planos temporales, uniendo a Leiziaga y Lampugnano por medio del «ahora». El «óleo» es el petróleo, lo que queda claro en uno de los pretextos primeros, cuando lo adjetiva con «negro».

202 Esta idea del sufrimiento de los españoles, en la búsqueda desmedida y tanática de la riqueza, es un matiz y no una excusa de la leyenda negra, que mucha verdad descubre. Evidentemente, la ambición conquistadora planteó, desde muy temprano, el riesgo de muerte, como se desprende del cronista Francisco López de Gomara, quien escribió de oídas y desde la lejana España: «No se sabe qué isla tan chica como esta rente tanto, i enriquezca a sus vecinos. Han valido las perlas que se han pescado en ella, después acá que se descubrió, dos millones. Mas cuestan muchos españoles, muchos negros i muchísimos indios». Epígrafe de Otte, *Las perlas del Caribe*, ob. cit., p. 2.

203 Esta información pudo haber sido tomada de Benzoni, quien nombra a Cálice como capitán de Maracapana y habla de su actividad esclavista, aunque dando otra cantidad y mayores detalles sobre el genocidio indígena de la Conquista: «Mientras estábamos en aquel lugar llegó el capitán Pedro de Cálice con más de cuatro mil esclavos, y aún más había capturado, pero muchos se habían muerto en el camino por la escasez de alimentos, el cansancio y los sufrimientos, y también por el dolor de abandonar a la patria, a los padres o a los hijos. Los que no podían caminar más eran heridos de muerte por los españoles que les clavaban sus espadas en el vientre o en el pecho para que no pudiesen hacerles guerra si quedaban atrás. Era verdaderamente muy conmovedor ver a aquellas pobres criaturas desnudas, cansadas, maltratadas, agotadas por el hambre, enfermas, desamparadas; madres infelices cargaban a dos o tres hijos en los brazos y en los hombros, extenuadas de llanto y de dolor. Todos arrastraban cuerdas y cadenas de hierro que les ataban el cuello, los brazos y las manos. Ya no había joven que no hubiese sido violada por los depredadores, hasta el punto que por causa de tanta lujuria algunos españoles estaban enfermos y hechos una ruina. Este capitán había recorrido más de setecientas millas a través de aquellos países que al principio, cuando vinieron los españoles, estaban llenos

de gente; pero cuando yo llegué les faltaba poco para estar completamente destruidos». *La historia del Nuevo Mundo*, ob. cit., pp. 24-25.

204 En la novela, esta *C* pudiera nombrar a Cálice y a Cubagua, al mismo tiempo.

205 Efectiva ironía para señalar lo infundado de muchos criterios de inferioridad con los cuales se juzgaron a los indígenas.

206 Núñez en algunas correcciones escribe «Sedeño», que era la grafía a menudo usada por los cronistas. El capitán Antonio Sedeño intentó conquistar la isla de Trinidad, sin lograrlo, y murió posiblemente envenenado durante la búsqueda de El Dorado.

207 Este perro era hijo de *Becerrico* o *Becerrillo* (veáse la nota siguiente). Fernández de Oviedo dice: «E yo vi un hijo suyo en la Tierra Firme, llamado *Leoncico*, el cual era del adelantado Vasco Núñez de Balboa, e ganaba, asimismo, una parte, e a veces dos, como los buenos hombres de guerra, y se las pagaban al dicho Adelantado en oro y en esclavos. E como testigo de vista, sé que le valió, en veces, más de quinientos castellanos que le ganó, en partes que le dieron en las entradas. Pero era muy especial e hacía todo lo que es dicho de su padre». *Historia general y natural de las Indias*…, ob. cit. (versión dig.), lib. xvi, cap. 11.

208 Esto quizás es tomado de Fernández de Oviedo: «¿Qué más vituperio puede ser para un cobarde que ganar sueldo una bestia entre los hombres, e dar a un perro parte y media, como a un ballestero? Este fué un perro llamado *Becerrillo*, llevado desta isla Española a la de Sanct Joan, de color bermejo, y el bozo, de los ojos adelante, negro; mediano y no alindado; pero de grande entendimiento y denuedo. [...] entre doscientos indios, sacaba uno que fuese huído de los cristianos; o que se le enseñasen, e le asía por un brazo e lo constrenía a se venir con él e lo traía al real, o adonde los cristianos estaban; e si se ponía en resistencia e no quería venir, lo hacía pedazos, e hizo cosas muy señaladas y de admiración». *Historia general y natural de las Indias*…, ob. cit. (versión dig.), lib. xvi, cap. 11.

209 En la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Bartolomé de las Casas describe diversos «tormentos» con los «cristianos» que los «cristianos» utilizaban para atormentar a los indios, llegando incluso a usarlos a estos como alimento. Ejemplo de ello y tratando la conquista de La Española, relata como «enseñaron y amaestraron lebreles, perros bravísimos que en viendo un indio lo hacían pedazos en un credo, y mejor arremetían a él y lo comían que si fuera un puerco. Estos perros hicieron grandes estragos y carnecerías». Disponible en www.eumed.net/textos/07/fbc/index

210 Es significativo el razonamiento del narrador sobre las fantasías y mentiras picarescas de los «mendigos» en América –que aseguraban haber realizado proezas en las guerras del imperio y sacrificado riquezas

en España para conquistar honra en las Indias–, y el que merecieran como recompensa esclavos indígenas para ser explotados.

211 Esto evoca las palabras de Bartolomé de las Casas, si bien pudieron haber sido también las de su inspirador, fray Antonio de Montesinos. De las Casas, en la descripción de la conquista de tierras venezolanas por los Welser, afirma: «Éstos, entrados con trescientos hombres o más en aquellas tierras, hallaron aquellas gentes mansísimas ovejas, como y mucho más que los otros las suelen hallar en todas las partes de las Indias antes que les hagan daño los españoles. Entraron en ellas, más pienso, sin comparación, cruelmente que ninguno de los otros tiranos que hemos dicho, e más irracional e furiosamente que crudelísimos tigres y que rabiosos lobos y leones. Porque con mayor ansia y ceguedad rabiosa de avaricia y, más exquisitas maneras e industrias para haber y robar plata y oro que todos los de antes, pospuesto todo temor a Dios y al rey e vergüenza de las gentes, olvidados que eran hombres mortales, como más libertados, poseyendo toda la jurisdicción de la tierra, tuvieron». *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, ob. cit.

212 El jubileo correspondiente a esos años tuvo lugar en 1525, decretado por Clemente VII, mientras que el cometa Halley indica el año de 1531.

213 Esto sugiere a Gerolamo Olgiati (y no «Olgiato», como apareció siempre en la novela), uno de los confabulados en el asesinato de Galeazzo Maria Sforza, quinto duque de Milán, hecho en el que estuvo también involucrado el familiar de Lampugnano que nombra Benzoni en cita anterior. Dos hechos pueden estar cruzándose aquí, dada la fecha de la escritura. Una, la publicación de *Il Dramma di Gerolamo Olgiati*, de Bortolo Belloti, de 1929, y la construcción de la Villa Olgiati, en los años veinte. Sin embargo, intuimos que Núñez haya hecho la cita de las *Historias florentinas* de Maquiavelo, pues lo nombra «Girolamo Olgiato».

214 Según Humboldt, la palabra «Zenquerot» designaba la luna, información que obtuvo de un indígena puinave, etnia minoritaria del Orinoco. *Viaje a las regiones equinocciales*, ob. cit., t. IV, p. 91.

215 En diversas versiones Núñez escribe «areito», «areíto» y «areyto». Unificamos el criterio en «areyto», en el cuerpo del texto, como se titula el capítulo, mientras que usamos «areíto» en nuestras notas.

216 Esta es otra de las ideas iniciales de la novela en el relato «Bajo la noche tropical»: «¡Cuán largos los tiempos que esas estrellas habían visto pasar con la efímera ligereza de un perfume! ¡Cuántas rodarían yertas y mudas en el espacio! En su incesante temblar aquel rocío de mundos turbaba la mente». *La insurgente y otros relatos,* ob. cit., p. 160 [*Obras reunidas: Relatos*].

217 Existe la palabra «prieto», que es un color negro más oscuro. Sin embargo, en sus apuntes para la novela, incluye una nota que señala: «pretos o moavis - indios esclavos entre los araucos».

218 Núñez escribe, indistintamente en diversos pretextos, «araucos», «aruaco», incluso en la cuarta edición, la peruana que fue desautorizada (Segundo Festival del Libro Venezolano, Biblioteca Básica de Cultura Venezolana, 1959), se corrigió por «araucano». En realidad, habla de la tribu de los arahuacos o arawacos que habitaban las islas de las Antillas, antes de la llegada de los españoles. El texto hace una referencia ambigua a los enfrentamientos entre estas tribus y los caribes, y la de todos los indígenas y los conquistadores. Así, Arimuy es héroe de ambas luchas.

219 De Castellanos también alude a este al tratar el asalto a las misiones de Cumaná: «Otros con Toronaima se juntaron, / cacique principal, crüel y duro, / para ser dél en la traición instrutos / y en un parecer solo resolutos». *Elegías de varones ilustres de Indias*, ob. cit., part. 1, eleg. XIII, cap. 1, p. 210.

220 No existe la palabra «escofeta». Puede haber sido un regionalismo de alguno de los tres países donde escribió la novela, pero no hemos podido precisarlo. Según el sentido, puede designar el espacio al fondo del barco donde llevaban encerrados a los esclavos.

221 En su discurso ante la Academia, nombró a este personaje: «dueño en Cubagua de un tonel de perlas, a quien se vio pedir limosna en Santo Domingo». Y como fuente precisa la «Relación del obispo Rodrigo de las Bastidas. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia». En *Una ojeada al mapa de Venezuela*, ob. cit., p. 215 [*Obras reunidas: Historia y discursos*].

222 Hubo un pirata español de ese entonces llamado Diego Ingenio (o Ingenios), quien vivió en Cubagua y luego atacó la Nueva Cádiz comandando a los franceses. En algunas ocasiones, los indígenas se apoyaron en piratas para obtener armas y enfrentarse a los conquistadores. De Castellanos nombra a los que asolaban Margarita y las costas de tierra firme, dando cuenta de diversos de ellos, pero no de Ingenio: «Pues pasados tiempo, aun hoy dia / franceses les impiden el reposo» (*Elegías de varones ilustres de Indias*, ob. cit., part. 1, eleg. XIV, cap. 1, p. 221). En cambio, Fernández de Oviedo sí da cuenta del ataque del «mal español», quien bombardeó la ciudad. Pero los indígenas más que ayudar a Ingenio, lograron frenar el ataque con sus flechas envenenadas de curare (*Historia general y natural de las Indias*…, ob. cit. (papel), lib. XIX, CAP. 13, P. 60). Según apuntes de Núñez para la novela, esto sucedió en 1528.

223 Otte aborda este enfrentamiento como «la primera batalla naval de América», con la participación de indígenas del lado de las fuerzas

navales de Cubagua, «—…y ganada exclusivamente gracias al veneno de los indios flecheros—, la vigilancia continuó hasta la derrota final del pirata». *Las perlas del Caribe*, ob. cit., p. 234.

224 Bartolomé de las Casas hace una detallada descripción de la pesca de perlas: «Métenlos en la mar en tres y en cuatro e cinco brazas de hondo, desde la mañana hasta que se pone el sol; están siempre debajo del agua nadando, sin resuello, arrancando las ostras donde se crían las perlas. Salen con unas redecillas llenas dellas a lo alto y a resollar, donde está un verdugo español en una canoa o barquillo, e si se tardan en descansar les da de puñadas y por los cabellos los echa al agua para que tornen a pescar. La comida es pescado, y del pescado que tienen las perlas, y pan cazabi, e algunos maíz (que son los panes de allá): el uno de muy poca sustancia y el otro muy trabajoso de hacer, de los cuales nunca se hartan. Las camas que les dan a la noche es echarlos en un cepo en el suelo, porque no se les vayan. Muchas veces, zabúllense en la mar a su pesquería o ejercicio de las perlas y nunca tornan a salir (porque los tiburones e marrajos, que son dos especies de bestias marinas crudelísimas que tragan un hombre entero, los comen y matan)». *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, ob. cit.

225 En este texto, bastante lascasiano, la frase ofrece una suerte de balance humanitario del dolor que sufrieron también algunos conquistadores, si bien diametralmente menor que el de los indígenas, y, al fin y al cabo, buscado a consciencia de sus riesgos.

226 Ordaz acompañó a Diego Velásquez en la conquista de Cuba, donde alcanzó grado de capitán, y luego participó como capitán al lado de Hernán Cortés en la destrucción de Tenochtitlán. Fue nombrado Caballero de la Orden de Santiago. Más tarde se sumó a la conquista de territorio venezolano.

227 El mismo Pedro de Aguado (1950) da una doble versión de la prisión de Ordaz. Una, en Cumaná, y la otra, de visita en Cubagua, con la supuesta intención de entrevistarse con Matienzo. Luego de haber sido encarcelado por la instigación de sus propios soldados, estos se arrepintieron.

228 Núñez nombra a Ortiz de Matienzo y a Matienzo como el mismo personaje. Sin embargo, en el texto de Gustavo Otte se da cuenta de dos distintos alcaldes mayores: Pedro de Matienzo, de 1524 a cerca de 1526, y Pedro Ortiz de Matienzo, desde cerca de octubre de 1526 al primero de mayo de 1528 (p. 497). El historiador aclara que eran primos, y que llegaron en el séquito del doctor Sancho de Matienzo. *Las perlas del Caribe*, ob. cit., p. 110.

229 El pasaje está basado en Pedro de Aguado, quien no señala que el boticario fuera Lampugnano: «…estando Pedro Hortiz de Matienço

en la isla de Cuuagua, llego alli vn jinoues, voticario, que traia zierto artificio para sacar perlas, y por causas que a Pedro Hortiz le mouieron, tanvien lo desuarato y prendio como a Ordas, y lo dejo rresidir alli, y al tienpo que tenia preso a Don Diego de Ordaz le dijo a este uoticario que le hiziese plazer de hazer tres pildoras o bocados ponzoñosos con que pudiese matar tres casiques o principales de Tierra Firme de quien se temia que le andauan por hazer mal o daño, y que porque no fuesen sentidos de sus suditos y se le alçase y rreuelase toda la tierra, los queria matar disfrazadamente». *Historia general y natural de las Indias*…, ob. cit., t. I, p. 449.

230 Según de Aguado, Matienzo tuvo miedo de que se alzaran los soldados de Ordaz, luego de haberlo traicionado, y propone su salida de la isla y prepara su muerte posterior: «[P]orque no uiniesen a desuergonzar los soldados y quisiesen soltar a su gouernador y a le prender, y nasciese dello algunas guerras ceuiles, por donde uiniesen a destruirse y perderse asi el como los de su uando y los demas sus contrarios». Por ello –según el mismo Aguado–, fueron a la Audiencia Real de Santo Domingo, donde Ordaz fue declarado inocente y libre. Este, que era gobernador del Orinoco, insistió en que se dirigieran a España, donde debatirían los perjuicios que había sufrido por la acción de Matienzo e, incluso, fuera castigado por ello. Matienzo, temiendo las consecuencias, envenenó a Ordaz durante la travesía. *Idem*.

231 Diego de Ordaz murió en 1532. Núñez parece seguir en esto a Pedro Simón: «…con que no se pudo engendrar sospecha contra nadie de su muerte, por ser tan ordinario en los hombres el morir de repente. Y así, lo echaron a la mar sin ningún examen acerca del caso. Del cual no dejaron algunos de hacer juicio y que el de Dios le había determinado justamente aquella muerte repentina en castigo justo, por la severidad y arrogancia con que había tratado a sus soldados [...] Pero como los juicios del poderoso Dios son muy otros que los nuestros, a él se ha de dejar la judicatura de estos casos, como verdadera, sospechando siempre si lo será la nuestra». *Noticias historiales de Venezuela*, ob. cit., p. 173.

232 Primero fue abandonada –según Otte– hacia 1537 y la ciudad fue trasladada a Margarita a principios del año siguiente (*Las perlas del Caribe*, ob. cit., p. 393). Ahora bien, los historiadores debaten, todavía, las causas de la destrucción de Cubagua. La versión establecida afirma que, en la Navidad de 1541, la ciudad fue arrasada como consecuencia de un movimiento sísmico y un maremoto. De Castellanos, testigo tardío de los hechos, recuerda un terremoto anterior que tuvo lugar en 1530, al que considera castigo divino: «Los que vivos quedaron ya dijeron / la causa deste mal que padecian: / que fué por las

maldades que hicieron / en aquellos que mal no merecian; / también del terremoto y aspereza / cayó gran parte desta fortaleza» (*Elegías de varones ilustres de Indias,* ob. cit., part. 1, eleg. XIII, cap. 3, p. 217). Luego, da cuenta del sismo final, según él en 1543, en el que se incluye como testigo, señalando con detalle que, no obstante la destrucción de toda construcción, no hubo muertos: «De todos vientos rigurosa guerra, / y el mar mucho más alto que la tierra. / El agua de los cielos era tanta, / y con tan grandes ímpetus venía / [...] Ruido temeroso se levanta / que de la mar y tierra procedía, / sobrevino la noche muy escura, / y con ella grandísima tristura. / [...] tiembla la isla toda donde quiera / por aire conmovida desde el centro, / [...] huir de las paredes y del muro / parecia remedio mas seguro. / [...] Yo solia posar en una casa / que bien cercana fué de la marina / [...] e viendo yo henderse cierta esquina, / a grandes voces dije: "fuera, fuera, / que ya caen las rejas y madera" / [...] aquí y allí caian edificios, / las altas azoteas, las almenas, / la casa de los santos sacrificios, / moradas que yo vi ricas y buenas: / aquí sonaban voces y allí gritos, / aquellos con temor, estos aflitos. / [...] el cielo se mostró de nubes lleno, y el fuego celestial viene rasgando / la nube por el mas espeso seno; / y aquella furia con que va pasando / es la causa de dar horrible trueno, / poniendo gran temor alos mortales / sin uso de razon y racionales; / tal y tan grande estruendo se hacia / cuando con tantas lluvias y temblores / la más gruesa pared de canteria / caia con los altos corredores, / [...] al fin cesó la fuerza de los vientos / y llegaron las horas de bonanza: / ningunos muertos, pero descontentos / determinados á hacer mudanza. / Por no tener recurso de vivienda, / eso me da soltero que con prenda». *Ibid.*, pp. 219-220.

233 Con el *Laus Deo* pone punto final al relato con gesto religioso, fundiendo las voces del narrador y la de fray Dionisio, ecos una de la otra. De ahí que este intente constatar la comprensión de Leiziaga, el receptor del mensaje, colocando al protagonista como lector ideal, al menos en este capítulo. La narración no se asume como una historia «contada», sino como un *flash-back* similar al cinematográfico. Al mismo tiempo, Leiziaga recibe el pasado y la versión del fraile como experiencia a través del lenguaje.

234 Como en otros momentos de la trama, hay un silencio lleno de significado, lleno de contenido. Su interpretación es la historia misma de la isla.

235 Los verbos en presente describen lo imaginado por Leiziaga como una «historia del futuro». Pero esta se desarrolla como una ecuación de producción-muerte, petróleo-negros y otros obreros. El motivo se sintetiza al retomar una imagen en el presente de 1925 y en voz del

narrador de la novela, que ya se había incluido idéntica en ese mismo capítulo, pero ubicada en los días coloniales: «Aquí se hacen féretros».

IV

236 Esta palabra se presta a confusión, y quizás fuera un error de «extático» por «estático», pero se respeta la lección del autor. Leiziaga es un hombre de acción, de cambios, poco propenso a la contemplación y reflexión a las que lo invita fray Dionisio.

237 Esta traición remite al pasaje donde los indios no podían huir de los españoles, porque las espinas de los cardones se les clavaban en las plantas de sus pies descalzos.

238 Este capítulo está relacionado con un artículo de 1932 del mismo título, en el cual Núñez aborda las cualidades del cardón en tono casi amoroso. Describe y alaba su flor como el símbolo ideal para el escudo nacional, su noble madera para vigas y canaletes, el parecido de su «ruda ternura» con el rostro y la vida de los moradores de esas soledades: «Vigila las costas, el mar, los ignotos horizontes. Vive así en éxtasis, en el azul perenne, azul de cielo y de mar». Nota a *Una ojeada al mapa de Venezuela*, ob. cit., pp. 49-50 [*Obras reunidas: Ensayos y polémicas*].

239 El «minero» (*Lipaugus vociferans*) es un pájaro de canto agudo, que habita en las zonas boscosas del Alto Orinoco, de aquí que se le atribuya su propiedad al fraile. No obstante el mismo Núñez hace una acotación similar para otra ave: «Del moriche se dice que canta donde hay oro, lo cual podría ser mérito extraordinario, si no se le opusiera el águila o cóndor de nuestros Andes». «En busca del "ave nacional"», *El Nacional*, 31.10.1957. En *Bajo el samán*, ob. cit., p. 155 [*Obras reunidas: Escritos finales*].

240 En unos fragmentos manuscritos de la obra se indica que Nila tenía entonces catorce años. Esto permite hacer la relación entre ella y Barbarita, en *Doña Bárbara*, también de sangre indígena, que es violada por caucheros más o menos a esa misma edad.

241 Esto sugiere un hecho real, pero no hemos logrado ubicarlo.

242 Fernández de Oviedo afirma de la cacica Orocomay o Erocomay: «[L]a obedescen más de treinta leguas en torno de su pueblo, e fué muy amiga de los cristianos. E no se servía sino de mujeres, y en su pueblo e conversación no vivían hombres». *Historia general y natural de las Indias*… cit. (versión dig.), lib. XIX, cap. 23.

243 Esta escena está ubicada en el punto áureo de la novela.

244 La actitud de Nila, de un feminismo político y una precocidad sorprendentes en una Venezuela patriarcal y machista, tiene un precedente en «La insurgente», un relato largo del mismo Núñez, de 1923, que gira

alrededor de la figura de la patriota Teresa Heredia (incluido en *La insurgente y otros relatos*). En una lección que luego no incluyó en lo publicado, anticipa las palabras de Nila en *Cubagua*: «Pero la felicidad de Hidalgo [Hijuelos, en el definitivo] debía durar poco. Teresa decía que el amor no valía nada en aquellas circunstancias; que era preciso dedicar la vida a cosas más altas» [*Obras reunidas: Relatos*].

245 Fray Dionisio adelanta el areíto, que se desarrolla en el capítulo siguiente, como una visibilización de «formas primitivas y ocultas», que se suma a lo que ya dijo Cedeño: «A estas horas vienen los muertos del otro mundo».

246 Esto tiene que ver con la Inquisición, por tanto el «*in pace*» son los calabozos subterráneos de la tortura, donde se encuentra la «paz de la muerte».

247 De Castellanos dice: «Y al indio que llamaban Orteguilla, / a quien frailes hacian gran regalo, / y fue para con ellos el mas malo. // Pues seis días después del estampida / vivió fray Dionisio, que de gana / quisiera conservar gente rompida, / por conocer en él voluntad sana; / mas Orteguilla le quitó la vida / con un terrible golpe de macana, / pagándole con mal el atrevimiento / el bien que del habia recebido. // [...] Pudo tambien prender en una villa / un valiente gandul en traje vario, / vestido con un hábito y capilla, / y dentro de la manga breviario: / Hermano, dicen, fué del Orteguilla, / Y no menos á frailes adversario, / al cual colgaron en un alto risco, / y en hábito murio de San Francisco». *Elegías de varones ilustres de Indias*, ob. cit., part. 1, eleg. XIII, cap. 2, pp. 213-214.

248 Leiziaga no ve nada de lo maravilloso que el narrador le señala, está ciego a la otra realidad de la isla.

V

249 Se da aquí una doble torsión temporal. Por un lado, solo podría Leiziaga haber entregado estos papeles al coronel Rojas al momento de su encarcelamiento al final de la trama. Por otro, la redacción sugiere que al momento de la recuperación de estos textos ya había pasado un tiempo, que es causa de su deterioro. Es decir, el futuro de la postrama, desde donde se escribe y arma la novela.

250 Filippo Salvadore Gilij es la fuente de la leyenda que utiliza Núñez. En su artículo «El gran viajero Amalivaca», sobre un mural de Rengifo en El Silencio de Caracas, afirma que su libro no había podido leerse en Venezuela, por no haber traducción. Pero advierte que «[e]n la biblioteca de la Academia Nacional de la Historia existía en su lengua original un ejemplar bastante deteriorado por la acción del tiempo y

la polilla» (*Crónica de Caracas* 28-29 [abril-junio 1956]: p. 144). No confiesa haberlo consultado, pero la grafía que utiliza en la novela es similar a la de versión italiana de Gilij: «Uoccí» (*Saggio di storia americana,* Roma, 1782, vol. 3, lib. 1, p. 4). Otros autores lo escriben más bien «Vochi» [*Obras reunidas: Valencia y la antigua Caracas*].

251 Parece hablar de los mayas, si bien varios críticos han propuesto que fuera de la Atlántida. Según la versión del *Timeo* de Platón, esta se habría hundido por «un violento terremoto y un diluvio extraordinario», que recuerda el destino de Cubagua.

252 Estas «máquinas voladoras» son difíciles de interpretar en este contexto sin caer en especulaciones esotéricas.

253 El recorrido de Vocchi tiene mucho de hegeliano, de este a oeste, incluyendo sin embargo América y permaneciendo en zonas tropicales: arranca en el paleolítico, en pueblos nómadas de Lanka (Asia oriental), y se dirige a Bachtra en Persia (Asia central), Mesopotamia, Grecia (Cnossos en Creta), luego se insinúa su paso por Europa, quizás luego la Atlántida y, finalmente, América, antes del arribo de los españoles. Aquí habría que hacer alusión a una nota incluida en un cuaderno de apoyo para la escritura de la novela, en la cual agrega dioses fenicios y egipcios, sin darles desarrollo, pero que pudieran concentrarse en la figura sincrética de Vocchi.

254 Humboldt, quien cita con frecuencia a Gilij, cuenta que el dios extranjero Amalivaca (similar a Quetzalcóatl) llega navegando luego del diluvio («que llamaban la edad del *agua*»). La única vez que nombra a «Vochi» afirma que eran hermanos, «quien le ayudó a dar a la superficie de la tierra su forma actual» y que juntos querían ayudar a los hombres en la navegación, dándole al Orinoco una doble inclinación que hiciera innecesario el uso de los remos, lo que les resultó imposible a estos dos «regeneradores del mundo». Así, «se vieron obligados a renunciar a un problema hidráulico tan extravagante». Agrega que Amalivaca forzó a las mujeres tamanacas a hacerse sedentarias («les rompió las piernas») y poblar la tierra. Luego de «arreglarlo todo en América, se embarcó nuevamente y "volvió a la otra orilla" al mismo punto del cual había venido» (*Viaje a las regiones equinocciales*…, ob. cit., t. IV, pp. 338-339). Si bien esta es la información que debió conocer Núñez al momento de escribir su novela, en la fuente original, Gilij afirma lo mismo del dios Amalivacá, Amaruacá o Amarivacá. Y dice que junto a su hermano Vocchi fabricaron la tierra y que intentaron la doble navegación con la corriente del gran río, y que los obligó a hacerse sedentarios, con metáfora similar (adjudica la rotura de las piernas a una hija, con la que se conforma una trinidad), concluyendo: «Estas, como ve cualquier sabio son meras locuras; pero entre tan oscuras tinieblas se descubre

algo de aquella luz que el Señor envía a todo mortal». Gilij, *Ensayo de historia americana*, Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1965, t. II, p. 29, A. Tovar, trad.

255 Tendría también presente la crónica «La leyenda del moriche», de Arístides Rojas, de 1890, quien cita a Humboldt y Schomburgk (el de la famosa línea, que tanta influencia tuvo en la malhadada disputa de límites con Guayana, tema de mucho interés para Núñez) y da como fuente a Gilij, pero repitiendo casi exactas las palabras de Humboldt. Como puede comprobarse, hay una fuerte elaboración en el texto de Núñez, asimilando elementos de la leyenda de Amalivaca a la de Vocchi.

256 Se retoma de nuevo aquí la igualdad de las culturas en tiempos primigenios, influencia fuerte de Rojas en su pensamiento, como ya vimos. Precisamente, en el ensayo biográfico sobre este, escribió comentando el libro *Desván del anticuario*: «Ese continente que llaman Nuevo Mundo en realidad es antiquísimo. Sus razas han oído oráculos de tiempos muy remotos. Sus tradiciones se enlazan con las de los pueblos más antiguos. Entre la maleza y al pie de las cordilleras, a través del territorio de Venezuela, se ven grabados en piedra, aves, flores, insectos, estrellas, lunas, serpientes, ranas, cocodrilos, embarcaciones, cabezas de guerreros. En el Orinoco hay cavernas cubiertas de esa escritura misteriosa» («Arístides Rojas, anticuario del Nuevo Mundo», ob. cit., p. 15). Pero también pudiera ser, una vez más, Humboldt la fuente de Núñez: «…en las sabanas cercanas, rozadas por el Casiquiare, el Atabapo, el Orinoco y el Río Negro, no existe hoy, casi ningún rasgo de habitación humana. Digo hoy porque allí, como en otras partes de la Guayana, unas figuras toscas, que representan el sol, la luna y unos animales, están trazados sobre las piedras de granito más duras, y atestiguan la existencia anterior de un pueblo muy distinto de los que hemos llegado a conocer en las orillas del Orinoco». Más adelante, transcribe la explicación mitológica tamanaca, que le atribuye los dibujos al dios «padre» Amalivaca. *Viaje a las regiones equinocciales*…, ob. cit., t. IV, p. 336 [*Obras reunidas: Ensayos y polémicas*].

257 Cuando el ensayista Alberto Rodríguez Carucci sigue el recorrido literario de Amalivaca, centrándose en Martí y Carpentier, nombra a Núñez entre ellos, como una de sus reescrituras contemporáneas. Da cuenta de la percepción del dios tamanaco para el prócer cubano, en términos que cuadran muy bien con la visión del venezolano, que pudo haberlo heredado de él: «Martí reconocía en Amalivacá el registro fragmentario de una memoria preterida que merecía ser recuperada como relato simbólico susceptible de cambios para actualizar el mito originario en el marco de las nuevas realidades y bajo el impulso de

nuevas fundaciones. El mito, proyectado sobre un escenario continental moderno, cambiaba entonces de lugar, de sentido y de función, a la vez que lograba perpetuarse –gracias a los prodigios de las estrategias transtextuales– como una referencia básica y privilegiada de los tamanacos» (p. 77). Sin embargo, cuando el investigador trata la obra de Carpentier, Núñez luce como el posible intermediario, y de ser real la influencia, surgen los parecidos: «…se había propuesto entender a los indígenas del Alto Orinoco, sus orígenes y primeras fundaciones, los enigmas del tiempo mítico, escogido como tema para crear un espacio de convergencias y sincronías imaginarias de las cosmogonías que acompañaron el mito del diluvio universal» (p. 78). De igual modo, también se sospecha una velada presencia en el cuento «Los advertidos», de Carpentier. El erudito cubano nunca reconoció haber leído a Núñez. «Amalivacá en Cuba», *Cifra Nueva* 15 (enero-junio 2002): pp. 73-82.

258 Hay un contraste entre las dos actitudes de Amalivaca y Vocchi con respecto a la enseñanza de los hombres. Según Violeta Urbina Tosía, esto plantea la repetición del acto cosmogónico. «El mito siempre (acerca de la novela *Cubagua*)». En *Cubagua ante la crítica,* ob. cit., p. 152.

259 Si aceptamos que «Bajo la noche tropical» fue la primera concreción de la novela, como todo indica, es interesante que la divinidad con la que el narrador-protagonista dialoga sea una suerte de fray Dionisio y Vocchi reunidos, o mejor aún, no todavía separados en dos personajes distintos. Sin embargo, es ya claramente un dios, o más bien un semidiós. De ahí, otra frase que permanece casi igual: «…pues por nuestra naturaleza perdemos todo poder al ser derribados nuestros templos». En *La insurgente y otros relatos*, ob. cit., p. 162 [*Obras reunidas: Relatos*].

VI

260 En una de las versiones mecanografiadas, se incluye una nota que ofrece información más completa: «El navío de este nombre, buque insignia de la expedición de Morillo, voló cerca de Cubagua el 24 de abril de 1815, a las 9 de la mañana. Estaba armado con 74 cañones. La expedición constaba de 65 buques de transporte con un total de 15.000 hombres».

261 «Omegua», en Pedro de Aguado, es una ciudad de El Dorado, pero pudiera ser una población indígena en Venezuela: «Omeguas, que casi corresponde con la que Orsua tubo en el Marañon, llamada Omegua, hallando ser cierta y que todabia le afirmavan y confirmaban la prosperidad de aquella tierra...» (1950, p. 258). Humboldt, por su parte, también nombra «Omegua» como una región imaginaria, y

«Omaguas» como una tribu del Amazonas que explotaba el caucho (*Viaje a las regiones equinocciales*…, ob. cit., t. IV, p. 157). Sin embargo, en su discurso ante la Academia, en 1948, Núñez propone un paralelo invertido: «En la batalla de los Omeguas, por ejemplo, 139 europeos luchan contra 15.000 indios. En la de las Queseras del Medio, 159 jinetes llaneros se enfrentan al ejército de Morillo. La férrea voluntad de los libertadores puede equipararse a la férrea voluntad de los conquistadores». En *Una ojeada al mapa de Venezuela,* ob. cit., p. 218 [*Obras reunidas: Historia y discursos*].

262 Si bien Pedro de Aguado trata de un «zercado de Guaramental» (*Historia general y natural de las Indias*…, ob. cit., t. II, p. 609), también lo hace de un cacique que es «vn principal o señor muy poderoso, de mucha gente y rriqueza, llamado Guaramental» (*ibid.*, t. I, p. 554). Este intenta congraciarse con los españoles con dádivas y halagos, para que no arrasaran con su gente, y los ayuda a dominar a otros pueblos, algo equivalente a la dinámica coetánea que utilizó Hernán Cortés en México. También allí, toda la riqueza y el destino de sus pobladores esclavizados terminaron en manos de los conquistadores.

263 Una vez más, Núñez quizás tome este nombre de Pedro de Aguado, con la idea de pueblo vinculado en la búsqueda de El Dorado, al hablar del señor de Qvarica: «el qual, avnque tenía, ciertos simulacros o ydolos de oro del grandor de muchachos, y vna muger, que era su diosa, toda de oro, y poseya otras rriquezas...». *Ibid.*, t. I, p. 266.

264 En una anotación de una de las versiones mecanografiadas se dice que los «onobis» son vasijas de barro. Sin que consigamos fuentes confiables, tenemos la idea de que eran equivalentes a los vasos canopos, recipientes usados en el viejo Egipto como contenedores de vísceras de los momificados.

265 Esta imagen dibuja a Vocchi con ojos achinados, o sea, un rostro oriental que se corresponde con su origen.

266 Se da aquí una conexión importante para la interpretación de la novela. La ambición corrupta y «conquistadora» de Leiziaga va del petróleo al oro que ve en las catacumbas de Cubagua, y poco más tarde, a las perlas, una conjunción metafórica de un Dorado «tangible».

267 Duchesne Winter hace énfasis en el hecho de que Nila y Vocchi (y Amalivaca) tienen vínculos con la etnia de los tamanacos: «pueblo de la rama lingüística caribe al que pertenece, no por casualidad, Nila». «Del Caribe a Caribana: la cosmografía literaria de Cubagua», en *Cubagua ante la crítica*, ob. cit., p. 518.

268 «Thenoca» también designa a Nila, y significa «perla». Según Fernández de Oviedo, es voz propia de la zona: «[E]n aquella provincia de Cubagua e por aquella costa de Tierra Firme, llaman a las perlas

thenocas». *Historia general y natural de las Indias*…, ob. cit. (versión dig.), lib. XIX, cap. 1.

269 El areíto funciona en términos narrativos como el encuentro de los diversos conceptos de tiempo involucrados, similar al *stretto* de una fuga musical, si tiene caso hacer la metáfora de voces temporales. En este sentido, los personajes no muestran una misma propuesta de tiempo, ni la hay para toda la trama, sino que varias constituciones temporales interactúan en tensión. La historia como tiempo sucesivo, en una dirección irrevocable y finita, está señalada en la entrada del capítulo con el ancla del *San Pedro Alcántara*. Fray Dionisio es signo de permanencia, tanto del encuentro de las dos culturas como el tiempo de la nación desde hace 400 años. Leiziaga-Lampugnano, duplicidad que se encuentra también en otros personajes-espejo como repetición de la Conquista en 1925, representan el tiempo cíclico y la condición karmática de la rapiña. Hay que remarcar que no son las figuras indígenas las que se repiten, sino las de los expoliadores desde la Conquista. Así, ningún personaje indígena tiene un «otro» en la novela, ellos son únicos y marcan sus respectivos momentos. Más bien, la continuidad se da en la resistencia que significan Arimuy, Rimarima y Nila, frente a la sumisión y el sacrificio de Malavé. Finalmente, Vocchi es el plano supratemporal, inmemorial, divino, como basamento mítico y representación del cosmos. Preside el rito del areíto que los enlaza a todos, incluyendo el presente del siglo XX, centrado en Leiziaga.

270 Según informa el antropólogo Ronny Velásquez: «Es una palabra procedente del taíno, que se descompone en *Arau-amouru*, y significa "corona de plumas de guacamayo". Los indígenas del Amazonas y del Caribe aún hoy se las colocan en los bailes tradicionales. Tiene que ver con el color, el reflejo, el vuelo, la comunicación con dioses y espíritus tutelares, los vínculos entre el principio y el fin, desconocidos para el ser humano, por eso la imagen del arcoíris está presente. También, en Centroamérica, de ascendencia maya, se asocian estas ideas a las plumas del quetzal». Testimonio personal.

271 Literalmente, el areíto funciona como inscripción histórica, una escritura musical de hechos del pasado a los que se suman los del presente. Núñez pudo haberse ilustrado sobre esto con Fernández de Oviedo: «…e procurado con mucha atención, así en estas islas como en la Tierra Firme, de saber por qué manera o forma los indios se acuerdan de las cosas de su principio e antecesores, e si tienen libros, o por cuáles vestigios e señales no se les olvida lo pasado. Y en esta isla, a lo que he podido entender, solos sus cantares, que ellos llaman areitos, es su libro o memorial que de gente en gente queda, de los padres a los hijos, y de los presentes a los venideros [...]. Tenían estas gentes una buena e

gentil manera de memorar las cosas pasadas e antiguas; y esto era en sus cantares e bailes, que ellos llaman areito, que es lo mismo que nosotros llamamos bailar cantando [...] En tanto que duran estos sus cantares e los contrapases o bailes, andan otros indios e indias dando de beber a los que danzan, sin se parar alguno al beber, sino meneando siempre los pies e tragando lo que les dan. Y esto que beben son ciertos brebajes que entre ellos se usan, e quedan, acabada la fiesta, los más dellos y dellas embriagos e sin sentido, tendidos por tierra muchas horas». *Historia general y natural de las Indias*…, ob. cit. (versión dig.), lib. v, cap. 1.

272 «Lucciola» es una palabra italiana que significa «luciérnaga», y que el autor pluraliza en español, «lucciolas». En versiones anteriores, había utilizado el venezolanismo «cocuyo», y explica a Cuciú como una luciérnaga.

273 Una vez más se hace una referencia crística en relación con el «viajero».

274 Lisandro Alvarado afirma que «mayas» son «plantas herbáceas, vivaces del género Bromélia, mui abundantes en la región cálida del país. [...] Con el nombre de ellas [las frutas], denominan los indios a las estrellas que llamamos Cabrillas [Pléyades], por quien de noche se gobiernan, y llaman *madaguarayo*, que quiere decir: el semejante a un racimo de Mayas». *Glosario de voces indígenas de Venezuela*, Caracas: Ministerio de Educación, 1953, vol. I, pp. 254-255. (Agradecemos también a Ronny Velásquez por habernos puesto en la dirección a esta información).

275 La ambigüedad de este posesivo no permite entender si nombra la goleta de Nila o la que utilizó Leiziaga para llegar a Cubagua. Como se sabe, Cálice es el propietario de *La Tirana*. A esto hay que agregar que, al final de la novela, esta misma goleta zarpa junto con *El Faraute*.

VII

276 La pérdida del anillo funciona en la novela con el mismo sentido que la flor de Coleridge en el texto homónimo de Jorge Luis Borges, como prueba de la veracidad de un sueño en el que se pasa por el Paraíso. En este caso reafirma la vivencia de Leiziaga en el areíto. De hecho, no se sabe nada más del anillo, queda en manos de Vocchi.

277 Guillermo Argüello, quien fue secretario de Núñez, lo descifra como: «Alonso de Rojas / Cavallero de Alcántara / Veedor de esta / Villa/ MDXXXXI». «Una nueva versión de la vida», *Imagen* 2-9, Caracas, octubre de 1971.

278 Este nombre «Hobuac» es casi un anagrama de Cubagua: «Cubaho». En la dinámica del texto, el sirio contrabandista de perlas es equivalente, en el ámbito de lo popular, a las empresas extranjeras de petróleo, en el ámbito de las relaciones internacionales del Estado.

279 En un artículo de su columna «Relieves», del periódico *El Heraldo*, de Caracas, titulado «Perlas» del 14 de junio de 1939, Núñez alaba

la destreza de los guaiqueríes para su pesca, y el contraste con la pobreza que ha dejado su explotación. *Relieves*, Caracas: Congreso de la República, 1989, t. II, pp. 309-310, N. Tablante Garrido, comp.

280 Estos eran pobladores de las Bahamas, obligados a trabajar en Cubagua como pescadores de perlas esclavizados desde, al menos, 1508. Diez años más tarde estaban ya totalmente extinguidos, no obstante tenían una población cercana a los 60.000 habitantes. Romero *et al*, artículo cit., p. 63.

281 Lanka, de donde proviene Vocchi, es precisamente Ceilán, la isla que el contrabandista considera una productora de perlas magníficas. Según Otte: «La perla de Cubagua, que quebró el monopolio de Oriente, también acabó con el monopolio de las clases altas» (p. 22). Más adelante, confirma que: «La ostra de Cubagua tiene afinidad con la de Ceilán; la concha, de reducido tamaño y grosor, tiene poco valor para la industria del nácar». *Las perlas del Caribe*, ob. cit., p. 36.

282 Momento de transformación de Leiziaga, quien desmercantiliza las perlas al ver en ellas la simbolización de la belleza de Nila, a quien no puede poseer, variando el motivo expuesto con anterioridad, cuando Ortega le regala a la joven un saquito de perlas, por lo que recibe un ardoroso y frustrante beso.

283 «Guatán» es una palabra usada en el estado Nueva Esparta. Consiste en un apero de pesca que acompaña a las atarrayas, y se fabrica con un pedazo fino de madera, de 25 a 30 centímetros de largo, puntiagudo por un lado y con una suerte de ojal por el otro, donde se amarra un hilo que termina en un objeto flotante. Con el guatán se ensartan los pescados que se han sacado, y se dejan en el agua para que se conserven mientras termina la jornada. (Agradecemos la información a Carlos García Carbó).

284 Escribe «alisio» en singular, como en otros textos.

285 En versiones manuscritas, se entiende que fue atacado por un tiburón.

286 Es significativo que las únicas muertes en el presente de la novela sean las de los dos hermanos Malavé, lo que pudiera estar indicando el sacrificio de lo indígena en el proceso de modernización nacional.

287 Los «hupias» son espíritus de los muertos para la cultura taína.

288 Una de las versiones mecanografiadas de este capítulo finaliza con la frase: «Todo estaba como hace trescientos años», luego corregida por «cuatrocientos» en todos los estadios posteriores de la escritura, y ubicada como oración conclusiva de toda la trama.

VIII

289 Considerando la atención simbólica que les daba Núñez a sus personajes, hay que recalcar el nombre de este historiador en conexión

con su siguiente novela, *La galera de Tiberio*, si bien no son claras las conclusiones que puedan desprenderse de ello.

290 Esta alusión a 1865, a la que le encontramos sentido solo en boca de un militar, puede señalar el final de la Guerra Federal y el ascenso al poder de los caudillos triunfantes, en particular, Juan Crisóstomo Falcón, presidente Constitucional de Venezuela a partir de ese mismo año.

291 Pudiera aludir a la obra de Arístides Rojas, aunque no fue ni cronista ni viajero.

292 Es doblemente paródico el que, en medio de esta caricaturización del historiador tradicional, se use como recurso de autoridad bibliográfica las fuentes que se han venido utilizando en la novela.

293 Gustavo Luis Carrera critica la categoría conceptual de «alma de la raza», sin considerar que puesta en boca del académico Tiberio Mendoza queda como una burla irónica. «*Cubagua* y la fundación de la novela venezolana estéticamente contemporánea», en *Cubagua ante la crítica*, ob. cit., p. 207.

294 Este loro «informante» está en relación con el que poseen Andrea y el doctor Figueiras, que lo simboliza como un juez incapaz de producir conocimiento y veredicto por sí mismo.

295 Ya se había utilizado este motivo en el capítulo I, que se retoma aquí con el énfasis del tracoma. Cécile Bertin-Elisabeth asoma la similitud entre estas ancianas y las Parcas. «A propósito de la reescritura de los mitos en *Cubagua*», en *ibid.*, p. 375.

296 Condición por la cual Carlos Eduardo Morreo califica al coronel Rojas de «protoconcesionario», lo que se corresponde con la información que de él arrojan dos versiones mecanografiadas de la obra. «Colonialidad, tiempo y claros de sentido en *Cubagua*», en *ibid.*, p. 477.

297 En una versión mecanografiada, Núñez agrega una nota a pie de página con la explicación de que el «ñopo» es una «planta que produce visiones como el haschi».

298 El peso no existía como moneda ni como unidad, sino que era una forma popular de reunir 4 bolívares, hasta al menos la década de 1930.

299 Tigana es un tipo de garza, también llamado «pavito de agua».

300 Estas palabras insinúan que Stakelun es el nuevo dueño de Las Mayas, pero no queda claro. Asimismo, puede que sea un amante de Etelvina. Una lección eliminada de las primeras versiones indica que el comprador era un exempleado de la misma finca, pero no se ofrece su nombre.

301 Si bien en la nota original a pie de página se da la acepción de «faraute» como «intérprete», también significa «mensajero», según el DRAE: «Encargado de llevar y traer mensajes entre personas distantes y que se fían de él».

302 La goleta que «saca» a Leiziaga hacia el futuro en el Orinoco, propiedad del esclavista Pedro Cálice, está comandada por un hermano de Malavé, por lo tanto también de sangre indígena guaraní, pero de apellido Cruz, una vez más insinuando el sacrificio crístico.

303 A partir de la segunda edición, Núñez agregó al texto estas fechas. Sin embargo, en sus manuscritos se encuentra que la comenzó en Bogotá, de agosto a diciembre de 1928, concluyéndola en Panamá, de marzo a septiembre de 1930. Quizás considerara como «escritura» solo la definición de la obra.

Final alternativo

304 Este final proviene de la versión que quedó inédita a la muerte del autor. Fue una reescritura de todo el texto, a partir de la versión de 1947, con los cambios más determinantes en el primer y último capítulos. Por ser la última versión en vida, la utilizamos en la edición crítico-genética del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg), en Caracas, en 2014.

305 Este «creía» desautoriza la inestabilidad de la verdad vivida por Leiziaga hasta entonces. En el siguiente párrafo se enfatiza que todo había sido un delirio del protagonista. Así, vuelve a la idea inicial que tenía del personaje en los primeros pretextos completos, mucho más débil en términos narrativos, pues lo caracteriza como un ser vicioso, con tendencia al consumo de drogas y alcohol, que hace desconfiable su «visión» de la realidad.

LA GALERA DE TIBERIO

El editor al lector

306 Esta «advertencia» debió ser agregada en el proceso de revisión de la novela para la impresión, pues no se incluye en ninguno de los materiales genéticos anteriores. Quizás a esto es lo que refiere José Nucete Sardi, quien ayudó al autor a publicar la novela en Bélgica, en una carta del 28 de junio de 1938, donde le dice: «Me parece bien que dejes la nota tal como está». Y agrega que las excesivas correcciones sobre las galeradas le ocasionarían un gasto mayor.

307 La mesa de Guanipa no tiene mayor relación con el desenvolvimiento de la novela, y apenas es nombrada en uno de los subtextos que se tejen al final de la trama. No obstante, una vez finalizadas las tareas diplomáticas de Núñez en Panamá, en 1931, regresó a Venezuela y fue nombrado secretario general interino del gobierno del estado Anzoátegui, región donde se asientan poblaciones indígenas kari'ñas.

Él mismo afirmó que había concluido allí la escritura de la obra, a principios del año siguiente. El «yo» definido como «E.B.N.», que agrega esta locación a la ficción, es el primer acercamiento del autor implícito al propio Núñez, artificio que anticipa la complejidad de esta obra.

308 La novela tiene notas a pie de página que forman parte del pacto metanarrativo aquí instaurado, desde que titula esta sección como «Del editor al lector», que es parte ya del texto y no un paratexto. Algunas de ellas no están firmadas, pero hay que asumirlas como de «E. B. N.», en un papel de autor implícito ficcional y representado como editor, lo que a veces indica incluso entre paréntesis. Otras, se las atribuye al narrador representado, Xavier Silvela. Las nuestras, críticas y editoriales, están todas en estas notas finales.

309 Esto de «publicar un borrador» también se desprende del título, es decir, un juego consciente con la idea de la «galera de prueba», momento de la escritura. Por otro lado, este juego plurisemántico puede ser equivalente al de *Cubagua*, cuyo nombre geográfico y título incluyen «el agua» que le falta a la isla y define la contradicción de su riqueza, como ya se señaló.

310 Es inevitable entablar la conexión entre esta conciencia de «inexactitud interesada» con la del *Facundo*, primer antecedente literario de una obra de clara y declarada intención política en Latinoamérica. En su «advertencia», también al lector, Domingo Faustino Sarmiento confiesa: «Algunas inexactitudes han debido necesariamente escaparse en un trabajo hecho de prisa, lejos del teatro de los acontecimientos, y sobre un asunto de que no se había escrito nada hasta el presente. Al coordinar entre sí sucesos que han tenido lugar en distintas y remotas provincias, y en épocas diversas, consultando un testigo ocular sobre un punto, registrando manuscritos formados a la ligera, o apelando a las propias reminiscencias…». Y en *El Progreso*, el primero de mayo de 1845, citado en la edición que utilizamos, Sarmiento agrega: «Un interés del momento premioso y urgente a mi juicio, me hace trazar rápidamente un cuadro […]. He creído necesario hacinar sobre el papel mis ideas tales como se presentan, sacrificando toda pretensión literaria a la necesidad de atajar un mal que puede ser trascendental para nosotros». *Facundo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, pp. 3-4.

Primera parte

I

311 En uno de los ejemplares, Núñez agregó a mano (y tachó): ~~y en *El Universal*, Caracas, septiembre, 1939. La edición en Brujas, casa de Desclée, De Brouwer & Cie. (1938) fue destruida por sus muchos errores y mala presentación tipográfica~~.

312 En un fragmento manuscrito de esta novela, agregó: «Aquel hombre pedía a gritos una copa de cicuta. Nosotros lo veíamos admirados con su camarilla de discípulos predilectos que le servían de testaferros. Aquellos discípulos resultaron después gente oscura y pedante».

313 Hay una relación entre el profesor Pedro Isojo y el doctor y masón Martín José Requena, director de un colegio que llevaba su nombre (que funcionó entre 1901 y 1909), en Valencia, donde estudió Núñez. Sobre él trató en uno de sus artículos de prensa, con palabras no exentas de admiración, que resuenan en esta novela. Por razones políticas, tuvo que exilarse en 1910, hasta el final de su vida, pasando una temporada en Panamá, siempre involucrado en actividades docentes: «En la pared del corredor frontero a la puerta principal se leía la siguiente advertencia: "El tiempo que se pierde no se recupera jamás". […] Prefería dar sus clases de filosofía e historia al aire libre […]. Allí, por la tarde, solía evocar a Sócrates, a quien rendía apasionado culto. Meditaba constantemente en la vida de aquel hombre sublime, y creía a veces que le estaba reservado un destino semejante. […] Se detenía luego a explicar aquella época de la decadencia de Atenas, "historia confusa y sin grandeza, decía el texto de Duruy, en la que solo dominan los intereses particulares, intrigas y ambiciones estériles"». «Anales del Colegio Requena», *Signos en el tiempo. Alusión a Carabobo,* 1939-1950, Valencia: Secretaría de Educación y Cultura, 1969, pp. 50-52 [*Obras reunidas: Valencia y la antigua Caracas*].

314 El espacio escogido por Núñez para su nueva novela tiene una significación que va más allá de sus vínculos biográficos con ella. Si Cubagua es una isla del Caribe y, como tal, remite al inicio del proyecto colonizador español en su etapa antillana, Panamá recuerda de manera irónica –como se verá en la trama– el esfuerzo bolivariano de unión continental, en las primeras décadas del siglo XIX. Un siglo más tarde, gracias a su canal, se convirtió en un punto de encuentro mundial de gente y mercancías. Fue controlado desde su construcción por Estados Unidos, y marcó un momento de expansión de la cultura y economía capitalistas hacia el ámbito asiático.

315 Se muestra aquí una situación de interés psicoanalítico: el deseo expresado como imaginación del narrador, de alzar al profesor con una grúa y luego hacerlo desaparecer hundido en el Canal.

316 En el presente de la narración hay un énfasis en definir las fechas exactas del desarrollo de la trama. Se afirma que el inicio es a principios de febrero de 1930, lo que queda ratificado por el primer cable de prensa, que es del día 6. Mientras que, como se constatará más adelante, finaliza el día 10 de enero de 1931, lo que sabemos gracias también a un cable que informa acerca del matrimonio de Miss Ayres, resultando el momento cuando parten de regreso los protagonistas a Venezuela.

317 La llamada «Zona del Canal» era una base-colonia construida a raíz de la separación de Panamá de Colombia, de acceso limitado y control, moneda y vigilancia militar norteamericanos. El historiador Bradford Burns señala la importancia naval de la intervención norteamericana en Panamá. Desde hacía décadas estaban interesados en abrir un canal interoceánico, pero se había visto impedido por negociaciones con la Gran Bretaña, que fueron solo resueltas en 1901: «Washington then proceeded to negotiate with Colombia for rights across Panama, but the Senate in Bogotá balked at the terms suggested. At that point, the Panamanians seceded from Colombia and declared their Independence on November 3, 1903. They were helped by the presence of two U.S. gunboats, the *Nashville* and the *Dixie*, which prevented Colombian troops from countering the bloodless Panamanian insurrection. […] Within a week of Panama's declaration of independence, the United States also sent the *Atlanta*, *Maine*, *Mayflower*, and *Prairie* to Colón and the *Boston*, *Marblehead*, *Concord*, and *Wyoming* to Panamá City». De inmediato comenzaron las labores del Canal, que duraron diez años. El mismo historiador agrega: «The treaty he signed [el aventurero francés Philippe Bunau-Varilla] in Panamas's name granted the United States "in perpetuity" control of a ten-mile strip across the Isthmus with power and jurisdiction "as if it were sovereign." It was negotiated without consulting the Panamanians». *Latin America. A Concise Interpretive History*, New Jersey: Prentice Hall, 2002, 7ª ed., p. 174.

318 Núñez no fue estable en la escritura de este apellido, pues aparece «Laredo» y «Lareda». Lo hemos unificado con la segunda grafía, considerando que es la más usual. Este personaje está inspirado en el «Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Venezuela» José «Pepe» Austria –como reza el documento diplomático–, ya sexagenario, quien muere en el cargo, el 11 de mayo de 1931. Fue el embajador de la legación mientras Núñez se ocupaba de la secretaría. Muy pronto surgieron conflictos y grandes diferencias entre ellos, lo que fue una de las motivaciones para comenzar la escritura de su novela, y de ahí su carga vindicativa. Se conservan unos pocos apuntes y borradores fragmentarios, manuscritos o mecanografiados, titulados «Diplomacia de cabaret», que fueron los primeros esbozos de su novela.

319 Según Carmen Elena Núñez, la mayoría de los personajes están basados en la realidad, en particular los femeninos, de lo que luego se arrepintió (testimonio personal). En su artículo titulado «La novela» (*El Universal*, 20.3.1943), el autor hizo una confesión quizás involuntaria: «Podría ocurrir también que los personajes de una novela sean

reconocidos o confundidos con algunos personajes reales, lo cual traería malas consecuencias al autor». En *Bajo el samán*, ob. cit., pp. 94-95 [*Obras reunidas: Escritos finales*].

320 Esto define el momento histórico internacional cuando se desarrollan los hechos, la crisis de la Bolsa de Nueva York y la Gran Depresión que afectaron todo el mundo. Para el historiador inglés Eric Hobsbawm, esta crisis determinó el resto del siglo, estableciendo el escenario para que la URSS se convirtiera en el «antagonista económico del capitalismo mundial y una alternativa del mismo» (*Historia del siglo XX*, Buenos Aires: Grijalbo Mondadori, 1998, p. 45, J. Faci, J. Ainaud y C. Castells, trads.). Con respecto a Latinoamérica, el historiador argentino Tulio Halperin Donghi afirma: «…aún más que la Primera Guerra Mundial, la Depresión reveló la fragilidad del orden mundial al que Latinoamérica había buscado tan afanosamente incorporarse. La crisis de 1929, en efecto, no solo creó a la economía latinoamericana problemas de dimensiones incomparablemente mayores que las que la precedieron; ofreció, además, en las metrópolis, el espectáculo de un derrumbe económico acompañado de catástrofe social y crisis política en el que durante una docena de años pareció adivinarse el fin de un mundo». *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid: Alianza editorial, 1985, 11ª ed., p. 356.

321 Las mulas son locomotoras que van de lado y lado del Canal, para centrar y guiar a los buques mientras pasan de una esclusa a otra.

322 Nombrado en homenaje al primer presidente de Panamá, Manuel Amador Guerrero, el Fuerte Amador era una base militar norteamericana a la entrada sur del Canal.

323 Hay un número significativo de palabras en inglés, que remarca la influencia norteamericana en Panamá y la objetivación del mundo moderno bajo las modas y tecnologías del país del Norte. No obstante muchas de ellas hayan sido a plenitud incorporadas al castellano cotidiano, Núñez las subraya como provenientes del inglés, decisión que respetamos por su significativa carga lingüística.

324 No hemos encontrado información sobre estos ejercicios militares en el marco cronológico definido, pero pudieran ser los de 1932, lo que explicaría la presencia de la «flota negra». En diversos periódicos de España y Latinoamérica se publicó un cable de Washington, fechado el 29 de febrero de ese año, titulado «La armada yanqui, al Pacífico. Maniobras navales», donde se afirmaba: «En el departamento de Marina, el almirante Fratt ha manifestado que todos los acorazados de la flota americana han sido enviados al Pacífico con objeto de que tomen parte en maniobras de gran envergadura, que se desarrollarán a lo largo de la costa occidental americana, quedando solamente en el

Atlántico el acorazado-escuela *Wyoming*, y otros tres acorazados, en los que se efectúan trabajos para modernizar su armamento. / Durante dichas maniobras una parte de la escuadra, que se denominará la flota azul, se entregará a un simulacro de ataque a los principales puertos americanos del Pacífico, mientras que la flota negra tratará de evitar que esas tentativas tengan éxito. La reunión de las dos escuadras del Atlántico y del Pacífico constituirá la mayor concentración de buques de guerra que se ha efectuado en el Pacífico desde el año 1919. Los 199 buques de guerra se descomponen de la siguiente manera: Acorazados, 12; cruceros, 17; submarinos, 33; destructores, 81; portaviones, tres, y buques auxiliares, 53». *ABC*, Madrid, 31.03.1932.

325 La cita exacta de Suetonio es: «Construyó el puerto de Ostia, levantando dos diques a derecha y a izquierda y poniendo a la entrada como barrera un muelle, ya en aguas profundas; para darle unos cimientos más sólidos, comenzó por sumergir el navío en el que se había traído de Egipto el gran obelisco, y luego montó pilares sobre él, coronando la obra con una torre altísima, a imitación del Faro de Alejandría, para que los navíos pudieran dirigir su rumbo guiándose por las luces que brillaban en ella por la noche». *Vida de los doce Césares*, Madrid: Gredos, 1992, t. 2, p. 95.

326 Núñez escribió «cerro de Sosa», pero el nombre correcto es «Cerro Sosa». Como en otros casos más adelante, lo corregimos por asumirlo como un *lapsus calami*.

327 El Puerto de Cristóbal es la entrada atlántica del Canal de Panamá.

328 Núñez siempre escribe «isla de Flamencos», pero el nombre correcto es «isla Flamenco», territorio panameño que estaba entonces en manos de los Estados Unidos.

329 Así se llamó el primer barco que atravesó el Canal, en 1914, el vapor *Ancón*.

II

330 En el planteamiento de equivalencias de la trama, es significativa la que se da entre el Canal de Panamá, las pirámides de Egipto y las torres babilónicas, como expresión de grandes obras universales construidas por «multitudes de todo el planeta». Sin embargo, más adelante se pone en duda que permanezcan como lo han logrado las pirámides.

331 En todos los materiales y desde los manuscritos, el autor escribe también aquí y en singular los vientos alisios, como ya se vio en la novela anterior.

332 Estas palabras, como varias otras sobre la relatividad del paso del tiempo, evocan las de fray Dionisio de la Soledad, en *Cubagua*.

333 Robin Lefere apunta que esta imagen se relaciona con el «mito literario del holandés errante, que le confiere a la galera su aura y un nuevo

suplemento de sentido, a la par de su pleno valor de agüero trágico e incluso apocalíptico». «Enrique Bernardo Núñez o la nueva novela histórica hispanoamericana (1931-1938)», en *La novela histórica: (re) definición, caracterización, tipología*, Madrid: Visor, 2013, p. 263.

334 En el propio texto y en diversos materiales pretextuales, se presentan inconsistencias en cómo aparece el título de la novela. El hecho de que «la galera» de Tiberio se llame *La galera de Tiberio* deja a la embarcación sin nombre. Optamos por escribir *galera* en bajas para pronunciar esta ambigüedad. En cambio, la tienda de antigüedades, que se incluye más adelante, va en altas, La Galera de Tiberio, lo que hace más complejo el título de la obra: barco con o sin nombre, tienda y prueba de imprenta. Esto último debió se claramente voluntario en un Núñez que corregía de manera insaciable sus trabajos por publicar, y que destruyó esta novela, transformando su edición en una última galerada rechazada.

335 Douglas Bohórquez sugiere que Núñez vuelve a poner en juego el mito, como tanto se ha dicho en *Cubagua*, pero esta vez, uno de orden político: «El mito de *La galera...* es un mito político. [...] el de ese espacio disputado, invadido, de vejación constante a todo un continente a través de la presencia naval, militar, tecnológica del imperio norteamericano. Se trata de la movilización de toda una mitología en torno al poder imperial, neocolonial. Cambia la historia, la procedencia del material mítico, el tono de escritura de *La galera*... con respecto a la escritura mítico sagrada de *Cubagua*, pero se reafirma, en un sentido más radical o declarativo, la perspectiva política, de indagación de los secretos mecanismos de poder que han regido y rigen la vida, la historia de nuestro continente». «*La galera de Tiberio*: Mitificación y crítica del poder», en *Escritura, memoria y utopía en Enrique Bernardo Núñez*, Caracas: La Casa de Bello, 1990, p. 77.

336 Este es «El anillo de Tiberio», como titula la novela en algunos manuscritos. Si tiene una condición talismánica, al mismo tiempo es objeto del deseo de la trama (que luego se identifica con Miss Ayres), que nadie alcanza plenamente, o cuya posesión es inestable, insatisfecha y momentánea. De ahí que provoque múltiples robos, estafas y trampas comerciales, así como muerte y desgracia.

337 Suetonio debió ser la fuente de donde el autor extrajo el relato de la muerte de Tiberio, a quien se nombra más adelante en la novela, proponiendo algunas hipótesis como el veneno o el hambre: «...algunos, por último, dicen que fue asfixiado con la almohada cuando reclamaba, al volver en sí, el anillo que le habían quitado mientras se hallaba inconsciente. Según Séneca se quitó el anillo cuando se sintió desfallecer, como para entregárselo a alguien, y lo retuvo por algún tiempo,

luego se lo volvió a poner en el dedo y permaneció durante largo rato inmóvil, con la mano izquierda cerrada; de repente después de haber llamado a sus criados sin que ninguno de ellos respondiera, se levantó y, al faltarle las fuerzas, cayó no lejos del lecho». *Vida de los doce Césares*, ob. cit., lib. 1, p. 367.

338 No se ha trabajado la presencia de localismos provenientes de los países donde Núñez escribió sus dos novelas principales. Este pudiera ser el caso, en esta, del regionalismo centroamericano «carbunclo», que designa un coleóptero, además, símbolo muy frecuente en la iconografía egipcia. Más adelante, Núñez escribió «escarbuclo», lo que es un término heráldico y de las ciencias esotéricas, vinculado al sol. Sin embargo, tiene también un sentido similar a «rubí», como el mismo narrador se preocupa en señalar, es decir, «piedra color de fuego».

339 Sorprende esta complicada referencia a Serapis en Babilonia, pues era un dios greco-egipcio de la época ptolemaica, y cuyo principal templo quedaba en Alejandría. Como se agrega más adelante, el anillo podía haber sido el de mando que Alejandro Magno le entregó a uno de sus generales en su lecho de muerte, en Babilonia. De allí quizás la leyenda que ensambla Núñez vinculada al poder del mundo, mientras que la imagen de Serapis le daría el poder de sanación, al recibir diversos atributos de varios otros dioses, por vía de sus vínculos con Esculapio.

340 En efecto, personajes históricos coetáneos, hubo contactos entre Carlomagno y Harum al-Raschid (o Harún al-Rashid), califa de Bagdad, quien recibió a una comitiva del primero en la búsqueda de alianzas. Se puede sospechar que el autor se basó en el historiador italiano Cesare Cantù, quien escribió: «Petrarca oyó contar en Aquisgram, que Carlos se había enamorado de una dama, hasta el punto de olvidar, por hacerle la corte, el reino y á sí mismo. La hermosa enfermó y murió; pero en vano esperaron los paladines que Carlos recobraría su juicio y actividad, pues acariciaba al cadáver como á una persona viva, aunque empezaba ya á corromperse. El arzobispo Turpin sacó de aquí la consecuencia de que en todo aquello tenía que haber magia, y habiendo examinado á la muerta, le halló en la boca un anillo; el cual le quitó, quedando al instante deshecho el encanto. Carlos mandó a sepultar aquellos fétidos restos; pero todo su afecto se concentró en Turpin, hasta que este arrojó el anillo en un profundo lago cerca de la ciudad. Prendose entonces el rey de aquel sitio, tanto que Aquisgram fue siempre la ciudad preferida en sus pensamientos, y quiso vivir y morir allí». *Historia universal*, Madrid: Imprenta Gaspar y Roig, 1866, v. III, p. 368, N. Fernández Cuesta, trad.

341 Aquí la leyenda sufre cierta confusión cronológica, pues va de Carlomagno a Trajano en el pasado, para avanzar luego a Godofredo,

posterior, y seguir de ahí, progresivamente, hasta el momento de la novela.

342 La fecha exacta de inauguración del Canal de Suez fue el 17 de noviembre de 1869.

343 Ferdinand de Lesseps fue el promotor del Canal de Suez, y estuvo vinculado al Canal de Panamá, por haber participado en la primera actividad diplomática y financiera para su construcción. No obstante, sus acciones terminaron en un escándalo internacional de corrupción, pasando luego la concesión a Estados Unidos, país que lo terminó y que lo controlaría desde entonces. El infortunio de Lesseps se entiende, en la trama, como efecto de la maldición del anillo, por haber sido él quien lo llevara a Panamá y «lo baja a la realidad» de la historia narrada, es decir, quien lo trae a la trama de la novela.

344 Aquí, y en lo que fue uno de los primeros borradores de esta sección, se hace explícita la relación entre anillo y galera.

345 El anillo de Tiberio ha sido a menudo comparado con el de Ramón Leiziaga, protagonista de *Cubagua*. Sin embargo, lo que aquí es una variada sucesión mundial de personajes, países y culturas, en la novela anterior es una peculiar genealogía de la hegemonía venezolana, que cruza diversos hechos culturales y económicos. Luis Duno-Gottberg lo analiza como permanencia: «…el anillo no remite necesariamente a un tiempo clausurado; sino a un pasado que coexiste, sedimentado, con el presente. El objeto, en tanto resto inasimilable de la historia colonial, sigue funcionando trescientos años después. Si antes acompañaba la expoliación colonial, ahora acompaña al proyecto neocolonial». «El relato de las ruinas y el deseo colonial. *Cubagua* de Enrique Bernardo Núñez», en *Bajo el samán*, ob. cit., p. 454 [*Obras reunidas: Escritos finales*].

346 Con alteraciones de todo tipo y con el nombre invertido en inglés, «Central Hotel», todavía subsiste en el Casco Viejo de la ciudad. Según Efraín Subero (bajo el seudónimo de Juan E. Zaraza): «el "Hotel Central" donde se reunían los venezolanos a conspirar tiene existencia tan real que allí en 1936 le metieron dos balazos al poeta Ildemaro Urdaneta». «La galera de Tiberio», *El Nacional*, Caracas: 15.11.1967.

347 Esta corrección literaria, que marca aquí el ocio del alto estamento social femenino, se contrapone con ironía a la advertencia del editor al lector que encabeza la novela, donde se enfatiza el carácter casual e imperfecto de la escritura de Silvela.

348 El autor escoge, de todas las minas de Panamá, las de Darién, cuyo inmenso potencial aurífero de aluvión fue conocido ya desde sus primeros días, pero explotado como minas desde el siglo XVII. Allí se vivieron ataques de piratas y tuvieron lugar levantamientos indígenas.

349 Este es fray Vicente de Valverde, dominico español que acompañó a Francisco Pizarro en la conquista del Perú, protagonista del nefando «diálogo de Cajamarca», en 1532, con el inca Atahualpa, quien rechazó la divinidad de la Biblia. De inmediato, el indígena fue secuestrado por los conquistadores y, no obstante haber pagado el desproporcionado rescate en oro y objetos preciosos, fue acusado de idolatría y asesinado con crueldad.

350 En su búsqueda por encontrar continuidades entre esta novela y *Cubagua*, Osvaldo Larrazábal Henríquez apunta las similitudes ciertas entre Herr Camphausen y fray Dionisio de la Soledad, «por la intención de personalizar a la historia en uno de los integrantes de la obra; […] habría una diferencia fundamental […]. Fray Dionisio sería "la historia tiempo" y Herr Camphausen "la historia ciencia". Similitud en que son historia, diferencia en que son dos modos interpretativos de la misma» (p. 72). Sin embargo, se complica más adelante cuando el mismo crítico intenta establecer una relación equivalente entre Pablo Revilla y Ramón Leiziaga, opuestos no solo por las genealogías que suponen en términos sociales y el tipo de trato que les da el autor implícito, sino por los valores éticos que los caracterizan como personajes, siendo el primero un revolucionario utópico y sincero, mientras que el segundo, un pícaro que la experiencia novelesca trastorna, pero no logra transformar. *Enrique Bernardo Núñez*, Caracas, Ediciones de la Universidad Central de Venezuela, 1969, pp. 81-82.

351 Es pertinente recordar lo que Núñez enfatizó en su discurso de incorporación como miembro de número a la Academia Nacional de la Historia: «Así la historia es pasión en el tiempo presente». En *Una ojeada al mapa de Venezuela*, ob. cit., p. 212 [*Obras reunidas: Historia y discursos*].

352 Esta frase es similar a las de fray Dionisio de la Soledad, en *Cubagua*.

353 El siglo xx se torna un equivalente interesante al de Tiberio (42 a. C.-37 d. C., emperador desde el año 14 d. C. hasta su muerte), lo que aporta una connotación crítica mayor al presente de la trama, en particular por lo de inquisitorial y demagogo.

354 Este trozo del *Apocalipsis* es el de la caída de Babilonia, y sugiere que la historia que escribe Herr Camphausen termina, en sentido simbólico, al final de los tiempos.

355 Como puede apreciarse aquí, Silvela hace una doble operación de edición con el texto leído por Camphausen, equivalente a la que de E.B.N. con el texto de Silvela.

356 Interesa la variación de esta frase en uno de los manuscritos: «El hecho fundamental del siglo xx fue el derecho de ciudadanía reemplazado por la idea económica».

357 Camphausen toma un punto de vista materialista, no obstante hable de «las centurias venideras» en tiempo pasado.

358 Resulta hoy inusual, pero no incorrecto, el uso de «Sur América», en vez de «Suramérica» o «América del Sur», pero Núñez lo escribió de ese modo en todos los manuscritos y copias mecanografiadas.

359 Hay momentos en la trama que pueden tomarse como advertencias del impulso revolucionario. De aquí que deba dársele importancia a esta falsa «revolución» de suplantación burocrática. Por otra parte, si Herr Camphausen ha señalado su preferencia por los siglos «cesaristas», dominados por personalidades fuertes, ante los dominados por «leguleyos», al final, el narrador leerá el subrelato «Cirene» que es una crítica al culto del personalismo y del héroe.

360 La ley Volstead era la conocida popularmente como «Ley Seca» en los Estados Unidos, promulgada en 1919. En este capítulo de la novela, que fue publicado en la revista *Élite*, el mismo Núñez agregó: «Estas páginas fueron escritas en 1930 y 1931. En 1933 fue derogada la ley Volstead». Caracas, 19.12.1936.

361 Como es ya evidente, Herr Camphausen concibe una historia predictiva, por lo que Miliani lo llama «profeta del pasado». («*La galera de Tiberio*. Sinopsis de una interpretación» [1971], en *Prueba de fuego*, Caracas, Monte Ávila, 1978, p. 106). Sobre este aspecto, Margot Carrillo Pimentel afirma: «…la idea de una historia narrada en un tiempo en el cual es indiferente historiar sobre el "haber sido" que sobre lo que está por suceder. Camphausen escribe la historia en sentido contrario: en vez de retroceder en el tiempo, avanza indiscriminadamente sobre él. […] El sentido negativo de las crónicas de Camphausen hace que la historia refiera los acontecimientos futuros en una suerte de regresión del destino. […] Así como la historia pretende, según Michel de Certeau, el "privilegio de recapitular el pasado de un saber", las crónicas de Camphausen buscan reconstruir ese saber de la historia como premonición. El pasado y la muerte son puntos de referencia a partir de los cuales se crea la posibilidad de invertir el sentido propio de la historia, convirtiendo esta en una persecución de hechos futuros que el discurso ficcional convierte entonces en signos del pasado». «*La galera de Tiberio*. Una visión particular del tiempo, la historia y el poder». *Memorias del XXIII Simposio de Docentes e Investigadores de la Literatura Venezolana*, Mérida: Ítaca, 1998, t. II, pp. 582-583.

362 El nombre de Picker, en inglés, proviene del verbo *to pick*, que significa «escarbar, recolectar, seleccionar o escoger». Es un término usado para designar a quienes coleccionan cosas viejas, acaso con la idea de bazar, también de tiempos diversos, que es en lo que se convierte la tienda *La Galera de Tiberio*. Existe un *Picker's book* que da consejos para esta práctica.

363 En unos fragmentos no utilizados, agregó: «Únicamente Rusia parecía inaccesible a ese poder que se extendía en estados, cuyos gobernantes

ejercían sin dar cuenta sino al Consejo del Director constituido por los principales magnates».

364 Si existe la palabra en español con su misma morfología, por su origen latino, mantenemos la usada intencionalmente en inglés por Núñez, ya que recalca su origen, como ya se explicó.

365 En esta narración del «pasado de un futuro», hay que remarcar esas ruinas para arqueólogos de un «futuro del futuro», por su relación con las reflexiones posteriores del narrador en torno a las antigüedades y la tienda La Galera de Tiberio.

366 En una variante de los manuscritos, que fue desechada, escribe «arqueólogos» en vez de «historiadores», haciendo de nuevo énfasis en las ideas de resto y ruina, el presente que tendrá que ser interpretado en el futuro, lo que adelanta ideas desarrolladas más adelante.

367 Sospechamos aquí una confusión entre los varios personajes romanos llamados Tiberio, y por la simplificación de los nombres que utiliza, quizás Núñez siguiera de nuevo a Suetonio. El segundo emperador es el Tiberio de la novela, o Tiberio César, quien sucede a Augusto y era hijo de Tiberio Nerón. Pero el aquí nombrado Tiberio Claudio César, conocido como Claudio César, es el hijo de Nerón Claudio Druso, hermano menor de Tiberio César a quien Suetonio solo llama Druso. Por tanto, Claudio no era sobrino de Tiberio Claudio Nerón, sino nieto.

368 Estas son las «letras claudias», que Claudio intentó incorporar al alfabeto latino. Es muy posible que Núñez volviera, aquí y una vez más, a Suetonio como fuente: «Inventó incluso tres nuevas letras y las añadió al antiguo alfabeto, como si fueran absolutamente necesarias». *Vida de los doce Césares*, ob. cit., lib. v, pp. 117-118.

369 No deja de ser inquietante esta equivalencia entre comunistas y cristianos primitivos, más allá de que Tiberio haya sido el emperador romano de la época de Cristo. Si bien es claro que Núñez no fue comunista, y hasta existe un artículo en el que ataca de manera virulenta la distancia entre ideología y práctica que les atribuye, en este texto los coloca como fuerza contrahegemónica y el futuro sujeto de la historia. Dato interesante es que el Partido Comunista de Panamá fue fundado en 1930, es decir, durante su estancia en el Istmo.

370 Resulta curiosa esta persecución de comunistas (como la de los cristianos en el Imperio Romano), en una novela apenas escrita a principios de 1930, pues anticipa el macartismo en Norteamérica, que se iniciaría veinte años más tarde.

371 Aquí el autor logra historiar el futuro real, adelantándose a lo que sucedería durante la Segunda Guerra Mundial en los campos de concentración nazis, donde asesinaron no solo a millones de judíos, sino a toda la resistencia, en particular comunistas, así como también a muchos de

procedencia subalterna: negros, gitanos, homosexuales, etc. También hay que recordar las muertes masivas en Gulags y cárceles estalinistas, en particular durante la década de 1930. Orlando Araujo lo resume así: «Adelanta una visión espeluznante de ese futuro que ve salir de las retortas del pasado. Su alquimia del tiempo y de la historia le dio el oro de la predicción: el profesor Camphausen, un organicista de la evolución social, prevé, con acierto admirable, la época de represión y de violencia que azotará la tierra...». *Narrativa venezolana contemporánea*, ob. cit., p. 115.

372 Este aparato volador individualizado, propio de la ciencia ficción, es una acotación casi juguetona del autor.

373 Otranto es el nombre de una ciudad del sur de Italia, ubicada en la punta más este de la península, y que tiene un famoso faro. Allí murieron, en el siglo xv, varios centenares de mártires cristianos en manos de los turcos. Esto conecta con la idea de hacer equivalentes a cristianos y comunistas en el nuevo Imperio.

374 Escrito en inglés, quizás para indicar que Otranto estaba acompañado de la flota norteamericana, nombrada al inicio de la trama.

375 Este sucesor también tiene nombre de ciudad, ya que Castries es la capital de la isla antillana de Santa Lucía.

376 Considerando que la primera edición de esta novela fue realizada durante su primera estancia en los Estados Unidos, cuando ocupaba el cargo de cónsul en Baltimore, interesa una observación posterior en un artículo sobre los museos de Nueva York, precisamente titulado «Los claustros (las máquinas)»: «Frente a estas reliquias o despojos del arte y de la vida religiosa, claustros pillados o abandonados desde los días de la Revolución Francesa, descuellan bajo un disco de sol rojo de ocho de la tarde, las torres sagradas del capitalismo. Una forma de civilización frente a la otra. Los productos del capitalismo. Todas las mercancías vendidas al Sur sumergido en el orden bonachón y al mismo tiempo férreo y agresivo de los *businessmen* […]. La sombra de la máquina comienza a perfilarse en el claustro, entre esas mismas columnas románicas y góticas de esos claustros trasplantados. La sospecha de que la máquina era obra de arte diabólica tiene su fondo de verdad. La idea aleteó en esas naves con menos rumor que el de la abeja en el jardín conventual». *Viaje por el país de las máquinas*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2017, pp. 16-17, A. Bruzual, ed. [*Obras reunidas: Escritos finales*].

377 Las siglas corresponden a «General Director of Universal Museums» en inglés. En uno de los fragmentos pretextuales, lo presenta como «Director General de Museos Universal» (sic).

378 Edoardo Crema afirma que aquí Núñez está parafraseando la experiencia de «Constantino al ver la cruz en el cielo». «El mensaje de

Enrique Bernardo Núñez. La galera de Tiberio», *El Nacional*, Caracas, 10.12.1967.

379 Significativa referencia a José Martí.

380 Como lo hizo en *Cubagua*, Núñez puede estar aprovechando la obra de Gonzalo Fernández de Oviedo cuando avala el «derecho tan antiquísimo» de las Indias muchos siglos antes del viaje de Colón, discutiendo con autores clásicos, desde Aristóteles, sobre la isla de la Atlántida, que el mismo Bartolomé de las Casas atiende en su *Historia de las Indias*. Fernández de Oviedo, quien afirma que Colón conocía sobre esto, expresa: «de Hespero, rey duodécimo de España, así las islas que se dicen Hespérides, e que señalan Seboso e Solino e Plinio e Isidoro, segund está dicho, se deben tener indubitadamente por estas Indias, e haber seído del señorío de España desde el tiempo de Hespero, duodécimo rey della, que fué, segund Beroso escribe, mill seiscientos e cincuenta e ocho años antes quel Salvador del mundo nasciese». *Historia general y natural de las Indias*…, ob. cit. (versión dig.), lib. I, cap. III.

381 Gracias a uno de los manuscritos, se puede precisar que habla del siglo XX.

382 A partir de aquí, Núñez hace una constante crítica en toda la novela, mofándose del «progreso» que no está solo relacionada a la crisis financiera de esos años, sino a una más profunda percepción del uso del concepto como mecanismo ideológico de dominación política y social.

383 Importa que repita esta observación sobre lo perecedero de las obras fundamentales de la modernidad y los pretensiosos logros de la tecnología, ante la permanencia de los grandes monumentos de las antiguas civilizaciones.

384 Camphausen ha desarrollado la historia del futuro sobre la historia del pasado, Roma-Medioevo-Renacimiento, a lo que habría que sumar su propia sentencia para decir que ese futuro, entonces, formaba parte de los «tiempos parásitos que viven del pasado».

385 Si bien en todas las versiones pretextuales se mantuvo la incongruencia de que, solo en esta ocasión en el discurso, el nombre de la aviadora está en español, como salió en la edición belga y tampoco fue corregido por Núñez en las tres ocasiones que fue publicado este fragmento, lo regularizamos con su grafía inglesa.

III

386 La idea de «poetas diplomáticos» anticipa la burlesca presencia en la novela de don Paco de Lareda y Reverón.

387 En un manuscrito, agrega a esta altura: «Todo el mundo, con raras excepciones, cree en el progreso continuo».

388 Hasta donde sabemos, solo Calidonia es un barrio real de Ciudad de Panamá. Los otros nombres, que simulan ser parte de la misma, hacen

una extrapolación como ciudad-mundo, en la que se localizan otras ciudades.

389 Resulta natural pensar en la casi coetánea *Raza cósmica* (1925), de José Vasconcelos, quien tiene muy presente la experiencia étnica y geográfica del período imperial como modelo para la conformación de una nueva civilización.

390 En este momento de la escritura, a principios de la década de 1930, este signo «rojo» se muestra como una evidente toma de posición política del narrador. En cambio, más tarde lo corrige como un signo de «muerte, es decir, en trance de renovarse», lo que advierte sobre los cambios de perspectiva ideológica del autor.

391 Es inevitable el paralelo de esta relativa percepción del tiempo con la trama de *Cubagua*.

392 La relación entre América y Asia remite a las migraciones primeras.

393 Una variante de esto, en un manuscrito, que horizontaliza un peculiar lumpen con prostitutas, aparece: «Marinos, beodos, burócratas, comerciantes. Cubanas, argentinas, chilenas. Toda la internacional del vicio, la miseria en su representación astrosa, en un lugar de América. Revilla soñaba con la humanidad que iba a brotar de esa mezcla, una humanidad nueva sin más ideal que sus instintos».

394 Solo aquí se hace evidente el contraste que hay entre Ernestina, que es el amor, y Miss Ayres, que se muestra como una Atenea, por el casco de oro con que el narrador compara su cabellera.

395 El autor, a todo lo largo de la narración y en muchas de sus obras, defiende la equivalencia entre las grandes culturas del pasado, en este caso, las babilónicas y la maya.

396 El «aviso» y la pregunta de Revilla quizás evoquen el famoso local cubano de la época llamado «La Alhambra».

397 Mantenemos la concordancia en masculino del original, con lo cual se señala la coparticipación política, más que lo coterráneo, en este caso en contra de la dictadura venezolana.

398 En sucesivas correcciones del escrito fue eliminando referencias a las drogas, igual que en *Cubagua*. Sin embargo, no deja de llamar la atención que aquí señale su dañina influencia, en particular sobre las prostitutas. Por un lado contribuyen a paliar su vida casi de esclavas, como también son el ingrediente fundamental para la aceptación del dominio y la explotación que se ejercen sobre ellas, como grupo más débil de la sociedad que se muestra la trama. Luego aparecerán también drogas en la cárcel.

399 En una de las correcciones sobre ejemplares de la primera edición, Núñez agregó, sin anclaje evidente, a esta altura del texto: «El pueblo de Venezuela tiene gran capacidad para sufrir».

400 Hay un énfasis sobre el hecho de que las prostitutas, como los revolucionarios, así como más adelante los diplomáticos, provenían de diversos países del continente, en un paralelismo que no ha de verse como casual en la novela. Asimismo, en el hecho de que se cruzan todos en los mismos *cabarets* de Panamá, convertida en un cínico lugar también anfictiónico.

401 En uno de sus artículos de viaje por Estados Unidos, «Estrategas de sillón» (octubre, 1941), Núñez los compara con los «revolucionarios librescos»: «Unos y otros abundan en todas partes, dentro de una variedad bastante pintoresca. Ser revolucionarios librescos es tan fácil como estrategas de aquella especie. Algunos de estos revolucionarios, es cierto, son sinceros, candorosos, y si llega el caso se cuentan entre las primeras víctimas. Otros se disfrazan de revolucionarios y pasean la fiera mirada sobre el público de parroquianos atónitos. Son como Baudelaire cuando refería los asesinatos de que era autor para espantar a sus vecinos de mesa. Según se cuenta, a esta clase de "revolucionarios librescos" pertenecen también los que primero hacen mutis, y luego nos refieren extrañas historias». *Viaje por el país de las máquinas*, ob. cit., pp. 128-129 [*Obras reunidas: Escritos finales*].

402 En un apunte preparativo para la elaboración de la obra, Palma es profesor de Derecho.

403 Diferimos de Alexis Márquez Rodríguez, quien afirma: «Referencia a invasiones y alzamientos contra Gómez que no ocurrieron, pudiendo poner lo que sí [...]. Le resultan innecesarios, igual que nombres de ciudades». De seguro, el crítico no asoció a Robles con Arévalo Cedeño, uno de los más aguerridos enemigos del gobierno dictatorial venezolano, quien inspiró este personaje novelesco. «Invadió» sin éxito y varias veces el país, precisamente por el Arauca, estuvo en Panamá y coincidió, incluso, con la estancia allí de Núñez. «Enrique Bernardo Núñez», en *Historia y ficción en la novela venezolana*, Caracas: Monte Ávila, 1991, p. 175.

404 Según la dinámica de la novela, Robles es equivalente al ingeniero de minas Ramón Leiziaga, de *Cubagua*, y a otros pícaros de las obras de Núñez, que ponen el beneficio personal por encima del bien de la nación, y quienes tienen y expresan deseos de autoexilarse con riquezas mal habidas.

405 Asoma aquí el lugar común de los anarquistas como hombres de arrojo y melena, capaces de sacrificarse en atentados libertarios. Podríamos pensar alguna relación con el anarquismo internacional que concluye con la Guerra Civil Española, en particular, como consecuencia de la acción asesina del partido comunista, que fue instigada por los estalinistas dentro de las filas plurales de los republicanos, hecho determinante en la derrota de la República, en 1939.

406 Los grandes conspiradores en contra de Gómez eran hombres a caballo y peonada, generales de la contienda, el alzamiento y la guerrilla de entonces, además de Arévalo Cedeño, Maisanta, «el Mocho» Hernández o el mismo «Tuerto» Vargas (véase nota siguiente). Sin embargo, también pudiera recordarse a Bolívar, quien «conquistó» a caballo la libertad americana.

407 Es posible que este personaje estuviera inspirado en el ingeniero y general Roberto Vargas. Conocido como «el Tuerto» Vargas, participó en la insurrección de Manuel Antonio Matos en contra de Cipriano Castro. Juan Vicente Gómez lo nombró su primer ministro de Obras Públicas, cargo que ocupó hasta 1909. Vargas tuvo a José Rafael Pocaterra como secretario en ese cargo, así como cuando fue gobernador del estado Guárico, poco más tarde. Inspiró también el personaje Juan Crisóstomo Payara, de la novela *Cantaclaro* (1934), de Rómulo Gallegos. Con respecto a este, su siguiente novela, *Canaima* (1935), Miguel Ardavín, el «general bellaco», se involucra en una invasión que partiría de Trinidad, Colombia y Curazao, pero que también fracasó. Madrid: Colección Archivos, 1997, p. 56.

408 En realidad, es cuñado del sobrino, pero quizás esto sea una ironía consciente de Revilla.

409 Esto luce caprichoso, pero puede ser un juego de palabras con la profesión de Silvela, el narrador de la novela. No obstante y en realidad, los agentes viajeros sirvieron a la subversión en los días de Gómez traficando armas y moviendo información, aprovechando la condición andariega del oficio y por tener, de manera natural, relaciones en todo el territorio nacional.

410 Uno de los barrios obreros más pobres de la ciudad, donde estalló la huelga de inquilinos de 1925.

411 Se trata de la novela homónima del escritor ruso Leonid Andréiev, *Sachka Yegulev, la historia de un asesino*, de 1911, que se editó por primera vez en castellano en 1919, y circuló entre los miembros de la Generación del 18 venezolano, según documenta Miliani. Introducción a *Cubagua-La galera de Tiberio*, La Habana: Casa de las Américas, 1978, p. xxxvi.

412 Tal vez se insinúe con esto la diferencia entre los revolucionarios antigomecistas, o antidictatoriales en general, y los revolucionarios comunistas.

413 No sabemos lo que pueda significar la palabra «gloriola», pero es evidente su relación con «gloria». En inglés significa «aureola», mientras que en francés, «vanidad» o «vanagloria».

414 Aparentemente, se ubica al inicio de la I Guerra Mundial, y hace una clara distinción entre los revolucionarios de papel y teoría y los de

acción, a quienes vincula de inmediato a los hechos estudiantiles de Caracas, en febrero de 1928.

415 Uno de los actores gomecistas de la época, Carlos Siso, secretario del gobierno del Distrito Federal, durante la Semana del Estudiante, puso en cuestionamiento la composición opositora: «En Venezuela siempre se ha querido usar los calificativos con relación a las personas. Por ejemplo, los que estaban contra Gómez eran comunistas y los que servían con él eran anticomunistas. Nada más falso. Es cierto que dentro del Partido Revolucionario Venezolano existían algunos jóvenes que profesaban esa doctrina política, pero la oposición a Gómez la hacían hombres de todas las tendencias y credos políticos. Las ideas revolucionarias del comunismo fueron el punto de contacto de ciertos elementos que se unieron al grupo de exilados para, unidos, tumbar a Gómez. Este era el objeto y para muchos el fin no importaba». *Castro y Gómez. Importancia de la hegemonía andina (Notas biográficas y documentales para la verdad histórica 1)*, Caracas: Editorial Arte, 1985, pp. 357-358.

416 Este fue un intento infructuoso de tomar el cuartel San Carlos, en abril de 1928, en apoyo a los estudiantes, y como rechazo a la política económica de Gómez.

417 Desconocemos las fuentes a las que acudió Núñez para conocer sobre estos eventos. A principios de diciembre fue nombrado secretario de la legación venezolana en La Habana, por lo que no tuvo tiempo suficiente para recoger información en la propia Colombia. De hecho, hay constancia de que pasó algunos días de diciembre en las cercanías de Santa Marta. Quizás se apoyara en la investigación que hizo Jorge Eliécer Gaitán, expuesta en su debate ante la Cámara de Representantes colombiana, en septiembre de 1929, pero tampoco consta que se enterara entonces de ella. Sin embargo, en el texto resuena información fundamentada, como puede constatarse en el siguiente artículo, que resume muchas otras fuentes, valga su extensión: «Los trabajadores que fueron a la huelga en 1928 exigieron a la United Fruit que respetara el espíritu de la legislación laboral: pago de seguro colectivo, pagos por incapacidades relacionadas con el trabajo, los domingos como día no laboral, vivienda, instalaciones hospitalarias adecuadas. Se exigieron también aumentos salariales, contratos colectivos, abolir el pago de salarios en vales redimibles en las tiendas de la compañía y acabar con los comisariatos. La United Fruit se rehusó a negociar, argumentando que al no contratar a los trabajadores directamente no era el empleador y estaba exenta de observar la legislación laboral […]. Cuando 5.000 trabajadores desfilaron frente al gobernador del Magdalena en noviembre 11 y se fueron a la huelga en noviembre 12 de 1928, tanto

las autoridades del departamento como las de la compañía solicitaron la presencia de tropas nacionales. […] Otro factor que complicó la situación fue la obsoleta creencia anarquistasindicalista de algunos huelguistas y sus líderes según la cual la confrontación espontánea resolvería sus problemas al causar el colapso de las estructuras de opresión. […] Los huelguistas trataron de convencer a los soldados de que se les unieran, sin imaginarse que en caso de enfrentamiento los soldados colombianos dispararían contra ellos. […] En Bogotá el ministro de Guerra, Ignacio Rengifo, había recibido una avalancha de telegramas y cartas de terratenientes colombianos, de la United Fruit y de otros que se quejaban de la explosiva situación en la zona bananera. Rengifo respondió que estaba decidido a "oponerse a tendencias y demostraciones de carácter subversivo" que eran "fruto de la acción propagandística activa y constante de agitadores comunistas". […] A la 1:30 a. m. del 6 de diciembre, [Carlos] Cortés Vargas desplegó las tropas en la plaza, armadas con tres ametralladoras. El decreto de estado de sitio y las dos proclamas de ley marcial fueron leídos por megáfono a una multitud de 1.500 personas, dándoseles 5 minutos para desbandarse. La gente no creyó que los soldados fuesen a disparar y gritaron: "¡Viva el soldado, amigo del pueblo!". "¡Soldado, únete a la huelga!". "¡Soldado, somos tus hermanos!". Un toque de clarín anunció el final del plazo otorgado. El capitán Garavito previno: "Un minuto más y abrimos fuego". Algunos gritaron "¡Viva la huelga!" y "¡Abajo la United!". Un silbato puso punto final al minuto. El general Cortés Vargas tomó el megáfono y gritó "¡Vamos a disparar!". Uno de los huelguistas replicó: "Les regalamos el minuto restante". Sonó nuevamente el clarín y el general Cortés Vargas dio orden de disparar». Maurice P. Brungardt, «La United Fruit Company en Colombia». pp. 115-117. *Innovar* 5, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Colombia, enero-junio 1995, pp. 107-118.

418 El cambio de edad, de 25 a 32 años, que se verifica en el estudio genético, y el que Núñez haya llegado a Colombia poco antes de la huelga bananera, lo acercan a Revilla, quien va luego a Cuba y termina en Panamá, rehaciendo el recorrido «diplomático» del autor. También hay que considerar que se inspira, particularmente, en Pío Tamayo para la construcción del personaje. Nació en El Tocuyo, estado Lara, el 4 de marzo de 1898. «Allí [La Habana, 1923] entra en contacto con grupos de oposición al gobierno del general Juan Vicente Gómez […] también se familiariza con los postulados del marxismo, participa en la fundación del Partido Comunista Cubano, así como en la formación de un grupo venezolano de lucha contra Gómez, de matiz socialista. En mayo de 1924, viaja a Barranquilla, donde funda la organización

revolucionaria marxista Unión Obrera Venezolana. En septiembre de 1925 acude a Panamá como delegado a un congreso de estudiantes bolivarianos y participa como organizador y dirigente de una huelga de inquilinos desarrollada allí en septiembre del mismo año. Es detenido y expulsado, junto con otros dirigentes extranjeros de la huelga. […]. Aparece en Caracas en diciembre de 1927 y se incorpora al plantel de la revista *Élite*; colabora también en el diario *Mundial*. En febrero de 1928, se une al grupo organizador de la Semana del Estudiante. En la velada inaugural, recita un poema ("Homenaje y demanda del indio") que alarma a las autoridades por su intención revolucionaria. Es detenido el 13 de marzo y enviado, junto con otros dirigentes estudiantiles, al castillo de Puerto Cabello […] Ya muy enfermo, sale en libertad en diciembre de 1934; trasladado a Barquisimeto para recibir cuidados médicos, muere a los pocos meses [5 de octubre de 1935]. […] Debido a su actividad en el Caribe y Centroamérica y a sus enseñanzas durante su reclusión en el castillo de Puerto Cabello, se le puede considerar también como precursor de las doctrinas marxistas en Venezuela». Raúl Agudo Freites, «Pío Tamayo», *Diccionario de historia de Venezuela*, Caracas: Fundación Polar, 1995 (multimedia).

419 El lugar de la huelga y los sucesos fue La Ciénaga, a 60 kilómetros de Barranquilla.

420 Hay que recalcar que esta es la primera vez que se incluye esta matanza (perpetrada por soldados «cachacos» a obreros costeños) en la narrativa latinoamericana, a la par de los hechos y más de tres décadas antes de que lo hicieran dos escritores colombianos del Grupo de Barranquilla: primero Álvaro Cepeda Samudio en su novela *La casa grande*, de 1962, en la cual es tema central, y luego Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad*, motivo político y anticlímax de la obra. Estos dos escritores eran, también, treinta años menores que Núñez (nacidos en 1926 y 1927, respectivamente).

421 Esta fecha no coincide con los hechos reales, adelantándolos, ya que la matanza tuvo lugar el 6 de diciembre de 1928.

422 Una vez más, resuenan las palabras de *Cubagua*: el indígena como misterio, como espera, como rebelión potencial.

423 El general Carlos Cortés Vargas, jefe civil y militar del Departamento de Magdalena, fue el principal responsable de la matanza, como se vio en la nota correspondiente.

424 Este párrafo cifra el destello inicial de Núñez, el motivo del cual desarrolla su novela: la necesidad de revelar y denunciar hechos tergiversados por la historia oficial, que ocultan la violencia y el atropello del Estado. Al mismo tiempo, la razón ética y estética inscrita en la manera de contarlo. Es decir, de aquí surge la propuesta de hacer

literatura contra literatura, verdad cruda contra falsedad elaborada, lo que está en el fondo de su concepto de «literatura imperfecta». Esta puede relacionarse con el testimonio planteado como género subalterno, en particular, en Latinoamérica durante los sesenta y setenta, como lo ha estudiado John Beverley («The margin at the Center: On Testimonio», en *Against Literature*, Minneapolis: U. P., 1993, pp. 69 *et passim*); y con el neorrealismo italiano, que tuvo marcada influencia en el cine continental de esas mismas dos décadas. En fin, también ayuda a explicar la relación entre título y subtítulo de la obra: la novela histórico-fantástica como ficción, y la crónica como «pretensión de realidad».

425 En uno de los manuscritos agregó una lección, excluida de la versión definitiva: «Ahí murieron varios venezolanos por libertadores —dijo Lobo dando evidentes señales de exaltación. / —Sí, esas piedras podían referir muchas historias nuestras como las de cualquier otra parte. / A menudo Lobo refería historias patrióticas: Su exaltación apenas podía compararse más que con la serenidad de Revilla».

426 La Cabaña y los presos de la dictadura de Gerardo Machado en Cuba se suman a la descripción de la matanza obrera en Santa Marta, y más adelante a las víctimas de la represión de las huelgas inquilinarias de Panamá para darle a la novela su intencionada beligerancia política.

427 En el Castillo Libertador, de Puerto Cabello, estuvo preso Pío Tamayo por su participación en la Semana del Estudiante, acusado de subversivo. Con respecto a esto, Ciso ofrece una singular versión gomecista: «Una información más exacta nos comprobó que en verdad los poemas recitados por los jóvenes Fombona Pachano, Otero Silva, Pío Tamayo, Paz Castillo, Andrés Eloy Blanco, Gabaldón Márquez y Gonzalo Carnevali, y los discursos de Agustín Aveledo Urbaneja, nada decían que pudieran afectar al Gobierno; una que otra palabra, dicha en sentido figurado, y que un público numeroso ya excitado y ansioso de darle carácter político, las coreaba y entre aplausos calurosos les daban un significado que en realidad no tenían. / Solo el discurso del Sr. Rómulo Betancourt fue en realidad subversivo y constituyó un ataque verdadero contra el Gobierno y contra la persona del general Gómez». *Castro y Gómez...*, ob. cit., p. 355.

428 Sobre este momento histórico-político de Cuba, Halperin Donghi resume: «Desde 1928, por otra parte, la resistencia contra el gobierno de Machado, transformado en dictadura abierta, se hizo más violenta: en particular los estudiantes universitarios se lanzaron a una agitación a menudo terrorista, que no pudo ser sofocada pese a la brutalidad de los medios elegidos para ello». *Historia contemporánea de América Latina*, ob. cit., p. 343.

429 Este personaje rememora al médico venezolano José Rafael Wendehake, exiliado en Panamá durante 20 años, que fue autor de varios libros de

corte histórico y ensayístico, entre otros, sobre Simón Bolívar, Simón Rodríguez y sobre el libertador de Panamá José de Fábrega. Brindó apoyo económico a diversos proyectos conspirativos en contra de Gómez. *Diccionario de historia de Venezuela*, ob. cit.

430 Galicismo empleado por Núñez derivado de *mésalliance*, que significa «mala unión matrimonial» con un miembro de clase inferior.

431 En las correcciones finales, agregó: «¡Un libertario! –pensaba Revilla– un asesino de libertades».

432 Es relevante el empeño del autor en distinguir las condiciones éticas de los revolucionarios. La novela presenta, así, un muestrario que va de la honesta y profunda actitud de Revilla, la ingenua y sacrificada de Lobo o Palma (dos nombres vinculados con lo natural), a toda una gama de oportunistas y estafadores intelectuales, «revolucionarios personalistas» como el doctor Wendano y Bache, cronista de sociedad.

433 Núñez expresa este mismo pensamiento en un artículo de su columna «Signos en el Tiempo», dedicado a «Martí», quizás recordando sus días en La Habana y rindiéndole homenaje al *poeta libertador*: «En medio de la tiranía de Machado se construyó un Capitolio más apropiado para la metrópolis de un imperio. Cuando se ven estas extravagancias se piensa en Martí. Dedicó toda su vida al servicio de su país y, para que no quedase duda de su sinceridad, de su abnegación, también derramó su sangre por el mismo ideal. Lo hacía al mismo tiempo por toda América». *El Universal*, Caracas, 26.1.1941.

434 Este pasaje ratifica la vocación internacionalista del protagonista.

IV

435 Panamá estuvo expuesta al asalto continuo de piratas, en particular sir Henry Morgan, pero también Amyas Preston, quien quemó Caracas en esos mismos años. Morgan saqueó la ciudad de Panamá de tal modo que tuvo que ser reconstruida en otro emplazamiento. Algo similar sucedió con Santo Tomás de la Guayana, la capital del Orinoco, luego Angostura y la actual Ciudad Bolívar, que fue cuatro veces fundada en distintos emplazamientos a lo largo del río, desde 1531 hasta 1764, debido a los ataques de conquistadores y filibusteros ingleses, holandeses y franceses, que la azotaban e incendiaban constantemente.

436 La múltiple identificación de continuidades que se da entre el pirata Morgan y la aviadora Miss Ayres –de quien no se sabe si es inglesa o norteamericana–, en una superposición de los proyectos de colonización y neocolonización, es frecuente en toda la obra de Núñez, en particular en *Cubagua*. Además de economía, cruza cultura y violencia, tema que trabajará poco más tarde en la figura de Walter Raleigh, en

sus ensayos sobre el Orinoco y la disputa de límites con Guayana, como prefiguración de la actitud británica de rapiña en la frontera oriental de Venezuela. Núñez apuntala la idea de que hay una línea hegemónica de la historia que rechaza la memoria de un pasado «nutrido de matanzas» y latrocinio, mientras que solo partiendo de esa conciencia se puede ejercer oposición y resistencia.

437 El resto de la torre de Panamá la Vieja es lo único que queda de la catedral construida por los españoles en 1649, y la cual también fue destruida por Morgan al atacar la ciudad. Por tanto, la «alegría de los vencedores» es la del bando del pirata inglés. A partir de aquí, la torre simboliza un pasado actuante, presente en el sentido de sus ruinas, fijando la fecha de la destrucción de la ciudad en enero de 1671, pero también la continuidad entre Miss Ayres y Morgan.

438 En esa torre Núñez data su ensayo biográfico sobre José Antonio Ramos Sucre, el 27 de julio de 1930, publicado al mismo tiempo en *Billiken*, Caracas, 13.6.1931, y en *Ensayos biográficos*, Caracas: Editorial Élite, 1931 [*Obras reunidas: Ensayos y polémicas*].

439 Interesante que, en sus apuntes para la novela, haya una lección no utilizada, en la cual se define a este soldado rubio como «americano», y de las palabras del narrador se desprende que, una vez más, está insinuando su duplicidad con el pirata caballero.

440 Se muestra de manera casi indescifrable la idea de que los «pájaros embalsamados», o sea, lo natural detenido de manera artificial y vaciado de vida, sirven para entender o «historiar letras» de la escritura de Herr Camphausen.

441 Es decir, las marcas de la modernidad convertidas en ruinas en el futuro. La imagen puede explicarse con palabras benjaminianas, y sería la historia como una sucesión de violencias y catástrofes, que luego se enmarca, también en la novela, en la crítica a la idea del progreso.

442 El relato de Camphausen, de un futuro construido como pasado, de nuevo habla de rastros, de ruinas del presente proyectadas en el tiempo, con énfasis en la transitoriedad de la cultura frente a la eternidad inmanente de la naturaleza, lo que evoca una vez más a *Cubagua*.

443 No debe soslayarse lo de «construir antigüedades» de las civilizaciones americanas como mercancía para turistas, que es un falseamiento de la vigencia significante del pasado, como se señala en la trama, mientras que los objetos arqueológicos auténticos terminan secuestrados en museos norteamericanos.

444 Como los obreros del canal, los objetos ofrecidos en La Galera de Tiberio también tienen proveniencia mundial, lo que hace de Panamá una suerte de ombligo del mundo.

445 La palabra francesa es «toilette», aquí castellanizada y utilizada como vestimenta femenina.

446 Refiere la presencia de Francisco Pizarro en camino a la conquista del Perú, junto a trece compañeros, en espera de la ayuda que debía llegarle de Panamá. Al mismo tiempo, marca el pasaje de los buques de vuelta, con destino a España, cargados con la riqueza saqueada al «imperio» de los incas. Por tanto, la derrota no es la de Pizarro, sino la de los indígenas americanos.

447 Esta crítica y rechazo es quizás una de las más duras al propio oficio diplomático que Núñez desempeñaba en ese momento, y que, por tanto, cobra sentido de denuncia.

448 Equivalente musical del internacionalismo latinoamericano descrito: danzones cubanos y tangos argentinos.

449 Estas anécdotas parecen ajustarse a la vida del personaje real, y fueron incluidas desde el primer pretexto mecanografiado de lo que sería la novela, cuando apenas era un mínimo esbozo de dos páginas, titulado «Diplomacia de *cabaret*».

450 No deja de sorprender esta intervención en primera persona del plural, en la voz del narrador Xavier Silvela, ya que no tiene comillas ni pudiera atribuirse a otro personaje: «nosotros los desheredados».

451 Una vez más, estas palabras de Herr Camphausen recuerdan las de fray Dionisio de la Soledad, de *Cubagua*.

452 Aunque no pudimos ubicar información sobre este bar, que efectivamente existió en la década de 1930, se ofrece por Ebay una foto que muestra a un grupo de marines norteamericanos bebiendo cerveza, con una inscripción de la época que lo nombra. Disponible en http://www.ebay.com/itm/CZ-Panama-City-SNAPSHOT-30s-KELLYS-BAR-Navy-Sailors-Drinking-Beer-The-Real-Stuf-/350980015499 (consultado el 3.4.2015).

453 Beethoven no compuso réquiem alguno, sino una *Missa solemnis*.

454 Este remarcado egocentrismo de don Paco está también en las primeras líneas manuscritas de «Diplomacia de cabaret», lo que demuestra la carga vindicativa de la escritura ya en sus inicios.

V

455 Según informa Domingo Miliani, esta obra de Morand forma parte de su *Crónica del siglo XX*, que incluye: *Europa galante* de 1926, *Buda viviente* (Asia) de 1927, *Magia negra* (África) de 1928, y *Campeones del mundo* (América) de 1930, y aduce, sin desarrollarlo, una influencia sobre el subtítulo de la novela de Núñez. No obstante, la cercanía cronológica hace dudosa la relación. «Sinopsis de una interpretación», ob. cit., p. 97.

456 Renaud d'Ecouen es el protagonista de la novela de Morand que se cita líneas más arriba. Es un joven aristocrático de Normandía que viaja al Oriente.

457 Este personaje, otro de los varios de Núñez que poseen nombres excesivamente denotativos y caricaturescos, plantearía algo así como la precaria conexión entre la suerte de los «revolucionarios» del pasado y algunos de la actualidad de la trama, que esperaban sus recompensas por los sufrimientos padecidos «por la patria».

Intermedio

458 De nuevo surge la incongruencia temporal de los «pájaros embalsamados», y poco más adelante se avanza la idea de que Miss Ayres se muestra como un personaje del relato de Herr Camphausen.

459 No se entiende quién es esta «amiga». Pudiera ser la misma Miss Ayres, convertida entonces en objeto del deseo también de Xavier Silvela, el narrador representado. Más bien, pensamos que aquí surge una voz cercana al autor implícito, extrañamente representado, que replica el juego metanarrativo con el cual comienza la novela. Todo indica que este texto fue anexado en un estadio de escritura bastante tardío, si bien su estilo se relaciona con escritos anteriores, como «La ninfa del Anauco» y el pasaje de Arimuy en la cárcel, de *Cubagua*.

Segunda parte

I

460 Esta frase recuerda la *boutade* de Anatole France sobre la equidad legal, en su novela *Le Lys Rouge* (1894), cuando resumió «la majestueuse égalité des lois, qui interdit au riche comme au pauvre de coucher sous les ponts, de mendier dans les rues et de voler du pain».

461 El «tirano Chía» no puede ser otro que Juan Vicente Gómez.

462 La fecha indica el inicio comúnmente establecido del modernismo latinoamericano, al cual se adscribe con ironía la poesía de don Paco.

463 En el tapuscrito que preparó la comisión editorial para la publicación de la Universidad Central de Venezuela (Augusto Germán Orihuela, Carlos Augusto León y Guillermo Argüello), que se conserva en los archivos de Núñez, se hace la acotación certera de que: «Tal vez el autor confundió los nombres de Hernández y Argote al hacer este último añadido: originalmente Hernández hace la comparación entre Manapocos y Bergamota: Si se continúa en esta forma bien puede entrar el diálogo que corresponde a Hernández: ¿No han leído ustedes... etc.?».

II

464 Teresa de la Parra desde París, en una carta a Núñez, en noviembre de 1931, habla de su visita a Panamá: «Don Pepe Austria es el tipo del

gran señor criollo y me recuerda siempre el de un tío que quise mucho. Dele muchos saludos de mi parte, dígale que no olvido nunca mi fiesta en la legación con bandera venezolana desplegada, dígale que conservo siempre su boquilla». Utilizamos aquí el original manuscrito.

465 El pregón-rumba «El manisero», del compositor cubano Moisés Simons, fue interpretado en esa época por el famoso Trío Matamoros, alcanzando notable difusión internacional. En realidad, es una paráfrasis de su letra.

466 No se entiende cuáles razas, ni si habla más bien de pueblos. Pudieran ser los chibchas en las montañas, herederos de migraciones andinas, los caribes de la costa caribe y los chocoes, al sur del istmo. La cuarta, entonces, quizás los africanos, en su reducción general de muchos orígenes. Todas dominadas y derrotadas por los españoles.

467 Este «talismán terrible» sugiere ser el mismo anillo de Tiberio, entonces en manos de un Morgan que atraviesa los siglos. Es la permanencia del colonialismo «por medios distintos».

III

468 La acotación a su boca desdentada en la que sostiene largas boquillas de mármol o ámbar, radicaliza la imagen esperpéntica y contradictoria del diplomático en decadencia, que se muestra a la vez como un personaje aristocrático y como un mendigo, como si resumiera en sí mismo el momento de crisis.

469 Este nombre no está en el resto de la novela, y apenas se incluye en uno de los manuscritos, donde aparece como Ludovico Castrovido.

470 De todos los prostíbulos que se nombran en la trama, este existió y existe todavía con el mismo nombre. En un artículo del diario *La Estrella de Panamá*, donde casualmente salió publicado el cuento de Núñez, *El rey Bayamo*, en marzo de 1931, se cuenta la historia del «legendario bar» y se discute si su fundación fue en 1902, es decir, «el mismo tiempo que tiene de existencia la República de Panamá», o 1930, según el historiador César del Vasto. Ahí se asegura que «la mancebía» La Gruta Azul fue creada por el gobierno norteamericano, en Las Sabanas de Río Abajo, entonces a las afueras de la ciudad, barrio donde vivían –en casas de madera– los obreros antillanos que llegaban para trabajar en la construcción del canal. Coincidiendo con la trama, «La Gruta Azul era un crisol de razas, pues había mujeres que venían de Chile, Francia, Argentina, Nueva Orleans, Martinica, Curazao, Cuba y otras naciones caribeñas». «Los otros ciento diez años de la República», *La Estrella de Panamá* (redacción digital), Ciudad de Panamá, 5.1.2014. Disponible en http://laestrella.com.pa/panama/nacional/otros-ciento-diez-anos-republica/23456737 (consultado el 21.3.2015).

471 Esta sucesión de dictadores, y la actitud servil de la prensa, quizás rememoren el paso de Cipriano Castro a Juan Vicente Gómez.

472 Si bien solo se entenderá más adelante, esta es la Avenida Exposición.

IV

473 Alusión a su doble, el pirata Morgan.

474 Luego de esta última mención del anillo, vinculado al poder mundial, no se esclarece su destino y, por tanto, el del «poder» mundial que propicia. En los primeros estadios de escritura, Núñez pensó hacerlo pasar a manos de «la clase proletaria», aunque fuera simbólicamente en las palabras de Revilla, con un optimismo revolucionario un tanto exagerado a esta altura de la trama, pero significativo para el debate ideológico en que se encontraba el autor. La norteamericana Miss Ayres se casará, como se verá más adelante, con el vicealmirante Irving Friday.

475 Llama la atención los referentes asiáticos a todo lo largo de la novela, si bien no están exentos de estereotipos. De este modo, anticipa un interés peculiar de la narrativa latinoamericana de rescatar su participación en el tramado social, en particular, en el Caribe. Li Foo es parte de una marginalidad múltiple, con tensiones internas evidentes, que revelan racismo y xenofobia dentro de la propia subalternidad latinoamericana, pero que para el autor es ingrediente constitutivo de la misma. Así, se presenta Oriente como una de las dos caras continentales (y no lo indígena y lo español), como señala en varias ocasiones el narrador al principio de la trama. Podríamos decir que esta obra antecede, con interesantes cruces, a *Simone*, la novela ganadora del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos de 2013, del puertorriqueño Eduardo Lalo.

476 Si bien no descubrimos el origen de la primera copla, la segunda, en chanza, es variante de una popular arraigada en varios países americanos que dice más o menos así: «Allá arriba en aquel alto / tengo una mata de ají / donde cagan los pollitos / y la mierda es para ti».

V

477 Domingo Miliani llama no solo la atención sobre esta acotación al cine, «hecho alusivo a la edad del cinematógrafo, que está registrado en el texto», sino también a Paul Morand, para avalar su idea de que el montaje cinematográfico se refleja en el planteamiento formal de esta novela. No obstante, cita a Guillermo de Torre, quien más bien pensaba que este escritor había anticipado las técnicas del cine, en cuanto a presentar actos y no pensamientos de sus protagonistas. «Sinopsis de una interpretación», ob. cit., pp. 97-98.

478 Es demasiado evidente la metáfora de Revilla entre niño y pueblo, bajo la luz de su conformación futura, y considerando que al final de la novela la formación quedará en sus manos paternales y políticas.

VI

479 Si las conexiones con Arévalo Cedeño que venimos proponiendo son válidas, esta frase crea un problema de fechas. Una vez fracasado su último intento de derrocar el gobierno de Gómez, regresó a Panamá y de ahí se fue a Costa Rica, y luego a Lima, en diciembre de 1931. Al final de un periplo por varios países de Suramérica y el Caribe, al parecer con ayuda económica de José Rafael Pocaterra, llegó a Nueva York en diciembre de 1935, es decir, mucho más tarde de concluida la novela de Núñez. No obstante, esta frase está ya en los primeros manuscritos.

480 Es coherente que se sepa ahora que Miss Ayres es aviadora, como Morgan había sido navegante, en una actualización tecnológica también de la práctica pirata. La relación aire-tierra que atraviesa toda la trama se expresa además en la idea de la galera fantasma como una suerte de portaviones.

481 Este motivo está repetido, por lo que sospechamos que lo desplazó sin borrarlo.

482 La huelga inquilinaria tuvo su origen en movimientos surgidos a consecuencia de la construcción del canal, pero su momento más álgido fue posterior y en particular en 1925. Los altos costos y las míseras condiciones de las viviendas obreras, habitadas no solo por trabajadores panameños, sino en particular por antillanos, produjeron inmensas ganancias a los propietarios, sin control del Estado. Las alzas en las tasas de alquiler condujeron a una politización del problema, en el cual intervinieron revolucionarios de muchas tendencias, también de diversa proveniencia latinoamericana, muchos de los cuales fueron deportados después de las revueltas. En octubre de ese año, 600 marines norteamericanos desembarcaron en Panamá para enfrentar las manifestaciones de la Liga de Inquilinos y Subsistencia. La situación se radicalizó con el paso del tiempo, precisamente durante el período de escritura de la novela, sumándose a las consecuencias de la depresión económica norteamericana y la crisis internacional de 1929, para despertar a nuevas protestas en 1932, y la llamada a una «huelga de no pago». Núñez mezcló ambos acontecimientos. Véase Jorge Turner, *Raíz, historia y perspectivas del movimiento obrero panameño*, México: Signos, 1982, pp. 35-44.

483 Se entiende que este es el batallón de soldados norteamericanos que avanzó, desde la Zona del Canal, a reprimir a los manifestantes de

1925, como lo ratifica luego la «peña diplomática». La base militar inaugura, según Bradford Burns, la avanzada del Comando del Sur en los países latinoamericanos y, especialmente, en el Caribe y Centroamérica: «Southcom can trace its beginnings to the arrivals of Marines in Panamá in 1903, just days after the province declared its Independence from Colombia. Army troops arrived in 1911, three years before the Panamá Canal opened. U.S. military presence in Panamá peaked at 67,000 individuals during World War II». Su objetivo se centraba, abiertamente, en acciones militares, políticas y en contra del tráfico de drogas, pero de ser necesario: «…respond unilaterally or multilaterally to crises that threaten regional stability or national interests». *Latin America. A Concise Interpretive History*, ob. cit., p. 320.

484 La versión de Daza sobre la huelga bananera es opuesta a la de Revilla. En muchos sentidos, es un cínico recorrido que enfrenta la posición de la diplomacia –que hubiera debido ser la de Núñez como secretario de la legación venezolana–, a la del inspirado revolucionario y protagonista con quien se identifica el autor.

485 El personaje hará, entonces, el viaje fáustico anunciado, pues el avión que toman no sirve para explicar las experiencias que a continuación se describen, confundiendo espacio y tiempo. Este texto aporta una dimensión ritual, una experiencia de transformación, pero también un especial recorrido dantesco, de ahí la presencia de diversos guías en ascenso: Apolonio, Santos Pesado, Tamanaico, el piache.

486 Domingo Miliani cree que el modelo de este personaje es Apolonio de Rodas, «ligado al mito de Cirene», pero esto no se sostiene en el desenvolvimiento posterior del personaje. Introducción a *Cubagua-La galera de Tiberio*, ob. cit., p. XLI.

487 Guaramental y Arcupón remiten a Pedro de Aguado, *Historia de Venezuela*, 1950, t. I, lib. 6, cap. 2.

488 La presencia de este personaje enfatiza la brutalidad política que recorre toda la trama, con su injustificada y larga prisión en las cárceles de Gómez, por habérsele atribuido falsas intenciones opositoras, situación que fue común en esos años.

489 Este es otro personaje real, el ya entonces centenario Leonardo Tamanai'sho o Tamanaico, chamán y líder de la etnia kari'ña, que habitaba la zona, en particular, la mesa de Guanipa. Los kari'ñas son uno de los pueblos indígenas de más rica mitología, que ha sido estudiada por Marc de Civrieux, quien dice que «constituyen los únicos caribes verdaderos de Venezuela. Ellos son los descendientes exclusivos y auténticos de los denominados caribes de la Conquista; sus asientos principales en Venezuela eran las orillas del Caris, Pao, Ormao, Caura, Caroní, Cuyuní y Guarapiche. Tenían contacto con sus allegados de

las tres Guayanas coloniales, así como los grupos insulares hermanos que habían invadido las Pequeñas Antillas. Históricamente los kari'ñas o kari'nas pueden considerarse la tribu más importante de Venezuela, ellos fueron los que ofrecieron la más enconada y duradera resistencia a los conquistadores». *Religión y magia kari'ña*, Caracas: Instituto de Investigaciones Históricas de la UCAB, 1974, p. 7.

490 Una vez más, Núñez refleja sus circunstancias inmediatas, como puede seguirse en las variantes genéticas de este párrafo. El nombre «Costilla» apenas oculta el del presidente del estado Anzoátegui, Antonio José Castillo, de quien era entonces secretario. En pocos meses, debido a discrepancias políticas, abandona el cargo, arriesgándose a ser encarcelado como desafecto al régimen, entrando entonces en una difícil situación económica, por la dificultad para encontrar otro trabajo. En este mismo punto de la narración, en un manuscrito, agrega una nota al pie, bajo la identidad del editor ficcional –«E. B. N.»–, que no aprovechó en la versión editada (aunque pudo ser posterior o eliminada en las galeradas): «Sarcástica alusión de Silvela. Sin duda se refiere al hecho de que mientras Costilla se preocupa por el comunismo tiene a la vista estragos semejantes a los que teme o desea prevenir y los cuales quiere ignorar. (N. del E.)».

491 No hemos logrado interpretar esta palabra, usada en varios pretextos, pero el antropólogo Ronny Velásquez piensa que quizás sea el árbol de vera, propio de la zona central venezolana, cuya madera es extremadamente dura y pesada, y que es empleado en la artesanía típica de la región.

492 Lo de rasgar «el secreto de la tierra» contrasta con la interpretación que ha hecho la crítica de *Cubagua* (tornándolo casi un significante vacío), como deuda, silencio, pérdida, ya que aquí aparece con sentido positivo.

493 Ciudad de la antigua Grecia, que forma parte actual de Libia.

VII

494 En el párrafo final de uno de los manuscritos, se ofrecen pistas de la primera idea de la conclusión, agregando colores rojos para el futuro postrama: «Al día siguiente Revilla y yo fuimos expulsados. Y debía tomar un barco que salía para Curazao. Una lluvia de signos rojos, mástiles de acorazados y faros se desprendía de la noche. Y me pareció una luz más viva, de un fulgor también rojo que se alejaba mar adentro».

495 Cobra particular significación la ironía de que este barco, en el cual va a regresar Revilla a Venezuela, sea petrolero.

496 La doble presencia de barcos, el *Atabapo* y el *Nelson*, es equivalente a los dos que surcan el final de *Cubagua.* Sendos protagonistas salen navegando de las tramas hacia destinos que apenas comienzan. Y una extraña conexión invertida se ratifica cuando Revilla se dirige en un

petrolero a Trinidad, y luego sigue en una goleta hasta Margarita; mientras que el barco de Leiziaga sale de Margarita en dirección al Orinoco (a donde se había encaminado el narrador Silvela), pero tiene como puerto final Trinidad. Si en *Cubagua* «todo estaba como hace cuatrocientos años», aquí todo «tardaría siglos en quedar concluido». La primera novela mira al pasado; la segunda, al futuro.

497 El arribo a Paria puede ser tomado como una metáfora descubridora de una nueva tierra, en cuanto a que estaría rehaciendo la llegada de Colón, en agosto de 1498, en su tercer viaje.

498 En su «vuelta a la patria», el revolucionario Revilla llega a Venezuela con una estructura familiar peculiar, pero estable, producto de su experiencia panameña. De este modo, armoniza las desgracias del exilio, rescatando a la «madre» de la prostitución forzada y al «hijo» del abandono por una insensible y falsa moral social. Esto cobra sentido fundante para la nueva nación en una soledad primigenia, que puede ser sembrada por una nueva cultura, que ya anuncia el posgomecismo en manos de la Generación del 28, si bien Núñez no podía advertir entonces el matiz socialdemócrata que tomaría el liderazgo de Rómulo Betancourt.

499 Esta idea del libro de la naturaleza por ser escrito es una variante del final del texto de Revilla que lee en la cárcel: «Volví el libro y la última página era el horizonte», en el sentido de una literatura actuante, no meramente contemplativa. Asimismo se refiere a una preocupación que retomará en una conferencia en la Asociación de Escritores Venezolanos, en 1934: «El horizonte es una página en blanco y es allí donde vamos a escribir nuestra propia historia» [*Una ojeada al mapa de Venezuela*, Caracas: Cuadernos de la Asociación de Escritores Venezolanos, 1939, p. 34 (*Obras reunidas: Ensayos y polémicas*)]. Vale la pena revisar un ensayo de Rafael Castillo Zapata, dedicado a Juan Manuel Cajigal, en el que da cuenta de la relación entre espacio y escritura como parte fundamental del proyecto republicano de apropiación de la tierra, de la nación. Tareas «encaminadas a reapropiarse para el imaginario colectivo una imagen aprehensible y compartible de la propia territorialidad» (p. 11). Bajo esta perspectiva, la narración de Revilla y la rebelión que encarna permitirían que alcanzara su sentido final el espacio venezolano, conclusión del proyecto republicano, sin embargo, sobre la base de la unión física del territorio realizada por las fuerzas dictatoriales de Gómez. En nota de página, Castillo Zapata agrega: «… leer un territorio y escribirlo prospectiva y performativamente es leerlo y escribirlo en función de las opciones políticas que se abren a partir de problemas concretos…». *Un viaje ilustrado*, Caracas: Celarg, 1997, p. 20.

500 Como sucedió en *Cubagua*, Núñez retrasó la fecha que definió como inicio de la escritura de la novela, pero en uno de los manuscritos iniciales aparece en la portada: 1930.

Obras reunidas
Enrique Bernardo Núñez

ÍNDICE GENERAL

Vol. 1 Novelas
Después de Ayacucho, *Cubagua*, *La galera de Tiberio.*

Vol. 2 Relatos
«El monje Fabián», «Satán en el siglo xviii», «En el circo», «Fuenteseca», «Nocturno de verano», «Pesadilla», «Puesta de Sol», «La Insurgente», «El juicio de Joab», «La canción de Pierrot», «La que no tuvo azahares», «El proyecto de Carlos Díaz», «El sembrador», «La rodela», «La selva de piedra», «Sebastián Barriga o fragmentos de unas memorias», «El crimen de una telefonista», «El canto lejano», «La perla», «La ninfa del Anauco», «Bajo la noche tropical», *Don Pablos en América* («Martín Tinajero», «El rey Bayamo», «Don Pablos...»), «Servicio de Aguas (5-7-4-7)», «Un día de 1916», «La herencia», «La amistad de Fajardo», «El tesoro de Guaicaipuro», «Regreso», «Escenas de la fundación de Santiago León de Caracas», «Concierto sacro. Misa en Re mayor, o Misa del Esclavo Vendido», «La hoja fósil», «El gabinete de la celebridad».

Vol. 3 La ciudad de los techos rojos (Calles y esquinas de Caracas)

Vol. 4 Valencia y la antigua Caracas
I. Valencia: Tierra de vides y naranjos. *Alusión a Carabobo (1939-1950)*, *Contribución a los trabajos preparatorios del cuatricentenario de Valencia*, Otra crónica sobre Valencia.

II. La antigua Caracas. Textos tempranos, «Los pendones de Santiago de León de Caracas», «Calendario caraqueño», «Fundación de Santiago de León de Caracas», «El escudo de armas de la ciudad de Caracas», «La galería del Concejo», *Figuras y estampas de la antigua Caracas* (primera y segunda series), *Fuentes y jardines de Caracas*, Crónicas sueltas.

Vol. 5 Historia y discursos

Historia diplomática. *El hombre de la levita gris. Los años de la Restauración Liberal, Orinoco (Capítulo de una historia de este río)*, *Tres momentos en la controversia de límites de Guayana*. Algunos artículos históricos.

Discursos. «Cuatricentenario del Tocuyo», «Discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia: La historia de Venezuela», «Premio Municipal de Literatura 1948: La ciudad de Caracas», «Recibimiento del Dr. Jesús Sanabria Bruzual en la Academia Nacional de la Historia: La historia y la medicina», «Academia Nacional de la Historia: Homenaje a Francisco Tosta García».

Vol. 6 Prólogos y textos en estilo tardío

Prólogos reunidos. «Arístides Rojas, Antología de *Crónica de Caracas*», «Actas del Cabildo de Caracas ii (1600-1605)», «Actas del Cabildo de Caracas iii (1606-1611)», «Actas del Cabildo de Caracas v (1620-1624)», «Actas del Cabildo de Caracas vi (1625-1629)», «La descripción de Venezuela por Cisneros», «Anales diplomáticos de Venezuela i. Establecimiento de relaciones (Gran Bretaña, Francia y España)», «Anales diplomáticos de Venezuela ii. Establecimiento de relaciones (Gran Bretaña, Francia y España», «Anales diplomáticos de Venezuela iii. Establecimiento de relaciones (Francia y Alemania)», «Anales diplomáticos de Venezuela iv. Establecimiento de relaciones (Dinamarca, Holanda, Suecia y Noruega). Intervención anglo-francesa (1858)», «Bosquejo de la revolución en la América Española (De Manuel Palacio Fajardo)», «Contribución al estudio de la guerra civil en venezuela (De José Santiago Rodríguez)», «Codazzi, o la pasión geográfica», «Breve introducción a la lectura de los documentos emanados de la Suprema Junta de Caracas», «Mis memorias (De Francisco González Guinán), «La revolución de Caracas y sus próceres (De Andrés F. Ponte)».

Cuatro ensayos en estilo tardío. «24 de enero», «Miranda, o el tema de la Libertad», «Juan Francisco de León, o el levantamiento contra la Compañía Guipuzcoana», «La estatua de El Venezolano. Guzmán, o un destino frustrado».

Vol. 7 Ensayos y polémicas
Una ojeada al mapa de Venezuela, *Dos reportajes: «Mechurrios-Lagunillas de Agua» y «El Garage».*

Polémica y panfletos. «Un poeta y un panfletista», «Venezuela es un cuartel…», «El alma venezolana a través de su literatura y de su historia».

Ensayos biográficos. «El árbol del buen pastor», «La juventud de Andrés Bello», «Fermín Toro», «Tres apuntes sobre la vida de Juan Vicente González», «Rafael Arvelo», «Arístides Rojas. Anticuario del Nuevo Mundo», «Manuel Díaz Rodríguez», «José Antonio Ramos Sucre», «Teresa de la Parra», «El fracaso de una vida: Rufino Blanco Fombona», «Las huellas de Pérez Bonalde», «Ernst (1832-1899)», «La escuela de primeras letras de don Simón Rodríguez», «Abigaíl Lozano».

Vol. 8 Escritos finales
Viaje por el país de las máquinas, *Bajo el samán*.

Vol. 9 Biografía intelectual:
Entre las sombras y el incendio (A. Bruzual), primera parte.

Vol. 10 Biografía intelectual:
Entre las sombras y el incendio (A. Bruzual), segunda parte.

ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ

Nació en Valencia, estado Carabobo, el 20 de mayo de 1895. Ya antes de su traslado definitivo a Caracas, en 1910, había dado muestras de su interés por la escritura creativa, el periodismo de opinión y el estudio de la historia, las tres áreas fundamentales de su desarrollo intelectual. Inició en 1916 sus colaboraciones en periódicos nacionales, actividad que lo convertiría en una incómoda «conciencia social» de su época. Llegó a escribir artículos diarios en varios medios nacionales, siempre crítico del acontecer político e intelectual, actividad que lo llevó a prisión durante la presidencia de Eleazar López Contreras.

Ocupó cargos diplomáticos y acompañó en Margarita al escritor modernista Manuel Díaz Rodríguez, presidente del estado Nueva Esparta en 1925, para fundar el *Heraldo de Margarita*, el cual dirigió hasta febrero del año siguiente. Allí concibió su más importante obra, *Cubagua*, si bien la escribiría entre 1928 y 1930, y la publicaría un año más tarde en París.

Su proyecto narrativo lo completan algunos cuentos, en particular, los tres relatos de *Don Pablos en América*, escritos en la década de 1920, pero publicado solo en 1932. Sus otras novelas concluidas fueron *Sol interior* (1918)**,** *Después de Ayacucho* (1920) y *La galera de Tiberio* (1938).

Entre sus trabajos de corte histórico destacan *El hombre de la levita gris. Los años de la Restauración Liberal* (1942), *Tres momentos en la controversia de límites con Guayana* (1945), *Miranda, o el tema de la libertad* y *Juan Francisco de León, o el levantamiento contra la Compañía Guipuzcoana* (1950), *La estatua de El venezolano: Guzmán o el destino frustrado* (1963), así como textos vinculados con su desempeño como primer cronista de la ciudad de Caracas, a partir de 1945 (y hasta su muerte, apenas con una breve interrupción). En ese cargo escribió uno de sus libros más conocidos, *La ciudad de los techos rojos. Calles y esquinas de Caracas,* en 1947, con el cual obtuvo el Premio Municipal de Literatura un año más tarde, coincidiendo con su incorporación como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela.

Muchos de sus artículos periodísticos fueron en realidad enjundiosos ensayos sobre los más variados temas, los que seleccionó para su publicación, en particular, en *Viaje por el país de las máquinas* (1954), sobre su experiencia en los Estados Unidos, y *Bajo el samán* (1963), una suerte de testamento intelectual. Murió en Caracas, el primero de octubre de 1964.

ALEJANDRO BRUZUAL

Egresado de la Universidad Central de Venezuela, es PhD en Literaturas Latinoamericanas de la Universidad de Pittsburgh, Pensilvania, y profesor ejecutante de guitarra de la Escuela de Música Pablo Castellanos, en La Guaira. Se ha dedicado al estudio de la guitarra latinoamericana y al tema de las vanguardias históricas continentales, en particular al análisis y edición crítica de la obra de Enrique Bernardo Núñez. Cuenta con más de veinte libros publicados, algunos de los cuales han sido traducidos a otros idiomas, y han recibido premios en las menciones poesía, investigación literaria, musicológica y cinematográfica. Fue profesor de la escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, y miembro fundador y presidente de la Sociedad Venezolana de Musicología. Es investigador de planta del Centro de Estudios Latinoamericanos y del Caribe Rómulo Gallegos.

Enrique Bernardo Núñez

1

Obras Reunidas

Abordar de manera conjunta estas tres novelas permite entender la escritura de Enrique Bernardo Núñez como un catálogo consistente y un trabajo narrativo labrado sin pausa, desde finales de la segunda década del siglo XX y hasta 1938. Lo más determinante en estas obras son sus vínculos con la historia, aunque difieren en sus decisiones de estilo. *Después de Ayacucho*, curiosamente cervantina, se desarrolla en tiempos de la Guerra Federal; *Cubagua*, de prosa poética y complejidad conceptual, plantea un paralelo entre la explotación perlífera colonial y los inicios modernos de la producción petrolera, y *La galera de Tiberio*, obra que se inscribe como vanguardia social, incluye una historia del futuro, pero se centra en la situación políticosocial de cuatro países del Caribe en los años de la Gran Depresión. Volver al Núñez novelista es reactivar un cuestionamiento cultural que nos permite confrontar quiénes hemos sido y saber lo que todavía podemos ser como nación y como continente.

CELARG
Centro de Estudios Latinoamericanos y del Caribe Rómulo Gallegos

ISBN: 978-980-399-095-4
9 789803 990954